

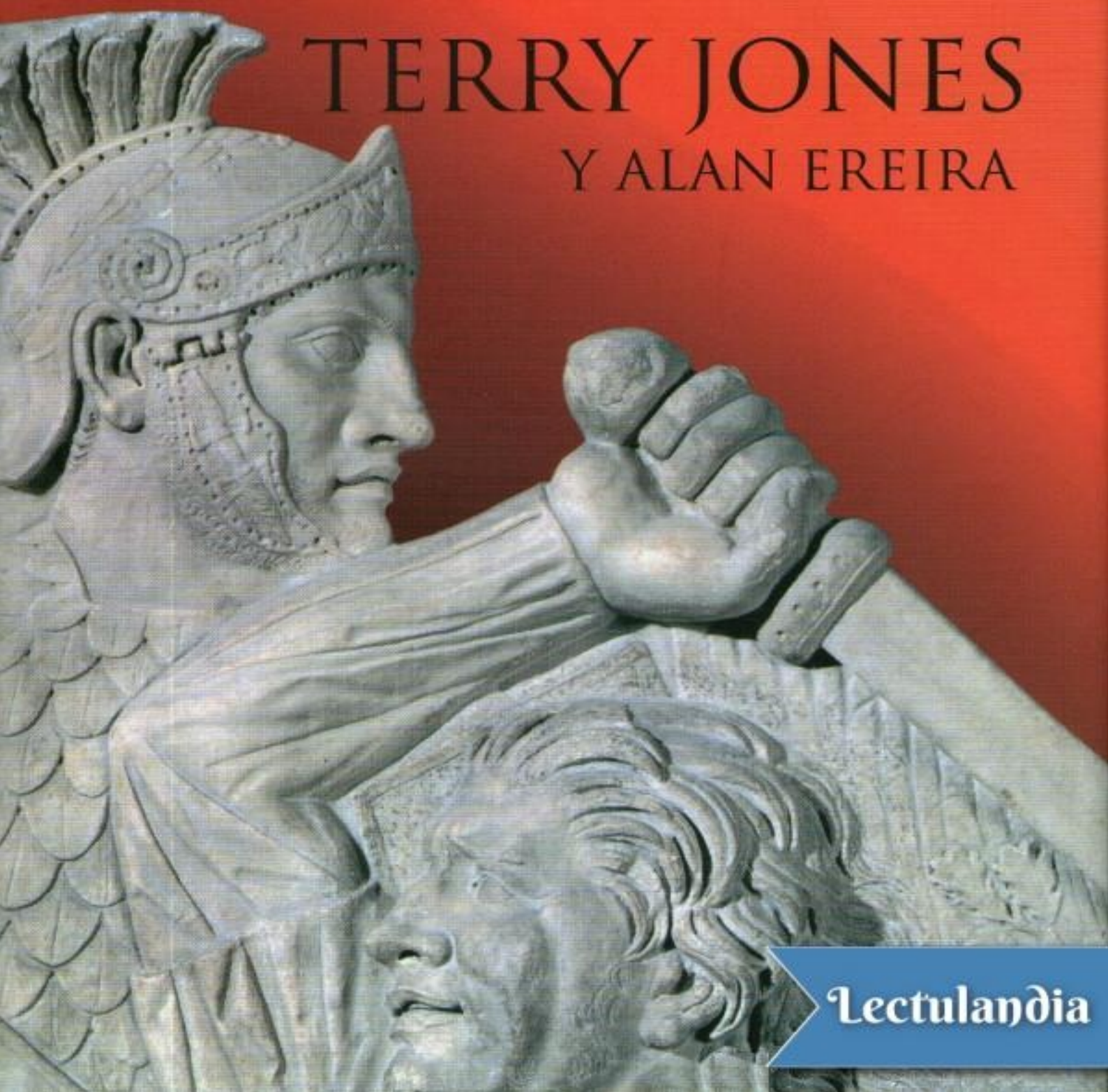
ROMA

Y LOS BÁRBAROS

UNA HISTORIA ALTERNATIVA

TERRY JONES

Y ALAN EREIRA



Lectulandia

Al margen de sus méritos como legisladores, militares e ingenieros, los romanos asumieron el legado cultural griego y acogieron las premisas cristianas que iban a dominar Europa durante casi dos mil años. Pero, como suele decirse, no es oro todo lo que reluce... En los alrededores del Imperio trataban de sobrevivir al triunfo de Roma (y a sus sustanciosos impuestos) decenas de pueblos que senadores y generales romanos consideraban incivilizados, y a los que reunían bajo un mismo y despectivo apelativo: «bárbaros». ¿Qué pasaría si les cedieramos la palabra a esos pueblos que habían desarrollado unas matemáticas y una ingeniería refinadas, cuyas aldeas en ocasiones superaban en confort a las ciudades romanas o que en algunos casos se hallaban a un paso de una revolución industrial?

Eso exactamente es lo que han hecho Terry Jones y Alan Ereira, empeñados en reparar una injusticia histórica y devolver a su justo lugar a los celtas, a las tribus germánicas, a la civilización dacia o a los godos. A griegos y persas, quienes veían a los romanos como los auténticos bárbaros; a los vándalos, que sufrieron en sus carnes la incrustación del cristianismo en el Imperio, o a Atila el Huno, cuyas campañas contribuyeron a desmembrar Roma. El resultado es un busto de la civilización romana cubierto de poco favorecedoras sombras, unos claroscuros que los autorretratos oficiales suelen omitir.

Lectulandia

Terry Jones & Alan Ereira

Roma y los bárbaros

Una historia alternativa

ePub r1.0

Titivillus 23.04.17

Título original: *An Alternative Roman History*
Terry Jones & Alan Ereira, 2006
Traducción: Tomás Fernández Aúz & Beatriz Eguibar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Sergio y Luqui, con afecto y respeto,
por sosegar nuestro corazón
BEATRIZ Y TOMÁS



4



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre



Prefacio

Ha sido preciso cierto valor para escribir este libro y el gui3n de la serie televisiva derivada de 3l. Abarca un per3odo de m3s de setecientos a3os de historia, visita tres continentes y nos ha obligado a invadir el terreno de un gran n3mero de eruditos que no s3lo est3n consagrados a su oficio sino que poseen una impresionante trayectoria.

Sin embargo, lleg3 a convertirse casi en una obsesi3n. En el a3o 1997 propusimos por primera vez a la BBC la realizaci3n de una serie televisiva sobre el particular y desde entonces el programa se ha venido reponiendo pr3cticamente todos los a3os. Se trata adem3s, por alguna raz3n, de un tema que levanta pasiones. 3Qu3 otro proyecto de la peque3a pantalla habr3a podido lograr que el significado de un gerundio de una frase de T3cito llevara a cuatro hombres adultos a dar encolerizadas voces en un despacho?

Los b3rbaros de Terry Jones aborda las peripecias de todos los pueblos a los que los romanos adjudicaron el despectivo ep3teto de incivilizados, pero es tambi3n una buena oportunidad para contemplar a los propios romanos desde un punto de vista diferente —desde la perspectiva de las mismas gentes contra las que despotricaban—. Y en ese sentido coincide con una de las tesis que estuvimos remachando tanto en *Terry Jones' Medieval Lives* como en el programa radiof3nico de Terry titulado *The Anti-Renaissance Show*. Dicha tesis sostiene que la epopeya de Roma que se nos ha endosado a todos es falsa, y que eso ha tergiversado por completo la comprensi3n de nuestra propia historia —ya que no s3lo se ha glorificado un dilatado per3odo marcado por el implacable poder imperial (y disculpado asimismo sus excesos), sino que ese ensalzamiento, al hacerle el juego tanto a los tiranos del Renacimiento como a otros imperios m3s modernos, ha distorsionado hasta el paroxismo la idea que nos hacemos de la llamada «Edad Media» y de los pueblos a los que Roma, no contenta con aplastarlos, culp3 despu3s de su propio desplome—. ¡Ah, por cierto!, ya metidos en harina, decidimos incluir tambi3n en el texto unos cuantos comentarios bien medidos sobre la Iglesia.

Desde luego no somos expertos en la materia, y hemos contra3do una gran deuda con los numerosos eruditos e historiadores de verdad que nos han permitido utilizar sus cerebros y pisotear su campo con nuestros zapatones, inevitablemente torpes. Les agradecemos mucho que se hayan mostrado tan tolerantes y generosos en sus advertencias. Nos gustar3a especialmente mostrar nuestra gratitud al doctor Walter Pohl, por sus 3tiles comentarios; al doctor Peter Heather, por haberse tomado la molestia de dedicar tiempo a buscar respuestas para nuestras preguntas, a veces machaconas, al doctor Hartmut Ziche, y sobre todo, al profesor Barry Cunliffe, cuya amabilidad al apartarnos con todo cuidado de algunos errores graves, a3adida al inequ3voco y prudente entusiasmo que ha mostrado por el proyecto, ha sido de enorme ayuda. Pedimos disculpas a todas estas personas.

Tenemos una enorme deuda de gratitud con el equipo televisivo de producción, en especial con Nick Kent, de OFTV, que se las arregló para conseguir que la BBC y el Canal de Historia se adhirieran al proyecto y lo supervisaran con mirada paternal; con David McNab, el montador de la serie; con los productores y directores Rob Coldstream y David Wilson (que tuvieron que bregar con una inmensa cantidad de material y forcejear con nosotros, arrebatados por el acaloramamiento de una vehemencia pseudoacadémica); y con las ayudantas de producción e investigadoras Clare Lynch, Susannah Davis y Sarah Veevers.

Si decide dar a este libro el tratamiento de un juego de construcciones, desármelo y vuelva a montar sus partes en orden cronológico: obtendrá un relato que comienza con los primeros vagidos de Roma, en torno al siglo v a. C., y llega hasta el último emperador romano, cerca de mil años más tarde. Topará sin embargo con lagunas de extrañas formas y se encontrará con un buen número de piezas sobrantes esparcidas por el suelo. La razón es que esto no es una historia de Roma, y que el relato que aquí ofrecemos es distinto a todos cuantos se han escrito.

Hay desde luego, tanto en inglés como en español, centenares de libros que abarcan esta misma época, pero no existe ningún estudio de conjunto que lo aborde desde una perspectiva no romana. Sólo los libros que se dedican específicamente al examen de determinadas sociedades concretas —casi siempre las de los celtas y los germanos— han dedicado alguna página a los «bárbaros» de los primeros tiempos, los que actuaron con anterioridad al siglo I d. C. Para épocas posteriores, el lector no especializado se veía obligado a hojear toda una serie de enormes volúmenes escritos al amparo de la gran *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano* de Gibbon. Los pueblos a los que los romanos llamaban bárbaros desempeñan uno de estos dos papeles: o bien se encuentran en los márgenes del relato central, o bien irrumpen en él como invasores.

Lo que hoy contemplamos, sin embargo, es el mundo que ellos crearon y habitaron, y en el que Roma es la intrusa, o, más tarde, su anfitrión o su presa, según los casos. Nuestro interés por Roma no reside tanto en lo que esos pueblos le hicieron al imperio como en lo que el imperio les hizo a ellos. Y dado que «ellos» son de hecho los pueblos que han dado vida al mundo en el que vivimos, ese interés se transforma de modo notablemente literal en la siguiente interrogante: «¿Qué es lo que siempre nos han hecho a nosotros los romanos?». La respuesta, como ya se habrá figurado, no suele ser demasiado agradable.

Por consiguiente, lo que aquí hemos construido no es un periplo cronológico que recorra la historia del imperio. En vez de eso, hemos preferido dividir en cuatro partes el mundo no romano.

En la primera parte hemos presentado el cosmos de los celtas atlánticos, desde su pleno apogeo, ocurrido en el siglo I a. C., hasta su destrucción final, doscientos años

más tarde, a manos de los ejércitos romanos. A continuación examinamos el fracaso que cosecha el Estado romano en el territorio celta a lo largo del siglo III, y el ininterrumpido declive que condujo a la reaparición de un mundo atlántico distinto en las antiguas tierras celtas.

La segunda parte estudia el territorio germano (en el que hemos incluido la Dacia) y a los germanos mismos. Esto quiere decir que nos interesamos en las formas que adoptó la resistencia que los germanos ofrecieron a la ocupación romana a lo largo del siglo I d. C.; en la gran civilización de la Dacia, que Roma arrasó en el siglo II; y finalmente en los godos y en los esfuerzos que éstos hicieron por integrarse en el imperio a lo largo del siglo IV y principios del V.

En la tercera parte centramos nuestra atención en los pueblos que consideraban que, en realidad, los bárbaros eran los romanos —esto es, los griegos (quienes en la Antigüedad juzgaban bárbaros a todos los extranjeros, para descubrir que los romanos les veían a su vez con los mismos ojos) y los persas (una sociedad «bárbara» que vio coronado por el éxito el desafío militar que planteó a Roma y que habría de sobrevivir largo tiempo al imperio de Occidente)—. Para relatar la historia de los griegos nos remontamos a los primeros años del siglo IV a. C., y el estudio de los persas nos hace retroceder otros cien años más, lo que nos embarcará en un viaje épico que culmina, a los efectos de nuestro relato, con la irrupción de los hunos en Persia, ocurrida casi ochocientos años más tarde.

Hasta el momento hemos observado lo que sucedía al oeste, al norte y al este. La cuarta parte nos conduce al sur, al África vándala, y el relato queda enteramente enmarcado en el siglo V d. C. Ésta es, sin embargo, la parte en la que analizamos la revolución cristiana y el impacto que ésta ejerció, no sólo en la misma noción de «bárbaro», sino también en los propios bárbaros. También nos ocuparemos aquí del francamente extraordinario reino de Atila el Huno, quien con toda probabilidad debió de ser, de todo el Occidente, el personaje que más contribuyera en la práctica (aunque de forma más bien involuntaria) a transferir a la Iglesia el poder del imperio.

Son muchas las cosas que pueden sorprendernos: el refinamiento de la ingeniería y la matemática celtas, el elevado grado de desarrollo que alcanza la filosofía religiosa en la Dacia, el hecho de que los griegos se encontraran sin lugar a dudas al borde mismo de una revolución industrial, la comodidad con que transcurría la vida en las villas vándalas, el admirable «Telón de Acero» que levantara Atila entre su reino y el imperio romano... Y otras muchas cosas.

Bienvenido, por tanto, a una historia narrada desde un punto de vista diferente.

Cronología bárbara

Pese a que la sucesión temporal de los acontecimientos que se incluyen en este libro sea tosca y un tanto primitiva, podrá darle una idea del avance de la secuencia cronológica y ayudarle a seguir el hilo del relato.

- c. 576 a. C. Comienza el reinado de Ciro I, rey de Persia.
- c. 550 a. C. Edad de oro de la filosofía religiosa: Pitágoras y Zalmoxis (junto con Buda).
- 522 a. C. Comienza el reinado de Darío I, rey de Persia.
- 486 a. C. Comienza el reinado de Jerjes I, rey de Persia.
- 406 a. C. Guerra entre Siracusa y Cartago.
- c. 390 a. C. Los celtas de Breno atacan Roma.
- 336 a. C. Alejandro Magno accede al trono de Macedonia.
- 330 a. C. Destrucción de Persépolis.
- 324 a. C. Muerte de Alejandro.
- 305 a. C. Guerra entre rodios y macedonios.
- 282 a. C. Se construye el Coloso de Rodas.
- 279 a. C. Los celtas atacan Grecia.
- 212 a. C. Los romanos se apoderan de Siracusa.
- 168 a. C. Roma se hace con el control de Grecia.
- 164 a. C. Establecimiento del tratado entre Rodas y Roma.
- 146 a. C. Los romanos arrasan Corinto.
- c. 70 a. C. Comienza el reinado de Burebista, rey de la Dacia.
- 59 a. C. César es nombrado Protector de los galos.
- 55-54 a. C. César se presenta en Britania.
- 53 a. C. Victoria de Vercingetórix: batalla de Carras (o Harran, Turquía).
- 52 a. C. Derrota de Alesia.
- 49 a. C. César invade Roma y estalla la guerra civil.
- 44 a. C. César es asesinado, y también Burebista.
- 42 a. C. Saqueo de Rodas.
- 27 a. C. Octavio (Augusto) es proclamado primer emperador.
- 12 a. C. Roma ocupa Germania.
- 9 d. C. Derrota de Varo.
- 14 d. C. Tiberio accede a la dignidad de emperador.
- 17 d. C. Triunfo de Germánico.

- 41 d. C. Claudio es nombrado emperador.
- 42 d. C. Muere Cunobelino.
- 43 d. C. Invasión de Britania.
- 54 d. C. Nerón es designado emperador.
- 60 d. C. Revuelta de los icenos.
- 69 d. C. Vespasiano ocupa el trono y se apodera de Roma.
- 81 d. C. Entronización del emperador Domiciano.
- 87 d. C. Comienza el reinado de Decéballo, rey de la Dacia.
- 98 d. C. Trajano, emperador.
- 105 d. C. Roma toma la Dacia.
- 117 d. C. Adriano elevado a la categoría de emperador.
- 196 d. C. Albino es aclamado como emperador; Septimio Severo saquea Persia.
- 218 d. C. Heliogábalo se convierte en emperador.
- 222 d. C. Alejandro Severo es investido emperador; se inicia el reinado de Ardachir I, rey de Persia.
- 235 d. C. Comienza un período de cincuenta años caracterizado por una sucesión de 49 emperadores.
- 241 d. C. Comienza el reinado de Sapor I, rey de Persia.
- 244 d. C. Asesinato de Gordiano III.
- 259 d. C. Póstumo funda el imperio galo.
- 260 d. C. Sapor I captura a Valeriano.
- 267 d. C. Zenobia declara emperador a su hijo.
- 270 d. C. Aureliano se convierte en emperador y abandona la Dacia.
- 272 d. C. Aureliano derrota a Zenobia; muere Sapor I.
- 273 d. C. Aureliano reconquista el imperio galo.
- 284 d. C. Diocleciano es proclamado emperador y divide el imperio; el gobierno de Occidente queda en manos de Maximiano.
- 286 d. C. Carausio declara la independencia de Britania.
- 297 d. C. Constancio recupera el control de Britania.
- 309 d. C. Sapor II es coronado estando todavía en el seno materno.
- 312 d. C. Constantino se apodera de Roma.
- 324 d. C. Constantino toma Bizancio y se convierte en el único emperador.
- 325 d. C. Concilio de Nicea.
- 337 d. C. Fallece Constantino I.
- 350 d. C. Los hunos atacan Persia.
- 358 d. C. Sapor II resuelve el problema huno.
- 363 d. C. Sapor II derrota y da muerte a Juliano.
- 364 d. C. Valentiniano I accede al trono; en Oriente, Valente ocupa el cargo de emperador.

- 375 d. C. Muere Valentiniano I; Valentiniano II sube al trono de Occidente; los hunos invaden la Dacia; los godos cruzan el Danubio y se convierten al cristianismo.
- 378 d. C. Valente es asesinado en Andrinópolis; Teodosio I es proclamado emperador de Oriente.
- 391 d. C. Se declaran ilegales el arrianismo y el paganismo.
- 392 d. C. Valentiniano II muere asesinado.
- 394 d. C. Batalla del río Frígido: Eugenio es derrotado; Teodosio I se convierte en emperador único.
- 395 d. C. Muere Teodosio I; Alarico se rebela; la división del imperio en sus mitades oriental y occidental adquiere carácter permanente.
- 401 d. C. Alarico ataca Italia; los vándalos cruzan los Alpes.
- 406 d. C. Los vándalos y las demás tribus atraviesan el Rin.
- 407 d. C. Los británicos proclaman emperador a Constantino III.
- 408 d. C. Estilicón muere asesinado; primer cerco de Alarico a Roma.
- 410 d. C. Alarico «saquea» Roma.
- 411 d. C. Los vándalos se internan en Hispania.
- 412 d. C. Descuartizamiento de Hipacia.
- 417 d. C. Reino visigodo de la Aquitania; los visigodos atacan Hispania.
- 425 d. C. Los vándalos se apoderan de Cartagena y de Sevilla.
- 428 d. C. Fallece Gunderico; comienza el reinado de Giserico, rey de los vándalos.
- 429 d. C. Los vándalos penetran en África.
- 434 d. C. Atila y Bleda se hacen con la jefatura de los hunos.
- 439 d. C. Los vándalos toman Cartago.
- 441 d. C. Los hunos atacan los Balcanes.
- 444 d. C. Muerte de Bleda.
- 447 d. C. Atila ataca Constantinopla.
- 451 d. C. Los hunos invaden la Galia.
- 452 d. C. Los hunos invaden Italia.
- 455 d. C. Los vándalos «saquean» Roma.
- 476 d. C. Depuesto el último emperador de Occidente.
- 477 d. C. Muere Giserico.
- 489 d. C. Los ostrogodos se apoderan de Italia.
- 496 d. C. Clodoveo se convierte al catolicismo.
- 507 d. C. Los francos se imponen a los visigodos.
- 526 d. C. Muerte de Teodorico.
- 533 d. C. Bizancio conquista África.
- 535 d. C. Los bizantinos toman Ravena.

Reparto de papeles: los buenos y los malos

¿QUIÉNES ERAN LOS BÁRBAROS?

Nadie se ha dado nunca a sí mismo el nombre de «bárbaro». No es un tipo de palabra que se preste a eso, ya que se usa para aludir a otras personas. De hecho, se trata de un término que denota alteridad. Lo utilizaron los antiguos griegos para denominar a los pueblos que no eran de origen griego, debido a que no podían comprender su lengua y les sonaba por tanto como un balbuceo ininteligible: «bar... bar... bar...». El sánscrito, esto es, la lengua usada en la antigua India, cuenta con esa misma palabra, *barbara*, que significa «tartamudeo, chapurreo» —o en otras palabras, extranjero.

Los romanos hicieron suya la voz griega y la emplearon para etiquetar (y a menudo difamar) a los pueblos que ocupaban la periferia de su propio mundo.

Una vez que el vocablo contó con el respaldo del poder y la majestad de Roma, la interpretación romana pasó a ser la única vigente, y los pueblos a los que endosaron el epíteto de bárbaros quedaron marcados para siempre —ya se tratase de los hispanos, los britanos, los galos, los germanos, los escitas, los persas o los sirios—. Y desde luego, el apelativo «bárbaro» quedó convertido en un sinónimo de todo aquello que se considerara diametralmente opuesto a lo civilizado. A diferencia de los romanos, los bárbaros carecían de refinamiento, eran primitivos, ignorantes, brutales, rapaces, destructivos y crueles.

Los romanos mantuvieron a raya a los bárbaros todo el tiempo que pudieron, pero al final se vieron desbordados y las hordas salvajes invadieron el imperio y destruyeron unos logros culturales que habían tardado siglos en materializarse. Las hordas bárbaras que recorrieron enfurecidas el continente europeo extinguieron prácticamente toda luz de razón y civilización, derribaron todo cuanto habían levantado los romanos, saquearon la propia Roma y sepultaron a Europa en una Edad Sombría. Los bárbaros sólo trajeron consigo caos y oscurantismo, y hubo que esperar al Renacimiento para ver nuevamente reavivada la llama del conocimiento y el arte romanos.

El relato nos resulta familiar, pero es una simpleza.

La característica que confería a Roma su singularidad no se debía a su arte, ni a su ciencia, ni a su cultura filosófica; no estribaba en su observancia del derecho ni en su preocupación por la humanidad ni en su delicada cultura política. De hecho, en todas esas materias, los pueblos que conquistó no sólo la igualaban, sino que incluso la

superaban. El rasgo privativo de Roma radicaba en el hecho de poseer el primer ejército profesional que haya conocido el mundo. Las sociedades normales estaban integradas por granjeros, cazadores, artesanos y comerciantes. Cuando se veían en la necesidad de combatir no fiaban su suerte a la instrucción militar ni a un armamento estándar, sino a una determinación mental que las empujaba a realizar actos de heroísmo personal. Desde la óptica de los pueblos que poseían soldados bien entrenados para rechazarles era fácil describirlos como simples salvajes. Pero esa impresión se apartaba notablemente de la realidad.

Lo cierto es que debemos mucho más a los llamados «bárbaros» que a los hombres que vestían la toga. Y el hecho de que sigamos pensando que los celtas, los hunos, los vándalos, los godos, los visigodos y demás eran «bárbaros» implica que todos nosotros nos hemos tragado el anzuelo de la propaganda romana. Todavía aceptamos que sean los romanos quienes definan nuestro mundo y nuestro concepto de la historia.

No obstante, en los últimos treinta años se ha empezado a modificar el guión. Los descubrimientos arqueológicos han arrojado nueva luz sobre los textos antiguos que han llegado hasta nosotros, y esto ha propiciado interpretaciones inéditas del pasado. Hoy sabemos que el imperio romano detuvo en seco durante cerca de mil quinientos años numerosos avances científicos y matemáticos en curso, y que en épocas mucho más recientes ha sido preciso volver a aprender y a descubrir buena parte de lo que ya se sabía y se había logrado antes de que Roma se alzara con el poder.

Roma empleó su ejército para eliminar las culturas que la circundaban, y pagaba a sus soldados con las riquezas que arrebatava a esos pueblos. «Romanizó» las sociedades conquistadas y dejó el menor rastro posible de ellas. Lo cierto es que gran parte de lo que entendemos por «civilización romana» procede del pillaje cultural por el que un buen número de elementos del mundo bárbaro pasaron a manos romanas. Las conquistas de los romanos se realizaron con espadas, escudos, corazas y piezas de artillería copiadas a los pueblos contra los que combatían; sus ciudades se edificaron con el botín arrancado a las culturas más prósperas de la periferia romana; y en cuanto a las célebres calzadas romanas, bueno, siga leyendo... Tristemente, muchos de los logros que el mundo bárbaro había alcanzado en los campos de la ingeniería y la ciencia quedaron tan completamente destruidos que ni siquiera después de descubiertas las pruebas de su existencia se dio crédito a sus hazañas — cuando no se atribuían, como era habitual en otros casos, a los propios romanos—. Hoy, sin embargo, estamos empezando a comprender que la crónica de esa supuesta involución que nos habría hecho pasar de la luz de Roma a las tinieblas del orbe bárbaro es totalmente falsa.

Desde luego, los celtas fueron unos inconscientes al no dejarnos demasiados documentos escritos —deberían haber tenido en cuenta que los romanos, al señalar en el frontispicio de su propaganda esa ausencia de libros, habrían de poner los datos empíricos seriamente de su parte—. Aun así, no deberíamos creer todo cuanto nos

digán los romanos. Ésta es, por ejemplo, la considerada opinión que le merecen los alces a Julio César. Los cuernos de los alces, según nos informa el gran estadista y general, están

... recortados y las patas carecen de junturas o articulaciones. No se recuestan para descansar, ni pueden levantarse o ponerse en pie si caen a tierra por accidente. Los árboles les sirven de lecho: se apoyan sobre ellos y así, con sólo reclinarsen un poco, descansan. Cuando los cazadores descubren, gracias a sus huellas, dónde acostumbran a recogerse, echan abajo o cortan a ras del suelo todos los árboles del lugar, pero de forma que parezca que se mantienen en pie. Cuando, según su costumbre, se recuestan sobre ellos, derriban con su peso los árboles, que ya no tienen ninguna consistencia, y caen juntos^[1].

El geógrafo griego Estrabón^[2] y el enciclopedista latino Plinio el Viejo^[3] repiten con la mayor solemnidad esta interesante muestra de observación zoológica. Parece tratarse de una confusión con un relato idéntico en el que Aristóteles habla de los elefantes, y que, al haber sido retomado también por Estrabón, formó parte de las «verdades asumidas» sobre los paquidermos hasta finales del siglo VII, época en la que sir Thomas Browne se quejó de que, pese a que la gente podía ver a los animales con toda claridad y observar cómo se arrodillaban y se mantenían de pie, la obcecación de aferrarse a la seguridad de las autoridades clásicas les llevaba a negar lo que tenían ante sus propios ojos^[4].

Del mismo modo que la gente se mostró dispuesta, durante siglos, a refutar que esos animales tuviesen corvejones, pese a poder verlos, también el entusiasmo que ha venido manifestando desde el Renacimiento la sociedad occidental por todo cuanto guarde relación con los romanos nos ha inducido a contemplar gran parte del pasado con sus ojos, aunque tuviéramos delante de las narices pruebas contrarias a lo que afirmaban. Por supuesto, el conocimiento práctico que hoy tenemos de los alces es superior al de Julio César, pero si se trata de los bárbaros seguimos tendiendo a aceptar las opiniones que él nos ha dejado sobre el particular —las opiniones de un conquistador con prioridades que atender—. Ahora bien, una vez que hemos dado la vuelta al estereotipo y examinado la historia desde una perspectiva no romana, las cosas comienzan a presentar un cariz muy distinto. Por ejemplo, la descripción que los romanos hicieron de los vándalos nos ha legado la voz «vandalismo», y sin embargo, como veremos, los vándalos tenían un comportamiento altamente moral y no sólo eran cultos, sino que sabían leer y escribir y a menudo se mostraban mucho más civilizados que los romanos.

Los diferentes saqueos de Roma que protagonizaron los godos y los vándalos no fueron calamidades destructivas. Los godos no derribaron más que un edificio, y los vándalos, ninguno. Tanto unos como otros eran ejércitos integrados por cristianos.

Sin embargo, el propio imperio romano ya había abrazado una variante específica del cristianismo —el catolicismo— y, como era de esperar en una sociedad como la romana, se había empeñado en imponer a todo el mundo esa variante religiosa.

La Iglesia católica salió victoriosa, e hizo todo cuanto pudo —siguiendo, una vez más, la gran tradición romana— por reorganizar a su antojo los pueblos y la historia. Fue la Iglesia la que decidió qué documentos habrían de perdurar y cuáles no: todas las fuentes de las que disponemos han llegado hasta nosotros a través de copistas católicos medievales. Por consiguiente, volvemos a encontrarnos con que la imagen del pasado se nos ha transmitido de un modo muy peculiar.

Este libro trata de replantearse el juicio que merece la enorme cantidad de pueblos de Europa y Asia que han sido denostados y presentados como los malos de la película —los bárbaros—, y al mismo tiempo, se propone someter a un nuevo examen la condición de quienes se erigieron en modelo de civilización: los todopoderosos romanos.

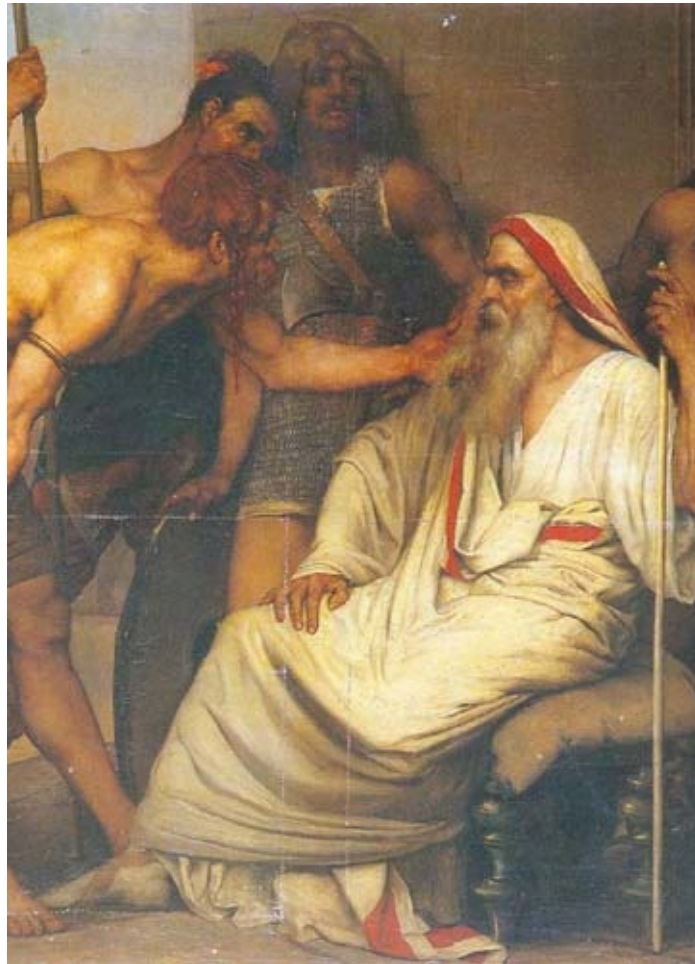
¿QUIÉNES ERAN ROMANOS? MUY SENCILLO, QUIENES NO ERAN BARBAROS

Debido a que la palabra «bárbaro», tal como la empleamos nosotros, es en esencia un término que utilizaban los romanos para definir a quien no lo era, deberemos comenzar por Roma. Los romanos tenían una idea muy clara de sí mismos. Aplicaban a cuanto respondía a esa noción el nombre de *romanitas*, es decir, de «romanismo». Con ello querían significar el uso de la lengua latina, el respeto por la literatura latina, el acatamiento del derecho y la tradición romanas, e incluso la adhesión a la costumbre de poseer tres nombres. Todos los demás, todos los que eran extranjeros, eran bárbaros y había que temerlos.

Por extraño que parezca, el miedo parece haber desempeñado un papel clave en la historia de Roma y, a pesar de la fuerza y el poder de los romanos, una especie de curiosa urgencia recorre el curso entero de esa historia. Es casi como si la grandeza de Roma hubiera sido un producto de la paranoia y la desesperación. Otra circunstancia insólita es que podría darse el caso de que el principal acontecimiento de la historia romana, el que desencadenó esa paranoia, no hubiera existido nunca —quizá no pasara nunca de ser una leyenda—. Fuera cierto o fuera falso, lo que sí ocurrió realmente es que el gran historiador romano Tito Livio (59 a. C.-17 d. C.) lo hizo constar por escrito y que a partir de ese momento su narración se convirtió en el texto histórico estándar que había de quedar impreso en la mente de todo romano. Así es como los romanos aprendieron a temer a los bárbaros.

LA HISTORIA DE BRENO

A finales del siglo IV a. C., en la época en que la ciudad de Roma estaba empezando a dominar el centro de Italia, un grupo de gentes muy distintas procedentes de la Galia cruzó los Apeninos y se asentó en la costa adriática, entre lo que hoy son las poblaciones de Rímini y Ancona. Se llamaban los senones, y fundaron una pequeña urbe denominada Senigallia. Desgraciadamente, resultó ser el sitio perfecto para pasar unas vacaciones en la playa, pero poco práctico desde el punto de vista agrícola. No les resultó fácil encontrar un emplazamiento mejor —otros grupos celtas se habían instalado ya en los mejores asentamientos—. De este modo, en el año 390 a. C., los guerreros senones se presentaron a las puertas de Clusium (la actual Chiusi, en la Toscana): «extraños hombres a millares [...], hombres de unas trazas que los ciudadanos jamás habían visto, estafalarios soldados provistos de sorprendentes armas^[5]». Daba la impresión de que Clusium no estaba tan bien protegida como las demás poblaciones en las que habían probado suerte, así que aquellos temibles recién llegados pidieron que se les cedieran tierras buenas en las que poder establecerse.



Bárbaros y romanos: el primer encuentro.

Según el historiador Livio, los celtas de Breno irrumpieron en Roma y hallaron a los patricios sentados e inmóviles como estatuas. Los ingenuos bárbaros les contemplaron atónitos, hasta que uno de ellos tiró de la barba de Marco Papirio, tras lo cual el romano le golpeó con su báculo. Detalle del lienzo de Paul Jamin El saqueo de Roma por los galos en el año 390 a. C., finales del siglo XIX.

Los habitantes de Clusium lanzaron un llamamiento a Roma a fin de recibir ayuda en las negociaciones, y los romanos enviaron, como corresponde, a tres hermanos de la familia Fabia para que actuaran como árbitros. Según Livio, cuando los emisarios romanos preguntaron a los celtas en qué basaban su derecho a solicitar tierras del pueblo de Clusium, «la altiva respuesta fue que sus armas eran ley, y que los valientes eran dueños de todo^[6]».

Los hermanos Fabios eran jóvenes y arrogantes y no demostraron ser los diplomáticos con más tacto del mundo. Se trataba, de acuerdo con Livio, de «delegados de temperamento violento que se asemejaban más a los galos que a los romanos». De hecho, eran los celtas quienes parecían mostrar mayor respeto por el derecho internacional. Una vez que las conversaciones quedaron rotas, los hermanos Fabios se unieron a los ciudadanos de Clusium en la guerra contra los senones. Uno de los hermanos, Quinto Fabio, llegó incluso a matar a uno de los cabecillas celtas. Según han observado tanto Livio como Plutarco, otro historiador, era «contrario al derecho de gentes» que un negociador empuñase las armas para prestar apoyo a uno

de los bandos en su lucha contra el otro. Los senones se sintieron, con razón, ultrajados, y decidieron enviar a Roma a sus propios embajadores para exponer su queja^[7].

Por desgracia, los hermanos Fabios pertenecían a una familia muy poderosa, y cuando el Senado refirió el asunto al pueblo de Roma, éste respaldó las acciones de los dos legados, y lo que es aún peor, cubrió de honores a la familia. Los embajadores celtas advirtieron a los romanos de que esa actitud tendría repercusiones y acto seguido partieron de vuelta a Clusium. Una vez en la ciudad, se tomó la decisión de enseñar a respetar la legalidad internacional a aquellos presuntuosos romanos en lo sucesivo. Según Plutarco, el ejército, a las órdenes de Breno, cubrió en perfecta formación los 128 kilómetros que separan Clusium de Roma: «Contrariamente a lo esperado, no causaron ningún daño a su paso, ni cogieron nada de los campos, y al cruzar por las ciudades, anunciaban con grandes voces que se dirigían a Roma, que sólo a los romanos tenían por enemigos y que consideraban amigos suyos a todos los demás pueblos^[8]».

Después, aquel «extraño enemigo venido de los confines de la tierra» aplastó al ejército romano y se dispersó por la ciudad, que incendió y saqueó. Muchos romanos huyeron, y los que optaron por permanecer se refugiaron en el monte capitolino. Breno y su ejército les sometieron a asedio durante seis meses, pero al final accedieron a retirarse a cambio de 450 kilos de oro.

Trescientos años después, Livio relata el horror y el oprobio de aquel acontecimiento, que habría de obsesionar las mentes romanas por espacio de ocho siglos: «Se añadió el ultraje a una situación que ya de por sí era suficientemente escandalosa, pues los pesos que los galos aportaron para determinar la cantidad de metal requerida habían sido falseados, y cuando el comandante romano lo censuró, el insolente bárbaro arrojó su espada a la balanza, exclamando: “*Vae Victis!*” (¡Ay de los vencidos!)»^[9]. La verdad es que lo que realmente parecía reventarle a Livio era el hecho de que se hubiera comprado la clemencia de los celtas a tan bajo precio. ¡Figúrense, viene a decir, pagar 450 kilos de oro como «rescate de una nación que pronto iba a dominar el mundo»!

Según Livio, en esa época los romanos consideraron seriamente la posibilidad de abandonar su ciudad. Sin embargo, decidieron reconstruirla para no volver a encontrarse en la vergonzosa tesitura de descubrirse en el bando perdedor. La leyenda de Breno se convirtió en uno de los elementos impulsores de la expansión romana. Al otro lado de las fronteras había bárbaros, terribles salvajes, y Roma se veía en la necesidad de reforzarlas. Y no sólo eso, también tenía que desplazarlas, alejándolas cada vez más de su propio centro, hasta que, en último término, no quedase ya espacio para los bárbaros, salvo en el caso de que se los hubiera romanizado por completo. A partir de aquel momento, Roma habría de atenerse a la doctrina de los ataques preventivos para así someter a todos los pueblos que alentaban al otro lado de sus límites y poner al mundo romano a resguardo de la alteridad.

Pese a que ya no demos crédito a la existencia de mamíferos cuadrúpedos carentes de articulaciones, aún seguimos aceptando la cosmovisión que nos han legado los romanos de su mundo, un parecer en el que la palabra «bárbaro» acompaña siempre a la voz «hordas». Los romanos elaboraron una imagen de sí mismos que los presentaba como un pueblo civilizado capaz de erigir un imperio para mantener a raya a un mundo habitado por un conjunto de tribus dispersas integradas por violentos cafres.

La leyenda de Roma arranca con la fábula de Rómulo y Remo, dos niños pequeños perdidos a los que amamantó una loba. Los romanos no lo veían con los ojos de quien se cree ante un relato delicioso: querían mostrar con él que desde la más tierna infancia se habían impregnado de la voracidad del lobo, por haberla mamado de sus propias madres. Ha llegado el momento de preguntarnos cómo habría sido el mundo si la loba, en vez de darles de comer, hubiera optado por zampárselos. ¿Qué habría pasado si Roma no hubiese existido?

¿Cómo habría sido la historia de haberla escrito únicamente los bárbaros?

PRIMERA PARTE

LOS CELTAS

La exhumación de los celtas

Había una vez una población llamada Alesia, en lo que hoy es el centro de Francia. Fue aquí donde los celtas francos, los galos, acaudillados por su carismático jefe Vercingetórix —cuya más imperecedera conmemoración, claro está, es la que le presenta reencarnado en un famoso héroe de historietas cómicas francesas—, libraron la última batalla ordenada contra las legiones de Julio César. Vercingetórix cuenta también con otro monumento: se trata de una enorme estatua desde la que el campeón galo contempla pensativamente los restos de su ciudad..., aunque la ciudad que divisa no sea gala, sino romana, y cuente con un teatro, varios templos y una basílica. El pueblecito que Vercingetórix debió de haber conocido ha sido arrasado hasta los cimientos.

Unos cuantos kilómetros más lejos, un museo arqueológico rememora el célebre asedio que precedió a su caída. La mayor vitrina, que preside la sala principal, es una reconstrucción de las máquinas de asedio utilizadas por Julio César. Miremos a donde miremos, la historia celta aparece enterrada bajo las enormes losas de la historia romana.

Los romanos dejaron bien impresa su huella en toda Europa. Hay ruinas de acueductos, anfiteatros, murallas y calzadas que transmiten su mensaje. Mucho más difíciles de detectar son los signos que delatan la existencia de las culturas originales que ocuparon las provincias antes de la llegada de los romanos, así que resulta facilísimo dar por sentado que esas sociedades eran extraordinariamente inferiores a la romana y que se vieron sustituidas por el progreso y la sobresaliente civilización de Roma.

Parte de este aniquilamiento obedeció a una política deliberada. Los romanos tenían bien aprendida la lección que les diera la conquista de Breno y su ejército celta en el año 390 a. C., y se trataba de una lección muy simple: ¡Ay de los vencidos! La fuerza hace la ley y el poderío militar es el único derecho internacional. Para los romanos no suponía ningún problema derribar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

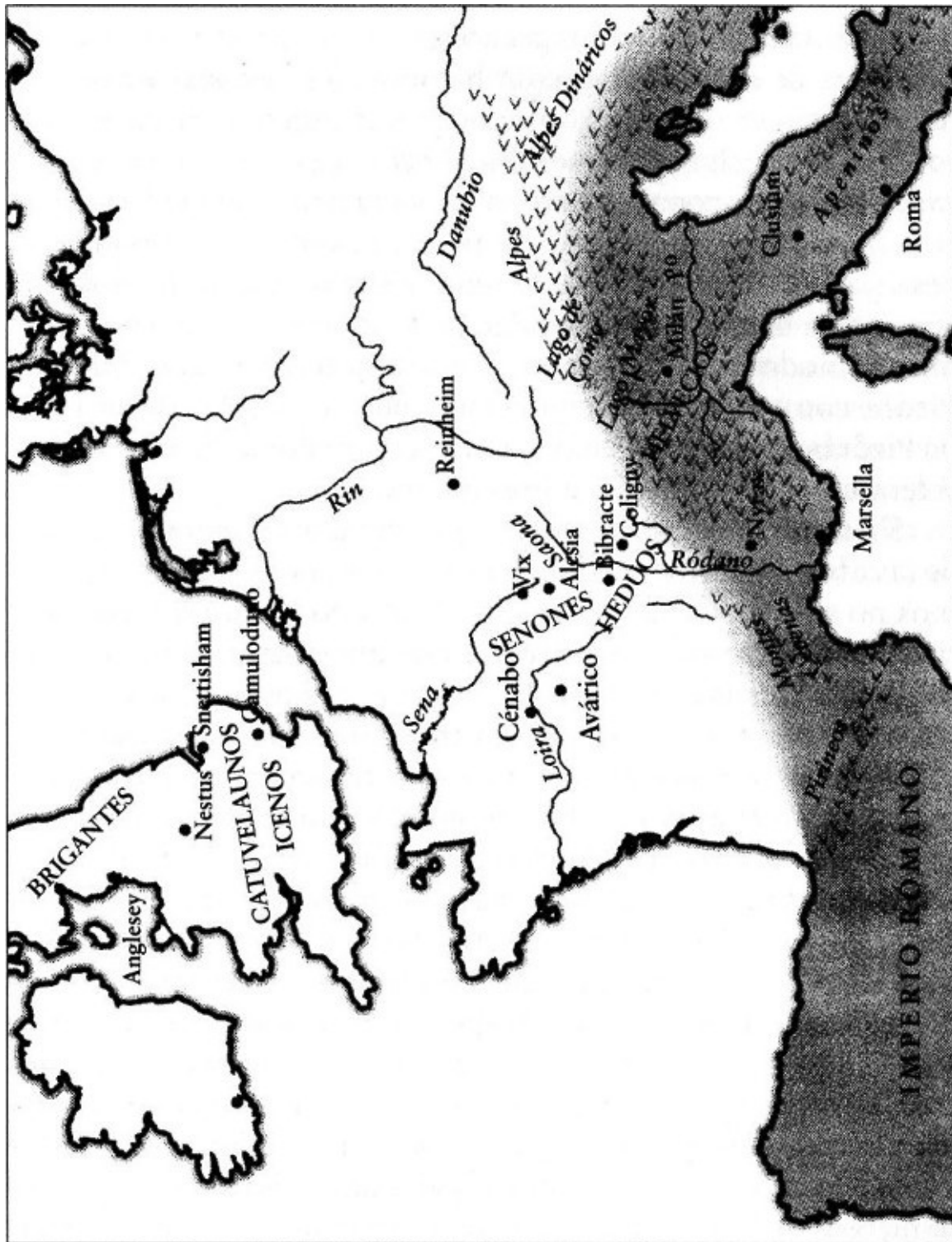
Sin embargo, la supresión se debió también, al menos en parte, a un proceso de aculturación: el mundo romano poseía una masa tan enorme que, sencillamente, la fuerza de su gravedad hacía que las culturas satélite quedaran prendidas en su órbita. Para las personas ricas e influyentes del mundo bárbaro la búsqueda del apoyo romano constituía una fuente de ventajas económicas y políticas, así que empezaron a adoptar las costumbres y el estilo arquitectónico romano como forma de poner de

manifiesto su posición social. No hay duda de que habría otros individuos de menor riqueza que también desearan unirse al club. De esta forma, quienes se opusieron a la dominación romana y quienes trataron de defender los valores tradicionales de sus propios pueblos, hubieron de hacer frente a un doble enemigo: uno exterior y otro interno. No es difícil hallar paralelismos con el mundo moderno.

El resultado final de este estado de cosas se concretó en un eclipse cultural que ha hecho difícil recuperar la pista de los verdaderos antepasados de la Europa actual, los antiguos celtas. El empuje del imperio romano les ha usurpado su lugar en la historia, ya que sólo en época reciente ha empezado a redescubrirse el rostro de la civilización celta. Y su aspecto no es en modo alguno el que todo el mundo habría esperado.

LAS RAÍCES CELTAS

Los celtas no se consideraban a sí mismos celtas, del mismo modo que tampoco se tenían por bárbaros. No obstante, algunos sí que se definían como celtas. Julio César nos dice que los habitantes del centro de Francia se denominaban a sí mismos celtas. Sin embargo, hoy aplicamos ese término a un número de pueblos muy superior al que en tiempos de César se habría juzgado de origen «celta».



El mundo de los celtas atlánticos

De hecho, en los últimos tiempos los historiadores han empezado a mirar con un sombrío escepticismo esa palabra, y no sin razón^[1]. La voz «celta», como hoy la entendemos, no quedó acuñada sino en el año 1707, fecha en la que un anticuario y naturalista galés llamado Edward Lhuyd comenzó a emplearla para identificar los distintos grupos lingüísticos de Irlanda, Gales, Cornualles y la Bretaña francesa.

Antes de esa fecha, ningún habitante de las islas Británicas habría soñado siquiera con aplicarse el adjetivo «celta». Con todo, esto no significa que Lhuyd estuviera como una regadera: en una gran zona de Europa había existido una cultura bien

cohesionada y reconocible, y parece razonable proporcionarle, pese a que los pueblos que la integraban no tuvieran en su día conciencia de ella, una identidad de grupo (establecida hoy), del mismo modo que nos referimos a los individuos de la Edad de Piedra con esa precisa expresión genérica —«gente de la Edad de Piedra»—, aunque no haya duda de que ellos debieron de considerarse a sí mismos «hombres modernos».

Sin embargo, antes de seguir avanzando debemos quitarnos de la cabeza la visión mediterránea del mundo. Esta idea del cosmos no sólo induce a pensar que el soleado Mediterráneo constituye el núcleo vivo del universo, sino que juzga, al mismo tiempo, que un lugar como las islas Órcadas es un finibusterre —una remota e inhóspita tierra situada en los límites del mundo conocido—. Con esos ojos debieron de haberlas contemplado los romanos, pero el mundo celta —el mundo visto desde la óptica de los propios celtas— no tenía por qué ser necesariamente así^[2].

En la Antigüedad, la comunicación humana tendía a girar en torno al agua. Las vías marítimas y fluviales constituían los medios a los que se recurría naturalmente para efectuar viajes, en especial cuando había que transportar artículos de mucho peso. Al ser un mar, el Mediterráneo era el marco de una de esas redes de comunicación, pero también ocurría lo mismo con el litoral atlántico de Europa. Más que un conjunto de lugares alejados entre sí y perdidos en los confines del mundo civilizado, los asentamientos de la costa atlántica configuraban una red de sociedades interrelacionadas.

Esta red se remonta a épocas muy antiguas. Ya en el 4000 a. C. se elaboraban en el centro de la Bretaña francesa, y se distribuían luego a gran escala, unas hachas de piedra pulida realizadas en diorita (una roca magmática solidificada bajo la superficie de la tierra). Además, la datación con radiocarbono ha mostrado que los monumentos megalíticos de la región costera atlántica no se han inspirado en forma alguna en modelos mediterráneos. Parece que, desde tiempos inmemoriales, actuaron en toda esta zona sistemas de creencias íntimamente emparentados con los que se daba explicación al cosmos y a la muerte, y que Portugal, el sur de la Bretaña francesa, Irlanda y las islas Órcadas fueron todos ellos centros de innovación en los que se practicaban un arte y una arquitectura similares.

Hace años se suponía invariablemente que la diseminación de estas semejanzas se debió a procesos de emigración en masa, y que la cultura celta acompañó a las migraciones invasoras procedentes de la Europa central. No obstante, en época más reciente, los arqueólogos han sugerido que la dispersión de las culturas se debió con frecuencia a la realización de cortos viajes por mar y a travesías fluviales que permitían enlazar, en una malla de comercio y comunicación, comunidades diseminadas y tal vez muy dispares.

Volviendo a los tiempos prehistóricos, el litoral atlántico demuestra la existencia de un «asombroso despliegue de elementos culturales comunes^[3]». En Cornualles, Normandía y la Bretaña francesa se han descubierto adornos y collares fundidos en

oro extraído de minas irlandesas. En la Bretaña francesa, la Gran Bretaña septentrional y el norte de Irlanda se han hallado gargantillas venidas del sur de Iberia. Tenemos la suerte de que estos pueblos siguiesen un hábito bastante extraño: les encantaba arrojar buena parte de sus más valiosas posesiones en las ciénagas y los lagos, u ocultarlas bajo tierra. Fueran cuales fuesen las razones que les impulsaran a tan extravagante derroche de recursos, la consecuencia es que nos han dejado algunos datos de su mundo. Si nos trasladamos ahora a la Edad de Hierro, observaremos que la cultura que compartían los pueblos de la costa atlántica adquiere aún mayor visibilidad, ya que se presenta en forma de ofrendas de espadas, escudos y lanzas, lo que prueba la existencia de un sistema de valores común cuyos objetos muestran a veces diseños similares.

Por consiguiente, es posible que no fueran los invasores venidos de Oriente quienes trajeran a la Europa occidental la cultura y las lenguas que hoy denominamos «celtas», sino que éstas tengan su origen en el litoral atlántico. En otras palabras, la raíz celta podría encontrarse en la red costera del océano Atlántico.

No obstante, también los ríos resultaban rutas importantes de transmisión cultural. Ésta es la razón de que la identidad celta fuese igualmente sólida en el cuadrante occidental del centro de Europa —en las regiones situadas al norte de los Alpes y regadas por ríos muy grandes, como el Danubio, el Rin, el Ródano, el Saona, el Sena y el Loira—. Lo que desconocemos es en qué sentido discurrían los flujos de la transmisión cultural.

Sí sabemos que en torno al año 440 a. C. los celtas de la región del Danubio empezaron a cruzar los Alpes en distintas oleadas y a establecerse en el norte de Italia, en las inmediaciones de los lagos Mayor y de Como. También se asentaron en lo que hoy es Milán. Como quizá cupiera esperar, el conocimiento que tenemos de los celtas mejora conforme éstos comienzan a entrar en contacto con el mundo realmente culto de la Antigüedad clásica.

¿HASTA QUÉ PUNTO ERAN BÁRBAROS LOS CELTAS?

Una gran parte de nuestro punto de vista sobre los celtas de la Edad de Hierro se debe más a los griegos que a los romanos^[4]. Platón los engloba en un conjunto formado por una notable cantidad de bárbaros diferentes dados a la guerra y a emborracharse como cubas. A lo largo de los ochocientos años siguientes las grandes melopeas serán un tema que aparecerá de forma constante en las descripciones de los celtas. Diodoro Sículo (o Diodoro de Sicilia), autor del siglo I a. C., presenta una imagen de los celtas que los hace aparecer como el prototipo del gamberro —«odres de vino» sería la expresión más apropiada—. «Son —nos dice— extremadamente aficionados a beber vino^[5]». No le añaden agua, como hacen los griegos, continúa, y beben hasta «caer

en el estupor o en un estado de enajenación^[6]». ¿Le suena familiar?

Obviamente, los celtas eran el tipo de persona al que ningún griego decente se habría atrevido a invitar a una cena: «Parecen demonios de los bosques, con su densa pelambreira y sus greñas como crines de caballo. Algunos de ellos van totalmente afeitados, pero otros —en especial los de rango elevado— sólo se rasuran las mejillas y se dejan un bigote que oculta la totalidad de la boca y que, al comer y beber, actúa como un tamiz y retiene trozos de comida^[7]».

Lo que resultaba particularmente chocante para los conservadores patricios del mundo clásico era la vulgaridad de la vestimenta de los celtas: «Los galos demuestran [...] una gran afición a los adornos. Se ciñen el cuello con collares de oro, llevan pulseras en brazos y tobillos, y todo aquel que ostente una mínima posición social viste prendas teñidas y bordadas en oro^[8]». ¡Es fácil imaginar la exclamación de fastidio de los sobrios romanos enfundados en sus togas blancas frente a todos aquellos perifollos extranjeros! Era la mejor prueba de un grave defecto moral que, inevitablemente, habría de traslucirse en la batalla: «Esta ligereza de carácter les vuelve intolerables cuando se alzan con la victoria, y les infunde pánico cuando las cosas se tuercen^[9]».

Por otro lado, no debía tratárseles con excesiva suavidad —a fin de cuentas eran cazadores de trofeos que no sólo gustaban de «llevar las cortadas cabezas de sus enemigos colgando del cuello del caballo» al volver de los combates, sino que las hincaban en sus empalizadas a fin de que la gente pudiese contemplarlas^[10].

Y lo que es peor, ¡eran enormes! Los británicos (a quienes los autores clásicos distinguen de los celtas) tenían una estatura particularmente llamativa. Estrabón los tuvo ante sus propios ojos: «Yo mismo, en Roma, he visto a simples chiquillos que sacaban quince centímetros a las personas más altas de la ciudad», afirma un tanto pasmado, aunque se apresure a añadir que los romanos, pese a su corta estatura, no tienen por qué envidiarles, porque, al margen de su talla, «eran patizambos y de rasgos poco correctos en el resto de su figura^[11]».

Los celtas se mostraban asimismo extremadamente agresivos, y respondían con facilidad a las provocaciones: «Toda esta raza [...] es belicosa y vehemente, y está permanentemente dispuesta a la pelea [...]. Cualquiera puede encolerizarles con el pretexto que mejor le plazca, cuando y donde quiera...». Da la impresión de que uno de los pasatiempos habituales de los romanos consistía en hacer morder el anzuelo a los celtas. Claro que, bien pensado, quizá no fuese así: ¡eran demasiados! «Su poderío radica tanto en el tamaño de su cuerpo como en el elevado número de sus huestes^[12]».

Dado que escribe en el siglo I a. C., Estrabón da muestras de un claro nerviosismo al hablar de los celtas, inquietud que no se observa en otros comentarios más antiguos. Unos cuatrocientos años antes, sus colegas griegos parecían no encontrar en los celtas motivo alguno de temor. Helánico de Lesbos, un historiador del siglo V

a. C., dice de ellos que «se atenían a prácticas justas y rectas». En el siglo siguiente, el historiador Éforo de Cime añade que observaban «las mismas costumbres que los griegos» y que estaban muy bien avenidos con ellos.

Todo esto cambió en el año 279 a. C., cuando los celtas del bajo Danubio lanzaron un ataque en masa contra Grecia. La verdad es que no sabemos por qué razón aumentó la agresividad de los celtas, si es que eso fue realmente lo que sucedió, pero quizás ese «elevado número de huestes» del que hablaba Estrabón venga a señalar la incidencia de una explosión demográfica que obligara a los celtas a buscar nuevos territorios. O quizá se tratara simplemente de un cambio cultural. No parece existir duda alguna de que, en esta época, hubo algunas sociedades celtas que desarrollaron una cultura heroica basada en una élite militar. El coraje y el honor pasaron a convertirse en elementos clave, y dieron a los griegos muchos motivos para la admiración. Estrabón elogiaba el sentido del deber que vinculaba a los celtas entre sí: «Su espontaneidad y su simpleza les empuja a congregarse fácilmente en muchedumbres, ya que todo el mundo se indigna ante lo que considera una injusticia para con su vecino». Sin embargo, al final, esa llaneza llevaba implícitamente aparejada la posibilidad de que una civilización superior les derrotara: «Son cándidos y sin malicia. Si se les provoca, se precipitan en masa a la batalla, de forma directa y sin ninguna precaución, y de este modo les vencen fácilmente quienes se valen de la estrategia^[13]».



La idealización romántica de los bárbaros.

Este galo moribundo tallado en mármol a tamaño natural, que hoy se encuentra en el Museo Capitolino de Roma, es una copia romana de un original griego, probablemente de bronce, que integraba un gran monumento de conmemoración triunfal fundido en torno al año 230 a. C. y colocado en la acrópolis de Pérgamo, en la actual Turquía. Pese a que la figura representa obviamente a un galo que lleva una torques, en el siglo XIX se suponía que se trataba de un gladiador romano.

Sin que resulte quizá demasiado sorprendente, los griegos comenzaron a simpatizar con la pugna de los celtas. La idea de un galo agonizante se convirtió en uno de los temas relevantes de la escultura griega, que se complacía en la representación de una musculosa y heroica juventud que expira, graciosamente rodeado el cuello por una dorada torques, víctima del filo de la espada. Los romanos copiaron en mármol varias de aquellas imágenes: en el Capitolio puede verse actualmente a uno de esos galos moribundos.

Tanto la actitud de los griegos como la de los romanos parece algo paternalista, pero en último término, ¿por qué no habría de serlo? A fin de cuentas, los celtas eran inferiores en todos los aspectos, ya que poseían una tecnología menos elaborada, un menor número de destrezas manuales y una ciencia y unos conocimientos imperfectos. Para nosotros, que lo observamos todo con la perspectiva que nos da la historia, parece inevitable que Roma se alzara con el triunfo frente a esas gentes tan valerosas como atrasadas.

Pero no era así. No era así en absoluto.

LA TECNOLOGÍA MILITAR CELTA

Puede que a los ojos de los romanos los celtas carecieran de estrategia en la batalla, pero sus armas y pertrechos no eran en modo alguno peores que los del ejército romano. Es posible que en épocas pasadas algunos celtas hubieran cargado con las manos desnudas contra el enemigo, pero en el siglo I a. C. se habían convertido en maestros armeros. En el año 53 a. C., fecha en la que el cabecilla galo Vercingetórix infligió a César su primera derrota militar, es muy posible que nos hubiese resultado problemático distinguir en el campo de batalla a uno y otro bando combatiente — caso de que nos limitáramos a juzgar únicamente por las apariencias—. Había individuos que portaban cascos de legionario pero que no eran romanos, sino galos. Los romanos llevaban unos tocados de bronce rematados por una de cresta de crines muy mona. Más tarde imitarían el robusto diseño del casco galo, con sus características carrilleras.

Y además, los escudos de los celtas eran mejores que los de los romanos. «Poseen escudos de la talla de un hombre —escribe Diodoro de Sicilia— y los decoran de una manera que les es muy peculiar. En algunos de ellos se observan figuras de bronce en relieve y hábilmente trabajadas cuya función no es meramente decorativa, sino de protección^[14]». (¿Podríamos estar ante un primer ejemplo de decoración ofensiva^[*]?) Los romanos se apresuraron a adoptar el formato del escudo celta y lo hicieron suyo. También reprodujeron distintas armas de esos pueblos y utilizaron los mismos nombres que les daban los propios celtas. La voz latina con la que se designa la lanza ligera, *lancea*, deriva de la empleada por los galos que habitaban Hispania, la palabra celta *materis* pasó a ser la que los romanos utilizaron para designar la jabalina, y el término *gæsum*, que denota el venablo largo, también fue un préstamo celta.

Cuando los romanos se presentaron en Britania descubrieron otro avance tecnológico: los carros. Puede parecer raro a nosotros, que hemos crecido con *Ben Hur*, que los romanos se vieran sorprendidos por la presencia de carros en el campo de batalla, pero así fue. Lo que más impresionó a César fue la habilidad con la que los británicos manejaban sus carros y el uso que les daban:

Su forma de combatir con los carros es como sigue: en primer lugar, pasan al galope en todas direcciones, lanzan sus dardos y con el espanto que infunden los caballos y el estrépito de las ruedas desordenan completamente la formación [...]. De esta forma, tienen garantizadas en los combates la movilidad de los jinetes y la estabilidad de los infantes, y tales son los resultados que obtienen con la práctica cotidiana y el entrenamiento que están acostumbrados a controlar los caballos cuando se lanzan al galope por pendientes y lugares escarpados, a refrenarlos y hacerlos girar en un instante, a deslizarse por el timón, sostenerse en pie sobre el yugo y de ahí volver con

toda rapidez al carro^[15].

Todo esto era enteramente nuevo para las tropas romanas: César continúa diciendo que sus hombres habían quedado «trastornados por aquel nuevo tipo de combate» y que se vio obligado a llevar «las legiones de vuelta al campamento».

Ya se habían usado, mucho tiempo atrás, carros de guerra en Oriente Próximo, pero se prefirió sustituirlos por la caballería. Los carros romanos eran de uno de estos dos tipos: bien vehículos pesados y torpes utilizados en los desfiles, bien ultraligeros y especialmente adaptados para las carreras. Con todo, los británicos habían realizado significativas mejoras de diseño, y, como señala César, habían llegado a un completo dominio del arte de servirse de ellos. No obstante, y a pesar de las pruebas, los carros impulsados por caballos constituyen una parte esencial del mito de la superioridad romana. Por ejemplo el diccionario Collins indica, en la definición de la palabra «carro», que se trata de «un vehículo de dos ruedas tirado por caballos que se utilizaba en el antiguo Egipto, Grecia, Roma, etcétera». Ni siquiera se menciona a los británicos. Y sin embargo, los celtas eran de hecho quienes llevaban la delantera en cuanto al desarrollo del transporte rodado.

Los enseres funerarios que se depositaban en los enterramientos indican muy bien cuál era el tipo de cosas que importaba a la gente, y en las ricas sepulturas celtas se observa a veces la presencia de un carro y de una enorme jarra de la que poder beber. En Hochdorf, en el suroeste de Alemania, hay por ejemplo una cámara mortuoria cuya fecha aproximada se remonta al siglo v a. C. El fallecido encaja con la descripción que ha dejado Estrabón de los celtas, a quienes tiene por fornidos guerreros —mide un metro y ochenta y ocho centímetros—, y yace en un enorme lecho, bajo unos tapices. Debió de haber sido un soldado formidable —excepto por el hecho de que, aparte de una daga, no hay arma alguna en el interior de la tumba—. En el sepulcro se encontró únicamente un gigantesco caldero para el hidromiel, cuernos utilizados a manera de vasos, y un carro que ocupa casi la mitad del recinto^[16].

Así pues, parece que los romanos tomaron de los celtas sus vehículos para el transporte rodado. En cualquier caso, eso es lo que sugieren las pruebas lingüísticas. Pese a que los primeros habitantes de Italia, los etruscos, disponían efectivamente de vehículos con ruedas, las llantas que tenían eran frágiles, ya que estaban hechas con piezas unidas con clavijas. Los celtas concibieron una forma de hacer una llanta con una sola pieza de madera curvada al fuego. En Asia, se sujetaba la llanta con hierro a fin de reforzarla, pero la habilidad de los celtas en el trabajo del metal les permitía ceñir un aro entero de hierro a la rueda, lo que le daba aún mayor robustez y fiabilidad^[17]. Por consiguiente, la palabra latina con la que se designa el carro militar de dos ruedas, *carpentum*, procede del celta antiguo. Se ha conservado en la voz «*carpenter*» (carpintero) del inglés moderno. Del mismo modo, hay toda una serie de palabras con las que se designan distintos tipos de carruajes y carretas que pasaron a

formar parte de la lengua latina y que derivan del celta: *carruca*, *carrus*, *essedum*, *reda*, *petorritum*, *covinarius*, *plaustrum*...

Hasta la palabra latina con la que se significa el caballo, *caballus*, parece de origen celta, lo que nos da en último término las palabras inglesas «*cavalry*» (caballería) y «*cavalier*» (caballero). Finalmente, como *coup de grâce*, la palabra latina con la que se designan las alianzas, o ligas —*leuca*—, es de raíz celta.

¿QUIÉN CONSTRUYÓ LAS CALZADAS?

Así las cosas, ¿cómo es posible que los romanos construyeran calzadas y los celtas no? En realidad la respuesta es muy sencilla. Los celtas también realizaron carreteras. Si tenemos noticia de su existencia es únicamente gracias a las que se han conservado en aquellos puntos en los que no se levantó sobre ellas ninguna calzada romana. Estas carreteras celtas estaban hechas de madera y recorrían terrenos pantanosos: si han llegado hasta nosotros ha sido precisamente por haber permanecido hundidas durante siglos en el fango.

Como de costumbre, la versión de la historia que insiste en que los «romanos-eran-los-más-grandes» ha conseguido que esas primitivas carreteras nos resultaran invisibles hasta hace muy poco. Una de las carreteras de la Edad de Hierro mejor conservadas se encuentra en Corlea, en Irlanda, pero hasta la década de 1980 la gente no se percató de lo antigua que era. Se la conocía en la zona como «La “carretera” de los daneses» y se suponía por lo general que pertenecía a la época vikinga o algún otro período posterior. Sólo cuando se procedió a fechar los maderos mediante la técnica de la dendrocronología salió a la luz la verdad: los árboles habían sido talados en el año 148 a. C.

Sin embargo, lo que resulta auténticamente asombroso es que se hayan encontrado carreteras de madera construidas del mismo modo y por esas mismas fechas en toda Europa, y en regiones tan remotas como la Alemania septentrional. Según parece, los celtas eran hábiles constructores de carreteras, y la realización de esos caminos pavimentados con maderos no era una hazaña de ingeniería pequeña. Se colocaban unas planchas de roble sobre unas guías de abedul y se les daba una anchura suficiente como para que pudieran cruzar dos carros. Más aún, las vías que construyeron los romanos no son necesariamente anteriores a las que elaboraron los celtas. La primera calzada romana fue la Vía Apia, y se construyó en el año 312 a. C., pero la llamada «Senda Upton», ubicada en el sur de Gales —una carretera de maderos que cruza las marismas que bordean el estuario del río Severn—, se remonta al siglo v a. C.

Y hoy llamamos «calzadas» a las vías romanas, mientras que a las carreteras celtas que se han conservado las denominamos «camino» o «veredas» —es decir, no

les concedemos en absoluto la categoría de calzada, porque las consideramos un simple sendero de los bárbaros.

LA FALACIA DE LOS TEXTOS

Una de las principales razones por las que tendemos a considerar que los celtas son «bárbaros» y los romanos «civilizados» estriba en que si bien disponemos de una gran cantidad de material escrito en latín, no poseemos por el contrario prácticamente nada en celta. La Edad de Hierro (expresión con la que queremos referirnos al período anterior al dominio romano) no nos ha dejado ningún libro, poema ni obra de ciencia o literatura celtas. Sin embargo, esta circunstancia resulta en sí misma engañosa, porque tampoco ha sobrevivido apenas texto romano alguno. No tenemos ningún manuscrito latino de tiempos de César: el escrito más antiguo de César que ha llegado hasta nosotros —los *Comentarios a la guerra de las Galias*— es una copia realizada mil años después de los acontecimientos que narra.

En sus primeros tiempos, la Iglesia católica se concentró en la erradicación del paganismo —la única estatua de bronce que se conserva de un emperador anterior al cristianismo, Marco Aurelio, ha perdurado sólo porque se consideró por error que se trataba de la de un creyente—. El papa Gregorio Magno (560-604) trató de suprimir las obras de Cicerón, y se dice que quemó todos los manuscritos de Livio de que pudo incautarse^[18]. Sin embargo, los monjes de los monasterios sí que copiaron laboriosamente las obras de los autores que merecían su aprobación. De este modo hemos adquirido el conocimiento que tenemos de los escritores romanos. Y aun así, no se conservaron de esos manuscritos medievales más que algunos fragmentos, que fueron copiados nuevamente en siglos posteriores.

De hecho, sabríamos aún menos cosas de no haber sido por los irlandeses. Parece que en el siglo V d. C., durante las invasiones de los godos y los hunos, se produjo una desbandada de intelectuales que partieron de la Galia y fueron a asentarse a Irlanda, y es muy posible que esas personas llevaran sus libros consigo. Arribaron a una sociedad que por esa época era ya cristiana, pero en la que había una Iglesia celta, no católica. La Iglesia de Irlanda se sentía bastante más cómoda con el paganismo, y tenía más interés en preservar el conocimiento que en destruirlo. Los monasterios irlandeses eran centros dedicados a la copia de libros y no se vieron perturbados por demasiadas censuras religiosas. Además, allí donde los misioneros irlandeses levantaron nuevos monasterios (en las proximidades de Génova en el año 613, cerca de Constanza en 614, y en Péronne en 650) «fundaron bibliotecas en las que no faltaban los manuscritos de los autores clásicos^[19]».

Por tanto, la supervivencia de los escritores latinos se debe en buena medida a los monjes celtas. Por otro lado, las raíces intelectuales de esos monjes penetran

profundamente en el mundo pagano de los pueblos celtas. Los celtas de la Edad de Hierro contaban con una especie de intelectuales profesionales conocidos con el nombre de druidas, unas figuras que ejercían una influencia evidente sobre el conjunto de la sociedad. Como autoridades religiosas, los druidas podían interponerse entre dos ejércitos y ordenarles que depusieran las armas. Se desplazaban con entera libertad por la Galia y Britania (y probablemente también por otros lugares del mundo celta). Como custodios de la literatura, así como del conocimiento histórico, médico, científico y religioso, su educación y su formación duraba veinte años, ya que eran muchas las materias a dominar.

Es cierto que una buena parte de ese conocimiento no quedaba fijado por escrito, así que la literatura celta era meramente oral. Los druidas insistían en este punto. César pensaba que lo hacían en parte porque, según «ocurre a menudo [...], con el recurso de la escritura, se pierde el interés por aprender y la memoria^[20]». Sin embargo, los druidas sabían escribir y lo hacían cuando se dedicaban a propósitos más mundanos, pues «en casi todos los otros asuntos, en las cuentas públicas o privadas, utilizan el alfabeto griego». Los arqueólogos han encontrado muchos miles de inscripciones en lengua celta cuya fecha es anterior a la llegada de Julio César. Los caracteres que se emplean son unas veces latinos y otras griegos, aunque también usen su propio alfabeto, al que denominaban Ogam.

No resulta sorprendente, dada la actitud de los monjes de Irlanda, que éste sea uno de los lugares en los que se ha conservado una gran cantidad de material literario celta. A diferencia de los monjes católicos, los abates irlandeses juzgaban que su trabajo consistía en implicarse a fondo con las comunidades locales, y no veían razón para aislarse de la sociedad que les rodeaba —pese a que ésta nunca llegara a hacer suyas las nociones cristianas de familia y moralidad—. Como forma de representar su sometimiento a las normas, los monjes católicos se afeitaban la coronilla, uno de los signos que griegos y romanos utilizaban para señalar al esclavo. Los monjes irlandeses se rasuraban la parte frontal de la cabeza, como habían hecho los druidas, a fin de mostrar que eran continuadores de una antigua tradición de potestad religiosa e intelectual.

Esta singular casta monacal no sólo se dedicó a copiar los textos de los autores romanos paganos, también preservó la memoria celta en libros de leyes y recopilaciones de fábulas. Como es obvio, hemos de estudiar este material con cierta cautela, y no sólo porque no podemos saber con seguridad qué relevancia pueda tener para el resto de Europa. No obstante, hay colecciones de textos literarios como la del *Book of Leinster*, escrito en el siglo XII, que contienen relatos ambientados en el mundo pagano celta, y en los que se percibe con claridad que sus detalles han sido extraídos directamente de aquella época. En ellos se indica, por ejemplo, que los guerreros iban al combate en carros y que al abandonar el campo de batalla llevaban las cabezas de los enemigos degollados sujetas a los varales del carro y regresaban a casa con tan horrendos trofeos. Creemos que estas cosas sucedieron realmente porque

lo han descrito autores griegos como Diodoro de Sicilia, pero lo cierto es que aquellos monjes irlandeses no habían leído ningún texto griego. Su saber procedía de la tradición oral, y lo que hacían era ponerla por escrito.

Tal vez esté usted pensando que los bárbaros analfabetos debían de tener unas leyes notablemente primitivas, del tipo «Como me toques el carro, te parto la cara». Sin embargo, los monjes irlandeses nos han dejado un corpus jurídico celta que revela un nivel de refinamiento asombroso. Por desgracia, apenas ha sido estudiado.

Conocemos el derecho celta de Irlanda a través de una colección de textos a los que se da el nombre de leyes Brehon^[*], denominación que deriva de los «*brehons*» o «*brithemuin*» (jueces) que asumieron las funciones legales de los druidas tras la conversión de Irlanda al cristianismo. Dichas leyes se escribieron en verso a partir del siglo VII d. C., y es obvio que deben su forma a la tradición de los bardos.

La principal diferencia entre el derecho romano y el celta se debía al hecho de que atendían a las necesidades de dos sociedades en esencia distintas. Al derecho romano le preocupa principalmente la autoridad del *paterfamilias* (el cabeza de familia, la única persona que cuenta en términos jurídicos), sus derechos de propiedad y la regulación de las actividades de negocio. Las leyes Brehon se interesan en las responsabilidades que tienen los miembros del clan en relación con las tierras —unas tierras que no estaban en manos de uno o más individuos, sino del grupo—, y abordan asimismo las normas jerárquicas y las obligaciones que contrae el conjunto de la comunidad con quienes la integran. Durante mucho tiempo estas leyes han despertado suspicacias por provenir de donde provienen, porque el texto pertenece a la época cristiana, y porque no están redactadas en prosa. Éste es un excelente ejemplo del sesgo prorromano de la cultura occidental, ya que lo cierto es que los testimonios que tenemos del derecho romano no son mucho mejores que los del celta: simplemente nos gusta creer que sí.

El derecho romano quedó por completo olvidado en la Europa medieval hasta que se descubrió en la Italia del año 1070 una copia del siglo VI en la que figura el texto del código jurídico del emperador Justiniano. Las facultades de derecho florecieron sobre la base de ese documento, y la primera fue la de la Universidad de Bolonia, fundada en el año 1088. Quienes se graduaban en estas instituciones servían a príncipes y a comerciantes, así que a mediados del siglo XVI el derecho romano regía ya en toda Europa. Sin embargo, este derecho romano no tenía en realidad nada que ver con las leyes por las que se había regido el imperio romano. No se trataba únicamente de que el texto que utilizaban los eruditos medievales fuese distinto del original, sino que pertenecía además a un código jurídico bizantino creado por un emperador reformista.

Todo lo que en realidad sabemos del derecho romano, y todo lo que de él se impuso en Europa, procede de un texto del siglo II escrito por un tal Gayo. Además, hasta el siglo XIX, la mayor parte de lo que se sabía de su contenido derivaba de un resumen redactado en el año 506 que figuraba en el código legal de un rey visigodo:

Alarico II. En 1816 se encontró el texto íntegro de un manuscrito del siglo VI, pero se trataba de un palimpsesto, lo que significa que el documento había sido borrado para escribir sobre él un pasaje cristiano. Era una práctica corriente de la Iglesia medieval, motivada en parte por el hecho de que los pergaminos eran caros, pero debida sobre todo a que, para el cristianismo, constituía una forma muy funcional de cambiar el pasado pagano. Era un deliberado y pío acto de destrucción.

Por fortuna para nosotros, la supresión se realizó de forma imperfecta, así que buena parte del libro siguió siendo legible. Con todo, ésta es una base muy endeble para que pueda sustentarse en ella la difundida opinión de que el derecho romano logró conservar su vigencia a lo largo de los siglos. Y aunque podría decirse que el derecho céltico nos ha dejado mejores documentos, y que simplemente no les prestamos la menor atención, se nos ha animado a dar crédito, por el contrario, al historiador romano del siglo II a. C. Polibio, quien dejó dicho que los celtas «desconocen por completo todo cuanto guarde relación con el arte o la ciencia^[21]».

La verdad es que parece que Polibio no sabía demasiadas cosas acerca de los celtas. Poseían arte, productos manufacturados, literatura y derecho. Y lo más sorprendente de todo es que tenemos pruebas de que empleaban rigurosos métodos matemáticos.

EL CALENDARIO DE COLIGNY

No hay ejemplo mejor que el del extraño caso del calendario de Coligny para apreciar esta tendencia que nos lleva a conceder a los romanos el mérito de sus avances tecnológicos y a pasar por alto al mismo tiempo los logros de los celtas. Pese a haber sido descubierto a finales del siglo XIX, este pasmoso artilugio —una prueba concluyente del refinamiento matemático de los celtas— habría de pasar inadvertido, olvidado, durante la mayor parte del siglo XX.

En 1897, un hombre que se hallaba cavando en un campo situado a las afueras de la pequeña población de Coligny, en la zona oriental del centro de Francia, desenterró 153 fragmentos de bronce cubiertos de palabras celtas que hacían alusión a las fases de la luna y las fiestas. Cuando por fin consiguió armarse el rompecabezas, los arqueólogos se percataron de que se encontraban ante un primitivo calendario celta, aunque nadie comprendía su funcionamiento. Habrían de pasar casi cien años antes de que alguien alcanzara a vislumbrar hasta qué punto se trataba de un hallazgo fascinante: el descubrimiento iba a revolucionar nuestra comprensión de la cultura celta y de sus logros intelectuales.



La matemática celta.

Este calendario galo, esculpido entre los años 50 y 150 d. C., es obviamente la copia de un original cuya fecha se remonta al siglo I a. C. y que probablemente formaba parte de las instalaciones de un templo. En 1807 se encontró en el Jura un fragmento de un calendario similar, igualmente vinculado a un santuario. Parece que el calendario fue meticulosamente partido en varios pedazos y que éstos se repartieron entre distintas personas.

En 1989, un joven estudioso estadounidense llamado Garrett Olmsted se interesó en el calendario. Dio la feliz casualidad de que Olmsted no era sólo un erudito en cuestiones celtas, sino también matemático e ingeniero de sistemas —la exacta combinación de conocimientos que se necesitaba para descifrar el código.

Los calendarios son asuntos complicados. Cada mes ha de empezar en una luna nueva, pero al final de un año compuesto por doce meses lunares sobran casi once días. Ni el mes ni el año tienen un número de días exacto. Olmsted demostró que aquellos bárbaros habían calculado un sistema que permitía que el calendario pudiera comenzar todos los meses en luna nueva —actuando en tal sentido como un calendario lunar— sin que eso provocara que sus festividades dejaran de coincidir con el preciso punto de cada estación que les correspondía —lo que hacía de él un calendario solar^[22]—. Olmsted llegó a la conclusión de que el sistema de cálculo que habían empleado los celtas se adelantaba en muchos siglos a los métodos posteriores.

El aparato matemático para la realización del cálculo es bastante impresionante, pero la creencia de que los celtas carecían de refinamiento intelectual se mostró tan tenaz que al principio los arqueólogos franceses se negaron a publicar el trabajo de Olmsted y éste tuvo que buscar una editorial en Alemania. La ecuación «bárbaro = tosco» nos ha impedido apreciar el significado de muchos objetos «bárbaros», y éste será uno de los temas recurrentes de la presente obra.

Si desea saber qué sucede si no se tiene la capacidad de realizar esos complejos

cómputos matemáticos aplicados al calendario, fíjese en los romanos. Su calendario era tan irremediabilmente desmañado que hacia el siglo I a. C. sus fechas acumulaban ya un desfase de unos tres meses. El asedio del ejército de Vercingetórix en Alesia comenzó el 25 de junio del 52 a. C., pero según los romanos se producía en septiembre.

Su calendario era tan desastroso que unos cuantos años más tarde los romanos abandonaron por completo la idea de intentar vincular los meses con la luna nueva. Julio César encargó a un astrónomo griego que ideara un nuevo calendario para Roma —todo lo que tenía que hacer era conseguir que una misma fecha cayese en un punto idéntico de la estación año tras año—. Para lograr que el calendario arrancase como debía, el astrónomo tuvo que comenzar con un año de 445 días, razón por la que a ese año se le conoció como *annus confusionis*. Los celtas debían de estar partiéndose de risa.

Y ni siquiera aquel nuevo calendario juliano funcionó de forma totalmente correcta. Aún habría que volver a modificarlo a finales del siglo XVI y generar así nuestro calendario moderno, que, según Olmsted, no es mejor que el que empleaban los celtas.

LOS MAESTROS FORJADORES DE EUROPA

Sólo ahora comienzan los historiadores a revisar sus juicios sobre el refinamiento de la ciencia y la ingeniería celtas. Desde los tiempos más remotos los celtas fueron los maestros forjadores de Europa. Los herreros celtas eran tenidos por magos, pues podían coger un pedazo de piedra y transformarlo en una sustancia prodigiosamente nueva —una hoja de acero hábilmente trabajada cuyo filo era capaz de entallar el bronce o el hierro común—. Se dice que san Patricio, al disponerse a combatir el paganismo en Irlanda, compuso una plegaria, «La coraza de san Patricio», en la que figuraban estos versos:

Invoco en esta hora a cuantas virtudes hay
contra toda cruel potencia enemiga...
Contra los hechizos de las mujeres y los herreros y los druidas,
contra cualquier saber que embride el alma humana.

Los hechizos de los herreros aparecen aquí junto a los conjuros de los más poderosos nigromantes: las mujeres y los druidas. La ciencia que permitía trabajar el metal era un arte secreto y misterioso, y los romanos no descollaban tanto en él como los celtas —y no sólo en lo tocante a la fabricación de armas, también en lo referente a sus aplicaciones pacíficas.

El dominio que tenían los celtas de la tecnología metalúrgica les permitió poner asimismo en marcha complejas granjas agrícolas. Sabemos que en Britania, ya en torno al siglo IV a. C., conocían la reja del arado, puesto que en un templete de Frilford, junto al río Ock, cerca de Abingdon, en Oxfordshire —un emplazamiento habitado desde el año 350 a. C. aproximadamente—, se encontró, enterrada bajo una de las columnas centrales, quizá como ofrenda votiva, una reja de hierro. Es razonable conjeturar que el templo debió de ser uno de los primeros edificios construidos, y que la ofrenda de la reja de arado se hizo en el momento en el que se pusieron los cimientos^[23].

En su empleo del metal, los celtas llegaron a inventar incluso una cosechadora. El historiador romano del siglo I d. C. Plinio nos ha dejado la única descripción escrita de este artefacto: «En las enormes fincas de las provincias galas se usan unos arzones muy grandes de bordes dentados que se hacen pasar, sujetos a unas ruedas y empujados por una yunta de bueyes, a través de los trigales^[24]». Los romanos lo denominaban *Gallic vallus*. Los historiadores no lo consideraron cierto hasta el descubrimiento de unos bajorrelieves que, al parecer, mostraban exactamente ese aparato. Era una especie de rastrillo sobre ruedas que sacudía las espigas de trigo y las depositaba en un recipiente, actuando de forma bastante similar a como lo hace el depósito de un cortacésped. En la década de 1980 se construyó y se probó una réplica del dispositivo^[25]. Después del siglo III d. C. no parece quedar rastro de él, así que el trabajo de la recolección se convirtió en una tarea matadora realizada con guadaña en tanto no volvió a inventarse la máquina, en el año 1831.



La maquinaria gala.

Este fragmento de lápida, cuya fecha se sitúa en torno al año 240 d. C., fue hallado en 1958, entre las piedras de unas murallas medievales de las Ardenas, en el norte de Francia. Constituye una prueba palpable de que realmente existió la cosechadora gala que describe Plinio, aunque en ésta parece ser una mula la encargada de moverla, en lugar de un buey.

Otras herramientas celtas, en cambio, siguieron usándose. Estos grupos sociales perfeccionaron la fijación de las hojas de hierro a su mango de madera. Por consiguiente, las palas y las hoces, las horcas, las hachas y las segaderas que

utilizaban los granjeros celtas de la Edad de Hierro apenas difieren de las que se emplean en la actualidad.

El hecho de que la valoración de la tecnología celta haya mejorado a lo largo de los últimos años se debe en particular a la arqueología experimental que se desarrolla en la granja antigua Butser, situada en Hampshire. En esas instalaciones se han puesto a prueba, de la forma más hacedera posible, esas técnicas que antes se ridiculizaban, y el resultado ha obligado con frecuencia a revisar el juicio que nos merecían los conocimientos célticos. De este modo, sale a la luz que los antiguos celtas sabían lo que hacían.

Quizás el ejemplo más simple de este reexamen de la tecnología antigua sea el modo en que los celtas almacenaban el producto de sus cosechas. Durante muchos años, la presencia de grano y otros áridos en agujeros practicados en el suelo desconcertó a los arqueólogos. Parecía contrario al sentido común sugerir que el enterramiento de los alimentos pudiera mantenerlos secos y en buen estado. Sin embargo resultó que, una vez sometida a prueba, y para sorpresa de todos, la técnica funcionaba. Lo que sucede es que el grano que ocupa la capa superior del hoyo de almacenamiento, al estar en contacto con las paredes húmedas, germina, consumiendo el oxígeno disponible y liberando dióxido de carbono. Esto crea un medio anaerobio en el que el cereal se conserva en perfectas condiciones durante cierto tiempo.

LAS CIUDADES CELTAS

Si ha resultado fácil subestimar los logros tecnológicos de los celtas se debe a que gran parte de sus innovaciones se han desvanecido o no han sido bien comprendidas. Lo mismo puede decirse del modo de vida celta en general. La forma en que vivían desapareció bajo una avalancha de construcciones y actos propagandísticos romanos. Del mismo modo que llamamos «calzadas» a las vías romanas y «camino» a las celtas, también denominamos «poblaciones» a los asentamientos romanos y «castros^[*]» a los celtas, y eso cuando no les adjudicamos un nombre romano: «*oppida*». En esto consiste la fuerza de los sesgos interpretativos: César utilizaba la palabra *oppidum* para designar un tipo de plaza fuerte; de haber escrito alguna vez acerca de Jerusalén es probable que le hubiera dado el nombre de recinto fortificado.

Pero el lenguaje no ha sido el único factor que ha mantenido oculta a nuestros ojos la civilización urbana celta. La conquista romana simplemente barrió sus poblaciones, que unas veces desaparecieron bajo las tierras de labor y otras se vieron sustituidas por edificios romanos. La construcción de las ciudades romanas de pequeño tamaño obedecía a un principio distinto: eran fundamentalmente centros administrativos y lugares para la recaudación de impuestos. La ciudad romana giraba

en torno a dos calles principales que se cruzaban en ángulo recto y albergaba en su centro un conjunto de edificios públicos que representaban la autoridad del imperio y cuyas características permitían que su origen romano pudiera ser inmediatamente identificado. Entre esas construcciones destacaban los templos, las basílicas, las termas y, a menudo, los anfiteatros. Dado que las ciudades celtas no presentaban ese aspecto, y que el propósito de su existencia era diferente, nos ha llevado mucho tiempo admitir su importancia.

El mundo celta era un espacio dedicado al comercio, y las poblaciones constituían centros mercantiles, frecuentemente relacionados con las actividades mineras. La suposición de que los celtas vivían en cabañas primitivas es un tanto equivocada, ya que era habitual que contaran, incluso lejos de las ciudades, con viviendas de notable porte. Las casas de labranza galas, por ejemplo, eran muchas veces edificios amplios y rectangulares de dos plantas que en ocasiones no contaban en su interior más que con una única habitación de gran tamaño, mientras que en otras constaban de muchos aposentos diferentes.

En Britania parece haber sobrevivido hasta bien entrado el siglo I a. C. una tradición aún más antigua vinculada con las culturas de la costa atlántica y caracterizada por la construcción de refugios redondos. Esos hogares, sin embargo, podían ser sorprendentemente refinados. En la antigua aldea de Chysauster, en el extremo de la península de Cornualles, se encuentran los restos de una serie de moradas de piedra con techo de paja dispuestas en torno a un patio central. El suelo de las construcciones era de losas de piedra y —¡oh, sorpresa!— por debajo de ellas discurría una red de cañerías. ¡Francamente bárbaro!, ¿no les parece?

Los constructores celtas gozaban de gran estima y se les reconocía una elevada posición profesional. En la tradición irlandesa se daba el nombre de *Ollamh* al maestro de obras —voz que ha perdurado en el irlandés moderno como sinónimo de «profesor»—. Estos técnicos recibían un elevado salario y se les pagaba anualmente una cantidad. Y desde luego se lo merecían. Los expertos celtas daban muestras de un notable ingenio y de mucha pericia. El *crannog* es quizá la más clara demostración de su competencia: se trata de una vivienda circular con armazón de madera construida sobre una isla artificial situada en el medio de un lago, un estuario o un pantanal. Se arrojaban cantos rodados al agua o a la ciénaga hasta que asomaban por encima de la superficie y después se añadían maderos a las piedras hasta consolidar unos cimientos. Estas casas podían llegar a tener unos quince metros de diámetro.

A partir del siglo II a. C., el comercio celta creció de forma notable, y lo mismo sucedió con el tamaño y el número de sus poblaciones. Algunas de éstas eran muy grandes. Una de las mayores era Manching, en el sur de Alemania. Fue la capital de los vindelicios, y se enorgullecía de los muros que la defendían, de ocho kilómetros de circunferencia. Fue probablemente incendiada por los romanos en el año 15 a. C.

La más espectacular de todas las ciudades celtas también se encuentra en el sur de Alemania, entre Stuttgart y Ulm. Por desgracia, no se ha excavado adecuadamente el

asentamiento y aún se desconoce el nombre de la ciudad, pero las murallas ceñían una conurbación de dimensiones extraordinariamente grandes, ya que abarcaba una superficie de más de quince kilómetros cuadrados. Basta una pequeña comparación: el muro aventino que rodeaba Roma en el siglo I d. C. delimitaba un área que apenas llegaba a la cuarta parte de esa extensión.

Una de las poblaciones celtas en las que se realizan excavaciones en la actualidad es la de Bibracte, situada en lo alto de un monte del centro de Francia. Sus habitantes acuñaron una moneda propia entre el siglo III a. C. y el año 50 d. C. —primero en oro y más tarde en plata, y su valor era el mismo que el del *denarius* romano—. Era una ciudad importante —lo sabemos porque así nos lo dice César; de hecho, es el lugar que eligió para sentar sus reales mientras se mantuvo ocupado con la conquista de la Galia, y el punto geográfico en el que escribió sus comentarios sobre el particular—. El manuscrito de esa obra se envió a toda prisa a Roma a fin de que pudiera ser leído en público, ya que formaba parte de la campaña con la que César quería forjar de sí una imagen ventajosa para encumbrarse en su ciudad. Y eso era todo lo que sabíamos de Bibracte hasta ahora. Sencillamente la población desapareció, y quedó sustituida por tierras de cultivo y bosques. Hoy, sin embargo, los arqueólogos han descubierto datos sobre Bibracte que encajan con la nueva imagen que vamos haciéndonos de la sociedad celta, esto es, de una cultura dinámica y culta que comerciaba en toda Europa, poseía una sólida base económica y utilizaba el dinero en sus transacciones.

Han aparecido pruebas de la existencia de una importante ciudad con una animosa calle principal en la que se alineaban toda una serie de talleres y establecimientos dedicados al comercio de artículos de hierro procedentes de las minas cercanas, ya que elaboraban y vendían herramientas, joyas y objetos decorativos esmaltados. También trabajaban el vidrio y fabricaban cuentas y pulseras, además de acuñar monedas, en valores que llegaban incluso al de la calderilla corriente. Todas las tiendas tenían un sótano que utilizaban como almacén. La ciudad contaba con una superficie de más de un kilómetro cuadrado y estaba dividida en zonas bien delimitadas. Había centros consagrados a la artesanía y al culto religioso, y en la zona residencial de los aristócratas podían verse casas muy atractivas.

Las ciudades como Bibracte se hallaban unidas a otras por un conjunto de rutas comerciales que llegaban a lugares tan remotos como África y China, aunque la mayor parte de su actividad comercial se concentraba en el mundo romano, de modo que tanto Roma como los galos obtenían jugosos beneficios de la situación. Es evidente que si uno realiza este tipo de negocios no va por ahí utilizando pesos falsos y gritándole «*Vae Victis!*» a los clientes —lo que demuestra que ya hemos dejado muy atrás a los celtas de Breno.

El saqueo de la Galia

Si tenemos presentes las fabulosas riquezas de Roma podría parecer extraño que los romanos se tomaran la molestia de conquistar las empobrecidas naciones bárbaras que limitaban con su imperio. Desde luego, existía el constante imperativo de la seguridad interior, al que se añadía la doctrina de los ataques preventivos, un credo que instaba a los romanos a atacar antes de ser atacados. Ahora bien, ¿es posible que hubiera alguna otra razón? A mediados del siglo I a. C., el caudillo galo Vercingetórix acuñó monedas de oro con su nombre y una efigie idealizada, posiblemente basada en el modelo del padre de Alejandro Magno: Filippo II de Macedonia. Dejando a un lado el hecho de que Vercingetórix no llevaba bigote (pese a la afirmación de Diodoro de Sicilia, quien sostenía que todos los miembros de las clases altas se lo dejaban), lo más sorprendente de esta acuñación se hace patente al comparar la moneda con otra pieza romana de oro de la misma época.

Y es que no existe ninguna. Los romanos no tenían suficiente oro como para acuñar monedas con ese metal. No hasta que conquistaron la Galia. Allí era donde se encontraba el oro.

EL ORO DE LOS CELTAS

Lo cierto es que los celtas tomaron de los griegos la idea de la acuñación y se anticiparon en esto a los propios romanos. Los celtas insubrios del norte de Italia emitían ya su propia moneda cincuenta años antes de que los romanos les imitaran. Y del siglo IV en adelante los diferentes príncipes y comunidades siguieron acuñando monedas de oro y plata. Por supuesto, en tiempos de César los romanos tenían monedas, pero eran de plata o bronce. De cuando en cuando se habían emitido monedas de oro, pero se trataba de una práctica ya abandonada en época de César: sencillamente, Roma no disponía del oro necesario. Los galos en cambio sí que lo tenían, y lo utilizaban para acuñar monedas.



Una antigua tradición gala.

Han llegado hasta nosotros cuatro ejemplares de este «estáter» de oro. Se acuñó poco antes de la derrota de Vercingetórix. En 1997 se vendió uno de ellos, pagándose por él, aproximadamente, unas cuarenta mil libras esterlinas. Siguiendo la tradición de la acuñación gala, la imagen que aquí vemos se basa en la del busto del joven Apolo que aparecía en las monedas de oro de Filipo II de Macedonia, emitidas trescientos años antes. Representa el poder y la riqueza, así como un elevado nivel de refinamiento.

Los historiadores no han caído en la cuenta de que la Galia era tan próspera sino en fecha muy reciente. Se creía que los galos habían obtenido el oro de la venta de esclavos a otros pueblos más ricos, probablemente en el Mediterráneo oriental. Sin embargo, hoy sabemos que el oro de los galos procedía de centenares de minas^[1]. Béatrice Cauuet, que ha realizado excavaciones en muchas de ellas, estima que debieron de producir cerca de setenta toneladas de ese material. En la Dordoña se han encontrado minas de treinta metros de profundidad con galerías perfectamente apuntaladas en las que se empleaban tornillos de Arquímedes para evitar las inundaciones. Esto contrasta muy llamativamente con las ideas que predominaban en épocas pasadas sobre la Galia prerromana. Las instalaciones mineras estaban tan bien organizadas que hasta hace muy poco tiempo se suponía que eran romanas. Claro, es obvio que nadie iba a imaginarse que aquellos implacables bárbaros mostachudos pudieran hacer ese tipo de cosas.

Los mineros, por la propia naturaleza de su ocupación, no pueden producir alimentos para sí mismos, lo que significa que han de confiar en una infraestructura agrícola y comercial para su sustento. Esto implica que toda actividad minera de grandes dimensiones exige el respaldo de una organización social compleja y bien dispuesta.

No estamos por tanto ante una sociedad tribal simple, sino en un mundo múltiple provisto de una industria especializada que suministraba lingotes de oro a casas de moneda y a joyeros situados a cientos de kilómetros de distancia —y todo ello se mantuvo por espacio de unos trescientos años—. Y desde luego, a los celtas no les intimidaba en absoluto la idea de alardear de todo aquel oro que producían. La ostentación de objetos de ese metal era algo que formaba parte de su cultura: tanto los hombres como las mujeres lucían un montón de alhajas fastuosas —torques en torno al cuello, brazales y brazaletes, broches, prendedores y anillos, todo ello de oro—,

incluso sus túnicas tenían bordados y adornos de ese metal^[2].

A los ojos de los romanos, los celtas no eran unos salvajes menesterosos que a duras penas lograran ganarse la pitanza; al contrario, debieron de parecerles irriantemente ricos, circunstancia que probablemente explique muchas cosas, en particular por qué los romanos se interesaron tan vivamente en el mundo de los celtas.

CÉSAR INVADIR LA GALIA

Una de las cosas de las que podemos estar seguros es de que el móvil que llevó a Julio César a apoderarse de la Galia no fue el de conocer mejor a los nativos. César era un ambicioso senador de cuarenta años que trataba de hallar un modo de dar un nuevo impulso a su carrera, entonces vacilante. En el año 61 a. C. había contraído deudas que se elevaban a veinticinco toneladas de plata^[3], y su supervivencia dependía de un valedor multimillonario llamado Craso. Necesitaba desesperadamente grandes sumas de dinero para poder cancelar sus deudas, y una aventura militar que propulsara su carrera. La Galia habría de proporcionarle la oportunidad de satisfacer ambos objetivos, y sería un galo quien le ofrecería el pretexto preciso.

El nombre de aquel galo era Diviciaco, y había sido el cabecilla de los heduos. Tras ser depuesto por su hermano, que había recurrido a la fuerza para arrebatárle el poder, huyó a Roma y trató de convencer a los romanos de que debían ayudarle a recuperar su posición.

Sus anfitriones le dispensaron el trato que solían dar a los personajes extravagantes, y a Diviciaco le encantaba seguirles el juego. Está claro que sabía mostrar buenas maneras en la mesa, dado que le invitaron a las mejores mansiones. Incluso le pidieron que pronunciara una alocución ante el Senado, y él causó sensación al aparecer ataviado con su indumentaria de guerra, reclinado sobre el escudo. Pese a todo, la aventura militar no causaba entusiasmo en Roma. La gente se negaba a creer sus afirmaciones, y él sostenía que su hermano era un jefe peligroso y partidario de la guerra.

Así prosiguieron las cosas hasta que César vio aquí su oportunidad. Diviciaco empezó a difundir la idea de que su malvado hermano se había conjurado con otro pueblo celta, el de los helvecios, junto a los cuales se proponía «llegar a dominar toda la Galia^[4]». La mayoría de los romanos debió de responder: «¿Y qué?», pero César se las arregló para convertir esas soflamas en la advertencia de una «inminente amenaza» para la propia Roma. Los helvecios vivían en los Alpes, y si se hubieran desplazado al oeste, penetrando en lo que hoy es el centro de Francia, es evidente que los feroces germanos se habrían apoderado de sus tierras y puesto a Italia en peligro^[5]. Tras dedicarle grandes halagos por todos sus méritos, César convenció al

Senado de que le concediera el título de «Protector de los galos». En 59 a. C. fue nombrado para este cargo por un período de un lustro. En los años siguientes sus ejércitos habrían de dar muerte a casi un millón de galos, probablemente una sexta parte de la población total^[6]. ¡Vaya protección, y menudo protector!

Y además, ¿por qué habría de preocuparle a César proteger a un puñado de bárbaros? Su meta era el poder personal, y para lograrlo tenía a su disposición una formidable maquinaria bélica. Gracias a la completa reforma militar que había realizado su tío Mario, Roma contaba entonces con el único ejército profesional del mundo plenamente dedicado a su labor, y no sólo pagaba un salario reglado a sus soldados, sino que éstos se servían de corazas, armas, pertrechos y tácticas tan estándares como los beneficios que podían esperar.

Por otra parte, los galos eran granjeros y comerciantes que sólo podían congregarse y acometer empresas militares durante breves períodos de tiempo, y con una instrucción muy limitada, ya que después tenían que regresar a sus hogares y ocuparse de sus familias. La única forma de poder mostrar una mínima eficacia militar era manifestar todas aquellas cualidades que les definían como bárbaros: debían tener el ánimo dispuesto a compartir un vehemente compromiso colectivo, presto a enardecerse instantáneamente con vistas al combate y a enorgullecerse del heroísmo individual caracterizado por el desprecio al riesgo físico.

César era consciente de que sus legiones podían perder una batalla, pero sabía que bastaba simplemente con que no abandonaran el campo para que lograran alzarse con la victoria en cualquier guerra imaginable. Todo cuanto necesitaba era una excusa, y hete aquí que se presenta ante él un jefe galo exiliado y le ofrece una perfectamente utilizable. César anunció que se veía obligado a invadir la Galia (sujeta ahora a su protección) porque los helvecios habían empezado a invadir el territorio de los heduos: «... ocurrió que los arvernos y los sécuanos tomaron a sueldo a los germanos. De éstos cruzaron en un primer momento el Rin unos quince mil, pero cuando aquellos hombres salvajes y bárbaros se aficionaron a los campos, la forma de vida y las riquezas de los galos, fueron muchos más los que pasaron: que ahora había en la Galia unos ciento veinte mil^[7]». Por consiguiente, marchó al norte y los pasó a espada. Fue una gloriosa victoria que prestigió infinitamente la imagen de César a su regreso a Roma.

Sin embargo, hay algo sospechoso en la crónica de César. Éste dice que, tras la contienda, sus hombres hallaron ciertos documentos entre los restos del acantonamiento de los helvecios. Aquellos «hombres salvajes y bárbaros» habían elaborado un censo exhaustivo y «nominal» en caracteres griegos del número de los que habían salido de su patria, de los que podían empuñar armas y, aparte, también de los niños, ancianos y mujeres. Unos y otros sumaban un total de 263 000 helvecios, 36 000 tulingos, 14 000 latobicos, 23 000 ráuracos y 32 000 boyos. De ellos, los que podían empuñar armas eran unos 92 000. La suma total era de 368 000, aproximadamente^[8].

Por consiguiente, eran cultos y sabían hacer números. Pero César no se quedaba a la zaga. También él confeccionó su propio censo, en el que contabilizó a «los que volvieron a su patria», calculando que habían sido 110 000. En otras palabras, habían desaparecido más de 250 000 de aquellos individuos —cabe suponer que muertos o esclavizados en su mayor parte—. Un precio poco elevado que era preciso exigir cuando uno se proponía dominar el mundo.

Ahora bien, el verdadero interés de estas cifras reside en que desde luego no parece desprenderse de ellas que los helvecios fueran una caprichosa turba de salvajes, y lo cierto es que no lo eran. Estaban tratando de emigrar. Habían organizado y controlado de forma muy notable la totalidad de su empresa —si habían establecido un censo había sido para asegurarse de que todo el mundo dispusiera de comida y alojamiento—. Más aún, habían pedido permiso a César para cruzar el territorio romano. Éste se negó a concedérselo, y al verse los helvecios obligados a tomar una dirección distinta, César aprovechó la ocasión para afirmar que estaban invadiendo a los heduos.

Había sido una trampa. El relato que César ofrece de los hechos trataba de tergiversar al máximo las cosas. Y ahora había hundido ya sus garras en la Galia: había puesto en marcha una campaña que habría de reportarle beneficios suficientes para poder satisfacer sus deudas, así como los laureles precisos para quedar transformado a los ojos de Roma en un heroico conquistador. Pasó a ser dueño personal de una inmensa cantidad de galos, y muchos de ellos fueron vendidos en los mercados de esclavos romanos. Además, según Suetonio, acabó poseyendo tanto oro que ya no sabía dónde meterlo, así que lo subastó a un precio que rebajaba su valor en un 25%. Y todo esto sin mencionar el resto de las regalías procedentes del pillaje^[9].

De acuerdo con Plutarco, los ejércitos de César no sólo mataron a un millón de personas, sino que esclavizaron a otro millón más. Si el total de la población era de seis millones, eso significa que la «protección» de César había eliminado a la tercera parte. No parece excesivamente aventurado afirmar que le interesaba más proteger los recursos de los galos que sus vidas, y que, al igual que los helvecios, se había aficionado «a los campos, la forma de vida y las riquezas de los galos».

Su ferocidad fue impresionante: en el año 55 a. C., fecha en la que dos grupos de germanos tuvieron la audacia de atacar un campamento romano y de matar a 74 jinetes, César ordenó una masacre que aniquiló a todos los hombres, mujeres y niños —hasta un total, según sus propias estimaciones, de 430 000 individuos^[10]—. El Senado decretó fiestas y sacrificios para conmemorar el genocidio, pero aquello pareció ya excesivo a algunos romanos. ¡Catón de Utica se sintió tan ultrajado que exigió que César fuese entregado a los germanos para expiar el crimen^[11]!

Dándose cuenta de que había ido demasiado lejos, César dedicó entonces un par de años a rehacer su reputación. De este modo, fue el primer general romano en cruzar el Rin e invadir Germania, e igualmente el primero en atravesar el canal de La

Mancha y ocupar Britania, que por entonces se encontraba, en opinión del romano corriente, «allende el mundo conocido^[12]».

Al terminar el verano del año 53 a. C., César se retiró a Italia, mientras dejaba varias guarniciones dispersas por todo el territorio ocupado, aunque no necesariamente bajo control. Sus cinco años como «protector» tocaban a su fin, y aún no había conjurado todos los peligros que se cernían sobre él. El día en que expirara su mandato no sólo perdería el mando de las legiones de la Galia, quedaría también expuesto a todas las acusaciones que sus enemigos tuvieran a bien interponer en su contra como consecuencia de las acciones realizadas en el período de sus conquistas, ya fuera por irregularidades legales o por corrupción. Y en Roma no le faltaban enemigos que tuvieran una idea muy clara de lo que había estado haciendo. Lo único que podía salvarle era una situación de emergencia —y los galos (¡que los dioses les tuvieran en la gloria!) habrían de ponérsela en bandeja.

VERCINGETÓRIX Y LA ÚLTIMA BATALLA DE LOS GALOS

El tío del batallador Vercingetórix, junto con los ancianos de la tribu —que se oponían a sus ideas de rebelión y de resistencia a Roma—, había expulsado al jefe galo de su propio territorio. No obstante, Vercingetórix consiguió reunir un ejército y ponerse al frente de su pueblo, los arvernos. A partir de aquel momento comenzó a demostrar sus dotes de caudillo carismático, y se las arregló para lograr algo que ningún otro cabecilla galo había conseguido hasta entonces: crear una alianza contra César. Así las cosas, alcanzó después a imponer su autoridad a un ejército de coalición integrado por individuos pertenecientes a los distintos pueblos de la Galia.

De hecho, eso es precisamente lo que quiere decir Vercingetórix. No se trata de un nombre, sino de un título compuesto por dos palabras galas —*ver*, que significa «por encima de», y *cengetos*, voz con la que se denomina a los guerreros— y un vocablo latino, *rex*, rey. Encontramos constantemente grandes dirigentes «bárbaros» cuyos nombres son en realidad títulos latinos de realeza —desde este Vercingetórix del siglo I a. C. a los Ala-rico y Gise-rico que surgirán cuatrocientos años más tarde.

En realidad, habría de ser un pueblo conocido como los carnutes el que iniciara el levantamiento, pues los comerciantes romanos que se habían instalado en la ciudad de Cénabo (Orleans), junto con sus familias, fueron degollados por elementos pertenecientes a esa tribu. Sin embargo, Vercingetórix atacó y aniquiló después los cuarteles de invierno romanos. Lo que César quería era justamente una revuelta. Avanzó a marchas forzadas con su ejército y cruzó los montes Cevenas, que en esa estación se hallaban cubiertos por una capa de dos metros de nieve. Los galos, que pensaban que las montañas constituirían un obstáculo infranqueable en esa época del año, se vieron sorprendidos, así que a lo largo de las siguientes semanas

Vercingetórix sufrió toda una serie de derrotas.

No obstante, era un cabecilla claramente sobresaliente, ya que no perdió autoridad y convocó un consejo en el que anunció que tanto él como sus coterráneos galos debían emplear en la guerra medios completamente diferentes a los habituales. En lugar de enfrentarse a los romanos cara a cara, se dedicarían simplemente a lograr que el hambre obligara al enemigo a rendirse. Los galos debían atacar las partidas que salieran en busca de alimento y, lo que es más, tenían que incendiar las pequeñas ciudades y las aldeas en las que se almacenaban las provisiones, de modo que el ejército romano no tuviera sustento que llevarse a la boca. La quema de las poblaciones dejaría además sin refugio a los galos que no quisieran unirse a la rebelión, lo que les obligaría a sumarse a ellos y combatir.

El consejo aprobó unánimemente aquellos planes y, en un solo día, el fuego destruyó no menos de veinte pueblecitos. César nos dice que el resplandor de las llamas podía verse por todas partes. No obstante, había una población que los galos de la localidad se mostraron remisos a prender con las antorchas: Avárico —la actual Bourges—. Cuando se celebró el consejo, los lugareños suplicaron a Vercingetórix que no arrasara una de las ciudades más bellas de toda la Galia. Contrariando su propio criterio, el dirigente galo les permitió defender la plaza.

El resultado fue el desastre: los romanos consiguieron romper los parapetos y, como venganza por la masacre de Cénabo, pasaron a espada a cuarenta mil hombres, mujeres y niños. Tal vez unos ochocientos lograron escapar y reunirse con Vercingetórix. Lo irónico es que muy probablemente aquella catástrofe contribuyera a acrecentar la reputación de Vercingetórix como juicioso caudillo militar, dado que se había opuesto con tanta firmeza al plan que había desembocado en tal derrota.

LOS GALOS SON APLASTADOS

Vercingetórix condujo entonces su ejército a través del territorio galo, perseguido por César y no menos de seis legiones, a las que se sumaban las tropas auxiliares reclutadas entre los heduos —que proporcionaban soldados como contrapartida por el hecho de que los romanos hubieran repuesto en el trono a su jefe Diviciaco—. No obstante, los galos consiguieron rechazar a los romanos en la primera batalla y mataron, según las estimaciones del propio César, a unos setecientos de sus efectivos, entre ellos a 46 centuriones. El prestigio de Vercingetórix se hallaba ahora en su punto máximo, y otros pueblos comenzaron a unirse a la sublevación. Los heduos se rebelaron contra su rey, apoyado por los romanos, y también ellos se unieron a la insurrección. Y no sólo eso, en el consejo general, un abrumador número de votos confirmó a Vercingetórix en el cargo de comandante en jefe de los celtas. Ahora se hallaba al frente de un formidable ejército de quince mil jinetes —y superaba en

número a las falanges de César—. Todos los soldados de la caballería gala se comprometieron «con el más sagrado de los juramentos a que no se refugie bajo techado, ni se allegue junto a sus hijos, sus padres o su mujer, aquel que no haya cabalgado por dos veces a través de la columna enemiga^[13]». Dura decisión.

Sin embargo, César había reclutado en secreto a un gran número de soldados de caballería germanos, lo que le dio una inesperada ventaja. Cuando los galos atacaron, se vieron repelidos y tuvieron que retirarse a Alesia, a unos cincuenta kilómetros de la actual Dijon.

César sacó el máximo partido de su superioridad y se dispuso a conquistar por inanición aquella plaza fuerte. Hoy puede verse en el arqueódromo situado justo al sur de la ciudad de Beaune una enorme e impresionante reproducción de las obras de asedio que ordenó realizar César. En esas instalaciones puede uno comprobar en toda su magnitud la aportación de Roma al mundo: la conjunción del pensamiento racional, la habilidad para las obras de ingeniería y la autoridad política sumadas al poderío militar, elementos todos ellos destinados a dominar y civilizar a los pueblos salvajes que los rodeaban.

César mandó excavar un foso de seis metros de profundidad y otros dos de cuatro metros y medio, rellenando uno de estos últimos con agua desviada de un río cercano^[*]. Levanta asimismo «un terraplén y una empalizada» de casi dieciocho kilómetros de circunferencia, a lo que añade «un parapeto y almenas» en el que sitúa torres de vigilancia a intervalos regulares. En lo alto del parapeto se colocan «grandes ramas en forma de asta [...] destinadas a entorpecer la escalada de los enemigos^[*]».

Sin embargo, antes de que César pudiese dar por concluidas las fortificaciones destinadas al asedio, repletas de zanjás y trampas, Vercingetórix envió a su caballería a medianoche y consiguió pasar por los resquicios que aún quedaban. Tenían órdenes de cabalgar hasta el último rincón de la Galia y reunir un ejército que viniera en su auxilio. Si fracasaban, «ochenta mil hombres escogidos» morirían con él^[14]. Era el tipo de emergencia que sacaba a la luz lo mejor de la solidaridad celta. Se convocó con asombrosa rapidez un consejo de toda la Galia y se reunió un extraordinario ejército de 320.000 hombres dispuestos al rescate. Al fin los galos estaban actuando como una única entidad política.

En vista de aquellos preparativos, César construye en torno al primero un segundo círculo, idéntico, de baluartes, integrado por veintidós kilómetros de reparos y trincheras pensados para defender a su propio ejército de sitiadores de las ingentes tropas de refuerzo que estaban de camino, según sabía César «por los transfugas y los prisioneros». Ahora bien, los hombres atrapados en el interior de Alesia no sabían si se estaba preparando algo o no. Comenzaron a desesperarse al ver que sus provisiones se habían consumido. Como último recurso, expulsaron de la ciudadela a todos los habitantes que no estaban en situación de combatir. Se obligó a los ancianos, a las mujeres y a los niños a permanecer en la tierra de nadie que separaba los muros de la propia Alesia de las fortificaciones romanas. Una vez allí, rogaron a

los romanos que les tomaran como esclavos o hiciesen con ellos lo que mejor les pareciera, con tal de que les proporcionaran comida. Sin embargo, César se negó a dejarles cruzar las puertas. Vercingetórix no se atrevía a readmitirlos porque tan pronto como les diera el paso franco los romanos se precipitarían al interior de la ciudad. Cabe suponer que la consecuencia fue que se quedaron en aquella zona intermedia y perecieron de hambre, aunque César no dé indicación alguna respecto de su destino.

Cuando finalmente llegó la expedición de refresco, las fortificaciones romanas se revelaron inexpugnables. Día tras día, los galos se lanzaron contra el bastión de sus sitiadores, pero no lograron abrir brecha. Transcurridas cinco jornadas de lucha, Vercingetórix decidió que no podía seguir contemplando la agonía de su gente. Según César, el jefe galo abandonó el mando y se avino a ser entregado a los romanos. Plutarco nos dice que «tomó las armas más hermosas que tenía, enjaezó ricamente su caballo, y saliendo en él por las puertas dio una vuelta alrededor de César, que se hallaba sentado, apeose después, y arrojando al suelo la armadura se sentó a los pies de César^[*]».

Vercingetórix fue llevado a Roma y encerrado durante cinco años en una mazmorra conocida como el Tuliano^[*]. Finalmente le sacaron de su prisión y le exhibieron públicamente durante los veinte días que se dedicaron a solemnizar las victorias de César. Una vez mostrado a la multitud, se dio muerte al feroz bárbaro por estrangulamiento. En esa época, César, gracias a la utilísima revuelta de Vercingetórix, había amasado la fortuna, el poder y la popularidad suficientes como para apoderarse de la propia Roma.

Un emperador francés, Napoleón III, mandó levantar la heroica estatua del cabecilla galo que se yergue en las afueras de Alesia para enaltecer el orgullo nacional de Francia. Vercingetórix se muestra altivo, como un jefe tribal no doblegado que encarna un modo de vida a punto de extinguirse. Contempla desde su pedestal las ruinas del asentamiento romano construido sobre su ciudad, y la desaparición de su mundo.

No era más que un bárbaro.

Las mujeres celtas y la gran revuelta británica

Ahí la tenemos, justo al lado del Parlamento de Londres, a tamaño superior al natural y dos veces más terrible que en la vida real: es la reina bárbara en persona —Boadicea, aprenderemos a llamarla, o Boudicca, según la conocían los celtas—. Si se ha convertido en «Boadicea» para millones de escolares ingleses se debe a un error imputable a dos personas. En primer lugar, el historiador romano Tácito escribió su nombre con dos ces: Boudicca. Más tarde, en la Edad Media, un copista añadió mayor confusión a la equivocación inicial de Tácito y tomó la «u» por una «a» y la segunda ce por una «e». Y de ese modo, Boudicca pasó a ser Boadicea.

En cualquier caso, no era ése su nombre. Según suele suceder con muchos cabecillas «bárbaros», lo que pensamos que es un patronímico resulta ser en realidad un apodo, como ocurre en el caso, por ejemplo, de Luis XIV de Francia, a quien se conocía como el «Rey Sol». *Buideac* es una palabra celta que significa «victorioso». Lo que simplemente muestra que ni siquiera podemos dar crédito a lo que leemos en los monumentos —en especial si se encuentran justo al lado del Parlamento.

Fuera cual fuese su nombre, Boudicca constituía un ultraje para todo lo que un romano decente consideraba importante: se trataba de una mujer que no sólo era enérgica y dominante, sino también soldado y jefe. «Un terrible desastre se ha producido en Britania. Dos ciudades han sido saqueadas, y entre las bajas romanas y las de sus aliados son ochenta mil los ciudadanos que han perecido: Roma ha perdido la isla. Además, ha sido una mujer la que ha traído a los romanos tal ruina, hecho que, en sí mismo, es causa de la mayor vergüenza^[1]». La sola idea de que las mujeres combatieran en las guerras junto a los hombres constituía una monstruosidad a los ojos de los romanos. Pero que ya se atrevieran incluso a guiar a los hombres en la batalla, ¡era el colmo! Aquello suponía tal perversión del orden natural de las cosas que apenas se tomaba uno la molestia de considerar siquiera semejante posibilidad, al menos en el caso de los varones romanos.

LAS MATRONAS ROMANAS

Entre los romanos existía la afianzada creencia de que constituía un mal moral que

una mujer ejerciese el poder. Para ellos era una de las más claras diferencias entre la civilización y la barbarie. En el Templo de las Vírgenes Vestales de Roma se custodiaban religiosamente los símbolos de la feminidad romana. Las Vestales eran esposas de la ciudad —guardianas del fuego sagrado que debía arder día y noche en el pebetero público del templo—. Se creía que si la llama se apagaba se abatiría un desastre sobre Roma. Las Vírgenes Vestales salvaguardaban asimismo la pureza de la feminidad romana. Se las elegía a una edad comprendida entre los seis y los diez años, y permanecían en el templo durante treinta años. Si en ese período de tiempo rompían su voto de castidad, los romanos habían dispuesto una sencilla cura para su apetito sexual: eran emparedadas y se las dejaba morir de inanición.

Y en cuanto al resto del género femenino, no se aceptaba que ninguna mujer fuese cabeza de familia o ejerciera sobre ella género de control alguno (*potestas*). La mujer carecía de rango político, no tenía derecho al voto y no podía desempeñar ningún cargo ni tampoco formar parte —¡librennos los dioses!— del ejército. El célebre orador Cicerón explicaba que «nuestros antepasados establecieron la norma de que todas las mujeres, debido a la debilidad de su intelecto, quedaran bajo la tutela de un custodio». Nada de lo que hiciese una mujer romana tenía validez legal alguna a menos que un hombre lo aprobara.

Por consiguiente, las mujeres romanas, ya fueran hijas, viudas o esclavas, se hallaban sometidas al control absoluto del hombre que estuviera al frente de su hogar: el *paterfamilias*. La pregunta «¿quién es el padre?» era de suma importancia en Roma. Dión Casio refiere la anécdota de la esposa del emperador Septimio Severo (193-211 d. C.), Julia Domna, a quien dejó conmovida la aparente libertad con que las mujeres celtas escogían a sus maridos y amantes. Julia declaró que semejante conducta era muestra de una completa falta de escrúpulos morales.

La esposa del cabecilla británico a quien confió aquella opinión respondió con cierto ímpetu: «Nosotras las mujeres celtas atendemos la llamada de la naturaleza de manera más decente que las de Roma. Nos unimos abiertamente con los mejores hombres, pero vosotras, la romanas, permitís que os traten licenciosamente en secreto los más viles^[2]». No es de extrañar que las mujeres bárbaras ejercieran tan notable influencia en la imaginación de los varones romanos. Eran rebeldes, fuertes, peligrosas y —quizá— sensuales. Fue la asociación de las mujeres celtas con el comportamiento bárbaro lo que llevó al Senado a decretar en el año 40 d. C. que las prostitutas debían teñirse los cabellos de rubio —un color que los romanos relacionaban con los celtas—. Sin embargo, fue el deseo de mostrarse sensuales lo que indujo a las damas de las más altas esferas de la sociedad romana a ponerse pelucas de ese color.

Se suponía que las mujeres no podían gobernar ningún asunto, aunque, desde luego, había ocasiones en que éstas, como es el caso de la madre de Nerón, Agripina, ejercían un indudable poder en Roma. Ahora bien, no se trataba de una situación con la que los romanos se sintieran cómodos, y más tarde los autores latinos trataron de

corromper su memoria con desprecios y comentarios maliciosos.

LAS MUJERES CELTAS

En la sociedad celta, las mujeres se encontraban en una situación totalmente diferente. Los hogares «bárbaros» no eran propiedad del cabeza de familia y las mujeres no pasaban a formar parte del patrimonio del marido tan pronto como se casaban: conservaban su integridad y su dinero. Todas las propiedades o riquezas que uno y otro contrayente aportaran al matrimonio pasaban a formar parte de sus bienes gananciales, y el que sobrevivía era el poseedor del total.

César, a quien debemos esta información, añade además que en la Galia los maridos tenían en sus manos la vida o la muerte de sus esposas, y que éstas podían ser torturadas en caso de que el marido falleciera en circunstancias sospechosas. Por lo demás, según señala Estrabón, incluso las mujeres casadas podían llevar una vida notablemente independiente de sus esposos. Además, se les reconocía el derecho a desempeñar el papel de cabezas de familia, como establece claramente una «tablilla imprecatoria» hallada en Bath —en ella se cita a una tal Veloriga y se indica que es ella quien actúa como tal—. En ese mismo lugar se han hallado cientos de tablillas similares: los britanos las utilizaban para pedir a los dioses que ajustaran las cuentas a las personas que les habían robado o maltratado, aunque también muestran que las mujeres británicas tenían derecho de propiedad y realizaban tratos y negocios.

Todo cuanto sabemos acerca del derecho celta procede de las leyes Brehon, es decir, de las normas por las que se regía un cierto sistema jurídico autosuficiente que carecía de tribunales y de policía y que descansaba en el respeto de la comunidad. Esas leyes mostraban más consideración por los individuos que por la propiedad, juzgaban sagrados los contratos, imponían deberes como el de hospitalidad y protección para con los extranjeros y daban por supuesto que las mujeres tenían los mismos derechos que los hombres en materia de propiedad y que podían divorciarse^[3].

No parece existir duda alguna respecto de la antigüedad de esas leyes. En ellas se enumeran catorce causas en las que una mujer puede sustanciar un divorcio, entre las cuales figuran la de ser maltratada en público por su marido y la de recibir palizas suyas. A ojos de los romanos, el hecho de golpear a la esposa tenía aproximadamente la misma importancia que la de romper la vajilla, puesto que la mujer constituía una propiedad más. En esos códigos jurídicos celtas, la esposa tiene los mismos derechos que cualquier otra persona, así que si le pegaban, había multas y tablas para fijar las formas de compensación. Además, la mujer tenía derecho a divorciarse y podía recuperar cuantas propiedades hubiera aportado al matrimonio. Era libre de volver a casarse.

En Roma, la violación no era considerada un delito contra la mujer, sino un ultraje al varón que la tutelaba, una agresión a sus propiedades. En el mundo celta, si una mujer sufría una violación no sólo tenía derecho a una compensación personal, sino también a vengarse.

En el año 189 a. C., al invadir los territorios celtas de la Galacia (en la actual Turquía), los romanos capturaron a una mujer llamada Chiomara, esposa de un cabecilla. Un centurión la violó y, al descubrir su elevado rango, tuvo el descaro de enviar una petición de rescate a su marido. Se concertó un intercambio y llegaron unos enviados de su tribu que entregaron el dinero. No obstante, al mostrarse el centurión excesivamente efusivo en las despedidas, Chiomara hizo señas a uno de sus compatriotas para que éste cortara la cabeza al atrevido. Chiomara se llevó a casa el espantoso trofeo, como solían hacer los guerreros celtas, y lo arrojó a los pies de su esposo. El hombre quedó horrorizado por aquel acto, que rompía la tregua vigente, y dijo: «¡Mujer! ¡Buena cosa me traes, a fe mía!». A lo que Chiomara replicó: «Sí, pero aún mejor es que sólo conserve la vida uno de los hombres que se han acostado conmigo^[4]».

A diferencia de las romanas, las mujeres celtas podían ejercer el poder por derecho propio, y en todo el mundo celta se conoce la existencia de distintas reinas. Hay constancia, por ejemplo, de que fue una jefa de los escordicios llamada Onomaris (que posiblemente signifique «Serbal^[*]») quien fundó lo que hoy es Belgrado^[5]. Y en torno al año 231 a. C., Polibio nos dice que una tal reina Teuta condujo a su gente en la guerra contra los griegos de Epiro. A los embajadores que envió Roma para mediar en el conflicto debió de disgustarles tener que negociar con una mujer y no se preocuparon de ocultarlo. En cualquier caso, parece que le bajaron terriblemente los humos a la reina, ya que, según Polibio, ésta se «dejó llevar por un arranque de petulancia femenina» y les mandó asesinar cuando regresaban a casa^[6].

El modo en que las mujeres celtas participaban en la vida política y pública constituía una afrenta al concepto romano de la decencia. Plutarco, por ejemplo, señala que en el siglo IV a. C. los volcas del norte de Italia enviaron embajadoras a negociar con el general cartaginés Aníbal: «En el tratado que firmaron con [este estratega] consignaron una cláusula por la que, en caso de que los celtas se quejaron de los cartagineses, los gobernadores y los generales que éstos tenían en Hispania habrían de actuar como jueces; mientras que si eran los cartagineses quienes ponían objeciones a la conducta de los celtas, los árbitros debían ser las mujeres celtas^[7]».

Los datos arqueológicos nos proporcionan un gran número de pruebas que sugieren, por el modo en que se enterraba a algunas mujeres, así como por la abundancia y la riqueza de sus enseres funerarios, que debía de tratarse con toda probabilidad de gobernantas. Una de esas mujeres fue enterrada en Vix, en la región francesa de la Borgoña. Falleció aproximadamente en 480 a. C., a una edad de unos treinta y cinco años. En 1952, fecha en la que se abrió el sepulcro, resultó ser uno de

los hallazgos arqueológicos más espectaculares del siglo xx.

Fuera quien fuese aquella mujer es obvio que se trataba de un personaje poderoso y relevante, a juzgar por la opulencia del material funerario. Entre los objetos hallados figura uno de los mayores recipientes para la mezcla del vino y el agua — denominados «cráteras»— que nos ha legado la Antigüedad, junto a otros valiosos utensilios. La crátera resulta significativa porque una de las características capitales del liderazgo consistía en la celebración de grandes festejos en los que se bebían enormes cantidades de alcohol. Los restos de la mujer estaban adornados con magníficas joyas de oro, bronce, ámbar, lignito y coral, y sobre la calavera se encontró una espléndida torques de oro en la que se aprecia un extraordinario trabajo de artesanía. Su cuerpo yacía en un carro ricamente decorado^[8]. El funeral debió de haber sido una espectacular demostración de su poder: las multitudes contemplaron posiblemente el carruaje mortuorio tirado por caballos que condujo a la tumba su cadáver y asistieron quizás a la ceremonia con la que se dismanteló el coche fúnebre, se colocaron las ruedas a los lados del sepulcro y se situó en su interior la gran crátera —con toda probabilidad llena de vino para el ágape luctuoso.

En Reinheim, justo al sur de Saarbrücken, en la frontera entre la Galia y Germania, se descubrió la tumba de otra mujer celta, enterrada en el siglo iv a. C. con un carro y materiales funerarios de calidad comparable a los anteriores. El hecho de que fuera enterrada con un carro sugiere que se trataba de una jefa militar. También ella estaba rodeada de un fabuloso depósito de joyas^[9].

Pero no sólo había mujeres poderosas en lo más alto de la escala social celta: también se observa su presencia en los peldaños inferiores, y a veces los textos de los autores romanos dejan asomar, a regañadientes, una cierta admiración por ellas. Diodoro de Sicilia nos informa de lo siguiente: «Las mujeres de los celtas son casi de la misma estatura que los hombres y su valentía también rivaliza con la suya». Es probable, por supuesto, que tratara de minimizar la talla de los varones celtas, pero también es verdad que expresaba un punto de vista habitual entre los romanos, que consideraban que uno de los elementos del carácter antinatural de la sociedad celta radicaba en el hecho de que las mujeres fuesen aún más bravas que los hombres.

Un soldado romano del siglo iv d. C. llamado Amiano Marcelino parece haber incluido a las mujeres celtas en la misma categoría a la que pertenece el estereotipo de los chistes sobre suegras:

Ni siquiera todo un grupo de extranjeros podría detener a uno de estos galos cuando lucha si se le une su mujer, mucho más fuerte que ellos, de ojos verdes^[*]. Y sobre todo cuando una gala, con el cuello hinchado, apretando los dientes y blandiendo sus enormes y níveos brazos, comienza a repartir patadas y puños a la vez, como si fueran proyectiles lanzados por la tensión de las cuerdas [de una catapulta]. La voz de la mayor parte de ellos [hombres y

mujeres] es terrible y amenazadora, ya estén aplacados o enardecidos^[10].

Marcelino, el último historiador competente que escribió en latín, prestó servicio activo en la Galia, así que es posible que haya basado estas observaciones en alguna experiencia personal. Puede que las pescaderas locales, al ser él un oficial del ejército de tendencias más bien intelectuales, le despacharan sin rodeos, molestas porque un niño soldado pretendiera mangonearlas. Con todo, le impresionaba su higiene: «[Todas] cuidan su elegancia y aseo con gran esmero».

Lo que los observadores romanos veían más extraño —más bárbaro— era el modo en que las mujeres celtas irrumpían en el coto masculino de la guerra. En una ocasión, Tácito, aturdido, indica que los celtas no ponían objeción alguna al hecho de que fuera una mujer quien se situara al frente de ellos: «En Britania —escribe— no hay norma excepcional alguna que excluya del trono a las mujeres o les impida ponerse al mando de los ejércitos». De hecho, cuando los romanos invadieron Britania en el año 43 d. C. el gobierno de una parte de la isla se hallaba en manos de una mujer casada que ejercía como reina y obtenía obediencia de su propio marido. Se llamaba Cartimandua, reina de los brigantes, una confederación de tribus que ocupaba la mayor parte del noreste de Inglaterra.

LOS COLABORADORES BRITANOS

Cartimandua («Potra lustrosa») no era una patriota ni una defensora de la libertad. Le encantó la idea de traicionar a sus coterráneos, entregarlos en manos de los ocupantes romanos y reclutar tropas romanas para vencer toda resistencia —pese a que la estuviera organizando su propio marido—. Naturalmente, disfrutó de un largo y próspero reinado: en su descripción, Tácito sostiene que la reina «florecía en todo el esplendor de la riqueza y el poder». Sin embargo, es posible que la estemos juzgando con excesiva dureza. Cartimandua se limitaba a continuar la arrogante tradición de los jefes britanos que hacía ya mucho tiempo que aceptaban el soborno de los romanos. De hecho, la colaboración de los britanos con la superpotencia romana llevaba verificándose casi un siglo —quizá más.

Estrabón, en un texto escrito poco después de que César conquistara la Galia en el siglo I a. C., observa que no es necesario invadir Britania, dado que ya hay un gran número de jefes britanos totalmente encantados de seguir el juego a los romanos:

Algunos de los cabecillas de este lugar, tras procurar la amistad de César Augusto, a quien han enviado embajadores y dedicado toda clase de lisonjas, no sólo han presentado ofrendas en el Capitolio, sino que se las han arreglado para conseguir que la totalidad de la isla se encuentre prácticamente en manos

de los romanos. Y lo que es más, aceptan con tanta facilidad la realización de trabajos pesados, ya sea en las exportaciones que salen de aquí para dirigirse a la céltica [la Galia] como en las importaciones procedentes de aquella región [...] que no es preciso dejar guarniciones en la isla^[11].

Desde que César visitara Britania y convirtiese a algunos de los gobernantes locales en clientes de Roma muchos britanos acaudalados se habían enamorado del estilo de vida romano. Por ejemplo, las excavaciones que los arqueólogos de la Universidad de Reading han realizado en Calleva (la actual Silchester) han revelado la existencia de grabados hechos a punzón e inscripciones escritos todos ellos en latín, así como grandes cantidades de objetos de barro importados de Francia y del Mediterráneo^[12]. Al mismo tiempo, se reconstruyeron con forma rectangular algunos de los tradicionales edificios de planta circular y se dispusieron las calles en forma de cuadrícula, como se hacía en las poblaciones romanas —aunque los edificios municipales siguieran construyéndose aún con un armazón de madera cuyos intersticios se rellenaban con zarzos y barro y conservasen la techumbre de paja en lugar de optar por un cerramiento de tejas—. Al menos estos celtas eran ambiciosos^[13].

Desde luego, no a todo el mundo le entusiasmaban de aquel modo los romanos. Por ejemplo, de los dos reyes britanos que gobernaban la región sureste de la isla y a quienes Roma otorgaba la condición de aliados, Cunobelino, rey de los catuvelaunos, era menos favorable a los romanos que Verica, rey de los atrebates. Quizá resulte significativo que las monedas de Cunobelino llevaran estampados haces de cebada, para la cerveza britana, mientras que en las de Verica aparecían representados unos racimos de uvas, materia prima del vino romano. No obstante, Cunobelino jugaba con dos barajas, ya que consiguió tener contentos a los romanos y al mismo tiempo reducir el reino de su aliado, Verica, a una simple porción de lo que un día fuera.

Desgraciadamente para Verica, Cunobelino falleció en el año 42 d. C., y sus dos hijos, Togodumno y Carataco, no mostraban en absoluto la misma predisposición a pagar los gravámenes comerciales que el reconocimiento de Roma exigía satisfacer. También estaban menos dispuestos a atenerse a las sutilezas de la diplomacia. Invadieron inmediatamente el reino de Verica, y probablemente algún otro, hasta obtener el control de la mayor parte del sur de Britania. Se negaron a actuar como clientes de Roma, y al huir Verica a Italia ¡tuvieron la osadía de solicitar su extradición!

Este desafío frontal a Roma puso al emperador Claudio en un aprieto. Si no hacía nada y dejaba que aquellos dos príncipes britanos se burlaran del poder de Roma, aumentaría aún más la imagen de debilidad y desmadejamiento que ya presentaba a ojos de muchos romanos, quienes le tenían por un hombre anciano, tartamudo y dedicado al estudio.

Y lo que es peor, pese a que siempre habían existido sólidos argumentos

económicos que se oponían a la idea de invadir Britania, el reciente descubrimiento de mineral de plomo mezclado con plata en el oeste de la isla había desbaratado tal planteamiento. Se trataba de un incentivo enorme: la plata reactivaría la divisa romana, y con el plomo podrían fabricarse cañerías para las instalaciones de fontanería y objetos de vidrio para la mesa, y vitrificar además un enorme número de piezas de cerámica romana. Las minas sufragarían la totalidad del coste de la invasión. Por último, Claudio contaba con dos nuevas legiones en el Rin, y era preciso mantenerlas ocupadas. Ésta era la oportunidad que necesitaba para hacerse respetar como emperador y ganar algún dinero. La verdad es que no tenía otra alternativa. El ataque comenzó en el año 43 d. C.

De los dos agitadores que habían desencadenado la invasión romana, Togodumno se rindió, pero Carataco continuó la lucha tras atrincherarse en Gales. En el año 51 d. C., cuando finalmente se vio superado, huyó al norte y pidió asilo político a Cartimandua y a los brigantes. Pero fue un terrible error de cálculo, porque Cartimandua no compartía su política. Ella ya se había aliado anteriormente con los ocupantes y no tenía la menor intención de hacer nada que pudiese poner en peligro sus relaciones con Roma, ya que ésa era la única forma de poder controlar a su propio pueblo. De este modo, cuando Carataco se presentó ante ella para solicitar su protección, la reina pisoteó fríamente todas las normas de la hospitalidad (que eran de suma importancia para los celtas), cargó de cadenas a Carataco y a su familia, y le entregó a los romanos.

Con todo, la peripecia de este notable rey militar britano no termina aquí. Carataco fue conducido a Roma, junto con sus más próximos parientes, y una vez allí las cosas no se desarrollaron como era habitual en el caso de un enemigo cautivo. Le había precedido la fama de intrépido héroe resistente que se había mantenido firme frente a todas las adversidades y ante el poder de Roma. Y a pesar de que tanto él como su familia fueron expuestos encadenados al escarnio público y paseados por toda Roma, se permitió que Carataco se presentara ante el emperador y lanzase una digna y elocuente petición de indulgencia: «Porque, si vosotros queréis mandar sobre todos, ¿la consecuencia ha de ser que todos admitan la esclavitud? Si me hubiera rendido entregándome enseguida, ni mi fortuna ni tu gloria habrían adquirido renombre; además, tras mi ejecución vendrá el olvido. En cambio, si me mantienes vivo, seré un ejemplo eterno de tu clemencia^[14]». Funcionó. Carataco fue perdonado y su familia y él mismo vivieron el resto de su vida en Roma, donde gozaron de gran estima.

Mientras tanto, la terrible Cartimandua disputaba con el rey consorte, Venucio. Cuando éste trató de provocar un levantamiento, ella mandó llamar tranquilamente al ejército romano para que le pusiera en su sitio. Pese a todo, ambos se reconciliaron y continuaron haciendo vida matrimonial, hasta que Cartimandua se lió con Vellocato, el escudero de su esposo. Como era de esperar, Venucio utilizó esa circunstancia como pretexto para poner en marcha una nueva rebelión. Cartimandua volvió a apelar

a los romanos, pero en esta ocasión la resistencia de los brigantes reveló ser notablemente más sólida y los romanos se vieron obligados a replegarse, junto con la reina y su amante. No ha quedado constancia de qué pudo sucederles después de aquello.

Sin embargo, las andanzas de Cartimandua demuestran con toda claridad que el poder y la independencia de las mujeres celtas se contraponía de forma muy marcada a la situación en la que se encontraban sus equivalentes romanas. En la Britania de aquella época, una mujer de alto rango podía ocupar una posición social que la facultaba para ejercer un poder político decisivo, negociar con los romanos, firmar tratados y dominar no sólo a su propio pueblo, sino a toda una federación de tribus. Tenía además la posibilidad de elegir a su amante y de divorciarse de su marido tan pronto como le viniera en gana.

LA REINA BOUDICCA Y LOS ICENOS

Todo esto nos devuelve a Boudicca, reina de los icenos —un personaje formidable: «Su estatura era enorme, y su aspecto de lo más aterrador, había ferocidad en sus ojos, y hablaba con voz áspera; grandes crenchas de leonados cabellos le resbalaban hasta las caderas; en torno al cuello lucía un gran collar de oro; y vestía una túnica de distintos colores sobre la que fijaba con un broche un grueso manto. Tal era invariablemente su atuendo^[15]».

Boudicca era esposa de Prasutago, quien, como rey de los icenos, controlaba la región que corresponde aproximadamente al actual Norfolk. Tácito le presenta de este modo: «El rey de los icenos, Prasutago, famoso por su prolongada prosperidad^[*]». Suena como si se tratase de una especie de rey Midas celta, y en los últimos años un notable descubrimiento ha venido a reforzar esa impresión de que los gobernantes icenos eran extremadamente ricos.

En agosto de 1990, Charles Hodder se paseaba con su detector de metales por un campo cercano a la aldea de Snettisham cuando de pronto tropezó con algo. Se puso a escarbar y encontró un recipiente de bronce celta. En su interior había chatarra, lo que resultaba extraño. Se puso en contacto con el Museo Británico y sus expertos descubrieron que se trataba de un engaño: había un auténtico tesoro en un doble fondo del cofre. Al final hallaron doce escondrijos en los que se ocultaban otros tantos caudales. En cada uno de ellos se habían guardado las riquezas con el mayor esmero, y siempre se colocaba el objeto más valioso en la parte superior. La fortuna era absolutamente fabulosa.

Lo que se había descubierto era, en efecto, un conjunto de depósitos bancarios, presumiblemente un acopio ritual en el que se había reunido la parte más sustancial del patrimonio de la familia real icena. Las torques de oro, de una calidad increíble,

anonadaron a los historiadores, que no habían imaginado siquiera que tales fondos pudiesen haber existido en la Britania de la época. Había montones de monedas cuya fecha era cien años anterior a Boudicca, pero los hallazgos se encontraban en un recinto excavado de ochenta mil metros cuadrados, y en él el enterramiento de las arquetas se había producido aproximadamente en vida de la reina^[16].

Se trata del descubrimiento arqueológico más importante jamás realizado en Gran Bretaña, y constituye una indicación de que Britania, una vez reincorporada por Roma al mundo de los negocios, era un lugar en el que resultaba posible hacer dinero. Para contribuir a la romanización del sureste de la isla, el emperador Claudio había concedido enormes préstamos a los dirigentes locales a quienes deseaba favorecer, y lo mismo hizo la corte de su hijo adoptivo, Nerón. Sin embargo, si Claudio lo hacía probablemente por motivos políticos, Nerón y sus cortesanos lo consideraban un modo de obtener dinero con engaño.

Las élites romanas eran perfectamente conscientes de que una jugosa tasa de interés constituía una forma de sangrar a los bárbaros cuando menos tan efectiva como la de exigirles un «tributo», así que se alentaba el endeudamiento de las familias descollantes. El tipo de interés habitual era del 1% mensual. El filósofo Séneca, «consejero» de Nerón (y en realidad su tutor), convencido de no ir mal encaminado, «había prestado a los isleños cuarenta millones de sestercios que éstos no le habían pedido^[17]». Esa suma bastaba para sufragar los gastos de una legión durante cuarenta años. El tesoro de Snettisham muestra por qué pensaba que aquel dinero se hallaba a buen recaudo. Parte de aquel capital —o quizá todo él— debió de haber sido un préstamo personal al rey de los icenos, y es posible que la garantía fueran las propias joyas de la corona. Prasutago era un devoto colaborador de los romanos. En cualquier caso, recibiera o no de éstos el impulso necesario para acceder al trono, parece que Prasutago utilizó el dinero que Roma puso a su disposición para convertirse en un personaje importante.

En la década de 1980, las excavaciones que se realizaron en Thetford sacaron a la luz un espacio situado en lo alto de una colina en el que un enorme proyecto arquitectónico había producido una súbita transformación, aproximadamente en los años de la conquista romana. Según parece, el lugar quedó convertido en un emplazamiento ceremonial compuesto por un único gran edificio circular que probablemente tenía dos plantas. Había objetos de metal en otro recinto diferente, y se pensó que quizá se tratara de una casa de moneda o del taller de algún joyero, pero no daba la impresión de que nadie hubiera habitado el lugar. Se trataba, con toda claridad, de un suntuoso centro regio, de coste desorbitado. La presencia de un enorme número de columnas de madera en la periferia del recinto desconcertó a los arqueólogos, que llegaron a la conclusión de que se encontraban ante un enorme bosque artificial de robles sagrados. Quizá fuese la versión romanobritana de un centro druídico^[18].

Está claro que, a los ojos de los romanos, Prasutago representaba el rostro

aceptable del gobierno celta. Parece que el rey prosperó en el estado surgido tras la invasión. Además, se le permitió mantener el reino libre del control de Roma hasta su muerte, fecha a partir de la cual se suponía que debía quedar integrado en el sistema romano. Tácito nos dice que para evitar esa imposición, Prasutago ideó un astuto ardid. Había «dejado como herederos suyos al César y a sus dos hijas, pensando que con tal legado su reino y su casa se verían libres de cualquier afrenta^[19]». Sin embargo, al morir, en el año 59 d. C., Boudicca accedió al poder. Y ése fue justamente el problema.

Boudicca se encontraba ahora al frente de la casa real, una situación carente de sentido en el derecho romano. Según el derecho celta, podía ser tutora legal de sus hijas y hacerse responsable de cualquier deuda pendiente, pero de acuerdo con el derecho romano ninguna mujer podía ejercer la tutoría legal de un heredero^[20], y una ley promulgada tan sólo unos pocos años antes, en el año 46 a. C., sostenía que la reina no podía asumir la responsabilidad de una deuda contraída por otra persona^[21]. Se hacía necesario devolver el dinero a los romanos.

Como filósofo, Séneca escribió ensayos sublimes sobre el perdón de las ofensas y la superación del mal con la bondad, sobre el hermanamiento universal de los hombres y la general obligación a la benevolencia. Sin embargo, en último término, todo aquello quedó en nada. El estilo de Séneca no abogaba precisamente por la cancelación de la deuda del Tercer Mundo. Nerón y él reclamaron la devolución de los préstamos, y Boudicca, para decirlo francamente, no podía pagar. O no quería hacerlo. Por consiguiente, Nerón confiscó la totalidad de su reino y envió a los alguaciles.

Y ahí empezaron los azotes y las violaciones. Tácito parece narrar los hechos desde una óptica decididamente favorable a los celtas: el «reino [de Prasutago] fue devastado por centuriones y su casa por esclavos, como si hubiera sido conquistada. Ya de entrada su esposa Boudicca fue azotada y sus hijas violadas; y todos los icenos principales [...] fueron desposeídos de los bienes de sus antepasados». La orgullosa leyenda con la que Roma adornaba su propia historia había comenzado con una violación múltiple, puesto que los romanos —fundamentalmente una banda de criminales y forajidos— tomaron a las mujeres de otra población (las esposas e hijas de los sabinos) para perpetuarse en la descendencia que éstas les dieran. La violación de las hijas de Boudicca era la más despiadada demostración de que, bajo el yugo romano, las mujeres carecían de poder y eran propiedad de los hombres.

«Todos los icenos principales —decía Tácito—, como si la región entera hubiese sido recibida como regalo, fueron desposeídos de los bienes de sus antepasados, y los allegados del rey tratados como esclavos^[22]». Pero el desprecio de los romanos por los derechos de sus súbditos bárbaros no se circunscribía a los poderosos y bien nacidos. Hasta el más humilde de los soldados romanos se percataba de que todo lo que un día poseyeran los britanos quedaba ahora a su alcance, y su conducta conmocionó totalmente a Tácito: «Era especialmente intenso su odio [el que sentían

los britanos] contra los veteranos [soldados retirados a quienes se concedían las tierras de los pueblos conquistados]; y es que éstos, trasladados recientemente a la colonia de Camuloduno [Colchester], los echaban de sus casas y les hacían abandonar sus campos, llamándoles prisioneros y esclavos; mientras tanto, los soldados alentaban la insolencia de los veteranos, pues su manera de vivir era parecida y tenían la esperanza de conseguir la misma libertad que ellos^[23]».

Las cosas habían llegado a un punto crítico.

¡EL FIN DE LOS DRUIDAS!

Los druidas constituían la columna vertebral de la sociedad celta. Las fuentes romanas nos dicen que no se trataba de meros devotos religiosos, sino que también eran los jueces supremos del mundo celta, y que su autoridad trascendía todas las divisorias políticas. Según César, que escribe estas palabras cien años antes de los acontecimientos que acabamos de referir, su culto comenzó en Britania^[24], para ser llevado más tarde desde allí a la Galia. Su centro de actividad se situaba en los alrededores de lo que hoy es Chartres. Sin embargo, por la época en que César zanjó sus asuntos en la Galia, el núcleo de las enseñanzas druídicas se encontraba en la pequeña isla de Anglesey, frente a las costas del norte de Gales^[25].

Claudio ya había tratado de acabar con los druidas de la Galia^[26]. Ahora los romanos decidieron extirpar quirúrgicamente el corazón de la resistencia celta aniquilando a los druidas en su más recóndito escondrijo —en las espesuras de su más sagrado territorio—. Desde luego, los romanos pretendían que la acción se sustentaba en un razonable fundamento humanitario, puesto que los druidas aún seguían practicando sacrificios humanos —¡el colmo de los horrores!—. Hay mucha polémica respecto a la verdad o falsedad de esta afirmación. Sin embargo, contamos con una prueba anterior, la que aporta Posidonio (c. 135-50 a. C.), quien de hecho viajó a la Galia celta y a Iberia y fue un honrado testigo ocular del modo en que se desarrollaba la vida celta en esa época. No sabemos si asistió efectivamente a algún sacrificio humano, pero no tenía razón alguna para habérselo inventado —a fin de cuentas, admiraba a los celtas y quería presentarlos como a nobles salvajes—. Su relato es convincente y detallado:

[Los druidas] tienen un método de adivinación especialmente extraño e increíble que aplican a las cuestiones de la mayor importancia. Tras haber ungido a una víctima humana, la hieren con un cuchillito en la zona situada por encima del diafragma. Cuando el hombre agoniza a causa de la herida, interpretan el futuro observando el modo en que se desploma, la convulsión de sus miembros y sobre todo la forma en que borbotea la sangre^[27].

No son las palabras de Posidonio, porque no se ha conservado ningún ejemplar de sus *Historias*, pero nos las refiere Diodoro de Sicilia, autor que escribe algo después que él, aunque en el mismo siglo. Diodoro tiene una opinión distinta de los celtas, menos entusiasta: «Empujados por su naturaleza salvaje y primitiva se entregan a prácticas religiosas particularmente ultrajantes. Acostumbran a custodiar a algún criminal por espacio de cinco años, para después empalarle en una estaca a fin de honrar a sus dioses —tras lo cual le queman en una enorme pira, junto con otras muchas primicias—. Los prisioneros de guerra también sucumben en sus sacrificios a los dioses^[28]».

Cuidado, los romanos no eran los más indicados para quejarse de los sacrificios humanos. Tito Livio y Plutarco documentan que en tres ocasiones, en los años 228, 216 y 113 a. C., fueron enterradas vivas dos parejas de galos y griegos, un hombre y una mujer en cada caso, en el Foro Boario. Y desde luego, las Vírgenes Vestales que quebrantaban su voto de castidad sufrían una suerte similar. Y no sólo eso: si hablamos de quitar vidas humanas a escala industrial, ¿quién sería capaz de llegarle a los romanos a la suela del coturno? No vacilaban en crucificar a millares de esclavos rebeldes, y tampoco les parecía mal arrojar a los delincuentes a la arena del circo, donde eran despedazados por animales salvajes para regocijo del público.

Sin embargo, el argumento de una elevada exigencia moral fue un buen pretexto para arremeter contra el meollo de la identidad celta. Y así fue como en el año 60 d. C. empezó a concentrarse en el estrecho de Menai, justo enfrente de Anglesey, el grueso de las fuerzas de ocupación romanas:

Estaban formadas delante de la playa las filas del ejército enemigo, denso en armas y guerreros, y con las mujeres corriendo entremedias; como si fueran Furias, con sus vestimentas fúnebres y sus cabellos sueltos portaban antorchas; alrededor, los druidas lanzaban horribles imprecaciones con las manos levantadas hacia el cielo. Lo insólito del espectáculo impresionó tanto a los soldados que, como si tuvieran paralizados los miembros, ofrecían a las heridas sus cuerpos inmóviles. Después, estimulados por su general y animándose ellos mismos a no temer a aquel ejército femenino y fanático, adelantan sus enseñas, destrozan a los que se encuentran y los envuelven en su propio fuego. Después de esto, a los vencidos se les impuso una guarnición y se talaron aquellos bosques consagrados a crueles cultos; en efecto, ellos consideraban lícito regar los altares con sangre de prisioneros y hacer consultas a los dioses a través de entrañas humanas^[29].

Y aquí es cuando se arma la marimorena.

LA REVUELTA DE BOUDICCA

El levantamiento que encabezó Boudicca fue un estallido de furia y violencia protagonizado por una coalición de pueblos britanos. Se dice que Boudicca reunió un ejército de unos cien mil soldados. Dión Casio sitúa la cifra en ciento veinte mil, y más tarde la eleva hasta un total de doscientos treinta mil combatientes. El primer objetivo de las tropas celtas fue la odiada colonia de Camuloduno.

Nerón les había hecho a los britanos el favor —mejor dicho, el honor— de erigir en ese lugar un templo dedicado a su padre adoptivo, el emperador Claudio, quien tras su muerte se había transformado supuestamente en dios. Se obligó a los britanos ricos a officiar como sacerdotes en aquel santuario, y para colmo, a pagar los rituales cuya realización les había sido adjudicada. Tácito señala que el cenobio «se veía como una fortaleza de la eterna opresión^[*]». Además, con imperial arrogancia, el ejército romano no había considerado necesario rodear de defensa alguna la colonia de Camuloduno. Tomar la plaza era pan comido.

Si los colonos allí instalados se preocuparon al llegarles las primeras noticias del alzamiento, una serie de malos augurios vino a quebrantar aún más su confianza. En primer lugar, la estatua de la victoria del centro de la población se vino abajo sin razón alguna y cayó de espaldas al enemigo, como si pretendiera huir de ellos. Entonces, escribe Tácito, «... las mujeres, poseídas por el delirio, profetizaban que se acercaba el final —y añadían— que en la curia se habían escuchado voces de extranjeros, que el teatro había resonado con lamentos y que en el estuario del Támesis se había visto una imagen de la colonia vuelta del revés; además, [se había descubierto] el Océano teñido con color de sangre y unas huellas de cuerpos humanos dejadas por la marea al retirarse^[30]». Signos suficientes para sembrar el pánico entre los más aguerridos veteranos. Lanzaron un llamamiento de auxilio a Cato Deciano, el gestor de las rentas imperiales —es decir, el procurador, por emplear la denominación romana del cargo—, pero todo lo que hizo fue enviar una raquílica tropa de doscientos soldados que ni siquiera contaban con los pertrechos adecuados.

Si entre aquellas tropas cundió la sensación de que habían tenido mala suerte, estaban en lo cierto. El asedio apenas duró dos días. Antes del asalto final, todos los combatientes romanos se encerraron en el templo en busca de cobijo. Pero no les sirvió de nada. Antes de incendiar el pueblo, los rebeldes los arrastraron fuera de su improvisado refugio y los condujeron hasta un bosquecillo sagrado, donde fueron degollados uno a uno. ¡Menudos bárbaros! Pero ¿se atreverían a convertir la masacre en una exhibición pública, como hacían los civilizados romanos cuando había que escenificar una matanza en el circo? ¡Pues no! Eso es lo que hacía de ellos unos bárbaros: no tenían sentido del espectáculo.

Salvo si se trataba de encender un buen fuego. Todo el que haga un agujero de tres metros en cualquier punto de la región de Colchester topará invariablemente con

una capa de carbón. Son los restos de una enorme hoguera —la que prendieron Boudicca y sus seguidores sirviéndose de la pequeña población de Camuloduno como combustible.

Las fuerzas de la coalición celta derribaron la estatua del dios Claudio: en 1907 se encontró su cabeza en el río Alde. La novena legión, que apretaba el paso para abrirse camino a través de la comarca, aunque demasiado tarde para aplastar la revuelta, cayó en una emboscada y fue aniquilada por completo. Tácito echó la culpa a Cato Deciano, quien, «asustado por esta derrota y por los odios de la provincia a la que su avaricia había conducido a la guerra», cruzó el canal de La Mancha y huyó a la Galia.

Mientras tanto, Suetonio Paulino, al frente de las legiones, inició el repliegue y cruzó a marchas forzadas el territorio hostil hasta llegar a Londres. No obstante, una vez allí comprendió rápidamente que no lograría defender la plaza de las tropas que se encaminaban hacia ella, así que decidió que sería mejor no tratar de hacerlo. Llegó a la conclusión de que «el sacrificio de aquella sola ciudad [... salvaría] a todas las demás», escribe Tácito. «Ni el llanto ni las lágrimas de quienes le imploraban ayuda le convencieron para no dar la señal de marcha^[31]». El ejército de Boudicca tuvo entera libertad para reducir el lugar a cenizas, y en la actualidad la única prueba material que queda de aquel primitivo centro comercial romano llamado Londinium es una capa de arcilla roja quemada de veinte centímetros. El número de víctimas romanas se estimó en unas setenta mil almas.

Sin embargo, no fue la matanza lo que persuadió a Tácito de que estaba hablando de auténticos bárbaros. Fue su absoluta incapacidad para comprender los aspectos comerciales de la guerra: «Pues ni hacían prisioneros, ni los vendían como esclavos —escribe—, tampoco los dedicaban a cualquier otro comercio de guerra, sino que preparaban a toda prisa asesinatos en masa, patíbulos, hogueras, cruces, como si después tuviesen que pagar ellos con la muerte, pero, eso sí, después de tomarse previamente la venganza^[32]».

La gran batalla final, según Dión Casio, empezó con una alocución que Boudicca dirigió a sus tropas desde su carro de guerra. Es poco probable que el discurso que pone en su boca sea el que efectivamente pronunciara, pero resulta interesante porque nos da una idea de cuál era la percepción que tenían los romanos de la ocupación de Britania:

Sabéis por experiencia cuán diferente es la libertad de la esclavitud. Puesto que en el pasado algunos de vosotros, ignorantes de qué era lo mejor, habéis caído en el engaño de las seductoras promesas de los romanos, ahora conocéis, por haber probado ambas cosas, el gran error que cometisteis al preferir un despotismo importado a vuestro ancestral modo de vida, y habéis llegado a comprender cuánto mejor es la pobreza sin amo que la prosperidad en la esclavitud^[33].

La arenga de Boudicca a sus efectivos también señaló que los romanos eran unos combatientes claramente inferiores, puesto que se escondían tras las empalizadas que levantaban y llevaban gruesas corazas. Esto indicaba que tenían miedo, afirmó Boudicca, y también reducía su capacidad de maniobra. «¡Mostrémosles que no son más que un hatajo de liebres y zorros que imaginan poder dominar a perros y a lobos!»

Sin embargo, al final, los soldados romanos no se mostraron tan medrosos ni parecieron sentirse demasiado abrumados por el peso de la armadura. Lo cierto es que, tratándose de una batalla campal entre granjeros y tropas profesionales, la justa cólera de los primeros no tenía la menor posibilidad de salir airosa. Tácito lo registra de este modo: «... hay quienes cuentan que cayeron casi ochenta mil britanos, frente a unos cuatrocientos soldados muertos y no muchos más heridos. Boudicca puso fin a su vida envenenándose^[34]».

Con el fracaso de la revuelta, buena parte de los efectivos icenos restantes fueron aniquilados a consecuencia de la venganza romana —mucho más justificada, claro está, que su equivalente bárbara—. Pensemos por ejemplo en el tesoro enterrado en Snettisham —todos cuantos sabían dónde se encontraba debieron de haber muerto, así que las riquezas quedaron allí, olvidadas, hasta que Charles Hodder las descubrió con su detector de metales—. Séneca no logró que le devolvieran el dinero, y la fortuna se exhibe hoy en el Museo Británico, tras haber permanecido oculta bajo tierra dos mil años.

LAS TROPAS REBELDES

Para Roma, el coste de la erradicación de los druidas fue enorme, porque minó la lealtad de las milicias auxiliares bárbaras que se habían empleado para llevarla a cabo. Entre las fuerzas que se desplegaron en el ataque contra Anglesey figuraban cuatro mil batavos (es decir, germanos procedentes del estuario del Rin), y no les agradaba en absoluto la tarea encomendada. Sabemos que los auxiliares batavos de Britania participaron en la acción porque eran célebres por su capacidad para cruzar los ríos con toda la impedimenta encima. Para ello, procedían de este modo: varios soldados de infantería nadaban junto a cada soldado de caballería y se aferraban a su montura. Pues bien, Tácito describe esta misma táctica en el asalto a Anglesey^[35].

La ofensiva lanzada contra las mujeres druidas tuvo que haber causado necesariamente una gran incomodidad a los batavos, puesto que en su propia cultura las figuras femeninas provistas de un rol semejante al de los sacerdotes celtas eran personajes muy respetados^[36]. Y además, aquellos hombres habían recibido el encargo de aplastar a Boudicca y de eliminar a los icenos, exigencia que también debió de haberles resultado problemática. Los batavos y los icenos se conocían bien

—los vínculos entre el Anglia Oriental y el sur de Holanda siempre habían sido muy sólidos.

Los batavos habían emigrado a los territorios controlados por los romanos tratando de que éstos les protegieran de sus vecinos, y el acuerdo al que habían llegado estipulaba que los varones batavos asumían la obligación de servir en el ejército. Según parece, todas y cada una de las familias batavas debían tener necesariamente un hijo de uniforme como mínimo. Eran famosos por la lealtad que profesaban a sus comandantes —hacía ya setenta años que la guardia montada personal del emperador estaba compuesta por batavos, desde Augusto, el primero de los máximos gobernantes romanos—. Los auxiliares obedecían a Suetonio Paulino fueran cuales fuesen sus exigencias. Sin embargo, seis años más tarde se enviaba a aquellos hombres a Britania, y a partir de entonces ya no iba a resultar tan fácil seguir dando por supuesta la misma lealtad. En 67 d. C., Nerón arrestó a dos destacados nobles batavos sobre quienes pesaba una sospecha de traición. Un año después, su sucesor, Galba, destituía con deshonor a su guardia de corps batava.

En 69 d. C., los comandantes romanos del Rin se rebelaron contra Galba, y se produjo un intento de reclutar por la fuerza a un número de tropas batavas aún mayor, lo que generó un amargo resentimiento. Fue entonces cuando una vidente, a la que Tácito llama Veleda (la palabra que utilizaban los celtas para denominar a las mujeres druida era «Veleta»), profetiza que los batavos llegarían a desembarazarse por completo del yugo romano. Pertenecía a la tribu de los brúcteros, vecinos de los batavos. Ambos pueblos eran más germanos que celtas, pero la distinción no era ni mucho menos tan nítida como sugieren los autores romanos. Al igual que los druidas, la virgen Veleda actuaba como árbitro en las disputas que surgían entre las diferentes comunidades. Su persona era considerada sagrada: vivía en una torre y hablaba a través de un intermediario.

El cabecilla de la revuelta era Civilis, un general tuerto que se encontraba entre los hombres arrestados por Nerón. Tácito pone buen cuidado en decir que el levantamiento se declaró ritualmente en un bosque sagrado. Este toque druídico era un invento romano, o quizás un artificio simbólico, ya que las investigaciones basadas en los estudios polínicos muestran que apenas había árboles en la zona. El vínculo entre la autoridad de las «hechiceras» germano celtas y la oposición a Roma era bastante real. Los soldados batavos que se habían visto obligados a superar sus reticencias y avenirse a matar druidas a mayor gloria de Roma^[37] pasaron a engrosar las filas del ejército de Civilis^[38]. Su rebelión ganó terreno rápidamente, y parecía seguro que Roma iba a reconocer la independencia de toda la región formada por los Países Bajos. Para el año 70 d. C. ya habían sido aniquiladas dos legiones romanas, y Civilis, cuya autoridad llegaba hasta Colonia, controlaba a otras dos. El comandante romano fue llevado ante Veleda, en calidad de esclavo, y se entregó a la virgen druida el buque insignia de la armada romana para que lo utilizara como barcaza personal.

No obstante, Civilis siguió adelante con la guerra, y obligó al nuevo emperador,

Vespasiano, a realizar un enorme esfuerzo militar para neutralizarle a él y meter en cintura a la región. Sin embargo, Veleda siguió actuando como árbitro muchos años después, y el círculo de los druidas continuó siendo un foco de descontento en las comarcas celtas^[39]. La romanización de aquellos pueblos no estaba siendo tan fácil como hubieran querido los romanos.

LOS REBELDES BRITANOS

En lugar de convertirse en la vaca lechera que Séneca había esperado encontrar, Britania reveló ser una molestia insoportable. Se trataba de una zona conflictiva. En la Galia, tras la derrota de Vercingetórix, los indígenas aceptaron vivir bajo el yugo romano durante un tiempo, pero sus paisanos celtas, los britanos, no se sometieron tan fácilmente al dominio de Roma. De hecho, muchos de ellos jamás llegaron a claudicar, y la romanización de Britania fue menor que la de la Galia. El hecho de que el inglés no sea una lengua romance resulta significativo. Los pueblos germánicos que terminaron ocupando Francia y España aprendieron a hablar latín, en cambio, los anglos, los jutos y los sajones no.

La isla nunca llegó a conquistarse por completo, y es un hecho sorprendente que en el siglo II todas las pequeñas ciudades de Britania contaran con importantes murallas defensivas, circunstancia que no se daba en la Galia. La minúscula población de la isla constituyó una constante jaqueca para la superpotencia romana. De hecho, se necesitaron tres legiones enteras para conseguir que Britania siguiera siendo romana —lo que representa una operación enorme—. Esto contrasta con los casos de Hispania, donde bastaba una legión para mantener el orden, y del norte de África, donde había dos. A menos de que vivieran cerca del Rin, donde se hallaban estacionadas cuatro legiones para impermeabilizar la frontera frente a las incursiones germanas, la mayor parte de los habitantes de la Galia apenas veían un solo legionario. Sin embargo, el mantenimiento de Britania en la órbita romana exigía destacar una fuerza de unos cincuenta mil soldados.

Esto representa un gigantesco ejército regular. Ningún rey medieval inglés pudo permitirse jamás disponer siquiera de una décima parte de esa cifra, y para la economía romana terminó constituyendo una sangría permanente. La población de Britania suponía menos del 5% de la del conjunto del imperio, y sin embargo el mantenimiento de la isla bajo la férula romana obligaba a tener alerta al 10% de los efectivos militares del imperio. La ocupación de la mayor parte de las tropas no se centraba en guarnecer el muro septentrional^[*], sino en amilanar a los nativos del territorio ocupado^[40].

Estrabón dudaba de que los beneficios económicos de la ocupación de Britania pudieran compensar su coste, y hay que tener en cuenta que basaba sus cálculos en

una única legión, no en tres. Además de su paga y de sus pertrechos personales, la tropa precisaba enormes cantidades de comida —sobre todo trigo, que durante décadas hubo de ser importado, puesto que, en un principio, el principal cultivo de Britania era la cebada (con la que se hacía una masa que se utilizaba para elaborar cerveza y se consumía en forma de papilla, pero que los romanos sólo consideraban apta para el forraje de las bestias)—. El ejército necesitaba igualmente un enorme número de animales. Se ha calculado que, sólo a las fuerzas de ocupación instaladas en el norte de Britania, debían proporcionárseles anualmente diez mil caballos y cuatro mil mulas, junto con el correspondiente pienso, así como doce mil terneros con los que obtener cuero para las tiendas y dos mil animales para los sacrificios^[41].

Britania le estaba costando a Roma una ingente cantidad de dinero, y los únicos que verdaderamente se beneficiaban de ello parecían ser los propios «bárbaros» —es decir, los cabecillas que suministraban y aprovisionaban a aquel enorme contingente^[42]—. Para Roma era un pésimo negocio. Según Apiano de Alejandría, autor que escribe en torno al año 150 d. C., los romanos «habían ocupado la mejor y más grande zona [de Britania], pero se desentendían del resto. Y ni siquiera les resulta excesivamente ventajosa la parte que habitan^[43]». Por tanto, ¿cuál era la razón de que los romanos se tomaran la molestia de asentarse en esta conflictiva isla?

Una de sus motivaciones era la plata: los romanos obtenían en Britania grandes cantidades de este mineral. Antes de que hubieran transcurrido seis años desde el comienzo de la invasión de 43 d. C., las minas de plata de los Montes Mendip, cerca de Bath, se hallaban ya a pleno rendimiento, y para el año 70 d. C., Britania era ya el primer productor de plata del imperio. Sin la plata de Britania, la moneda de Roma no habría valido un ardite. Además, también era importante el plomo del que se extraía la plata. En esa misma zona de los Montes Mendip se han encontrado lingotes de plomo con un sello que indica que estaban destinados al emperador o a legiones concretas. Los romanos utilizaban grandes cantidades de plomo, tanto para vitrificar su cerámica como para fabricar objetos de vidrio. También se las arreglaban para ingerir notables dosis de ese metal. Pese a que sabían que era peligroso, no por eso dejaban de emplear recipientes de plomo en los que preparaban un almíbar con el que endulzaban el vino y que también usaban para elaborar golosinas y salsas. De hecho, los romanos recurrían tanto al plomo que generaban una vasta polución. Muestras tomadas del casquete glaciar de Groenlandia y de las ciénagas y lagos de Suecia, Suiza y España revelan que durante la época romana se produjo un enorme incremento de la contaminación por plomo^[44].

Roma no trajo prosperidad ni un excesivo confort a la mayoría de los pueblos que conquistó. Se ha estimado que entre la llegada de César a la Galia y la muerte de Augusto, ocurrida en el año 14 d. C., se produjo una caída demográfica en el imperio que supuso una mengua de población de entre cinco y quince millones de individuos —pese a la adquisición de nuevas provincias, entre ellas la de la Galia—. En la Galia el número de víctimas de la conquista debió de situarse cerca de los dos millones de

personas, contando tanto a los muertos como a los esclavizados, y la curva de población inició una prolongada tendencia descendente. Es probable que en Britania sucediera algo muy similar. Se ha estimado asimismo que, de la posible población existente en el imperio en el siglo II, cifrada en unos sesenta y cinco millones de almas, no más de un millón de personas vivían por encima del nivel de subsistencia.

Tácito pone en boca de uno de los cabecillas britanos una furibunda condena de la conquista. En sus palabras se aprecian los ecos de una frialdad que ha atravesado los siglos y que aún hoy continúan resonando:

Saqueadores del mundo; tras haber agotado la tierra con su universal pillaje, desvalijan los mares. Si su enemigo es rico, se muestran rapaces; si es pobre, codician el poder; ni Oriente ni Occidente han bastado a satisfacerles. Son los únicos hombres que ambicionan con idéntica avidez echar mano a la pobreza y las riquezas. Al robo, la matanza y la rapiña dan el falso nombre de «imperio»; asolan cuanto encuentran y lo llaman paz^[45].

Los romanos en la cúspide

La derrota de Boudicca dejó a los romanos al frente de la situación. Sin embargo, no se apoderaron del mundo entero —simplemente creyeron haberlo hecho—. En el siglo II d. C., el emperador Adriano comprendió que el imperio debía tener límites, y erigió su célebre muro para delimitar una de las fronteras septentrionales. Y los celtas tampoco desaparecieron de la historia, pese a que ése hubiera sido el propósito de los romanos.

LOS CELTAS SE PASAN A LA CLANDESTINIDAD

Desde luego, la cultura celta pronto quedó enterrada bajo el enlosado de las nuevas ciudades romanas —la construcción en piedra era algo que pocos celtas del norte de Europa se habían molestado en intentar—. Llegaron colonos romanos, se asentaron en las tierras de los celtas y se dedicaron a convertir en romanos a los celtas que habían sobrevivido a las invasiones. Los romanos lograron que se vistiesen como es debido. La educación druídica fue sustituida por la latina. Los recién llegados les inculcaron la noción de que había que respetar las leyes, la cultura y el arte de Roma. Y sobre todo, los ocupantes sacaron el máximo partido al entusiasmo que se apoderó de los celtas y les convirtió en consumidores y contribuyentes perfectamente dispuestos a cooperar^[1].

Si hubiéramos visitado la Galia y el sur de Britania en la época de Adriano, esto es, en el siglo II d. C., habríamos tenido la impresión de encontrarnos en un mundo totalmente romanizado. En las ciudades, cuyo gobierno y desarrollo recaía en manos de acaudalados lugareños, podía verse una cuadrícula de calles trazadas a cordel e imponentes edificios de piedra, como foros, termas y anfiteatros. Se dio a los celtas la posibilidad de convertirse en ciudadanos romanos —siempre que tuvieran el suficiente dinero y residieran en una ciudad—; ¿y quién sería capaz de rechazar semejante oferta? Para desenvolverse en el mundo de aquella época, la posesión de la ciudadanía romana era tan importante como llegaría a serlo el carné del partido para prosperar en la antigua Unión Soviética. En el campo, las alquerías de las villas de los nuevos próceres enriquecidos por servir a Roma sustituyeron a las grandes granjas de la aristocracia celta de épocas pasadas, en el contexto de una expansión económica constantemente estimulada por el poder adquisitivo del ejército romano.

Sin embargo, en muchos sentidos todo esto no era más que una apariencia. Antes solía argumentarse que los celtas se mostraron plenamente dispuestos a abrazar la romanización y que la vieja identidad celta vino poco menos que a desaparecer. Los arqueólogos señalaban la proliferación de la cerámica de tipo romano y la abundancia de artículos de lujo. De haber tenido la oportunidad, los celtas se habrían sentido en los McDonald's como el pez en el agua. ¡Pero bueno, si los celtas abandonaron incluso a sus viejos dioses y comenzaron a adorar a las deidades romanas! Así es como solían interpretarse las cosas. No obstante, en la actualidad los historiadores son más precavidos^[2].

Para empezar, la cerámica tendía a fecharse en función de su estilo, así que se suponía que los objetos de loza «autóctonos» eran anteriores. A continuación, y con un razonamiento tautológico, se sugería que ese hecho demostraba la existencia de cambios en las prácticas indígenas^[3]. Además, lo que se juzgaba cerámica «romana» no siempre lo era necesariamente —ya que podía haber sido traída de los pueblos vecinos sometidos al control de Roma—. Parece que los historiadores europeos y estadounidenses se sentían predispuestos a dar crédito a la teoría del éxito de la romanización debido a su misma fe en el efecto «civilizador» de las conquistas de sus propios países. De este modo sostuvieron que, una vez que los romanos hubieron establecido un paralelismo entre los dioses celtas y los suyos, los nativos abrazaron la religión romana. Según César, adoraban a Mercurio, Apolo, Marte, Júpiter y Minerva^[4] —él creía que simplemente les daban un nombre equivocado—. Sin embargo, lo que realmente sucedía era que los antiguos dioses continuaban vivos, aunque de forma disfrazada.

La deidad celta conocida con el nombre de Beleno^[*], por ejemplo, fue enmascarada bajo la denominación latina de Apolo Beleno, pero los sacerdotes que afirmaban descender de los druidas eran los encargados de celebrar sus festividades. Además, los druidas continuaron con sus prácticas hasta bien entrado el siglo II d. C., a juzgar por un enterramiento descubierto en las afueras del pueblo de Brough, en el este de Inglaterra. Brough era una pequeña ciudad romana, su fortaleza militar había sido transformada en un conjunto de edificaciones civiles y se había construido un teatro nuevo. Sin embargo, la persona enterrada era un sacerdote celta, un druida, y junto a su cuerpo se hallaron un cántaro con remaches de hierro y dos cetros, doblados y rotos a consecuencia del ritual funerario. Al parecer, en la Galia del siglo III aún existían «sacerdotisas del culto druídico», ya que realizaron profecías de advertencia al emperador Alejandro Severo^[5], pudieron ser consultadas por Aureliano^[6], y vaticinaron que Diocleciano accedería al trono del imperio si mataba a un jabalí^[7]. Los antiguos dioses celtas aún alentaban: simplemente adoptaron (y se adaptaron a) nuevas formas.

Lo mismo sucedió con los patronímicos personales. Uno de los sacerdotes de Apolo Beleno, por ejemplo, respondía por Attius Patera —un nombre de buena

sonoridad latina, dirá usted (*patera*, en latín, significa «cuenco de fondo plano»)—. Sin embargo, el poeta Ausonio, que casualmente conocía a Attius Patera, explica que en galo *patera* es la palabra con la que se designa al «iniciado». Por consiguiente, los celtas se ponían a sí mismos y ponían a sus hijos nombres que parecían romanos pero que en realidad constituían otras tantas formas de encubrir los apelativos celtas^[8].

El suegro de Tácito, Agrícola, fue gobernador de Britania entre los años 78 y 84 d. C. El historiador describe el proceso por el que, bajo la suave tutela de su pariente, se convenció a los britanos de que hicieran suya la vestimenta romana, hablasen latín y contribuyesen a la construcción de templos romanos, plazas públicas y «buenas casas». Sin embargo añade, no sin condescendencia: «Y de ese modo se les indujo gradualmente a apreciar las tentaciones, adversas para su moral, de los pórticos, las termas y los espléndidos banquetes. Los desprevenidos britanos identificaban estas nuevas costumbres con la “civilización” [*humanitas*], cuando lo cierto es que no eran sino uno de los factores que los esclavizaban^[9]». No obstante, la «civilización» era algo a lo que sólo unos cuantos celtas privilegiados podían aspirar. Los hijos de los jefes podían albergar la esperanza de adaptarse al estilo de vida romano, pero la mayoría de los britanos permanecieron al margen.

Por consiguiente, la cultura celta no fue borrada de la faz de la tierra. Lo que ocurrió fue que se convirtió en una práctica clandestina en todos aquellos lugares en que los romanos hicieron valer sus conquistas. Sucedió lo mismo en toda Europa: tanto los britanos como los bretones, los galos y los españoles conservaron vivo y coleando el mundo céltico. Experimentó cambios, desde luego, dado que aumentó el comercio, que la ciudadanía romana y el uso del latín se extendieron, y que las calzadas romanas comenzaron a surcar la campiña. Sin embargo, a pesar de que los romanos introdujeran una estructura concreta en la disposición de las vías de comunicación terrestre de los celtas —habida cuenta de que todas ellas conducían a Roma—, fueron incapaces de reorganizar el mar. Britania, Armórica (la región francesa situada al norte del Loira) y Galicia, en España, siguieron formando parte de una red atlántica de pueblos celtas que habría de mantenerse viva durante muchos siglos.

Con todo, para la inmensa mayoría, iba a ser un período lleno de dificultades.

CRISIS DE CRECIMIENTO EN EL IMPERIO

Resulta un tanto perturbador cobrar conciencia de que el mundo mediterráneo clásico no era el paraíso del turismo que la mayoría de nosotros tenemos hoy en mente.

Era, muy al contrario, un mundo sujeto a la permanente amenaza de la hambruna^[10]. Las poblaciones celtas eran núcleos comerciales y fabriles y formaban parte de la misma economía en la que también se hallaban incluidos los granjeros de

la campiña. Por otro lado, las pequeñas ciudades romanas eran centros administrativos y sede de las élites políticas que vivían de los ingresos que generaban sus cargos oficiales y sus propiedades rústicas. Los pueblos romanos gestionaban las tierras que los rodeaban y se nutrían de su producción, enriqueciéndose a expensas de la población rural.

El gran médico griego Galeno, que vivió en el siglo II d. C., explicaba las causas que determinaban que la malnutrición estuviese tan extendida en las comunidades rurales. El mal era plenamente imputable, dice, a la rapacidad de los habitantes de los pueblos: «Quienes residen en las ciudades, como muchos tienen por costumbre, reúnen y almacenan todo el grano necesario para el año inmediatamente posterior a la cosecha. Se llevan la totalidad del trigo, la cebada, las judías y las lentejas, y dejan el resto a los campesinos». Pocas ciudades romanas podían atender a sus propias necesidades, por eso tenían que saquear el campo para mantener bien abastecidas sus despensas. Esto significaba que el 10% de los romanos que vivían en las urbes explotaba al 90%, que residía fuera de ellas.

Durante la fase expansiva del imperio se observa una tendencia del mismo tipo. Los ciudadanos romanos radicados en el interior de las fronteras de Italia podían vivir libres de excesivas cargas fiscales —a expensas de los provincianos que habitaban en los territorios conquistados—. Es verdad que en Italia se pagaban impuestos por cultivar cosechas y engordar ganado en los campos públicos. También había que pagar cánones en los puertos y satisfacer una renta en las minas, y se abonaba un gravamen sobre la sal (que abolió Calígula), una tasa por la posesión de tierras, una cantidad como arancel o portazgo e incluso un arbitrio por conservar la soltería. De hecho, Nerón llegó a introducir un tributo por la evacuación de aguas menores, pero no tuvo demasiada aceptación. Sin embargo, la parte con mucho más sustanciosa de los ingresos imperiales procedía de los tributos que aportaban los habitantes de las provincias. Para recaudar esos impuestos, los romanos empleaban a unos agentes fiscales rurales a los que se daba el nombre de *publicani*. El derecho a ocuparse de la exacción de los gravámenes constituía en sí mismo una mina de oro para todo aquel que tuviera la suerte de conseguir semejante contrato, así que Roma adquirió el hábito de subastar en todas las provincias, cada cinco años, el cargo de recaudador de impuestos.

Y desde luego la corrupción recorría el sistema de arriba abajo. A tal punto, de hecho, que en el siglo I a. C. el emperador Augusto abolió los agentes fiscales del ámbito campesino y puso la responsabilidad de la recaudación de impuestos en manos de funcionarios urbanos^[11]. También ordenó adoptar un impuesto de capitación (una contribución fija imputable a todos los adultos), porque, en los años de mala cosecha, los ricos pagaban menos impuestos por sus tierras y por sus ventas, pero seguía siendo necesario pagar al ejército. Dado que las tropas consumían al menos un 70% del presupuesto, en esos años había una considerable falta de liquidez. El déficit presupuestario se enjugó mediante la implantación de esa tributación por

cabeza —lo que supuso una mala noticia para las personas menos acomodadas.

Mientras Roma continuó expandiéndose no hubo demasiados problemas. El ejército sufragaba sus propios gastos, ya que se quedaba con parte de las tierras incautadas, con el botín procedente de los pillajes y con la población sometida a esclavitud, que actuaba como la más barata de todas las manos de obra posibles. «Los esclavos [*servi*] reciben ese nombre porque los comandantes suelen vender a las gentes que capturan y por consiguiente salvan [*servare*] su vida en lugar de matarles. La palabra que denota que los esclavos constituyen una propiedad [*mancipia*] deriva del hecho de que son arrebatados al enemigo por la fuerza de las armas [*manu capiuntur*]^{[*][12]}».

Esos esclavos se utilizaban asimismo como braceros en las labores agrícolas, y ésta es la razón de que los trabajadores romanos quedaran libres para integrar un ejército permanente^[13]. Mientras el imperio romano mantuvo su constante expansión consiguió enriquecerse con el fruto de su propia actividad. Sin embargo, en Britania la economía comenzó a tambalearse: Estrabón ya había manifestado que la ocupación de la isla no podría arrojar beneficios superiores a su coste, y dicho desembolso resultó ser mucho mayor de lo que había previsto. De este modo, al cesar la expansión en el siglo III, con el consiguiente desplome de los efectivos de esclavos y de los caudales allegados mediante los saqueos y la anexión de nuevas tierras, el conjunto del imperio quedó convertido en una gigantesca maquinaria fiscal.

UNA INFLACIÓN DESBOCADA

Entonces fue cuando las medidas adoptadas durante el período de expansión comenzaron a volverse contra el imperio. Los emperadores trataron de aferrarse al poder mediante sucesivos incrementos del salario del ejército. Después intentaron cubrir los costes acuñando monedas de «plata» con un contenido cada vez menor de ese metal. En torno al año 250 d. C. contenían ya un 60% de bronce, y en 270 pasaron a ser simples piezas de bronce con un baño de plata. De este modo, las monedas perdieron su valor y los precios se pusieron por las nubes. Se calcula que por una compra que en el siglo II costase un denario se pagaban veintisiete a finales del siglo III^[14], cifra que más tarde llegó a subir hasta los ciento cincuenta denarios^[15].

En el siglo III, la presión a que se veían sometidas las fronteras exigió una revolución en la organización militar romana: las dimensiones del ejército se multiplicaron por dos, y lo mismo ocurrió con los costes. El ejército romano pasó a contar con seiscientos mil hombres —el mayor grupo de gente dedicado a una misma tarea que jamás hubiera conocido el mundo antiguo y una constante sangría para las arcas del emperador.

Sin embargo, claro está, no iba a ser el emperador quien se viera corto de efectivo, tendría que ser el ciudadano quien quedara sumido en la escasez. En tiempos del emperador Diocleciano (que gobernó entre los años 284 y 305) la queja común era que «había más recaudadores de impuestos que contribuyentes^[16]». Dado que ahora las monedas carecían de valor, la exacción fiscal se realizaba principalmente en forma de bienes y servicios^[17]. La recaudación de impuestos se convirtió en un sistema dedicado a las requisas y a la organización de trabajos forzados.

Sin embargo, lejos de solucionarse, la inflación empeoró aún más. Diocleciano había determinado que medio kilo de oro^[*] valía cincuenta mil denarios, pero en el año 307 las fluctuaciones del mercado dispusieron que era preciso abonar cien mil denarios para recibir esa misma cantidad de metal noble, después subieron la cifra a trescientos mil en el año 324, y finalmente la situaron, a mediados del siglo IV, en la increíble suma de dos mil millones cien mil denarios. Y de algún modo, por la misteriosa aunque ineluctable ley que rige las sociedades humanas, los ricos se hicieron más ricos y los pobres más pobres. En torno al siglo IV, la aristocracia senatorial era cinco veces más pudiente que la del siglo I d. C. Los dineros parecían desaguar de la campiña y salir de los bolsillos de la gente corriente que se dedicaba a cultivar la tierra para ir a parar, por enigmáticos cauces y conductos, a manos de los ricos magnates.

El «efecto de filtración» de la riqueza^[*] era tan mítico entonces como ahora. Inevitablemente, la opulencia ascendía hacia los peldaños más elevados de la escala social, y no al revés, efecto que se verificó de la forma más espectacular en la propia Roma. Un campesino podía considerarse afortunado si lograba cifrar en cinco monedas de oro sus ingresos anuales. Un comerciante quizás alcanzara las doscientas. Al mismo tiempo, las expectativas de renta de uno de los cortesanos de Diocleciano giraban en torno a las mil monedas de oro al año, y un senador romano podía contar con ciento veinte mil. Sencillamente, no había comparación posible.

Se hizo evidente que el imperio romano constituía un estado de cosas notablemente bueno para los ricos, pero que resultaba pésimo para el resto de los ciudadanos. Hacia el año 350 —y en el plazo de un par de generaciones—, el impuesto que gravaba la posesión de tierras se había triplicado y representaba ya la tercera parte de la producción bruta de un granjero. No es de extrañar que la población de la Galia mostrara signos de haber experimentado un constante declive, ni que las ciudades crecieran a expensas del campo. Y cuanto menos gente se dedicara a las labores agrícolas, más duro se hacía el trabajo de quienes aún se afanaban en ellas —de este modo, a medida que los problemas fueron aumentando, las limitaciones impuestas a la libertad del pueblo llano se hicieron cada vez más intolerables—. Se decretó que era ilegal que el campesino abandonara su granja, o que un hijo se ganara la vida con un oficio distinto al que hubiera ejercido su padre.

Los pobres se empobrecieron, se vieron obligados a pagar una tributación que no podían permitirse satisfacer, y empezaron a añorar la edad de oro en que las cosas habían sido de otro modo. La única opción legal que le quedaba a un galo o un britano venido a menos e incapaz de pagar al fisco era renunciar a su libertad de movimientos y a sus tierras y aceptar la protección de algún gran terrateniente —lo que en la práctica equivalía a verse convertido en una más de las propiedades del hacendado— a cambio de quedar a salvo del recaudador de impuestos.

En el siglo V, un rotundo crítico de su época, Salviano, señaló que los recaudadores de impuestos constituían un mal que acarrearía nuevos males:

... la mayoría es oprimida por una minoría, una minoría que considera que las exacciones públicas constituyen un derecho privativo suyo y se dedica a sus propias componendas particulares, disfrazándolas de recaudación de impuestos. Y en esto se afanan no sólo los nobles, sino los hombres de la más baja extracción; no sólo los jueces, sino quienes se subordinan a los magistrados [...]. ¿Existe algún lugar [...] en el que los principales ciudadanos no devoren la médula de las viudas y los huérfanos, e incluso de los santos? [...] Nadie, salvo el encumbrado, está a salvo de los estragos de estos bandidos y saqueadores, excepto aquellos que son a su vez ladrones^[18].

Cuando las élites de las antiguas tierras celtas consideraron que las cosas habían superado el límite de lo admisible, buscaron en Britania una solución. Esto se debió precisamente al hecho de que Britania nunca hubiera quedado enteramente sometida al yugo romano. El enorme contingente militar que allí existía era justamente lo que necesitaban.

En realidad la situación se remontaba al menos al año 196 d. C., fecha en la que las tropas habían proclamado emperador al gobernador de Britania, Albino. Éste se estableció en Lyon y contó con el respaldo de los grandes terratenientes de la Galia y de Hispania, los cuales buscaban estabilidad en una época en la que el imperio se descomponía a consecuencia de unas terribles epidemias de peste que quizás hubieran matado a una cuarta parte de la población. Su apoyo militar era tan grande que Roma se vio obligada nada más y nada menos que a reconquistar la Europa occidental.

A lo largo del siglo siguiente, las guerras civiles, el desplome de la divisa romana y el descenso demográfico, asociado, casi con toda seguridad, a nuevos brotes de peste (en uno de los cuales murió el emperador Claudio II el Gótico en el año 270), minaron progresivamente la economía de Europa. A partir del año 235, y en un período de tan sólo cincuenta años, distintos grupos de soldados proclamaron emperadores a cuarenta y nueve hombres. Sabemos que al menos el 25% de ellos terminaron asesinados, sin contar a los tres que se suicidaron ni a un cuarto personaje que al parecer resultó fulminado por un rayo. De hecho, aparte de Claudio II, sólo

sabemos de uno que haya fallecido de muerte natural —Valeriano, quien se mantuvo en el cargo por espacio de siete años, y que al expirar, en el año 260, se encontraba a salvo con los persas, aunque en calidad de prisionero.

En la Europa occidental el imperio se desvaneció de facto durante unos cuantos años. En 260, un gobernador galo, Póstumo, con el sostén de las tropas del Rin, fundó un reino propio, el «imperio galo», que llegaba hasta Britania e Hispania. No hizo intento alguno de atacar Roma, pero fue «el restaurador de la Galia». Al final, Roma reaccionó y en el año 273 aplastó aquel imperio celta disidente y volvió a imponer su poder y sus tributos. Durante un tiempo, sin embargo, pareció que el imperio romano había llegado a su fin, y una confederación de germanos, que se daban a sí mismos el nombre de francos (o «pueblo libre»), cruzaron el Rin y se trasladaron a la región que hoy ocupa Bélgica. Roma fue incapaz de evitarlo. Los francos eran un pueblo mariner y rápidamente se hicieron con el control del canal de La Mancha. Se dice que eran ladrones y piratas, aunque también parece probable que proporcionaran género a los bandidos del propio imperio, bandas de individuos desesperados que habían huido de sus tierras o se habían visto desposeídos de ellas y que por tanto no podían seguir permitiéndose el lujo de abonar los impuestos.

EL FRACASO DEL DERECHO

En ocasiones, esas compañías de soldados actuaban como simples bandoleros y salteadores de caminos, ya que su modo de vida consistía en robar y matar. En otros casos se convirtieron en un desafío directo para el dominio de Roma, dado que organizaban cortes regias propias y reunían verdaderos ejércitos en el campo de batalla. Y, por supuesto, había también muchos casos intermedios. Pese a su naturaleza diversa y contradictoria, terminó dándose a todas aquellas facciones un mismo nombre: el de bagaudos. La palabra celta *baga* significa «guerra», y unida al sufijo —*aud* significa «guerrero» o «combatiente», así que lo más probable es que por bagaudos debiera entenderse «luchadores» (aunque está claro que había una nutrida presencia de bagaudos en los Pirineos, sin mencionar que la palabra vasca *baugaude* significa «estamos dispuestos»).

Ha habido un enorme debate erudito en relación con la identidad y las metas de los bagaudos. Hubo un tiempo —el de la época en que se consideraba que las *Jacqueries* del siglo XIII en Francia y la Revuelta campesina de Inglaterra constituían la expresión de la natural violencia anárquica de los rústicos ignorantes— en que se pensaba que los bagaudos constituían la prueba de que el necesario control social había fracasado. Después los historiadores marxistas afirmaron que se trataba de revolucionarios protocomunistas, de trabajadores y campesinos ideológicamente radicalizados que albergaban la esperanza de alumbrar una sociedad ideal. Estudios

más recientes, que subrayan la importancia de las élites locales en el gobierno de todas las cosas, sostienen que es posible que los bagaudos hubieran obedecido a menudo las órdenes de los aristócratas locales en aquellas zonas en que el predominio romano se hubiera venido abajo, y que en realidad combatían para salvar el orden social y no para destruirlo ni transformarlo.

Todos estos puntos de vista contienen algún elemento de verdad, pero ninguno de ellos nos refiere la totalidad del relato. Los movimientos guerrilleros siempre resultan complejos —son en parte alzamientos iracundos protagonizados por los pobres y los exasperados, en parte rebeliones ideológicas de los jóvenes radicales cultos, en parte instrumentos creados por los políticos locales a fin de luchar contra enemigos más poderosos y, por último (cuando las guerrillas se enfrentan a la derrota militar, o cuando sus dirigentes se han reincorporado al sistema), puros casos de bandidaje asesino.

Salviano sentía una abierta simpatía por los bagaudos:

... malos y crueles jueces los habían despojado, oprimido y aniquilado. Después perdieron el derecho a la ciudadanía romana, así como el honor de tener un nombre romano. Les echamos la culpa de nuestros infortunios [...]. Llamamos forajidos a aquellos que hemos obligado a dedicarse al crimen. Pues ¿de qué otro modo han llegado a ser bagaudos, si no es por nuestra perversidad, por la villanía del comportamiento de los jueces, por la proscripción que han provocado y el pillaje a que se dedican cuantos han convertido la gestión de los impuestos públicos en motivo para el aumento de sus propias ganancias y han hecho de la recaudación de impuestos la fuente de su personal botín^[19]?

La primera ocasión en que aparece constancia histórica de los bagaudos se produce en la década de 280, en un período en el que las dificultades económicas y el desencanto con lo que Roma representaba habían dejado una amarga huella en el norte de la Galia: «Los granjeros sin experiencia ambicionaban el uniforme militar; el labrador imitaba al soldado de infantería, el pastor al de caballería, el aldeano que arruina su propia cosecha al enemigo bárbaro^[20]». La tarea del ejército consistía en hacer frente a este problema, y el comandante de la zona era Carausio, un celta romanizado procedente de una humilde familia de marineros de lo que hoy son los Países Bajos. En el año 286 suprimió con éxito el levantamiento de los bagaudos de la Galia.

LOS EMPERADORES DE BRITANIA

En esta época el emperador Diocleciano dividió el imperio en dos: se reservó para sí el gobierno del imperio de Oriente, a partir de la ciudad de Split (en la actual Croacia), y dejó en manos de Maximiano el dominio del imperio de Occidente, de Milán en adelante. Roma estaba demasiado lejos del escenario de los acontecimientos. Después, Maximiano nombró a Carausio comandante de la flota del mar del Norte, cuya base se encontraba en Boulogne. Su misión consistía en limpiar los mares de los piratas francos que infestaban el canal de La Mancha y que hostigaban las costas de la Galia septentrional. Carausio cumplió el encargo —y con creces—. Maximiano empezó a sospechar que permitía que los piratas cruzaran el canal y realizaran incursiones en Britania o en la Galia para interceptarlos después de camino a sus cubiles y quedarse, tras llegar a un acuerdo con ellos, un porcentaje del botín. Carausio conocía muy bien a los francos —vivían en una parte del mundo que también era la suya— y entraba dentro de lo posible que estuviese conchabado con ellos. Al final, Maximiano mandó matar al poderoso capitán de su flota del norte. Carausio se enteró de la orden del emperador y entonces sí que decidió —puesto que no sabemos si realmente estaba planeando con anterioridad una rebelión o no— proclamarse emperador de pleno derecho, trasladando toda su operación al terreno seguro de Britania. Desde sus cuarteles de la isla se convirtió en el gobernador de facto de Britania y de la región de la Galia situada al norte del Loira. Maximiano armó una flota a fin de dar una lección a aquel advenedizo, pero todos los pilotos que conocían bien el canal de La Mancha trabajaban a sueldo de Carausio, y esa circunstancia, unida al mal tiempo, echó a pique el intento de Maximiano por recuperar el control. Por el momento tuvo que aguantar al usurpador.

Carausio era un bárbaro respaldado por bárbaros —los celtas y los francos—, pero no era una Boudicca rediviva. Fue lo suficientemente inteligente como para no desafiar al imperio, e hizo todo lo posible, en cambio, por presentarse como una tercera potencia añadida a la de los otros dos emperadores. Incluso acuñó monedas en Londres con la imagen de los tres emperadores y la siguiente inscripción: «Carausio y sus hermanos». Es probable que esa iniciativa sentara como un tiro a Diocleciano y a Maximiano, a quienes también debió de disgustar notablemente el hecho de que las monedas de Carausio fueran muy superiores a las suyas. La reducción del contenido en plata había convertido a las monedas romanas en una especie de chiste, y a pesar de que el emperador Aureliano (que gobernó entre los años 270 y 275) había tratado de reformar la divisa, lo único que había podido conseguir, en el mejor de los casos, era una aleación de veinte partes de bronce por una de plata. Carausio comenzó a emitir monedas de oro y plata. El contenido de plata de estas últimas era del 90% —una pureza desconocida desde los tiempos de Nerón—. Al menos había alguien que acuñaba una moneda de verdad en la que uno podía confiar.

Carausio tenía bastante buena mano para la propaganda y sabía que la distribución de aquel tipo de monedas le granjearía una gran reputación en el ejército. En realidad, las monedas de oro no se utilizaban en la actividad comercial diaria —

eran más bien una especie de ricos vales y a menudo se las repartía entre la soldadesca como una forma de recompensa—. El elevado contenido de metal precioso las convertía en un bien tanpreciado como una pensión —es decir, no se trataba de un simple «feliz recuerdo» a conservar como chuchería sentimental.

En el mundo romano aquella clase de monedas confería legitimidad a todo aquel que las emitiese. Carausio poseía oro y lo empleó con grandes resultados. Las monedas que emitió fueron en todos los casos un elemento más de su intuitivo dinamismo publicitario. Gracias a ellas se aseguraba de que su imagen circulara por todas partes, junto con su propaganda, ya que en el reverso de las monedas podían leerse algunos eslóganes; uno de ellos le presentaba como «Restaurador de los romanos». Los romanos habían acuñado monedas en las que Britania aparecía representada como una mujer, y Carausio emitió una en la que la mujer le daba la bienvenida. La leyenda decía: «Al fin llega el esperado», y debajo las siglas «RSR» —lo que probablemente sea una referencia a un verso del poeta romano Virgilio en el que se saludaba el «Retorno a un mundo Regido por Saturno^[*]»—, algo así como el equivalente latino de los Albores de la Era de Acuario, corregido y aumentado. Las arcas de Roma se custodiaban en el Templo de Saturno, así que el «Retorno a un mundo Regido por Saturno» podía significar también, y de un modo plenamente literal, la recuperación de la Edad de Oro, puesto que venía a afirmar: «Nosotros tenemos oro». Además, el pasaje de Virgilio continúa con estas palabras: «el hijo será guía de un mundo pacificado por las virtudes de su padre», afirmación que los cristianos tomaron, claro está, por una profecía que anunciaba el fundamento de su propia religión. Por consiguiente, Carausio conectaba asimismo con los cristianos cultos y bien educados sin desafiar abiertamente la fe del imperio. Otro de los mensajes habituales de sus monedas decía: «Paz».



Britania, el nuevo futuro.

Un denario de plata de Carausio en el que puede verse cómo Britania (que lleva un tridente) le estrecha la mano y dice «Expectate Veni», es decir, «Al fin llega el esperado». Esta frase podría proceder de un pasaje de la Eneida de Virgilio en la que Héctor, el héroe troyano caído, regresa convertido en espectro y da efectivamente instrucciones a Eneas sobre cómo fundar la nueva ciudad de Roma. ¡Es evidente que en este caso Carausio transfiere esa misma responsabilidad a Britania!

Puede que Carausio fuera celta, pero no por ello deseaba sustituir la cultura romana por la celta. Nada más lejos de su intención. Carausio aspiraba a la romanización. Para empezar, el título imperial que se otorgó a sí mismo era notablemente romano, y no bárbaro. En Carlisle hay una estela en la que puede leerse la siguiente inscripción: «IMP C M AVR MAVS CARAVSIO INVICTO AVG» —«Emperador César Marco Aurelio Mauseo Carausio, Invicto y Augusto»—. De toda esta retahíla, el único nombre que tenía al nacer era su patronímico galo, Mauseo —e incluso ese apelativo había sido deformado para darle una sonoridad latina.

Esta situación recuerda mucho a lo sucedido durante la rebelión checa de 1968, fecha en la que Alexander Dubcek, en el momento álgido del movimiento *hippy*, ideó lo que dio en llamarse el socialismo con rostro humano, al creer que si ponía buen cuidado en el uso de las palabras, Moscú no tendría razón alguna para enviar los tanques. Se equivocaba, y la *romanitas* con rostro humano de Carausio estaba igualmente condenada, aunque lograra sobrevivir durante más de diez años.

La clave del poder de Carausio residía en el hecho de que controlaba el mar, dominio que a su vez tenía su fundamento en una serie de puertos bien defendidos. Sin embargo, los recursos del imperio eran ilimitados —simplemente le estaba llevando tiempo reunirlos—. En el año 293, Diocleciano y Maximiano aumentaron de hecho el número de los emperadores, aunque no a tres, sino a cuatro, y Carausio no formaba parte de la lista. Fue en aquel momento cuando Carausio emitió las infames monedas con las efigies de los tres emperadores... Si se trataba de un gesto conciliatorio, no funcionó. En Occidente, Constancio Cloro se unió a Maximiano. Constancio tenía órdenes de meter en cintura al imperio disidente de Britania. Se apoderó de Boulogne, y probablemente desbarató con ello la reputación de Carausio. En todo caso, Carausio habría de morir enseguida —con toda probabilidad asesinado por orden de uno de sus oficiales, Alecto, quien se hizo con el poder y pasó a convertirse en emperador de Britania—. Pero no iba a permanecer en el cargo mucho tiempo, ya que en el año 297 Constancio desembarcó con su ejército en la isla, mató a Alecto y se apoderó de Londres.

No obstante, los problemas de fondo no se habían solucionado. Tan sólo diez años más tarde, en 306, las legiones de Britania volvieron a proclamar un emperador propio, y la Galia lo aceptó inmediatamente como salvador del orden social. El nuevo emperador estableció un gobierno regional en Tréveris, cerca de la actual frontera entre Alemania y Luxemburgo. Y en esta ocasión, cuando el gobernador de Roma trató de aplastar al dirigente de las tierras celtas, designado por el emperador de Britania, las cosas no salieron como antes. El hombre en cuestión, Constantino, se adueñó de Roma y terminó apoderándose de la totalidad del imperio.

UNOS ROMANOS ANTIRROMANOS

Constantino fue el primer emperador cristiano. Su revolución se desarrolló en un imperio romano que mostraba cambios fundamentales respecto de la situación que le era natural en la época de la conquista de Britania. En primer lugar, no había ya un ejército de romanos que dominara y amansara a «los otros». Según parece, durante el reinado del primer emperador, Augusto (27 a. C.-14 d. C.), el 68% de los legionarios eran de origen italiano. Sin embargo, esta proporción declinó de forma ininterrumpida hasta que llegó un momento, en el siglo II d. C., en el que únicamente el 2% de los ciudadanos en armas eran de origen italiano. Además, el ejército del emperador incluía asimismo un gran número de tropas auxiliares reclutadas entre los godos de la Europa oriental. En la época en que Constantino accedió al poder, la distinción entre romanos y bárbaros no estaba en modo alguno clara.

La conversión del imperio al cristianismo no alivió ni mucho menos las penurias de los granjeros humildes. Diocleciano había puesto en marcha la política de fijar a la gente a la tierra con la intención de garantizar la existencia de mano de obra y de permitir al mismo tiempo que los terratenientes cobrasen impuestos a los pobres en nombre del gobierno central. Los aparceros pasaron a convertirse en *coloni*, y los *coloni* eran propiedad de los terratenientes, ya que formaban un lote con la propia tierra. Lo mismo ocurría con sus descendientes. Al igual que los esclavos, los *coloni* no tenían derecho a demandar a sus terratenientes y se les prohibía que vendieran sus propiedades sin permiso. Una compilación de las leyes dictadas por los emperadores cristianos dice lo siguiente: «Es correcto sujetar con cadenas, al modo de los esclavos, a aquellos *coloni* que se propongan huir, para que de este modo se vean obligados a realizar las tareas que son propias de un hombre libre y sufran al mismo tiempo el castigo destinado a los siervos^[21]». Se obligaba a los individuos que sabían un oficio o poseían alguna habilidad artesanal a efectuar trabajos serviles a perpetuidad en una determinada parcela de tierra, y el destino de sus hijos era el mismo.

En condiciones tan duras, las revueltas suponían un mal endémico. En Britania, los pueblos comenzaron a decaer: los edificios públicos de Wroxeter, al sur de Chester, por ejemplo, quedaron convertidos en silos de grano, y en la década de 360 hubo una importante alteración del orden público. Pese a que se dice por lo común que se trató de una enorme subversión debida a una «conspiración bárbara», lo más probable es que fuera más bien consecuencia de la permisividad de los oficiales romanos, que abandonaron su puesto, ya que la revuelta quedó zanjada «después de promulgar unos edictos y de prometer impunidad» a los desertores que entraran en razón^[22]. Con todo, los romanos extremadamente ricos seguían prefiriendo Britania a la Galia, ya que en la isla aún había un ejército regular lo suficientemente grande como para proporcionar una cierta sensación de seguridad. Parece que en el siglo IV fueron muchos los romanos acaudalados que huyeron de la Galia y construyeron enormes villas en la campiña británica.

Pero volvamos un momento a la Galia: se daba la circunstancia de que esta

región, que en el pasado había exportado grano para alimentar al ejército de Britania, tenía ahora que recibirlo de la isla^[23]. La revuelta campesina adquirió un cariz abiertamente antirromano. Según un autor, en el año 362 la gente prefería vivir en las tierras dominadas por los bárbaros^[24].

Una vez más, se recurrió al ejército de Britania para rescatar a los ricos de la Galia. En el año 383, Magno Máximo siguió prácticamente los pasos de Constantino, ya que también partió de sus bases de Britania, convertido en jefe paramilitar, para apoderarse de la Europa occidental, avanzando después con la intención de conquistar Italia. El emperador Teodosio y su general Estilicón se las arreglaron para aniquilarle, y las tropas que Máximo había sacado de Britania jamás regresaron. Estilicón visitó Britania para tratar de llegar a un acuerdo de paz que tranquilizara el norte de Europa, pero también él terminó retirando sus tropas de la isla.

A principios del siglo v comenzaron a presentarse en la Galia, en número cada vez mayor, grandes cantidades de emigrantes germanos pobres. Dado que la campaña se hallaba en buena medida en manos de las fuerzas guerrilleras, Britania volvió a verse en la tesitura de tener que proporcionar un nuevo salvador a los más prósperos ciudadanos de la Galia. Para esta época la mayoría de las legiones ya habían desaparecido, y los terratenientes locales eran quienes financiaban directamente sus propias milicias. En cierto sentido, la situación era similar a la que se observa hoy en algunos países latinoamericanos, donde en ausencia de un gobierno central eficaz, las fuerzas paramilitares de derechas luchan con los guerrilleros de izquierdas por el control parcial de determinadas provincias.

Los británicos designaron, en rápida sucesión, un cierto número de jefes militares antes de decidirse finalmente a seguir a un soldado que quizá resultara elegido debido en parte a su nombre —pues también se llama Constantino—. En el año 407 le enviaron, junto con todas las tropas de legionarios que lograron reunir, a Boulogne, donde se hizo rápidamente con el control de la comarca y se proclamó a sí mismo emperador, con el nombre de Constantino III.

Puede que le hubiera dado por llamarse emperador, pero aquellos pueblos no se encontraban ya dispuestos a seguirle el juego a Roma.

Los bárbaros instalados al norte del Rin, asolándolo todo a placer, obligaron tanto a los habitantes de Britania como a algunos de los pueblos celtas a sacudirse el yugo romano y a vivir su propio destino disociados del derecho romano. En consecuencia, los britanos se alzaron en armas y, sin reparar en los peligros que ellos mismos corrían, liberaron sus ciudades de la amenaza bárbara. De igual manera, toda la Armórica [esto es, el noroeste de Francia], junto con otras provincias galas, siguió a los jefes de los britanos: se declararon libres, expulsaron a los magistrados romanos, y dispusieron el gobierno de sus cosas a su propia manera^[25].

La región atlántica quedó completamente disgregada y pasó a regirse definitivamente por un gobierno propio.

La peripecia de una mujer llamada Melania, una matrona romana que había nacido en torno al año 383 y que dedicaría su vida a la devoción cristiana, es un buen ejemplo de la amplitud que tuvo el cambio político y social^[26]. Hacia el año 410, Melania vendió la práctica totalidad de sus posesiones con la intención de donar cuanto obtuviera a quienes se dedicaban a la vida monástica. Las únicas propiedades que conservó fueron las de Britania —probablemente porque la isla se encontraba ahora fuera del radio de acción del sistema comercial romano^[27].

El movimiento antirromano se había hecho con el poder. En el siglo V nos encontramos con que Salviano ensalza a los bárbaros, a quienes considera un faro capaz de arrojar luz en la tenebrosa corrupción y crueldad de la sociedad y los valores romanos: «Casi todos los bárbaros, al menos aquellos que pertenecen a una tribu y obedecen a un mismo rey, se muestran afecto unos a otros; la práctica totalidad de los romanos se acosan mutuamente^[28]». Desde luego, seguían siendo bárbaros, y no habían dejado de parecer hediondos a los romanos. Ni siquiera Salviano podía pasar por alto «el fétido olor que se desprende de los cuerpos y las ropas de los bárbaros^[29]».

Sin embargo, había muchos galos que preferían soportar tales emanaciones, e incluso vivir en comunidad con grupos de individuos no católicos, a seguir llevando una vida de romanos.

El Estado se ha corrompido a tal punto en estos días que sólo siendo malvado puede un hombre sentirse a salvo [...] se saquea a los pobres, las viudas suspiran, los huérfanos sufren opresión, al extremo de que muchos de ellos, nacidos en familias distinguidas y habiendo recibido una buena educación, se pasan al bando de nuestros enemigos a fin de librarse de la persecución pública. Buscan entre los bárbaros la dignidad del romano por no poder soportar la bárbara indignidad que reina entre los romanos [...]. De este modo, emigran a las tierras de los godos, o a las de los bagaudos, o aun a las de alguna otra tribu de los numerosos bárbaros que en todas partes campan por sus respetos, y no les pesa su exilio. Prefieren vivir como hombres libres en una situación que externamente reviste la forma de un cautiverio, que como presos sujetos a una aparente libertad. Por tanto, el nombre de los ciudadanos romanos, que un día fuera altamente valorado y, más aún, caro de alcanzar, es hoy objeto de repudio y se le rehuye, pues no sólo ha pasado casi a ser tenido por vil, sino a merecer incluso que se le juzgue aborrecible^[30].

El rechazo de Roma fue el elemento básico que permitió que se desarrollara el nuevo mundo de la Europa occidental, pero su construcción se fundó en cierto modo

en la memoria viva del cosmos que tan afanosamente había tratado de remplazar Roma: el mundo de los «bárbaros» celtas. Hoy comienza a abrirse paso entre los historiadores la idea de que es simplemente erróneo considerar que el adjetivo «romano» sea sinónimo de «normal» en la Galia en cualquier período dado, y que el hecho de que el imperio perdiera la Galia fue un beneficio para ésta, puesto que así pudo retornar a su situación normal^[31].

Parece que en Britania la indiferencia que despertaba la *romanitas* era aún más clara. En el siglo VI, se adoptaron en la isla códigos jurídicos que no eran latinos (a diferencia de lo que sucede en el caso de los códigos empleados por los godos y los vándalos del sur de la Galia y de Hispania), su red urbana se vino abajo, el sistema fiscal se desvaneció, y mientras la Galia e Italia siguieron organizando la jerarquía cristiana en torno a los obispos, en Britania hasta esos prelados terminaron por desaparecer, y el mundo cristiano devino monástico.

El mundo de los druidas había quedado aniquilado y no habría ya de reactivarse. Sin embargo, la brutalidad, la crueldad y la opresión que ejercía el poder de Roma eran a tal punto superiores a las del mundo druida, que el eclipse romano no precisó de invasión alguna. Si se debilitó fue por haber suscitado un gran odio entre las personas que hubieron de sufrirlo. Y porque la mayoría de ellas no veía ya razón alguna que lo justificara.

SEGUNDA PARTE
LOS BÁRBAROS DEL NORTE

Los germanos

Uno de los pasatiempos favoritos de los bárbaros de Germania era una actividad similar a la danza escocesa de las espadas —aunque podríamos decir que constituía una celebración de doble filo, con perdón del juego de palabras—. En el baile intervenían tanto espadas como lanzas y al parecer podía resultar fatal. ¿Sostenían los espectadores en alto sus espadas a distintas alturas, o quizá las blandían como si estuviesen en una batalla, mientras los danzarines zigzagueaban entre ellas? No lo sabemos. Todo cuanto ha llegado hasta nosotros es una incitante descripción de Tácito: «En todas las reuniones se exhibe siempre el mismo tipo de espectáculo. Los jóvenes desnudos que practican este entretenimiento brincan mientras ejecutan una danza entre espadas y lanzas en las que podrían dejar la vida. La experiencia les hace hábiles, y a su vez la habilidad les vuelve gráciles...».

Sin embargo, aunque es evidente que el peligro de muerte se le quedó muy grabado, lo que realmente impresionó a Tácito fue el hecho de que los bailarines se entregaran a ese esparcimiento por pura diversión: ¡no esperaban que nadie les pagase! «No tienen en mente ni ganancias ni pagas de tipo alguno; por temeraria que sea su distracción, su única recompensa es el regocijo de los espectadores^[1]». Lo que ocurría, según Tácito, era sencillamente que los germanos no sentían interés por el dinero. No practicaban la usura. Conseguían ámbar, pero no le concedían valor, y cuando se les daban buenos dineros por él «recibían asombrados aquellas cantidades». En la época en que escribía Tácito, Roma era ya una sociedad enteramente mercantil y la motivación del beneficio hacía girar muchos de sus engranajes. Por el contrario, la cultura germana le parecía estar aún en manos de fuerzas primitivas como el honor, la fidelidad, la bravura y en ocasiones, ¡la simple *joie de vivre*!

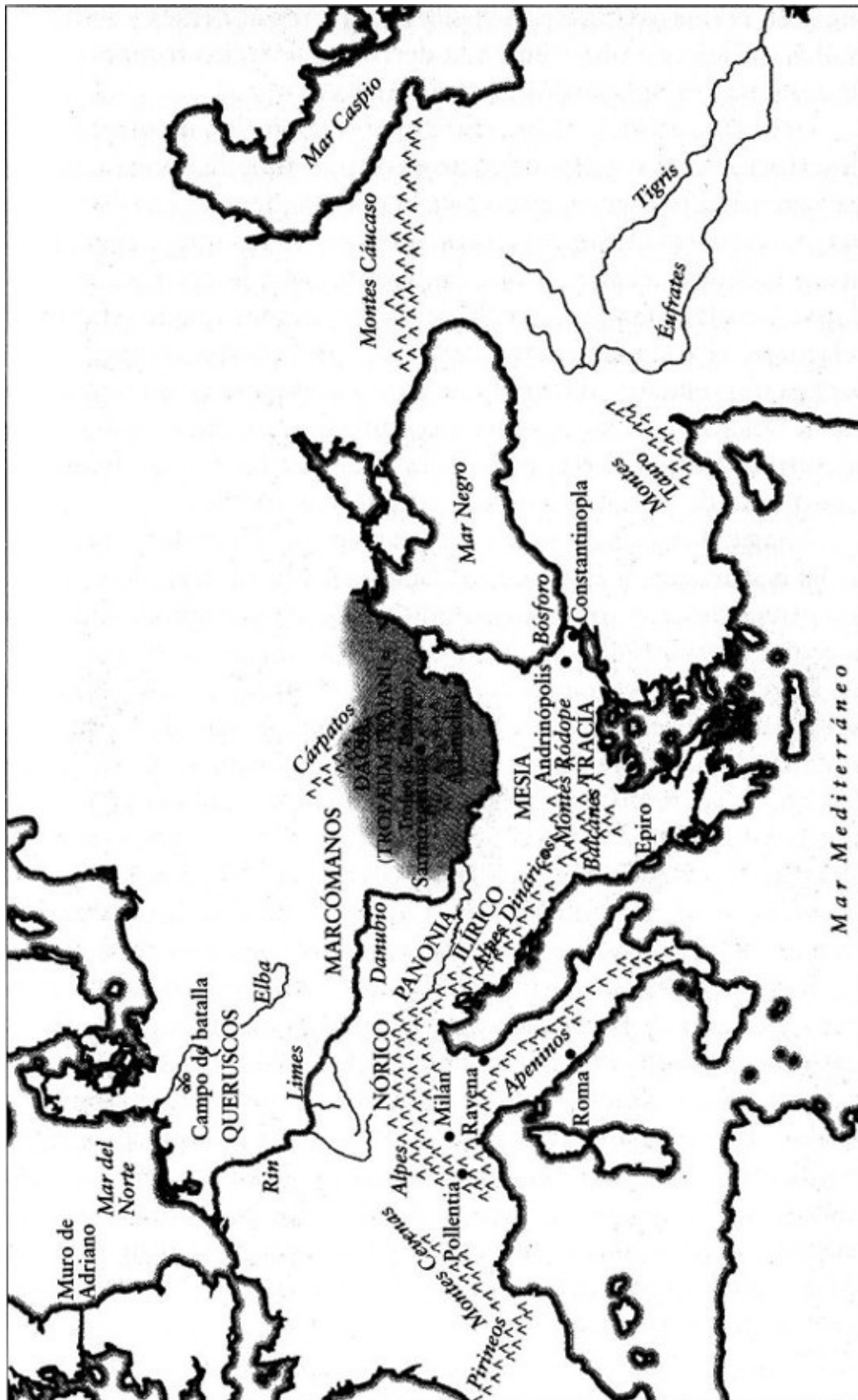
LOS PROTOEUROPEOS

Si basamos nuestra valoración en el hecho de que en torno a ellos habría de surgir en último término una civilización europea que acabaría por dominar la tierra, este pueblo aparentemente sencillo y feliz podría considerarse el más importante de todos los grupos «bárbaros». Su relevancia supera incluso a la de Roma. Los godos —pues ésa es su denominación tardorromana— llegarían a apoderarse del imperio de

Occidente (véase el capítulo 8), y tanto Francia y Alemania (Alamania) como Inglaterra (Anglia) se reconocen descendientes de los pueblos germánicos —de los francos, los alamanes y los anglosajones.

Ahora bien, si los historiadores recibieron con suspicacia la palabra «celta», deberían recelar aún más de la voz «germano». Hasta donde nos es dado saber, no hubo pueblo alguno en el mundo antiguo que se denominara a sí mismo de ese modo —es una expresión que procede de los autores griegos y romanos—. El vocablo aparece mucho después que la voz *keltoi* (celtas). La primera persona que utiliza la palabra *germani* es Posidonio, un historiador griego, y lo hizo en el año 100 a. C.^[2]... Puede que se trate de la deformación de un primitivo término germano, el de *gaizamannoz* («lanceros»), voz que era utilizada como denominación de grupo por una comunidad tribal.

Parece claro que, en torno al 500 a. C., la zona del noroeste de Alemania y el sur de Escandinavia se hallaba habitada por pueblos que no sólo compartían un mismo estilo de vida, además de sus raíces lingüísticas y su mitología (mitología que hemos llegado a conocer principalmente a través de las sagas nórdicas), sino que también se encontraban inmersos en un común proceso de expansión hacia el sur. Los italianos se percatan por primera vez de su existencia en el año 113 a. C., fecha en la que dos pueblos conocidos como cimbrós y teutones se desplazan, procedentes del norte, a la región de la actual Austria. Diez años más tarde se presentaron en Italia y solicitaron que se les concediera un lugar en el que asentarse. Aquellos guerreros enormes y semidesnudos infligieron una tremenda derrota al ejército romano antes de ser a su vez aplastados por completo.



La Dacia y el mundo de los germanos

Debemos a César el primer empeño auténtico de ofrecer una descripción de los germanos, quienes por aquella época emigraban en número significativo a la Galia occidental. Es obvio que los únicos germanos que César conocía eran los que vivían en las proximidades del Rin, y que las fuentes que le aportan nuevos datos son claramente sospechosas. Ellas son las que le refieren el relato del alce sin

articulaciones, y las que le proporcionan la información relacionada con la supuesta presencia de un unicornio en los bosques germanos —un unicornio cuyo cuerno se ramifica en su extremidad en varias puntas, es decir, un unicornio distinto a cualquiera de los que hayamos podido tener noticia.

Aparte de César, la única fuente romana digna de mención es la del historiador Tácito, cuyo fascinante librito titulado *Germania* ofrece descripciones tan verídicas que da la impresión de que el autor estuvo realmente allí, cuando lo cierto es lo contrario. Según parece, el texto de Tácito se basa en una obra de Plinio que se ha perdido —aunque este autor sí que había visitado Germania y realizado allí sus averiguaciones—. Desde luego, en la época de Tácito, es decir, un siglo después de César, se conocía ya mucho mejor a los germanos, así que a este autor no le interesa tanto mostrar lo salvajes que éstos eran como presentarlos a otra luz, la que los tiene por ejemplos de la moral natural de los indígenas, en marcado contraste con la refinada corrupción romana.

Resulta bastante claro que los pueblos que vivían en la región noroccidental de Germania diferían notablemente de los celtas. Las descripciones que hacen de ellos los romanos tienden a ser caricaturas de carácter muy general, pero contienen un grado de verdad. Los germanos vivían en asentamientos pequeños e independientes cuya economía guardaba más relación con la cría de reses y la caza que con el cultivo de la tierra. No había en sus territorios demasiadas cosas que los romanos pudieran saquear (pese a que la palabra latina que significa dinero —*pecunia*— proceda de *pecus*, ganado).

UN SISTEMA DE VALORES DISTINTO

Los romanos quedaron un tanto desconcertados al verse frente a una sociedad que se interesaba tan poco por la riqueza y que, además, trasladaba al campo de batalla esta falta de entusiasmo por las ganancias. Los soldados romanos combatían por un salario. Sus generales hacían ostentación de su opulencia y posición, ya que se dedicaban a la buena vida y a decidir sobre la vida y la muerte de sus tropas. Entre los germanos las cosas eran completamente diferentes. Para un cabecilla exhibir su rango significaba hacer alarde de su valentía, y era su generosidad en los banquetes y diversiones lo que daba fe de su fortuna.

Se trataba de una cultura guerrera en la que el valor y la estima de los propios pares era más importante que la acumulación de bienes. Los hombres jóvenes, una vez alcanzada la edad adulta, no se cortaban el pelo ni se rasuraban la barba mientras no matasen a su primer enemigo en combate. Y según Tácito, lo que les incitaba a mostrar coraje en la batalla era la aprobación o la censura de sus parientes: «Lo que más enardece su valor es el hecho de que las filas de sus escuadrones o batallones, en

lugar de formarse al azar o como consecuencia de una congregación fortuita, están integradas por familias y clanes^[3]». El historiador romano explica que la clave de bóveda de este comportamiento era la lealtad al jefe: «Defenderle, protegerle, asociar las proezas de coraje a su renombre, es la máxima muestra de lealtad. El jefe lucha por la victoria, los vasallos combaten por su jefe».

Y con la lealtad venía la intrepidez —una osadía desencadenada por la presión del grupo de iguales—. Esto determinaba que los germanos adquirieran hábitos bastante temerarios: «... Según sus costumbres, nada hay más vergonzoso o torpe que utilizar sillas de monta. Así se atreven, aunque sean pocos, a cargar contra cualquier contingente de jinetes que utilicen» corazas equinas^[4]. Pero no sólo sus caballos se presentaban a cuerpo gentil en la batalla. También ellos hacían lo mismo. Cuando luchaban contra los romanos, totalmente acorazados, su única defensa era un escudo de madera o mimbre.

Comparada con el frío profesionalismo y la disciplinada planificación de los romanos, la actitud de los germanos ante la guerra resultaba caótica e individualista. «La opinión que tenían de la guerra parece haber sido de carácter deportivo, y en algunos aspectos incluso caballeroso. En este sentido, pese a que en aquella época libraron guerras con el ánimo y la entrega propias de los profesionales, se guiaban por una táctica que no superaba el nivel del mero aficionado^[5]». En la guerra debía predominar, en opinión de los germanos, la exhibición de valor antes que el deseo de beneficios materiales o de medro político.

Es fácil percibir un vínculo entre la disposición que mostraban los germanos ante la guerra y los códigos de hidalguía de la Edad Media. Por ejemplo, las raíces de la idea medieval de designar dos héroes, uno por cada bando en liza, para decidir el resultado de una batalla en combate singular, se remontan a las guerras que enfrentaron a los bárbaros con Roma. «Tras haber hecho prisionero, por el medio que sea, a un hombre de la tribu con la que se hallan en guerra, le enfrentan a un soldado escogido de su propia tribu y se deja que cada combatiente utilice las armas habituales en su tierra. La victoria, ya favorezca a uno o a otro, se juzga una señal que determina el resultado de la guerra^[6]».

Los germanos carecían de organización militar. La guerra consistía por entero en un cruce de heroicidades personales. No obstante, sus hazañas no parecían particularmente peligrosas, en especial porque sus armas eran muy malas. «Incluso el hierro escasea entre ellos —afirma Tácito—, como podemos deducir por la naturaleza de sus armas. Son muy pocos los que emplean espadas o astas largas. Usan un venablo (*framea* es el nombre que le dan^[*]) de punta estrecha y corta, pero tan aguda y fácil de manejar que la misma arma sirve, según las circunstancias, para el combate cuerpo a cuerpo o a distancia^[7]».

Ni siquiera después de haberse apoderado de los superiores pertrechos de los romanos se decidían necesariamente a utilizarlos ellos mismos en los choques. Los datos arqueológicos muestran que después de la victoria tendían a romperlos y a

arrojarlos a una ciénaga como ofrenda a los dioses. La «correlación de avances técnicos entre los germanos y el ejército romano era de la misma naturaleza que la que separaba a las huestes de matabeles y zulúes de las tropas británicas del siglo XIX^[8]». Y aun así, era frecuente que las lanzas de los germanos no fuesen más que un palo aguzado de punta endurecida al fuego.

Por supuesto, Tácito exagera las admirables cualidades que exhibían los germanos a fin de corregir la moral de los romanos de la época. Sin embargo, cuando describe la estructura de las instituciones sociales germanas hay otras pruebas que confirman su relato.

EL IGUALITARISMO GERMANO

Existen datos arqueológicos que respaldan la imagen que presenta Tácito, según la cual la sociedad germana era notablemente igualitaria. De entre los que pertenecen al período en el que este autor escribe, son pocos los asentamientos descubiertos en los que se observe el predominio de una vivienda determinada: al parecer, todos los edificios debieron de ser poco más o menos de las mismas dimensiones. Únicamente después de la época de Tácito, una vez que el contacto con los romanos había sido ya bastante prolongado, comienza a apreciarse que los individuos acumulan riquezas y se destacan del resto del clan instalándose en viviendas de superior calidad.

De manera similar, era poco frecuente atribuir titularidad privada a la tierra. Según César, todos los años los cabecillas de los clanes repartían tierras entre las diversas familias, y al año siguiente redistribuían las parcelas de forma totalmente distinta y entre personas diferentes. César sustenta la explicación de este comportamiento en varias razones. Sugiere en primer lugar que podría deberse al deseo de impedir que las familias se encariñasen en exceso con la tierra y adquirieran así más afición por la agricultura que por la guerra. Sin embargo, el principal motivo es, a su juicio, la procura de una sociedad más igualitaria. Los magistrados y los jefes asignan tierras de forma rotatoria a las familias del clan a fin de evitar que los individuos «se afanen por ampliar su territorio», ya que, de ocurrir esto, «los más fuertes expuls[arían] a los más débiles de sus posesiones». La constante reorganización de los recursos también impedía que surgiera «el ansia de riquezas, de donde nacen las banderías y los enfrentamientos», lo que permitía a los jefes mantener «al pueblo en calma, al ver cada cual que sus bienes igualan a los de los poderosos^[9]».

¡Tiene gracia que César hable de igualdad social! Los romanos veían en la sociedad dos tipos de personas: hombres libres y esclavos. Y desde luego la relación entre unos y otros encuentra su fundamento en la propiedad. Entre los germanos no se podía comprar ni vender a la gente, y en todo caso los individuos se hallaban

obligados a cumplir determinados deberes —algo que para los romanos de aquellos años resultaba tan chocante como el hecho de llevar pantalones.

El amo no se distingue del esclavo por el hecho de que al primero se le críe con mayor delicadeza. Ambos crecen rodeados de los mismos rebaños y duermen sobre el mismo suelo en tanto el hombre libre no alcanza la edad en que se le distingue y se reconoce su mérito [...]. Y en cuanto a los demás esclavos, no se les asigna, como es costumbre entre nosotros, distintas tareas domésticas, sino que todos ellos se encargan de la organización de una casa y poseen un hogar propio. El amo obtiene del esclavo una cierta cantidad de grano, cabezas de ganado y vestidos, como haría con un aparcerero, y ahí se detiene el límite de la sujeción^[10].

Este igualitarismo se reflejaba sobre todo en las instituciones políticas germanas. El fundamento del poder político radicaba en la junta popular, en la cual trataban los jefes, según Tácito, las cuestiones menores, aunque las decisiones importantes quedaban en manos del conjunto de la asamblea. «Sin embargo, pese a que el dictamen final siga estando en manos de la gente, siempre son los jefes quienes debaten en profundidad el asunto^[11]».

A continuación, Tácito nos explica que la independencia y la libertad del pueblo hacen que resulte muy difícil poner de acuerdo a todo el mundo para reunirse en una misma fecha y hora, así que a veces transcurrían hasta tres días antes de poder dar inicio a una asamblea. No obstante, una vez iniciada ésta, son los sacerdotes quienes se ocupan de encauzarla. Piden silencio y después es el rey o el jefe quien, por lo común, toma primeramente la palabra, aunque si se le escucha se debe «más a que tiene influencia y capacidad de persuasión que al hecho de estar investido del poder de dar órdenes». Y al parecer, no existen prácticas serviles ni gestos de adulación en las conferencias populares germanas. Los asistentes tienen libertad de mostrar la opinión que les merece el discurso del dirigente: «Si sus juicios les disgustan, los repudian con murmullos; si les satisfacen alzan sus picas^[12]».

Y es esa libertad de la gente, así como el hecho de que los poderes de que disponen los jefes se hallen sujetos a tan estrictos límites, lo que representa un contraste tan marcado entre la sociedad germana y la romana. En la batalla, la actuación de los reyes y los cabecillas debía ser necesariamente ejemplar, mientras que la capacidad de ejercer la coerción quedaba reservada por entero a los sacerdotes.

Estos soberanos no poseen un poder ilimitado ni arbitrario, y los generales consiguen más con el ejemplo que por medio de la autoridad. Si se muestran vigorosos, si descuellan, si luchan en primera línea, guían a los demás hombres por la admiración que despiertan en ellos. Pero sólo a los sacerdotes se les permite reprender, encarcelar e incluso azotar, y no como castigo ni por orden de un general,

sino, por así decirlo, por mandato del dios que según sus creencias inspira a los guerreros^[13].

LA POBREZA DE LOS GERMANOS

César creía firmemente que no había punto de comparación posible entre el nivel de vida de los germanos y el de los galos: «Ni la tierra de los galos puede compararse con la de los germanos, ni el modo de vida de estos últimos admite ser equiparado al de los primeros^[14]». Por supuesto, César tenía buenas razones para establecer una clara distinción entre galos y germanos, así como para fomentar la idea de que el Rin era una auténtica línea divisoria (cosa que en realidad no era). Esas nociones le permitían justificar la invasión de la Galia. Es obvio que los galos no constituían una amenaza para Roma, pero César quería que la gente creyese que los germanos eran muy distintos, salvajes y peligrosos. ¡De hecho, los romanos tenían el deber de proteger la Galia de sus incursiones! Por eso dice que «... aquellos hombres salvajes y bárbaros se aficionaron a los campos, la forma de vida y las riquezas de los galos, [que] fueron muchos más los que pasaron [y que] ahora había en la Galia unos ciento veinte mil^[15]».

Dado que tenían pocas posesiones (un hecho que se desprende claramente de los datos arqueológicos y se deduce asimismo del testimonio de los autores romanos), los germanos podían desplazarse con gran facilidad. A César no le resultó difícil dar la impresión de que representaban un desafío y de ese modo sentó la necesidad de defender Roma mediante la «protección» de la Galia.

[César] consideraba peligroso para el Pueblo Romano que los germanos se acostumbraran poco a poco a cruzar el Rin y que llegaran en tropel a la Galia. Y pensaba que aquellos hombres, salvajes y bárbaros, no iban a abstenerse, una vez ocupada toda la Galia, de pasar a la Provincia y desde allí dirigirse contra Italia —como habían hecho antes los cimbrós y los teutones^[16].

Tácito observa que en Germania no había asentamientos que se asemejaran a una verdadera población sino que únicamente se encontraban viviendas aisladas y dispersas, con el añadido de que las construcciones no solían presentar ninguna característica notable. Cuidaban ganado, pero según César sus reses eran «enclenques y [estaban] mal formadas», razón por la que las utilizaban como animales de tiro. En todas las casas, los niños correteaban desnudos y mugrientos, circunstancia que, a juicio de Tácito, terminaba proporcionándoles «esa sólida complexión y fornidos miembros que tanto admiramos».

Los germanos se cubrían con un manto y, si gozaban de una posición acomodada,

usaban pantalones —un tipo de vestimenta que a Tácito se le hacía extrañísima: llevan, dice, «un atavío que no cae suelto, como el de los sármatas y los partos [pueblos orientales que vestían una especie de calzones flojos], sino que se ciñe al cuerpo y revela las formas de las extremidades»—. También se percató de que a mayor contacto con los romanos menor era el cuidado que ponían los germanos en su forma de vestir. «También llevan pieles de animales salvajes; las tribus del Rin y el Danubio se las colocan de forma negligente, mientras que las del interior las lucen con mayor elegancia, ya que no pueden conseguir otra indumentaria a través del comercio».

Esto hace pensar en los pueblos indígenas de nuestros días, que se ataviaban con sus prendas tradicionales hasta que, poco a poco, comenzaron a aparecer con camisetas y gorras de béisbol. Además Tácito, cuyo caso se asemeja también en esto al de las tribus indígenas actuales, describe el momento en que toman contacto por primera vez con el dinero y su valor.

No obstante, no me atrevería a afirmar que no haya veta alguna de oro o plata en suelo germano, pues nadie ha realizado nunca prospecciones. Les importa muy poco poseer o utilizar esos metales. Se pueden encontrar entre sus pertenencias algunos recipientes de plata, pues sus embajadores y cabecillas los reciben como presentes, pero se los emplea con la misma despreocupación que si fueran de barro. No obstante, las poblaciones fronterizas valoran el oro y la plata, pues conocen su utilidad comercial, y están familiarizados con algunas de nuestras monedas, sabiendo preferir unas a otras^[17].

Con todo, era preciso tomarse en serio a los germanos, pese a que no fuera posible hacer dinero con ellos, pues eran enemigos sumamente peligrosos. En Occidente, las palabras «bárbaro» y «germano» terminaron siendo sinónimas.

HERMANN EL GERMANO

Hermann (a quien en lo sucesivo llamaremos Arminio) era un joven príncipe del clan de los queruscos, una tribu que habitaba en una región de Germania situada en los alrededores de lo que hoy es Hannover. Sin embargo, para ser un gran héroe nacional presenta un importante inconveniente: nadie sabe cuál era su verdadero nombre. En las fuentes clásicas se le llama Arminio, pero ése es un nombre romano —probablemente una adaptación latina de su apelativo querusco—. A partir de la época de Lutero, los alemanes decidieron denominarle Hermann, pero este nombre se basa en un concepto erróneo de la etimología de Arminio. Podríamos conjeturar que quizá respondiera por Erminameraz, pero dado que no es más que una hipótesis, nos

atendremos al nombre con el que le conocieron los romanos.

Los nacionalistas alemanes del siglo XIX convirtieron a Arminio en un héroe porque es uno de los primeros cabecillas germanos identificables (y capaz de despertar simpatías) del que se sabe que obtuvo una importante victoria militar frente a los romanos. Es también un magnífico ejemplo del tipo de gol en propia puerta que los romanos empezaron a encajar tan pronto como comenzaron a dedicarse a proporcionar instrucción militar a los bárbaros a fin de que combatiesen por ellos, porque Arminio había sido soldado romano.

Una vez que los romanos hubieron conquistado la Galia a mediados del siglo I a. C., los ataques y las incursiones que realizaban los germanos, cruzando una y otra vez la frontera del Rin, comenzaron a convertirse en un problema, y cabe pensar que en una amenaza, así que Augusto pensó que no tenía por qué resultar demasiado difícil civilizarles. A fin de cuentas, no eran más que unos simples salvajes alojados en chozas y carentes de cualquier cosa que pudiera asemejarse a una organización. El de «Germania» era un territorio enorme —en la geografía romana se extendía hasta el Danubio por el sur y desde los Países Bajos hasta la Rusia occidental por su extremo norte—, y sin embargo existía la teoría de que crear en esa zona una nueva provincia romana, a la que debía darse el nombre de Germania Magna, no tenía por qué obligar en modo alguno a una conquista militar.

Las ventajas de la civilización romana eran tan evidentes que el plan se materializaría con un mínimo empleo de la fuerza y grandes dosis de lisonjas y sobornos. En el año 12 a. C. un ejército atravesó el Rin, libró unas cuantas escaramuzas, realizó tratos con los cabecillas del lugar y terminó llegando tres años después al Elba, sano y salvo. Resultaba obvio que no podía obtenerse ningún provecho económico de los germanos, pero una vez que hubieron sido metidos en cintura, se vio sin lugar a dudas que podían prestar útiles servicios militares. De hecho, Augusto reclutaba a su propia guardia de corps montada entre los miembros de una comunidad germana asentada en los alrededores de la cuenca baja del Rin, la tribu de los batavos, debido a que desconocían el miedo y a que una vez que habían jurado guardar lealtad personal a un jefe podía confiarse en ellos más que en cualquier romano.

Hubo un tiempo en que el ejército romano había estado compuesto por ciudadanos de las clases elevadas dispuestos a cumplir con su deber cívico, pero ahora se había convertido en una fuerza totalmente profesional y una buena parte de sus efectivos no eran ya de origen romano. Las legiones siempre habían necesitado el complemento de tropas auxiliares, pero hasta aquel momento sus miembros habían sido reclutados principalmente entre las ciudades aliadas de la propia Italia. Ahora, los integrantes de esas mismas tropas auxiliares salían de la población «bárbara» de las provincias. Más aún, si prestaban servicio durante veinticinco años podían incluso convertirse en ciudadanos romanos.

Es posible que las cifras de soldados pasaran de los doscientos cincuenta mil

hombres a los trescientos mil, un aumento que permitió que el ejército se ocupara adecuadamente de las cada vez más amplias fronteras que delimitaban el ámbito de la influencia romana. Sin embargo, también significaba al mismo tiempo que, en su deseo de asimilar a sus enemigos, los romanos se afanaban diligentemente en la tarea de proporcionar instrucción y equipamiento militar a los propios bárbaros a quienes trataban de mantener a raya. No resulta sorprendente que algunos bárbaros intentaran aprovechar la aculturación en la que se veían sumidos a consecuencia del ascendiente de los romanos y de lo que éstos les enseñaban. Y entre esos bárbaros se encontraba Arminio —o Hermann, el germano.

El terruño de su familia debió de pasar a formar parte de la «Germania Magna» siendo él muy niño. Se persuadió a su pueblo de que debía enviar a sus jóvenes guerreros al ejército, y en él sirvió por espacio de cinco años, junto con su hermano Flavo, probablemente entre los años 1 y 6 d. C. Las oportunidades que se ofrecían a los nuevos súbditos germanos de Roma eran enormes. En su condición de hijo de uno de los jefes, Arminio tenía grandes posibilidades de recibir un trato especial. Se nos dice que alcanzó el grado de *equites*, lo que le convertía en algo así como «sir Arminio», lo que significaba que el emperador debió de concederle la ciudadanía romana y tierras en Italia por valor, cuando menos, de unos cuatrocientos mil sestercios —cerca de cuatrocientos kilos de plata—. Esa cantidad le proporcionaría una renta anual de veinte mil sestercios —es decir, veinte veces la paga de un legionario—. Resulta sorprendente lo lejos que podía llegar en esa época un joven bárbaro de elevada cuna.

Además, la nueva provincia romana prosperaba razonablemente bien. Los historiadores solían creer que la provincia de la Germania Magna era poco más que una fantasía de Augusto, pero en 1977 se descubrió, al este del Rin, en Waldgirmes, a unos cincuenta kilómetros al norte de Fráncfort, una ciudad romana —una auténtica población civil, es decir, no un campamento militar—. En su centro se hallaban una basílica y un foro y en este último destacaba la presencia de una estatua ecuestre chapada en oro, presumiblemente de Augusto. El hallazgo sugiere que en esa urbe vivían romanos de clases verdaderamente altas en compañía de germanos, lo que indica que la nueva provincia debió de haber sido una realidad plenamente activa^[18].

El hermano de Arminio abrazó el sistema romano de todo corazón y se apuntó a la película (si se me disculpa el anacronismo). Flavo continuó su carrera de oficial en el ejército romano, a diferencia de Arminio. Éste aprendió todo cuanto necesitaba saber acerca de las técnicas militares, las armas y la organización romanas, y también (lo que quizá revistiera idéntica importancia) acerca de las formas en que reaccionaba el ejército frente a las distintas variantes de ataque. Una vez hecho esto, regresó apresuradamente al seno de su propio pueblo. Desde luego, no dejó de mostrarse extremadamente cortés con los romanos, y además siguió hablando latín y diciendo todo cuanto era correcto decir, pero nunca olvidó su origen quersuco.

Otro soldado romano que combatió en numerosas campañas en Germania por esta

misma época consignó por escrito sus peripecias, lo que no deja de ser un asombroso golpe de suerte. En el año 6 d. C., Veleyo Patérculo se hallaba a las órdenes del ejército que Tiberio tenía destacado en Panonia y, dado que Arminio también formaba parte de ese mismo contingente, es muy posible que Veleyo le conociera personalmente. Pese al hecho de que aquel hombre habría de terminar convirtiéndose en un enemigo —y de obtener más de una victoria sobre los romanos—, Veleyo nos ofrece un retrato de brillantes colores: «[Era] un hombre joven de noble cuna, valeroso en la acción y de mente despierta que poseía una inteligencia muy superior a la del bárbaro corriente; [...] sus ojos y su rostro mostraban un ardiente espíritu interior^[19]». El historiador Tácito, que escribe unos cuarenta años después de los acontecimientos, reconocía que Arminio había aprovechado bien la instrucción romana: «Los ejércitos salen al combate con la misma confianza por ambas partes, y no limitándose, como había ocurrido antes entre los germanos, a ataques esporádicos y por medio de grupos dispersos; y es que en su larga lucha contra nosotros habían aprendido a seguir a las enseñas, a reforzarse con tropas de apoyo y a acatar las órdenes de sus jefes^[20]».

Veleyo Patérculo parece haber sido asimismo muy consciente de la amenaza que representaban los bárbaros entrenados por los romanos, como el mismo Arminio. Según afirma, el más peligroso de todos los pueblos germánicos era el de los marcomanos de la Germania central, al que capitaneaba el carismático y ambicioso rey Maroboduo. También Maroboduo había aprendido la táctica militar en Roma, y eso era lo que hacía que resultara tan temible: «El cuerpo de guardia que protege el reino de Maroboduo, que ha adquirido, mediante constantes ejercicios, un nivel de disciplina casi igual al romano, pronto habría de colocar al rey en una posición de poder que espantaba a nuestro mismo imperio^[21]».

Veleyo Patérculo nos dice que había tenido el honor de acompañar al gran Tiberio en la acometida militar que había creado la Germania Magna. Las tropas romanas habían invadido Germania, cruzado el río Weser y penetrado seiscientos cincuenta kilómetros, en un avance increíble, en las tierras situadas más allá del Rin, hasta enlazar con la flota anclada en el río Elba. La propia flota había llegado hasta allí tras navegar «por un mar desconocido del que nunca antes habíamos oído hablar». ¡Qué grandes hazañas!

Hacia el año 8 d. C. no quedaba ya nada por conquistar excepto las tierras de Maroboduo y sus marcomanos, aunque éstos se habían asegurado la posesión de un nuevo territorio en Bohemia. Dejando al margen esa región, Roma era dueña de Germania, y todo lo que faltaba por hacer era imponer un poco de la ley y el orden romanos y conseguir que los indígenas pagaran sus impuestos.

Sin embargo, las cosas no iban a desarrollarse de ese modo. En absoluto. Se avecinaban acontecimientos terribles.

GERMANOS 3, ROMANOS 0

Germania había sido siempre un lugar pavorosamente fascinante para los autores romanos. La veían como una tenebrosa y traicionera tierra de bosques y marismas — un mundo salvaje y despiadado—. «Cuanto más violento es el Océano [el mar del Norte] que los otros mares y cuanto más destaca Germania por la inclemencia de su clima, tanto más sobrepasó en sorpresa y magnitud aquel desastre^[22]». Y a ojos de los romanos podía decirse lo mismo de los pueblos que habitaban la comarca: «Quien no los haya conocido, difícilmente creería el grado en que se une en los germanos [...] la habilidad y la terrible fiereza; se trata además de una raza de mentirosos natos...»^[23]. Estamos por tanto en presencia de bárbaros no aptos para los no iniciados.

Ésta es la razón de que consiguieran embaucar a un ingenuo administrador romano llamado Publio Quintilio Varo. Varo había sido nombrado gobernador de Germania en el año 7 d. C., y se le había encargado la misión de imponer la ley y el orden, junto con la de recaudar los impuestos habituales. Tras quince años de paz, Augusto creía que los pueblos de Germania habían aceptado ampliamente su nueva situación, cuando en realidad el grado de aquiescencia era muy inferior al que él había dado por supuesto. Varo iba a proporcionar a Arminio una gran oportunidad de alcanzar la fama. Varo, que no resultaba un hombre agradable, «procedía de una cuna más noble que ilustre. Era de temperamento apacible y modales graves, y al ser también un poco indolente, tanto en lo tocante al cuerpo como a la mente, se hallaba más habituado al solaz del campamento que a la acción de la batalla^[24]». Varo había sido gobernador de Siria inmediatamente después de la muerte de Herodes el Grande^[*], y al parecer se había llenado los bolsillos. «Llegó a esta rica provincia siendo un hombre pobre, pero la abandonó siendo él rico y pobre la provincia», dice Veleyo Patérculo. ¡Vaya, vaya: por fin un epigrama de un soldado metido a historiador del que podamos estar orgullosos!

En su condición de patricio y plutócrata, Varo era perfectamente consciente de que apenas podía considerarse humanos a los bárbaros de Germania —hombres únicamente por la apariencia de los miembros y la voz—, pero suponía que habían entendido la idea de que los romanos merecían que les lamieran las botas de puro agradecimiento. Por consiguiente, «se presentó en el corazón de Germania como si lo hiciera ante gentes que disfrutaban de las bondades de la paz, así que en su calidad de miembro del tribunal dedicó íntegramente el tiempo de una campaña de verano a dar audiencia y a observar los detalles propios de los procedimientos jurídicos^[25]». Supuso asimismo que podía dar a los germanos el trato que les correspondía como seres claramente inferiores, y un historiador posterior escribe, no sin agudeza, que la arrogancia había sido el germen de su propia aniquilación: «No sólo daba órdenes a los germanos como si de hecho fuesen esclavos de los romanos, sino que también les

exigía tributo como a naciones conquistadas. Éstas eran demandas que los germanos no podían tolerar^[26]».

Otro historiador romano de principios del siglo II d. C. se muestra aún más severo al describir su forma de ser, ya que dice lo siguiente: «y no menos que su crueldad [los germanos] comenzaron a detestar el carácter licencioso y la soberbia de Quintilio Varo^[27]». Es una afirmación que tiene todos los visos de ser cierta, especialmente si tenemos en cuenta que, para sofocar una revuelta surgida en Judea, Varo había incendiado la aldea de Emaús y crucificado a dos mil judíos^[28]. En materia de crueldad institucionalizada a escala industrial, los romanos podían enseñar un par de cosas a los bárbaros.

Con todo, no hay la menor duda de que los germanos dieron realmente a Varo gato por liebre. Según Veleyo, realizaron una increíble maniobra de distracción en la que el gobernador se dejó enredar sin sospechar nada, ya que entablaron toda una serie de litigios judiciales ficticios con el único fin de mantener a Varo ocupado en su magistratura. Y cada vez que él fallaba diligentemente los casos, a la aparente satisfacción de todos, los germanos «expresaban su gratitud por el hecho de que la justicia romana zanjase aquellas disputas, afirmando que este método, desconocido hasta entonces, suavizaba su misma naturaleza bárbara, y que las querellas que solían dirimirse a espada llegaban ahora a su fin gracias al derecho^[29]».

Quienquiera que hubiese ideado la estratagema —y pudo haber sido el propio Arminio— obró un milagro. Se estaba dando a Varo —que no se encontraba en la defendida zona de Waldgirmes, sino más al este— una falsa sensación de seguridad. Al final, Varo quedó persuadido de estar actuando como un juez urbano que «administra justicia en el foro, y no como un general al mando de un ejército en el corazón de Germania».

Para empeorar las cosas, hubo incluso un jefe querusco que le dio el soplo de que le estaban tomando el pelo. El traidor era un hombre llamado Segestes, que hacía ya mucho tiempo que había decidido unir su suerte a la de los romanos. Como había sido un colaborador de notable lealtad, Augusto le había recompensado con la ciudadanía romana. Cabe suponer que era también beneficiario de otras gratificaciones sustanciosas, dado que se oponía firmemente a toda idea de rebelión contra los romanos.

Segestes advirtió a Varo de que, con independencia de lo amistosos y sumisos que se mostraran sus coterráneos queruscos, en realidad estaban tramando su perdición. Durante un festín celebrado poco antes del levantamiento, Segestes llegó incluso a sugerir que el gobernador romano debía arrestar a Arminio y a los demás cabecillas queruscos —entre los que se incluía a sí mismo (presumiblemente para despejar cualquier sospecha)—. «Argumentaba que la plebe no intentaría nada, si se quitaba de en medio a los principales, y así él tendría tiempo para distinguir a los criminales de los inocentes^[30]». Pero Varo no le escuchó: «Era el destino quien guiaba los planes de Varo y le mantenía vendados los ojos del entendimiento [...]. Y así fue

cómo Quintilio [Varo] se negó a dar crédito al aviso y siguió viendo en la aparente amistad de los germanos la medida de su propio mérito», escribe Veleyo Patérculo, quien añade sombríamente: «Y tras aquella primera advertencia, no hubo ya oportunidad para una segunda^[31]».

Cuando llegaron a oídos de Varo las noticias de que se había producido un alzamiento en el norte, se puso inmediatamente en marcha con sus tres mejores legiones a fin de dar una lección a los rebeldes. Pero la insurrección no era más que un ardid. Mientras el gobernador romano avanzaba orgulloso al frente de sus hombres por los espesos bosques de la cuenca alta del río Weser, Arminio le tendió una emboscada. El emplazamiento en el que se produjo el choque quedó oculto a los ojos de los arqueólogos hasta el año 1989, porque durante un gran número de generaciones todos ellos habían supuesto que tenía que haberse tratado necesariamente de un ataque guerrillero en terreno frondoso, lo que significaba que los salvajes se habrían precipitado desde su escondite en los árboles y sorprendido así a los desprevenidos legionarios. En realidad, se trató de un combate bien planeado y se libró en un campo de batalla muy complejo en el que había posiciones fortificadas preparadas de antemano por los germanos.

«Bárbaro» no era sinónimo de feroz ni de estúpido. Arminio se había empapado de la estrategia y la táctica militar romanas y había logrado convencer a sus hombres de que debían actuar de forma planificada y con coordinación, en vez de confiar en los habituales y temerarios gestos de heroísmo individual. El resultado fue impresionante. Los bárbaros de Arminio aplastaron, prácticamente hasta el último hombre, a tres legiones, junto con su general y la totalidad de sus oficiales y tropas auxiliares, sin olvidar a la plana mayor: «Debido a la negligencia de su general, a la perfidia del enemigo y al rigor de la fortuna [...] un ejército de bravura insuperable, la primera de las falanges romanas por su disciplina, su vigor y su experiencia sobre el terreno, quedó exterminada casi por completo por el mismo adversario al que hasta entonces había degollado siempre como a simple ganado...»^[32].

Por supuesto, estaba bien que los romanos pasaran a sus oponentes a cuchillo «como a simple ganado», pero que los bárbaros hicieran lo propio con los romanos era antinatural y profundamente chocante. Un hombre que ellos mismos habían entrenado y educado hacía probar a los romanos un poco de su propia medicina. Fue una humillación que jamás olvidarían, y durante siglos los romanos despreciaron el nombre de Varo. Abrumado por la enormidad de la catástrofe de que se había hecho responsable, tuvo al menos un rasgo de decencia (en opinión de los romanos): se suicidó. «El enemigo, en su barbarie —nos dice Veleyo—, mutiló su cadáver», ya que, tras quemarlo parcialmente, «le cortó la cabeza y se la entregó a Maroboduo^[33]», quien se la envió a Augusto.

Cuarenta años más tarde, Tácito tiene la total certeza de que el desastre frenó las ambiciones de Roma en Germania, y los datos arqueológicos le dan la razón. A partir de aquel año desaparecieron tanto la población de Waldgirmes como la totalidad de

los fuertes situados al este del Rin^[34]. El historiador romano deja también meridianamente claro que el objetivo de Roma era el sometimiento del mundo, y admira a los germanos por haber ofrecido resistencia: «Estaba fuera de toda duda que el aniquilamiento de Quintilio Varo había salvado a Germania de la esclavitud. [...] Incluso brutos sin habla como aquéllos habían recibido de la naturaleza el don de la libertad, siendo además el coraje la particular virtud de aquellos hombres. El cielo favoreció al bando más arrojado^[35]». Las ondas de aquella conmoción recorrieron el imperio, batieron con estruendo las puertas de la Ciudad Eterna e incluso vinieron a estrellarse a los pies del propio emperador Augusto.

Según el historiador Suetonio, la escandalosa derrota de Varo «estuvo a punto de hundir el imperio» —y de hecho, el descubrimiento de Waldgirmes y la comprensión de que en la batalla no se había perdido simplemente un puñado de soldados, sino una provincia entera, confieren un nuevo significado a esta afirmación—. Augusto ordenó inmediatamente que se patrullaran las calles de Roma y puso en marcha otras medidas de seguridad a fin de garantizar que la catástrofe no diera lugar a otros levantamientos. Llegó incluso a despedir a su guardia personal batava. «Lamentó grandemente aquel revés —escribirá Dión Casio doscientos años después— no sólo a causa de los soldados que se habían perdido, sino también porque temía por las provincias germanas y galas, y sobre todo porque tenía el presentimiento de que el enemigo podía atacar Italia y la propia Roma^[36]». Suetonio dice lo siguiente: «De hecho se afirma que se tomó tan a pecho la calamidad que durante meses no se arregló ni el cabello ni la barba, y era frecuente que se golpeará la cabeza contra una puerta y exclamara: “¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!”. Siempre conmemoró el aniversario de aquel mazazo y lo declaró día de luto solemne^[37]».

Era tan grande la vergüenza que nunca se aludía a la pérdida de la Germania Magna. Y a pesar de que al final se haya descubierto una población abandonada en la actual Waldgirmes, los romanos no han dejado ningún testimonio que nos indique cuál era el nombre que ellos le daban —pese a que se tratase, presumiblemente, de la capital de la Germania Magna—. Nadie osaba decir que Roma había perdido algo más que sus legiones.

EL COLABORACIONISTA Y EL DEFENSOR DE LA LIBERTAD

Resulta bastante curioso, pese a la magnitud de la victoria obtenida frente a Varo, que Arminio no fuera proclamado inmediatamente jefe supremo e indiscutible de los queruscos. Aún había muchos germanos que consideraban que les resultaba más ventajoso colaborar con Roma que oponerse a ella. Y Segestes, el hombre que había tratado de notificar a Varo el inminente cataclismo, era uno de los cabecillas de esta facción.

Naturalmente, había participado junto a Arminio en el ataque contra Varo, ya que de lo contrario habría levantado sospechas, pero sus simpatías siempre habían estado del lado de sus propios intereses, es decir, con los romanos. Segestes se había convertido en el jefe de los queruscos que se enfrentaba a Arminio, y ahora la rivalidad entre ambos hombres había adquirido tintes personales. La causa era que Segestes había pasado a ser, contra su voluntad, suegro de Arminio, y la idea le desagradaba profundamente. Segestes había prometido a su hija Tumnelda con un hombre al que, como cabe suponer, debía de juzgar apropiado. Sin embargo, había aparecido Arminio, y no sólo había robado el corazón de Tumnelda, sino que se la había llevado consigo y se había casado con ella a pesar de las protestas del padre^[38]. Parece que Arminio estaba realmente enamorado de la joven, y Tácito nos dice que la propia Tumnelda «demostró un ánimo más parecido al de su marido que al de su padre^[*]». Segestes y Arminio siempre habían procurado fines políticos diferentes, pero ahora se detestaban al máximo el uno al otro.

Los romanos eran perfectamente conscientes de estas desavenencias. Al morir Augusto, el sobrino del nuevo emperador Tiberio, Germánico, regresó a Germania para vengarse de los queruscos, y se propuso sacar todo el partido posible a la disensión. Así nos lo refiere Tácito: «Y es que abrigaba la esperanza de que el enemigo estuviese dividido entre Arminio y Segestes, ambos célebres, el uno por su deslealtad para con nosotros y el otro por su fidelidad. Arminio era un agitador de Germania; [y] Segestes informó a Varo en varias ocasiones [...] de que se preparaba una rebelión^[39]».

Germánico comenzó a materializar su venganza contra los queruscos con el exterminio de los catos, cuya capital destruyó: «Cayó sobre [ellos] de una forma tan imprevista, que todos los más débiles por razón de su edad o de su sexo fueron capturados al momento y pasados a cuchillo^[40]». Mientras tanto, Arminio se había hecho con el poder y había puesto cerco a Segestes, quien llamó en su auxilio a Germánico. Está claro que Segestes era un aliado importante para Roma, puesto que Germánico rescató y escoltó al colaborador, quien cruzó el Rin con un gran número de parientes y varias mujeres de alto rango, entre ellas su hija Tumnelda, la mujer de Arminio. No podemos explicar con claridad por qué aparece en compañía de Segestes, pero tuvo que haber sido necesariamente separada de Arminio a la fuerza, presumiblemente durante el tiempo que éste pasó en prisión, pues había sido encarcelado por Segestes (según más tarde afirmará este último). Segestes admite que Tumnelda no se encontraba con él por propia voluntad.

Según lo que puede leerse en las páginas de Tácito, Tumnelda parece ser una mujer notable y decidida. Allí la tenemos, encinta y separada de su esposo, raptada contra su deseo y llevada al campamento enemigo por su propio padre, un colaboracionista —y ni aun así pide clemencia—. «[N]o se presentó deshecha en lágrimas ni con voz suplicante, sino con las manos juntas dentro de los pliegues de su vestido, dirigiendo la mirada a su vientre de embarazada^[41]». Resulta fácil imaginar

que una mujer de su temple admirara a un hombre como su marido, el cabecilla del movimiento independentista de su tierra, y que despreciara a su padre, espía y confidente del enemigo.

El propio Segestes aparece en las páginas de Tácito, quien nos dice que era de «descomunal tamaño y [no mostraba] miedo alguno [a los romanos] al tener en mente sus amistosas relaciones^[*]». Inmediatamente después de haber sido presentado de este modo, Segestes pronuncia un discurso interesado y perfectamente concebido, según la imaginación de Tácito, para justificar su traición:

Desde que el divino Augusto me concedió el derecho de ciudadanía, he elegido a mis amigos y mis enemigos según vuestros intereses; no lo hice por animadversión a mi patria (y es que los traidores resultan odiosos incluso a los que son objeto de sus preferencias), sino por tratar de conducir al mismo fin a romanos y germanos y por preferir la paz antes que la guerra. Pues bien, a Arminio, raptor de mi hija e infractor del tratado que tenía con vosotros, lo llevé acusado ante Varo, que entonces estaba al frente de vuestro ejército^[42].

Germánico prometió conceder a Segestes y a su familia un territorio seguro en la Galia. El hijo que Tuscelda dio a Arminio fue educado en Ravena. Tácito promete contarnos «de qué burla del destino fue víctima más tarde^[*]» aquel niño, pero finalmente no llegará a hacerlo.

EL CONTRAATAQUE DE ARMINIO

Arminio estaba, como es lógico, un poco harto de la conducta de Segestes. De hecho, estaba más que harto. Tácito dice que «el rapto de su esposa y el ver sometido a esclavitud al fruto de su vientre le habían vuelto loco^[*]». Por consiguiente, hizo rápidas gestiones entre los queruscos y les pidió que reanudaran la guerra contra los romanos. La lectura de las palabras que Tácito pone en boca de Arminio resulta conmovedora: «[L]os germanos nunca encontrarían justificado el haber visto varas, segures^[*] y togas entre el Elba y el Rin. Otros pueblos, por no tener conocimiento del imperio romano, no habían experimentado los suplicios, no sabían de tributos; ya que se habían liberado de ellos...»^[43].



El soldado desconocido.

En esta lápida hallada en Xanten (junto al Rin) puede verse a un centurión junto a sus dos libertos. La inscripción reza: «A Marco Celio, hijo de Tito, del barrio de Lemonia, en Bolonia, primer centurión de la decimoctava legión, de cincuenta y tres años y tres años y medio. Cayó en la guerra de Varo. Puede que sus huesos estén aquí inhumados. Erigida por su hermano Aelio, hijo de Tito de Lemonia». Es de suponer que sus restos mortales nunca pudieron ser identificados.

Con independencia de cuáles pudieran haber sido las auténticas palabras de Arminio, lo cierto es que surtieron efecto. Germánico se alarmó al constatar la envergadura de la rebelión que se estaba organizando en su contra, así que lanzó ataques contra distintos frentes a fin de dispersar al enemigo. Una de las columnas romanas, mientras se dedicaba sosegadamente a incendiar, pillar y aniquilar enemigos en las tierras de los brúcteros, «encontró el águila de la legión decimonovena que Varo había perdido». Al final llegaron al bosque de Teutoburgo, donde seguían «sin sepultura los restos de Varo y sus legiones». Los supervivientes guiaban a los vivos para que éstos pudieran encontrar a los muertos, y según Tácito: «Después de enviar por delante a Cécina a inspeccionar [...] llegan a aquellos lugares siniestros y horrorosos de ver y recordar [...]. Y en el descampado había huesos que blanqueaban, diseminados o amontonados, según hubieran caído huyendo o resistiendo. Junto a ellos se encontraban trozos de flechas, patas de caballo y cabezas [humanas] clavadas en los troncos de los árboles; en los bosques sagrados cercanos [se veían] los altares bárbaros en los que [los germanos] habían sacrificado a los tribunos y a los centuriones de los primeros órdenes^[44]».

A lo largo de la campaña que se desarrolló durante el año siguiente tuvo lugar un extraordinario encuentro. Tácito lo relata con tintes dramáticos y resume los sentimientos de zozobra que debieron de ser comunes en muchas de las familias bárbaras a medida que el imperio se abalanzaba sobre ellas. Nos dice que Arminio se presenta a la orilla de un río y pide permiso para hablar con su hermano Flavo, que se encontraba en el campamento romano, en la otra ribera. Flavo había perdido un ojo

algunos años antes mientras luchaba a las órdenes de Tiberio. Al llegar Flavo, Arminio pide a su hermano que le diga

... de dónde procede aquella deformación de su rostro. Cuando le dio cuenta del lugar y de la batalla, le pregunta qué premio había recibido. Flavo alude a los aumentos de sueldo, al collar, a la corona y a las otras recompensas militares, mientras Arminio se mofa de tan vil pago por su esclavitud.

A partir de aquel instante comienzan a hablar cada uno de una cosa: el uno de la grandeza romana y del poder del César, de la dureza de los castigos impuestos a los vencidos y de la clemencia reservada para quien acude a rendirse, y de que su esposa e hijo tampoco son tratados como enemigos [ambos vivían ya prisioneros en Ravena]; el otro [Arminio] de las obligaciones hacia la patria, de la ancestral libertad y de los dioses nacionales de Germania, y de que su madre se une a las súplicas; y le pide que no prefiera ser un desertor y traidor a sus familiares y amigos, su pueblo al fin y al cabo, antes que ser su general^[45].

Tácito dice que a partir de ese momento la discusión empezó a plagarse de insultos y habría terminado en una pelea (pese a que los hermanos se encontraban en orillas opuestas del río) si Esterninio no hubiera sujetado a Flavo. «Al otro lado se podía ver a Arminio, amenazante y anunciando que habría lucha, [aunque], en efecto, intercalaba la mayor parte de sus amenazas en latín». En el transcurso de la siguiente noche, uno de los queruscos —posiblemente el propio Arminio— anduvo merodeando por la empalizada romana lanzando pullas en latín a los soldados y prometiendo a cada desertor una esposa, una parcela de tierra y un centenar de sestercios.

Al estallar la batalla, la fortuna se inclinó del lado de los romanos. Arminio resultó herido, pero se embadurnó el rostro con su propia sangre para evitar que le reconocieran y se abrió paso entre las filas de los arqueros romanos merced a la pura fuerza física, ayudado por el ímpetu de su caballo. Germánico afirmó haber derrotado a Arminio, pese a que no había logrado eliminarle ni hacerle prisionero. Los romanos quemaron cuanto encontraron, mataron a todo aquel que se interpuso en su camino, embarcaron en sus naves y regresaron a casa.

EL TRIUNFO DE GERMÁNICO

Tiberio insistió en que su comandante se presentase en Roma y fuera recibido triunfalmente por sus victorias sobre los germanos —es muy posible que el emperador se sintiese celoso por el hecho de que su sobrino estuviera cosechando

demasiados éxitos y adquiriendo una excesiva popularidad entre los soldados—. Por consiguiente, a pesar de que la guerra de Germania aún no había quedado verdaderamente zanjada, Germánico vivió su ceremonia de triunfo el 26 de mayo del año 17 d. C. Fue un acontecimiento extraordinario.

Arminio debió de haberse sentido un tanto olvidado, ya que la solemne entrada de Germánico en Roma no sólo fue el gran suceso social del año, sino que su esposa y su hijo, al que nunca había podido ver, se encontraban allí..., no en calidad de espectadores, como puede comprenderse, sino en el desfile, junto a los demás cautivos.

El geógrafo griego Estrabón escribió una crónica del triunfo poco después de que se hubiera celebrado. El castigo que se infligía a los queruscos por la astucia demostrada al aniquilar las legiones de Varo era la humillación pública: «Todos ellos [los queruscos] sufrieron el escarmiento, lo que permitió que Germánico disfrutara de un triunfo deslumbrante —el tipo de triunfo en el que los más célebres hombres y mujeres del bando enemigo marchaban cargados de cadenas. Se encontraban entre ellos Segimer, hijo de Segestes y cabecilla de los queruscos, y su hermana Tusnelda, esposa de Arminio [...] así como Tumelico, hijo de Tusnelda, de tres años de edad —». Contemplaba el espectáculo el architraidor Segestes en persona, obligado a presenciar la deshonra pública de sus propios hijos: «Pero Segestes, suegro de Arminio, que desde el principio se había opuesto a los designios de su yerno y que, aprovechando una ocasión propicia, le había abandonado, se hallaba entre los asistentes, como invitado de honor, en el triunfo que conmemoraba la victoria obtenida sobre sus seres queridos^[46]». Es posible que los romanos le estuvieran «recompensando» por haber traicionado a su propia gente.

EL FIN DE ARMINIO

Parece que la oposición de los germanos a Roma no era una simple expresión del amor por la libertad; guardaba también relación con su inmovible negativa a aceptar que una estructura ajena, ya fuese imperial o monárquica, viniese a sustituir los arreglos sociales tradicionales de las tribus, con sus asambleas populares, su legislación y sus ceremonias de elección de jefes militares. Siempre que un cabecilla parecía considerar escaso el poder de que disfrutaba y se proponía convertirse en soberano, los germanos comunes y corrientes se lo reprochaban. Y eso fue lo que en último término le sucedió a Arminio.

Tanto él como otros jefes castrenses habían hecho lo necesario para quitarse a los romanos de encima, lo que significaba que ahora podían dedicarse a otros empeños más tradicionales, como el de guerrear entre sí. Así lo expone Tácito, de modo bastante sucinto: «con la partida de los romanos y al quedar libres de miedo a los

extranjeros, por mantener la costumbre de su raza y en aquel entonces la competición por la gloria, habían dirigido las armas contra sí mismos^[47]».

Una vez hubo dejado Segestes de obstaculizar su camino, el único rival auténtico que tenía Arminio entre los miembros de los otros clanes era Maroboduo, quien por esta época se encontraba a la cabeza de un conjunto de pueblos reunidos bajo una misma denominación colectiva: los suevos. Parece que se trataba de un caudillo engreído y ambicioso, pero formidable. Veleyo Patérculo nos dice que era «un hombre de noble familia, de fornidos miembros y ánimo intrépido, bárbaro por su origen, mas no por su inteligencia». Impuso la disciplina romana a sus propias huestes, que en sus mejores tiempos llegó a contar con unos setenta mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería.

Y además, según Veleyo, «acariciaba la idea de hacerse con un imperio seguro e investirse del poder monárquico^[48]». De hecho, utilizaba el título romano de *rex*. Desde luego, los romanos se enorgullecían de detestar a los reyes (ésta había sido la razón de que se asesinara a César cuando daba muestras de querer ceñir una corona), así que es posible que se haya dado una interpretación romana a las explicaciones de los hechos que han llegado hasta nosotros, incluso a la de Tácito: «Maroboduo era odiado entre los suyos por haber tomado el nombre de rey, y Arminio, como luchaba por la libertad, disfrutaba de su favor. Pues bien, no sólo los queruscos y sus aliados, los soldados veteranos de Arminio, tomaron las armas, sino que incluso los pueblos suevos del reino de Maroboduo, los semnones y los lombardos se pasaron [al bando de Arminio^[49]]

Maroboduo terminó enviando un SOS al emperador Tiberio en el que solicitaba su ayuda para luchar contra Arminio, el enemigo del imperio. Era la iniciativa de un hombre desesperado, y Tiberio le recordó, con toda la razón, que Roma ya había requerido el apoyo de Maroboduo en sus luchas contra los queruscos y que, sin embargo, éste les había dado la espalda, así que, ¿qué motivo podían tener los romanos para respaldarle a él ahora? Al final, Maroboduo solicitó asilo político. Tiberio le aseguró que sería bienvenido y que podría marcharse cuando lo considerase oportuno, pero le denunció ante el Senado, afirmando que se trataba de una de las mayores amenazas que se cernían sobre Roma. El germano pasaría los dieciocho años siguientes en Ravena, convertido en prisionero mimado, y allí «llegó a viejo con una reputación muy mermada a causa de su excesivo afán de vivir^[50]».

Después de aquello, parece que se esfumó en Arminio el desagrado que hasta entonces le había inspirado la idea de la monarquía, ya que comenzó a poner todo su empeño en crear un reino germano que le permitiera amilantar a Roma. Sin embargo, descubrió que los germanos no estaban dispuestos a someterse a nadie, ni siquiera a su persona. Y puesto que los romanos se habían retirado de la Germania Magna, daba la impresión de que el pueblo no tenía por qué entregar su independencia a nadie, ni siquiera a un jefe supremo de su propia sangre. «Por lo demás Arminio —escribe Tácito— encontró oposición en la libertad de su pueblo; combatido con las armas,

después de luchar con irregular fortuna, cayó víctima de las trampas de sus amigos». En otras palabras, le asesinaron.

Tácito nos ha dejado una valoración muy generosa de Arminio, y sus palabras muestran el grado de impacto que causaron en sus enemigos su personalidad y su carrera: «[A]uténtico liberador de Germania, que provocó no al pueblo romano de la primera época como habían hecho otros reyes y caudillos, sino a su poderosísimo imperio; obtuvo resultados inciertos en las batallas, pero no fue vencido en la guerra. Su vida duró treinta y siete años, estuvo doce en el poder y es cantado aún entre los pueblos bárbaros^[51]». Un digno héroe nacional para Alemania. Si al menos supiéramos su nombre...

UNA LECCIÓN BIEN APRENDIDA

Tras abandonar la Germania Magna, el emperador Augusto comprendió que no era buena idea continuar de manera indefinida la expansión de las fronteras del imperio. En consecuencia, aconsejó a su sucesor, Tiberio, que las mantuviera entre los límites naturales formados por el Rin, el Danubio y el Éufrates^[52]. Dijo tristemente que esforzarse por conseguir un beneficio pequeño con costosos recursos era como pescar «con un anzuelo de oro, pues no habría captura que pudiera compensar la pérdida de éste, si llegaba a ser arrastrado^[53]».

Sin embargo, el imperio precisaba seguir metiendo nuevas presas en el morral. De lo contrario, los gastos provocados por el sostenimiento del sistema militar crecerían sin que hubiera nuevas conquistas que los contrarrestasen, y Roma se encaminaría a la bancarrota.

Britania, invadida en el año 43 d. C., resultó no ser una gran fuente de riquezas. No obstante, por fortuna para Roma, existía aún otra tierra que prometía pingües beneficios a cualquier emperador capaz de hacerse con ella. Ahora bien, esta vez no se realizaría ningún descabellado intento de civilizar a sus habitantes. Simplemente se les eliminaría.

La Dacia y el mundo perdido

Roma tenía un corazón de piedra. Justo en medio de Roma hay un monumento imperial erigido por el Senado a principios del siglo II d. C. en honor del emperador Trajano. Es un objeto misterioso. Pese a que lleve casi dos mil años en el centro de la ciudad, en realidad no comprendemos su significado. Sin embargo, lo que sí sabemos es que conmemora los despiadados procedimientos que Roma empleaba a gran escala.

La parte baja de la Columna de Trajano, que es la que la mayoría de la gente logra observar con detalle, invita al extranjero de paso a contemplar el rostro civilizado de la sociedad romana. Toda una serie de dignos estadistas conversan con sus esposas e hijos en una sosegada escena de sobrio júbilo. No obstante, si miramos algo más arriba (para lo cual necesitaremos unos prismáticos), comenzamos a vislumbrar la realidad que se oculta tras el poder —la muerte y la destrucción de la guerra representadas en miles de imágenes de gran realismo—. ¿Se acuerda del emperador Augusto y del disgusto que le produjo el hecho de que Varo hubiera perdido sus legiones? No se trataba de ningún sentimentalismo. Augusto quedaba impávido ante la muerte, como él mismo dejó bien claro en el Templo de Ankara (Turquía) que está dedicado a su persona. En la actualidad los muros del edificio se derrumban, carcomidos por la polución, pero en ellos se encuentra la descripción que el propio Augusto nos brinda de sus hazañas: «Tres veces celebré juegos con gladiadores en mi propio nombre, y cinco en nombre de mis hijos o nietos, y en ellos combatieron a muerte unos diez mil hombres».

Los bárbaros germanos nunca llegaron a perpetrar una salvajada que pudiera compararse con ésta. La sed de sangre, la diversión consistente en asistir a un espectáculo en el que una serie de hombres se mataban unos a otros constituía una de las características singularmente romanas. Arminio y sus seguidores habían masacrado a las legiones porque ésa era la única posibilidad que tenían de defender sus tierras, su sociedad, su modo de vida —y les dio resultado—. Pero los romanos provocaban matanzas de personas por el puro placer de contemplar la sangre. Decoraban sus viviendas con lujosos mosaicos en los que aparecían representados unos brutales combates de gladiadores que ellos mismos habían patrocinado, y se reunían a millares para ver a los criminales despedazados por animales salvajes expresamente cazados y enviados por barco a Roma con ese fin.

Disfrutar con la contemplación del sufrimiento y la muerte de otros seres

humanos era la esencia misma de la identidad romana. Y apreciaban en particular la visión de la agonía y el fallecimiento de los bárbaros —y no sólo de los bárbaros, sino también de otros monstruos venidos del despiadado mundo de allende sus fronteras—. Eso es precisamente lo que se encargaban de evocar los atuendos de los gladiadores. Éstos eran tipos estándar: había bárbaros tracios; esedarios, equipados con los pertrechos de los conductores de carro celtas; mirmillones, vestidos con figuras que recordaban a los monstruos marinos; andábatas, protegidos por corazas, como los persas, etcétera. Cuando el emperador Nerón culpó del gran incendio de Roma a los seguidores de la nueva religión —los cristianos— decidió aplicarles un castigo que a su juicio satisfacía el requisito de resultar convenientemente entretenido. Según Tácito, unos cuantos cristianos fueron cubiertos con pieles de animales salvajes y después arrojados a los perros, que los destrozaron, mientras que otros quedaron transformados en «antorchas humanas, pues se les prendió fuego al oscurecer para que remplazaran la luz diurna». Los historiadores sugieren que Tácito se limitaba a repetir los relatos exagerados que habían difundido los enemigos de Nerón, pero lo importante es el hecho de que semejante historia resultara creíble. La gente asociaba a su emperador con un grado de horror totalmente comparable al de Auschwitz —y quizá peor—. Si estaban dispuestos a dar crédito a un relato que afirmaba que el emperador había prendido fuego a toda una serie de hombres y mujeres vivos, después de haberlos clavado en postes y de haberlos empapado en aceite a fin de iluminar un espectáculo, era porque el público disfrute de la tortura, ya que constituía una parte inseparable de la estructura del Estado en el que vivían. Los gritos de agonía eran un elemento más de la diversión.

La implacable brutalidad, la completa indiferencia frente al padecimiento humano y el goce con la contemplación de la tortura no eran características bárbaras, sino romanas. Y los romanos se enorgullecían de ello. Tanto la guerra como la celebración de triunfos, el degüello de decenas de miles de personas y el desfile de prisioneros y despojos, así como la esclavitud y el asesinato público de los cautivos, eran elementos relevantes para la dignidad de los emperadores. Augusto se ufanaba de su clemencia, pero no por ello resultaba menos sanguinaria su conducta. En el muro del templo que hemos mencionado antes el emperador afirma lo siguiente: «En todo el mundo he librado numerosas guerras por tierra y por mar, tanto en Roma como en el extranjero. En el caso de los pueblos foráneos a los que podía perdonarse sin peligro, preferí la conservación al exterminio». El exterminio —es decir, el genocidio— era una posibilidad a tener en cuenta, obviamente. Y en ocasiones se convertía en la opción predilecta.

GENOCIDIO

Muchas de las imágenes de la Columna de Trajano muestran a los romanos absortos en la matanza de dacios. Resulta irónico que haya llegado hasta nosotros una iconografía tan abundante de un pueblo bárbaro del que por lo demás sabemos muy poco. La columna conmemora la campaña que realizó Trajano entre los años 101 y 106 d. C., campaña que le llevó a invadir el reino de Dacia y a aniquilar la totalidad de la nación dacia. O eso les gustaba creer al menos a los romanos.

Hoy, algunos historiadores se muestran reacios a conceder a Trajano el honor de haber perpetrado un genocidio perfecto. Dichos estudiosos señalan la existencia de inscripciones y documentos escritos que indican que el número de dacios que lograron eludir el holocausto romano fue suficiente como para garantizar una cierta continuidad entre aquella época y la actual, y que lo que queda del territorio de Dacia recibe ahora el nombre, no sin sarcasmo, de Rumanía. Existe constancia, por ejemplo, de que al menos doce unidades de tropa dacias fueron enviadas posteriormente a distintas regiones del imperio romano —muchas de ellas, según los datos arqueológicos, a Britania— y lo que es más, el remate de la propia Columna de Trajano muestra el relieve de unos dacios que vuelven a apacentar tranquilamente sus ovejas en un paisaje desierto.



Las cosas que hacían feliz a Trajano.

Las escenas de matanzas que aparecen representadas en la Columna de Trajano no eran lo que se dice portátiles, así que Trajano hizo circular su imagen de matador de dacios en las monedas. En la que aquí vemos, que lleva la inscripción «SPQR OPTIMO PRINCIPI» —«Gobernante supremo del Senado y el pueblo de Roma»—, se observa a Trajano dedicado a alancear animadamente a un dacio, como si se tratara de una partida de caza.

El inconveniente es que en la antigua Roma era del dominio público que Trajano había liquidado a los dacios. El médico del emperador, Critón, afirmaba que Trajano había culminado tan espléndidamente su tarea que no habían quedado más que cuarenta dacios —eso es al menos lo que el escritor Luciano dice que dijo—. De hecho, Critón compuso una crónica de las aventuras que vivió en la Dacia junto a Trajano, pero el libro se ha perdido, y es posible que Luciano, que era un ingenioso autor satírico, hubiera empleado aquí una hipérbole cómica para dejar claro el asunto.

No obstante, los autores posteriores siguieron dando pábulo a la idea. Entre ellos figura incluso el emperador Juliano (más conocido como Juliano el Apóstata), quien,

en una de sus obras, imagina que Trajano proclama: «Con mis solas manos he derrotado a los pueblos que habitan más allá del Danubio y he acabado con las tribus de los dacios^[1]». El historiador del siglo IV Eutropio dejó escrito que una vez doblegada la Dacia todo cuanto quedó fue una tierra baldía que Trajano repobló más tarde con gentes traídas de distintos lugares del imperio. «Trajano asentó en los campos y en las ciudades a ingentes cantidades de personas de todo el orbe romano, puesto que la Dacia se había quedado sin hombres tras la larga guerra^[2]».

Dado que se trata de un relato muy difundido, bien pudiera suceder que la imagen que corona la Columna de Trajano no represente el regreso de los dacios a su tierra natal, sino la repoblación de la comarca vacía por los colonos romanos. No obstante, se ha sugerido también que esas tallas finales podrían corresponder al realojo de los últimos dacios en alguna zona del imperio.

Y si de lo que hablamos es del despliegue de dacios en el ejército romano, también eso podría considerarse un síntoma de que fueron muy pocos los varones dacios a los que se permitió permanecer en el país tras la campaña. Otro escritor, basándose en la información que obtiene de la crónica de Critón, pretende que Trajano alistó en el ejército romano a un millón de dacios. Pese a que probablemente se trate de una exageración, el aserto indica que los romanos estaban decididos a no dejar que quedaran muchos hombres en el terruño dacio —un hecho que Eutropio confirma^[3].

Una arqueóloga, Linda Ellis, lo describe como una especie de Año Cero en el que los romanos barrieron la Dacia y levantaron en ella una nueva civilización, como si se tratara de una *terra nova*. «Las tradiciones dacias no tuvieron continuidad, ni en lo religioso ni en lo económico ni en lo político, así que la civilización dacia quedó literalmente borrada de la superficie de la Tierra y fue sustituida por un nuevo orden romano». Ya eliminaran o no a la totalidad de la población, los romanos hicieron un minucioso trabajo al lograr que la cultura y la identidad dacia desaparecieran del mapa.

Los dacios, por tanto, tienen el honor de ser una de las pocas naciones del planeta cuya aniquilación haya quedado tiernamente registrada en imágenes y transmitida de este modo a la posteridad. Así pues, hemos de preguntarnos: ¿eran realmente tan bárbaros?

UNA CIVILIZACIÓN PERDIDA

Resulta un tanto difícil saber quiénes eran los dacios, dado que los romanos consiguieron erradicar a tal punto su sociedad^[4]. La conquista de Trajano del año 106 d. C. culminó con el suicidio del rey dacio Decébalos y con la huida de la mayor parte de los supervivientes al otro lado de la cordillera de los Cárpatos. La nueva provincia

romana, la Dacia trajana, era un Estado militar gobernado por un general y ocupado por tropas romanas alojadas en acantonamientos recién creados. Se trajo hasta la zona a toda una población nueva, compuesta principalmente por esclavos, a fin de labrar la tierra y explotar las minas. Incluso la lengua de los dacios se esfumó. Todo cuanto queda de ella son unos cuantos nombres propios y una lista de plantas.

A no ser que sea usted rumano, lo más probable, por tanto, es que nunca haya oído hablar de los dacios. De hecho, es posible que le asombre saber que fue una de las grandes civilizaciones del mundo antiguo y que sus miembros seguían las enseñanzas de un cabecilla religioso a quien un historiador griego comparó, por su importancia, con Moisés. El mundo de los dacios, con todos sus logros y doctrinas, se había desvanecido como si nunca hubiera existido. Gracias a Roma.

Tomando como base las imágenes que ya hemos mencionado de los bárbaros dacios que aparecen en la Columna de Trajano, nunca adivinaríamos que su reino fue uno de los más prósperos de Europa. Antes de que los romanos les librasen de tan dura tarea, los dacios habían sido unos magníficos artesanos de la metalistería —un oficio que quizás aprendieran del gran número de celtas que integraban una parte sustancial de la población^[5]—. Y además tenían una profusión de metales preciosos con los que trabajar.

La única pista que nos proporciona la Columna de Trajano se reduce a unas cuantas «instantáneas» en las que se observa el botín que se llevaron los romanos: un tesoro legendario —de valor muy superior a lo que se precisaba para sufragar el coste de la guerra—. Un autor del siglo VI^[6], que cita a Critón, afirma que el tesoro estaba compuesto por 1650 toneladas de oro y 3310 toneladas de plata, a lo que hay añadir toda una serie de objetos de valor incalculable. Quizá se trate de una exageración, pero aun así debió de tratarse de una suma enorme. Y no resulta extraño, ya que la Dacia poseía abundantes cantidades de oro, plata y hierro. Los dacios ya explotaban esos ricos yacimientos mucho antes de que les invadieran los romanos. Por ejemplo, se ha estimado que la fecha de los maderos que apuntalan una de las minas descubiertas se remonta al siglo III a. C.

La Dacia no sólo era rica, sino que en términos sociales se hallaba en un plano de igualdad con Roma. Se trataba de una sociedad notablemente desarrollada que, en distintos momentos de su historia, había dado una serie de gobernantes poderosos que habían creado una confederación capaz de desafiar a Roma.

Desde el punto de vista moderno, resulta fácil imaginar un ejército romano de tecnología inmensamente superior a la de las falanges de los atrasados bárbaros que les rodeaban. Pero lo cierto es que las cosas no eran en absoluto de ese modo. Con la posible excepción de la artillería, los pertrechos de aquellos bárbaros eran de eficacia igual a los de los romanos, y en un ámbito en particular —el de la metalurgia— resultaban ser mejores en algunas ocasiones.

Los dacios también habían comerciado con los romanos desde el siglo II a. C., y sus vínculos con Grecia se remontaban incluso a épocas anteriores. No eran en modo

alguno un puñado de salvajes atrasados y solitarios. Contaban con una aristocracia culta, y al igual que los celtas, empleaban en su lengua los alfabetos griego y romano. Llevaban ciento cincuenta años acuñando moneda propia y fabricaban elegantes objetos de cerámica capaces de adornar cualquier hogar refinado.

Su región les proporcionaba fértiles tierras de labranza y se sentían lo suficientemente seguros como para construir ciudades no totalmente rodeadas por muros de protección. Los asentamientos dacios se caracterizaban por situar en el centro una pequeña ciudadela fortificada, mientras que las zonas dedicadas al culto religioso y a la actividad industrial se situaban extramuros. Las recientes excavaciones han revelado la existencia de elaboradas construcciones dacias en los montes de Transilvania, y se observa que los edificios han sido realizados con técnicas similares a las empleadas por los griegos, aunque sus inmuebles se diferencien claramente de los suyos. Los dacios empleaban bloques de piedra caliza que transportaban a veces por espacio de veinticuatro kilómetros por carreteras bien trazadas pese a la extrema dificultad del terreno que debían salvar. Incluso en una época tan remota como la del siglo I a. C., hubo un poderoso gobernante dacio, que probablemente respondiera al nombre de Burebista, que vivía en un palacio que alardeaba con orgullo de sus cañerías de agua y estaba rodeado por varios anillos fortificados. La desaparición del alcázar, sin embargo, fue tan completa, que hasta fecha muy reciente nadie ha sido capaz de indicar siquiera con seguridad el lugar de su emplazamiento.

Burebista fue el primer gobernante que unió a los dacios en una confederación y el primero también que impuso su autoridad a las diversas comunidades de la zona. Sometió a su mando a los pueblos vecinos y, según Estrabón, «empezó a gozar de un poder formidable, incluso a ojos de los romanos».

UNA RELIGIÓN OLVIDADA

Estrabón dice que Burebista era un jefe carismático y despiadado, aunque lo suficientemente refinado como para comprender que el respaldo de la religión y las castas sacerdotales contribuía muy notablemente a realzar todo poder político: «Le ayudaba a garantizarse la completa obediencia de su tribu su coadjutor Decaneo, un mago, un hombre que no sólo había recorrido Egipto, sino que también había profundizado en ciertas artes de prognosis gracias a las cuales se pretendía capaz de conocer la voluntad divina, de modo que al poco tiempo fue elevado a la categoría de dios^[7]». Se trata de una religión notable, ya que había nacido entre los propios dacios.

En las cumbres montañosas se encontraba el santuario de los sacerdotes de Salmoxis (o Zalmoxis). Según los griegos, Salmoxis había sido discípulo de

Pitágoras^[8]. Estrabón dice que era esclavo del matemático^[*]. Pasó algún tiempo en Egipto —una estancia obligatoria en el mundo clásico para cualquiera que quisiese hacer carrera en el terreno de la invención de religiones— y al regresar a su patria chica dacia «fue agasajado con gran entusiasmo por los gobernantes y las gentes de la tribu, pues tenía la facultad de realizar predicciones fundándose en la interpretación de las señales del cielo». Al principio, Salmoxis no era más que el sacerdote del principal dios dacio, pero conforme fue pasando el tiempo, el mismo Salmoxis empezó a ser venerado como un dios. Vivía como un ermitaño en una cueva^[*], donde sólo recibía las visitas del rey y sus ayudantes.

Estrabón ofrece a continuación un análisis de la relación entre Salmoxis y el rey en la que explica de qué modo procedió Burebista para unir la religión y la política y beneficiarse de dicha asociación. Desde luego, la utilización de la religión como elemento con el que impulsar la política aún sigue vigente en la actualidad. Está claro que Burebista era un experto en la materia.

El rey cooperaba con él porque veía que de ese modo el pueblo le prestaba mucha más atención que antes, pues la gente creía que los decretos que promulgaba concordaban con el parecer de los dioses. Esta costumbre ha perdurado y aún se observa en nuestra época, pues siempre ha sido posible hallar a algún hombre de índole tal que pese a no ser en realidad más que un consejero del rey, recibía entre los getas [es decir, los dacios] la consideración de un dios^[9].

Salmoxis parece haber gozado de una reputación similar a la de Buda, quien era contemporáneo, año por año, de Pitágoras (se cree que ambos vivieron entre 560 y 480 a. C.). Sin embargo, el budismo se ha perpetuado y la religión de Salmoxis no — los romanos se hallaban muy lejos de la India y dolorosamente cerca de la Dacia—. Había un santuario, pero no estatuas de los dioses, y tampoco altares o prácticas sacrificiales. Un coetáneo griego de César, Diodoro de Sicilia, sostiene que Salmoxis fue uno de los tres grandes filósofos no griegos (los otros dos eran Moisés y el persa Zoroastro), pero no sabemos prácticamente nada de sus enseñanzas. Lo que sí sabemos es que afirmaba que el alma es inmortal. Según Platón, que escribe en torno al año 380 a. C., Salmoxis mantenía que la enfermedad era consecuencia de un desequilibrio del cuerpo. «Ésta sería la causa de que se les escapasen muchas enfermedades a los médicos griegos: se despreocupaban del conjunto, cuando es esto lo que más cuidados requiere, y si ese conjunto no iba bien, era imposible que lo fueran sus partes. Pues es del alma de donde arrancan todos los males y los bienes para el cuerpo y para todo el hombre; como le pasa a la cabeza con los ojos. Así pues, es el alma lo primero que hay que cuidar al máximo, si es que se quiere tener bien a la cabeza y a todo el cuerpo. El alma se trata, mi bendito amigo, con ciertos ensalmos

y estos ensalmos son los buenos discursos, y de tales buenos discursos, nace en ella la sensatez^[10]».

Para hacernos una idea del enorme poder que conseguía Burebista con esta unión de la religión y la política, Estrabón nos dice que logró atajar el problema del alcoholismo, que hacía estragos en su pueblo, persuadiendo a sus súbditos de que arrancasen las vides y se acostumbrasen —horror de horrores— ¡«a vivir sin vino»! ¿Bárbaros abstemios? Obviamente la palabra «bárbaro» no significa en absoluto lo que solemos suponer.

Burebista era también lo suficientemente inteligente como para comprender que la rutilante estrella de Julio César constituía una amenaza potencial, aun en el supuesto de que César todavía se hallaba enfrascado en la lucha por la obtención del poder en Roma. Y todo esto en una época en la que «César» no era aún un título solemne, sino únicamente un nombre propio que significaba, cosa muy curiosa, «el de cabellos largos»; ya sabe, como los bárbaros.

En todo caso, la preocupación que causaban en Burebista las ambiciones de César bastó para que el rey se decidiera a enviar un mensaje al archienemigo de César, Pompeyo, a quien ofreció apoyo militar a cambio de que Roma reconociera su reino. ¿Un cabecilla bárbaro prestándose a intervenir en una guerra civil romana? Una vez más, la palabra «bárbaro» parece dar un vuelco a su presunto significado.

Al final resultó que el ofrecimiento de Burebista llegaba demasiado tarde y que César ya se había hecho con el poder en Roma, lo que debió de provocar cierta intranquilidad en el rey dacio. Tras haberse declarado partidario de Pompeyo y contrario a César tenía que saber necesariamente que este último le habría colocado en el primer puesto de su particular lista del Eje del Mal. César ya había conquistado la Galia y puesto en el poder en el sur de Britania a gobernantes que formaban parte de sus clientes —la Dacia y Burebista eran su próximo objetivo.

No obstante, César fue asesinado antes de poder actuar y lo mismo le sucedió a Burebista (en lo que quizá fuera una especie de divina simetría). La confederación dacia se desmembró, y habrían de pasar cien años más antes de que otro poderoso dominador lograra unir las fuerzas de la Dacia para volver a plantar cara a Roma. Mientras tanto, sin embargo, la desunión política no trajo consigo ninguna vuelta a la «barbarie» ni a otra incivilizada situación por el estilo. Se dice que el gran emperador Augusto había prometido a su hija de cinco años con un jefe dacio, y supuestamente el propio Augusto se habría mostrado interesado en casarse con la hija de aquel hombre.

Sea cierta o no esta historia, nos da una idea de la notable igualdad que existía a los ojos de los contemporáneos entre las sociedades romana y dacia. Fuese cual fuese el propósito de Trajano al aniquilar a los dacios, no estaba librando al mundo de un nido de ignorantes salvajes.

DECÉBALO Y EL LOCO DOMICIANO

Es probable que el siguiente caudillo carismático de la Dacia, un siglo después, no fuera dacio. Según parece, en la segunda mitad del siglo I d. C., los dacios de la zona pasaron a convertirse en una minoría, superados en número por los celtas, los iranios y los bastarnos (un pueblo del extremo más oriental de Germania). Por consiguiente, fuera cual fuese el origen étnico de Decéballo, no debe extrañarnos que llevara un nombre que no era dacio^[11].

Decéballo era un astuto cabecilla guerrero que se reveló capaz de reunir todos aquellos elementos demográficos dispares y forjar de ese modo una única y bien trabada fuerza militar. Según Dión Casio, Decéballo «era un lince para las cuestiones relacionadas con la táctica bélica y tenía asimismo buen ojo para salir victorioso en las guerras. Sabía juzgar con perspicacia qué momento era bueno para atacar y en cuál resultaba preferible replegarse. Era un experto en el arte de tender emboscadas y un maestro de las batallas en campo abierto. Además, no sólo sabía cómo sacar partido a un triunfo, sino asimismo cómo gestionar adecuadamente una derrota^[12]». También se llevó a su reino a un considerable número de expertos militares traídos del lugar más obvio: ofreció condiciones atractivas a los legionarios romanos que sentían ganas de cambiar de bando y aquellos desertores terminaron convirtiéndose en la espina dorsal de su formidable ejército. Se había «hecho con la mayor y más aguerrida parte de sus huestes mediante la persuasión: así atrajo a los soldados de los territorios romanos y se los llevó a combatir con él^[13]». Se calcula que por sí solo debió de llevar al campo de batalla a un ejército de cuarenta mil hombres, a lo que hay que añadir el contingente de veinte mil combatientes que aportaron sus aliados.

Desde luego, Decéballo hizo sonar las alarmas del megalómano emperador Domiciano. En el año 85 d. C., los dacios cruzaron el Danubio y mataron al gobernador romano de la región. Domiciano decidió tomar represalias, y entonces Decéballo se ofreció a negociar. Domiciano hizo caso omiso de aquella propuesta y marchó contra los dacios. Desde luego, no fue en persona —no era así como Domiciano hacía las cosas—. Envió a uno de sus generales, Cornelio Fusco, al frente de un vasto ejército. Mientras tanto, el propio Domiciano «permanecía en una de las ciudades de la Moesia (la región situada en la orilla romana del Danubio) entregado a la vida licenciosa, como tenía por costumbre. Y es que no sólo era físicamente indolente y medroso de ánimo, sino también de lo más disoluto y lascivo, vicios que satisfacía por igual con mujeres y efebos^[14]». Al enterarse de esto, Decéballo envió prontamente otro embajador a Domiciano con la insultante sugerencia de hacer las paces con el emperador a condición de que todos los romanos pagasen «dos óbolos» anuales a Decéballo. De lo contrario, decía, declarararía la guerra a los romanos y les causararía «grandes males».

Fusco atravesó el Danubio en el año 87 d. C. y trató de adentrarse en el corazón

de la Dacia cruzando los Alpes transilvanos por el paso conocido como las Puertas de Hierro. Allí le atacaron los dacios en un lugar que las crónicas denominan Tape. Fusco encontró la muerte en la refriega, una de sus legiones fue borrada del mapa y sus estandartes y máquinas de guerra cayeron en manos de los dacios. Al parecer, algunos de los romanos aprovecharon el momento para unirse al ejército dacio.

Dos años después, le tocó a Decébalos recibir a los emisarios del emperador, que venían a proponerle una tregua. El rey bárbaro era un hábil negociador y no vaciló en utilizar la ventaja que entonces tenía sobre Domiciano, que había sufrido varios reveses en su reciente campaña contra los suevos germanos. En el tratado que firmó, Decébalos estableció unos términos que le permitían exigir grandes sumas de dinero a Domiciano, así como «artesanos de todos los oficios, tanto los que se aplican a la guerra como los que son propios de la paz» y garantías de que los pagos no habrían de cesar en el futuro. Como contrapartida, se esperaba que Decébalos entregara a los prisioneros con sus armas y que rindiera homenaje al emperador. No obstante, Decébalos era demasiado sagaz para presentarse personalmente ante el trastornado Domiciano. En vez de eso, envió como representante a Roma a un tal Diegis —junto con unos cuantos cautivos y algunas armas que «según pretendía, eran las únicas que tenía en su poder^[15]»—. En realidad estaba tratando con el máximo desprecio al emperador romano, ya que los emisarios que había enviado no eran nobles dacios, quienes se distinguían por el hecho de llevar cubierta la cabeza, sino personajes de segunda fila que lucían la larga cabellera que en la Dacia era señal de baja extracción. Puede que Domiciano no se percatara del insulto, o quizás ignorarlo resultara propicio para sus propósitos. Fuera como fuese, el emperador, que en circunstancias normales se mostraba extremadamente puntilloso, no se dio por ofendido y aceptó el trato.

La realidad era que Domiciano planeaba hacer pasar este rocambolesco acuerdo de paz por una gran victoria. Ya había celebrado en el año 83 d. C. una ceremonia triunfal por sus éxitos en Germania que había sido una farsa, ya que se dice que en ella disfrazó a sus esclavos para hacerlos pasar por prisioneros germanos. Ahora hacía lo mismo con el supuesto triunfo sobre los dacios. Coronó al legado, Diegis, y le nombró rey de la Dacia, «exactamente igual que si hubiera conquistado de hecho la región y pudiera dar a los dacios el rey que más le complaciera», colmó de honores y dineros a la soldadesca, y exhibió objetos procedentes de las reservas del mobiliario imperial fingiendo que se trataba de despojos de guerra. Después decretó la celebración de unos juegos triunfales en los que, según nos informa Dión Casio, con indudable sesgo de antipatía, no hubo «nada digno de entrar en los anales de la historia, ¡excepto el hecho de que las doncellas compitieran en la carrera pedestre!»^[*]. No obstante, también organizó un remedo de batalla naval en un nuevo escenario y en ella «murieron prácticamente todos los combatientes, al igual que muchos de los espectadores». Mientras se realizaba la naumaquia, estalló una violenta tormenta seguida de copiosas lluvias. Sin embargo, el emperador no permitió

que nadie abandonase el espectáculo ni se cambiase de ropa —aunque, por supuesto, él sí lo hizo—. En consecuencia, «no pocos cayeron enfermos y fallecieron». Dión Casio añade asimismo que era frecuente ver combates de enanos y mujeres, aunque no queda claro si se refiere a enfrentamientos de enanos contra enanos y de mujeres contra mujeres o a luchas de enanos contra mujeres^[16].

Casi mil kilómetros más lejos, de nuevo en la Dacia, Decéballo hubo de enfrentarse a un nuevo estratega romano: Juliano. Este general puso a punto al ejército romano y consiguió una victoria sobre los dacios —una vez más en Tape—. Decéballo se vio obligado a adoptar una postura defensiva, y pese a todo logró cambiar otra vez las tornas a su favor —en esta ocasión gracias a un truco—. Como temía que Juliano estuviese a punto de arrasar su palacio real, Decéballo mandó talar todos los árboles de la zona y después los colocó de pie y en formación militar, revestidos de corazas, «con la intención de que los romanos los tomaran por soldados, se asustaran y abandonaran el campo», dice Dión Casio^[17]. Y al parecer, eso fue exactamente lo que ocurrió.

Esta extraña confrontación militar puso fin a los contactos entre Decéballo y Domiciano. Decéballo seguía siendo oficialmente vasallo de Roma, pero el imperio le pagaba por semejante privilegio. Se trataba de un acuerdo que sin duda convenía al rey dacio, pero estaba claro que el siguiente emperador romano no iba a estar dispuesto a consentirlo. Domiciano fue asesinado —para alivio general— en el año 96 d. C. Le sustituyó el anciano Nerva, que únicamente gobernó durante dos años pero eligió sabiamente como sucesor a un español de notable prudencia: Trajano.

DECÉBALLO Y TRAJANO

Trajano estaba tan cuerdo como loco había estado Domiciano, y había decidido mostrar a los dacios quién estaba al mando. De hecho, podríamos decir que la conquista de la Dacia se había convertido en una especie de obsesión para él. Se afirmaba que siempre que deseaba poner un particular énfasis en algo solía emitir juramentos del siguiente tipo: «Que vea Dacia convertida en una provincia, y que yo supere el Íster y el Éufrates con puentes^[18]».

Tan pronto como Trajano se puso al frente del mayor ejército del mundo, Decéballo debió de comprender que se avecinaban tiempos difíciles. Era tradicional que todos los nuevos emperadores dieran un primer impulso a su gobierno con una pequeña aventura militar, y Trajano en particular no iba a quedarse atrás. El hecho de ponerse a patear enemigos en las fronteras contribuía a que un emperador imprimiese su sello de autoridad en el imperio y se forjara una reputación, por no mencionar que también le ayudaba a mantener ocupado al ejército. Además, a Trajano «le deleitaba la guerra^[19]».

Decéballo debió de percatarse asimismo de que en el momento en que Trajano se hacía cargo del imperio éste se hallaba en una difícilísima situación económica. Precisaba con urgencia una inyección de efectivo. Y en la Dacia, Decéballo se hallaba literalmente sentado sobre una mina de oro. Sin embargo, en lugar de ser Roma la que se beneficiara de todas aquellas riquezas, había sido Decéballo quien se las había arreglado para negociar que la capital del imperio le enviase anualmente grandes sumas de dinero en pago de las lisonjas que, por su hipotético dominio sobre la Dacia, había recibido el perturbado ego de Domiciano. Según nos dice Dión Casio, ésa fue la razón clave que impulsó a Trajano a marchar contra la Dacia: «le afligía la cantidad de dinero que los dacios recibían cada año, y también observó que su poder y su soberbia se incrementaban^[20]».

A medida que Trajano avanzaba, Decéballo comenzó a preocuparse. Sabía que en el nuevo emperador tenía un enemigo que estaba a la altura de su capacidad y que, a diferencia de Domiciano, contaba con cierto respeto entre sus soldados. «Decéballo era consciente de que en su primer encuentro no había vencido a los romanos, sino a Domiciano, y que ahora tendría que combatir tanto a los romanos como a Trajano, el emperador^[21]». El rey dacio debió de haber contemplado con consternación cómo Trajano iniciaba su conquista con competente minuciosidad. Los espías de Decéballo le informarían de que el emperador había tendido el puente que tantas veces había prometido levantar sobre el Danubio (e incluso es posible que hubiese erigido dos) y le dirían que ahora se afanaba en construir calzadas por todo el territorio dacio.

Sin embargo, Decéballo no era hombre que se acobardase fácilmente, y siguió dando muestras de su buen ímpetu, ya que se dedicó a mofarse de los romanos. Cuando Trajano llegó a las Puertas de Hierro, Decéballo le envió una advertencia que, sorprendentemente, venía inscrita en «una gran seta», según refiere Dión Casio. Se trataba probablemente de un plato en forma de seta utilizado con fines rituales, y tristemente no es el único caso histórico en el que la correspondencia diplomática se haya verificado por medio de hongos. La inscripción aconsejaba a Trajano que diera media vuelta y «mantuviera la paz^[22]».

Por supuesto, Decéballo no esperaba que Trajano aceptase su recomendación —de hecho, de haber sido así, es probable que se hubiera llevado una gran sorpresa—, así que las fuerzas romanas llegaron finalmente a la capital de la Dacia: Sarmizegetusa. Se apoderaron de unos cuantos fuertes situados en las montañas y no sólo descubrieron algunas catapultas de su propia artillería caídas en manos de los dacios, sino que encontraron incluso el estandarte que Fusco había perdido en la campaña anterior. También se llevaron presa a la hermana de Decéballo.

El cabecilla dacio había quedado derrotado. Se presentó personalmente ante Trajano, se prosternó en el suelo y mostró obediencia al emperador. Los términos del armisticio que se redactó obligaban a Decéballo a convertirse en aliado de Roma, a entregar las tierras que el ejército romano había ocupado, a demoler sus baluartes y a dejar de reclutar soldados y técnicos romanos para ponerlos nuevamente a

disposición de Trajano. Decéballo también tuvo que enviar emisarios al Senado de Roma a fin de proceder a la ratificación del armisticio. Una vez allí, en el Senado, aquellos estadistas bárbaros —que presumiblemente seguirían llevando bonete— «entregaron las armas, juntaron las manos en la actitud propia de los prisioneros, y pronunciaron unas palabras de súplica^[23]». El tratado quedó ratificado y se les devolvieron las armas.

Sin embargo, Decéballo no tenía intención alguna de atenerse a ninguno de los términos de paz que había acordado —quizá no más que Trajano, cuyo propósito no debía de contemplar la idea de permitir que todo aquel oro permaneciera en la Dacia—. Decéballo debía de saber que el «deleite [que] la guerra» producía en Trajano no quedaría satisfecho mientras no hubiera sometido la Dacia por completo. El rey bárbaro debió de darse cuenta de que se estaban reforzando las fortificaciones romanas que bordeaban el Danubio y tenía que saber que los romanos se disponían a conquistar la totalidad de su reino. Fue en esa época cuando Trajano sustituyó el puente de madera que salvaba el Danubio por otro de piedra. Estaba claro que los romanos habían venido a la Dacia para quedarse.

Decéballo hizo quizá lo único que podía hacer: tomó la iniciativa e invadió la Moesia romana, logrando así el control de los fuertes. El Senado le declaró enemigo de Roma, y Trajano volvió a marchar contra él. No obstante, en esta ocasión el resultado debía de parecer más inevitable, ya que un gran número de dacios comenzó a desertar y a pasarse al bando romano.

Decéballo solicitó la paz, pero una vez más no fue él quien realizó personalmente el acto de rendición —estaba demasiado ocupado estableciendo contactos, en un intento desesperado de reunir un ejército bárbaro para hacer frente a Trajano—. Trató asimismo de asesinar al emperador mientras se hallaba en Moesia. Se envió a unos cuantos desertores romanos con el encargo de intentar eliminar a Trajano, quien, según Dión Casio, se prodigaba en exceso, pues recibía a todo el mundo y debido a «las exigencias de la guerra aceptaba conferenciar absolutamente con todo aquel que lo deseara^[24]». Sin embargo, uno de los conjurados fue arrestado y, sometido a tortura, informó de los planes de los demás.

No obstante, Decéballo volvió a sacar hábilmente un conejo de la chistera. Invitó a Longino, el comandante del ejército romano en la Dacia, a reunirse con él, asegurándole que ahora sí que estaba dispuesto a satisfacer todas las exigencias de los romanos. En vez de eso, sin embargo, Decéballo dio muestras de un gran descaro, mandó detener a Longino y le interrogó públicamente a fin de conocer los planes que estaba urdiendo Trajano para conquistar la Dacia. Longino se negó a admitir nada, así que Decéballo obligó al general romano a acompañarle, sin grilletes pero vigilado por su guardia, e hizo saber a Trajano que si quería recuperar a su jefe militar tendría que devolver todas las tierras de la Dacia que se extendían hasta el Danubio y que ahora se hallaban bajo dominio romano. Decéballo exigía asimismo que se le indemnizara por todo el dinero que le había costado la guerra hasta aquel momento. En fin, ¡por

pedir que no quede!

La respuesta de Trajano fue ambivalente.

Longino hizo lo que consideraba más honroso en una situación tan insostenible como la suya. Consiguió que un liberto le proporcionara un veneno. Antes de ingerirlo prometió convencer a Trajano y, a tal efecto, entregó al liberto, contando con las bendiciones de Decébalos, un escrito de súplica para que éste lo hiciera llegar al emperador. Cuando Longino se quitó la vida, el liberto ya había partido.

Decébalos debió de ponerse furioso al perder a tan prestigioso e importante prisionero, así que solicitó a Trajano que permitiera el regreso del liberto a cambio del cadáver de Longino y de diez cautivos. Sin embargo, Trajano era antes que nada un hombre práctico que quería proporcionar incentivos a los desertores dacios. Consideró que la seguridad del valiente liberto, que había asumido el grandísimo riesgo de procurarle el veneno a Longino, tenía «más importancia para la dignidad del imperio que el sepelio de su general», así que se negó a entregar al liberto a una muerte segura.

A lo largo del año 105, Trajano continuó guerreando «con más dosis de pausada prudencia que de apresuramiento, y al final, tras una enconada lucha, venció a los dacios^[25]». Cuando Decébalos comprendió que aquello era el fin, se suicidó y su cabeza fue llevada a Roma.

EL SAQUEO

Roma había expandido sus límites con la Galia y Britania mediante una guerra de conquista respaldada por una política de romanización de los habitantes bárbaros. Sin embargo, dado que esa política había recibido un duro golpe en Germania, Trajano había concebido planes muy distintos para la Dacia. Aquello era una invasión. Quería apoderarse de la tierra y de los recursos, y no tenía la menor intención de romanizar a los habitantes que allí se encontraran. El territorio fue arrasado. Los supervivientes huyeron hacia el norte, mientras Trajano hacía llegar de otros lugares una nueva población compuesta por legionarios, campesinos, comerciantes, artesanos y funcionarios de la Galia, Hispania y Siria. Se levantó una Dacia totalmente nueva, con nuevas ciudades, nuevas fortalezas y nuevas calzadas.

Los romanos comenzaron a extraer todo el oro y la plata que pudieron con la máxima rapidez, para después sacar los minerales de la región en cantidades ingentes. Un enorme número de esclavos fue puesto a trabajar en las minas, y tras su corta vida útil sus cadáveres eran amontonados en grandes pilas. Los romanos no sólo despojaron a la Dacia de sus yacimientos de metales preciosos, sino también de todos los objetos de oro y plata de los que pudieron echar mano. Y debieron de haber sido muy concienzudos en tal labor porque, desde entonces, las excavaciones

arqueológicas apenas han sido capaces de encontrar ninguna otra pieza de oro.

Uno de los tesoros más importantes que Trajano logró arrancar de aquel baño de sangre debió de ser el constituido por las joyas de la corona dacia. Antes de suicidarse, Decéballo había tenido buen cuidado de enterrar todos sus tesoros, y lo había hecho en un lugar en principio inaccesible a los ladrones. Dión Casio nos refiere cómo lo logró:

[No obstante], los tesoros de Decéballo también fueron descubiertos, pese a haber sido ocultados bajo el lecho del río Sargetia, que fluye junto a su palacio. Con la ayuda de unos cuantos prisioneros, Decéballo desvió el curso de la corriente, excavó en su lecho y, en la cavidad resultante, depositó una gran cantidad de plata y oro, así como otros objetos de gran valor que podían resistir un cierto grado de humedad. Después mandó que se amontonaran piedras sobre ellos y las recubrió de tierra apisonada, tras lo cual devolvió al río su curso natural. También hizo que los mismos cautivos que le habían ayudado depositaran sus togas talaras y otros artículos de similares características en unas cuevas, y una vez hecho esto se deshizo de los esclavos para evitar que revelaran nada. Sin embargo, Bicilis, un compañero suyo que estaba al tanto de todo lo que se había dispuesto, fue capturado y dio información sobre estas cosas^[26].

Tan prodigiosa era la cantidad del botín que Trajano había llevado consigo a su regreso de la Dacia, que el mercado del oro se vino abajo y su precio se desplomó en todo el imperio.

Cuando Trajano accedió al trono imperial, la economía romana pasaba grandes apuros, pero gracias a la breva que le cayó del cielo con la Dacia consiguió encontrarse en situación de empezar a derrochar dinero —empeño en el que este emperador no se empleó a medias—. Colmó de regalos a su gente y financió unos juegos circenses que duraron 123 días, cifra que constituía una plusmarca en la materia. En el transcurso de aquellos juegos morirían once mil animales, tanto salvajes como domésticos, y diez mil gladiadores habrían de cruzar sus armas. La idea que los romanos tenían de pasárselo bien solía ir asociada a este tipo de matanzas.

Pero no se limitó a malgastar sus ganancias en diversiones —no era ése en absoluto el estilo de Trajano—. Se embarcó asimismo en un inmenso proyecto urbanístico que habría de cambiar para siempre el aspecto de la Ciudad Eterna. De hecho, en la actualidad, cuando contemplamos las maravillas de la Antigua Roma, lo que vemos en realidad es el producto de los beneficios generados por el botín conseguido en el bárbaro reino de la Dacia en el año 106.

Trajano construyó el Foro que lleva su nombre y tendió una calzada de piedra sobre las marismas pontinas. Reconstruyó Ostia, el puerto de Roma, creó unas

inmensas termas públicas nuevas y edificó un gigantesco anfiteatro que podía colmarse de agua para organizar combates navales, un espectáculo muy en boga por aquel entonces. ¿Cree usted que no había agua suficiente para poder llenarlo? El dinero no suponía un problema para Trajano —para eso tenía el tesoro dacio—. Levantó un acueducto al efecto, y consiguió traer el agua, que se hallaba a cien kilómetros de distancia. ¿Se necesita un canal que una el Mediterráneo con el mar Rojo? ¡Excávase^[27]! ¿Precisamos un puente sobre el Danubio? ¡Constrúyase! ¿Debemos dotarnos de otra legión? ¡Pues organícense dos! Trajano se había convertido súbitamente en el hombre más rico del mundo.

El Foro presenta un aspecto impresionante incluso en la actualidad. Cuando Trajano lo puso en pie, con su cubierta de cobre, expresaba todo el poder y la majestad de la mayor potencia de la Tierra. Y en el Foro que lleva su nombre levantó Trajano su extraordinaria columna para que el mundo pudiese conmemorar la aniquilación de los antaño poderosos dacios.

EL MISTERIO DE LA COLUMNA DE TRAJANO

Las campañas que libró Roma en la Dacia entre los años 101 y 106 pudieron haberse contado entre las mejor relatadas de todas las que desencadenaron las guerras de la Antigüedad. Trajano dejó una crónica escrita por él mismo, y su médico personal, Critón, redactó otra. Por desgracia, ambas se han perdido. La principal fuente con que contamos para obtener información sobre la contienda es la *Historia romana* compilada por Dión Casio más de medio siglo después. Resulta irónico que tengamos tan pocas pruebas y que sin embargo dispongamos de más imágenes de ese acontecimiento que de cualquier otro de la Antigüedad. Y en eso consiste el gran misterio de la Columna de Trajano.

Las representaciones iconográficas que se encuentran en la base de la columna pueden verse desde el suelo. La escalera que recorre el interior del monumento nos permite ascender hasta su parte superior y disfrutar de una magnífica panorámica de la ciudad, pero no contemplar los relieves del exterior de la columna. Y dado que no existe perspectiva alguna desde la que se puedan observar las imágenes a simple vista (y que nunca hubo, hasta donde nos es dado saber, ningún mirador que lo facilitara), esto significa que, durante la mayor parte de los mil novecientos años que lleva en pie la columna en el Foro de Trajano, la mayoría de las imágenes han sido de hecho invisibles.

Por consiguiente, ¿qué razón pudo haber para labrarlas? ¿Ocurrió simplemente que quienes la concibieron no cayeron en la cuenta de que habría de resultar imposible verlas desde el suelo? ¿O se construyeron acaso plataformas temporales que posibilitaran que la gente las contemplase en ocasiones especiales? ¿O había

quizás algún otro motivo? Los relieves —y especialmente unos tan realistas como éstos— eran caros, y nadie los hubiera encargado a la ligera. ¿Pudo haber ocurrido que al pagar por su realización y colocarlos después de manera que nadie pudiera contemplarlos Trajano estuviera haciendo un sacrificio, una ofrenda a los dioses, que le habían concedido el grandioso don de la destrucción de una nación entera? Sin embargo, los dioses, como a menudo han señalado los griegos, poseen un cruel sentido de la ironía. Dacia habría de ser la tierra en la que germinara la venganza que más tarde se abatiría sobre Roma.

LA INVENCIÓN DE LA FRONTERA

A lo largo de los siglos tenemos constancia, a través de muchas crónicas, de la existencia de hordas bárbaras que barrían Europa y traían la muerte y la destrucción al mundo civilizado —provocando asimismo la total confusión de quien intente hacerse una idea de qué es lo que estaba sucediendo—. En las páginas de la historia, los godos, visigodos, vándalos, francos, lombardos, jutos, suevos, marcomanos y sajones —en total unas ochenta «tribus» germánicas— se lanzan a la carga una y otra vez y dejan pocas oportunidades para que el lector se entere de cómo vivían. Con todo, podemos al menos consolarnos con la idea de que, si eso es lo que hoy parece, también debió de ser la impresión dominante en la época de los romanos.

Siendo así las cosas, los romanos trazaron una divisoria. En su empeño por poner orden en el caos, crearon las primeras fronteras del mundo occidental. A este lado de la línea se encontraba su mundo —el mundo de la *romanitas*—. Más allá de aquella marca se hallaban los «otros» —el mundo de los bárbaros—. Cuanto más lejos de Roma se encontraran dichas fronteras, más segura estaría la Ciudad Eterna..., o, en todo caso, más a salvo se sentiría y mayores serían sus riquezas. Ésa era al menos la teoría.

La idea de una frontera entre un pueblo y otro era muy propia de los romanos. El resto del mundo occidental tendía a vivir en grupos nacionales o familiares de actividad circunscrita al ámbito de ciertas zonas, pero no estaban habituados a la noción de una línea que no pudiera traspasarse. Los germanos nunca consideraron que el Rin supusiese un límite, ni siquiera lo juzgaban una barrera, y acostumbraban a cruzarlo periódicamente por toda clase de razones. Lo mismo hacían los romanos, pero para ellos terminó representando la frontera entre la civilización y la barbarie.

La historia de Breno y de su ocupación de Roma en torno al año 390 a. C. había logrado que arraigara en la psique romana la determinación de no volver a permitir jamás que los bárbaros violentaran de nuevo el sagrado núcleo de su universo.

Al menos hasta el siglo IV, el imperio romano venía a ser una extensión de la ciudad de Roma, y al principio las fronteras de ese imperio se concibieron como

ampliaciones de las murallas de la urbe. Cruzar la frontera era como penetrar en una ciudad. Sin embargo, para la propia Roma la frontera no representó nunca un límite. ¡Ni pensarlo! La frontera de Roma no constituía un término, era un simple alambre que alertaba a las autoridades de los movimientos de bienes y personas, y una serie de puestos avanzados que permitían la realización de incursiones en las tierras situadas más allá del confín trazado^[28].

Los esfuerzos romanos experimentaron un cambio: si habían comenzado tratando de absorber y cambiar a los bárbaros, o de eliminarlos en caso de no ser eso posible, terminaron conformándose con mantener una línea de defensa capaz de mantenerlos a raya. El sucesor de Trajano, Adriano, levantó límites palpables: un muro de piedra en el norte de Britania, así como una empalizada de madera y una serie de torres de vigilancia en Germania. La barrera, que no era físicamente compleja, pero estaba fuertemente custodiada y bien armada, recibió el nombre de *limes*: el límite.

Los bárbaros germanos habían provocado cambios fundamentales en el modo en que Roma veía su propio imperio. En el pasado había sido una obra en curso que en último término habría de civilizar a la humanidad entera a fin de proteger a la ciudad originaria. Ahora en cambio poseía límites, una frontera. El mundo habría de permanecer dividido.



La matanza de los dacios.

La Columna de Trajano tiene 38 metros de altura, y en ella hay una espiral ilustrada de 200 metros de longitud que nos refiere la crónica de la conquista de la Dacia por parte de este emperador. La escena que aquí vemos, situada aproximadamente a media altura, es muy característica —los soldados romanos se aplican a la eliminación en masa de los indígenas, que hacen esfuerzos desesperados por defenderse y no suponen amenaza alguna—. Estaba previsto que los romanos empuñasen unas espadas de metal en miniatura, pero al parecer jamás llegaron a perforarse los orificios en que debían de fijarse.

Sin embargo, cuando Trajano expandió las murallas de Roma al otro lado del Danubio conquistó una tierra que estaba rodeada de cordilleras y carecía de toda frontera defendible. La Dacia habría de ser la membrana permeable por la que un incontable número de bárbaros habría de colarse en el imperio. La provincia de la Dacia fue abandonada tras 165 años de ocupación, pero aquello no fue más que el comienzo. Roma había dejado de proponerse la romanización de los bárbaros. Ahora se ponía en marcha el proceso inverso: la barbarización de Roma.

Los godos

Los godos saquearon Roma en el año 410 d. C. Fue un acontecimiento de significación histórica y, sin embargo, es probablemente unos de los lances más tergiversados de la historia.

Los godos no destruyeron Roma, y tampoco diezmaron a la población. Al contrario, los bárbaros pusieron buen cuidado en dar cuartel a los civiles y en no dañar los edificios públicos. Tampoco era Alarico el Godo un pagano salvaje decidido a aplastar el corazón de la cristiandad —lo cierto es que era él mismo cristiano, que admiraba Roma y que simplemente trataba de hallar en el sistema romano un hueco para su pueblo—. De hecho, lejos de ser un invasor extranjero, Alarico había sido en realidad ¡uno de los comandantes en jefe del ejército romano! Tan sólo un año antes del saqueo de Roma había conseguido elevar al trono, con las bendiciones del Senado, al hombre al que él mismo apoyaba para el puesto de emperador, aunque pocos meses después el propio Alarico habría de destronarle.



El regreso de los bárbaros.

Esta imagen de Alarico y sus godos entregados al saqueo de Roma en el año 410 imita el lienzo en el que Paul Jamin nos mostraba el asombro de los celtas al penetrar en la ciudad más de setecientos años antes y es expresión de la fantasía por la que se representa a los bárbaros con aspecto de necios adictos a la demolición. La estampa se publicó en 1962 en la revista National Geographic. Resulta difícil creer que este Alarico haya podido ser el comandante supremo de los ejércitos romanos.

Las razones que provocaron estos malentendidos acerca del pillaje de Roma resultan tan interesantes como la crónica del saqueo mismo. Y todo comenzó en la Dacia.

LOS GODOS EN LA DACIA

Trajano había conquistado la Dacia a principios del siglo II d. C. y la había poblado de colonos romanos. Sin embargo, una cosa era conquistar la Dacia y otra muy distinta conservarla. El problema radicaba en el hecho de que sus fronteras septentrional y oriental eran extremadamente porosas y resultaba imposible defenderlas.

El sucesor de Trajano, Adriano, pensó seriamente en abandonar la provincia y en establecer su frontera en el Danubio, cosa que habría sido muy sensata tanto desde el punto de vista económico como estratégico. La dificultad estribaba en el enorme número de ciudadanos romanos que ya se habían instalado en la región a fin de colonizarla. Adriano sintió que no podía abandonarlos sin más. El emperador Aureliano no devolvería oficialmente la colonia sino en el año 272 d. C., y para

entonces la población ya no era romana, sino bárbara —y entre sus integrantes había un considerable número de godos.

Nadie sabe realmente cuándo o cómo llegaron los godos a la Dacia, pero las pruebas arqueológicas muestran que ya en la época del emperador Filipo el Árabe (que gobernó entre los años 247 y 248) la mayoría de los romanos habían abandonado la zona. No se encuentra ninguna inscripción romana posterior al año 258 y después de 260 no hubo ya ningún gran acantonamiento de tropas. A lo largo de todo el siglo, el número de los emigrantes que penetraron en la Dacia no dejó de crecer, y los romanos se mostraron incapaces de hacer frente a la avalancha, ya fuera por medio de maniobras diplomáticas o de acciones militares.

Era inevitable que el imperio romano se convirtiera en un imán para los bárbaros que rodeaban sus fronteras. La riqueza de Roma, las perspectivas comerciales y la posibilidad de encontrar empleo eran todos ellos elementos que contribuían a atraer a los pueblos bárbaros a los confines del imperio. De este modo, la presión demográfica era con frecuencia más acusada en esas regiones que en otros lugares.

Los godos se habían asentado en gran número en la costa septentrional del mar Negro, pero una vez instalados descubrieron que sus granjas y aldeas bloqueaban las rutas migratorias naturales de los pastores nómadas de las estepas. Por consiguiente, comenzaron a realizar incursiones en el territorio romano de la Dacia.

Los romanos trataron de detenerles, y se atribuyeron cierto número de victorias militares, pero la Dacia resultaba radicalmente indefendible y además era preciso controlar otras importantes regiones del imperio, razón que hizo que Aureliano decidiera finalmente tirar la toalla y volver a situar la frontera del imperio en el Danubio. No obstante, para salvar la cara cambió el nombre de otra provincia, a la que pasó a denominar Dacia, y con esa estratagema pudo fingir que seguía siendo un territorio romano.

Alarico, sin embargo, había nacido en la Dacia auténtica, aproximadamente unos cien años antes, en el seno de una familia aristocrática goda. Por aquella época, los godos dacios constituían ya una sociedad de granjeros estable, culta, próspera y cristiana. El historiador bizantino Procopio nos dice que los godos «tienen todos la piel blanca y el cabello rubio, son altos y bien parecidos, se rigen por las mismas leyes y comparten una misma religión^[1]».

Muchos godos se habían convertido al cristianismo mientras se hallaban aún fuera del imperio romano. En el siglo IV d. C., su obispo, Ulfila, tradujo la Biblia al godo, sirviéndose para ello de un alfabeto inventado compuesto por caracteres griegos, latinos y rúnicos. Sin embargo, Ulfila pasó por alto el *Libro de los reyes*, porque lo juzgaba excesivamente violento. Decía que el pueblo godo manifestaba ya suficiente propensión a la guerra como para añadirle incentivos, y que el *Libro de los reyes*, al no ser sino el relato de una serie de hazañas militares, podría estimular su belicosidad. Los godos, afirmaba Ulfila, «tenían más necesidad de cortapisas capaces de refrenar sus pasiones militares que de acicates que les empujaran a la acción

bélica^[2]».

Es posible que estas palabras reflejaran el enfoque que daban los bárbaros a la religión cristiana, lo que está claro es que no era ésa la actitud con que los romanos se acercaban a ella. El cristianismo romano se había forjado en las llamas del imperio romano y en la ideología de esa misma potencia —una ideología de poder y de hegemonía mundial.

LOS GODOS SE UNEN AL IMPERIO

En la Dacia los godos vivían en aldeas prósperas, y algunas de ellas eran aliadas de Roma, como solía ser habitual entre los pueblos germánicos. Sin embargo, en la época en que nació Alarico su mundo estaba desmembrándose, ya que sus granjas comenzaban a sufrir por entonces las consecuencias de las incursiones de los jinetes hunos. Un autor contemporáneo describe así la estupefacción y el terror generalizados que reinaban en aquellos días: «... una nación desconocida hasta entonces, semejante a un alud de nieve que se precipita desde lo alto de las montañas, estaba destruyendo y saqueando todo lo que encontraba a su paso^[3]». Nadie estaba realmente seguro de su lugar de procedencia, aunque en la actualidad la mayoría de los estudiosos creen que venían de las estepas de Asia, o quizá del sur de Siberia. De una cosa no había la menor duda: ya nada volvería a ser como antes.

Los padres de Alarico se retiraron a una isla situada en el delta del Danubio, y en esa isla fue donde nació el cabecilla godo. En el año 375, cuando contaba unos seis años de edad, empezaron a aparecer hunos en mayor cantidad que nunca. Algunos godos decidieron ofrecer resistencia y otros unieron su suerte a la de los invasores, pero la mayoría huyó, y un enorme grupo solicitó prudentemente permiso para cruzar el Danubio y penetrar en el seguro refugio del imperio. Hoy conocemos a esas gentes con el nombre de visigodos —esto es, los godos del oeste—. Y su petición de asilo se ha transformado, en la memoria popular, en la invasión de las hordas bárbaras.

El imperio en el que se adentraban se hallaba inmerso en una profunda reorganización, tras haber sufrido una catastrófica derrota en Persia en el año 363. Valentiniano, un soldado que asumió el mando supremo en 364, decidió concentrarse en la defensa de la Europa septentrional y occidental y nombró a su hermano Valente emperador de Oriente, región que habría de gobernar desde su sede de Constantinopla. Valente no estaba en situación de poder detener la emigración en masa que se precipitaba sobre la cuenca baja del Danubio. Aceptó conceder a los godos un permiso de entrada y les prometió que les proporcionaría alimento —a condición de que no sólo le entregaran las armas y le procuraran hombres para el ejército, sino que se comprometieran a convertir al cristianismo a todos los paganos que hubiera entre sus filas.

Valente proporcionó a los inmigrantes incluso transporte, pues lo necesitaban para superar el caudaloso Danubio, que bajaba muy crecido debido a unas intensas lluvias. Los visigodos fueron agrupados en compañías y después, durante varios días, con sus noches, se les trasladó al otro lado «a bordo de naves, barcas y troncos de árboles ahuecados^[*]». Los oficiales encargados de la operación trataron de contar su número, pero desistieron del empeño.

El que quiera saber esto es como si quisiera saber cuántos granos de arena del desierto libio son arrastrados por el Céfiro^[4].

Tan inmensa era la multitud que algunos trataron de cruzar a nado, pero fueron arrastrados por la peligrosa corriente —el «enorme caudal hizo que se ahogaran muchos que intentaban luchar contra la fuerza de las aguas», nos dice Amiano Marcelino^[5].

En cualquier caso, los motivos de Valente no eran de carácter humanitario. Había empleado inmensos recursos en sus combates contra Persia y estaba convencido de que aquel «contingente de tropas tan numerosas y procedentes de tierras muy alejadas» le permitiría aumentar el número de sus legiones y disponer de un ejército invencible. Además esperaba que «aparte de la ayuda militar que las provincias aportarían anualmente, su tesoro se vería incrementado con una gran cantidad de oro^[6]».

Lo que les ocurrió después a los godos se alejaba sin la menor duda de cualquier atisbo «humanitario». Se ubicó a los refugiados en campamentos temporales donde las condiciones se hicieron rápidamente intolerables —principalmente, según se dijo, a consecuencia de las corruptas prácticas de los oficiales al mando: Lupicino, el comandante general de los Balcanes, y un tal Máximo—. Los dos tipos se aprovecharon de los godos, que pasaban hambre, y «planearon comerciar» de forma abominable. Retuvieron los suministros de víveres que supuestamente les habían sido confiados para los bárbaros y obligaron a los refugiados a canjear la carne de perro que ellos les entregaban por esclavos, a razón de un esclavo por perro. «[D]ándose incluso el caso de que, entre éstos, figuraban hijos de los nobles bárbaros^[7]».

Fuese o no íntegramente imputable este acto de explotación a aquellos dos generales, y no consecuencia de una política imperial, está claro que en aquellas circunstancias los visigodos habían quedado reducidos a la vulnerable posición que caracteriza al refugiado, convertidos por lo tanto en «extranjeros recién llegados, de conducta hasta el momento irreprochable», aunque lo peor era que se morían de hambre. Por si fuera poco, en aquel momento se permitió que otro grupo de godos aún mayor atravesara el Danubio.

Estaba claro que antes o después iban a surgir problemas. Los indefensos refugiados se transformaron en una horda sedienta de venganza y a los romanos les

fue imposible contenerlos. Llegado a este punto, y de un modo no exento de cierto encanto, Amiano escribe lo siguiente: «[S]uplico a mis futuros lectores, si es que los hay alguna vez, que no me exijan narrar con exactitud lo sucedido, o especificar el número de muertos^[8]».

Durante los dos años siguientes, en vez de convertirse en la columna vertebral del ejército romano, como había esperado Valente, los distintos grupos de godos, «semejantes a fieras que quedan sueltas al romperse sus jaulas, se desbocaron furiosos por las extensas regiones de Tracia^[9]». Amiano lo atribuye a lo perturbado de la época —como si las Furias hubieran excitado en todo el mundo el deseo de rebelión contra la férula de Roma—. Graciano, de diecinueve años, sobrino de Valente y gobernante en aquel momento de la Europa occidental, logró sofocar una revuelta en Germania, y en Tracia el general Sebastiano aniquiló a algunas bandas godas de salteadores, haciéndose con un enorme botín.

LOS GODOS TRIUNFAN EN ANDRINÓPOLIS EN EL AÑO 378 D.C.

Por último, en 378, Valente no tuvo más remedio que entrar en acción, aunque no movido, claro está, por ninguna noble razón. Según se dice, le consumía la envidia que sentía por su joven sobrino y trataba desesperadamente de realizar alguna hazaña gloriosa que le equiparase a él. Abandonó por tanto las comodidades de la villa imperial de las afueras de Constantinopla y se dirigió al oeste al frente de un inmenso ejército para combatir a los visigodos en las inmediaciones de la ciudad de Andrinópolis. Una vez allí, levantó una sólida empalizada y esperó con impaciencia la llegada de su sobrino, al que acompañaba el ejército de la Galia.

En ese instante, la fatídica intervención de unos datos erróneos marcó el inicio del inminente desastre que iba a abatirse sobre los romanos. Los espías transmitieron la equivocada información de que el número de godos, cuyas familias y tropas se hallaban protegidas por un enorme círculo de carretas, ascendía únicamente a cien mil almas. El emperador, ansioso por ganar la baza a su sobrino, debió de creerse ante la oportunidad de obtener una fácil victoria y de atribuirse íntegramente el mérito. Es probable que el hecho de que llegara un mensaje del joven Graciano en el que éste instaba a su tío a mostrarse paciente y a no exponerse de manera temeraria a más peligros de los necesarios no contribuyera precisamente a calmar sus ánimos.

En la batalla subsiguiente, la llegada de un formidable contingente de bien pertrechada caballería goda aplastó a las legiones romanas. Amiano nos ha dejado un relato trepidante (aunque sin duda totalmente inventado) en el que se nos describe la lucha hasta el último aliento de un bárbaro herido de muerte: «En un lugar podía verse a un bárbaro altivo y fiero con gesto crispado, porque, de un golpe, le habían

cortado una pierna, o la mano, o le habían atravesado un costado y que, a punto ya de morir, dirigía a su alrededor una mirada amenazadora^[10]».

Fueron sin embargo los romanos quienes se llevaron, con mucho, la peor parte. El propio emperador Valente fue muerto en la desbandada. La crónica de Amiano dice que se abrió paso entre montones de cadáveres y que, al igual que la tropa, «comenz[ó] a pisar los cuerpos sin preocupación alguna^[11]», para acabar muriendo entre los soldados rasos. Su cadáver jamás pudo encontrarse. El imperio de Oriente perdió las dos terceras partes de sus efectivos militares, puede que unos cuarenta mil hombres —el doble de los que Varo había enviado a la muerte en el bosque de Teutoburgo—, y ya nunca volvería a ser el mismo. Las anticuadas legiones de infantería se habían revelado inútiles frente a la caballería pesada de los godos. El imperio iba a tener que acostumbrarse a convivir con ellos.

El sucesor de Valente, Teodosio, hizo las paces con los visigodos y les ofreció la posibilidad de disfrutar de una posición enteramente nueva como pueblo independiente en el interior del imperio romano, asentados en lo que hoy es Bulgaria y con derecho a tener leyes y gobernantes propios. Se les pedía que proporcionaran al imperio un tipo de tropas, a las que dio en llamarse federales, a cambio de un subsidio en metálico. Era un acuerdo difícil de aceptar para los romanos, y un asesor político del imperio proclamó que, a pesar de que Teodosio podía haberlos aniquilado a todos, caso de haberlo deseado, le convenía más llenar la Tracia de campesinos que de cadáveres —aunque no mencione que los campesinos eran casualmente bárbaros^[12]—. Sin embargo, los godos terminarían por descubrir que se trataba de un pésimo trato, ya que les confinaba en una especie de reserva bárbara y les recluía en una tierra que era incapaz de proporcionarles sustento.

EL SURGIMIENTO DE ALARICO

Cuando todo esto sucedió, Alarico era un adolescente. Poco después habría de convertirse en oficial de las fuerzas federales del ejército godo sujetas militarmente al alto mando del imperio, donde revelaría ser un conductor de hombres muy capacitado. Hacia el año 394, siendo aún muy joven, era ya general y se hallaba al frente de veinte mil soldados. El ejército en el que servía no parecía ya en modo alguno romano. Su emperador, Teodosio, que era español y cristiano, gobernaba una reluciente ciudad que profesaba esa misma religión: Constantinopla. Cuando Alarico marchó a la guerra a las órdenes de Teodosio había, junto a sus propias huestes visigodas, mercenarios hunos, vándalos germanos y alanos, iraníes e íberos, todos ellos capitaneados por el comandante supremo del imperio, Estilicón, quien a su vez era hijo de un vándalo. Ni siquiera el aspecto de dicho ejército era el de una formación romana. Los legionarios vestían calzones de cuero y gruesos mantos,

mientras que los oficiales llevaban enormes adornos pectorales y lucían espadas de empuñaduras repujadas, como las de los godos. Además, todo el ejército empleaba el grito de guerra germano, o *barritus*, que comenzaba como un leve murmullo al iniciarse el ataque y luego crecía hasta convertirse en un terrible alarido, como el de una rompiente que se estrellara contra las rocas.

Por otro lado, el enemigo hacia el que se dirigían tampoco estaba compuesto por unos cuantos bárbaros salvajes —su adversario era, de hecho, el nuevo emperador de Occidente, Eugenio, un antiguo maestro de retórica, a quien el comandante militar del ejército occidental había colocado en el trono tras asesinar al emperador legítimo, Valentiniano II, de sólo diecinueve años de edad.

Eugenio no era sólo un usurpador, sino también pagano y luchaba bajo el estandarte de dioses gentiles como Hércules y Júpiter. La mayor parte de los senadores de Roma le apoyaban. Se habían opuesto al cristianismo y ahora albergaban la esperanza de salvar al imperio de lo que consideraban la fatal destrucción de sus más importantes tradiciones. Por otro lado, Teodosio era un fervoroso cristiano y poco antes había prohibido todo culto a los dioses de los idólatras —tanto en público como en privado— y clausurado los templos. Su nombre significa «regalo de Dios» en griego, y quizá por ello estaba decidido a afianzar radicalmente la autoridad de la civilización cristiana griega que encarnaba la «Nueva Roma» —esto es, Constantinopla—, y a sustituir con ella el influjo de la «Antigua Roma», latina y pagana. Ahora, con la ayuda de los godos de Alarico, recluía definitivamente al emperador pagano en Occidente.

Los cristianos recibieron el triunfo como un milagro, pero desde el punto de vista de Alarico se trataba de un desastre que había costado demasiada sangre goda —se dice que en un solo día habían muerto diez mil godos—. Es probable que se tratase de una exageración, pero se sospechaba (posiblemente con fundamento) que Teodosio había expuesto deliberadamente a los godos al peligro a fin de reducir su número. En opinión de Orosio, un historiador cristiano de aquella época, Teodosio había obtenido dos victorias: una sobre el usurpador y otra sobre los godos^[13]. Desde luego habían surgido resquemores entre los godos, y Alarico decidió que había llegado el momento de obtener del imperio mucho más de lo que se les había ofrecido hasta entonces. Alarico se las arregló para que sus tropas le proclamasen rey (parece que Alarico significa «rey de todos^[*]») y comenzó así una nueva andadura que habría de convertirle en un enérgico negociador y en un defensor de los derechos de los godos.

Al morir Teodosio el 17 de enero del año 395 y dejar el imperio dividido entre sus dos hijos, Alarico debió de percatarse de que acababa de presentársele la mejor oportunidad para materializar sus planes. Oriente se hallaba nominalmente dirigido por Arcadio, quien por entonces contaba únicamente diecisiete años de edad, aunque la gobernanza había sido confiada a un regente. En Occidente el emperador era Honorio, que sólo tenía diez años, aunque el poder recaía en realidad en manos de Estilicón, el más fiel general de Teodosio. Estilicón sostenía que, en su lecho de

muerte, Teodosio le había designado tutor de sus dos hijos. Estaba claro que se preparaba una lucha por el poder en el imperio: ¿qué mejor momento que ése para que el nuevo cabecilla del pueblo godo afirmase su autoridad? En la primavera del año 395 Alarico se rebeló y su primera acción fue conducir a sus visigodos hacia Constantinopla para después asolar Grecia.

Sería una equivocación imaginar que Alarico y sus visigodos eran una banda trashumante de pacifistas envueltos en guirnaldas de flores que se rebelaban contra el férreo yugo de la dominación romana. La invasión goda de Grecia no fue una excursión de colegiales domingueros. Tras penetrar en tierras griegas, «comenzaron inmediatamente a saquear la comarca y a someter todas las poblaciones al pillaje, dedicándose a matar a todos los hombres, ya fuesen jóvenes o viejos, y a llevarse a las mujeres y a los niños, junto con el dinero», escribirá cien años más tarde el historiador pagano Zósimo. «En esta incursión, toda la Beocia [una región del centro de Grecia], así como la totalidad de las tierras por las que pasaron los bárbaros [...] quedaron arrasadas a tal punto que aún hoy pueden verse los restos de sus fechorías^[14]».

Las correrías de Alarico por Grecia se prolongaron hasta el año 397. Sin embargo, al permitir que sus tropas lo arrasaran todo, Alarico no se limitaba a proporcionarles un incentivo. Tenía planes a más largo plazo, ya que al proceder como lo había hecho obligaba al imperio romano a reconocer en los godos a un actor político digno de ser tenido en cuenta. Y al mismo tiempo enfrentaba al imperio de Oriente con el de Occidente, y lo estaba haciendo además con suma pericia.

En el verano del año 397, Estilicón partió de Roma y embarcó junto a su ejército con intención de expulsar a Alarico de Grecia. Al enterarse de la noticia, Alarico inició negociaciones con el regente del imperio de Oriente, un eunuco llamado Eutropio. El hombre no era ningún tonto: sabía que si Estilicón derrotaba a Alarico, el siguiente movimiento del vencedor sería apoderarse de Constantinopla. Por consiguiente, Eutropio llegó a un acuerdo con Alarico por el que parece haber concedido al jefe godo el puesto de *magister militum* —es decir, comandante supremo del ejército romano— del Ilírico (la región que durante gran parte del siglo xx habría de constituir Yugoslavia). Eso era exactamente lo que los caudillos godos habían estado soñando desde el año 376.

Pero Alarico era diferente.

ALARICO CONTACTA CON OCCIDENTE

El cargo de *magister militum* convirtió a Alarico en un *illustris* —es decir, en una persona de rango principal tanto en el Senado como en la más alta asamblea de la Iglesia, el consistorio—. De este modo, quedó transformado en una figura relevante

de la política imperial y por tanto adquirió la posibilidad —fuesen cuales fuesen las ambiciones personales que pudiese acariciar— de presionar en favor de los intereses de los godos del imperio.

Lo cierto es que Alarico el Godo jamás combatió con la intención de destruir Roma. Uno de sus coetáneos dice de él que «era cristiano y de apariencia más romana que goda^[15]». No, Alarico luchaba para tener derecho a formar parte del club, aunque al mismo tiempo también deseaba modificar la naturaleza de ese club. El imperio no era ya un crisol en el que se diera por supuesto que todo el mundo formaba parte de la cultura y la civilización romanas. Ahora abarcaba dos grandes culturas: la latina en Occidente y la griega en Oriente. Alarico quería que se aceptara a sus visigodos como una tercera fuerza, y que se les concediera un terruño propio en el que poder prosperar. No obstante, dio bastantes muestras de carecer de escrúpulos, al disponer la enemistad de las dos potencias del imperio, y no le importaba qué bando fuese el que le hiciese un hueco —Oriente u Occidente—, lo fundamental era conseguirlo.

Por el momento, Alarico se había aliado con Oriente, pero la agitación política que se vivía en la zona, puesto que los regentes se mataban y se sucedían unos a otros con vertiginosa rapidez, debilitó la estabilidad de cualquier acuerdo al que pudiese haber llegado. Por consiguiente, en el otoño del año 401, Alarico y sus godos tomaron una decisión de gran trascendencia. Resolvieron volver a hacer el petate, montarse en sus carromatos, dejar la tierra que habían ocupado durante los últimos veinticinco años y dar comienzo a una nueva migración que, a través de los Alpes, habría de conducirles al desconocido paisaje político de Italia. Aquello significaba cortar sus relaciones con Constantinopla y forzar un pacto con el hombre que hasta entonces había sido su enemigo: Estilicón.

Tras arrasar la campiña, los godos de Alarico marcharon sobre Milán, que durante más de cien años había sido la sede del gobierno de Occidente. El pupilo de Estilicón, el emperador de Occidente, Honorio, de diecisiete años de edad, huyó a refugiarse en Ravena, que contaba con cierta protección al estar rodeada por marjales. El mundo romano se sintió realmente alarmado ante el imparable ejército godo. Unos años más tarde, en la biblioteca del templo de Apolo de Roma, el poeta Claudiano recitó unos versos para conmemorar la victoria que había obtenido Estilicón sobre Alarico en el año 402. Aunque relativicemos lo que dijo, dado que el panegirista era también el principal consejero político de Estilicón, no es posible que la descripción del palpable temor que inspiraba el ejército de Alarico fuera totalmente inventada: «Tú y sólo tú, Estilicón, has disipado las tinieblas que envolvían nuestro imperio y restaurado su esplendor. Gracias a ti, la civilización —que casi se había desvanecido— ha quedado libre de su lúgubre prisión y puede avanzar de nuevo [...]. Ya no tenemos necesidad de mirar desde las murallas, reunidos en tropel como ovejas medrosas, y contemplar el resplandor de nuestros campos, incendiados por el enemigo^[16]».

Existía realmente miedo a que el imperio se hallara en las últimas, y a que todos aquellos feroces bárbaros que lo rodeaban no estuvieran sino esperando el momento

propicio para saltar sobre él. Según Claudiano, Estilicón arengaba a sus tropas antes de la batalla afirmando que todos los demás bárbaros esperaban el resultado del choque y que el hecho de que las fuerzas del imperio salieran victoriosas quitaría de la cabeza de los bárbaros cualquier idea de rebelión futura: «... los fieros pueblos de Britania y las tribus que moran en las orillas del Danubio y el Rin nos contemplan todos [...]. Llevaos ahora la victoria y habréis ganado muchas guerras no declaradas aún. Devolved a Roma su pasado esplendor; el cuerpo del imperio se tambalea; que vuestros hombros lo sostengan^[17]».

Estilicón atacó a los godos de Alarico el Domingo de Resurrección del año 402, mientras se hallaban rezando a las afueras de la ciudad de Pollentia, justo al sur del actual Turín. Pese a que Claudiano y otros intelectuales proclamaron que la batalla había sido una gran victoria romana, lo cierto es que Estilicón había dejado escapar a Alarico y que éste se había llevado consigo, más o menos intactas, a sus huestes.

Algunos romanos llegaron a la convicción de que Estilicón no estaba haciendo todo lo posible por suprimir a Alarico y a sus godos. Hubo incluso un informe que afirmaba que Alarico había establecido un pacto con Estilicón por el que ambos se habían comprometido a atacar Constantinopla, cosa que muy bien pudo ser cierta. En todo caso, habrían de pasar dos o tres años antes de que Estilicón y Alarico quedasen oficialmente convertidos en aliados. Alarico prometió contribuir con su ejército y ayudar a Estilicón a hacerse con la zona oriental del Ilírico, entonces en manos del emperador de Oriente, Arcadio. Él y sus godos esperaron en Epiro (la zona costera del noroeste de Grecia y el sur de Albania) a que llegara Estilicón. No obstante, su aliado no se presentó. Tenía que librar otras muchas batallas, ya que el imperio de Occidente sufría un levantamiento tras otro.

Al final, cuando quedaba ya poco para que se terminara el año 407, Alarico perdió la paciencia y marchó con su ejército hasta la provincia del Nórico (la actual Austria). Una vez allí exigió que se le entregaran mil ochocientos kilos de oro —no sólo en concepto de pagos atrasados por el tiempo que había tenido acantonadas sus tropas en Epiro (lo que resultaba razonable), sino para sufragar asimismo los gastos de su viaje a Milán y de su posterior desplazamiento al Nórico—. Esto equivalía a pedir a Roma que aceptara remunerar con cargo a sus propias arcas el privilegio de no ser invadida.

En el palacio imperial de Roma, Estilicón logró persuadir al reticente Senado y obtuvo su aprobación para entregar a Alarico la suma de 1360 kilos de oro, con el argumento que el godo aceptaría la componenda. Se oyó murmurar a un senador de elevada posición llamado Lampadio: «Esto no es un acuerdo de paz, sino una cadena que nos esclaviza^[18]».

Lampadio no era el único que pensaba que todo aquel asunto era un escándalo. El hábito de llegar a acuerdos con los bárbaros había terminado por resultar políticamente insostenible, y Estilicón comenzó a perder el ascendiente que hasta entonces le había permitido influir en Honorio. En mayo de 408 murió Arcadio, el

emperador de Oriente. El heredero al trono era su hijo de siete años Teodosio II, pero por esta época Honorio se había obsesionado con la idea de que Estilicón abrigaba ambiciones imperiales. Mandó asesinar a los aliados de Estilicón y dio orden de que se arrestara al general. Estilicón se acogió a sagrado en una iglesia. Sin embargo, los soldados del emperador juraron ante el obispo que no habían venido a matar a Estilicón sino únicamente a detenerle. Con todo, tan pronto como el general fue entregado se le anunció su sentencia de muerte y se le condujo al lugar en el que ésta debía ser ejecutada. Los partidarios que aún le quedaban trataron de evitar el desenlace, pero Estilicón les pidió que depusieran las armas y se encaminó tranquilamente al cadalso en la más pura tradición del antiguo estoicismo romano. Procedía de cuna vándala y le habían llamado bárbaro, pero quería mostrar que era el último representante de lo que un día había sido Roma, y que con su muerte era la misma Roma la que desaparecía.

Con la perspectiva del tiempo cabe decir que no podrían haberse hecho peor las cosas. Honorio, de veintitrés años, acababa de ejecutar al único general que había sido capaz de hacer frente a la amenaza que representaba Alarico. Y la ejecución de este comandante vándalo desencadenó por toda la Ciudad Eterna un catastrófico pogromo contra los bárbaros. Las víctimas fueron las mujeres y los hijos de los bárbaros que integraban las fuerzas auxiliares del ejército de Estilicón.

Tras eliminar, como a una señal convenida, a todos los bárbaros presentes les despojaron de cuanto poseían. Cuando los parientes de quienes habían sido asesinados se enteraron de los hechos llegaron de todas partes a reunirse en un mismo punto. Y como se sentían profundamente indignados con los romanos por la impía violación de las promesas que habían hecho en presencia de los dioses, todos ellos resolvieron unirse a Alarico y ayudarle en su guerra contra Roma^[19].

Se decía que habían sido treinta mil los soldados bárbaros del ejército romano que habían desertado para sumarse a las fuerzas de Alarico. Por si fuera poco, los miles de combatientes que habían sido vendidos como esclavos tras las derrotas de los demás grupos de godos aprovecharon ahora el caos general y abandonaron su cautiverio para ir a engrosar aún más las filas del ejército de Alarico.

ALARICO PONE CERCO A ROMA EN EL AÑO 408 D.C.

Alarico juzgó que la situación estaba ya lo suficientemente madura como para poder arrancar a Roma el acuerdo que había estado buscando. Para aumentar aún más las dificultades de los romanos, emprendió una larga marcha sobre la capital. Ordenó a

su cuñado Ataúlfo que se uniera a él junto con su considerable contingente de godos y hunos. No encontró oposición alguna en su avance hacia el sur y, según Zósimo, la marcha estuvo incluso rodeada por una especie de clima festivo.

La única reacción de Honorio consistió en intensificar la caza de brujas contra todo aquel que hubiera tenido el más mínimo tipo de vínculo con Estilicón. Ordenó que se llevase a Roma al hijo del general y se le ejecutara. Después recompensó a los dos eunucos que habían perpetrado la fechoría con los cargos de chambelán y vicechambelán del imperio. A continuación asesinó al comandante de las tropas de Libia por estar casado con la hermana de Estilicón y concedió su puesto al hombre que había matado al general vándalo.

El Senado se sumó al disparate. En lugar de adoptar medidas prácticas para contrarrestar el avance de los godos, votó la condena a muerte de la esposa de Estilicón, Serena. Los nobles senadores estaban convencidos de que era ella —y sólo ella— la causa de que los bárbaros se abalanzasen sobre la ciudad. El argumento que los había persuadido era éste: «Una vez nos hayamos desembarazado de Serena, Alarico se retirará de la ciudad, porque no quedará en ella nadie capaz de traicionarla y darle esperanzas de verla caer de este modo en sus manos». Serena fue ejecutada según lo previsto^[20]. Lo que sólo consigue demostrarnos que la idiotez política no es privativa de nuestra época.

Para asombro de los senadores, la muerte de Serena no frenó en modo alguno el avance de los godos. Alarico puso cerco a Roma, se adueñó del Tíber y cortó los suministros que llegaban a la ciudad a través del puerto de Ostia. Los senadores se dispusieron a resistir, ya que suponían que el emperador, que se hallaba en Ravena, enviaría fuerzas en su auxilio. O eran muy optimistas o estaban pésimamente informados de las prioridades del emperador. Del cuartel general del imperio no llegó ayuda alguna.

Los habitantes de Roma estaban asimismo mal informados respecto a sus sitiadores. En el paranoide mundo dominado por la obsesiva persecución que había emprendido Honorio contra el fantasma de su antiguo general había corrido el rumor de que los bárbaros que se encontraban a las puertas de Roma no tenían como cabecilla a Alarico, sino a un pariente de Estilicón que se había presentado allí con idea de vengarse. Las condiciones en el interior de Roma se hicieron desesperadas, y los ciudadanos «se vieron enfrentados al peligro de comerse unos a otros^[21]». San Jerónimo refiere haber oído que una mujer había llegado a devorar a su hijo recién nacido.

Al final, los romanos enviaron una embajada a Alarico para decirle que estaban dispuestos a luchar pero que se avenían a negociar la paz. Zósimo señala que los emisarios se sintieron avergonzados al comprobar lo erróneos que eran los informes que tenían del enemigo que les atacaba. Alarico se mostró despreciativo. Se les rió a la cara y contestó a sus propuestas con «arrogancia y presunción». Exigió que los romanos le entregaran todo el oro y la plata que hubiera en la ciudad, cuantos bienes

hubiera en las viviendas y la totalidad de los esclavos bárbaros. Uno de los embajadores preguntó: «Si toma usted todas esas cosas, ¿qué les quedará a los ciudadanos?». A lo que Alarico replicó: «La vida^[22]».

Acordaron 2260 kilos de oro, 13 600 de plata, 3000 pieles encarnadas de carnero (el de los godos debió de convertirse en un ejército muy elegante) y 1360 kilos de pimienta (ya estaban, desde luego, muy curtidos). Para poder pagar el rescate, los romanos dejaron los templos sin plata ni oro, e incluso llegaron a fundir las estatuas de esos metales que encontraron. Entre ellas estaba la dedicada al Valor de la Fortaleza. «Con la destrucción de la efigie —dice Zósimo— desapareció por completo cuanto quedaba del coraje y la intrepidez romanas^[23]».

Una vez entregados los tesoros, Alarico permitió que los ciudadanos circularan libremente entre la ciudad y el puerto, y suspendió por espacio de tres días seguidos los impuestos que gravaban las ventas y el pago de los cánones. Cuando el cabecilla godo se enteró de que algunos de los bárbaros no respetaban el derecho de paso de los ciudadanos «procuró por todos los medios impedir que se reprodujeran tales actos, los cuales habían ocurrido sin él saberlo ni consentirlo^[24]».

Alarico parecía estar a punto de conseguir lo que siempre había deseado. El prefecto pretoriano de Italia, Jovio, negoció con gran esfuerzo un acuerdo de paz en nombre de Honorio. Se concedería anualmente una cierta cantidad de oro a Alarico y a sus godos, así como una medida de trigo, y se les permitiría asentarse en las regiones del Véneto, Austria y Croacia. Éste era el trato que debía dar paso a una armónica convivencia en el nuevo imperio formado por las tres naciones: la latina, la griega y la goda. Era la única forma de salir adelante, y Jovio envió al emperador el texto del pacto junto con una carta en la que aconsejaba a Honorio que nombrase a Alarico comandante de sus dos ejércitos, ya que el imperio necesitaba las tropas bárbaras, y si Alarico no contaba con un cargo conveniente no habría paz.

No obstante, el emperador tendía más a seguir los malos consejos que los buenos. Reprendió a Jovio por su «imprudente temeridad» y dijo que «jamás debería investirse a Alarico o a cualquiera de sus familiares de dignidad o mando alguno^[25]». Frustrado, a Alarico no se le ocurrió mejor forma de persuadir al emperador que lanzar un nuevo ataque contra Roma. Desesperado, envió a una delegación de obispos ante Honorio a fin de que éstos «aconsejaran al emperador que no permitiera que una ciudad tan noble, que durante más de mil años había dominado buena parte del mundo, fuera capturada y destruida por los bárbaros, y que no consintiese que las llamas enemigas derruyesen sus magníficos edificios, sino que optase por acordar la paz en condiciones razonables^[26]». A continuación, los prelados presentaron las propuestas de paz de Alarico, quien las había planteado en los términos más razonables que cabía formular: desistió de la exigencia de un tratamiento especial y manifestó que sólo deseaba poder asentarse en dos zonas situadas en un extremo del Danubio que «sufren el acoso de continuas incursiones y aportan muy escasos ingresos al Tesoro público». Además de lo anterior, «lo único que exigía era disponer

del trigo que el emperador considerase oportuno concederle, comprometiéndose a reducir su demanda de oro. Quería además que entre él y los romanos perdurase una relación de amistad y alianza, de manera que juntos se opusieran a todo aquel que se alzara frente al imperio^[27]».

Era demasiado bonito para ser cierto. ¿Cómo podría nadie en su sano juicio rechazar semejantes propuestas? ¿Estaba Alarico realmente tan desesperado por conseguir un lugar de asentamiento para su gente? ¿O es que se había dado cuenta de que Honorio jamás llegaría a un acuerdo y por tanto ponía sobre la mesa la oferta de paz más extravagantemente razonable de cuantas pudieran concebirse a fin de quedar él mismo libre de toda responsabilidad respecto a lo que pudiera suceder a continuación? Si Roma recibía un duro golpe iba ser claramente por culpa del emperador.

Sin embargo, Honorio tenía una reputación que mantener —la de su terca insensatez—, y desestimó las propuestas. Alarico avanzó una vez más sobre Roma y se hizo con el control del puerto. Roma recibía sus suministros de grano de las inmensas fincas coloniales que el imperio poseía en el norte de África, y los ciudadanos, al enfrentarse a una muerte segura por inanición, capitularon. Se le abrieron las puertas de la ciudad.

ALARICO DESIGNA EMPERADOR

Fue una situación extraordinaria casi increíble. Un cabecilla bárbaro se había adueñado de Roma y tenía la facultad de designar funcionarios y realizar nombramientos a su antojo. Con el beneplácito del Senado, Alarico llegó incluso a poner en el trono a un nuevo emperador. Su candidato era el prefecto de la ciudad, un pagano tradicionalista llamado Atalo, y durante un tiempo la ciudad disfrutó de una momentánea mejora en su gobierno. Alarico fue nombrado vicecomandante del ejército romano y todas las perspectivas parecían prometedoras. Salvo, claro está, por el hecho de que Honorio no estaba de acuerdo con nada de todo aquello. Y puesto que aún controlaba África, el granero de Roma, la primera tarea de Atalo tendría que ser apoderarse de Cartago.

Sin embargo, Atalo iba a resultar un desastre. Un adivino le dijo que habría de someter Cartago y toda el África sin necesidad de combatir, así que se limitó a enviar al frente del ejército imperial de África a un general designado por él —pero el hombre fue asesinado al llegar a su destino—. Entonces Atalo envió a África una gran cantidad de dinero con la esperanza de que, de algún modo, aquello sirviera para arreglar las cosas. En ese instante Alarico empezó a percatarse de que había colocado en el trono imperial a un hombre «que concebía sus proyectos con la más insensata temeridad, sin razón ni perspectiva de ventaja alguna^[28]». Y Honorio, a quien se

seguía obedeciendo en África, se aseguró de que no llegara trigo ni aceite alguno a Roma. En la ciudad, la hambruna fue aún mayor que la del año anterior. La broma más socorrida en el hipódromo consistía en gritar: «¡Poned precio a la carne humana!»^[29].

Al final, Alarico no pudo seguir sosteniendo por más tiempo los disparates de su patrocinado. Marchó a Rímini, en la costa adriática, donde se hallaba a la sazón Atalo tomando el sol, y allí mismo, en público, despojó de la diadema y de la púrpura al emperador que él mismo había elegido. Alarico, el jefe godo, podía nombrar y destituir a un emperador romano, así, sin más. No estaba mal para un humilde bárbaro del delta del Danubio. No hay momento en el que se haga más patente el atractivo de Alarico como destacada figura histórica que este en el que trata de semejante modo al exasperante Atalo. Tras destituirle de su cargo, el caudillo godo le condujo de vuelta a Roma y puso al exemperador y a su hijo bajo arresto en el palacio que había requisado en la urbe. Atalo se encontraría a salvo hasta que finalmente se alcanzase un acuerdo de paz con Honorio^[30].

Era incluso posible que Alarico hubiera llegado ya a un arreglo con Honorio, y que parte del trato consistiera en destronar al emperador rival a cambio de la paz. En cualquier caso, Alarico envió la diadema y el manto imperiales a Honorio, y partió para Ravena a fin de confirmar el tratado que se fraguaba entre ambos. No obstante, poco antes de llegar a la ciudad, fue víctima de un ataque, evidentemente con el consentimiento de Honorio^[31]. Alarico, que vio que la paz volvía una vez más a quedar fuera del orden del día, se vio forzado a utilizar su último recurso. Dio media vuelta y saqueó Roma. El saqueo de Roma no fue un triunfo del poderío militar godo: constituyó el último y desesperado acto de la diplomacia de Alarico, y se saldó con un fracaso.

ALARICO SAQUEA ROMA EN EL AÑO 410

Todo cuanto rodea al saqueo que Alarico infligió a Roma resulta extraordinario. La forma en que los godos lograron penetrar en la ciudad, lo que hicieron una vez que hubieron irrumpido en ella, de qué modo la abandonaron... Todo resulta increíble.

Alarico se veía ahora por tercera vez a las puertas de Roma, pero en esta ocasión el asedio no iba a ser largo. Los godos entraron en la ciudad la noche del 24 de agosto de 410. Los romanos aún recordaban los relatos que narraban la hazaña de los celtas, que habían tomado la ciudad ochocientos años antes. Desde aquella traumática experiencia, todo el objeto de las conquistas de Roma había radicado en evitar que volviera a producirse otro acontecimiento semejante —la obsesión se había centrado en expandir el poder de Roma en todas direcciones, en romanizar o matar a los bárbaros que rodeaban al imperio, y en lograr que la ciudad se encontrara a salvo—.

Ahora, sin embargo, todos aquellos esfuerzos se revelaban baldíos.

En Belén, san Jerónimo dejó escrito que no tenía palabras para expresar su pesadumbre: «El mundo entero pereció en una ciudad». Pelagio, el hereje, que de hecho se encontraba en Roma en aquellos momentos, acertó únicamente a comparar el saqueo con el juicio final, suceso en que el terror iguala a todos los seres humanos:

Roma, concubina del mundo, se estremecía, abrumada de pavor, con el sonido de las resonantes trompetas y los clamores de los godos. ¿Dónde estaba entonces la nobleza? ¿Dónde las supuestas divisiones inmutables de la sociedad? Todos formaban una masa compacta, sacudida por el miedo. Todos los hogares conocieron la congoja y el omnipresente terror se apoderó de nosotros. Esclavos y nobles eran uno solo. Un mismo espectro funesto caminaba airadamente ante todos nosotros^[32].

¿De verdad? Porque lo que resulta extraño es que, una vez dentro de la ciudad, Alarico y sus godos observaron al parecer un comportamiento que ningún otro ejército invasor había mostrado antes ni habría de volver a manifestar en el futuro.

En primer lugar, Alarico había cursado órdenes estrictas de que se limitara el derramamiento de sangre. Orosio, que escribe en una época en que aún se conservaba fresco en la memoria el recuerdo del saqueo, refiere que Alarico «dio órdenes de que no se tocara ni agrediera a todos aquellos que se hubieran acogido a sagrado, especialmente en las basílicas de los santos apóstoles Pedro y Pablo^[33]». Hubo unos cuantos incendios, pero la ciudad apenas sufrió daños.

Alarico, por supuesto, permitió que sus hombres se entregaran al saqueo y al pillaje, aunque incluso en este aspecto se mostró cierta contención. Uno de los godos, que era cristiano, preguntó a una anciana dónde podía encontrar oro y plata. La mujer trajo entonces la patena y los adminículos sagrados de los apóstoles Pedro y Pablo y se los entregó al soldado diciendo: «Ahora eres tú quien deberá cuidar de ellos, puesto que a mí me es ya imposible». Al enterarse Alarico de lo sucedido, ordenó celebrar una gran procesión por toda la ciudad y en ella se exhibió la patena, que fue colocada alternativamente sobre la cabeza de todos los presentes y llevada bajo la custodia de «una doble hilera de espadas en alto; romanos y bárbaros a una elevaron un mismo himno a Dios en público^[34]».

El oro y la plata de las casas quedó estrictamente a salvo en caso de que se utilizara con fines religiosos, y los presuntos violadores eran rechazados con vergüenza al ser delatados por las damas romanas. En el botín que se llevaron los godos figuraba la propia hermana del emperador Honorio, Gala Placidia, a quien Alarico trató «con todos los honores y miramientos debidos a una princesa^[35]». Para ser un «saqueo» no parece que resultara tan terrible.

Honorio, que se hallaba en Ravena, pareció captar la médula de la situación.

Cuando uno de los eunucos, el que se encargaba de las aves de corral, irrumpió en la sala en que se encontraba el emperador e informó de que Roma había perecido, Honorio exclamó: «¡Pero si acaba de comer de mi mano!». El eunuco, al comprender que el emperador creía que se había referido a un gran gallo joven que él tenía y al que se le había dado el nombre de *Roma*, explicó que era la ciudad lo que había fenecido. El emperador suspiró con alivio y replicó: «Pero qué susto, amigo mío, creía que era mi gallo *Roma* el que había dejado este mundo». Lo que únicamente nos muestra que Honorio no tenía ni idea de cómo contar un buen chiste^[36].

Teniendo en cuenta que se trataba del asalto a una ciudad, todo aquello resultó ser, a fin de cuentas, un pillaje bastante extraño, y el final habría de revelarse igualmente extraordinario. Tras pasar tres días dedicado a tan apacible alboroto, Alarico simplemente levantó el campo y se marchó. Era evidente que los godos no podían vivir en una ciudad que se moría de hambre y, al parecer, los planes de Alarico consistían en embarcar a todos sus hombres, poner rumbo a África y establecerse allí. Sin embargo, no era eso lo que iba a suceder. Tras avanzar con éxito hasta Calabria y tratar de organizar, con bastante menos fortuna, una expedición naval para cruzar el estrecho de Mesina, Alarico cayó enfermo y murió.

Pese a todas sus atractivas cualidades, Alarico había fallado en lo fundamental. El pueblo godo seguía sin contar con un hogar permanente, y todo lo que Alarico había logrado era saquear la ciudad de la que tanto anhelaba formar parte.

LAS IMPLICACIONES DEL SAQUEO DE ROMA

No hay duda de que el saqueo de Roma a manos de Alarico supuso una profunda conmoción para todos. «¿Qué nos quedará si Roma se derrumba?», gemía san Jerónimo. Sin embargo, para quienes lo vivieron, el significado del año 410 no fue el que hoy le atribuimos.

El principal tema de conversación entre los contemporáneos de Alarico no eran las presiones económicas o políticas que se habían generado como consecuencia de aquella catástrofe, sino el relacionado con el dilema de a quién debía atribuirse la responsabilidad de aquel terrible acontecimiento: a los paganos o a los cristianos. En 410 no se habían cumplido aún cien años desde que el imperio se convirtiera al cristianismo. Sólo habían transcurrido ochenta y seis años desde que se prohibieran los sacrificios paganos, y no más de diecinueve desde que quedaran proscritos todos los cultos a los dioses gentiles. Según refiere Orosio, cuando Alarico se presentó a las puertas de Roma, los paganos de la urbe «se congregaron diciendo [...] que la ciudad había dejado de contar con el amparo divino y que habría de perecer muy pronto debido a que se había desentendido por completo de sus dioses y sus ritos sagrados», a lo que el autor hispanolatino añade: «[además], se cargaba públicamente de

reproches el nombre de Cristo, como si fuera un azote de la época^[37]».

Fue un hueso duro de roer para los cristianos. Las pruebas eran claras y abrumadoras. Durante ochocientos años, Roma había logrado mantener a raya a los bárbaros. Entonces había decidido dar la espalda a sus antiguos dioses y abrazar una religión de moda que no parecía causar más que problemas a sus fieles. ¿Y qué era lo que sucedía entonces? Se producía lo imposible. La historia de Breno se repetía y las hordas bárbaras se pavoneaban una vez más por las sagradas calles de Roma.

Para la gente de la época el más importante significado del saqueo de Roma era que parecía asestar un duro golpe a la religión cristiana. Ésa es quizá la razón de que Alarico, quien a fin de cuentas era también cristiano, abandonara su rutilante trofeo. Simplemente le habría resultado imposible soportar la idea de convertirse no sólo en el destructor de la ciudad, sino asimismo en el aniquilador de la fe de los cristianos que vivían en ella.

El obispo de Hipona, una población del norte de África, se quejaba de que muchos de los que echaban la culpa del saqueo de Roma a los cristianos no habrían conseguido escapar de la carnicería de no haber fingido pertenecer ellos mismos a esa religión^[38]. El buen obispo sería posteriormente canonizado, y por eso ha pasado a la historia como san Agustín. Tanto le preocupó el perjuicio causado a la fe cristiana por el saqueo que Alarico infligiera a Roma que escribió veintidós libros para contrarrestar sus efectos negativos, englobados bajo el título general de *La ciudad de Dios contra los paganos*.

Uno de los argumentos centrales de la mencionada obra de Agustín es que, lejos de probar que el cristianismo presenta deficiencias que no se encuentran en los viejos ritos paganos, el saqueo de Roma del año 410 fue un honroso espaldarazo para la nueva religión, ya que Alarico —en un acto que lo diferencia de cualquier otro invasor— mostró gran clemencia con la gente. En el capítulo titulado «La crudeza en la destrucción de Roma fue producto de la tradición bélica. La clemencia vino de la fuerza del nombre de Cristo», escribe: «En cambio, lo insólito allí ocurrido, el que, cambiando su rumbo los acontecimientos de una manera insospechada, el salvajismo de los bárbaros se haya mostrado blando hasta el punto de dejar establecidas, por elección, las basílicas más capaces para que el público las llenase y evitaran la condena, se lo debemos al nombre de Cristo: allí a nadie se atacaba; de allí nadie podía ser llevado preso^[39]». Por supuesto, Agustín añade casi inmediatamente que no debemos confundirnos: ¡líbrenos Dios, de atribuir esta paciencia a los propios bárbaros!, viene a decirnos —¡por supuesto, que no!—. Fue Cristo quien «les fue poniendo freno y los ablandó» —dado que, evidentemente, Alarico era cristiano.

EL REINO VISIGODO

Agustín se equivocaba: sus protestas eran excesivas. Lo cierto es que la ciudad salió del saqueo en perfectas condiciones y que en el plazo de pocos años recuperó su antiguo modo de vida. Ahora bien, el desplome del imperio de Occidente se hubiera producido con o sin «saqueo», y la identidad de Roma se estaba diluyendo como consecuencia del aumento del número de cristianos, que estaban imponiendo su nueva civilización a la ciudad pagana. En ese escenario habían irrumpido los godos de Alarico y, al servicio de Teodosio, habían diezmado al ejército de la Roma pagana del emperador Eugenio.

Agustín y los demás teólogos de la Iglesia que hacían campaña contra el paganismo y la «herejía» estaban creando un nuevo orden político, concebido para sustituir al antiguo imperio. En ese nuevo mundo, la importancia de la ciudad de Roma era más sentimental que práctica: rara vez se veía aparecer por esa capital a los emperadores, la mayoría de los senadores vivían apartados de la ciudad, y en la época en que se presentó Alarico, la población de la urbe había perdido alrededor de las dos terceras partes de los habitantes que tuviera en tiempos de su máximo apogeo demográfico, época en que alcanzó una cifra situada en torno al millón de individuos. Si en Oriente el nuevo orden cristalizó en el imperio cristiano de Bizancio, en Occidente quedó reducido a un mosaico de reinos cristianos que se identificaban con Roma pero que no reconocían en la ciudad otro poder que el de la Iglesia. Y fue aquí donde finalmente habrían de encontrar los godos un espacio propio.

Tras la muerte de Alarico, los godos se trasladaron al sur de la Galia, capitaneados por el cuñado de Alarico. Al parecer, Ataúlfo había mantenido en alguna ocasión puntos de vista diferentes a los de Alarico en relación con Roma, ya que se inclinaba más a sustituirla por un poder godo que a lograr que la ciudad les aceptara a ellos. Sin embargo, ahora daba la impresión de haber perdido totalmente la confianza en su propia gente y de haber decidido que los godos necesitaban la mano firme de la autoridad romana. En el año 415, un ciudadano de Narbona transmitió a san Jerónimo las ambiciones políticas, ya bien meditadas, de Ataúlfo, y Orosio fue testigo de la conversación. Según parece, Ataúlfo habría dicho lo siguiente:

Cuando tenía plena confianza en el valor y la victoria, hubo un tiempo en el que aspiraba a cambiar la faz del universo; a hacer olvidar el nombre de Roma; a levantar sobre sus ruinas el reino de los godos; y a adquirir, al igual que Augusto, la inmortal celebridad que corresponde al fundador de un nuevo imperio. Tras reiteradas experiencias, quedé gradualmente convencido de que las leyes son una necesidad esencial si se quiere conservar y regular el funcionamiento de un Estado bien constituido, y asimismo de que el fiero e intratable humor de los godos era incapaz de aceptar el saludable yugo del derecho y la gobernación civil. A partir de aquel momento procuré a mi ambición un distinto objeto de renombre; de ahí que hoy sea mi sincero deseo que la gratitud de las edades venideras reconozca el mérito de un extranjero

que blandió la espada de los godos no con intención de subvertir, sino de restaurar y mantener, la prosperidad del imperio romano^[40].

Uno se pregunta a qué repetidas experiencias puede estarse refiriendo.

Ataúlfo decidió casarse con Gala Placidia —a la que regaló cincuenta recipientes repletos de oro y otros cincuenta colmados de joyas—, y trató además de auparse al poder, para saberse del lado ganador en su nueva lealtad a Roma, a un Augusto elegido por él mismo. Sin embargo, fue asesinado en el año 415. Los ejércitos romanos empujaron a los visigodos de Ataúlfo hasta Hispania y se deshicieron del emperador que actuaba como marioneta suya. Sin embargo, el sucesor de Ataúlfo, Valia, hizo las paces con Honorio, quien terminó por aceptar el pacto que tan obstinadamente había negado a Alarico. Valia entregó a Gala Placidia, hermana de Honorio, al emperador, y en el año 417 se le concedió el derecho a instalarse en la Aquitania, región en la que los godos habrían de residir en calidad de *fœderati* —esto es, de aliados independientes de Roma que, por primera vez, no se hallaban separados de ella por una frontera—. Por esto había luchado Alarico con tanto ahínco: por un territorio godo obtenido por negociación y situado en el interior del imperio, no en sus márgenes. Valia estableció su corte en la Tolosa francesa, que pasó a convertirse en la capital de un reino cristiano visigodo.

Habían sido los cristianos los que habían dado la puntilla al imperio de Occidente. Pero iban a ser los bárbaros quienes alumbraran la Europa en la que hoy vivimos.

TERCERA PARTE
LOS BÁRBAROS DEL ESTE

Los helenos

Los romanos se hallaban prácticamente rodeados por los bárbaros. Tenían bárbaros por su flanco oeste, bárbaros al norte y bárbaros al este. Desdeñaron a los del norte y el oeste (es decir, a los celtas, los godos y los germanos) por considerarlos primitivos e incivilizados. No obstante, cuando trataron de hacer lo mismo con los bárbaros de Oriente descubrieron que habían topado con un hueso más duro de roer. Oriente fue la región en la que Roma encontró la horma de su zapato.

Y fueron dos los distintos ámbitos que le hicieron comprender que había chocado con un igual: el militar y el intelectual. El imperio persa obstaculizaba las ambiciones territoriales de Roma en Oriente. Por otro lado, el mundo helénico se hallaba políticamente incluido en el orbe romano, aunque, aparte de eso, consiguió transformar la vida intelectual de Roma. En palabras del poeta romano Horacio: «Grecia esclavizada, esclavizó a su feroz conquistador^[1]». En ambos casos, la fe de Roma en su propia superioridad hubo de enfrentarse al desafío del impedimento con el que había tropezado. Sin embargo, la historia que nos han contado, es decir, la historia de la grandeza de Roma, ha conseguido ingeniárselas para pasar por alto estas realidades.

La conquista de Grecia hizo que Roma se volviera aún más griega, hasta el punto de que el traslado de la sede imperial a la ciudad griega de Constantinopla llegó a considerarse la cosa más natural del mundo. A medida que Roma fue evolucionando y convirtiéndose en una potencia predominantemente oriental, su gran conflicto con Persia pasó a constituir el asunto más importante del proyecto imperial —la lucha con los persas habría de durar siglos, y al final obligó al imperio a sangrar a su región occidental hasta el agotamiento a fin de sufragar los gastos que provocaba la defensa de Oriente.

Sin embargo, si el imperio romano fue modificándose bajo la influencia de Grecia, también Grecia quedó transformada como consecuencia de su contacto con Roma. Aunque los romanos se habían acostumbrado a considerarla la cuna de la cultura, la literatura y las artes, Grecia había sido asimismo la civilización que mayores innovaciones científicas y técnicas había aportado al mundo. No obstante, dondequiera que gobernaran, los romanos rechazaban las novedades. En ningún otro lugar queda más claramente demostrado el efecto del peso muerto que suponía el estancamiento romano que en sus relaciones con el mundo helénico.

EL MECANISMO DE ANTIQUITERA

En 1900, un hombre llamado Elías Stadiatos se hallaba buceando en busca de esponjas en las costas de la isla griega de Antiquitera. Cuando le izaron sobre el puente de la oxidada embarcación que servía de puesto de buceo, tenía los ojos desorbitados y balbuceaba que había visto un «bulto con forma de mujer desnuda» en el fondo marino^[2]. Al final se descubrió que no era que el pobre hombre sufriera alucinaciones, sino que había dado con el pecio sumergido de un barco hundido en la Antigüedad que aún conservaba un inestimable cargamento de tesoros artísticos — presumiblemente mientras navegaba rumbo a Roma.

Durante los dos meses siguientes los buceadores extrajeron del mar un tesoro fabuloso: joyas, vajillas, muebles, piezas de cerámica y decenas de objetos diferentes, entre los cuales figuraban algunas estatuas de piedra así como otras de bronce, de menor tamaño. Entre las riquezas halladas había un herrumbroso trozo de metal cubierto de conchas y algas que aún dejaban entrever lo que parecía ser algún tipo de engranaje. Uno de los buceadores lo había sacado a la superficie porque bajo la herrumbre parecían atisbarse algunos trozos de bronce, pero entre tantas y tan espléndidas obras de arte clásicas parecía difícil que nadie pudiese dedicar la menor atención a aquel cachivache. Además, se rompió en varios pedazos poco después de haber sido expuesto al aire atmosférico y lo que quizá fuera el bastidor de madera al que se hallaba sujeto quedó completamente deformado. No obstante, muchos años después se caería en la cuenta de que se trataba del objeto más valioso de todos, ya que habría de revolucionar nuestra comprensión del mundo antiguo.



El mundo de griegos y partos en el año 100 d. C. aproximadamente

El artilugio tenía grabados unos signos astronómicos, y durante unos cincuenta años constituyó un misterioso rompecabezas que de vez en cuando hacía fruncir el ceño a los eruditos y a los especuladores. Hubo quien sugirió que se trataba de una especie de astrolabio (un arcaico aparato de navegación), pero otros estudiosos insistieron en que eso superaba los conocimientos de los antiguos griegos. En

cualquier caso, era mucho más complejo que un astrolabio. Resultaba obvio, insistían los escépticos, que no se trataba en modo alguno de un aparato griego.

Sin embargo, al final, un físico e historiador de la ciencia británico, Derek de Solla Price, se presentó en el Museo de Atenas con intención de llevar a cabo un estudio pormenorizado de aquel extraño artefacto. Tras ocho años de investigaciones anunció que se trataba de una complejísima máquina de precisión^[3]. El dispositivo contenía unas treinta ruedas dentadas, aunque las letras que se habían labrado en su superficie sólo podían pertenecer al siglo I a. C. La hipótesis era tan descabellada que un catedrático le contestó que el único modo de poder considerar cierto ese planteamiento era suponer que alguien que se encontrara navegando más de mil años después por las inmediaciones del pecio lo hubiera dejado caer por la borda.

En el año 1971, todavía convencido de que tenía que estar en lo cierto, Price persuadió a la Comisión Griega de la Energía Atómica para realizar un experimento con la nueva tecnología de rayos gamma y examinar así la oxidada pieza de bronce. Se obtuvieron unas placas fotográficas gracias a las cuales logró reconstruir el ingenio y probar en qué fecha había sido confeccionado. La reconstrucción de Price sacó a la luz un mecanismo de aspecto similar a los que existían en el siglo XVIII —aunque en realidad se trata de una máquina de computación mecánica fabricada con toda probabilidad en la isla de Rodas, frente al extremo suroccidental de la Turquía contemporánea, en torno al año 80 a. C.—. El instrumento muestra las posiciones del Sol y la Luna en unos cuadrantes que no indican datos relativos a un día o una semana, sino a un período de cuatro años^[4].

Y de pronto quedó claro que la idea que los historiadores tenían del mundo no romano estaba muy, pero que muy equivocada. En una época en la que el calendario romano presentaba un desfase de más de ochenta días, de modo que la gente afirmaba estar celebrando las fiestas de la primavera pese a encontrarse en plena canícula veraniega, un taller griego de Rodas concebía y realizaba un aparato capaz de mostrar las posiciones exactas de los cuerpos celestes y de ofrecer los resultados en unas esferas de fácil lectura.

Michael Wright, exconservador de objetos de ingeniería mecánica del Museo de Ciencias de Londres, ha fabricado una reproducción del mecanismo de Antiquitera a partir de sus propias deducciones. Su utensilio posee setenta y seis ruedas dentadas, ¡y una de las agujas indicadoras emplea setenta y seis años en efectuar una rotación completa! Se trata de un complejo modelo operativo del sistema solar. «El usuario o la usuaria puede marcar la fecha que desee —dice Wright— y el instrumento le señalará las posiciones que ocuparían en el cielo el Sol, la Luna y los cinco planetas entonces conocidos».

No está claro para qué se utilizaba. Quizás el aparato fuera únicamente un medio para predecir las fases de la Luna o los eclipses. O quizá se empleara para realizar previsiones astrológicas. La astrología era una ciencia fundamental en el mundo antiguo. Constituía la fuerza impulsora que hacía avanzar la astronomía de Egipto y

Babilonia, y condujo al desarrollo de una compleja matemática con la que poder calcular el movimiento aparente de las estrellas y los planetas. (De hecho, el vínculo entre la astrología, la astronomía y las matemáticas continuó siendo muy estrecho incluso después de la época de Newton, en el siglo XVII). No obstante, quizá se tratase simplemente de una herramienta con la que explorar los misterios del cosmos —a los griegos les fascinaba la especulación científica y filosófica de carácter abstracto.

Fuera cual fuese el uso que se le diera, no había duda de que su diseño y construcción superaban con mucho las capacidades de los romanos. Pese a lo que la mayoría de la gente piense, había culturas no romanas competentes que ciertamente fabricaron máquinas extremadamente complejas —hasta que los romanos se hicieron con el poder.

ROMA, LA DESTRUCTORA

Roma fundó su imperio en la destrucción de otras civilizaciones. Cartago, una de las grandes ciudades del mundo antiguo, fue arrasada por los romanos en el año 146 a. C.^[5] La urbe había contado en su día con grandes bibliotecas repletas de libros escritos en la lengua que hablaba aquella cultura: el púnico. No ha llegado hasta nosotros una sola línea del idioma púnico. El Templo de Jerusalén fue destruido y sus enseres llevados a Roma, así que nada de lo que podamos hacer, salvo la especulación, nos permitirá vislumbrar el modo en que pudo haber funcionado ese oratorio en vida de Jesús. Sabemos que los druidas poseían distintas doctrinas, pero la práctica totalidad de sus escritos fueron destruidos. Los dacios contaban con una filosofía religiosa que los griegos comparaban a la de Moisés y Pitágoras, pero su contenido quedó borrado por entero.

¿Cómo podríamos cuantificar el perjuicio que los romanos causaron a la historia de la civilización? Probablemente nunca lo logremos. Sin embargo, la destrucción más asombrosa de todas, y la que ha pasado más inadvertida, fue la del mundo tecnológico de los helenos. Contrariamente a cuanto se nos ha inducido a creer, el cosmos helénico era un mundo repleto de engranajes metálicos y relojes muy exactos, de pistones y máquinas de vapor: un mundo de avanzada ingeniería. Una sociedad antigua quizás hubiera podido describir la existencia de artefactos fabulosos, pero sin tuercas y tornillos de adecuada precisión ese tipo de objetos no pasaría de ser una mera fantasía. Antes solía pensarse que determinados inventos, como las máquinas fresadoras capaces de tallar la espiral de un tornillo o la junta cardán, surgieron por primera vez en los siglos XVII y XVIII, lo que explica la revolución industrial y le da fundamento. Hoy sabemos que ambos inventos se utilizaban ya en el mundo helénico antes del siglo I de nuestra era. La pregunta es: ¿para qué los emplearon los griegos?

Existe un papiro del siglo II a. C. hallado en Alejandría en el que se ofrece una

lista de los más grandes hombres de la historia: legisladores, pintores, escultores, arquitectos y también —sorprendentemente— ingenieros mecánicos^[6]. Uno de ellos es un tipo llamado Abdaraxo, «que construyó las máquinas de Alejandría». Es la única ocasión en que aparece constancia de su nombre. No hay pista alguna en ninguna parte que nos indique para qué servían aquellas máquinas ni por qué eran tan célebres. La fama de Abdaraxo desapareció junto con sus logros. ¿Cuántos Abdaraxos más habrá habido de los que no haya quedado constancia alguna?

A menos de que resultara útil para la matanza de personas, la mecánica no revestía el menor interés para los romanos. Vitruvio, un ingeniero romano del siglo I a. C., enumera en una lista los nombres de los doce autores que habían escrito obras sobre mecánica^[7]. Todos ellos son helenos: «He observado que sobre esta materia los pensadores griegos han publicado un gran número de obras, mientras que nuestros propios compatriotas han escrito muy pocas». Sólo han llegado hasta nosotros los textos de tres de los eruditos mencionados en dicha lista, mientras que respecto a los otros ocho de los doce totales la única indicación de que existieron se debe justamente a Vitruvio. Desde luego, el de Abdaraxo no era un nombre capaz de impresionar a los romanos. No se trataba de un nombre latino, sino bárbaro.

LOS BÁRBAROS GRIEGOS

¿Qué pudo motivar que, de entre todos los pueblos de la época, se diera en atribuir a los griegos la calificación de «bárbaros»? A fin de cuentas, si uno contempla el mundo griego verá los restos de una civilización clásica. ¿Y no habían sido los propios griegos quienes acuñaran en primer término la palabra «bárbaro» para describir a los extraños salvajes que hablaban en jergas incomprensibles?

La voz «bárbaro» no denota necesariamente a los guerreros nortños de pelo en pecho. Ya en el siglo V a. C. su significado remitía simplemente a alguien que fuera «diferente de nosotros». En el año 431 a. C. el historiador griego Tucídides concluía, al tratar de comprender por qué Homero no empleaba ese vocablo, que se debía «a que los helenos aún no podían ser señalados con un solo nombre opuesto a aquél^[8]».

En aquella época se aplicaba la denominación de helenos a los habitantes de lo que hoy es el sur de Grecia, así como a quienes residían en las colonias griegas situadas en las costas del Mediterráneo y el Egeo o en las islas. No obstante, quedaba fuera del ámbito abarcado por esta designación una porción muy significativa del mundo de habla griega, y en particular la mayor parte de la región septentrional de Grecia. Alejandro Magno, por ejemplo, hablaba griego pero era natural de Macedonia, una región situada al norte, así que los griegos le consideraban bárbaro. En el año 476 a. C. su antepasado Alejandro I de Macedonia se había presentado en los Juegos Olímpicos y había solicitado poder participar en ellos. El resto de los

competidores expresaron sus más indignadas protestas, pues sostenían que no competirían contra un bárbaro^[9]. Al final se le permitió tomar parte en el acontecimiento tras haber mostrado una genealogía inventada que afirmaba que tenía ascendientes helenos en Argos.

La cuestión no estribaba en el idioma que hablara sino en el hecho de si era o no «uno de nosotros». Y en las ciudades-Estado griegas hubo muchas personas que no quedaron conformes con la participación de aquel Alejandro en los juegos. Más de cien años después, al atacar otro rey macedonio, Arquelao, una ciudad griega, se pronunció un emocionado discurso que instaba a los griegos a hacerse fuertes contra él: «¿Dejaremos que Arquelao nos esclavice, aceptaremos someternos, siendo griegos, a un bárbaro?»^[10]. Demóstenes, el gran estadista y orador ateniense, declaró que el padre de Alejandro Magno, Filipo, no era siquiera «un bárbaro que pertene[ciera] a un lugar que pueda nombrarse con honor, sino un repugnante bellaco de Macedonia, donde nunca ha podido comprarse un esclavo decente^[11]». Con eso ya se hacen una idea.

A los ojos de los helenos también los romanos eran bárbaros. A pesar de que estaban dispuestos a considerarlos griegos a título honorífico, si se comportaban adecuadamente, y de que les permitieron competir en sus juegos a partir de finales del siglo III a. C., los helenos se referían a ellos como *barbaroi* cuando les colmaban la paciencia^[12]. Según decía a sus oyentes Catón el Censor, un estadista romano del siglo III a. C., los griegos «acostumbran a llamarnos bárbaros^[13]».

Y en un plano totalmente elemental, los romanos les devolvían el cumplido. Catón decía que los griegos tendían «al desorden y la corrupción morales». Desde luego, eran unos bárbaros provistos de una interesante literatura, pero aconsejaba a su hijo que no profundizara en ella en exceso^[14]. Igual que los griegos, los romanos empleaban la palabra «bárbaro» para designar prácticamente a cualquier persona que no formase parte de su propia civilización. Y hasta el siglo II a. C., los griegos encajaban en esa categoría.

Andando el tiempo, la República Romana quedó plenamente helenizada, así que en la época de Augusto los grandes creadores de los mitos poéticos que sustentaban la identidad romana, Ovidio y Virgilio, trataron de dar la sensación de que Roma y Grecia constituían una misma civilización. Trescientos años después de que escribieran sus obras, la lengua y la cultura griega (con algunas modificaciones) dominaban la totalidad del imperio romano de Oriente. De hecho, la identificación del imperio romano con el carácter griego llegó a ser tan grande que en la actualidad la palabra con la que los griegos aluden a su propia identidad es *romiosini* —es decir, romanismo—. Sin embargo, en los primeros años de la República Romana las cosas eran muy distintas.

La helenización de los romanos comenzó después de que éstos derrotaran al poder macedonio en el año 196 a. C. y se hicieran con el control de Grecia. Por

aquella época los romanos comenzaron a educar a sus hijos en escuelas, y los niños de las familias más acomodadas aprendían griego desde los doce o trece años.

Con todo, esto no evitó que los romanos siguieran mostrándose brutales con los griegos. En el año 171 a. C., al reanudarse la guerra con Macedonia, los romanos aniquilaron ese reino, arrasaron buena parte del Epiro y durante los tres años siguientes pusieron fin a la vida política griega. La conquista de Grecia por los romanos fue despiadada, y el impulso que les motivaba era en gran parte el ansia de pillaje. En el año 146 a. C., fecha en que la práctica totalidad del Peloponeso, junto con algunas regiones del centro de Grecia (la «confederación aquea»), se rebeló contra la dominación romana, la ciudad de Corinto fue asolada y sus habitantes vendidos como esclavos.

Sin embargo, por esos mismos años, los romanos consideraban que los griegos constituían la primitiva fuente de la civilización (*humanitas*), y la juzgaban más refinada, más culta y de modales más delicados que la suya propia. Por otra parte, despreciaban a los griegos por mostrarse mucho menos valientes que los encallecidos vecinos de su flanco occidental: su ingenio estaba más agotado, y eran decadentes, taimados y amantes de los lujos. Por mucho respeto que sintieran por la cultura griega, ningún romano ambicioso quería que le confundieran con un griego^[15]. Para un buen romano, un heleno no era «uno de los suyos».

ALGUNOS MALENTENDIDOS RELACIONADOS CON LOS GRIEGOS

La política de Roma, basada en lograr que el control militar y político que ya poseía en otras regiones se hiciera notar en las que habitaban los bárbaros del este, tuvo consecuencias verdaderamente espantosas en la historia de Europa. El mecanismo hallado en el pecio de Antiquitera constituye una indicación de la magnitud del desastre. Una catástrofe que apenas comienza hoy a salir a la luz, ya que durante muchos de los siglos posteriores se hizo caso omiso de los pocos textos que recogían los avances de la ciencia, la matemática y la ingeniería de la Antigüedad.

La flor y nata romana mostraba desdén por la ingeniería práctica, y como se había dado erróneamente por supuesto que la Grecia y la Roma clásicas constituían de hecho una sola empresa cultural, se ha afirmado con frecuencia que los griegos eran de idéntico parecer. En el siglo IX había ya, en determinados círculos, crecientes suspicacias que ponían en duda que los griegos hubieran sido realmente tan inteligentes. Si eran tan capaces, ¿por qué no lograron inaugurar la ciencia de la mecánica que puso a Europa en la vía de la revolución industrial^[16]? La respuesta fue una magnífica humillación para aquellos incultos: los antiguos griegos, muy adecuadamente, habían dejado la práctica y las cuestiones experimentales en manos

de sus esclavos y sirvientes.

La autoridad a la que habitualmente se cita en relación con este particular es Plutarco, un griego completamente romanizado que escribía a principios del siglo II d. C.

Plutarco afirmaba que el desprecio que mostraban los romanos por la simple mecánica se remontaba a los antiguos griegos, y deducía que las críticas que dedica Platón a la actividad experimental implicaban que «la mecánica había quedado separada de la geometría, y los filósofos la repudiaban y se desentendían de ella^[17]». De este modo, Plutarco proyectaba el menosprecio que a él mismo le inspiraba el asunto en las palabras del griego Arquímedes: «[Este autor] consideraba que el trabajo del ingeniero, así como el vinculado con cualquier arte relacionado con las necesidades cotidianas, era una materia innoble a la que únicamente debía dedicarse el artesano». Arquímedes, que llevaba muerto trescientos años, no estaba en condiciones de discutir —una pena, ya que esta afirmación, dada la cantidad de tiempo, energía y prestigio que invirtió en la realización de máquinas, es un evidente sinsentido.

En los primeros años del Renacimiento, época en la que cobraron nuevo interés las *Vidas paralelas*, esta obra de Plutarco comenzó a ejercer un estímulo que terminó generando un renovado respeto por los clásicos. La literatura, la filosofía y la matemática teórica griegas han sido tratadas desde entonces con reverencial admiración. Sin embargo, los estudiosos educados en la cultura clásica reproducían miméticamente una actitud de desprecio hacia los objetos de la ingeniería y la tecnología prácticas, ya que consideraban que ese desdén era de raíz griega. Los textos griegos que han llegado hasta nosotros y que versan sobre estas cuestiones fueron unas veces ignorados por completo y otras desechados, ya que los eruditos, que desconocían por completo toda noción de ingeniería, los juzgaban caprichos imposibles.

Ahora bien, éste era un prejuicio romano, no griego. La ciencia mecánica griega se basaba en una investigación científica, tanto práctica como teórica, extremadamente desarrollada. Sin embargo, los romanos desbarataron sus avances, no sólo porque no les interesaban, sino porque además necesitaban que la sociedad cambiase lo menos posible. Roma nos ha impuesto en todos los aspectos su comprensión de la historia de la tecnología y ha logrado que participemos de ella en la misma medida que ya hemos visto en otros ámbitos. Los romanos vivían en el interior de unas fronteras y cuanto había al otro lado resultaba peligroso. Es algo que se aplica con idéntica validez tanto a su mundo mental como a su geografía.

LAS MÁQUINAS DE GUERRA

Las fuentes literarias romanas no se explayan en exceso sobre el refinamiento tecnológico de los helenos. Las primeras revelaciones relacionadas con la antigua ciencia griega se deben a un oficial de artillería alemán de la Primera Guerra Mundial llamado Erwin Schramm, quien comenzó a realizar por sí mismo reconstrucciones de algunos aparatos de artillería antiguos^[18]. El historiador británico Eric Marsden ha dado a su trabajo un alcance muy superior al inicial^[19].

La primera prueba de que ocurría algo extraño con las máquinas de guerra helénicas se remonta al año 399 a. C. Dionisio el Viejo, «tirano» de Siracusa (aunque por entonces el término venía a significar algo parecido a nuestro «director general»), una colonia griega de Sicilia que estaba en guerra con el gran estado norteafricano de Cartago, puso en marcha un servicio de investigación y desarrollo militar. Buena parte de lo que allí se produjo respondía a la consigna de «cuanto mayor, mejor» — los navíos de guerra más apreciados eran los trirremes, eficaces arietes marítimos con tres órdenes de remeros—. Valía la pena comprobar si el hecho de añadir nuevos grupos de bogantes podía aumentar aún más su poderío. El experimento fue un éxito, y de este modo nació el quinquerreme. El primero de los fabricados, provisto de adornos de oro y plata, se hizo a la mar para recoger a la novia de Dionisio en una ciudad que el político quería tener como aliada. El resplandeciente buque, con su ornamentado arpón de proa y los remos rizando el agua, manejados por quinientos hombres ocultos en el interior de sus inmensos costados de madera, era una espectacular imagen de organización, riqueza y tecnología.

De vuelta en Siracusa, Dionisio comenzó a construir simultáneamente doscientos barcos, dedicándose asimismo a carenar y reparar otros doscientos sesenta más. Se forjaban a martillazos armas y armaduras en número descomunal. Sin embargo, lo más asombroso de todo era que sus ingenieros habían alumbrado un tipo de arma enteramente nuevo —el primer artilugio de artillería—. Hasta entonces, la fuerza de un proyectil dependía del vigor y la habilidad del brazo que lo arrojaba o tensaba el arco, pero de pronto la guerra quedaba súbitamente mecanizada.

Llamaron catapulta (literalmente «parte escudos») a la máquina que habían construido, y su apariencia inmediata era la de una ballesta. Una de sus características más curiosas era que el arco del dispositivo no respondía al diseño que más tarde habría de resultar normal en Europa, ya que no se trataba de una vara de madera concebida para combarse y después distenderse. Se cree que estaba formado por capas de distintos materiales —madera, asta y tendones: una tecnología que ya se empleaba en los arcos de los nómadas de las estepas mongolas—. Este arco constituye un muelle de inmensa fuerza y para tensarlo es preciso curvarlo en sentido opuesto al de su pando natural (a menudo se le denomina arco recorvo). En manos de un soldado experimentado su alcance es de 275 metros, y a noventa metros es capaz de atravesar de parte a parte a un buey, con independencia del punto en el que se produzca el impacto. Provisto de una culata, un gancho al que sujetar la cuerda del arco, un manubrio para tensarla, una guía para el mecanismo y un gatillo, podía ser

utilizado por reclutas inexpertos tras unos cuantos días de entrenamiento.

También vale la pena señalar que Dionisio consiguió esos resultados gracias a la utilización de unas técnicas de gestión tan avanzadas como los inventos de ingeniería que había auspiciado^[20]. Empezó una agresiva campaña de captación de los más destacados artífices del mundo, a los que ofrecía unos sueldos muy generosos, organizó las fases del trabajo en bloques fáciles de controlar y él mismo animaba y recompensaba a los que tenían éxito —es decir, su organigrama contemplaba la existencia de una especie de «empleado del mes».

Otras regiones de la zona adoptaron y desarrollaron rápidamente esta tecnología. Los bárbaros de Macedonia la consideraban extremadamente útil, y Filipo de Macedonia puso en marcha su propio sistema de investigación. Parece que estas iniciativas hicieron que la capacidad mecánica de los aparatos conocidos alcanzara un nivel completamente inédito, ya que se sustituyó el arco elástico por la energía de torsión proporcionada por manojos de tendones o cabellos enrollados. En el año 336 a. C. su hijo Alejandro, que entonces contaba veinte años de edad, heredó el reino y las máquinas de guerra y se dispuso a conquistar el mundo con aquel equipo, para lo cual acostumbraba a llevar consigo el suficiente número de artilleros provistos de catapultas como para proteger el avance de sus tropas. Es obvio que el carisma personal de Alejandro Magno contribuyó a su éxito, pero también le ayudó a lograrlo el hecho de que empleara un revolucionario armamento mecánico a gran escala, ya que, frente a una defensa enemiga dotada de simples equipos tradicionales, el empuje de los nuevos aparatos resultaba irresistible. En doce años conquistó el Asia Menor, Persia, Egipto y buena parte de la India.

El imperio de Alejandro se desmembró a su muerte, pero había dejado una huella indeleble en el mundo, y sus sucesores, tanto en Alejandría como en Macedonia, siguieron desarrollando la tecnología militar. En el año 305 a. C., fecha en la que Roma era simplemente una agresiva ciudad italiana enfrascada en una serie de batallas a pequeña escala para dominar a sus vecinos, los macedonios atacaron las murallas de Rodas, en el Mediterráneo oriental, con su más moderno armamento. Utilizaron una helépolis («conquistadora de ciudades») de nueve plantas y cubierta de planchas de hierro que se desplazaba sobre ocho grandes ruedas gracias al esfuerzo de dos mil hombres. En las planchas podían abrirse unos postigos que permitían el lanzamiento de proyectiles y los portillos variaban de tamaño en función de las distintas dimensiones de la munición^[21].

Sin embargo, Rodas también había ideado sus propios inventos. El avance de la torre de asedio encontró la respuesta de un feroz aluvión de proyectiles lanzados por las mayores y más complejas catapultas del mundo, así que la helépolis tuvo que retroceder, ya que no sólo habían empezado a caerse las planchas de hierro, sino que los dardos incendiarios habían prendido fuego a la inmensa mole. Había sufrido el impacto de más de mil quinientas cargas de catapulta y unas ochocientas flechas incendiarias.

Ha llegado hasta nosotros la descripción de una de las armas que emplearon los hombres de Rodas. El texto, escrito en torno al año 200 a. C., es obra de un griego al que hoy conocemos con el nombre de Filón de Bizancio. Este autor explica en todos sus pormenores los engranajes con los que se movía una transmisión de cadena que cargaba automáticamente los proyectiles, uno tras otro, en la acanaladura de lanzamiento. El aparato resulta asombrosamente moderno, ya que en realidad se trataba de una especie de metralleta. Cuando Erwin Schramm hizo una demostración de la copia realizada por él ante el káiser Guillermo II, el segundo dardo hizo impacto en el blanco en el punto exacto en que se había clavado el primero y lo partió en dos. En este caso el problema residía en que el artefacto no lograría, en efecto, sino matar una y otra vez al mismo hombre, a menos que la máquina pudiera desplazarse y disparar al mismo tiempo ahora bien, como los antiguos griegos ya habían inventado la junta cardán, el aparato tenía de hecho la posibilidad de operar de ese modo^[22].

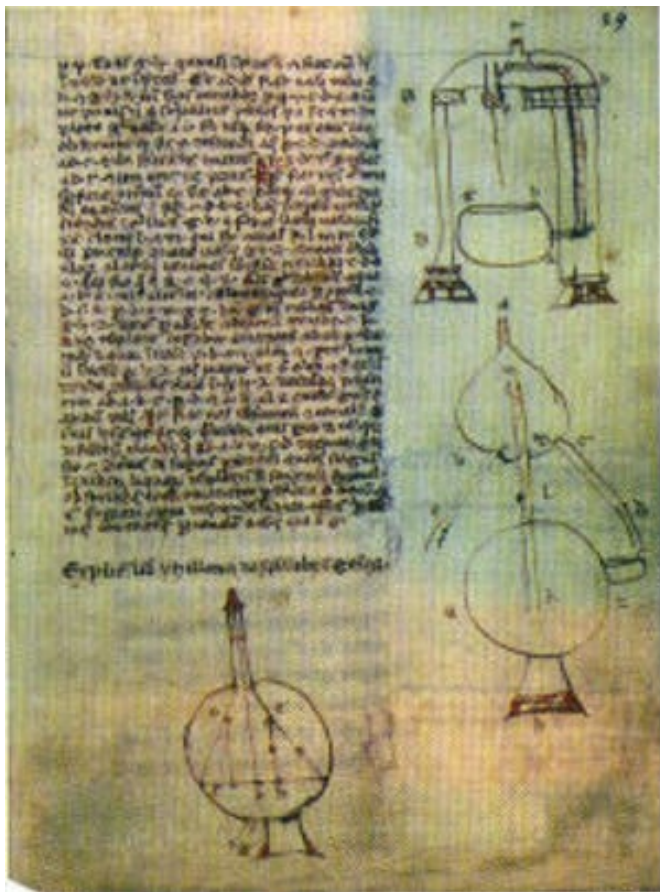
LAS MÁQUINAS Y LAS MATEMÁTICAS

Y aún no hemos visto más que la punta del iceberg. Los textos de Filón, conocidos con el título de «Compendio mecánico», describen todo tipo de dispositivos. En muchos de ellos había trabajado personalmente y algunos eran de su invención. Había ruedas autopropulsadas, sistemas codificados de comunicación, una bomba movida por cadenas, otra neumática y una tercera impulsada por pistones, junto a 78 aparatos mecánicos que funcionaban a base de aire caliente o vapor^[23]. Uno de ellos era una sirena de faro accionada a vapor, lo que permitía que las advertencias a la navegación marítima pudiesen oírse cuando no era posible divisar la señal luminosa. Filón operaba asimismo en el negocio del espectáculo y se había especializado, para diversión de sus patronos, en el diseño de autómatas, como un caballo capaz de beber agua y una joven que escanciaba líquidos a voluntad.

El mecanismo de Antiquitera ha ampliado de forma profunda la comprensión que hoy tenemos de lo que era posible realizar en la Antigüedad, y deja claro que muchas de las cosas que se han considerado con todo aplomo fantasías y exageraciones son de hecho descripciones absolutamente veraces de máquinas que existieron. La concepción del mecanismo es en sí misma una maravilla. Sin embargo, y al margen de esto, su construcción exigió disponer de refinados conocimientos astronómicos. Por otra parte, ha llegado hasta nosotros un libro escrito por el hombre que quizá fabricara el artilugio: Gemino de Rodas.

Gemino explica claramente que conoce los datos recopilados por los astrónomos de Babilonia y que desea ponerlos al alcance de todo el mundo. La totalidad de este trabajo se sustentaba en un serio conocimiento de la matemática teórica, y lo cierto es que los griegos se tomaban muy en serio las matemáticas —y nadie se las tomaba

más en serio que Arquímedes, que vivió en el siglo III a. C.—. La lista de las cosas en las que trabajaba resultaría para la mayoría de nosotros tan incomprensible como debió de serlo para los romanos de la época. Es poco probable que el examen de la cuadratura de la parábola y el análisis del centro de gravedad de las secciones del plano paraboloides puedan dar sentido a nuestras vidas, pero a Arquímedes estas cuestiones le tenían absolutamente embelesado, y lo menos que puede decirse es que a alguien tenían que interesarle.



Máquina neumática de Filón de Bizancio.

Este manuscrito latino es una traducción de un texto árabe realizada a finales del siglo XII. En el siglo IX se llevaron de Bizancio a Bagdad numerosas obras de ciencia y filosofía griegas con el fin de que los judíos y los cristianos nestorianos las tradujeran y pudiera así consultarlas el califa. De este modo, el califato islámico dio continuidad a la antigua tradición persa del multiculturalismo.

O al menos diremos que a alguien tienen que interesarle si queremos un mundo en el que exista una ingeniería avanzada, una astronomía compleja, formas seguras de navegar en mar abierto y una maquinaria de trabajo bien desarrollada. Todas estas cosas parecen enteramente pragmáticas y prácticas, pero de hecho requieren la existencia de una ciencia teórica de elevado nivel conceptual.

EL DIVINO ARQUÍMEDES

Arquímedes se ocupaba de la práctica tanto como de la teoría. Su genio para unir la matemática y la física —para analizar las reglas lógicas que controlan el comportamiento de sólidos y líquidos— se trasladaba directamente a la construcción de máquinas, y en especial a la realización de ingenios militares. Cuando los romanos

pusieron cerco al puerto de Siracusa en Sicilia, donde vivía Arquímedes, éste ideó los lanzamisiles que los rechazaron: catapultas de diversos alcances instaladas además de forma que, por su secuencia de tiro, los romanos no pudieran ponerse a cubierto. También organizó las defensas de modo que todo se concertara en favor de los defensores. Fue Arquímedes quien inventó los balancines móviles que podían hacerse girar por encima de los muros de la ciudad a fin de dejar caer grandes pesos sobre los atacantes. Su arma secreta —y la que parece haber causado más alarma entre los romanos— era un aparejo de garfios que podía suspenderse sobre los barcos amarrados al pie de los contrafuertes de la plaza y que, mediante un sistema de palancas, era capaz de sacarlos del agua.

Uno de los ejemplos más reveladores de lo difícil que nos resulta darnos cuenta del refinamiento tecnológico de los griegos es el hecho de que actualmente sean muchos los que se niegan a creer que Arquímedes hubiera podido disponer de dos armas concretas: un conjunto de espejos que utilizaba para prender fuego a los barcos enemigos, y un cañón a vapor capaz de disparar proyectiles pesados a distancias muy superiores a las de cualquier catapulta. Cuando emprendimos la indagación sobre el particular, se nos dijo que «nadie da crédito» a los relatos que aluden a la existencia de tales armas. Sin embargo, la eficacia de los espejos incendiarios quedó demostrada tanto en el año 1646^[24] como en 1747^[25]. ¿Sirvió para algo? No lo parece, puesto que incluso en el año 1973, un sesudo artículo de Ioannis Sakkas «demostró» matemáticamente que era imposible concentrar los rayos del sol lo suficiente como para prender fuego a la madera^[26]. Su trabajo se publicó casualmente el mismo año en que un experimento a gran escala logró poner en llamas un barco situado a cuarenta y ocho metros en menos de dos minutos^[27]. La prueba matemática de que aquello no podía suceder tiene la misma validez que los cálculos que afirman que los abejorros no pueden volar.

Las pruebas que atestiguan que Arquímedes construyó efectivamente ese aparato parecen concluyentes. Luciano de Samosata (c. 150 d. C.)^[28] y Galeno^[29] indican en sendas referencias que Arquímedes prendió fuego a unos navíos romanos, mientras que otros autores —Zonaras^[30], Eustatio^[31] y Dión Casio^[32]— hablan de la utilización de espejos con ese fin. Antemio (el arquitecto del siglo VI que levantó el templo de Santa Sofía en Constantinopla) señala «que ninguno de los autores que mencionan la máquina incendiaria del divino Arquímedes la describe como un espejo compuesto, sino como la combinación de muchos^[33]». Por desgracia, las fuentes en que se basa Antemio se han perdido; sólo contamos con un resumen de una de ellas, redactado en el siglo XII^[34]. ¡Sin embargo, se dice que un tipo de espejo incendiario salvó a Constantinopla de una flota goda en vida de Antemio, en el año 514 d. C.^[35]! Teón, el último encargado de la gran biblioteca de Alejandría, alude a la existencia de un manuscrito escrito por Arquímedes que trataba de los espejos, hoy perdido, y en 1976 se publicó una copia árabe de otro manuscrito del siglo II a. C. en el que se

menciona que un matemático griego había intentado averiguar, en torno al año 160 a. C., cómo se construía un ingenio de espejos incendiarios^[36].

Y a pesar de todo se nos sigue diciendo que es imposible que Arquímedes inventara semejante artefacto. Esta particular victoria de los prejuicios tuvo su origen en el Renacimiento, con Kepler y Descartes, y desde entonces se ha venido manteniendo con auténtica determinación^[37]. Un historiador contemporáneo ha llegado incluso a explicar que no es posible que Arquímedes fabricara el dispositivo porque tenía otras armas eficaces que resultaban menos costosas —«no habría salido a cuenta», dice^[38]—. De esta misma forma se podría probar que los Estados Unidos nunca arrojaron la bomba atómica sobre Japón.

No sabemos si Arquímedes empleó o no un espejo incendiario. Pero no es posible seguir considerando que las crónicas que refieren su existencia sean una fantasía. Se dice que lo hizo, era posible hacerlo y sabía cómo conseguirlo.

El cañón a vapor de Arquímedes cuenta con menos testimonios. Todos los conocimientos relacionados con el arma quedaron olvidados alrededor del año 1350, fecha en que el poeta italiano Petrarca halló una descripción de ese objeto en un manuscrito de Cicerón conservado en la biblioteca de una iglesia. El cañón aparece detallado en *De remediis utriusque fortunæ* (De los remedios contra los reveses de fortuna). Un siglo más tarde aproximadamente, es obvio que Leonardo da Vinci tuvo en sus manos el manuscrito y que se inspiró en él para producir una versión mejorada a la que dio el nombre de architrónito^[39]. Sakkas, que ya había probado la gran eficacia de los espejos incendiarios, construyó en 1981 una versión a pequeña escala del cañón y demostró que funcionaba asombrosamente bien.

Los inventos de Arquímedes ponían tan nerviosos a los romanos que llegaron a convencerse de que poseía poderes sobrehumanos y de que era una especie de hechicero. Incluso en la actualidad, los descendientes de los romanos que viven en Siracusa asustan a sus hijos con esta advertencia: «¡Ándate con ojo, o si no vendrá Arquímedes y te cogerá!». Bonita forma de recordar a uno de los mayores matemáticos de todos los tiempos.

Los romanos tardaron casi tres años en forzar las defensas de Siracusa —su fuerza no descansaba en la ingeniería, sino en su implacable determinación—. Aquél fue el fin de Arquímedes: «Se cuenta que en medio del alboroto y el terror que provocaban los soldados que recorrían la ciudad vencida en busca de botín, [Arquímedes] se hallaba calladamente absorto en unas figuras geométricas que había dibujado en la arena y que fue muerto por un soldado que no sabía quién era^[40]».

Los romanos se dieron cuenta de que habían hecho algo terrible, pero la verdadera tragedia para todos nosotros fue que no tuvieran el menor interés en proseguir el trabajo que venía realizando Arquímedes. Les agradaban las maravillas mecánicas que producía la ciencia griega, pero únicamente como curiosidades. Según Cicerón, Marcelo, el general que tomó Siracusa, no sacó de la ciudad más que un objeto del botín recogido: un planetario que había pertenecido a Arquímedes^[41].

También a Cicerón le fascinaban estas cosas, lo que nos devuelve al mecanismo de Antiquitera. Cuando se fue a pique, junto con aquel malhadado navío en el año 80 a. C., es muy posible que estuviera navegando de camino a la vivienda del propio Cicerón. Este autor conocía bien Rodas y era gobernador de una provincia vecina poco antes de que se perdiera el barco en el que viajaba el mecanismo. Dado que el cargamento de estatuas y otros objetos de lujo iba destinado con toda probabilidad a algún coleccionista adinerado, no sería de extrañar que Cicerón fuese el propietario en potencia de aquellos artículos.

La isla de Rodas ocupaba un lugar muy particular en el organigrama romano. Desgraciadamente, esa circunstancia iba a constituir su perdición. Y la crónica de la destrucción de Rodas viene a ser un compendio de la lamentable intriga por la que Roma se convirtió en destructora del mundo científico y tecnológico de los helenos.

RODAS

Antes de que Roma entrara en escena, Rodas fue durante muchos años la fuerza dominante en el Mediterráneo oriental. Su puerto principal era el mayor mercado de la región, y gracias tanto a sus barcos como a su armamento naval, de gran eficacia, conseguía mantener las aguas razonablemente limpias de piratas. Dominaba la isla una ciudad amurallada del mismo nombre, construida según un diseño trazado a cordel en torno al año 410 a. C. Tenía cinco fondeaderos, calles pavimentadas, parques, templos y gimnasios, y estaba suntuosamente decorada con monumentos y estatuas. Aún exhibe orgullosa una acrópolis, las ruinas de los templos de Afrodita y Apolo y, por supuesto, el recuerdo de su célebre Coloso, una de las siete maravillas del mundo antiguo. El Coloso de Rodas fue erigido en el año 282 a. C. y antes de ser derribado por un terremoto se erguía, a más de treinta metros de altura, en la entrada del puerto. Un autor romano, Plinio el Viejo, decía que la mayoría de la gente no conseguía siquiera rodear con los brazos el pulgar del gigante caído.

El papel de Rodas en la gestión del comercio marítimo hizo surgir asimismo un código jurídico mercantil notablemente desarrollado al que se conocía como «derecho marítimo de Rodas», y hay que destacar que desde entonces ha venido constituyendo, hasta nuestros días, el fundamento del derecho comercial marítimo. Dado que la datación de este código parece situarse entre el año 800 y el 600 a. C. es probable que debamos considerarlo el primer sistema práctico de derecho comercial de la historia, lo que socava en buena medida toda pretensión que trate de afirmar que los romanos fueron los grandes legisladores del mundo.

No obstante, todo esto llegó a su fin en el siglo II a. C. Roma estaba decidida a hacerse con el control del Mediterráneo oriental, pero Rodas se hallaba demasiado bien defendida como para pensar en un ataque militar. Por consiguiente, los romanos

optaron por debilitar la economía de la isla. Rodas dependía de los derechos de portazgo y los cánones que había que pagar por las distintas mercancías que entraban y salían del puerto. Roma se limitó a adueñarse de la vecina isla de Delos y a establecer en ella un puerto libre de aranceles. Esta competencia desleal erosionó poco a poco la entera economía de Rodas. Los ingresos por los impuestos portuarios descendieron un 85%. En el 164 a. C., obligada a doblar la rodilla, Rodas se vio en la necesidad de firmar un tratado por el que se comprometía a tener los mismos amigos y enemigos que Roma.

Viéndose reducidos a esa condición, los isleños tuvieron que ingeniárselas para sobrevivir de alguna manera. No tuvieron más remedio que explotar el otro gran activo con el que contaban: el de ser un importante centro cultural. En sus días de esplendor, Rodas había dado al mundo una fenomenal producción artística y cultural, con obras maestras de todas clases. Aparte de sus logros científicos, era célebre por sus poetas, escritores, historiadores, filósofos, ceramistas, pintores, escultores y, lo que resultó más importante cuando se vieron forzados a ganarse la vida en competencia con los romanos, por sus maestros de retórica.

Puede que los romanos no mostraran la menor curiosidad intelectual o que no les interesasen las conquistas científicas de un lugar como Rodas, pero desde luego sí que les atraía el poder. Y en la antigua Roma republicana las vías que conducían hasta él pasaban necesariamente por la oratoria: el arte de ganar adeptos y de hacer triunfar los propios argumentos en público. Ningún romano tenía posibilidades de alzarse con un puesto importante si no era capaz de desarrollar sus habilidades retóricas, algo de lo que los habitantes de Rodas andaban sobrados. Para un joven romano ambicioso llegó a ser *de rigueur* pasar cierto tiempo preparándose en la isla.

Desgraciadamente, y dado que los romanos no se molestaban en mantener las patrullas para el control de la piratería que Rodas ya no podía permitirse, el viaje se había vuelto muy peligroso. De hecho, en el año 76 a. C. el joven Julio César fue capturado por unos raqueros cuando viajaba a la isla para acudir a una escuela. César afirma haber resultado ser un prisionero más bien festivo, y haberse llevado muy bien con los piratas, aunque en un principio se sintiera insultado cuando éstos exigieron un rescate de veinte talentos. César insistió en que lo subieran a cincuenta:

... les trataba con tal desdén, que [al irse] a recoger les mandaba a decir que no hicieran ruido. Treinta y ocho días fueron los que estuvo más bien guardado que preso por ellos, en los cuales se entretuvo y ejercitó con la mayor serenidad, y dedicado a componer algunos discursos, teníalos por oyentes, tratándolos de ignorantes y bárbaros cuando no aplaudían^[42]...

César añade a renglón seguido que a veces «les amenazó, entre burlas y veras, con que los había de colgar, de lo que se reían».

Una vez que se pagó su rescate y que fue puesto en libertad, equipó una pequeña

flota, se lanzó en su persecución y «se apoderó de la mayor parte de ellos». Tras entregarlos a las autoridades, él mismo «los puso en un palo». Después de aquello, César continuó con los cursos que tenía planeado estudiar.

El relato que nos transmite Julio César respecto a lo que sucedió muestra hasta qué punto había aprendido eficazmente el arte de autopropaganda. Es quizá posible que llegara de hecho a alguna clase de pacto con uno o más de sus captores para atrapar al resto. Se ve que la historia ha sido concebida para aumentar su reputación en el muy particular clima moral de Roma —ya que no sólo muestra que se trataba de un joven con estilo y buen garbo, sino que carecía por completo de la más mínima doblez (a diferencia por tanto de los griegos que le habían enseñado) y era totalmente despiadado.

La ironía que envuelve todo el asunto es que el intento por el que Rodas trata de hacerse un hueco económico como escuela privada para los jóvenes brutos de Roma acabe siendo lo que dé la puntilla a la isla. En el año 44 a. C. César es asesinado. Uno de los conspiradores se había familiarizado con la isla exactamente por las mismas razones que César: también Casio había ido a Rodas a aprender retórica. Tras el magnicidio, necesitaba dinero para fortalecer su posición mientras maniobraba en pos del poder. Al mirar a su alrededor en busca de alguna forma sencilla de llenar sus arcas sin demasiada oposición tropezó con su antigua alma máter. Sabía exactamente lo que allí había, y también que Rodas carecía de capacidad para resistir su empuje. La excusa que halló para lanzar su ataque fue que existía la posibilidad de que sus enemigos —que, por supuesto, eran adversarios de la República— contaran con la ayuda de las embarcaciones de Rodas. De este modo, en el año 42 a. C., haciendo caso omiso de los desesperados llamamientos de su antiguo maestro, simplemente invadió la isla y saqueó el lugar^[43]. A los romanos siempre les habían gustado los objetos que producía la isla, así que, a su regreso, Casio se hizo a la mar con tres mil obras maestras.

Rodas jamás se recuperaría del golpe.

ROMA APAGA LA LUZ

Hoy sabemos que la propaganda de la historia romana —que Roma fue la gran impulsora del dominio del arte de la ingeniería y del pensamiento científico— es algo diametralmente opuesto a la verdad. El mundo no romano del Mediterráneo oriental hacía nuevos descubrimientos y lograba nuevas invenciones generación tras generación, pero sus conocimientos y destrezas no volvieron a ver la luz sino hasta bien entrada la Edad Media, o incluso en épocas posteriores.

Por supuesto, los romanos sí desarrollaron algunos de los productos salidos de la ingeniería griega —por ejemplo, añadieron ruedas a las máquinas de artillería, y

supieron apreciar la vertiente práctica de algunas invenciones relativamente simples, como la noria de cangilones para extraer agua (se han encontrado cuatro de estos artefactos en Londres)—. Sin embargo, pasaban por alto cualquier otra cosa cuyas aplicaciones prácticas resultasen menos evidentes. Y dado que todo avance científico guarda relación con investigaciones de carácter no demasiado práctico, las consecuencias fueron desastrosas.

Fijémonos por ejemplo en lo que sucedió con la máquina de vapor. En el siglo I d. C. un autor técnico griego llamado Herón, que trabajaba en Alejandría, realizó la descripción de un motor de vapor capaz de efectuar tareas. Unido a un invento atribuido al gran innovador de cuatro siglos antes y denominado por tanto tornillo de Arquímedes, que ya se utilizaba para bombear agua, podía haberse convertido en una forma sencilla y tremendamente efectiva de incrementar el porcentaje de tierras de regadío, el suministro de agua de las ciudades y la calidad del drenaje de las minas de gran profundidad.

Sin embargo, no sucedió así. El historiador Suetonio nos refiere un suceso muy significativo, un acontecimiento que tuvo lugar en el año 70 d. C. Tras una guerra civil en la que las legiones habían incendiado y saqueado Roma, había accedido al poder un nuevo emperador, Vespasiano, que en ese momento se hallaba enfrascado en la exacción de cuarenta mil millones de sestercios para la reconstrucción de la ciudad. Los trabajos implicaban la talla de toda una serie de inmensas columnas de piedra y su transporte hasta la cima del monte capitolino, el centro sagrado de la urbe. En ese momento Herón, o alguien que se le parecía mucho, se presentó de improviso en la corte con un artilugio capaz de efectuar aquella labor. No sabemos de qué se trataba, pero era claramente una máquina que sustituía la fuerza de tracción humana por la energía mecánica y era capaz de levantar verticalmente y con un solo movimiento varias toneladas de peso. Pudo ser algún tipo de funicular movido a vapor. Vespasiano compró el ingenio y lo desguazó, diciendo: «He de alimentar al pueblo llano^[44]». Si el imperio romano hubiese permitido que la tecnología progresara habría dejado a las masas sin trabajo. La máquina de vapor de Herón terminó utilizándose para abrir automáticamente las puertas de un templo cuando se encendía un fuego en un altar situado en el exterior.

El propio Herón constituye en cierto modo un enigma. Lo más probable es que los asombrosos inventos que describe pertenezcan de hecho al siglo III a. C., y que guarden relación con una tecnología que ya había comenzado a caer en el olvido en la época en la que él mismo escribe. Un aplicado estudioso de la ciencia helenística señalaba que, a pesar de que estuviera detallando la composición de unos instrumentos que exigen la utilización de tornillos metálicos de precisión y el conocimiento de la teoría de la transmisión mediante engranajes metálicos, elementos ambos que se empleaban trescientos años antes de la época en la que este autor escribe, los aparatos cuyo funcionamiento explica presuponen únicamente la fabricación de pernos de madera y el uso de sistemas de fricción en vez de

engranajes. Esto parece una prueba de que efectivamente hubo en el mundo romano un marcado declive de los conocimientos de ingeniería^[45].

La mayor parte de los pasmosos inventos de Herón iban dirigidos al entretenimiento, ya que en su época no existía interés alguno por utilizarlos en aplicaciones prácticas. Construyó complejos autómatas, como un modelo de Hércules y un dragón (Hércules golpeaba al dragón en la cabeza y éste le escupía agua en la cara), e incluso un teatro entero de autómatas que hacía representaciones por sí solo y ofrecía con sus robots una pieza titulada *Nauplius*, un cuento trágico ambientado en la época posterior a la guerra de Troya. Podían verse, entre un buen número de escenas, una en la que se reparaba el bajel de Ayante (a base de mucho martilleo), otra en la que aparecía la flota griega (acompañada por un cortejo de delfines saltarines) y una tercera en la que Ayante fallecía fulminado por un rayo. Después, bajaba el telón y la obra volvía a empezar desde el principio.

Puede que el interés que despertaba la tecnología aplicada al entretenimiento llegase aún más lejos. Además de los autómatas que se movían en su teatro mecánico, Herón describe también unos autómatas estáticos, a los que considera más seguros y que permitían montar una mayor diversidad de escenas. Esos autómatas eran, al parecer, tan prodigiosos que, según él mismo nos dice, «los antiguos acostumbraban a decir que los fabricantes de tales ingenios obraban milagros^[46]». Los personajes se pintaban en unos paneles y éstos se exhibían en muy rápida sucesión por medio de ventanillos —un mecanismo movido mediante cordeles coordinaba las trampillas con la secuencia de las imágenes— Herón afirma que este sistema podía mostrar a un personaje en movimiento, o hacer que apareciera y desapareciera.

¡A quién le importa el motor a vapor: los antiguos griegos tenían cines y películas de dibujos animados!

Era un mundo plagado de autómatas: Herón refiere incluso la existencia de uno accionado con monedas que ofrecía una copa llena de agua a todo aquel que insertase una pieza de cinco dracmas en la ranura. No sabemos para qué se utilizaba, pero tal vez hallemos una pista en el hecho de que una máquina algo más perfeccionada entregaba asimismo una pequeña pastilla de jabón. Sólo se necesitaron mil setecientos años para volver a descubrir la misma idea.

Por notables que fueran los inventos de Herón, no son obra de su propia época sino resultado de los grandes avances tecnológicos y científicos que habían realizado los griegos en los siglos anteriores, antes de que Roma se hiciese con el poder absoluto. No se trata simplemente de que los romanos fuesen indiferentes a estas cuestiones y de que los griegos mostrasen un mayor desvelo intelectual. En la cosmovisión general romana el cambio representaba una amenaza. El sistema era el sistema, y todo aquel que desease una transformación era un enemigo.

La primera actitud con que los romanos abordaron el mundo consistió en intentar lograr que fuera todo él romano; la segunda se centró en levantar un muro tras el que poder conservar sin modificación alguna la *romanitas*, generación tras generación.

Entre los años 295 y 305 d. C., período en que el emperador encargó la confección de una especie de registro catastral a fin de poder exigir el adecuado importe tributario a todos los miembros del imperio, se cursó una orden por la que en lo sucesivo se prohibía que la totalidad de los súbditos abandonara bajo ningún pretexto la granja en la que estuviera viviendo o cambiase de trabajo.

El curso de los avances de la ciencia y la ingeniería quedó detenido, y en cuanto al estudio de las matemáticas y la astronomía lo que ocurrió fue simplemente que se le puso fin y cayó en el olvido. Los maravillosos libros de la ciencia y la matemática griegas que han logrado preservarse en modo alguno han llegado hasta nosotros por la acción de Roma, pese a que fuera ella la conquistadora de todas aquellas tierras. Esos textos permanecieron en griego y fueron finalmente traducidos al árabe, para constituir así el fundamento del desarrollo científico y matemático de los eruditos islámicos, cuyo legado no guarda relación alguna con el mundo latino. Europa ignoró todas esas obras hasta que, siempre en nombre de Roma, los cruzados que guerreaban a mayor gloria de la Iglesia Católica Romana y el Sacro Imperio Romano volvieron a presentarse en el Mediterráneo oriental a finales del siglo XI —en lo que fue un verdadero regreso de los bárbaros.

Hemos perdido tantas cosas que resulta difícil hacerse una idea de lo que falta. Tendemos a suponer que los fragmentos textuales que se han conservado son los de mayor importancia, pero está claro que no es así. Nos hallamos a merced de los copistas bizantinos y árabes, siempre propensos a aferrarse a los textos más sencillos y que, en cualquier caso, no copiaban en muchas ocasiones más que los primeros capítulos. No tenemos, por ejemplo, ninguna de las obras teóricas de Filón, en las que se explicaban los principios de todo cuanto realizaba.

Tras quedar fuera de combate el mundo científico griego, desapareció incluso el recuerdo de lo que se había logrado. Aunque han llegado hasta nosotros descripciones de algunas de las máquinas que construyeron, hasta hace muy poco nadie creía realmente que tales artefactos hubieran existido. Esto ha determinado que la comprensión de todo el mundo prerromano resultara problemática. Del mismo modo que se consideraba evidente que el mecanismo de Antiquitera tenía que ser un artilugio perteneciente a una época posterior, también se suponía que las minas celtas debían de ser mucho más modernas. Y por supuesto, los informes que sostenían que los antiguos habían realizado grandes viajes por mar han sido desdeñados reiteradamente, al considerarse que se trataba de relatos míticos e imposibles, y ello a pesar de que se contaba con pruebas que, de haber ido referidas a cualquier otro tema, se habrían juzgado testimonios excelentes.

Subyacía a este estado de cosas una poderosa razón de orden cultural. A fin de cuentas, si los bárbaros podían realmente materializar todas aquellas maravillas, los romanos, lejos de haber constituido un factor de progreso para la técnica y la ingeniería de la civilización, habían representado un lastre que la había hecho retroceder mil quinientos años. Tenía que ser un error, ¿no?

¿Y qué eran exactamente aquellas máquinas de Alejandría, tan extremadamente célebres en su tiempo que su inventor, hoy olvidado, era entonces uno de los más grandes hombres de la historia del mundo?

Persia. Las primeras dinastías

En el año 470 a. C. el hombre más poderoso de la Tierra era el rey persa Jerjes. En lo que se consideran los aposentos de la reina, en lo que hoy son las ruinas de la ciudad palaciega de Persépolis en la que residía el padre de Jerjes, se ha hallado una losa de piedra caliza recorrida por una larga inscripción. El texto comienza diciendo lo siguiente: «Un gran dios es Ahura Mazda, creador de este mundo, creador del alto cielo, creador del hombre, creador de la felicidad del hombre y por cuya voluntad reina Jerjes». No es más que la habitual invocación a Ahura Mazda, Señor de la Luz y la Verdad, dios de los primeros gobernantes persas, y sin embargo, la exhortación nos dice muchas cosas del régimen que instauraron dichos dirigentes. La felicidad humana aparece aquí situada en el frontispicio de la plegaria, creada por el mismo dios como un don al hombre. El deber y el derecho, la obediencia y el tributo a Jerjes quedan todos ellos relegados a una mención posterior —el ordenamiento del universo se basa en la felicidad.

UN IMPERIO DE TOLERANCIA

El imperio persa había sido fundado en el siglo VI a. C., al rebelarse el iranio Ciro contra los medos, a los que derrotó y arrebató el imperio que poseían en Persia y Asiria. Venció después a Creso, rey de Lidia, a quien aún se recuerda por sus riquezas (él fue el primer monarca que acuñó monedas de oro y plata), y finalmente se adueñó del gran imperio de Babilonia y de la costa oriental del Mediterráneo. Hacia el final del siglo, sus sucesores, la dinastía aqueménida, dominaron las tierras comprendidas entre Libia y la India por el sur, y entre Bulgaria y el mar de Aral por el norte. Se tardaban seis meses en cruzar el reino de uno a otro de sus extremos.

Cuando Ciro se apoderó de Babilonia, tenía muy difícil presentar de sí mismo una imagen de liberador e impedir que se le tuviese por un conquistador o un opresor.

Para tratar de poner remedio a aquella situación, mandó inscribir en un cilindro de arcilla la siguiente crónica de sus conquistas:

Ciro siempre ha procurado tratar según la justicia a los pueblos que [el dios] Marduk le ha llevado a conquistar. [...] Cuando entré en Babilonia como amigo establecí la sede del gobierno en el palacio del gobernador, entre

muestras de júbilo y regocijo. Marduk, el gran señor, hizo que los magnánimos habitantes de Babilonia me amasen [...]. Mis numerosas tropas caminaron en paz por Babilonia, no permití que nadie aterrorizase al pueblo [...]. Me he esforzado en mantener la paz tanto en Babilonia como en todas las demás ciudades sagradas. Y en lo que hace a los pobladores de Babilonia, esclavizados contra la voluntad de los dioses, yo abolí los trabajos forzados, pues era contrario a su posición social. Liberé a todos los esclavos. Vine en auxilio de sus moradas en ruinas, poniendo de ese modo fin a su desdicha y sujeción^[1].

Desde luego, Ciro no traía la libertad en ninguno de los sentidos que hoy solemos darle, ya que ejerció un poder absoluto sobre sus inmensos dominios. Sin embargo, es cierto que respetó las costumbres y la religión de sus nuevos súbditos babilonios, igual que haría su sucesor, Darío, con los dioses y las tradiciones de los egipcios al conquistar su tierra. Los judíos, a los que Ciro liberó del cautiverio al que se hallaban sometidos en Babilonia y a quienes envió de vuelta a Jerusalén a fin de que reconstruyeran el templo que allí tenían, afirmaban que Dios le había llamado mesías (*mashyach*, o, en griego, *christos*, Cristo), al sostener en la Biblia que Ciro es el rey «a quien he tomado de la diestra para someter ante él a las naciones^[2]».

Las estatuas de los dioses se consideraron imágenes de personajes reales y sus templos se tomaron por palacios. Al igual que los asirios antes que ellos, los babilonios se apoderaban de los dioses de los pueblos que conquistaban y los reducían a la condición de vasallos en el templo de su propia deidad suprema. Ciro les devolvió la libertad. La tolerancia religiosa no representaba ningún problema para él, a menos que la gente rindiera culto a lo que la religión que él mismo profesaba denominaba «el Error» y a sus demonios, los dioses de los salvajes nómadas de las estepas^[3].

La deidad a la que Ciro adoraba, Ahura Mazda, no era ni una estatua ni un ídolo, sino una autoridad ética trascendente, a la que se reverenciaba mediante el culto a un fuego sagrado. Esto tenía la ventaja añadida de que no había imagen de un dios viviente que morara en un palacio o un templo y que poseyera en la tierra mayor autoridad que el propio Ciro. Éste se declaró seguidor de las enseñanzas del profeta Zoroastro, y hay quien ha equiparado la extraordinaria declaración de tolerancia religiosa contenida en aquel cilindro con una carta de derechos humanos.

Nadie sabe con seguridad si Zoroastro fue o no contemporáneo de Ciro, pero es evidente que ésta es una época de grandes maestros religiosos —son también los años en que vivieron Salmoxis y Buda—. Zoroastro difundió un monoteísmo ético que constituía una doctrina válida para todo el género humano. La deidad suprema, Ahura Mazda, se hallaba en el centro de un reino de justicia que prometía la inmortalidad y la gloria. Sin embargo, también existía una fuerza maligna, Ahrimán, que libraba un feroz combate con el Dios de la Sabiduría, y se afirmaba que los seres humanos eran

libres de elegir entre la Justicia y la Verdad por un lado, y el Reino del Error por otro. Zoroastro asimilaba el bien con las artes de la civilización y el gobierno, y el mal con el nómada dedicado al latrocinio, con el enemigo de la agricultura metódica y la cría de animales. Este planteamiento era, en realidad, una consecuencia del tipo de vida existente en Oriente Próximo, que llevaba miles de años girando en torno a las ciudades. Para los conquistadores de la Antigüedad, la sustitución de la cultura de una ciudad suponía una medida drástica. Por otro lado, la idea que Roma tenía de la civilización iba encaminada a adecuarse a las culturas de la Europa septentrional, fundamentalmente rurales. Los romanos levantaban Romas en miniatura a fin de inculcar la *romanitas* en los nativos. Al encontrar Roma grandes ciudades en otras regiones (Cartago, Corinto, Jerusalén), su respuesta instintiva consistió en arrasarlas.

El imperio aqueménida se asentaba sobre todo en el comercio. Son muchas las palabras españolas que proceden del persa, como «bazar», «chal», «chador», «turquesa», «tiara», «naranja» y «limón» —y por supuesto, «paraíso», que es la palabra que utilizaban los persas para referirse al jardín—. El vocabulario viajaba junto con las mercancías. En 1949, el descubrimiento de una alfombra persa de cinco metros cuadrados —con mucho la alfombra más antigua que se haya encontrado nunca— reveló las dimensiones del tráfico comercial. El tapiz fue hallado en perfectas condiciones en una tumba congelada de Pazyryk, en el sur de Siberia. Pertenece al siglo IV o V a. C.

El centro simbólico del imperio era la fabulosa ciudad palaciega de Parsa (esto es, la «ciudad de Persia», o Persépolis), que parece haberse consagrado a los rituales imperiales. La erigió en torno al año 515 a. C. Darío, padre de Jerjes, y el tamaño del lugar resulta impresionante incluso en la actualidad. En aquella época, provisto de inmensos techos de madera de cedro, enormes puertas con molduras de oro, suntuosos cortinajes y pinturas murales, fabulosos azulejos y vividos relieves, debió de haber sido para quedarse boquiabierto. Las paredes y las escalinatas están cubiertas de altorrelieves que representan a gentes de todos los lugares del imperio que traen tributos al rey. Sus ofrendas son en gran medida simbólicas —ropajes, vestiduras, crías de animales, el tipo de obsequios que pueden considerarse idóneos como sacrificios a un dios.

Este imperio no se parecía en nada al romano. Roma quería romanizar el mundo, al que no le imponía únicamente su control, sino su propia cultura, lengua, literatura, religión y estructura social. El concepto persa de imperio arraigaba en la idea de un «rey de reyes» que vivía como un dios en un palacio que era prácticamente un templo y cuyos soberanos vasallos, como si de dioses menores se tratara, gobernaban en lógica consecuencia a sus respectivos pueblos de acuerdo con sus propios criterios. Esto determinaba la existencia de una notable diversidad de culturas y religiones.

En los altorrelieves que recubren Persépolis se observa que, al ser llevados a presencia del emperador, los pueblos sometidos solían ser conducidos de la mano, y no presos por las muñecas —señal de que se acercaban a él de buen grado y no como

cautivos—. Roma nunca habría podido entender esos frisos de portadores de tributos ataviados con el atuendo que les era propio y que visiblemente se presentan como otros tantos personajes procedentes de distintas culturas. Para los romanos, o aprendía uno a tener un aspecto correcto, esto es a vestirse y a comportarse como un romano, o se era irremediabilmente un bárbaro.

La dinastía aqueménida llegó a su fin en el año 330 a. C., fecha en la que Alejandro de Macedonia, provisto de artillería y de una incommovible confianza en su misión conquistadora, despedazó el imperio con la máxima brutalidad, pues su objetivo era convertirse él mismo en rey de reyes. A modo de respuesta por el incendio con el que Jerjes había destruido la acrópolis de Atenas ciento cincuenta años antes, Alejandro, influido por los vapores del vino, arrasó Persépolis y se llevó el contenido de tan inmenso tesoro con la ayuda de veinte mil mulas y cinco mil camellos.

Al morir Alejandro, las comunidades griegas siguieron contándose entre las más descollantes de aquel mundo dispar que el imperio había ocultado. En el siglo II a. C. surgió una nueva dinastía que asumió el mando supremo, daría lugar al imperio parto y se denominaría a sí misma filohelenos, es decir, «amante de lo griego».

Persépolis se hallaba ahora reducida a ruinas y el imperio que un día representara iba diluyéndose poco a poco en la memoria. Sin embargo, la idea de la dignidad real que vino a simbolizar no se había perdido, y los partos se vincularon a su vez a la tradición de tolerancia y diversidad que ya habían puesto en práctica los aqueménidas. Permitieron que los pueblos dominados conservaran su lengua y cultura propias en las regiones en que se hallaban establecidos. El imperio parto era de carácter descentralizado, y en él, el gobernante, que era un rey de reyes, regía más de dieciocho reinos súbditos, sin administración central. Para los romanos este tipo de arreglo resultaba incomprensible —lo único que veían en tales circunstancias era una situación de confusión política.

CRASO Y EL GRAN DESASTRE ROMANO

En el año 55 a. C. tres eran los hombres que se repartían el control de Roma: Pompeyo, César y Craso. César se hallaba ocupado con la conquista de la Galia. Pompeyo había anexionado Siria, tomado Jerusalén y acordado un tratado de paz con el imperio parto. Sin embargo, Craso, el tercer miembro del triunvirato y el más rico de todos, decidió que su deber como patriota consistía en conquistar a los partos, hacerse con su oro y someter su vasto imperio bárbaro al control de Roma. Además, la hazaña le pondría en pie de igualdad con los otros dos dueños de la Ciudad Eterna.

Craso se había enriquecido con los incendios de Roma. Había comprado esclavos que eran profesionales de la construcción y la arquitectura, y cuando en la abarrotada

ciudad ardían los edificios, él acudía apresuradamente y adquiría los inmuebles en llamas y las manzanas adyacentes, que estaban a punto de ser pasto del fuego. Lo conseguía todo a precios irrisorios, y de este modo terminó siendo propietario de la mayor parte de la urbe. Sin embargo, hay una gran diferencia entre la estrategia empresarial y la militar.

Los partos descubrieron que corrían el peligro de sufrir una invasión inminente, sin que hubiese existido provocación alguna ni se hubiera quebrantado ninguna cláusula del tratado que habían establecido con Roma. Se les venía encima un ejército formidable: aproximadamente unos cuarenta mil hombres, esto es, siete legiones junto con sus tropas auxiliares. Craso dedicó un año a obtener dinero en metálico de algunas ciudades del sur de Turquía que habían tomado la prudente decisión de mostrarse amistosas, y después Artabaces, el rey de Armenia, le ofreció cooperar con seis mil soldados de caballería y la concesión de paso franco por su reino.

Se supone por lo general que Artabaces mostraba así su debilidad y cobardía, pero a Craso en cambio le inspiraban temor las probables emboscadas de los armenios y su sed de venganza, dadas las humillaciones del pasado. Por esta razón decidió rechazar la oferta de Artabaces y alcanzar su objetivo a través de Mesopotamia. Indicó a Artabaces que su labor consistiría en bloquear el avance parto. Artabaces respondió que sería un placer cumplir su encargo.

Poco después de aquello, Artabaces recibió la visita de un huésped que llegaba acompañado de un ejército realmente muy, pero que muy grande. Orodes II, el rey de reyes parto, se había presentado con la intención de celebrar un trascendental banquete y de concertar un matrimonio entre su hermana y el hijo de Artabaces. Lo cierto es que el rey Artabaces no estaba en situación de proporcionar la menor ayuda a los romanos.

Craso descubrió que Artabaces no era un aliado excesivamente fiable. En ese momento, después de que las fuerzas romanas hubieran soportado una larga marcha a través de un árido desierto, llegó un mensajero del rey armenio y, con el clásico lenguaje de la diplomacia, dijo: «Huy, lo siento». Añadió que sería mejor que los romanos no siguieran avanzando, ya que de lo contrario tendrían problemas. Sin embargo, Craso hizo caso omiso de la advertencia y continuó adelante, en dirección a la ciudad amurallada de Harrán o Harranu, una población situada al sureste de Turquía en la que, según la Biblia, había nacido Abraham^[*]. *Harranu* era el término con el que los asirios denominaban las calzadas, y Harrán, que se encontraba en el cruce de la carretera de Damasco con la de Nínive, había sido la capital de Asiria en el siglo VII a. C. Los romanos la llamaron Carras, y no tenían la menor idea de dónde se encontraban. Les habían conducido hasta allí el aplomo de Craso y un guía no muy apropiado, y ahora tenían al fin un primer vislumbre de los partos.

LA BATALLA DE HARRAN

Mientras Craso desfilaba con sus hombres por medio de la llanura de Harran vio ante sí a unos diez mil arqueros a caballo. La cifra equivalía a poco más de la cuarta parte de sus propias fuerzas. Y Craso también contaba con algunos soldados de caballería —jinetes del sur de la Galia que cargaban con espadas en la refriega, pero que no llevaban armadura.

El general parto, Surena, jefe de un clan denominado Suren, no era un hombre que viajara ligero de equipaje. Normalmente se desplazaba en compañía de mil camellos de carga, doscientos carros para su harén, una guardia personal compuesta por mil hombres armados hasta los dientes y varios miles más provistos de pertrechos más ligeros, y un séquito de diez mil jinetes. Y esto únicamente para una visita en son de paz. Sin embargo, en Harrán, donde sus intenciones eran cualquier cosa excepto pacíficas, Surena mantuvo ocultos la mayor parte de sus efectivos. Los romanos avanzaron confiadamente.

Los arqueros de la caballería parto revelaron ser muy distintos a los de cualquier otro ejército que los romanos hubieran conocido. En lugar de ir armados con simples arcos de madera, utilizaban dobles arcos recurvos de alta tecnología, fabricados con láminas superpuestas de madera, asta y tendones. Aquellos hombres más parecían disparar con rifles que con arcos. El alcance máximo de sus armas era de 275 metros, y a 130 metros podían traspasar limpiamente las armaduras y escudos de los romanos.

Después, Surena dio rienda suelta a su caballería pesada, que se había mantenido camuflada bajo mantos y pieles de animales. Al arrancarse las envolturas que los cubrían relampaguearon súbitamente, heridos por la luz del sol, hombres y caballos. Los romanos se vieron inmersos en un ataque distinto, lanzado por un tipo de enemigo completamente nuevo, más parecido a los caballeros medievales que a cualquier otra cosa que hubiera conocido el mundo clásico. Miles de jinetes fuertemente armados, protegidos por igual montura y caballero, se precipitaron sobre los soldados de a pie italianos. Penetraron con gran destrozo entre las filas de las legiones de infantería. Después se replegaron y dejaron que la caballería romana, capitaneada por el hijo de Craso, persiguiera a sus arqueros.

Y entonces sobrevino otra horrible sorpresa. Los romanos que corrían tras los arqueros descubrieron que aquellos hombres podían disparar hacia atrás con tanta potencia y precisión como si cabalgaran de frente al enemigo. La expresión la «flecha del parto» iba a hacerse famosa para significar toda aparente retirada que en realidad constituya un señuelo letal^[*]. Finalmente, los caballeros partos rodearon a los perseguidores romanos e hicieron una carnicería con ellos.



La «flecha del parto».

A lomos de pequeños y ligeros ponis, y armados con arcos de largo alcance, los arqueros montados partos no necesitaban armadura, ya que actuaban a una distancia que superaba el radio de acción de las armas de sus enemigos. Este bronce etrusco muestra a un arquero «escita» del año 500 a. C. aproximadamente, así que constituye un ejemplo bastante anterior de cómo efectuaban ataques los partos incluso cuando se replegaban.

Llegados a ese punto, Craso pensó que los persas se habrían quedado ya sin flechas, pero cometía un grave error. Al tratar de avanzar con el resto de sus fuerzas fue simplemente asaeteado y hecho picadillo. Al ordenar a sus hombres que se lanzaran a la carga, «éstos le mostraron las manos clavadas a los escudos y los pies fijos al suelo» por las flechas^[4]. A continuación uno de los caballeros partos hizo caracolear su caballo delante del mismísimo Craso: llevaba la cabeza de su hijo hincada en la punta de la lanza.

La batalla de Harran fue una lección que Roma no olvidaría. Murieron probablemente unos treinta mil legionarios en el campo de batalla, y los diez mil restantes fueron hechos prisioneros y deportados al Asia central. Las águilas de las siete legiones romanas terminaron en los templos partos. Apenas quinientos romanos conseguirían regresar a casa. La conmoción de la derrota no habría de diluirse: había comenzado una guerra que iba a prolongarse por espacio de seiscientos años.

LAS OBRAS DE TEATRO ARMENIAS

Mientras los romanos se dirigían a su perdición, y durante la batalla misma, el rey armenio, Artabaces, y el rey de reyes proseguían sus deliberaciones sobre la boda que habría de unir a ambas casas reales. Aquello le estaba costando una fortuna a Artabaces.

Sucedió que los dos monarcas eran aficionados al teatro clásico griego. De hecho,

el propio Artabaces tenía reputación de dramaturgo, y no sólo escribiría tragedias griegas, sino también relatos y discursos. Cuando la noticia de la victoria obtenida sobre Craso y sus legiones llegó a oídos de los dos jefes bárbaros, éstos se hallaban absortos con la conmovedora declamación de *Las Bacantes* de Eurípides, protagonizada además por una de las estrellas teatrales de la época: un actor llamado Jasón.

En la obra, el dios Dioniso se presenta en Tebas, procedente de lo que el autor llama el bárbaro Oriente —el mundo que en esa época regían Artabaces y Orodes—. Una vez en Occidente, al dar difusión a la arraigada y clásica religión dionisiaca que gira en torno al fuego del hogar, la autoridad y el orden político masculinos, Dioniso arrastra a los tebanos a un arrebatado desorden. Se enfrascan en rituales festivos, llenos de creatividad, energía y salvajismo: es decir, se comportan como bárbaros en la más simple acepción del término. En medio de la histeria que se apodera de las masas, un grupo de mujeres despedaza a Penteo, rey de Tebas, pues le toman por un animal que ha de ser devorado en un festín sacrificial. La cabecilla de ese grupo de caníbales es su propia madre, Ágave, quien orgullosamente ofrece a su padre lo que cree ser la carne de una bestia feroz.

Tras una emotiva tirada, estaba la audiencia aplaudiendo a Jasón, que hacía el papel de Penteo, cuando se presentó de improviso el lugarteniente de Surena, recién llegado del campo de batalla. Llegó apresuradamente hasta los soberanos con la cabeza de Craso en la mano, la arrojó al suelo y se postró ante sus señores. Jasón cogió inmediatamente el trofeo, se despojó del atuendo de Penteo y se transformó en Ágave, la enloquecida y criminal madre de Penteo, a la que encarna en el momento en que se presenta en palacio con el desmembrado cuerpo de su hijo en brazos.

Traemos a palacio, de la montaña, un zarcillo recién cortado
Una hermosa presa.

Todo el mundo conocía la escena. Y todo el mundo sabía lo que venía a continuación, la exclamación del coro:

¿Quién lo ha cortado?

Y en ese momento uno de los soldados que acababan de llegar se adelantó, cogió la cabeza que Jasón sostenía en las manos, la levantó en vilo y respondió con las palabras de Ágave, que consumaban el desenlace de la escena. «He sido yo». Y era cierto^[5].

EL TRIUNFO DE CRASO

Los bárbaros se hallaban en el centro mismo de la vida pública de Roma porque el ritual central de la ciudad era la ceremonia del triunfo. Esta refinada celebración de la conquista de un nuevo grupo de bárbaros vencidos por un héroe de Roma era, para un romano, el único modo de acceder al panteón de los personajes inmortales y lograr el reconocimiento debido a todo aquel que se hacía un hueco de eterna gloria en la historia de la ciudad. A partir de aquel momento se daba al héroe el nombre de *triumphator* y se le permitía lucirse en un carro dorado frente a los prisioneros y el botín que había traído a su vuelta a Roma. En el año 61 a. C., Pompeyo había conseguido celebrar un triunfo, el tercero, por sus victorias en Oriente Próximo: el desfile de despojos y cautivos había durado dos días. Craso necesitaba desesperadamente un triunfo para igualar a Pompeyo. Surena, con irónica crueldad, iba a proporcionárselo.

Eligió como escenario el puerto de Seleucia, cerca de Antioquía. Tras coger al prisionero que mayor parecido guardaba con el general derrotado, mandó que lo vistiesen de mujer y le ordenó que respondiera al nombre de Craso y al título de *Imperator*. Fue subido a un caballo y sacado en procesión. En los auténticos triunfos había unos trompeteros y funcionarios a los que se denominaba lictores que portaban los símbolos de la autoridad de Roma: los fasces —haces de varas unidas que sujetan en el centro una segur—. El falso Craso también contó con trompeteros, pero sus lictores cabalgaban a lomos de camellos, de sus fasces pendían unas bolsas y se habían sujetado a las hachas las cabezas cortadas de varios romanos. Las últimas filas de la procesión estaban compuestas por prostitutas y músicos «que entonaban un gran número de canciones calumniosas y ridículas en las que se hablaba del afeminamiento y la cobardía de Craso^[6]».

Sin embargo, la más clara expresión de desprecio a los romanos se produjo al mostrar Surena al Senado de Seleucia la colección de objetos pornográficos hallados entre la impedimenta de uno de los generales de Craso. Esto «dio a Surena ocasión de arrojar sobre los romanos una gran cantidad de ultrajantes afirmaciones que les ridiculizaban, dado que no eran capaces, ni siquiera cuando partían a la guerra, de prescindir de tales temas y escritos». Y así era: «¡Vaya un hatajo de gilipollas!», concluyó. En Roma se dijo que los partos habían matado a Craso vertiéndole oro derretido en la boca, como tributo encaminado a satisfacer su apetito de riquezas^[7].

Diez mil prisioneros romanos se desvanecieron en la inmensidad del imperio parto. Algunos terminaron en lo que hoy es el Turkmenistán^[8], donde se establecieron y se unieron a las fuerzas allí destinadas para la defensa de la frontera^[9]. Parece que también allí perdieron alguna batalla, porque da la impresión de que en el siguiente choque defendieron los estandartes de un jefe militar mongol de Kazajistán. La historia china consigna que dos generales al mando de una

importante expedición que recorría esa zona toparon con un extraño ejército en una ciudad situada a ochocientos kilómetros al este de Margiana. Dicha fuerza militar contaba con una plaza fuerte constituida por una doble empalizada de enormes troncos, y cuando los soldados hacían la instrucción disponían sus largos escudos de tal manera que formaban una pantalla defensiva que presentaba el aspecto de las escamas de un pez. La empalizada era un género de fortificación característicamente romano —y desde luego se trataba de una construcción muy distinta a cuanto pudieran conocer los mongoles—, y el único pueblo del siglo I que utilizaba escudos de esa clase, que hacía aquel tipo de instrucción y que organizaba defensas de troncos como aquéllas era el romano.

Volvieron a perder, claro está. Los que sobrevivieron fueron conducidos a China y acomodados en un puesto fronterizo cuyo nombre original se cambió por el de Lijian^[10]. Los historiadores se han preguntado, perplejos, si aquellas personas podían ser realmente soldados romanos, y han escrito sesudos artículos que sugieren que los caracteres chinos de la palabra Lijian representan una palabra que significa Roma, o tal vez Alejandría. Quizá se hayan estado fijando en la lengua que no era, ya que *lijian* es una palabra mongola. Significa «legión». La identidad de aquellos individuos parece por tanto bastante obvia. Las gentes del lugar opinan lo mismo y señalan con orgullo a un cierto número de personas de sus aldeas que muestran los rasgos de lo que ellos consideran la fisonomía romana —marcado caballete nasal, grandes ojos hundidos, complexión fornida y (lo que, a nuestro juicio, no representa quizás una herencia habitual entre los romanos) cabellos rubios y rizados—. Ellos se muestran totalmente convencidos de este origen, y muy lejos de allí, en el norte de la China central, cerca de la Gran Muralla, junto a la frontera con la Mongolia interior, en la pequeña ciudad de Yongchang (es decir, pequeña para lo que es habitual en China), se encuentran las estatuas de tres personas: un chino de la mayoría étnica han; una mujer de la minoría integrada por los musulmanes hui, y un romano que perdió un increíble montón de batallas contra los bárbaros.

EL FEUDALISMO PARTO

Los romanos nunca habían oído hablar de los partos. Les resultaba completamente imposible entender a aquella sociedad, y dijeron de ella que se trataba de un reino de «hombres libres» y «esclavos» en el que la práctica totalidad de la población, incluyendo los ejércitos, dedicaba parte de sus efectivos a formar grupos para la realización de trabajos forzados. Los «hombres libres» de que hablaban eran en realidad los aristócratas partos, y los «esclavos» sus aparceros feudales, que, a modo de renta, pagaban mediante la prestación de servicios militares. Aquello superaba la capacidad de comprensión de los romanos.

Lo cierto es que era un tipo de sociedad que en el oeste no logró aflorar sino después de que se desplomara el imperio romano de Occidente. Una de las pequeñas curiosidades de nuestros modernos prejuicios históricos es que se nos haya enseñado que las sociedades feudales son retrógradas si se las compara con la centralizada estructura del imperio romano y que los caballeros revestidos de armadura de la Europa medieval eran soldados más primitivos que los de las legiones de infantería de Roma. Lo cierto, claro está, es que la Europa medieval fue el resultado de la evolución natural subsiguiente al derrumbamiento del mundo romano. Pero siglos antes, en Persia, había podido verse ya un presagio de su futura fisonomía.

Los jinetes que habían aniquilado a las legiones de Craso guardaban un asombroso parecido con los caballeros que habría de conocer Europa mil doscientos años más tarde. Los dieciocho reyes persas de segundo orden equivalían a los duques y los príncipes europeos; en los sátrapas que gobernaban las provincias en nombre del rey podemos ver a los barones medievales, propietarios de enormes territorios. De hecho, Surena era uno de estos personajes. Los terratenientes acaudalados aparecen representados en los caballeros fuertemente armados que vestían cotas de malla, corazas y petos y que cargaban al galope con unas lanzas que, según Plutarco, «tenían fuerza suficiente para traspasar a dos hombres a un tiempo».

Al igual que los ejércitos europeos, estos hombres dependían notablemente de los arqueros. Ahora bien, si en Europa los arqueros pertenecían a la infantería, los del ejército parto iban a caballo. La pasmosa habilidad que se requiere para lanzar la famosa «flecha del parto» que diezmó al ejército de Craso, el tiro de tremenda precisión que dirigían, de espaldas, mientras el caballo tenía las cuatro pezuñas en el aire, era el resultado de toda una vida dedicada a la práctica de la arquería.

Como la de la Europa medieval, la de los partos era una sociedad caballeresca que pintaba su ideal de caballero heroico con los rasgos de un personaje que vivía libremente, se mostraba generoso y leal, y cuya reputación reposaba tanto en su fuerza física y su capacidad para infligir un indecible daño corporal a sus pares sociales como en la humildad que manifestaba en el terreno espiritual y religioso. Se hace extraño constatar la semejanza de la escala de valores existente entre dos sociedades tan distantes en el tiempo y el espacio. Quizá la mentalidad caballeresca sea una consecuencia inevitable de la posesión de grandes riquezas, de vivir recluido en el interior de una armadura que brinda una protección total y de compartir la vida con un caballo.

No han llegado hasta nosotros crónicas de aquel mundo de andanzas caballerescas, pero logramos hacernos una idea de cómo pudo haber sido gracias al *Shahnameh* o Libro de los reyes, el gran relato épico del siglo X d. C. Se trata de un conjunto de cuentos en el que se narra la vida de toda una serie de héroes míticos y que tiene mucho en común con las leyendas artúricas. Pese a estar basado en materiales mucho más antiguos, es también obra de un grandísimo poeta y narrador, Ferdousí, a quien se encargó la tarea de forjar las epopeyas tradicionales y

convertirlas en una «obra poética única». Por este motivo resulta difícil saber en qué consistían los relatos anteriores. Sin embargo, resulta interesante señalar el papel que desempeñaba el *Shahnameh* en el *zurjâneh*, el espacio ritual dedicado al entrenamiento de los combatientes, un lugar que ya existía, aunque en forma ligeramente distinta en tiempos de los partos y que aún sigue vigente en el Irán actual.

La traducción de *zurjâneh* viene a ser la de «casa de la fuerza», y se considera que en ella se obtiene una especie de preparación espiritual y física que permite alcanzar la condición de caballero heroico. Desde el punto de vista físico, se entrena al iniciado en la realización de toda una serie de hazañas que requieren un gran vigor. El individuo así fortalecido y plenamente formado recibe el nombre de Pehlivan, y es ya un héroe de caballería.

El *zurjâneh* surgió poco después de la invasión mongola del siglo XIII y nació como punto de encuentro clandestino para estos guerreros de formación atlética, ya que se estaban suprimiendo sus actividades —anteriormente realizaban sus entrenamientos rituales en campo abierto—. La tradición parto quedaba así preservada, hasta el punto de que aún sigue existiendo y conservándose. En la actualidad, los iniciados realizan sus entrenamientos en un foso circular de unos nueve metros de ancho. Les supervisa desde una plataforma el maestro, que toca el tambor y recita en voz alta pasajes del *Shahnameh* (y por supuesto del Corán). Mientras escuchan las proezas del mítico paladín Rostam, que salvó del peligro a innumerables reyes e hizo constantemente frente al mal, saliendo siempre victorioso, los aprendices y los campeones realizan gestas de fuerza con grandes maderos, enormes mazas indias y tremendos pesos, y rematan la sesión con una competición de lucha. Estas compañías del *zurjâneh* tienen todavía una destacada significación social: hoy son con frecuencia lugares en los que grupos de vigilantes populares integrados por hombres marginados se preparan para hacer uso de una violencia honorable. Según parece, en Irán, los tiempos de la caballería andante no han llegado a su fin.

LA CIVILIZACIÓN PARTA

La educación constituía el núcleo de aquella civilización^[11]. El campesinado era probablemente analfabeto, pero los nobles iban al colegio a partir de los cinco años aproximadamente y permanecían en él hasta que cumplían los quince. En la escuela, los niños (parece que algunas niñas también recibían educación) aprendían a escribir y memorizaban grandes párrafos de obras literarias. La astrología también formaba parte del plan de estudios. Los chicos se entrenaban en las artes de la equitación, la arquería, el polo y la práctica militar.

La educación aristocrática obligaba asimismo a aprender a cantar, a tocar instrumentos musicales y a dominar algunos juegos como el ajedrez y el *backgammon*, así como a recibir una información general acerca de los vinos, las flores, las mujeres y el manejo de animales. Los alumnos que pertenecían a los niveles más altos de la escala jerárquica recibían una educación relacionada con la etiqueta social, los ritos ceremoniales, la conducta apropiada para las ocasiones festivas y el modo de pronunciar discursos. Una de las pruebas con que contamos sugiere que algunas mujeres estaban muy versadas en derecho civil. Parece que también había escuelas especializadas en la formación de escribas y secretarios, así como en la preparación de los estudios religiosos.

La contribución de los partos a las artes de la civilización creó ese «aspecto y emoción» que asociamos con el Asia central. Ellos fueron los que inventaron la forma arquitectónica que recibe el nombre de *iwan*, esto es, una gran sala abovedada cerrada por tres de sus costados y abierta en el cuarto, construcción que ha venido confiriendo desde entonces una extraordinaria elegancia a las ciudades del Asia central.

Los romanos hubieran sido incapaces de levantar las hermosas bóvedas que comenzaron a realizar los partos para techar sus *iwans*, porque las estructuras se habrían venido abajo durante la obra. Las cúpulas romanas tienen poca altura, terminan en un remate plano, se construyen mediante la superposición de círculos de bloques de piedra cada vez más ligeros, al modo de los iglúes, y se levantaban sobre armazones de madera temporales, al igual que sus arcadas. La arquitectura romana se basa en la clave de bóveda —la piedra que se encuentra en el centro de un arco soporta la presión de las que la flanquean por ambos lados y sostiene de hecho el conjunto de la estructura en pie—. Sin embargo, mientras no se coloca la dovela, el resto del arco ha de contar con algún tipo de sustentación provisional. En realidad, la arquitectura romana dependía de la madera que proporcionaban los bosques europeos, ya que la piedra angular quedaba finalmente suspendida en su sitio gracias al andamio que había permitido colocarla.



El iwan.

Esta magnífica madraza del siglo XVII se encuentra en Samarcanda y constituye un ejemplo de cómo el *iwan* y la cúpula árabes terminaron convirtiéndose en características distintivas de la arquitectura pública del Asia central.

Sin embargo, Mesopotamia y Persia habían quedado desprovistas de bosques en época muy anterior, así que hacía ya mucho tiempo que no podía contarse con ese método de construcción. Estrabón, al describir la capital de invierno parta, Ctesifonte, en torno al año 7 d. C., decía que en lugar de mostrar techos de tipo europeo, «todas las casas estaban abovedadas, debido a la escasez de madera». Si existía la posibilidad de materializar aquella clase de techos era porque los partos habían inventado una tecnología que les permitía sostener en su sitio los bloques de construcción durante la obra sin necesidad de ningún andamio de madera. Los unían con una especie de cola especial para albañilería, un cemento de secado instantáneo desconocido en Occidente y que se elaboraba a base de yeso. Esto dio pie a una arquitectura enteramente nueva, ya que se hizo posible erigir cúpulas de elevada curvatura. La construcción de unas bóvedas de esta naturaleza requiere la colaboración de una cuadrilla de obreros capaz de trabajar en perfecta sincronía, realizando de hecho una especie de coreografía con los brazos a medida que van haciendo encajar las piezas de la cúpula en una operación única caracterizada por la prontitud de los movimientos, ya que todo ha de hacerse en el breve espacio de tiempo que deja el secado del yeso.

Aunque los romanos hubieran poseído una tecnología semejante les hubiera resultado imposible armonizarse de aquel modo al ponerse manos a la obra. Las formas abovedadas planteaban interesantes problemas matemáticos a los arquitectos.

Ya se utilizaban ladrillos y tejas vitrificadas, y para conseguir que las piezas vidriadas de forma curva encajaran con la cúpula era preciso recurrir a complejas soluciones geométricas.

Había que resolver ecuaciones cuadráticas y curvas trigonométricas para evitar que los techos se desplomaran sobre la cabeza de la gente. La competencia matemática de los helenos, de los sabios de Babilonia y de los estudiosos del antiguo Oriente Próximo estaba a la altura de la tarea; desde luego, no podía decirse lo mismo de la matemática de los romanos.

La cúpula iba a convertirse en el centro de la estética arquitectónica asiática. De Persia pasó a la India, y al final dio al mundo, tanto en los *iwans* de tejas azules de Samarcanda como en la pasmosa precisión del Taj Mahal de Agra, algunos de los edificios de factura más perfecta y bella que jamás se hayan construido. Sin embargo, Roma actuó como un muro de contención e impidió durante siglos que este estilo arquitectónico recalara en Occidente. Y los conocimientos científicos que subyacen a este género de construcciones, tanto de orden matemático como físico, continuaron siendo un misterio en el oeste.

LAS PILAS ELÉCTRICAS DE BAGDAD

Roma nunca iba a poder hacerse a la idea de que existiera un estado «bárbaro» extremadamente refinado y de gran poderío militar. Sin embargo, los romanos no tenían más remedio que comerciar con Persia porque los partos controlaban las vías de paso que comunicaban Europa con Oriente. Persia hacía llegar al imperio romano pimienta, perfumes, seda, joyas y perlas. Y quizá fuera justo que las buenas gentes de Persia contribuyeran a satisfacer el ansia de oro que devoraba a los romanos dedicándose a la producción de chucherías de oro falso mediante la aplicación de un baño dorado por galvanoplastia.

En el año 1937, un arqueólogo alemán, William König, director del Museo de Bagdad, quedó desconcertado ante un recipiente de arcilla amarilla de quince centímetros de altura. En su interior había un cilindro de doce centímetros de longitud y cuatro de diámetro confeccionado con una lámina de cobre soldada con una aleación de plomo y estaño al precinto superior, hecho con pez. Del cilindro de cobre sobresalía una barrita de hierro que en su día quedaba sujeta por el tapón de betún. Un disco de cobre cerraba el fondo del cilindro, que se hallaba igualmente sellado con brea.

No queda claro en qué lugar encontró König la vasija: hay crónicas que indican que se encontraba en los sótanos del museo, pero también se afirma que procedía de una tumba hallada en Khujut Rabu, un asentamiento parto situado cerca de Bagdad. Desde luego se conservan fragmentos de otras pequeñas tinajas (o se conservaban, ya

que parece que esos artefactos desaparecieron después del pillaje que sufrió el museo como consecuencia de la invasión de Irak capitaneada por los Estados Unidos en 2004). König comprendió que debía de tratarse de otras tantas baterías electrolíticas, pero en aquellos años se desechó la idea.

Tras la Segunda Guerra Mundial, un nuevo examen de la jarrita reveló signos de corrosión ácida, circunstancia que dio a Willard F. M. Gray, del laboratorio de alto voltaje de la compañía General Electric de Pittsfield, en Massachusetts, la idea de intentar construir una réplica. Al llenar el cántaro con zumo de frutas ácidas, el pequeño búcaro produjo una corriente de entre uno y medio y dos voltios^[12]. A finales de la década de 1970, una egiptóloga alemana, la doctora Arne Eggebrecht, valiéndose de una reproducción de esas mismas baterías, aunque provistas en esta ocasión de un electrolito más eficaz, afirmó haber logrado de este modo recubrir con una capa de oro una estatuilla de plata.

La idea de que los partos estafaran a los romanos con objetos chapados en oro resulta tan entretenida como la de que pudieran emplear pilas eléctricas cerca de mil ochocientos años antes de que Alessandro Volta las «inventara». Debemos añadir, no obstante, que en realidad no sabemos para qué se utilizaban esas jarras, y ni siquiera podemos afirmar categóricamente que se tratara de pilas. En este ámbito, como en otros muchos, lo que observamos es un pasado perdido y olvidado, y tratamos de entenderlo mediante una pirueta de la imaginación^[13].

DE CÓMO LOS BÁRBAROS ESTUVIERON A PUNTO DE SALVAR LA REPÚBLICA

Al verse claramente que los romanos no eran rival para los partos, quizá no resulte demasiado sorprendente que al menos a un romano se le ocurriera tratar de tenerles de su lado y conseguir así que le ayudaran a combatir a otros romanos. El hombre a quien se le presentó esa idea fue Casio, el mismo Casio que habría de saquear Rodas en el año 42 a. C.

Casio sabía exactamente lo peligrosos que podían resultar los bárbaros partos porque había estado al mando de uno de los flancos del ejército de Craso y se las había arreglado para huir acompañado de unos quinientos hombres. Una vez lejos del campo de batalla, sus guías árabes le aconsejaron que se ocultara en un lugar seguro «hasta que la Luna hubiera abandonado el signo de Escorpio», presumiblemente por tratarse de una influencia de mal augurio. Casio les hizo saber que Sagitario^[*] le preocupaba mucho más que Escorpio, y siguió avanzando hasta regresar sano y salvo a Roma.

Una vez allí tomó parte en la conspiración que en el 44 a. C. decidió salvar a la República de las ambiciones monárquicas de Julio César y asesinarle. Roma se

hallaba en aquel entonces amargamente dividida entre aquellos que temían la creación de una nueva forma de monarquía, en la cual hubiera un emperador que lo gobernara todo, y quienes pensaban que la antigua constitución republicana había puesto a Roma en manos de una oligarquía de potentados. En la guerra civil que habría de desatarse a continuación, el republicano Casio se autoproclamó procónsul de Siria —César le había prometido el gobierno de la provincia y Casio pensó que se encontraría más seguro si se aferraba a ese cargo que si permanecía en Roma, donde Marco Antonio estaba atizando una ardiente fiebre contra los conspiradores.

Una vez en Siria, y tras derrotar al gobernador titular, que apoyaba a César, descubrió que tenía a sus órdenes a un contingente de guerreros partos que se había unido a la guerra civil romana. Casio tuvo la brillante idea que mencionábamos al comienzo de este apartado al enterarse de que Marco Antonio y Octavio (el futuro Augusto) se hallaban de camino y se proponían atacarle. Casio envió a «sus» partos de vuelta a Persia junto con una delegación encargada de solicitar respaldo militar. Es evidente que uno de los integrantes de la embajada, Quinto Labieno, se llevaba de maravilla con los partos. Cuando Octavio y Antonio derrotaron al ejército de Bruto y Casio, favorable a los republicanos, en el año 42 a. C., había partos entre las bajas.

No obstante, Quinto Labieno no era un hombre que se aviniera a sufrir una derrota. Cuando Marco Antonio avanzaba hacia el sur para adueñarse de Alejandría (y, como es bien sabido, de Cleopatra), este general romano sumó sus fuerzas a las del rey de reyes en su lucha contra Roma y prosiguió con sus planes, consistentes en tratar de derribar a Marco Antonio y Octavio. Convenció a un cierto número de guarniciones romanas de que se amotinaran contra el nuevo régimen y lucharan en defensa de la antigua constitución republicana. De este modo, se puso al frente de un ejército mixto formado por tropas romanas y partas reunido para luchar contra los hombres que en aquel momento tenían el control de Roma. En poco tiempo se apoderó de todo el Asia Menor (lo que hoy es la Turquía asiática) y de la región de Siria y Palestina. A las órdenes de aquel comandante romano renegado, y en sólo dos años, los partos lograron que su territorio recuperara prácticamente la misma extensión que había tenido en tiempos del antiguo imperio aqueménida, incluyendo la totalidad del Asia Menor, a excepción de unas cuantas ciudades. Nunca antes había sucedido nada parecido —que un general romano capitaneara a unas fuerzas bárbaras para luchar contra la propia Roma—. Este último recurso de emplear a los bárbaros para salvar a la República de la autoridad imperial que se había adueñado de Roma fue un asunto que no hizo ninguna gracia a los romanos, y ha sido casi olvidado. Sin embargo, durante un tiempo, Labieno y los persas tuvieron el destino de Roma en sus manos.

Los partos llegaron a hacerse incluso con el control de Judea, con la ayuda de los rebeldes republicanos romanos. El tetrarca (gobernador) de Galilea, Herodes, huyó a Roma, donde Marco Antonio y Octavio le nombraron rey de los judíos. Mientras tanto, los partos obtenían los beneficios de sus conquistas: de pronto les llegaba el

dinero a manos llenas, y lo invirtieron en el desarrollo de Ctesifonte, la nueva capital de invierno, a orillas del río Tigris.

No sabemos exactamente qué aspecto tenía Ctesifonte —sólo tenemos noticia de que era la ciudad más importante del imperio parto y de que a finales del siglo I d. C. sus murallas ceñían una superficie tres veces mayor que la de Roma—. Pero Ctesifonte no era la Roma de la bárbara Persia. El imperio romano constituía fundamentalmente una extensión de la ciudad de Roma: las capitales romanas —primero Roma, y más tarde Constantinopla— eran la esencia misma de la civilización romana. Ésta es la razón de que el «saqueo de Roma» terminara siendo un acontecimiento de tan relevante significación simbólica. El imperio parto no respondía a esas claves: carecía de un control centralizado y no obedecía a una única cultura. Por grande e importante que pudiera llegar a ser Ctesifonte, el imperio persa podía arreglárselas perfectamente sin ella.

Una de las características que ambos imperios compartían era la importancia que los dos concedían a la guerra: los generales de éxito constituían un peligro para los gobernantes en activo. A fin de cuentas, eso era lo que había llevado a Julio César al poder y sumido a Roma en una guerra civil. Sin embargo, los gobernantes partos contaban al menos con poder y voluntad suficientes para responder a ese peligro: Orodes hizo asesinar a Surena pocos meses después de que éste obtuviera su gran victoria, y ahora el sucesor de Orodes, Pacoro, empezaba a sentirse cada vez más preocupado por el excesivo éxito de su general romano. La inquietud del dirigente parto fue creciendo a medida que la contienda se convertía en una guerra de agresión, y al final retiró su apoyo a Labieno. Aquellos bárbaros, a diferencia de los romanos, no querían conquistar el mundo. De hecho, ni siquiera pretendían adueñarse de Roma.

Fatalmente debilitado, Labieno fue incapaz de resistir el contraataque romano cuando finalmente se produjo. En el año 39 a. C. resultó muerto y Roma recuperó el Asia Menor. Un año después el propio Pacoro murió en Siria, mientras se afanaba en ocupar un campamento romano que él creía desguarnecido. Y el mismo Herodes condujo en persona otro ejército romano cuya misión era volver a adueñarse de Jerusalén. Lo consiguió, ya que tras un asedio de cinco meses se apoderó de la ciudad santa, arrebatándosela al judío que por entonces la gobernaba con el apoyo de los partos.

La República romana estaba muerta y bien muerta. Y la lección que Roma había aprendido de la derrota de Craso no fue la de que hubiera otros pueblos con derecho a la existencia, sino la de que necesitaba dotar a su propio ejército de una caballería pesada.

LOS PARTOS SON VAPULEADOS

La frontera romana con Persia se convirtió en una zona de interminables contiendas. La guerra con Persia era ya un tema recurrente en la política romana y a lo largo del siglo II d. C. los enfrentamientos se produjeron de forma prácticamente ininterrumpida. Dado que el ejército romano se había profesionalizado por completo y que consumía más del 80% de los ingresos que el imperio obtenía a través de los impuestos, el Estado romano quedó transformado en esencia en una estructura dedicada al mantenimiento de sus ejércitos. Eran ellos los que nombraban y destituían a los emperadores. Al principio, el gobernante imperial era elegido entre un pequeño grupo de romanos con derecho a ser considerados candidatos al puesto en virtud de sus vínculos familiares, o al menos por haber prestado servicios como cónsules, unos funcionarios de elevado rango nominal. Sin embargo, al final, los emperadores romanos terminaron convirtiéndose en jefes militares despóticos y pasaron a ser simples productos del ejército, que los aupaba al trono siempre que lograra encontrar a un hombre provisto del perfil adecuado. El primero de aquella nueva casta de gobernantes fue Septimio Severo, un soldado nacido en el norte de África que ejerció el mando sin despojarse del uniforme militar. Se ha dicho que su gobierno, implacablemente autoritario, era de un «despotismo oriental», pero lo cierto es que poseía un poder que ningún rey parto pudo llegar a soñar siquiera.

Severo dobló la paga de sus soldados, fue el primero que les permitió casarse mientras aún se hallaban en servicio, y sustituyó la guardia pretoriana, la fuerza militar integrada por las élites aristocráticas que protegían al propio emperador, por una nueva unidad compuesta por tropas provinciales. No era tanto el Senado, ni el emperador siquiera, los que regían el imperio, sino el reglamento militar y los intendentes generales. Y por supuesto, cualquiera que despertase sus sospechas era hombre muerto. Las fuerzas de seguridad de Roma crecieron de forma desorbitada, hasta que finalmente empezó a respirarse en la ciudad el clima de un estado policial.

Por esta época, el imperio había pasado a ser, en términos económicos, un caso perdido. La maquinaria estatal debía alimentarse constantemente a sí misma por medio del pillaje, y no había ya nada que saquear a menos que Severo pudiera conseguir en Persia el tipo de victoria que se le había estado escapando a Roma desde los tiempos de Craso. Eso fue por tanto lo que hizo. A los romanos les gustaba creer que sus campañas contra los bárbaros obedecían a algún objetivo más elevado que el del puro pillaje, y de hecho era frecuente que se movilizaran por distintas razones. Sin embargo, Casio quedó tan sorprendido por la determinación de Severo que observó con pasmo que todo ocurría como «si el único propósito de su campaña hubiera radicado en saquear el lugar^[14]».

Aún hoy se mantiene en pie en Roma un arco construido por Severo. Fue erigido para dar a conocer su mayor triunfo —el que le llevó a penetrar en Persia en el año 196 d. C. y a golpearla con extrema dureza—. Este monumento absolutamente gigantesco era la primera adición arquitectónica que se hacía al Foro desde los tiempos de Adriano, ochenta años antes. Conmemoraba el hecho de que Severo

hubiera logrado finalmente hacerse con el dinero que Craso había sido incapaz de conseguir. Severo se apoderó de Ctesifonte y creó dos nuevas provincias romanas, a las que dio el nombre de Osroene y Mesopotamia, en la porción occidental del imperio parto. Y al mismo tiempo, mientras se dedicaba a ampliar los límites de Roma, realizó saqueos de tal magnitud que los economistas admiten que fue eso lo que permitió que el imperio romano abandonara los números rojos durante veinte o treinta años. Septimio Severo, que era natural de Libia, empleó parte de aquellas riquezas en su ciudad natal, Leptis Magna, donde mandó construir un nuevo y magnífico foro, colocar un trabajado arco de cuatro puertas en el principal cruce de caminos y levantar un moderno puerto unido al centro de la ciudad por una avenida flanqueada por columnas. Leptis Magna quedó convertida en un centro cultural capaz de rivalizar con la misma Roma, y todo había sido gracias a los ingresos de Persia.

Capturada Ctesifonte, y de haberse regido en función de los criterios romanos, Persia debía haberse derrumbado, pero no fue así. Sin embargo, sí que experimentó cambios, y cambios que no iban a resultar demasiado agradables para Roma. El éxito de Severo desestabilizó a la dinastía parto y la debilitó de modo irremediable. Las fuerzas que surgieron para sustituirla iban a ser una imagen especular de la propia Roma, ya que darían lugar a un Estado despiadado, agresivo y centralizado que no se detendría ante nada.

Las deidades adoptan muchas formas, y traen consigo cosas poco gratas. Lo que el pueblo creyó que sucedería, nunca llegó a materializarse. Lo que no esperaba fue convertido en realidad por los dioses^[15].

Los sasánidas

A unos cien kilómetros al oeste de la antigua ciudad persa de Shiraz se alza un complejo palaciego en ruinas que lleva el nombre de Bishapur. Se construyó en el año 266 d. C., y presume de reunir muchas de las características arquitectónicas tradicionales que cabría esperar hallar en un palacio de semejantes dimensiones y tantísimo esplendor... El único pero es que no se trata de características persas, sino enteramente romanas. Hay un cierto número de pequeños arcos que responden con toda claridad a las costumbres romanas y cuya sustentación depende de otras tantas piedras angulares. Había también mosaicos de estilo romano, pero fueron llevados al Louvre y al Museo Nacional de Irán. Bishapur se encuentra en la provincia de Fars —el corazón de Persia—. De hecho, dado que la «F» y la «P» son una misma letra en persa, Fars se convierte en raíz de la palabra «Persia». Por tanto, ¿qué narices pinta en este lugar un palacio de índole romana?

Bueno, una cosa es segura: no viene a ensalzar el triunfo del poderío romano sobre los persas; de hecho, representa todo lo contrario. Al otro lado de la calzada, excavados en una pared rocosa, se observa la presencia de una serie de grandes paneles rectangulares, y en uno de ellos ha quedado consignado el verdadero vínculo de este lugar con Roma. El relieve tallado en la piedra conmemora la humillación que sufrieron no uno, ni dos, sino tres emperadores romanos a manos del fundador epónimo de Bishapur: Sapor I.

El caballo de Sapor pisotea con sus cascos a un emperador romano. Se trata de Gordiano III, a quien Sapor derrotó en el año 244 y que fue muerto por sus propias tropas. Otro de los emperadores aparece arrodillado ante el rey de reyes mientras suplica por su vida. Se trata del sucesor de Gordiano, Filipo el Árabe, quien pagó un regio rescate a cambio de que Sapor le permitiera permanecer en el trono imperial. El tercer emperador romano se encuentra de pie, y Sapor le sujeta firmemente por la muñeca —en lo que es la forma tradicional de representar el acto de la «captura»—. El prendido es Valeriano, a quien Sapor hizo prisionero y encerró en el palacio de Bishapur durante el resto de su vida. Queda claro que estos relieves pétreos, tan convenientemente a mano, venían a actuar como una especie de álbum fotográfico en el que conservar los buenos recuerdos.

Según la tradición, la arquitectura romana del palacio se debe al empleo de forzados en las obras y a que éstos eran soldados romanos capturados al mismo tiempo que Valeriano (incluso los técnicos y los albañiles pertenecían a la tropa del imperio). No obstante, Sapor podía haber utilizado para la construcción el estilo que

más le agradara. Quería mostrar claramente que el suyo era un imperio mundial, y que la moda europea encontraba cabida en él, junto a todo lo asiático. Teniendo en cuenta los grandes triunfos que obtuvo Sapor en su lucha contra Roma, resulta sorprendente que su nombre no sea más conocido en Occidente. Ahora bien, en Occidente la única versión válida de los acontecimientos es la romana, y en ella no hay sitio para los enemigos de éxito.

La dinastía sasánida, a la que pertenecía Sapor, sustituyó al imperio parto y colocó en su lugar un coloso «bárbaro», más poderoso y mejor organizado que la misma Roma, que habría de infligir al imperio romano una humillación sin precedentes. Y lo curioso es que había sido obra de los propios romanos. Éstos habían sido incapaces de dejar en paz a Persia y no habían parado de incomodarla hasta debilitar la dominación parto y dejar el campo abierto a una dinastía rival.

El ataque generalizado que lanzó Roma a finales del siglo II aceleró un proceso que ya estaba en marcha: el dominio que el rey de reyes ejercía sobre sus vasallos feudales había comenzado a menguar, con lo que decrecía cada vez más el interés de los supremos jefes locales por responder a sus demandas. La casa real parto se escindió y quedó envuelta en una lucha por el control de un imperio que se deslizaba progresivamente por la pendiente del caos.

LOS SASÁNIDAS SE HACEN CON EL PODER

En otro flanco montañoso hay un panel más, esta vez situado en un lugar llamado Naqs-i-Rustam, cerca de Persépolis, al noreste de Shiraz. El relieve representa al padre de Sapor, Ardachir, en el momento de recibir la corona real de manos del principio de la bondad y la pureza: Ahura Mazda. Ambos van a caballo y sus dos monturas pisotean el cuerpo de un enemigo vencido. En el caso de Ahura Mazda, el ser que se halla postrado es Ahrimán, el espíritu del mal. El corcel de Ardachir, sin embargo, planta los cascos sobre su adversario, el último rey de reyes parto: Artabano.

Ardachir fundó la dinastía sasánida, y en realidad su monumento lo dice todo. Los sasánidas provocaron nada menos que una revolución en el gobierno persa y no se limitaron a pasar por encima de la dinastía anterior, sino que se propusieron borrarla por completo. Ardachir dismanteló la ruinoso estructura feudal de los partos y la sustituyó por algo mucho más parecido al modelo romano. El imperio sasánida habría de tener un gobierno centralizado, y las características de su actuación iban a ser las de una operación militar. Quedó dividido en dos nuevas regiones establecidas en función de criterios militares y concebidas para que dependieran del rey de reyes y se vieran libres de intereses hereditarios y rivalidades feudales. A fin de debilitar cualquier autoridad regional, se dispuso que los dominios de la propia familia de

Ardachir quedaran dispersos por todo el imperio. Se consintió que los antiguos príncipes feudales conservaran una posición de autoridad, pero se estableció una estructura formal para los servicios militares que éstos debían prestar y se estipuló la cantidad de tropas que tenían que aportar, así que junto a la vieja costumbre del reclutamiento de unas milicias feudales se implantó la novedad de unos soldados asalariados. El de Roma no era ya el único ejército profesional del mundo. Este imperio «bárbaro» era algo enteramente novedoso.

El pasado fue suprimido, y Ardachir ordenó la completa destrucción de todo aquello que pudiera dejar constancia de la existencia de los partos. ¿Era posible que los feroces y salvajes bárbaros alumbraran una revolución ideológica? Aquella gente lo había hecho. Ardachir dio a su imperio el nombre de Irán, la mítica patria de los arios. Este mito tenía una fuerza similar a la que poseía para los judíos la creencia en el cuasimítico reino de Salomón —representaba un territorio ordenado por la divinidad y asociado a períodos pasados y futuros de perfecto gobierno—. Sin embargo, tenía un significado añadido, puesto que Ardachir dividió el mundo en lo que era Irán y lo que no era Irán, una partición similar a la que había establecido Roma entre romanos y bárbaros. «Nosotros» y «los otros».

Los romanos llamaban «bárbaros» a los persas. Ahora ellos mismos se habían convertido en blanco de una percepción idéntica —habían sido colocados en las tierras de los demonios, en el Reino del Error: el no Irán—. Y en Irán no debía permitirse la presencia de nada que guardara relación con el Error.

La determinación de arrasar todo cuanto no se asemejara a su propia imagen era asimismo un reflejo de la civilización romana. Era una reacción a la resolución romana de borrar del mapa la identidad persa y romanizarla. Cada vez que los persas recuperaban el control de las ciudades y las provincias que Roma había ocupado, los romanos clamaban que su comportamiento era el de unos bárbaros agresivos. Un emperador romano, en una arenga dirigida a las tropas antes de entablar combate con los persas les decía: «Hemos de borrar de la faz de la Tierra a la más fastidiosa de las naciones». Sin embargo, quien habría de desaparecer en aquella batalla en particular habría de ser el emperador en cuestión: Juliano. Ambas superpotencias se iban a enzarzar en una eterna disputa.

Exactamente igual que Roma, Persia necesitaba construir una ideología que estimulara en la gente la noción de que sus gobernantes no eran simples jefes máximos, sino defensores de los valores civilizados, y Ardachir no ignoraba en modo alguno los beneficios de la propaganda. Aprovechó el espíritu caballeresco que había florecido en tiempos de los partos y se encargó de que su vida fuera públicamente presentada con los rasgos propios de la de un cortés caballero entregado al servicio de Dios. Se dice que, tras las batallas que le permitieron apoderarse del imperio, formalizó su victoria en el año 224 d. C. con la escenificación de una justa en la que trababa combate singular con el rey parto Artabano y le derribaba con una maza.

Como es natural, Ardachir se coronó a sí mismo en Persépolis. Se vinculaba así

conscientemente al antiguo, y por entonces en buena medida olvidado y mítico, imperio de Darío, cuyas inscripciones declaraban: «Yo soy el gran rey Darío [...] persa, hijo de persas, ario y de linaje ario...».

La palabra «ario» se ha visto envuelta en tantas y tan lamentables asociaciones de ideas que vale la pena rastrear su sentido original. Procede de la voz *arya*, un término sánscrito que significa «noble» y que en realidad alude a una asamblea integrada por personas de gran habilidad o talento. El vocablo reaparece en otras lenguas indoeuropeas en distintas formas, como la griega *aristoi* («supremamente noble», y de ahí el sustantivo español «aristócrata») y la latina *ars*, de la cual deriva una gran cantidad de palabras vinculadas con la destreza, el arte y la manufactura. Al declararse ario, Darío no estaba refiriéndose a su condición étnica, sino a su genealogía aristocrática.

El imperio del que se había apoderado Ardachir estaba limitado por fronteras naturales al norte y al sur. Al norte se encontraba un erial inhabitable que se extendía hacia el este desde el mar Caspio, mientras que al sur el golfo Pérsico y las montañas afganas constituían una linde de fácil defensa. Al oeste y al este, sin embargo, resultaba vulnerable. Por el oeste, el imperio llegaba hasta Mesopotamia —o lo habría hecho, al menos, de no haberse alzado los romanos con el control del territorio comprendido entre los ríos Tigris y Éufrates, posesiones que venían a sumar a las de Siria y Armenia—. Y en el este, el imperio se estrechaba hasta alcanzar el punto de arranque de las estepas, de las infinitas praderas desprovistas de árboles en las que vagaban los nómadas. Este umbral constituía uno de los puntos clave de lo que hoy conocemos como Ruta de la Seda: era la puerta de entrada terrestre por la que penetraban las mercancías chinas e indias hasta el Mediterráneo.

Ardachir se propuso incluir en sus dominios estas dos regiones fronterizas. Envió importantes fuerzas al este y estableció su autoridad en una región que se extendía desde el mar de Aral hasta el norte de la India. En el flanco occidental desafió directamente al imperio romano, ya que recuperó Ctesifonte casi inmediatamente, expulsó de Mesopotamia a los romanos y ocupó Armenia.

EL REINO DEL ERROR

No resultaba excesivamente difícil presentar al imperio romano como el Reino del Error y la sede del mal. En los últimos años, ese imperio se había vuelto bastante extraño. Poco antes de que Ardachir se aupara al trono persa, Roma había estado gobernada por uno de los emperadores más raros que jamás hayan vestido la púrpura. Que sepamos, Elagábalo (conocido asimismo como Heliogábalo) fue el único emperador romano que, según se dice, no sólo acostumbraba a vestirse de mujer, sino que desposó a una Virgen Vestal y solía presentarse desnudo en los burdeles y

ofrecerse allí a los clientes^[1].

Septimio Severo había debilitado fatalmente al régimen parto, abriendo las compuertas que darían paso a la revolución sasánida, pero también inició los acontecimientos que habrían de paralizar Roma con la llegada de Elagábalo al poder. Severo había tratado de fortalecer su posición en Siria casando a su sobrina, Julia Soaemia, con un sirio que resultó ser ni más ni menos que el sacerdote encargado del culto hereditario al dios sol sirio El-Gabaal (más conocido para la mayoría de nosotros como Baal). La familia maniobró y se entregó al politiquero, así que el hijo de ambos accedió al trono imperial con apenas catorce años, y dado que su padre había fallecido, heredó su función sacerdotal y trató de llevar a Roma el culto al dios Baal y convertirlo en la religión del imperio. «Elagábalo» era en realidad el nombre de su dios. Mientras su madre y su abuela gobernaban el imperio, él se dedicó a organizar refinados festivales religiosos sirios, consagrados en buena medida a la fertilidad. Elagábalo escandalizó a Roma.

Su madre no hizo nada para frenar sus excesos sexuales, y al final su abuela decidió que ambos debían desaparecer. De este modo, persuadió a Elagábalo de que se convirtiera en padre adoptivo de su primo Alejandro, y después sobornó a la guardia pretoriana a fin de que asesinara al emperador-sacerdote y a su madre. En consecuencia, en el año 222 d. C., otro muchacho de catorce años, Alejandro Severo, quedó convertido en nuevo emperador, y su madre, la hermana de Julia Soaemia, comenzó a dirigir el circo. Las muy antirromanas costumbres de Elagábalo llegaron a su fin.

En el año 231, Alejandro y su madre se presentaron en Antioquía con un ejército que supuestamente debía devolver el poder a los romanos, y envió emisarios a Ardachir en un intento de iniciar las negociaciones. Antioquía era la capital de Siria, y Alejandro, como hijo adoptivo de Elagábalo, era el nuevo sumo sacerdote de El-Gabaal. Está claro que el ejército que se habían traído de Roma no se sentía muy feliz con lo que estaba sucediendo. Según Herodiano, un sirio que consignaba los acontecimientos a medida que se iban produciendo, «Los bárbaros mandaron regresar a los emisarios junto al emperador sin resultado alguno. Entonces Ardachir escogió a cuatrocientos persas de muy elevada estatura, los atavió con suntuosos vestidos y adornos de oro, y les proporcionó caballos y arcos. Envío a aquellos hombres ante Alejandro en calidad de embajadores, en la creencia de que su aspecto habría de deslumbrar a los romanos^[2]». Ardachir se proponía ofrecer así a Alejandro y a su madre una imagen de esplendor oriental que les resultara familiar y les inquietara.

Los enviados dijeron que el gran rey Ardachir ordenaba a los romanos y a su emperador que se retiraran de toda la Siria, así como de la parte de Asia que se halla frente a Europa; debían devolver a los persas la totalidad del Oriente Próximo, incluyendo la mayor parte de la actual Turquía. La madre del emperador decidió despojarlos a todos de sus ropajes, ponerlos bajo arresto y enviar al ejército. Éste no sentía el menor entusiasmo por nada de lo que estaba produciéndose, y tampoco era

seguidor enardecido de la emperatriz madre. El resultado fue que se llegó a un punto muerto. El ejército romano sufrió enormes pérdidas, y Ardachir perdió algunos territorios de Mesopotamia. Alejandro Severo se replegó, y en el año 233 su madre dispuso que se le recibiera con un desfile triunfal en Roma. Ambos fueron asesinados dos años más tarde por sus propias tropas.

Paralizada Roma, Ardachir se hizo con el control de Mesopotamia y Armenia. Después se retiró a Persia, y su hijo subió a la palestra como el nuevo rey de reyes.

SAPOR Y LA HUMILLACIÓN DE ROMA

A lo largo de casi veinte años, el nuevo gobernante, Sapor I, que había accedido al poder en 241, se vio confrontado a una sucesión de ejércitos romanos. Cerca de Persépolis, junto a la tumba de Darío, dejó una larga inscripción en parto, persa medio (la lengua que él mismo hablaba) y griego. En ella deja constancia tanto de la humillación que infligiera a Gordiano III y al usurpador que le había sucedido en el año 244, Filipo el Árabe, como de las grandes conquistas que obtuvo dieciséis años después, al convertirse en el primer y único gobernante bárbaro en capturar vivo a un emperador romano. Ya antes había perdido Roma legiones a manos de los bárbaros, pero ahora se daba por primera vez el caso de que un emperador, Valeriano, se viera obligado a consumir sus días como prisionero de un gobernante enemigo. Y lo que era aún peor, los romanos comprendieron que en el ejército persa habían intervenido mujeres provistas de indumentaria y pertrechos exactamente iguales a los de los hombres^[3]. El calificativo de «vergonzosa» apenas bastaba a dar una idea de lo que semejante derrota había supuesto para los romanos.

En Bishapur, cerca de las ruinas del palacio, se encuentra un edificio que la tradición histórica popular ha grabado en la memoria con el nombre de *zندان-ه‌والریان*: «la prisión de Valeriano». Situado en el interior del propio complejo palaciego, el edificio, que ha sobrevivido prácticamente en su totalidad, es un templo semisubterráneo dedicado a Anahita, la diosa del agua y la fertilidad. Descubierta en fecha reciente, esta cámara había sido concebida para poder ser inundada a voluntad, presumiblemente con intención ceremonial. No sólo parece probable que Valeriano se viera obligado a vivir a una distancia lo suficientemente corta de los paneles tallados en la roca que exhibían su derrota militar como para que Sapor se sintiera seguro de que podía verlos fácilmente, sino que es muy posible que también desempeñara algún tipo de papel sumiso en el culto a la diosa de la fertilidad, que era también diosa de la guerra y cuya adoración incluía la prostitución ritual.

Tras su muerte, parece que Valeriano fue disecado y empajado como un trofeo de caza y exhibido en un templo. Casi con toda seguridad, este símbolo de la humillación del imperio se le mostraba a todo visitante romano. Como era de esperar,

la propaganda romana empezó a funcionar a toda máquina. Se hizo correr el rumor de que Sapor había hecho prisionero a Valeriano por medio de una jugarreta, ya que le habría capturado mientras enarbolaba una bandera de tregua. Como un devastador incendio, las tropas de Sapor habían arrasado todo el Asia romana. La totalidad de la población de Antioquía había sido masacrada. El dominador persa había colmado de cadáveres los barrancos de la Capadocia para que su caballería pudiera salvarlos. Había dejado morir de hambre a sus prisioneros, a los que únicamente se había llevado al río una vez al día para que se abrevasen como caballos. Y había empleado a Valeriano como taburete para izarse sobre su caballo cada vez que quería montarlo.

No hay pruebas de ninguna de estas afirmaciones —como tampoco las hay de la teoría opuesta que sostiene que Valeriano se había rendido a Sapor para evitar la suerte de otros emperadores, muertos a manos de su propio ejército—. No obstante, sí las hay de que el mismo Sapor —uno de los más despiadados emperadores persas— era un hombre culto. Consolidó una corte compuesta por eruditos, encargó que se tradujeran del griego y del sánscrito obras científicas y filosóficas, y mostró un serio interés por la filosofía religiosa. De hecho, pese a que puede decirse que en tiempos de la dominación sasánida los persas se reorganizaron y pasaron a convertirse en una sociedad militar capaz de rivalizar con Roma, parece que no perdieron ninguna de sus aptitudes culturales.

LOS BÁRBAROS EN LA CORTE

Al parecer, los sasánidas llevaban una vida presidida por refinados modales cortesanos y lo más alejada que quepa imaginar de cualquiera de las ideas asociadas a la tosquedad bárbara. No son muchas las fuentes originales que han llegado hasta nosotros, pero sí que contamos con antiguos textos árabes y persas derivados de la literatura sasánida, una literatura que describe cómo eran las cosas en una época que ha llegado a ser considerada como la edad de oro de las grandes ceremonias y la perfecta compostura.

Era la posición social lo que dictaba por completo la conducta cotidiana. La persona de rango más bajo (o la más joven) no sólo tenía que ser la primera en desmontar y besar el suelo (el gesto que entre los sasánidas equivalía al apretón de manos), sino que se esperaba asimismo que esa persona dejara que todos cuantos la superaran en posición eligieran el color de las piezas antes de jugar al ajedrez o al *backgammon* y permitiera asimismo que realizaran el primer movimiento^[4]. Los hombres debían ir bien vestidos (con un ceñidor sagrado, calzado y pîleo, prendas de las que debían despojarse educadamente al encontrarse frente a personas de gran dignidad), limpios y perfumados (aunque no en exceso). En las ocasiones festivas, tanto los hombres como las mujeres se paseaban con flores en la mano.

Había que tener mucho cuidado para no meter la pata, ya que jamás había que criticar a nadie por haber sugerido un mal consejo, ni hacer que alguien se sintiera culpable por seguir la excelente indicación que uno mismo hubiera podido darle, ni sentarse en el sitio destinado a una persona más importante o discutir sobre el particular. Se suponía que uno debía mostrarse afable y cortés sin resultar servil. La conversación constituía un campo minado: lo correcto era escuchar cuidadosamente, no hablar demasiado, no interrumpir jamás y opinar con formalidad y elocuencia. El hecho de mostrar un acuerdo entusiasta en cualquier materia insinuaba que se tenía la pretensión de ser una autoridad en el asunto, así que nunca debía cederse a la tentación de manifestarlo. De hecho, el excesivo entusiasmo (que puede resultar de lo más aburrido) era un comportamiento absolutamente contraindicado. Estaba muy mal visto criticar a otro país o reírse de algún nombre chistoso. Se consideraba vergonzoso silbar, hacerse eco de cualquier rumor o contar cuentos chinos. La norma consistía en observar la mayor cortesía y encanto en todo.

Los modales a observar en la mesa se hallaban completamente sujetos a un ritual. El anfitrión no se sentaba mientras no le instasen a hacerlo los invitados, y en la comida se presuponía que no habría de insistir para que nadie repitiese. Debía asegurarse de no emborracharse antes de que lo hiciesen sus huéspedes, y en caso de que éstos se mostraran un tanto achispados, él debía fingir que también lo estaba. Y por supuesto, antes y después de la comida se decían unas plegarias. Los comensales debían poner buen cuidado en no servirse antes que los demás y en no dirigir la vista al punto por el que se traía la comida. Tenían que comer lentamente, y conversar con la mirada baja, ya que era de mala educación observar a las personas mientras comían. No debía haber disputas, por tanto, ni insultos, y se juzgaba con verdadera severidad conducirse como un beodo.

La vida en la Persia sasánida era en cierto modo similar a la del Versalles de Luis XIV. Las posibilidades de ver menguar la propia posición social eran infinitas.

LA RELIGIÓN SASÁNIDA

Sin duda, Sapor sentía un auténtico interés por la filosofía religiosa, pero también es verdad que la religión aportaba unas ventajas políticas indirectas extremadamente útiles. Su abuelo, Papak, el iniciador de la revolución sasánida, había sido el sumo sacerdote del templo dedicado en Istakhr al fuego de Zoroastro (su predecesor en el cargo, Sassek, había sido su fuente de inspiración, y posiblemente también su padre —de ahí el nombre de la dinastía—). El templo se hallaba consagrado a Anahita. En el antiguo Oriente Próximo, esta última era una diosa reconocible bajo un gran número de denominaciones: Istar, Astarté, Afrodita... Sin embargo, sólo en Persia se rendía culto al fuego sagrado.

Esa llama constituía una manifestación de la divina luz del espíritu de la bondad y la pureza, Ahura Mazda, y era constantemente alimentada por unos sacerdotes que se cubrían la boca con un velo para evitar que su aliento contaminase su pureza. El propio Papak parece haber sido uno de los impulsores del resurgir del zoroastrismo, ya que era un decidido monoteísta de motivación ética y se oponía al pluralismo cultural de los fracasados aristócratas partos. Era contrario a los helenos, con su multiplicidad de dioses amorales, y estaba resuelto a establecer una religión de Estado en todo el imperio a fin de fundar en ella el nuevo orden. Destronó al gobernador de Fars y, con el evidente respaldo de las facciones militares de la nobleza, se adueñó de la provincia.

Es posible que Papak se viera favorecido por la reacción de los persas contra lo que era, a fin de cuentas, un régimen decadente, y por el deseo que les animaba conscientemente a restituir las antiguas tradiciones persas. De aquellas costumbres, era mucho lo que había caído en el olvido, pero no la idea que presentaba a Ahura Mazda como adalid del orden establecido, y al siniestro señor Ahrimán como defensor del caos. En tiempos de los aqueménidas, el fuego de Ahura Mazda había pasado a identificarse con la vida del gobernante: al morir éste, se extinguía el viejo fuego y se prendía otro nuevo. De este modo, el mandatario persa volvía a identificarse una vez más, y de forma plena, con Ahura Mazda y el fuego sagrado.

Desde luego, el culto a un único dios centralizado es también un método útil para centralizar el poder político, y el hijo de Papak, Ardachir, parece haber hecho buen uso de la autoridad que la religión le confería. La antigua tolerancia religiosa de los aqueménidas y los partos no formaba ya parte del orden del día. Este nuevo Estado era una teocracia centralizada. Ardachir mandó acuñar en sus monedas la imagen del altar en el que ardía el fuego sagrado y declaró que la religión y la monarquía se hallaban hermanadas. Se decía que en su lecho de muerte había dado a su hijo el siguiente consejo: «Considera que el altar del fuego sagrado y el trono son inseparables, pues se sustentan el uno al otro». Su dominio era expresión de la voluntad de Dios. De ese modo, cualquier discrepancia con el rey de reyes quedaba convertida en un ataque contra la moral misma. A los fieles de toda doctrina que no fuera la del zoroastrismo les aguardaban tiempos difíciles.

Es necesario definir adecuadamente los parámetros de toda religión oficial, y el zoroastrismo lo logró gracias a un texto fundamental: el Avesta. Se conoce con este nombre a una colección de diecisiete enigmáticos himnos, los Gathas, a los que hay que añadir toda una serie de oraciones, prescripciones para los rituales y fórmulas para la pureza del cuerpo y el alma. Ardachir mandó introducir una especie de orden en el Avesta, y se sirvió del texto resultante como base de su código legal. Los sacerdotes hereditarios, llamados magos, timoneaban la vida de las cortes de los monarcas. Los ordenados controlaban asimismo los colegios, además de encargarse de poner en práctica los rituales religiosos —es decir, las ceremonias asociadas con los nacimientos de los niños, las bodas, los fallecimientos, etcétera—. Los ungidos

cobraban unos honorarios y también imponían sanciones económicas a los pecadores que confesaban sus faltas —lo que era una opción preferible a la de verse acusado del yerro en un juicio, puesto que el fallo podía dictar que se aplicaran castigos corporales al reo—. Además, los sacerdotes advertían a quien quisiera escucharles que tanto los pecadores como todos aquellos que no participaran a fondo en los rituales y las oraciones acabarían viéndose en manos de Ahrimán, el demonio, y se perderían los goces del paraíso.

Pero todo esto planteaba un evidente problema filosófico: ¿cómo puede haber un Dios que sea todopoderoso si existe al mismo tiempo una fuerza maligna a la que no consigue vencer? La solución del zoroastrismo oficial consistió en decir que el Tiempo Infinito, Zurvan, era la divinidad primigenia, el padre de todo, tanto de la energía del bien, Ahura Mazda, como de la sustancia negativa, Ahrimán. Esto significaba que Ahura Mazda no era responsable de la existencia del mal.

La lógica dictaba que fuera la religión la que procurara justicia, lo que a su vez constituía la base de una sociedad ordenada y capaz de sostener los gastos militares. La doctrina imperante rezaba del siguiente modo: «El poder no puede sustentarse sin ejército, el ejército no existe sin dinero, no hay dinero sin agricultura, y la agricultura no prosperará sin justicia». Por consiguiente, gracias a una religión convenientemente organizada, Ardachir consiguió poner en marcha un sistema de justicia y recaudación de impuestos con capacidad para sufragar un ejército.

SAPOR Y EL MESÍAS

Tanto en Persia como en Roma, la filosofía religiosa era la cuestión más relevante. Los continuos enfrentamientos entre Roma y el imperio parto no sólo condujeron a Persia a la crisis, fueron asimismo una de las principales causas de zozobra que afligieron al imperio romano a lo largo del siglo III. Tan pronto como se hizo con el poder, Ardachir cerró todas las rutas que seguían las caravanas que se dirigían al Mediterráneo. El comercio entre Roma y el Lejano Oriente quedó interrumpido, y la reanudación de las hostilidades hizo que el coste del ejército romano se disparara. En consecuencia, hubo porciones del imperio de Occidente que empezaron a desentenderse de la autoridad central y a tratar de organizar sus propios asuntos, porque la producción agrícola comenzaba a fallar y los impuestos aumentaban. Éste fue el clima en el que cuajó inicialmente el ascendiente del cristianismo en el mundo romano, y en la agitada atmósfera de la revolución provocada en Persia por el zoroastrismo las consecuencias indirectas de los cultos cristianos empezaron a suscitar un serio interés.

En Fars, un culto denominado «de los practicantes de las abluciones» creía que era posible lavar los pecados del alma mediante ritos bautismales. Se trataba de un

grupo judeocristiano de orientación mesiánica al que se denominaba de los elkesaitas, cuyos miembros observaban el sabbat judío, practicaban el vegetarianismo, se hacían la circuncisión y seguían su propia versión de las enseñanzas de Cristo y Moisés. En este ambiente más bien enfebrecido surgió un líder religioso llamado Manes que afirmaba ser el último profeta de un linaje que descendía de Zoroastro y llegaba hasta Jesús a través del Buda. Manes resaltaba el carácter universal de la verdad y, en una consciente imitación de Pablo, se dedicó a efectuar toda una serie de viajes misioneros.

Manes llevó un mensaje mesiánico al mundo del zoroastrismo. A partir de aquel momento, la batalla entre las fuerzas del bien y del mal dejó de ser un simple fundamento moral para la sociedad humana y se convirtió en una urgente crisis. Manes enseñaba que las fuerzas del mal estaban llevándose la victoria, y que la redención —el triunfo del bien— sólo se produciría tras el decidido combate de un selecto grupo de fieles. Según Manes, el pecado original que cometieran Adán y Eva, falta de la que los seres humanos precisaban ser redimidos, no había sido, como habían determinado los cristianos, la realización del acto sexual, sino la ingestión de carne. Manes contaba con un núcleo duro de adeptos, los elegidos, que llevaban una vida consagrada a un ascetismo lacrimoso centrado en los zumos de frutas y la abstinencia sexual, aunque para el resto de sus seguidores, a los que se dio el nombre de maniqueos, predicaba la práctica ocasional del vegetarianismo y del ayuno —aunque, si aquello resultaba excesivamente duro, bastaba con la fe—. Todo esto constituía una preparación para un apocalipsis en el que la Tierra sería destruida, los condenados se verían subsumidos en una nube cósmica de materia impura y el reino de la bondad y la luz quedaría separado del feudo de la maldad y las tinieblas.

Sapor, que había invitado a Manes a su coronación, le brindó su protección y le animó a acompañarle en sus campañas, en las que también se hallaban presentes los sacerdotes de Zoroastro, que seguían al rey para realizar los ritos asociados al fuego sagrado y limpiar de perversidad y malos espíritus las tierras conquistadas. En términos generales, y a pesar de su firme devoción a Ahura Mazda, Sapor tendía a situarse en la senda del multiculturalismo persa. Le agradaba conversar con los filósofos griegos y convenció a los sacerdotes de Zoroastro de que incluyeran en el Avesta obras de metafísica, astronomía y medicina tomadas de los griegos y los indios. A diferencia de su padre, proclamó que los maniqueos, los judíos y los cristianos tenían libertad de culto en sus propias comunidades, siempre que se atuvieran a las leyes de los sasánidas y pagasen sus impuestos. Tras invadir Siria, Sapor deportó a las poblaciones de Damasco y de otras ciudades no iránias, ordenando asimismo a grandes grupos de cristianos de habla griega que se trasladaran de Siria a las provincias de Persis, Parda y Susiana^[*], además de a la ciudad de Babilonia, donde se les permitió que organizaran sus propias comunidades y siguiesen a sus propios dirigentes. De este modo, surgió incluso un obispo cristiano en Ctesifonte.

El hecho era que, una vez quebrado el poderío militar de Roma, Sapor no tenía demasiadas cosas que temer. La frontera volvió a ser notablemente permeable, los comerciantes empezaron a cruzarla en uno y otro sentido, y la gente se casaba con personas de cualquiera de los lados de la divisoria. Aquél era, a fin de cuentas, el mundo de los bazares, de los mercaderes, de los negocios. Puede que Roma hubiera sido concebida para la guerra, pero Persia tenía mejores cosas en que pensar.

PALMIRA

Sin embargo, pese a sentirse seguro, Sapor fue incapaz de mantener el control de Mesopotamia. Perdió dicho territorio, no a manos de Roma, sino por la acción de uno de los antiguos socios comerciales de Persia, Palmira, el eslabón de Oriente Próximo por el que Persia quedaba unida al Mediterráneo. Palmira era un lugar bastante sorprendente, y estaba a punto de convertirse en un espacio aún más pasmoso.

Cuando Sapor accedió al poder, Palmira era la ciudad más importante de una provincia romana denominada la Siria fenicia. A las gentes de Oriente les resultaba difícil asimilar el poder de Roma: el gran problema estribaba en el hecho de que los romanos fueran tan presuntuosos —hay que tener en cuenta que, para lo que solía ser habitual en la región, la historia de los romanos era muy breve, y además prácticamente carecían de cultura—. Así, por ejemplo, en Palmira ya había un templo dos mil años antes de que los romanos pudieran siquiera soñar con contemplarlo. Su forma, presidida por una ancha cámara de muros de piedra rodeada por columnas en su parte exterior, se asemeja mucho más al tipo de construcciones que se atribuyen a Salomón que a cualquier edificación romana. Y así debía ser, en efecto, ya que en la Biblia se señala que este templo era parte integrante del reino de Salomón. De hecho, lo que dice la Biblia es que fue el propio Salomón quien lo construyó^[5].

Palmira es un nombre griego y romano que significa «palmeral». Los lugareños la llamaban Tadmor, que indica lo mismo. El templo estaba dedicado a Baal. Fue reconstruido después de que los romanos se presentaran en la zona —una clara demostración de que aquellas gentes no estaban romanizadas.

La entera escala de valores de Palmira se hallaba regida por el comercio. Hay pueblos que se interesan por los dioses, otros que prefieren la conquista y la dominación del mundo; los habitantes de Palmira consagraban su vida y su energía a los negocios de importación y exportación. La mayor parte del comercio que se efectuaba entre el Mediterráneo y Persia, o la India y China, se encontraba en manos de los ciudadanos de Palmira —árabes, judíos y persas—. Como intermediarios imprescindibles entre el este y el oeste, estos comerciantes jugaron largo tiempo al gato y al ratón, tratando de ser a un tiempo amigos de Roma y devotos de Persia.

Y durante muchos años se las arreglaron para salir muy bien parados. Decían

aceptar hallarse bajo la soberanía romana para evitar ser vapuleados, pero convencieron a Roma de que les concediera el estatuto de ciudad libre —quiere decirse exenta de pagar los impuestos romanos, que es lo que realmente les importaba—. Los jefes de Palmira garantizaban a las caravanas que se hallaban de paso vías de tránsito seguras, es decir, no expuestas a la acción de los jeques del desierto; había guías que indicaban a esas mismas caravanas la ruta a seguir en aquellas desoladas regiones; disponían de arqueros a caballo para proteger a los caravaneros de las incursiones de los beduinos; y al traspasar sus puertas, la ciudad gravaba con pesados cánones todos los artículos destinados al comercio. Entre las mercaderías figuraban muchos artículos de primera necesidad así como buen número de objetos considerados de lujo en el mundo de la época: lana, tintura de púrpura, seda, vajillas de vidrio, perfumes, especias, aceite de oliva, higos secos, nueces, queso y vino.

Palmira era una ciudad del desierto, pero sus mercaderes poseían barcos fondeados en aguas italianas, controlaban el comercio de la seda india y traían oro y piedras preciosas que una vez trabajados por los artesanos del gremio de la orfebrería quedaban transformados en objetos destinados a la ostentación. La agricultura estaba bien organizada, y los cultivos contaban con el regadío que permitía la presencia de un lago creado mediante la construcción de una presa de cuatrocientos metros de longitud. Palmira se convirtió en una de las ciudades más ricas de Oriente Próximo, de modo que su población (algunos de cuyos miembros aceptaban la ciudadanía romana y añadían un nombre romano al semítico que ya tenían) sustituyó las tradicionales viviendas construidas con ladrillos de barro por la piedra caliza, mucho más moderna. El lujo, las dimensiones y la decoración de sus casas superaba en suntuosidad a cualquiera de las que podían verse fuera de Roma.

Se pavimentaron nuevas calles flanqueadas por columnatas y la ciudad comenzó a presentar el aspecto de una población grecorromana particularmente próspera, ya que contaba con una espléndida plaza de mercado y un teatro de estilo griego. Sin embargo, no había anfiteatro. Y tampoco se celebraban combates de gladiadores. Si los espectadores veían luchas entre bárbaros de pega y espectáculos con animales salvajes de verdad y empezaban a disfrutar con la exhibición de la muerte como forma de entretenimiento era porque se les intentaba inculcar la escala de valores de los romanos. Pero en Palmira no estaban por la labor.

Lo cierto es que los ciudadanos de Palmira habían conseguido realizar con éxito una gran jugada: eran el único pueblo que se las había arreglado para vivir en compañía de los romanos sin quedar romanizado. Se limitaban simplemente a fingir que eran romanos. Desde luego, tomaban precauciones para proteger sus bienes. Proporcionaron instrucción a un magnífico ejército de arqueros a caballo. Sus soldados se hallaban al servicio de Roma —de hecho, Roma insistió bastante en este punto—, así que algunos tenían que incorporarse al ejército romano, y hubo incluso unos cuantos que llegaron a defender los estandartes de Roma en Britania, junto al Muro de Adriano.

Sin embargo, como la guerra entre Roma y Persia se hacía interminable, este plácido acuerdo comenzó a resquebrajarse. El comercio decreció, no sólo porque Persia se convirtió en zona de guerra, sino porque el revolucionario ascenso al poder de Ardachir hizo que resultara imposible preservar el signo de las relaciones que habían mantenido hasta entonces Roma y Persia. En la década de 250 el gobernante de Palmira se ofreció como aliado a Sapor. Sin embargo, se le respondió con gran firmeza que el rey de reyes no tenía aliados, sino vasallos. Los romanos le hicieron una propuesta mejor y el dirigente de Palmira la aprovechó. El emperador Valeriano le hizo cónsul y gobernador de la Siria Fenicia.

Una vez que el mandatario de Palmira se hubo puesto manos a la obra y decidió atacar Persia —tras la captura de Valeriano—, el nuevo emperador, Galieno, dio por supuesto que la campaña era una iniciativa en favor de Roma y le nombró *corrector totius orientis*, es decir, supervisor de todo el Oriente. No obstante, el administrador de Palmira había determinado proclamarse rey de reyes y resuelto tratar por cuenta propia y en pie de igualdad con Sapor.

LA REINA ZENOBIA

Tras el asesinato del gobernador de Palmira en el año 267, su esposa reclamó el título de su marido en nombre de su hijo Valabato. Y así comenzó el reinado absolutamente asombroso de una mujer no menos fascinante llamada Zenobia —aunque en realidad ésa era la denominación que le habían dado los romanos—. Su verdadero nombre era Bat Zabbai, es decir, hija de Zabbai, pero en esta ocasión los romanos acertaban al llamarla Zenobia. ¿Quién ha oído hablar jamás del señor Zabbai? Zenobia era un personaje por derecho propio —y ciertamente no ha habido muchos como ella.

Todo el mundo decía que era de una rara belleza. Las descripciones que nos han llegado de su persona hablan de la blancura de sus dientes como perlas y de sus grandes y centelleantes ojos negros. En las ocasiones asociadas a la solemnidad estatal vestía la púrpura de las clases dirigentes, una túnica ribeteada de piedras preciosas y con adornos de oro en la cintura. Uno de los brazos quedaba desnudo hasta el hombro y cuando se desplazaba en su carruaje con incrustaciones de pedrería acostumbraba a llevar un yelmo.

Zenobia gobernaba al estilo de las reinas de Oriente. Para saludarla había que postrarse ante ella, como ocurría en la corte persa, en la que el gobernante se presentaba a sus súbditos en calidad de dios viviente. Afirmaba descender de un linaje aristocrático que resultaba particularmente impresionante en una sociedad de comerciantes, ya que se decía descendiente de Cleopatra. La reina Zenobia había recibido una esmerada educación y hablaba griego (y, según sostienen algunos, también egipcio) además de latín, arameo y persa^[6]. Se dice que escribió la primera

historia completa de su tierra, pero desde luego no era ninguna marisabidilla. Cazadora consumada, Zenobia solía salir a ojear leones y osos con su marido, Odenato, en vida de éste. También acostumbraba a acompañarle a la guerra, y realizaba íntegramente la instrucción militar, ya que vestía la coraza y llevaba armas. En lugar de desplazarse en una litera, cabalgaba o marchaba al frente de una columna de soldados, y compartió con Odenato la gloria de sus victorias sobre los persas.

Visto lo visto, fue un error que el Senado romano, capitaneado por el emperador Galieno, anunciase que iba a limitar su autoridad y que no la nombraría *corrector totius orientis*, con lo que Palmira se vería reducida a la condición de Estado cliente. La respuesta de Zenobia fue directa y decidida. Da la impresión de que la reina había resuelto que el imperio romano debía adoptar una nueva forma, pasando a ser una federación descentralizada de imperios. En Europa, Britania, la Galia e Iberia se habían separado y nombrado a su propio emperador. El poderío de Roma en Oriente había quedado disuelto tras la captura de Valeriano. Los ejércitos de Zenobia controlaban la parte persa de Mesopotamia. ¿Por qué Palmira no habría de constituirse en centro de una parte independiente del imperio y reafirmar así las antiguas tradiciones del Oriente Próximo?



Zenobia.

Este relieve funerario de Damasco muestra a Zenobia, la reina renegada de Palmira, en compañía de Tyche, diosa de la fortuna y protectora de la ciudad. Con un rasgo de optimismo, el emperador romano aparece representado a los pies de la reina, que lo mantiene así sometido. Zenobia suscitó en vida una difundida admiración, pero en modo alguno puede decirse que se tratase de un sentimiento universal; un destacado rabí judío de su misma época declaró: «Feliz aquel que pueda ver la caída de Palmira».

Con esa idea en mente, Zenobia se apoderó de Egipto y Siria. Como en Roma los emperadores se sucedían rápidamente unos a otros, tenía prácticamente las manos libres. Era inmensamente popular y llegó incluso a atreverse a llevar la diadema imperial y a adjudicarse el título de «reina de Oriente». Las monedas que acuñó

llevaban la inscripción «Augusta», madre del emperador, y sus hijos no sólo recibieron una educación latina, sino que desfilaron ante las tropas sirias vestidos de la púrpura imperial.

La situación, sin embargo, no duró demasiado. Al final, Roma reorganizó su ejército y comenzó a someter nuevamente a su dominio militar a las provincias disidentes. El emperador Aureliano hizo frente al imperio oportunista de Zenobia y ganó dos batallas decisivas a la reina. Zenobia se hallaba presente en ambos choques y tomó parte activa en ellos, pero perdió. Y al ver el sesgo que tomaban los acontecimientos, sus valedores desaparecieron. Sufrió asedio en Palmira y huyó, aunque terminó siendo capturada a unos cien kilómetros de la ciudad. Su reinado acabó en 272, y al año siguiente la ciudad fue arrasada y sus habitantes pasados a espada.

Hay diferentes versiones de lo que le sucedió a Zenobia, pero lo más probable es que fuera llevada a Roma y que desfilara en la ceremonia triunfal de Aureliano, cargada de cadenas, aunque en este caso fueran de oro. Después, tras conferenciar y librarse de un destino peor, es posible que terminara convirtiéndose en huésped de la alta sociedad y residiera en una elegante villa de Tívoli. Hay una fuente, más bien dudosa, que cita una carta en la que Aureliano sale al paso de las críticas que le habían censurado por haber prendido con grilletes a una mujer:

Aquellas personas que ahora me reprochan ese gesto me concederían abundantes elogios si supieran de qué clase de mujer se trata, cuán prudente se muestra en sus determinaciones, con qué firmeza ejecuta sus planes, lo severa que es con los soldados, hasta dónde alcanza su generosidad cuando la necesidad acucia, y lo inflexible que puede llegar a revelarse cuando la disciplina así lo exige. Podría decirse incluso que las derrotas que Odenato [su marido] obtuvo sobre los persas fueron obra suya, y también que ella fue la responsable del avance que la permitió presentarse, una vez puesto en fuga Sapor, en la mismísima Ctesifonte. Debiera añadir aquí que era tal el miedo que esta mujer inspiraba a los pueblos de Oriente, así como a los egipcios, que ni los árabes ni los sarracenos ni los armenios se atrevieron a enfrentarse jamás a ella^[7].

Aun suponiendo que, en realidad, la carta no haya existido nunca, sí que muestra el modo en que los romanos la recordaban.

PERSIA Y ROMA. LA LUCHA CONTINÚA

Este asunto había hecho que Roma y Persia se ocuparan de otras cosas, y por la época

en que la Ciudad Eterna estaba lista para volver a contender con los persas, Sapor había muerto, los sacerdotes de Zoroastro habían vuelto a tomar el mando y la tolerancia había hecho nuevamente acto de presencia. Tras el fallecimiento de Sapor, en el año 272, Manes había sido llevado a juicio y condenado por actuar como «mal doctor» de su doctrina. Parte del delito del que se le acusaba consistía en el hecho de ser pacifista: en la guerra contra el Error (esto es, Roma), el pacifismo no representaba una posibilidad que pudiera ser tenida en cuenta. Manes fue enviado a prisión y condenado a muerte en torno al año 276.

Mientras tanto, la nueva maquinaria administrativa había puesto a trabajar a sus prisioneros romanos en una serie de proyectos de irrigación que incrementaron en un 50% la cuantía de las cosechas y la población sedentaria del Creciente fértil —la región situada entre los ríos Tigris y Éufrates^[8]—. La guerra se reanudó en el año 295, fecha en la que Roma atacó Ctesifonte y en la que, pese a resultar repelida en un primer momento, terminaría consiguiendo una enorme victoria que le permitiría adueñarse de todo el harén del rey de reyes. No se trataba de ningún asuntillo baladí ni de media docena de beldades. El harén era una ciudad habitada por varios miles de mujeres y la familia real al completo, lo que incluía a los hijos del emperador, de entre los cuales habría de elegirse al sucesor. El precio de la devolución del trofeo fue la entrega del control de todas las tierras que Persia poseía en su región noroeste, entre ellas las de Armenia y el norte de Mesopotamia.

En consecuencia, a comienzos del siglo IV, Roma firmó un tratado de paz con Persia, aunque la presión de esta interminable guerra iba a modificar por entero las características del imperio romano. El terrible coste de un ejército de dimensiones cada vez mayores fue uno de los factores determinantes; el otro vino definido por el hecho de que la defensa de la frontera con Persia fuera una labor que mantenía constantemente ocupadas a las fuerzas de Roma.

Realmente todo parecía indicar que el imperio «bárbaro» de Persia era el que se las arreglaba para salir adelante perfectamente bien y que el romano era el que se hallaba empantanado. En el año 309, al morir el emperador sasánida Ormuz II, accedió al trono su hijo. No obstante, según el consenso general, éste era incapaz de desempeñar el cargo, así que fue sustituido por un feto que aún se hallaba en el seno materno. Según parece, la coronación del vientre de la madre, cuyo hijo habría de convertirse en Sapor II, fue un acontecimiento memorable. Es de suponer que los magos, o sacerdotes, ya habrían establecido por medio del estudio de las estrellas que se trataba de un varón.

El imperio persa tenía la suficiente capacidad como para cumplir pausada y ordenadamente sus funciones pese a tener primero un feto, y más tarde un infante, en el trono. Roma, en cambio, era un desbarajuste. Durante la infancia de Sapor II las guerras civiles cuartearon el imperio romano hasta el año 312, fecha en que la definitiva conquista de un comandante militar nacido en los Balcanes —Constantino— logró ponerles fin. Se produjo entonces un equilibrio de fuerzas entre Constantino

y el general al mando de las tropas romanas de Oriente cuyo desenlace fue una terrible guerra que se saldó en el año 324 con unos veinticinco mil muertos y un Constantino erigido en dominador del imperio de Oriente. Una vez instalado en el poder, Constantino decidió centrar en el este todos los objetivos del imperio y sustituir la ciudad palaciega de Bizancio por una grandiosa capital nueva, Constantinopla, la Nueva Roma situada en los confines mismos de Asia.

El antiguo imperio latino quedaba así condenado a transformarse en un empeño periférico, destinado a ocuparse únicamente de la agricultura y los germanos. Se dejó en gran medida que se las arreglara como pudiera y, en consecuencia, se declararon frecuentemente en el Rin distintas formas de anarquía militar, puesto que los ejércitos adquirieron la costumbre de elevar al poder a sus propios comandantes y de contratar a mercenarios godos cada vez que precisaban suplir sus propios efectivos. La palabra «romano» dejó de significar «perteneciente a la ciudad de Roma o propio de ella» y el corazón del imperio pasó a ser griego. La antigua distinción entre griegos y romanos, diferenciación que hacía que unos y otros se juzgaran con mutua desconfianza, había dejado de tener el menor sentido —salvo en la ciudad de Roma, por supuesto, donde los personajes más descollantes no hablaban una sola palabra de griego y seguían considerando con enorme suspicacia a los orientales, a quienes aún tenían por falsos, decadentes e inmorales.

El imperio de Constantino destacaba asimismo por otra novedad, la de haber abrazado oficialmente el cristianismo, y esta decisión iba a ejercer un claro impacto en Persia. Como es obvio, el cristianismo había pasado de este modo a formar parte del Reino del Error, y se daba por supuesto que las minorías cristianas, en especial las de la región fronteriza de Armenia, se hallaban sometidas a la influencia de la principal potencia enemiga. En el imperio romano se había dejado de perseguir a los cristianos, pero en esta materia era Persia la que ahora tomaba el relevo.

A medida que Constantino iba haciéndose mayor se percibía con claridad creciente que el imperio romano estaba a punto de encajar un nuevo y muy severo golpe. Constantino había anunciado que dividiría el imperio romano en cinco partes, y estaba claro que sus herederos habrían de intentar hacerse picadillo unos a otros. Llegados a este punto, como era de esperar, Sapor II, que ahora tenía ya veintiséis años, decidió recuperar las tierras que Roma había arrebatado a Persia. Entre los años 337 y 350, ambos imperios libraron una guerra intermitente en lo que ahora eran las posiciones fortificadas romanas de Mesopotamia.

El ataque de Roma contra Persia había creado un imperio «bárbaro» dotado de una organización cuando menos igual de buena que la romana, ya que estaba notablemente centralizado y poseía un gran poderío militar propio. Ahora la incesante situación de guerra estaba debilitando progresivamente a ambos colosos. En el caso de Roma, la concentración de fuerzas en Persia estaba desguarneciendo cada vez más las fronteras del Rin y el Danubio, lo que trajo consigo un incremento del volumen de las incursiones de los pueblos germánicos. Y en lo que hace a Persia, aquella misma

pugna estaba dejando sin recursos la frontera oriental de Kushan, la puerta de entrada cuya custodia defendía a la civilización de los jinetes de las estepas.

PERSIA Y LOS HUNOS

Ni siquiera la mano más larga —y la necesidad de una larga mano era justamente uno de los lemas del emperador persa— podía saber qué estaba sucediendo en la totalidad de tan vasto territorio. El viaje desde la zona de guerra de Armenia hasta la capital del imperio, Ctesifonte, llevaba dos meses, y Kushan se hallaba a la misma distancia en dirección al este. En el año 350, Sapor II se vio forzado a cejar en su agotadora lucha con Roma porque había despojado de excesivos recursos el Oriente —con el devastador resultado de que los hunos habían aprovechado la ocasión para penetrar en sus tierras.

Al este de Kushan se extendían cerca de seiscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados de desoladas estepas, una infinita pradera abierta en la que no crecían árboles de ninguna clase y que llegaba hasta el norte de China. El modo de vida de los pueblos tribales que vagabundeaban por aquellos interminables pastizales era simplemente incompatible con el cultivo de la tierra y los asentamientos urbanos. De hecho, incompatible con lo que llamamos civilización. Para unos pueblos que dedicaban su existencia a trasladar grandes manadas de animales por aquellas tierras de pastoreo, las granjas de los individuos sedentarios constituían un mero obstáculo del camino, y las ciudades eran simples almacenes de objetos útiles y valiosos a los que se podía echar mano siempre que fuese necesario. Los habitantes de las ciudades, que eran evidentemente incapaces de sobrevivir en campo abierto, resultaban interesantes únicamente en caso de que poseyeran artículos prácticos con los que comerciar, pero es probable que, en términos generales, los nómadas consideraran que lo mejor era que estuviesen muertos.

Los pueblos sedentarios de Asia tenían que erigir y conservar constantemente barreras contra los nómadas, y guarnecer tales defensas con tropas competentes. Los chinos habían construido la Gran Muralla. La tarea a la que debían enfrentarse los pueblos que habitaban el Asia central resultaba mucho más sencilla porque su frontera era notablemente más pequeña, pero se les hacía imprescindible no llegar a perder nunca el control de su territorio.

Las inmensas estepas de Asia sólo se detenían en la cadena de los Urales. Allí donde las cimas de esta cordillera comienzan a perder altura, esto es, hacia el sur, en lo que hoy es Kazajistán, hay un obstáculo que impide eficazmente el paso de los errantes nómadas: un desierto carente de pastos. En medio de ese desierto se encuentran los restos de un océano desaparecido: el mar de Aral. Ésta es la región que la antigua Unión Soviética juzgó idónea para situar en lugar seguro un

cosmódromo y una zona de pruebas para sus misiles nucleares.

La ruta terrestre por la que se entra o sale del occidente asiático discurre más al sur, a través de un estrecho pasadizo ubicado al norte de las montañas afganas, ya que en esa zona, un rosario de oasis permite cruzar el desierto. Los soldados de esta comarca fueron los designados para actuar como guardianes de los puntos de paso. Si eran trasladados a otra zona, Persia quedaba indefensa frente a los bárbaros de las estepas. Las ciudades de Oriente Próximo, y más tarde las del Mediterráneo, quedaban igualmente expuestas. Según parece, Zoroastro, que identificaba el bien con las artes de la civilización y del gobierno, y el mal con los robos de los nómadas, enemigos de la agricultura metódica y de la cría de ganado, nació en Kushan. Pues bien, acababan de irrumpir bruscamente en escena unos agresivos nómadas: los hunos.

Resulta extremadamente difícil saber de quiénes se trataba. Los documentos chinos hacen referencia a una gran confederación de tribus dedicadas a las actividades pastoriles: los hsiung-nu o xiongnu. Estos pueblos amenazaban la frontera norte del imperio chino, de modo que en el siglo I d. C. los chinos quebraron la confederación por medios militares. Algunos de aquellos pueblos se asentaron en el interior de China. Otros se desplazaron al oeste, a las estepas del Kazajistán oriental, que según parece presentaban a sus ojos el aspecto de un paraíso terrenal —denominaron Nie-Ban a la región, lo cual significa nirvana, o placidez celeste—. Tenemos referencias chinas que hablan de una población de unas doscientas mil personas, cuya propensión al aseo destacan estas mismas fuentes. Por lo visto, aquellos individuos se lavaban y cepillaban los dientes antes de comer, tres veces al día, y se arreglaban el pelo, dejándose el flequillo.

Quizá fueran esos mismos pueblos los que habían emprendido la marcha, empujados posiblemente por la hambruna. Si llegaron a avanzar unos ochocientos kilómetros en dirección suroeste alcanzaron sin duda los oasis en que se detenían las caravanas, y una vez allí se habrían precipitado por aquel estrecho embudo y desembocado en el este de Persia, donde cabe suponer que aquellas gentes desesperadas y hambrientas emplearan sus destrezas de arqueros a caballo para apoderarse de todo lo que necesitaran y repeler cuantos intentos se hicieran por rechazarles. Los pequeños caballos mongoles apenas han cambiado a lo largo de los siglos. Las monturas de los hunos destacaban por su corta alzada, gran cabeza, pobre planta y notable resistencia. Sapor II iba a tener que prestarles toda su atención.

Necesitó siete años, y una mezcla de fuerza y dinero con el que sobornarles, para persuadir a los hunos, o al menos a un cierto número de ellos, de que se hicieran aliados suyos. Hacia el año 358 se hallaba ya en condiciones de volver a luchar contra los romanos —y esta vez iba a tener un éxito considerablemente superior—. Sus triunfos alcanzaron un punto culminante en el año 363, fecha en la que el emperador Juliano —un personaje de gran inteligencia, aunque muy testarudo, que apenas superaba la treintena— decidió partir a la conquista de Ctesifonte. Fue Juliano

quien arengó a sus tropas con la frase que ya hemos visto: «Hemos de borrar de la faz de la Tierra a la más fastidiosa de las naciones». No sólo fracasó en su intento de adueñarse de la ciudad, sino que también se mostró desprevenido, ya que no dispuso preparativos suficientes para el caso de que sus tropas se vieran obligadas a batirse en retirada. Entorpecidas por la escasez de suministros y acosadas por el enemigo, las legiones de Juliano se vieron detenidas en seco al resultar muerto el emperador en una escaramuza de poca importancia. Su sucesor, Joviano, se vio obligado a devolver todo cuanto Persia había entregado al imperio sesenta y cinco años antes como rescate por el harén caído en manos de Roma. Era la única manera de que Joviano lograra llegar sano y salvo a casa.

Puede que la renovada confianza y los éxitos militares de que se enorgullecía Sapor II tras sellar un pacto con los hunos guardara alguna relación con el hecho de que esos mismos nómadas volvieran a hacer acto de presencia en la Dacia tan sólo unos cuantos años después —en 375— ¿Hemos de considerar que fue una simple coincidencia que los pueblos germánicos situados al norte del mar Negro se vieran de pronto sometidos al ataque de los atronadores cascos y potentísimas flechas de miles de extraños jinetes orientales que parecían unidos a sus monturas como otros tantos centauros y que avanzaban rápidamente hacia poniente? La consiguiente conmoción habría de causar el naufragio del imperio romano, y provocaría una enorme migración de godos que terminaría aniquilando las dos terceras partes del ejército que combatía a Persia.

La terrible dominación de Roma estaba llegando a su fin.

CUARTA PARTE
VÁNDALOS Y HUNOS

II

La cara oculta de los mitos

De todos los pueblos bárbaros que recorrieron Europa en el siglo v d. C., los que con diferencia han merecido una más duradera reputación de absurdo salvajismo y espíritu destructivo han sido los vándalos y los hunos. Y sin embargo, como a menudo sucede con la historia de los bárbaros que ha llegado hasta nosotros, nada es como lo pintan las apariencias.

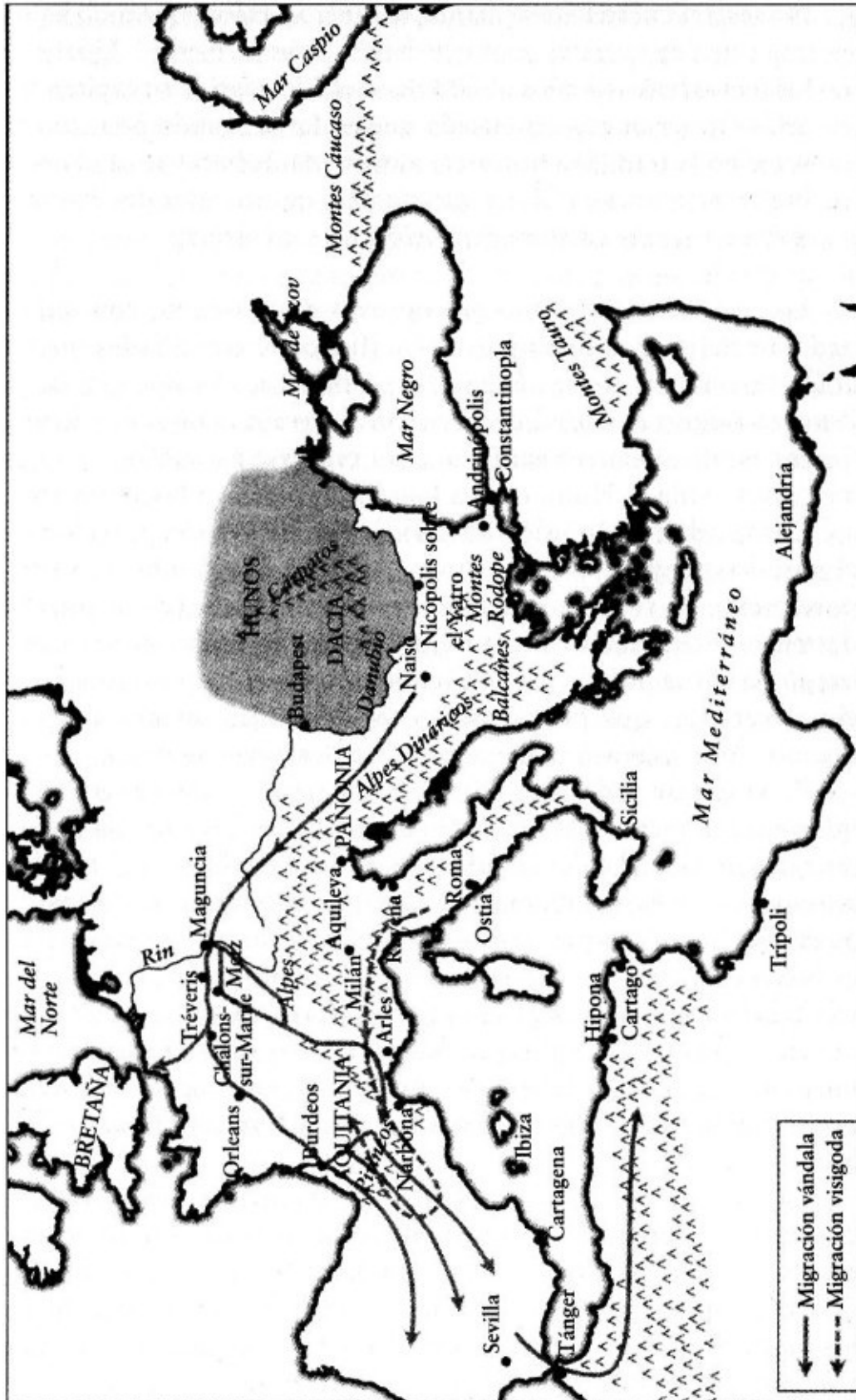
Atila llegó de Oriente a la cabeza de unas hordas hunas sedientas de sangre y lanzadas a la carga que llegaron hasta las mismas puertas de Roma —o casi, pues se vieron detenidas, según se dice, por la mano de Dios, encarnada en la persona del papa León I—. Son muchas las cuestiones que suscitan extrañeza en esta crónica. Para empezar, se omite el hecho de que Atila pretendía haber acudido en realidad al rescate de una damisela en peligro (¡como lo oyen!). Pero quizá lo más raro de todo sea que cuanto más trata uno de identificar a los hunos, tanto más parecen evaporarse ante nuestros ojos.

Nadie pone en duda que Atila haya existido. Sin embargo, lo que ya resulta menos fácil de concretar es la presencia de las hordas hunas. La mayor parte de los guerreros que seguían a Atila eran de hecho germanos, y se ha reconocido que, sea cual sea el corte temporal que se elija, es probable que el número de guerreros hunos no superara en Europa los quince mil individuos^[1]. Y si uno trata de encontrar las huellas que dejaron aquellos hunos, ocurre algo muy notable: resulta imposible hacerlo. No existe un solo retrato que nos muestre el rostro de algún huno, y no se ha descubierto ninguna vivienda que muestre signos de haber albergado a Atila. No se han encontrado más que doscientas tumbas cuyo contenido muestre algún elemento capaz de acreditar su origen huno, e incluso estos enterramientos suscitan polémica en la actualidad. Por si fuera poco, no sabemos en qué lengua se comunicaban, salvo por el hecho de que el idioma que se hablaba en la corte de Atila en los años en que éste vivía era el godo. Hasta los nombres de los dirigentes hunos de la época de Atila son (con toda probabilidad) de origen germano —incluido el del propio Atila.

La dificultad que plantea discernir la identidad de los hunos parece constituir una prueba de que no eran, como se ha imaginado, unos implacables asesinos que aniquilaban a cuantos pueblos conquistaban. Desde luego no cabe duda de que había hunos en el este de Europa, pero la falta de datos que atestigüen claramente la presencia de una cultura huno es una indicación de que en vez de acabar con los pueblos que sometían, los hunos solían optar más bien por mezclarse con ellos. De

hecho, ésta ha sido siempre una conclusión muy obvia a tenor de las fuentes escritas, a condición de que las examinemos con una mentalidad abierta. Ésta es la razón de que, hasta el año 1920, H. G. Wells, célebre novelista, crítico social e historiador, no pudiera aventurar la explicación de que «en vez de matar a las gentes que invadían, las incorporaban a su cultura y se casaban con sus mujeres. Poseían ese don que precisan todos los pueblos destinados al predominio político: la asimilación tolerante^[2]».

Irónicamente, fue este proceso de asimilación el que terminó por borrar del registro arqueológico la identidad propia de los hunos, dejando sólo las características de aquellos a quienes dominaron.



Los vándalos y los hunos

La idea de que los hunos eran unos despiadados asesinos es producto del nacionalismo europeo y de la propaganda de la Primera Guerra Mundial. Deseosos de hallar los orígenes remotos de su historia, los románticos alemanes recuperaron los antiguos mitos, entre cuyas narraciones aparecían varios relatos entusiastas de un dirigente huno heroico y violento llamado Etzel (Atila). En el año 1900, el káiser

Guillermo II, al rememorar dichos relatos —y al situarlos en un período histórico equivocado—, se dirigía de este modo a las tropas que estaban a punto de acudir a acallar una revuelta china:

No se dará cuartel, no se harán prisioneros. Haced que todo aquel que caiga en vuestras manos se halle a vuestra merced. Igual que los hunos hace mil años, unidos bajo el liderazgo de su capitán Etzel, se forjaron una reputación que les ha permitido permanecer vivos en la tradición histórica, alcance también tal fama el nombre de Alemania en China que ninguno de sus naturales vuelva a atreverse jamás a mirar con recelo a un solo alemán^[3].

Los periódicos británicos acogieron este discurso con indignado arrebató, y al informar de las (ficticias) atrocidades que se atribuyeron a las tropas alemanas en Bélgica, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, recurrieron al término «hunos» y lo utilizaron como apelativo genérico para referirse a aquellos salvajes alemanes. Atila el Huno nunca logró recuperar su buen nombre.

Los vándalos han sido víctimas de una distorsión parecida en el pasado imaginario de Europa. Como es obvio, nos han proporcionado la palabra que empleamos para designar a quienes destruyen deliberadamente una propiedad cualquiera. Y sin embargo, la actuación de los vándalos estuvo regida por unos principios morales que podríamos considerar más severos que los que nosotros mismos manejamos y no destruyeron nada.

La culpa de todo esto recae en este caso en los anales de la Iglesia (igualmente basados aquí en un mito). Tras los llamados motines de Gordon del Londres de 1780, episodio en el que los seguidores de la emancipación católica se vieron atacados, el poeta William Cowper llamó «vándalos» a la turba que quemó la biblioteca de lord Mansfield^[4]. La versión de la persecución vándala que había divulgado la Iglesia había impregnado a Cowper desde la cuna, de ahí que dedicara toda su vida a atender a los hombres de iglesia. Cowper escribió algunos de los más célebres himnos ingleses, entre ellos el titulado *Amazing Grace* («Sublime Gracia»).

La noción por la que se asociaba a los vándalos con la destrucción cuajó enseguida. Durante la Revolución francesa, un obispo revolucionario ideó la palabra «vandalismo» para describir los destrozos que el ejército republicano francés había causado en los monumentos y los edificios públicos^[5]. Describió sus acciones con la nueva voz de «vandalismo» y el término tuvo éxito.

Esta denominación encuentra fundamento en el tono que los romanos utilizaron al escribir sobre sus enemigos. Los registros escritos no son invariablemente hostiles porque en distintas épocas los romanos consideraron aliados suyos tanto a los hunos como a los vándalos. De hecho, durante muchos años el supervisor del imperio romano de Occidente fue un vándalo. Sin embargo, en los casos en que los

documentos se muestran adversos a ellos, las fuentes, ya sean latinas o griegas, pintan un retablo de extraordinario y vivo horror. Como ya hemos visto, los autores romanos solían distorsionar la verdad de todos los hechos relacionados con cuantos consideraban «bárbaros». Ahora bien, a partir del siglo V la tergiversación comenzó a realizarse de una forma enteramente inédita, porque también empezaba a verse a los bárbaros con nuevos ojos.

Muchas comunidades bárbaras se habían integrado a tal punto en el imperio romano que la antigua distinción entre romanos y bárbaros, tan estrechamente vinculada a la noción de frontera, desaparecía ya gradualmente. Sin embargo, eso no impidió que los romanos siguieran considerando que los bárbaros eran «los otros». Cuando el imperio se convirtió al cristianismo, el rol de «los otros» pasó a corresponder a los paganos —y cuando esos «otros» abrazaron la religión cristiana, fueron los herejes quienes heredaron el papel—. En una sociedad en la que la religión penetra todos los aspectos de la vida, la expresión de la variedad cultural adopta el aspecto de la diferencia religiosa, y el más persistente don de la cristiandad al mundo ha consistido en demonizar tales diferencias mediante el concepto de «herejía^[6]». La verdad de los hechos históricos relacionados con los vándalos y los hunos tuvo lugar en un mundo que estaba experimentando el vuelco por el que habría de abandonar su pasado pagano e iniciar la andadura de la era cristiana. Y esa verdad no tiene nada que ver con los mitos.

La cristianización del imperio

Según Rutilio Claudio Namaciano, un poeta romano del siglo v, la causa de todos los desastres que hubo de sufrir Roma a lo largo de su vida podría remontarse a un único acto que se había producido en torno al año 406. Ningún historiador ha compartido nunca su opinión, pero cabe la posibilidad de que esto justamente no venga a mostrar sino la muy escasa disposición de los historiadores a compartir la cosmovisión de las gentes sobre las que escriben. El acto en cuestión fue la quema de unos libros^[1].

LOS LIBROS SIBILINOS

Los volúmenes a que nos referimos habían estado guardados durante siglos en el templo de Apolo Patros de la Colina Palatina de Roma. Recibían el nombre de *Libros Sibilinos*, habían sido recopilados por una sibila o profetisa y contenían la historia del mundo —tanto pasada como futura—. Según la leyenda, en los remotos días en que Roma aún estaba gobernada por un rey, la sibila se presentó ante el monarca y ofreció a la ciudad, por trescientas monedas de oro, nueve libros en los que se hallaba consignado el destino del mundo. El rey declinó la oferta. La profetisa quemó tres de los libros, y a continuación pidió el mismo precio por los seis restantes. La sacerdotisa fue rechazada de nuevo y ella carbonizó tres libros más —pero la cuantía exigida permaneció inalterada—. El rey cedió, la sibila se desvaneció, y Roma se hizo con el oráculo.

La hojas de los textos (y es muy probable que fueran realmente hojas: hojas de palmera escritas en griego) quedaron depositadas en un arcón de piedra colocado bajo el nivel del suelo en el templo dedicado a Júpiter Capitolino, posiblemente en torno al año 500 a. C. Contaban con unos custodios especiales —al principio eran dos, pero terminaron siendo quince—. Estas autoridades consultaban los textos cuando lo ordenaba el Senado, en momentos de crisis. Si alguno de los custodios revelaba lo que decían era condenado a muerte.

La consulta de estos textos jalona la totalidad de la historia de Roma. Por ejemplo, cuando Aníbal se presentó a la puertas de la ciudad, en el año 217 a. C., el cielo rebosaba de portentos. Según las fuentes latinas (¿y quién se atrevería a ponerlas en duda?) el disco solar disminuyó de tamaño, después pareció chocar con la

Luna, y finalmente surgieron en pleno día dos lunas en el firmamento. Entonces, con idéntica intención de resaltar la idea de que algo no estaba yendo demasiado bien, el cielo se abrió de par en par, brotó una resplandeciente luz e inmediatamente después pareció incendiarse^[2]. Se solicitaron los servicios de los guardianes de los *Libros Sibílinos*, y éstos dieron instrucciones al para entonces histórico populacho de que se echara a la calle, se instalara en los cruces de caminos y rezara a Hécate, la reina de los cielos. La bóveda celeste iba a dejar caer en Asia una piedra negra de origen divino y el pueblo de Roma debía hacerse con ella. El meteorito cayó, los romanos lo recogieron, y Aníbal fue incapaz de seguir avanzando^[3].

Los historiadores han supuesto que se trató de una coincidencia. Y es probable que tengan razón.

Casi quinientos años más tarde, cuando los alamanes amenazaron con adueñarse de Roma en el año 270 d. C., el emperador Aureliano ordenó que el Senado decretara que debían consultarse los *Libros Sibílinos*^[4]. Por esa época los documentos se hallaban guardados en el templo de Apolo y en realidad eran ya unos textos diferentes, porque los originales habían sido destruidos en un incendio; estos nuevos oráculos se habían comprado a unos misteriosos proveedores de profecías orientales de segunda mano. Con todo, los misterios, misterios son, así que los textos seguían conservando su capacidad taumatúrgica. Esta vez exigían la verificación de «procesiones de sacerdotes ataviados con túnicas blancas y acompañados por un coro de jóvenes y vírgenes; la purificación ritual de la ciudad y la comarca limítrofe; y la realización de sacrificios, unos sacrificios dotados de tan poderosa influencia que a los bárbaros les habría de resultar imposible penetrar en el ámbito místico en el que se habían celebrado^[5]». Y una vez más, la ciudad se salvó.

De nuevo, los historiadores mostraron escaso interés por los rituales, salvo quizá para tomarlos a risa. Sin embargo, estos episodios muestran la extraordinaria relevancia que concedían los romanos a la profecía y la adivinación, ya que realmente creían que su imperio era el único que contaba con la protección de los dioses. Y revelan asimismo el carácter radical de la revolución que se extendió por todo el imperio una vez que el cristianismo se hizo dueño de la situación.

El hombre que realizó el acto al que se refiere Rutilio y mandó quemar los libros, el auténtico gobernador del imperio de Occidente en aquella época, fue el gran general Estilicón, ferviente cristiano. Con toda intención, había engalanado a su mujer con las mismas joyas que vestía la estatua de la diosa Victoria, que llevaba muchos siglos presidiendo las deliberaciones del Senado, porque quería barrer el paganismo de la mismísima alma de Roma. Y Estilicón era vándalo.

LOS VÁNDALOS ROMANOS

El proceso que había permitido que un bárbaro terminara convirtiéndose en tutor del imperio romano fue en último término expresión del triunfo de la política imperial centrada en la romanización del mundo comprendido en el interior de sus fronteras. Los vándalos formaban una nación de granjeros germanos no particularmente belicosos y marcados por un historial de emigraciones provocadas por la presión de otros pueblos. «Vándalo» (*wandal*) significa «vagabundo». Se fueron trasladando gradualmente hacia el sur a medida que otros vecinos, algo más dados a las heroicidades, iban asentándose en sus tierras, desplazándose así, a lo largo de unos trescientos años aproximadamente, desde lo que hoy es el centro de Polonia hasta la región de Bohemia y penetrando finalmente en el imperio romano como refugiados. Su carácter mostraba palpablemente los rasgos propios de las gentes de origen escandinavo, ya que pese a poseer una sólida moral personal su organización militar flojeaba bastante. En el año 330 d. C., el emperador Constantino les permitió finalmente instalarse en la provincia balcánica de Panonia, aunque el pacto establecido les convertía en campesinos dedicados al cultivo de la tierra y en efectivos para el ejército de Roma. Y, por supuesto, aquello logró que aprendieran a calcar su comportamiento en el de los romanos.

Muchos de sus jóvenes pasaron a formar parte de las tropas auxiliares del ejército romano e hicieron suya aquella nueva identidad. Y hete aquí que al cabo de cuarenta años los hunos sumieron su mundo en el caos.

En realidad el desorden no fue obra de los propios hunos. La zona comprendida entre el Cáucaso y el Danubio era una especie de mesa de billar geográfica, puesto que el movimiento de un grupo de gente chocaba contra otro y el de éste rebotaba a su vez en un tercero. Los hunos colisionaron con los godos. Los godos repercutieron el golpe en los vándalos. Y los vándalos acabaron en la tronera de los romanos.

LOS MISTERIOSOS HUNOS

Un historiador godo que escribe cerca de doscientos años más tarde expresa cómo concebía su gente a los verdaderos bárbaros. Los hunos, explica este autor, eran una casta engendrada por la cópula de unas hechiceras escitas con los espíritus del desierto, y al principio no constituían sino una ralea «minúscula, sombría y raquítica, una raza que apenas se parecía a la humana y a la que no se conocía otro lenguaje aparte de uno que parecía asemejarse remotamente al humano». Después, sin embargo, se habían transformado en monstruos: su semblante «no era tal, sino, por así decirlo, una masa informe con dos agujeros en lugar de ojos [...], llegan a viejos siendo imberbes y son jóvenes sin belleza porque su rostro, marcado por las cicatrices de las espadas, se ve privado del pelo que sienta tan bien a esta edad. Son bajos de estatura, pero ágiles y desenvueltos en sus movimientos y muy aptos para la

equitación; tienen anchas espaldas y son hábiles en el manejo del arco y las flechas [...]. Pero a pesar de esta apariencia humana, lo cierto es que viven como bestias salvajes^[6]».

No hay duda de que tenían un aspecto alarmante, y no sólo por el hecho de que sus caras tuvieran rasgos orientales. Los hunos modificaban la forma de su cráneo, ya que acostumbraban a vendar y sujetar con tablas las cabezas de los bebés a fin de aplanarlas y volverlas más alargadas. No ha llegado hasta nosotros una sola imagen que nos muestre el semblante de los hunos, pero el efecto conseguido puede verse en las antiguas pinturas y bustos de cerámica mayas de Centroamérica. Los mayas hacían exactamente lo mismo con sus propias criaturas, y precisamente por la misma época. Sin embargo, los mayas no se escarificaban la cara como hacían los hunos; ése es un adorno que se observa en los rostros de algunos individuos del África central, donde aún hoy se señala la identidad tribal mediante la realización de incisiones en las mejillas de los hombres.

Los hunos se hallan rodeados por un extraño halo. Se sabe muy poco de su identidad antes de su llegada a la Dacia, y también se ignora qué pudo haberles inducido a ponerse en marcha. Nadie puede decirnos de dónde proceden, ni durante cuánto tiempo estuvieron viajando. Se desconoce igualmente su idioma.

Entre los historiadores existe el consenso general de que sencillamente se dirigieron directamente a Occidente, cruzando de punta a cabo el Kazajistán desde Oriente. Esto parece muy poco probable, dado el entorno extremadamente duro que circunda el mar de Aral. Realmente no había forma de que unos pastores se trasladasen a ese territorio sin perder sus ganados y sucumbir a la hambruna, y los jinetes tampoco habrían encontrado manera alguna de alimentar a sus monturas. Sin embargo, en el año 350 Sapor II se había visto obligado a interrumpir su lucha con Roma debido a la irrupción de los hunos por su frontera oriental. Y gracias a aquella penetración los hunos lograron tener acceso a una ruta que, partiendo de Asia, llegaba hasta el mar Negro, siguiendo el río que separa Bujara de Merv: el Oxus (o Amu-Daria).

Hoy el Oxus es una corriente innavegable que fluye hacia el norte y cruza el desierto antes de desembocar en el mar de Aral —en otras palabras, no conduce en realidad a ningún sitio—. No obstante, en la época romana su curso avanzaba en dirección noroeste y no desembocaba en el mar Aral, sino en el mar Caspio^[7]. Cuando Sapor hubo recuperado el control de sus dominios orientales, en el año 257, ésa fue la ruta de huida más evidente que encontraron los hunos, los cuales llegaron hasta el Caspio, cruzaron el Cáucaso, recorrieron después el mar Negro y fueron a parar finalmente a los Cárpatos. Y en el momento en que aquellos extraños personajes comenzaron a desplazarse lentamente aún más al oeste, superando todas las barreras que se interponen entre Asia y Europa —montañas, desiertos, pantanos —, empezaron los relatos que ya conocemos.

En el año 1995 se descubrieron en Pokrovka, al norte del mar Caspio (o sea, al

oeste de los Urales), unas calaveras deformadas de origen huno halladas en unas tumbas fechadas entre los siglos II y IV^[8]. Pero ¿cómo habían llegado hasta allí? Cuesta creer que hubieran podido alcanzar esa zona sin atravesar la parte oriental del imperio persa y superar el Cáucaso. De hecho, en años posteriores los bizantinos habrían de ayudar económicamente a los persas en la defensa de esta vía de acceso, puesto que para entonces ya habían comprendido el peligro que entrañaba^[9]. De no haber pensado que aquella era una forma eficaz de bloquear a los invasores no habrían despilfarrado el dinero.

Ahora bien, si Roma no hubiera luchado tanto tiempo y con tanta dureza para lograr el debilitamiento de Persia muy bien pudiera haber sucedido que los hunos se hubieran mostrado incapaces de huir al oeste. Y de este modo la incomprensión de Occidente no habría forjado toda una panoplia de pesadillas relacionadas con gentes que «asan a las mujeres embarazadas, extirpan el feto, lo ponen en un plato, vierten agua sobre él, y hunden sus armas en el brebaje resultante; [seres que] devoran la carne de los niños y beben la sangre de las mujeres^[10]». Lo cierto es que los hunos no hacían esas cosas, por supuesto, pero estas creencias muestran el espanto que provocaban en las gentes aquellos humanos, los más extraños que jamás hubieran visto.

LA VIDA DE LOS HUNOS

Existe la suposición universal de que aquellas bestias habían constituido en su origen un grupo nómada que, dedicado a la explotación pastoril del medio, se dedicaba a recorrer las estepas de Mongolia. Por lo común, los nómadas llevan una vida muy ordenada que gira en torno a la supervivencia de sus animales: ellos velan por la vida de sus rebaños, y los rebaños les mantienen vivos a ellos. Carecen de viviendas permanentes porque dos veces al año pasan, junto con sus animales, de los pastizales de verano a los de invierno —dedican varias semanas del año al traslado—. Constituyen inevitablemente una sociedad relativamente igualitaria, porque durante la migración todo el mundo se encuentra en una situación de mutua dependencia. Son también ambulantes, y tienen muchas probabilidades de convertirse en guerreros montados de gran eficacia, ya que han de mostrarse diestros para proteger a sus rebaños.

Los hatos de ganado mongoles estaban integrados por ovejas, cabras, reses vacunas, camellos y yaks. De ellos conseguían los hunos carne y bebida (elaboraban ciento cincuenta productos lácteos diferentes), combustible (que obtenían de los excrementos) y ropa y abrigo (en tiendas de fieltro). Los rebaños necesitaban una atención constante —por ejemplo, las ovejas y las cabras debían llevarse a pastar después de los caballos y el ganado vacuno, ya que, al pacer, las primeras aprovechan

los tallos casi hasta la raíz—. De este modo, sus campamentos eran ciudades de tela, provistas de artesanos especializados, como carpinteros, tejedores y herreros, además de, por supuesto, armeros.

El arma principal de los hunos era el arco recurvo compuesto, muy conocido ya entre los pueblos de la Europa oriental. No se trata de un arma de fácil fabricación. Destensado, se curva en dirección opuesta a la que adquiere el arco tenso. Para hacer la cara interna del arco se unen varios trozos de cuerno y se encolan a una base de madera, ya que esta mezcla resiste la compresión y por tanto se distenderá con gran potencia cuando el arco tensado se dispare; en la cara externa se fijan bandas tendinosas porque se oponen a la extensión y tiran del arco doblado forzándole a recuperar su forma destensada. Cada una de las piezas del arco exige ser seleccionada con gran precisión, pues ha de acertarse en el grosor y el ahusamiento de las puntas. Se tarda un año en confeccionar un buen arco.

Estas armas eran muy potentes, pero topaban con una limitación obvia. Un hombre a caballo no puede manejar con comodidad un arco cuya largura rebase el metro —la mayoría de los arcos medían unos setenta y cinco centímetros—. Un arco más largo habría tenido una mayor potencia, y se habría mostrado eficaz a mayor distancia, pero habría resultado sencillamente muy poco práctico. No obstante, fue justamente eso, según habrá de verse, lo que hizo tan temibles a los hunos. Se han hallado unos cuantos arcos hunos en algunas sepulturas, y miden entre ciento treinta y ciento sesenta centímetros de largo, más del doble del tamaño del arco recurvo «normal^[11]». De hecho, ciento sesenta centímetros es la longitud que tenían muchos de los largos arcos medievales ingleses, cuya altura igualaba la de los arqueros. Y la compleja construcción de los arcos mongoles los hacía mucho más potentes que las armas que atravesaban la coraza de los caballeros franceses.

Parece increíble que unos jinetes que cabalgaban a lomos de unos caballitos de muy corta alzada pudieran manejar semejante arma. La clave estaba en que el arco era asimétrico: la parte inferior era tan corta como la de un arco recurvo normal, pero la sección superior era enorme. En consecuencia, disponían de un arma cuyo dominio debía de exigir necesariamente un gran número de años de práctica, pero que permitía a los hunos matar a sus enemigos manteniéndose ellos mismos muy lejos de su alcance. Esto no es lo que cabría esperar de unas gentes fundamentalmente interesadas en proteger sus rebaños. Se trata de un arma de choque, concebida para llevar la iniciativa y ser utilizada contra un enemigo que desconoce que va a ser víctima de un ataque.

Por lo común, la vida de los nómadas estaba presidida por algún tipo de relación con las comunidades de granjeros sedentarios, ya que necesitaban grano y los campesinos se lo entregaban a manera de tributo. Este apañío, añadido a la necesidad de trasladar a sus animales a pastos conocidos y en épocas predeterminadas, tendía a hacer que el circuito de la actividad nómada resultase notablemente predecible. Sin embargo, la única información con que contamos para tratar de vislumbrar cómo fue

la llegada de los hunos es un mito godo que sugiere que no tenían animales que conducir a los pastos. Entre su mundo y el de los godos se alzaba una barrera infranqueable: la del caudaloso río Don, que fluye procedente del norte y desemboca en el mar de Azov, cuyas costas limitan con un vasto pantanal que se extiende hasta el mar Negro.

Su modo de vida parece ser una cuestión sujeta a controversia: ¿realmente eran pastores nómadas? La leyenda que nos refiere cómo atravesaron los marjales sugiere que no. Debemos a un griego, Eunapio de Sardes (346 a 420), la versión más antigua que se conoce de esta fábula, y es evidente que, al principio, este autor creía que los hunos cuidaban rebaños. Según se dice, un día, una de sus novillas sufrió la picadura de un tábano y en su huida se internó en la ciénaga —haciendo así que el pastor descubriera una nueva tierra desprovista de godos—. Sin embargo, Eunapio decidió que aquel episodio no era del todo correcto —se trataba sencillamente de la reconstrucción de un relato incluido en una obra clásica que por entonces contaba ya con unos ochocientos años de antigüedad y que había sido compuesta por Esquilo: el *Prometeo encadenado*—. Convencido de estar en lo cierto, Eunapio reescribió el drama y consideró que la persecución por el tremedal correspondía en realidad al rastreo de unos cazadores hunos que iban tras un venado^[12].

Este lance de caza lo repiten otros muchos historiadores, entre ellos Prisco, que conocía a los hunos y se entrevistó con Atila. Esto sugiere que estos autores no pensaban que los hunos fueran pastores nómadas. Aquellas gentes contaban con un buen suministro de piezas de caza en su entorno: no necesitaban dedicar excesivo tiempo a cobrarlas. Quizás anduvieran en busca de algún fruto exquisito o de una tentadora hortaliza en el misterioso pantano, pero de ningún modo estarían desesperados por encontrar carne.

No tenemos la menor idea de cuál pudo haber sido la señal que iniciara el desplazamiento de los hunos a la Dacia. Si en alguna época se habían dedicado al cuidado de sus rebaños, parece que terminaron por desentenderse de ellos y se centraron en cazar por extensas zonas de terreno. Y en la vertiente occidental del mar Negro descubrieron manadas de reses domésticas listas para la brocheta. Su llegada provocó una conmoción pasmosa. Viajaban a mayor velocidad que cualquier mensajero que pudiera dar la alarma porque cada jinete galopaba con una reata de caballos de refresco, de modo que nunca montaba en un animal fatigado. Todo lo que se percibía era una nube de polvo, luego el atronador sonido de los cascos de los caballos, e inmediatamente después las letales flechas ennegrecían el cielo. Los godos huían para salvar la vida.

Fue entonces cuando una gran parte de la población goda de la Dacia huyó al otro lado del Danubio para hallar refugio en el resguardado puerto del imperio. Ahora bien, se daba el caso de que los vándalos ya ocupaban las tierras en las que penetraban los godos en fuga —y que en la actualidad forman parte de Serbia y Bulgaria—, de modo que no es de extrañar que los vándalos se mostraran

perfectamente dispuestos a ayudar a los romanos a suprimirles, ya que la desesperación de los godos por encontrar un pedazo de tierra en el que poder asentarse había llegado a tal punto que habían empezado a dedicarse al robo y al saqueo.

Uno de los pocos supervivientes de la batalla de Andrinópolis —que no sólo era consecuencia directa de aquella situación, sino que se saldó, entre otras cosas, con el asesinato del emperador Valente— fue su leal capitán vándalo, casado con una mujer romana. El hijo que ambos tenían estaba destinado a convertirse en el hombre más poderoso del imperio de Occidente, pese al hecho de que fuera vándalo. Su nombre era Estilicón.

Estilicón no tuvo realmente demasiadas posibilidades de elegir su carrera. El oficio militar, como el de carnicero, panadero o campesino, era una ocupación hereditaria que se ejercía de manera obligatoria. El imperio no favorecía demasiado la movilidad social. Esto significa que una vez que los bárbaros ingresaban en el ejército, lo hacían asimismo sus descendientes. El papel del ejército como gran fuerza romanizadora del imperio era cosa del pasado. De hecho, no estaba ya particularmente integrado por romanos, lo que implica que Roma había dejado de ser estrictamente romana.

LA NUEVA ROMA

En el siglo IV, el imperio había experimentado una total transformación. La crónica de los hechos resulta bastante confusa. En el año 312 un oficial militar de alto rango, Constantino, se apoderó de Roma al frente de un ejército en el que había impreso el sello de los símbolos cristianos. Doce años más tarde, Constantino se había convertido en gobernante único del imperio. Instituyó una dominación monárquica hereditaria cuya sede era la recién fundada ciudad cristiana a la que había dado nombre: Constantinopla, la Nueva Roma, desde la que el soberano impulsaba la conversión de sus súbditos a la nueva fe, de la que era máximo supervisor.

El imperio de Constantino tenía un poderoso enemigo: el imperio persa, rival también en el campo religioso. Aquélla era una espléndida razón para justificar que el centro neurálgico del imperio romano tuviese que estar situado tan lejos de Roma y tan al este de la antigua metrópoli. Persia habría de causarle grandes males. El último emperador de la dinastía iniciada por Constantino, Juliano, fue matado por el emperador persa Sapor II en el año 363. Y a medida que la guerra con Persia iba tragándose un ejército tras otro, aumentaba la vulnerabilidad de Occidente. Las legiones que un día habían custodiado las fronteras se vieron degradadas al rango de meras milicias, y sus miembros rebajados a la categoría de soldados de guarnición, lo que significaba disponer de peor armamento e instrucción. Al mismo tiempo, la

seguridad de la Galia pasó a manos de una tropa de campaña integrada por mercenarios «bárbaros». De hecho, la palabra con la que se designaba al «soldado» en latín tardío era precisamente ésa: *barbarus*.

En el año 364, tras la derrota de Juliano y la rápida muerte de su joven sucesor, el ejército aupó al trono imperial a uno de sus oficiales. Los romanos se negaban a dar a sus gobernantes el título de reyes, pero ésa es la palabra que mejor describe a Valentiniano. Regía el imperio como si de una empresa familiar se tratara: él gobernaba el imperio de Occidente desde Milán, mientras que su hermano Valente desempeñaba un papel secundario desde Constantinopla, ocupado en tutelar las provincias orientales. Valentiniano instituyó en Tréveris una corte independiente, cerca de la actual frontera entre Alemania y Luxemburgo, a fin de administrar las viejas tierras celtas de Britania, la Galia e Hispania, sometidas todas ellas a la autoridad simbólica de otro soberano menor, su joven hijo Graciano. Todos ellos recibían tratamiento de emperador.

El imperio estaba ahora controlado por las cortes de cada uno de los emperadores, convertidas en otros tantos ámbitos de protocolo y misterio impenetrables. En el centro de la corte se encontraba la sagrada persona del emperador. Éste era tratado como un dios viviente: no sólo se le custodiaba tras unos visillos, sino que en su presencia todo el mundo debía prosternarse tumbándose en el suelo. Se trataba de una imitación de las costumbres asociadas a la dignidad real persa.

El gobierno se hallaba en manos de un grupo de ministros vinculados a la persona del emperador. Entre ellos figuraban los encargados de atender a la sagrada casa real, provista de chambelanes, personal doméstico, ujieres y guardianes, además de oficiales de alta graduación, consejeros y secretarios. Había un departamento jurídico; un jefe de recursos humanos que supervisaba las audiencias concedidas por el emperador y controlaba a la guardia, y un «conde de la sagrada generosidad» que administraba el Tesoro, incluidas las minas, las casas de acuñación de moneda, la recaudación de impuestos, la percepción de portazgos y el pago de los salarios de los funcionarios del gobierno, y que se ocupaba además de dirigir las hilaturas imperiales y de organizar los asuntos relacionados con la distribución de ropa o las asignaciones para la confección de las indumentarias de los miembros de la corte, el ejército y el funcionariado. Había también un «conde encargado de los gastos personales del soberano» cuya tarea incluía la gestión de las propiedades del Estado, y un prefecto pretoriano sobre el que recaía el peso de la logística militar, el sistema postal, las calzadas, los puentes y demás. Esta maquinaria administrativa atendía a sus propias necesidades y a las del ejército, que consumía la práctica totalidad de los ingresos del imperio. El ejército protegía a la corte y la corte protegía al ejército. Estrictamente hablando, el emperador mismo no era una pieza necesaria, salvo como símbolo de autoridad.

Por tanto, al morir Valentiniano en el año 374 (de una apoplejía provocada por un acceso de cólera sobrevenido mientras trataba de negociar con los bárbaros junto al

Danubio) y al apoderarse Graciano de Milán, el ejército y la burocracia aceptaron conceder al hermano de Graciano, que por entonces contaba dieciocho años de edad, el título de emperador, así que éste, convertido ya en Valentiniano II, fue elevado al trono en Tréveris.

EL IMPERIO DEL ARRIANISMO CRISTIANO

La capital de Graciano, Milán, era la ciudad en la que Constantino había abrazado el cristianismo sesenta años antes, y en ella la corte y la catedral se repartían el poder.

En el año 375, cuando los godos cruzaron el Danubio y se adentraron en aquel imperio cristiano, Valente insistió en que se convirtieran al cristianismo. La ventaja que Constantino había advertido en la religión cristiana estribaba en el hecho de que sus obispos, a diferencia de lo que sucedía con los sacerdotes paganos, ejercían una autoridad única sobre sus feligreses, lo que significaba que si el emperador dominaba a los obispos tendría en sus manos un género de poder completamente nuevo. Desde luego, aquello implicaba que el imperio adquiriría el control de la teología. Solía asociarse al emperador con el Sol, así que la fiesta del sabbat cristiano pasó del sábado al domingo^[*]. Se representó asimismo a Cristo como a un dios solar, y hacia el año 352 la Iglesia se avino sumisamente a celebrar el nacimiento de Jesús el 25 de diciembre, que no sólo era la fecha de la fiesta del *Sol Invictus* (figura identificada con el emperador), sino también la de la venida al mundo de Mitra^[*], la deidad a la que rendían culto todos los estamentos del ejército.

Además Constantino puso mucho interés en que los obispos se mostraran de acuerdo en todos los asuntos relacionados con la fe, fueran éstos los que fuesen. Aquello generó un despiadado y desconcertante debate enmarcado en el concilio eclesiástico que se celebró en Nicea en el año 325. La cuestión filosófica vinculada con el modo de establecer las diferencias que existían entre Dios y Jesús adquirió tintes de feroz pugna: lo que estaba en juego era algo más que la salvación. Constantino había iniciado la práctica de eximir del pago de impuestos al clero, así que los ciudadanos acaudalados rivalizaban entre sí en su afán de contribuir económicamente al auge de la nueva religión oficial para permanecer en la lista de los favorecidos por el emperador. Por consiguiente, es obvio que además de poder político había mucho dinero de por medio, y todo ello añadido a la voluntad de dominación espiritual del mundo romano. No es de extrañar que los distintos elementos presentes en el seno del clero trataran de afianzarse como únicos líderes legítimos y, por consiguiente, como acreedores exclusivos de tan rutilantes trofeos.

Oficialmente, quienes salieron victoriosos de esta competencia fueron los obispos, ya que argumentaron que Dios y su Hijo eran de idéntica sustancia, mientras que los perdedores (denominados arrianos en honor a su principal portavoz, el obispo

Arrio de Libia) señalaron que Jesús había sido «engendrado» y tenía que ser por tanto diferente a Dios y hallarse en cierta medida subordinado a Él. El hecho es, sin embargo, que los arrianos habrían de superar finalmente a sus oponentes, puesto que bautizaron a Constantino y se hicieron con las recompensas que estaban en juego.

Con la breve pero notable excepción de Juliano, un emperador pagano que «sabía por experiencia que ninguna fiera es tan peligrosa para los hombres como los propios cristianos entre sí^[13]», todos los emperadores —de Constantino a Valente— abrazaron la teología de Arrio. Era un régimen bastante tolerante, ya que permitía que los cristianos de otras confesiones continuaran con sus disquisiciones: simplemente se les negaba toda posición oficial. Los godos y los vándalos habían penetrado en un imperio cristiano de fe arriana. El arrianismo se convirtió en su nueva religión. Y ésa iba a ser, al final, la causa de un montón de graves problemas.

LA REACCIÓN CONTRA LOS ARRIANOS

Dada la naturaleza del nuevo Estado romano, el emperador, que no era soldado, se vio arrinconado por la maquinaria de su misma corte. Ahora bien, ejercía el poder supremo en materia de religión, y el cristianismo le permitía disponer de un campo en el que actuar con verdadera autoridad. Quizá no deba extrañarnos que un carismático líder cristiano disfrutara de una considerable influencia en esa situación, y Ambrosio, un jurista muy culto que había sido nombrado obispo de Milán en el año 374, fecha en la que Graciano tenía quince años y acababa de trasladar su corte a dicha ciudad, desempeñó con méritos más que suficientes el papel de guía espiritual. Ambrosio era un enérgico polemista, llevaba una vida lo más ejemplar posible y gozaba de una enorme popularidad en Milán.

El obispo era una especie de cristiano de nuevo cuño, ya que articulaba sus ideas en torno al concepto teológico de la Trinidad. La doctrina de la Trinidad como noción de una única divinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo suponía una evolución del argumento que se había utilizado públicamente contra los arrianos en el Concilio de Nicea del año 325, argumento que sostenía que el Padre y el Hijo eran una misma sustancia. Se trata de un concepto esencialmente místico, no racional, como más tarde habría de afirmar explícitamente Tomás de Aquino: «Es imposible acceder al conocimiento de la Trinidad de la Divina Persona mediante el uso de la razón natural^[14]». De hecho, de aquí se sigue que todo aquel que pueda ofrecer una interpretación lógica coherente ha de ser por fuerza un hereje. Por tanto, todo quedó dispuesto para la reactivación de aquel debate asombrosamente abstruso que en realidad abordaba una cuestión totalmente distinta a la que presuntamente se intentaba dirimir.

La verdadera pugna giraba en torno al poder, el dinero y aquella antigua y

persistente suspicacia que inspiraban en los romanos los taimados griegos, que no eran muy de fiar. Las doctrinas de la Trinidad comenzaron a adquirir popularidad en Occidente en la época en que Ambrosio aún ejercía una carrera laica como gobernador de la región de Milán. Al morir el anciano obispo de esa ciudad, se produjo una disputa por la sucesión. La trifulca alcanzó proporciones difíciles de manejar, y Ambrosio se presentó en la basílica para calmar los ánimos. Ambrosio era hijo de un funcionario público romano y, al igual que la mayoría de los romanos de las clases superiores, no era cristiano. Sin embargo, encontró la forma de que se le propusiera asumir la dignidad episcopal por aclamación popular. Fingió mostrarse reacio, pero recibió el bautismo y se hizo con el cargo. Era la mejor jugada profesional de cuantas se le presentaban.

Hasta el momento de su ordenación, Ambrosio se había revelado espontáneamente propenso a respaldar la versión oficial del cristianismo, esto es, la del arrianismo, pero su actitud iba a cambiar muy pronto. Manipuló con gran talento los argumentos teológicos y armó de este modo una plataforma política personal con la que comenzó a restar poder a la ciudad de Constantinopla y a adjudicárselo a sí mismo. La base de su planteamiento sostenía que la forma oficial del cristianismo, esto es, el arrianismo, a la que Ambrosio caricaturizaba despiadadamente, era un error, y añadía que él podía pedir a Dios que interviniera y se pusiera de parte de cualquier emperador que apoyara sus creencias y luchara contra los godos arrianos.

Mientras se dedicaba a consolidar su propia posición escribió el primer tratado latino sobre el Espíritu Santo, texto que estaba fundado en una obra del griego Dídimo: san Jerónimo lamentaba que Ambrosio hubiera transformado una buena prosa griega en mal latín^[15]. Ambrosio compuso su tratado como parte de la campaña que había emprendido para ganarse el favor de Graciano y persuadirle de que hiciera abrazar al imperio la doctrina trinitaria cristiana, más conocida como catolicismo.

LA ANTIGUA ROMA

Pese a que Roma era la ciudad de san Pedro, el entusiasmo que despertaba el cristianismo en Constantino ejerció en ella un impacto relativamente escaso. En la época en que Constantino falleció, Roma contaba con siete iglesias, además del sepulcro de san Pablo. Sin embargo, tanto esa tumba como cinco de las iglesias mencionadas se hallaban extramuros de la ciudad. Tan sólo la basílica de San Juan de Letrán (la residencia del obispo de Roma) y la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén se encontraban en el interior de la urbe, y las dos se hallaban escondidas en un rincón relativamente alejado del este de Roma. El centro de la ciudad seguía siendo un lugar presidido por monumentos gentiles, y la mayoría de los senadores romanos continuaban mostrándose decididamente paganos.

El icono pagano más importante del imperio romano era la Victoria. Dión Casio describe el altar que le estaba dedicado en uno de los extremos del edificio senatorial de Roma, dominado por la estatua de oro que la representaba en forma de diosa alada^[16]. El primer emperador, Augusto, la había colocado allí en el año 29 a. C. para conmemorar la victoria que había obtenido Roma en su choque con Antonio y Cleopatra, y la había decorado con los despojos traídos de Egipto. Se inició así una tradición que los senadores materializaban quemando incienso y ofreciendo libaciones ante el altar. Y aquél era también el lugar en el que los senadores prestaban juramento, incluido el de lealtad que se exigía al emperador al tomar éste posesión de su cargo. La diosa de la Victoria era un símbolo de la propia Roma y aparecía con mucha frecuencia en sus monedas. No había ninguna otra imagen que por sí sola pudiera representar de ese modo a Roma, y a los ojos de los cristianos tampoco había efigie que evocara como ella el antiguo orden que deseaban borrar del mapa.

En el año 378, cuatro años después de que Ambrosio hubiera sido ordenado, el obispo convenció a Graciano de que renunciara al título de *pontifex maximus* —es decir, de jefe de los sacerdotes del imperio—, cargo que Constantino y sus sucesores habían desempeñado con honor. Graciano eliminó entonces los subsidios estatales que sufragaban muchas de las actividades de los paganos y quitó del Foro el Altar de la Victoria. Cuando una delegación de senadores quiso presentarse ante él para solicitar que fuese devuelta a su lugar, Graciano se negó a recibirlos.

Aquel mismo año Valente resultó muerto en Andrinópolis, mientras trataba de suprimir la rebelión de los godos. Graciano, que ahora tenía ya diecinueve años de edad, sustituyó a Valente y puso en su puesto al comandante de mayor rango de su ejército, Teodosio, español y católico. La versión del cristianismo que defendía Ambrosio quedaba así situada en el centro neurálgico del poder.

EL TRIUNFO DEL CATOLICISMO

El nuevo hombre fuerte de Constantinopla empezó inmediatamente a rodearse de personas afines. Dos días después de haberse instalado en la ciudad destituyó al obispo arriano de Constantinopla y lo reemplazó por el dirigente de la (pequeña) comunidad católica de la capital. Un par de años más tarde, en 380, promulgó un decreto imperial por el que se ponía fuera de la ley al arrianismo:

Tenemos a bien ordenar que todas las naciones gobernadas por nuestra clemencia y moderación, se adhieran resueltamente a la religión que san Pedro enseñó a los romanos, que nuestra piadosa tradición ha conservado, y que hoy profesan el pontífice Dámaso y también Pedro, obispo de Alejandría, hombre de apostólica santidad. De acuerdo con la disciplina de los apóstoles,

y la doctrina del Evangelio, creemos en el único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, unidos en idéntica majestad y piadosa Trinidad. Autorizamos a los seguidores de esta doctrina a reclamar para sí el título de cristianos católicos. Y puesto que juzgamos que todos los demás son extravagantes orates, les calificamos con el infamante nombre de herejes y declaramos que sus conventículos no deben seguir usurpando la respetable denominación de iglesias. Además de la condena de la divina justicia, habrán de sufrir necesariamente los severos castigos que nuestra autoridad, guiada por la celestial prudencia, considere apropiado aplicarles^[17].

El catolicismo era agresivamente intolerante y desplegabá sin ambages aquella ferocidad que tanto había espantado a Juliano. Arrojar cristianos a los leones resultaba casi un acto humanitario comparado con la acción de poner a los arrianos a los pies de los católicos. Los habitantes de Constantinopla tuvieron la impresión de estar viviendo una ocupación extranjera, ya que de pronto sus iglesias fueron declaradas heréticas y perdieron sus privilegios fiscales. El pueblo llano de la zona, desafiando a su emperador, comenzó a mostrar un vigoroso entusiasmo por el arrianismo, así como por la idea de que Cristo, dada su naturaleza humana, era inferior a Dios. Todos los habitantes quedaron transformados en teólogos de cantina: «Si uno pide monedas sueltas, el hombre se lanza a una investigación teológica sobre lo engendrado y lo no engendrado. Si se pregunta por el precio del pan, se obtiene la respuesta de que el Padre es superior y el Hijo subordinado. Si se comenta que el baño está a buena temperatura, el encargado anuncia que el Hijo fue creado de la nada^[18]». En Alejandría, los arrianos desfilaban por las calles entonando cánticos relacionados con sus creencias.

Y a pesar de que el catolicismo se había adueñado de Constantinopla penetrando en ella por sus más encumbradas esferas y constituía por entonces un credo muy popular en Occidente, el tercer emperador, el hermano pequeño de Graciano, Valentiniano II, que se hallaba en Tréveris, seguía siendo arriano —al igual que su madre, que residía en Tréveris con él—. Como es obvio, cualquier usurpador que tuviera interés en desplazar a Valentiniano II del poder podía utilizar ahora la religión como una práctica arma extra. Por consiguiente, cuando la guarnición de la isla proclamó emperador en la misma Britania a Magno Máximo —un gobernante español que las leyendas galesas recuerdan con el nombre de Maccsen Wledig—, el recién ascendido soberano se declaró católico y denunció al joven Valentiniano por hereje^[19]. Después, en el año 383, Máximo invadió la Galia. Valentiniano y su madre huyeron a Milán. La defensa de Tréveris quedó en manos de Graciano. El grueso de sus fuerzas estaba compuesto por moros de África y alanos iraníes, y fatalmente prefirieron alinearse con Máximo. Lo mismo ocurrió con los alamanes, que por entonces prestaban servicio como tropas auxiliares del ejército romano. Máximo era el candidato favorito de los bárbaros, que le preferían como emperador de las

antiguas tierras celtas. Graciano fue asesinado por sus propias tropas.

Máximo remplazó a Graciano y estableció su corte en Tréveris. Valentiniano II se encontraba ahora en una posición aún más vulnerable. Ambrosio, para quien la lealtad hacia la familia gobernante era obviamente lo primero de todo, partió como enviado para negociar con Máximo, en la idea de que el hecho de que la entrevista fuera de católico a católico habría de allanar las cosas. Una vez ante Máximo se negó a entregar al muchacho en manos del usurpador. Por consiguiente, Máximo reunió una fuerza integrada principalmente por alamanes y se dispuso a invadir Italia. Teodosio no tuvo más remedio que reconocer a Máximo como emperador con sede en Tréveris a cambio de permitir que Valentiniano II continuase siendo emperador de Italia. En el año 384, tras alcanzar este acuerdo, Máximo dio a su hijo el nombre de Víctor y dejó de reconocer en Valentiniano II al emperador.

EL ASCENSO DE UN VÁNDALO

Éste era el mundo en el que el joven Estilicón, de padre vándalo y madre romana, comenzaba a hacer progresos en la carrera militar. Entre Máximo y Teodosio se estaba gestando una guerra. Sin embargo, antes de iniciar una contienda en Occidente, Teodosio tenía que asegurarse de que la frontera con Persia se hallaba bien consolidada. No quería verse atrapado en un choque con dos frentes. El gobierno persa parecía ahora más débil que en otras épocas, quizá le resultase posible negociar un tratado de paz, y el hombre que eligió para dicha tarea fue Estilicón.



El vándalo que gobernó el imperio.

Según parece, este retrato en marfil de Estilicón le representa con sus rasgos verdaderos. Fue realizado probablemente en el año 395 d. C., o poco después, ya que pueden verse en el escudo las imágenes de Arcadio y Honorio, los hermanos que heredaron las dos mitades del imperio tras la muerte de Teodosio, ocurrida ese mismo año. Va vestido como funcionario de la corte imperial, pero la capa aparece sujeta con el característico prendedor germánico (fibula).

Al ser enviado a Persia en el año 387, Estilicón contaba probablemente veintiocho años de edad y era mucho lo que dependía del modo en que desempeñase su misión. Tenía que mostrarse convincente y presentar como algo factible la posibilidad de que se reanudara la guerra, pero debía proceder simultáneamente con el suficiente tacto como para percibir la mejor forma de abrirse paso a través de los entresijos de un

protocolo cortesano aún más rígido que el de Constantinopla, y todo ello sin generar siquiera la sombra de una ofensa. Debía transmitir la urbanidad y el inmenso refinamiento de un cortesano y al mismo tiempo no ocultar sino mínimamente la confianza y la implacable brutalidad de un bárbaro. Evidentemente, lo realizó todo de forma sobresaliente: Estilicón regresó con un tratado de paz en el que los dos imperios se repartían la disputada región de Armenia.

Dado que Roma y Persia habían estado guerreando durante más de cuatrocientos años, la consecución de un tratado de paz que pudiese mantenerse por tiempo prolongado constituía un éxito muy señalado. Teodosio podía ahora volver su atención a Occidente y ocuparse de Máximo. Estilicón fue nombrado comandante en jefe del ejército de Teodosio y se casó con la sobrina del emperador.

Máximo decidió que no podía cometer la osadía de seguir esperando. A finales del verano de ese mismo año de 387 inició la invasión de Italia y desplazó a Valentiniano II de una vez por todas. Valentiniano huyó y se presentó ante Teodosio en Oriente para solicitar su ayuda. Al parecer, Teodosio dijo al joven que se merecía todo cuanto le estaba ocurriendo, por haberse convertido al arrianismo^[20], pero que aniquilaría al usurpador. Y aquí fue donde intervino Estilicón.

Teodosio tenía ante sí dos alternativas: aceptar a Máximo, reconocer que le era imposible controlar al nuevo emperador de Occidente y llevar una vida tranquila —al menos en tanto Máximo no se propusiera apoderarse también de Oriente—, o declararle la guerra a fin de instalar a Valentiniano II en el trono de Occidente en calidad de gobernante subordinado a él y sujeto a su supervisión. Teodosio era un soldado y había logrado consolidar la frontera oriental de sus posesiones, así que la elección no presentaba grandes dificultades. El precio que pidió por el rescate de Valentiniano II fue la mano de la hermana de éste, lo que le hacía formar parte de la dinastía responsable de su propio nombramiento como emperador. Y por supuesto, toda aquella herejía arriana tenía que desaparecer.

En el año 388, Máximo fue derrotado y ejecutado. Valentiniano II consiguió ser «restaurado» en el trono de Occidente, aunque sometido a la supervisión directa del hombre en quien Teodosio había depositado ahora la máxima confianza: Estilicón.

LA VICTORIA SOBRE EL PAGANISMO

El poder que ahora ejercía Ambrosio era extraordinario. En el año 390 había excomulgado a Teodosio por haber castigado la conducta de una muchedumbre dispuesta a linchar unas personas con la tradicional brutalidad romana. El emperador hizo penitencia. Aquello era una prueba sorprendente de que se había producido una auténtica revolución en el seno del imperio. Y además la fuerza de dicha revolución iba en aumento. En el año 391, Teodosio declaró que, en lo sucesivo, el cristianismo

católico habría de ser la única religión permitida. Se prohibieron los sacrificios, los templos quedaron convertidos en iglesias y se proscribió formalmente el paganismo.

Una vez organizadas las cosas en Occidente a satisfacción de Teodosio, Estilicón regresó a Oriente y dejó a Valentiniano II en la Viena francesa, cerca de Lyon, con su general, Arbogasto, a su cuidado. A pesar de la notable capacidad de que hacía gala en muchos aspectos, Estilicón cometía a veces extraños errores. Éste fue uno de ellos. Arbogasto era franco, y los francos no eran cristianos.

Se dijo que Valentiniano se había suicidado. Por estrangulación.

Arbogasto abandonó Viena inmediatamente después de aquello, se presentó en Roma y una vez allí elevó al trono de Occidente a un emperador pagano, para deleite de los senadores, igualmente gentiles. El elegido fue Eugenio, quien hizo ver que Roma recuperaba sus tradiciones dedicándose a reconstruir el templo dedicado a Hércules en Ostia y a patrocinar juegos y festivales paganos. Más aún, se avino a reponer en su lugar el Altar de la Victoria, el símbolo definitivo de la vieja Roma.

El paganismo se había puesto en marcha —literalmente, ya que el ejército de Eugenio avanzaba con ánimo de enfrentarse al de Estilicón—. En Milán, el obispo Ambrosio temía a tal punto a los senadores paganos que huyó al enterarse de que se aproximaban. Arbogasto y el nuevo prefecto de Italia habían prometido convertir la basílica de la iglesia de Milán en un establo para sus caballos y enrolar al clero en el ejército después de que Eugenio regresara con la victoria. Sus huestes luchaban bajo el estandarte de los dioses paganos de Roma: Hércules y Júpiter. Por otra parte, Teodosio invocaba al Dios cristiano y respaldaba sus súplicas afirmando que había tenido visiones en las que los apóstoles se le aparecían en forma de caballeros godos.

Con la ayuda de los visigodos de Alarico, Teodosio y Estilicón derrotaron a Eugenio. La guerra entre paganos y cristianos se decantaba así definitivamente en favor de estos últimos: no volvería a armarse nunca más otro ejército pagano romano. El Altar de la Victoria quedó finalmente arrumbado, y el collar de la diosa terminó ciñendo el cuello de la esposa de Estilicón. La vieja Roma y el paganismo eran cosa del pasado; Estilicón, Teodosio y Constantinopla, el futuro. Y ahora no había más que un solo emperador. Teodosio lo gobernaba todo, bajo los auspicios del dios cristiano.

La versión católica de Jesús, de naturaleza idéntica a la del mismo Dios, le convertía en una especie de emperador trascendente. Un mosaico situado en el ábside de la iglesia de Santa Pudenciana de Roma, fechado en torno al año 390, muestra el nuevo Cristo imperial de Teodosio: se presenta majestuoso, en el centro de una aureola, barbado como Júpiter, y como él, sentado también en un trono frente al observador. Se aprecia que ha sustituido a Júpiter en el papel de protector del imperio. El Arco de Constantino que se encuentra en Roma nos permite ver al emperador sentado en un trono y rodeado de un halo similar —puesto que en aquella época no era el símbolo de la santidad, sino de la autoridad imperial^[21]—. Los personajes que están a su alrededor alzan sus brazos en una súplica, exactamente igual que los discípulos del mosaico de la iglesia que acabamos de mencionar. Por

decirlo con las palabras de Ambrosio, Cristo se hallaba ahora al frente de las legiones^[22].

LOS ARRIANOS SE CONVIERTEN EN LOS NUEVOS BARBAROS

Ahora bien, los godos que habían integrado gran parte del ejército victorioso no aceptaron abjurar de su arrianismo. Tras haber sido utilizados en la guerra contra Eugenio como una especie de carne de cañón en versión antigua, no sentían excesivas tentaciones de considerarse miembros del club romano. Los bárbaros y los romanos quedaron separados por una nueva línea divisoria. La antigua separación entre ambos no tenía ya demasiado sentido. Hacía siglos que el significado de la palabra «romano» no remitía ya a nada que guardara relación con la ciudad de Roma: la urbe de Roma era mucho menos relevante que el imperio de Roma. También el romanismo había dejado de ser una cuestión de ciudadanía: desde el año 212 todos los hombres libres que vivían en el imperio tenían derecho a ella. Los bárbaros habían dejado de ser personas ajenas al ámbito propio de Roma: vivían en todos los lugares del imperio y nutrían la mayor parte de las filas del ejército. Y dado que el imperio era una maquinaria militar, eso significaba que había bárbaros que ocupaban altos cargos — Estilicón era el caso más destacado—. En efecto: la distinción entre romano y bárbaro había pasado a definirse en términos raciales. La madre de Estilicón era romana, pero su padre era vándalo, así que él mismo era también un bárbaro.

Ahora bien, la diferencia entre Alarico y sus godos y los romanos no era simplemente de carácter racial: ahora se habían convertido en herejes a los que era preciso expulsar. De hecho, esto le resultó útil a Teodosio, ya que evidentemente incitó a los griegos a abandonar el arrianismo y abrazar el catolicismo, pues no querían que se les identificara con ningún bárbaro.

ROMA DECLARA LA GUERRA A LA RAZÓN

Hubo un tiempo en que los historiadores del imperio pensaban que las únicas crónicas que valía la pena referir eran las relativas a los combates de los emperadores y sus ejércitos. Ahora era la salvación, y no el poder, lo que articulaba los relatos que merecían quedar registrados en la historia. Sozimen, por ejemplo, un historiador que escribe en Constantinopla aproximadamente unos treinta años después de que Alarico se hubiera apoderado de Roma, únicamente dedica cuatro líneas a explicar lo que sucedió y cincuenta y cuatro a referir el «descubrimiento» de la cabeza de Juan Bautista.

El catolicismo fiel a la doctrina de la Trinidad era profunda y empecinadamente irracional, así que, para los católicos, la identificación del racionalismo y la ciencia con el paganismo resultaba una conclusión lógica. El catolicismo implantó su programa por medio de una pasmosa violencia. Uno de los ejemplos más extremos de esto fue el trato que los católicos dispensaron a Hipacia de Alejandría, la primera mujer conocida que realizó una importante contribución al desarrollo de las matemáticas.

Su padre había sido director de la biblioteca de Alejandría, el mayor venero literario del mundo antiguo. Fundada en el año 283 a. C., se admite que en el momento de su máximo esplendor la biblioteca debió de haber albergado más de medio millón de documentos procedentes de Asiria, Grecia, Persia, Egipto y la India, así como de otras muchas culturas. Trabajaba en tándem con un museo que de hecho era una universidad en la que residían más de cien eruditos dedicados a la investigación, la escritura y la lectura, además de a la traducción y la copia de documentos. Parte de los fondos de la biblioteca se conservaban en el Templo de Serapis. Cuando los cristianos se adueñaron de Alejandría todo aquello llegó a su fin, y al morir el padre de Hipacia no se nombró a ningún sucesor. El patriarca de Alejandría, Teófilo, consideraba que, en sí misma, la independencia intelectual era de carácter herético, así que dispuso que se destruyeran todos los templos paganos de Alejandría, incluido el de Serapis.

A la formidable losa de la condena eclesiástica, Teófilo y sus colaboradores añadieron el dato de que Dios no era necesariamente misericordioso, sino que estaba perfectamente dispuesto a recluir eternamente a las personas en el infierno en caso de que pecaran —y la definición de pecado venía a equivaler, poco más o menos, a desobedecer a Teófilo—. Al parecer, Dios guardaba una gran semejanza con este último: tenía mal carácter, era autoritario, despiadado y de naturaleza suficientemente igual a la de Cristo como para tener «ojos, oídos, manos y pies como los hombres».

Inmediatamente después de que Teodosio hiciera pública su proclamación del año 391, por la que prohibía los cultos paganos, Teófilo se adueñó de un templo y lo transformó en iglesia por medios tan agresivos que se produjo un motín y algunos cristianos resultaron muertos. Teófilo exigió entonces que el prefecto y el gobernador militar de Egipto hicieran cumplir estrictamente las nuevas leyes religiosas. Los paganos de Alejandría respondieron refugiándose en el Serapeo^[*]. Según el historiador Rufino, este complejo formado por un templo y una biblioteca se alzaba sobre una enorme plataforma a la que se accedía tras ascender cien escalones, o quizá más. «En medio de toda aquella explanada se elevaba un santuario rodeado de columnas de incalculable valor, la fachada exterior del edificio estaba decorada con mármoles y todo el conjunto ofrecía un aspecto espacioso y magnífico a la contemplación. En su interior había una estatua de Serapis que no sólo era tan grande que su mano derecha tocaba uno de los muros y su izquierda alcanzaba el otro, sino que se hallaba suspendida a media altura en el aire por medio de unos imanes

ocultos^[23]».

El emperador Teodosio, tras recibir lo que el patriarca consideraba un informe objetivo de la revuelta, declaró que los cristianos degollados eran mártires. Dictaminó que se perdonara a los defensores del templo de Serapis, pero dio instrucciones para que el templo mismo fuera demolido. El patriarca se puso al frente de una turba de cristianos y lo destruyó de manera que en su lugar pudieran erigirse los sepulcros sagrados de los mártires y una iglesia. Los libros fueron quemados como otros tantos objetos paganos.

En este clima accedió Hipacia a la dirección de la escuela platónica de Alejandría, aproximadamente en torno al año 400. Su labor consistía en dar clases de matemáticas y de filosofía neo-platónica. Era una mujer elegante que se había hecho célebre por dirigirse en carro a todas partes. También se le atribuye la invención del astrolabio. La tremenda admiración que sentían por ella sus discípulos sólo era igualada por el odio que le profesaba la Iglesia católica —lo que no resulta extraño si se tiene en cuenta que, según se dice, Hipacia enseñaba cosas como éstas: «Todas las religiones dogmáticas son falaces y las personas que se respeten a sí mismas jamás deben aceptarlas como descripciones últimas de la realidad»; «Conserva celosamente tu derecho a reflexionar, porque incluso el hecho de pensar erróneamente es mejor que no pensar en absoluto», y «Es algo terrible enseñar que las supersticiones son verdades^[24]».

En el año 412, Teófilo decidió averiguar si estaba o no en lo cierto al afirmar la existencia de la condenación eterna, así que fue su primo Cirilo quien pasó a desempeñar su función. Cirilo, que había llevado hasta entonces la vida propia de un monje católico fanático y fundamentalista en las montañas, se presentó en Alejandría con la intención de extirpar cualquier desviación de lo que él consideraba la fe ortodoxa. Organizó un ejército personal de vigilantes de la pureza, una fuerza compuesta por monjes radicales venidos del mismo lugar en el que él viviera su retiro agreste. Cirilo les dio el nombre de *parabalani*.

Este término se empleó en un primer momento para designar a los cristianos que se atrevían a prestar cuidados a las víctimas de la peste, y su significado venía a ser el de amante del máximo riesgo, persona aventurera o temeraria. La semejanza con los musulmanes de Afganistán conocidos como talibanes (que significa «estudiantes») resulta sorprendente. Al final, el emperador insistió en que el número de *parabalani* quedara restringido a la cifra de quinientos miembros. Cirilo en persona era quien los capitaneaba. En el año 415, al frente de esta cáfila, atacó las sinagogas de Alejandría y ordenó la expulsión de la vasta población judía de la ciudad. Cuando el prefecto romano Orestes puso objeciones a la orden que había dado Cirilo, tratando al mismo tiempo de conservar su autoridad laica, los *parabalani* se abalanzaron sobre él. Cirilo proclamó que ahora todos se habían convertido en santos.

Se decía que Hipacia era consejera de Orestes, así que con generoso ánimo de brioso correctivo los *parabalani* la raptaron, la arrastraron hasta una iglesia, la

desnudaron y la cortaron en pedacitos con conchas de ostra afiladas^[25]. Después quemaron sus restos. Pero ¿qué otra cosa podía hacerse con una mujer que «se había entregado persistentemente a la magia, los astrolabios y los instrumentos músicos, y que había engatusado a mucha gente con satánicas artimañas^[26]»?

Aún hoy se reverencia a Cirilo y se le juzga santo.

ESTILICÓN SE HACE CON EL PODER

Teodosio sólo conservó dos años el gobierno en solitario del imperio romano. Falleció en Milán en 395, cuando acababa de cumplir los cuarenta y nueve años de edad. Estilicón, que por entonces contaba unos treinta y cinco, proclamó al mundo que en su lecho de muerte el emperador había determinado que sus dos hijos, Arcadio y Honorio, gobernarán respectivamente en Constantinopla y Milán. Y dado que Honorio no tenía más que nueve años, él mismo (Estilicón) había sido nombrado su tutor. De este modo, Estilicón el vándalo se encontró al mando del imperio de Occidente. De hecho, afirmaba que también se le había encargado la tutela de Arcadio, pero la corte que rodeaba a este último en Constantinopla se opuso firmemente a sus intenciones.

Estilicón, cuyo compromiso con el cristianismo era tan profundo como el de Teodosio y sus hijos, se dispuso a borrar por completo el legado pagano de Roma. Ahora el imperio contaba con una forma de protección más adecuada, materializada en el Dios cristiano. Y para espanto de los paganos que rechazaban las reformas, como el poeta Rutilio Namaciano, Estilicón estaba dispuesto a destruir todos los lazos que unían a Roma con su pasado y su futuro a fin de poner a prueba su nueva fe, y para ello no se le ocurrió mejor recurso que quemar los *Libros Sibilinos*.

Por la época en que llevó a cabo este atrevido acto se produjo, a unos pocos cientos de kilómetros el uno del otro, la venida al mundo de dos niños en orillas opuestas del Danubio. El nombre de los ejércitos que esos niños habrían de conducir iba a ser recordado durante siglos. En el humo que exhalaban las páginas en llamas de los *Libros Sibilinos* se escondían, ignoradas, las instrucciones necesarias para realizar los actos propiciatorios que habrían llevado a cabo los antiguos romanos a fin de protegerse de aquellos ejércitos. Uno de los bebés habría de capitanear a los hunos. El otro llegaría a ser rey de los vándalos.

La terrible ironía estriba en que la historia que ha terminado filtrándose en el lenguaje que utilizamos, pese a ser una historia integrada por recuerdos a medio borrar y no bien comprendidos, confirma los más hondos temores del poeta. «Atila el Huno» ha dejado de ser una expresión sustantiva para convertirse en una locución calificativa que designa el más descabellado salvajismo. Y la palabra «vándalo» simplemente señala al que saquea, asola, desvalija y destruye, pese a que las

descripciones que se han hecho de los propios vándalos nos hayan mostrado siempre a unos individuos de comportamiento profundamente moral. Y los hunos, que eran paganos, no arrasaron la ciudad cristiana de Roma, sino que se apartaron de ella cuando el papa les pidió que así lo hicieran, y salieron por completo de los límites del imperio.

Y tras la ironía surge la paradoja. Fueron la moralidad vándala y la retirada de los hunos de Italia lo que habría de dar la puntilla al imperio romano de Occidente y alumbrar la Europa medieval. Y ambos pueblos están íntimamente relacionados el uno con el otro, ya que los vándalos pertenecían a una nación que huía de los hunos.

Los vándalos

Los vándalos no se vieron empujados a huir por influjo directo de los hunos, en realidad se trató de un caso grave de efecto «carambola». Un enorme número de godos había escapado de los hunos cruzando el Danubio a tierras en las que los vándalos ya estaban asentados. Destruídas sus granjas y con la perspectiva de que los hunos se presentasen el día menos pensado frente a su puerta, los vándalos decidieron trasladarse. Parece que era un pueblo bastante nervioso, cuyo temple no encajaba demasiado con lo que se supone acerca del heroico guerrero bárbaro.

LA «INVASIÓN» VÁNDALA

Al parecer en el año 401 los vándalos se desplazaron, junto con un grupo de suevos y de alanos, a la región de Recia, en los Alpes. Se trataba de una asociación extraña: los suevos eran germanos y los alanos iraníes, a pesar de lo cual decidieron unir sus esfuerzos y ver qué podían conseguir de Estilicón. Éste viajó al norte a fin de reunirse con ellos y llegó a una especie de pacto, porque a su regreso le acompañaban, como tropa a su servicio, unos cuantos guerreros jóvenes del grupo emigrado.

Los llevaba consigo para combatir a los godos que les habían expulsado de sus tierras. A las órdenes de Alarico, los godos exigían que se les concediese una tierra propia y se hallaban ya en situación de amenazar Constantinopla. Estilicón batalló contra ellos sin demasiado entusiasmo: dejó que Alarico se diese a la fuga, y Constantinopla se vio obligada a ofrecer al jefe godo un cargo militar de alto rango. Este arreglo parecía convenir a Estilicón, que evidentemente había decidido, de común acuerdo con Alarico, que el mejor lugar para establecer el terruño de los godos estaría en Iliria, en la costa este del Adriático, un territorio sujeto al control de Constantinopla. Cabía incluso la posibilidad de que al trasladar a los godos a aquella comarca los vándalos pudieran regresar a sus hogares.

Sin embargo, aquello era poco probable: los hunos estaban demasiado cerca, y había más grupos germánicos que pugnaban por dirigirse al oeste, adentrándose en el imperio, impulsados por la desesperada voluntad de alejarse de los hunos. Parece que también ellos deseaban encontrar una nueva tierra en la que asentarse. En el año 405, una descomunal masa de godos paganos, que según algunas opiniones podría haber rondado los cien mil individuos, atravesó tumultuosamente el Danubio procedente de

las llanuras húngaras. Aquel enjambre humano, capitaneado por un tal Radagaiso, terminó presentándose nada menos que en el norte de Italia^[1]. Debieron de haber quedado horrorizados al descubrir que los hunos, a quienes creían haber dejado atrás, se encontraban precisamente allí, dispuestos a hacerles frente —gracias, una vez más, a Estilicón—. Entre los efectivos del inmenso ejército que había reunido no sólo figuraban algunos godos cristianos de Alarico, sino un contingente de mercenarios hunos dirigidos por su propio comandante^[2]. Los hunos no eran ya los nómadas salteadores de la generación anterior. Ahora estaban empezando a volverse sedentarios, y se mostraban sumamente deseosos de llegar con el imperio al mismo tipo de pactos que todo el mundo sellaba. Tras la batalla, el ejército de Estilicón reclutó a doce mil de los invasores de Radagaiso, y se hicieron tantos prisioneros que los precios del mercado de esclavos cayeron en picado.

Evidentemente, Estilicón estaba ahora desarrollando un gran plan, un plan que implicaba separar las regiones de Dacia y Macedonia de Constantinopla e instalar allí a Alarico y a sus godos. Aquello significaba hacerse con el control militar de Oriente, así que para preparar el combate, Estilicón retiró la mayor parte de las guarniciones del Rin. Una vez desprotegido el Rin, el último día del año 406 un formidable grupo de vándalos, suevos y alanos —hay historiadores que piensan que su número se elevaba, también en esta ocasión, a las cien mil almas— cruzó el congelado río a la altura de Maguncia, para penetrar así en un territorio controlado por los francos. No se trataba de una invasión militar. Al igual que los godos que habían atravesado el Danubio treinta años antes, los recién llegados eran inmigrantes, un conglomerado demográfico compuesto por un colosal número de familias.

¿Se trataba de un montaje? El trato que Estilicón había establecido cinco años antes en los Alpes con los vándalos sigue siendo un misterio. El propio Estilicón era vándalo —¿fue él quien sugirió a su gente la gran oportunidad que se les abría con aquella situación?—. Hubo voces en el imperio que así lo sugirieron, pero no pudieron aportar ninguna prueba.

Desde luego se le consideraba amigo de los bárbaros. Rutilio, el poeta pagano que se había mostrado tan contrariado con la destrucción de los *Libros Sibílicos*, le llama «el funesto Estilicón^[*]», y le culpa de la destrucción de las defensas de los Alpes y los Apeninos, unas defensas que los providentes dioses habían tenido a bien interponer entre los bárbaros y la Ciudad Eterna. También le hacía responsable de haber instalado a los crueles godos, a sus secuaces vestidos con pieles, en el santuario mismo del imperio. A juzgar por las apariencias, su astucia había sido más perversa que la estratagema del caballo de Troya. Era peor que Nerón: éste había dado muerte a su propia madre, ¡pero Estilicón había matado a la madre del mundo!

Deliberadamente o no, lo cierto era que Estilicón había conseguido que a los vándalos y a sus amigos les resultara más fácil superar el Rin. Ahora bien, si Estilicón esperaba que pudieran arreglárselas por sí solos al topar con los francos, lamentablemente estaba muy equivocado. La consecuencia de aquel encuentro fue

una batalla desastrosa en la que, según se dice, los no muy belicosos vándalos perdieron veinte mil efectivos, entre los que figuraba su rey Godegiselo. Ocupó su lugar su hijo mayor, que adoptó el nombre de Gunderico, o «rey de los guerreros». Este título implica que deseaba emular a Alarico y conseguir que su pueblo sirviera como ejército mercenario a los intereses del imperio. La respuesta de Roma vino a ser «No nos llame usted, nosotros lo haremos». Otro de los supervivientes fue el hermano pequeño de Gunderico. Éste se pondría finalmente el nombre de Giserico, el «César-rey^[*]».

Ése era el hombre que habría de entrar un día en Roma como conquistador.

UNOS ROMANOS ANTIRROMANOS

Decenas de miles de inmigrantes desesperados y ladrones que no tenían otro modo de alimentarse que no fuera el de recurrir al pillaje podían generar un cierto grado de alarma. Estilicón había debilitado la Galia, que se hallaba ahora indefensa. Y la Galia era una región con una larga historia de crisis sociales, ataques guerrilleros contra los romanos y autoridades militares independientes.

Los vándalos, suevos y alanos que habían sobrevivido a su terrible encontronazo con los francos avanzaban ahora por unas tierras en las que había muchos pueblos que simplemente no deseaban convertirse en romanos. La masa de recién llegados emprendió una larga y sobrecogedora marcha a través de la Europa occidental, tratando de utilizar los recursos naturales para mantenerse con vida. Esto no significa que se convirtieran en inofensivos cazadores y recolectores ni que se alimentaran de raíces y bayas. Lo que en realidad quiere decir es que se abrieron paso a través de la Galia saqueando y devastándolo todo, ya que integraban un grupo armado y se hallaban en un entorno dominado por los grupos armados. «Toda la Galia se vio invadida por el humo de una gran pira funeraria^[3]». Aquello era muy malo para la actividad económica: «Quien una vez labró la tierra con un centenar de arados, trabaja ahora para procurarse simplemente un par de bueyes; quien recorría con frecuencia las más espléndidas ciudades en su carruaje se halla ahora enfermo y viaja, fatigado y a pie, por la desierta campiña^[4]». Los grandes terratenientes se hicieron dueños de su destino y lograron financiar sus propias fuerzas paramilitares —unas fuerzas encabezadas por un jefe militar britano que se había autoproclamado emperador: Constantino III—, comenzando así a gobernar a título particular un imperio privado.

Como es obvio, Estilicón tuvo la impresión de que resultaba más importante hacer frente a Constantino III que atacar a los refugiados vándalos, pero el ejército que envió, al mando del general Saro, fue derrotado, así que se vio obligado a negociar en los Alpes un pacto con los guerrilleros bagaudos a fin de poder regresar a

Italia. Hacia el año 498 Constantino III estableció su cuartel general en Arles, en el sur de Francia, y desde allí controlaba toda la Galia y preparaba sus planes para hacerse con el poder en Hispania.

EL FIN DE ESTILICÓN

Cuando Estilicón propuso al Senado de Roma que era preciso pagar un subsidio a Alarico, la institución se había opuesto encarnizadamente a su sugerencia con discursos en los que surgían los tópicos de la barbarie y el honor romano. Había comenzado así la reacción de la derecha contraria a los bárbaros y los guerrilleros, y su desenlace inmediato habría de terminar con la muerte de Estilicón, ordenada por Honorio. Estilicón el vándalo había vivido para el imperio, y su asesinato fue una especie de suicidio imperial. Sin embargo, para muchos romanos, lo importante era que Occidente había dejado de obedecer al gobierno de un bárbaro.

En Roma se produjeron inmediatamente pogromos contra los godos. Miles de ellos encontraron la muerte, y decenas de miles más huyeron de la ciudad. Después, los godos, capitaneados por Alarico, se vengaron de Roma reduciéndola por medio de la hambruna, exigiendo astronómicos rescates para devolverle la libertad y entregándose finalmente, en una demostración de fuerza que se prolongó por espacio de tres días, al fingido espectáculo de su saqueo. Cuando se marcharon, Alarico se llevó consigo, como rehén, a la hermana de Honorio, Gala Placidia.

Por entonces los vándalos y sus aliados habían terminado sus correrías por el norte de la Galia y puesto rumbo al sur, pasando por Burdeos y Narbona, probablemente empujados por los seguidores de Constantino III. En el año 409 cruzaron los Pirineos, con la aparente bendición de los bagaudos, que les facilitaron el paso a Hispania. Se desplazaban por territorios en los que Roma no ejercía ningún control, regiones cuyo dueño era, al menos nominalmente, «Constantino III». Según parece, este Constantino fue un cabecilla paramilitar de tipo bastante estándar: perezoso, dado a los excesos y arrogante, así que sus subordinados de Hispania y Britania dejaron muy pronto de aceptar sus órdenes. Aparentemente, las tropas que tenía en Hispania no hacían nada para bloquear los pasos fronterizos. Constantino multiplicó las bravatas, entabló combates, negoció y perdió, antes de terminar sus días en el año 411, decapitado y exhibido públicamente en Ravena. El poderío militar que un día ejerciera Estilicón se hallaba ahora en manos de un romano muy romano llamado Constancio. Se había autoproclamado único emperador de Occidente en torno al año 413.

LOS VÁNDALOS EN HISPANIA

El fracasado gobierno de Constantino III en Hispania había conseguido desgajar del imperio a esta provincia y dado lugar al surgimiento de un «emperador» independiente, que respondía al nombre de Máximo y había establecido su centro de operaciones en la costa mediterránea. La invasión de emigrantes que empezó a colmar la región ha suscitado descripciones que la pintan con todos los tonos de la obscena sed de sangre que los historiadores se empeñan en asociar con los bárbaros:

A la irrupción de estas naciones siguieron las más espantosas calamidades, ya que los bárbaros actuaron con indiscriminada crueldad contra las fortunas de los romanos y los españoles, asolando con igual furia las ciudades y el campo. El aumento de la hambruna obligó a los miserables habitantes de aquellas tierras a alimentarse con la carne de sus semejantes [...]. Pronto hizo su aparición la peste, inseparable compañera del hambre. Perekó un gran número de personas, hasta el punto de que los gemidos de los moribundos no conseguían más que suscitar la envidia de sus amigos que aún conservaban la vida^[5].

Da toda la impresión de que había demasiadas bocas que alimentar y que la mejor solución que podían hallar los inmigrados consistía en establecerse y empezar a cultivar la tierra. Máximo les concedió trozos de tierra^[6]. Los vándalos y los suevos se asentaron en el noroeste (Galicia) así como en la región del centro y el sur de España (Andalucía —que, según algunas voces, podría derivar de «Vandalucía»—), mientras que los alanos se instalaron en las provincias que median entre una y otra región. Los emigrantes pasaron a convertirse en señores supremos de grandes porciones del territorio español. Otro cronista español, Orosio, que en el año 414 había huido de Hispania y se había refugiado en África, nos informa de que los españoles preferían «la libertad en la pobreza» que les permitían los bárbaros a «las comodidades sujetas a tributación» que les deparaba la dominación romana^[7]. Y Salviano compartía este parecer de la opinión pública española:

¿Qué mayor prueba puede haber de la injusticia romana que el hecho de que tantos ilustres nobles —para quienes la condición romana debiera haber constituido la mayor fuente de fama y honor— se hayan visto no obstante a tal punto acuciados por la crueldad de los desafueros de Roma que ya no muestran deseo alguno de seguir siendo romanos? La consecuencia es que incluso aquellos que no buscan refugio entre los bárbaros se ven sin embargo obligados a comportarse como tales, ya que eso es lo que les sucede, en la

mayor parte de los casos, a los españoles^[8].

Parece probable que la conversión al cristianismo de los vándalos paganos se produjera poco después de que se apoderaran de Hispania. Parece asimismo posible que fueran godos los misioneros que los convirtieron. Pasaron así a profesar la fe de los cristianos arrianos, y se enorgullecían de ello, aunque también quepa considerarles, con un planteamiento más oficial, adeptos de aquella terrible herejía identificada con la barbarie.

Desde luego, el catolicismo romano era muy popular entre las clases dirigentes romanas de Occidente, pero no está tan claro que fuese también el tipo de cristianismo que elegía preferentemente el pueblo llano. Incluso Ambrosio, el carismático obispo de Milán, se quejaba de que en su región disminuía el número de personas que acudían a comulgar. Añadía que en Oriente estaba sucediendo lo mismo, aunque esto no debe sorprendernos demasiado, habida cuenta del hecho de que en esa zona habían sido instancias superiores las que habían impuesto el catolicismo a la población arriana. El obispo de Constantinopla se lamentaba de este modo: «En vano permanecemos en pie frente al altar: nadie participa en el sacramento^[9]».

Es muy posible que la actitud de la gente, reacia a asistir a las iglesias católicas, fuera un síntoma del descontento popular y posiblemente guardara relación con el hecho de que se hubiera incorporado a Jesús a la estructura de poder del imperio. La Iglesia católica no ponía el acento en su encarnación humana, sino en la trascendente autoridad de su magisterio, en su derecho a juzgar a los vivos y a los muertos, así como a decidir el destino que debían correr por los siglos de los siglos. Lo que se hacía era, fundamentalmente, presentar el terrible poder de la autoridad de Roma como algo emanado del aún más terrible poder de Jesús, un amenazante Dios supremo pintado sobre el estuco del ábside que presidía el altar en el que debía beberse su sangre y comerse su cuerpo.

La Iglesia arriana parece haber sido mucho más estimada. El Jesús que concebía no era idéntico al Dios todopoderoso. Resultaba bastante menos imponente, y no se identificaba con el Estado. Para los godos, el arrianismo había pasado a convertirse en una seña de identidad. Sus iglesias no eran como las iglesias católicas romanas, y tampoco sus rituales. No es que los templos y las costumbres fuesen extremadamente diferentes, pero sí que lo eran un poco. Y los vándalos también abrazaron la fe del arrianismo cristiano.

Esto no quiere decir que los godos y los vándalos se profesasen necesariamente una gran amistad. En el año 417, el nuevo rey de los visigodos, Valia, selló un pacto con Constancio que finalmente le permitiría conseguir para su pueblo, con el respaldo romano, la tierra que llevaban buscando dos generaciones. Gala Placidia, viuda de Ataúlfo, fue devuelta a Roma, donde contrajo matrimonio con Constancio, quien de este modo pasaba a formar parte de la familia imperial. El hijo de ambos sería el

heredero natural de Honorio, ya que a esas alturas era evidente que no iba a tener descendencia propia. Además, a cambio de una cesión de tierras permanente en la Aquitania, Valia iba a emplear su ejército para conseguir que Roma recuperara el control de Hispania. Sus nobles visigodos se establecieron legalmente en las tierras de los pequeños aristócratas romanos. De hecho, también estos nobles visigodos estaban llamados a convertirse en la columna vertebral de las fuerzas contrarias a los bagaudos, encargadas de proteger al imperio de la revolución.

Sin embargo, como habría de verse en breve, Valia no iba a lanzar ningún ataque cerrado contra los vándalos. El objetivo de su ejército eran los alanos y los suevos. Los alanos quizá fueran probablemente el pueblo más curioso de todos cuantos habían emigrado a Hispania. Eran iranios de las estepas del Caspio, y su lengua, religión y cultura tenían poco que ver con las de los godos. Se trataba de criadores de caballos y luchaban como los persas, es decir, como hidalgos a caballo revestidos de armadura. También empleaban a arqueros orientales. Los hunos les habían obligado a huir al oeste, se habían unido así a la migración de los vándalos, y en el terrible choque con los francos su ayuda se había revelado vital para estos últimos.

La otra característica que los diferenciaba era que se servían, para la caza y el manejo del ganado, de unos perros de extraordinaria fuerza física. Aún pueden encontrarse ejemplares de esta primitiva raza canina en determinadas regiones de España, y se les conoce precisamente como alanos. Los perros alanos son los antepasados de todos los canes de casta molosa, entre los que se encuentran los bulldogs, los boxers, los San Bernardo, los mastines, los ridgebacks de Rodesia y los rottweilers^[*]. Los alanos conservan sus características originales: nunca han sido criados por su belleza, sino por el hecho de ser animales de jauría tremendamente arrojados y leales. Son perros legendarios, ya que al morder lo hacen con toda la quijada, aferrándose a su víctima incluso con los molares. Un alano se mantendrá asido a cualquier animal sobre el que haga presa por muchas heridas que se le causen, y seguirá haciéndolo aunque peligre su propia vida. Sin embargo, la soltará obedientemente si recibe una orden.

Los alanos eran el principal objetivo del ejército visigodo de Valia, que los aplastó por completo. En el año 417, tras la muerte de su rey, ofrecieron la corona de éste a Gunderico, y a partir de entonces el jefe de esta unión más bien heterogénea se hizo llamar «rey de los vándalos y los alanos».

En el año 421, Constancio accedió por fin al trono del imperio, que tuvo que compartir con Honorio. Su condición de romano de aceptable pureza racial le había permitido dar un paso más que Estilicón. Sin embargo murió en el momento justo en que parecía que el imperio de Occidente iba a contar al fin con un verdadero gobernante, y en consecuencia la corte de Ravena se desmoronó a causa de las luchas intestinas.

Es probable que aquella circunstancia evitara a los vándalos tener que sufrir la siguiente fase de lo que Constancio tenía proyectado. Se había reunido una titánica

fuerza militar para recuperar Hispania, y la integraban, entre otros, varios grupos visigodos de la Aquitania así como el ejército de campaña de la Galia, a los que venía a sumarse una división de tropa al mando del conde de África, Bonifacio. Sin embargo, Bonifacio abandonó la empresa. No quería quedar maniatado en Hispania en el preciso momento en que estallaba una lucha por el poder en Ravena. Parece que los visigodos también perdieron interés, así que el ejército de campaña galo recibió una paliza.

En esta ocasión, el imperio romano tenía graves problemas operativos. En el año 425, al no encontrar a nadie que pudiera detenerles, los vándalos conquistaron Cartagena, y al año siguiente se hicieron con Sevilla. No sabemos gran cosa respecto a lo que pudo suceder. Se supone que saquearon ambas ciudades, pero eso no añade excesiva información al dato de que se adueñaron de ellas. Entre los autores romanos existía el consenso generalizado de que los vándalos no eran particularmente belicosos. (Orosio, por ejemplo, decía que Estilicón «descendía de una tribu vándala poco aficionada a la guerra, avariciosa, pérfida e ingeniosa^[10]»).

La consecuencia más significativa de estos acontecimientos fue que los vándalos se hicieron con el control de los puertos, repletos de barcos. No parece muy probable que poseyeran grandes aptitudes marineras, especialmente si tenemos en cuenta que seis años antes los Augustos habían decretado que se aplicara la pena de muerte a todos aquellos «que transmitieran a los bárbaros el arte, que hasta el momento desconocen, de la construcción de embarcaciones^[11]». Hemos de suponer que los marineros españoles habían quedado ahora sometidos a las órdenes de los vándalos, al igual que los campesinos, que también debían obedecerles en las granjas. De este modo, los vándalos se hicieron con un recurso enteramente nuevo (para ellos) y se adueñaron de las islas Baleares. Cuando los vándalos se presentaron en Ibiza por primera vez corría el año 426.

Además, ahora habían encontrado la forma de abandonar definitivamente Europa.

LOS HUNOS SE PLANTAN A LAS PUERTAS DE RAVENA

En torno a esta misma época, una gran fuerza de hunos paganos —en total unos sesenta mil, según una crónica^[12] (que podría no ser excesivamente fiable)— se presentó a las afueras de Ravena, la capital en la que residía el emperador romano de Occidente. La masa de recién llegados bastaba para aniquilar cualquier ejército que pudiera tener la cristiandad. Sin embargo —contrariamente a lo que quizá pueda tenderse a pensar—, no estaban allí para eliminar al emperador, sino para salvarle. En realidad, habían llegado demasiado tarde, ya que el emperador en cuestión, un usurpador llamado Juan, había sido expuesto al público en el hipódromo de Aquileya tras habersele amputado una mano. Después, se le aupó herido a lomos de un asno

para que una serie de actores de teatro le torturaran públicamente antes de darle muerte. Los romanos habían perdido su buen instinto para el negocio del espectáculo.

Aquellos hunos obedecían las órdenes de un joven general romano que respondía al nombre de Aecio, un hombre que habría de alcanzar fama por su equilibrado parecer, sus virtudes militares y su honorabilidad personal. Su padre había sido comandante del ejército de campaña de la Galia y acababa de resultar muerto, quizás en alguna acción relacionada con la usurpación de Juan. El propio Aecio se había criado entre los bárbaros: primero había vivido en casa de Alarico el Godo, en calidad de rehén, y más tarde fue alojado en la de Rúas, el rey de los hunos.

La corte imperial romana de Ravena era un extraordinario antro de corrupción, lujo y maquinaciones. Honorio había fallecido en el año 423. El heredero más claro era el hijo de la hermana de Honorio, Gala Placidia, y Constancio III: un niño de cuatro años de edad llamado Valentiniano. Sin embargo, Constancio había muerto y su viuda y su hijo se hallaban en Constantinopla, en la corte del sobrino de Gala Placidia, Teodosio II, que por entonces contaba veintidós años de edad. En su ausencia, los hombres fuertes de Ravena designaron nuevo emperador de Occidente a Juan, uno de los soldados de la corte. Obviamente, Teodosio II tenía claro que el emperador de Occidente debía ser su primo Valentiniano, así que envió un ejército para prender a Juan.

El ejército de Teodosio cumplió el encargo justo a tiempo, antes de que Aecio y los hunos pudieran hacer acto de presencia. Entre las huestes de estos últimos se encontraba, ejerciendo casi con toda certeza un cargo de autoridad, Atila, el joven sobrino de Rúas.

Lo curioso de los hunos es el hecho de que la primera vez que irrumpen en gran número en el mundo romano no lo hagan como fieros enemigos sino como aliados de los actores que participan en la lucha de poder romana. Los hunos llevaban un mínimo de quince años formando parte de los ejércitos romanos, en los que intervenían como apreciados mercenarios, pero la presencia de un ejército huno de grandes dimensiones (incluso en el caso de que su número hubiera sido realmente muy inferior a los sesenta mil individuos que hemos mencionado antes) y obediente al mando romano era algo notablemente nuevo. Teodosio II aceptó pagarles por sus servicios militares, pese a que habían venido para combatir contra él, a condición de que regresaran tranquilamente a sus hogares, y también se avino a permitir que Aecio siguiera ocupando el antiguo puesto de su padre, lo que equivalía a aceptar que conservara el cargo que Juan le había concedido: el de jefe militar de la Galia.

Entre los integrantes de la corte de Valentiniano y su madre había una mezcla de fundamentalistas católicos, hechiceros y astrólogos. En ese ambiente, Valentiniano, ya crecido, se había convertido en un hombre «extraordinariamente aficionado a tener líos amorosos con las esposas de otros hombres y a comportarse de la más indecente de las maneras, pese a estar casado con una mujer de excepcional belleza^[13]».

La gestión de facto del imperio de Occidente se dejó en manos de los más

influyentes generales de la corte: Aecio y Bonifacio. Naturalmente eran rivales, y Aecio (que se hallaba en Europa) convenció a Placidia de que Bonifacio (instalado en África) estaba tramando algo contra ella. Escribió también a Bonifacio, y le dijo que Placidia le quería muerto, razón por la que éste rechazó los emplazamientos de la hermana del emperador, que le instaba a regresar a Roma (lo que persuadió aún más a Gala Placidia de que Aecio estaba en lo cierto). Bonifacio comprendió entonces que la madre de Valentiniano iba a enviar un ejército para arrestarle. Decidió que precisaba aliados, y que los vándalos eran su mejor baza. Por consiguiente, según el historiador Procopio, les ofreció un trato. Si acudían a Libia en su ayuda, les daría en la región tierras en las que poder asentarse.

LOS VÁNDALOS SE APODERAN DEL NORTE DE ÁFRICA

La capital de Gunderico había pasado a ser Sevilla, y al parecer compartía el gobierno con su hermanastro bastardo, quien había adoptado el extraordinario nombre de Giserico —esto es, el «César-rey», como ya hemos dicho—. Cabe presumir que la razón de esta actitud residiera en el hecho de que Gunderico era un hombre enfermo —fallecería en 428, el mismo año en que comenzaron los preparativos para el traslado a África.

Según Idacio, obispo de Aquæ Flaviæ, en el norte de Portugal, un demonio mató a Gunderico por haber profanado la iglesia de Sevilla. Resulta extraño pensar que haya podido profanar ninguna basílica cristiana, porque los vándalos eran realmente un pueblo muy puritano que se tomaba con extremada seriedad su nueva religión. Salviano había dejado dicho que el hecho de que Dios hubiera querido poner a los españoles en manos de los vándalos mostraba hasta qué punto quería castigar los pecados de la carne, «puesto que tan notoria era la inmoralidad de los españoles como la castidad de los vándalos^[14]». La versión que se da en el siglo XXI de esta misma leyenda (en la que el demonio queda degradado a la categoría de fucilazo) sostiene que la basílica custodiaba los restos de san Vicente de Zaragoza, quien posiblemente sea el único mártir cristiano torturado hasta la muerte mediante el crudísimo método de ser instalado en una comfortable cama. (El relato señala que, al ver que el dolor era incapaz de doblegar su voluntad, sus verdugos le tendieron en un blando lecho con la esperanza de que aquel tierno trato diera sus frutos. Murió al poco tiempo e inició así una nueva andadura como santo patrono de los vinicultores).

No obstante, debemos recordar que a ojos de los autores católicos romanos un cristiano arriano como Gunderico habría «profanado» un santuario por el solo hecho de poner los pies en él. Y si podían reivindicar la existencia de un demonio inspirado por Dios para proporcionar respaldo a su postura no hay duda de que recurrirían a tal expediente —pese a que eso significara dar la impresión de que los criterios que

movían a Dios a intervenir en los asuntos humanos resultasen llamativamente egocéntricos.

Giserico, convertido ya en único rey de los vándalos y los alanos, rondaba la cuarentena y había quedado cojo a consecuencia de una caída de su caballo. Había vivido en su totalidad la terrible migración que había llevado a los suyos desde Hungría hasta el sur de España, y parece que estaba extraordinariamente decidido a regir tanto el destino de su persona como el de su pueblo. Las demás tribus germánicas se consideraban a sí mismas romanas y todo cuanto anhelaban era establecerse en los límites del imperio. Es posible que el hermano de Alarico, Ataúlfo, hubiera acariciado ambiciones más revolucionarias, pero pronto las abandonó. Sin embargo, Giserico no tenía deseo alguno de ser romano. Tenía la determinación de idear una organización para su pueblo que le permitiera ser notablemente independiente de Roma.

Al rey visigodo Valia también le había sucedido su hermanastro ilegítimo, Teodoredo, y evidentemente Giserico debió de considerar prudente crear una alianza capaz de proteger su frontera norte. Casó a su hijo Hunerico con la hija de Teodoredo. Sin embargo, no iba a necesitar que aquella coalición se prolongase demasiado.

Con o sin la ayuda de Bonifacio, Giserico puso en marcha una pasmosa migración en la que participó el pueblo vándalo al completo. Elaboró un censo de todos los varones en el que incluyó «tanto a los débiles ancianos como a los niños nacidos el día anterior» y halló que había que transportar a ochenta mil hombres^[15]. De ser esto cierto, la cifra de hombres en edad de combatir tuvo que haberse situado en torno a un mínimo de cuarenta mil individuos. Si añadimos a sus familias, el movimiento migratorio tuvo que haber estado integrado necesariamente por unas ciento cincuenta mil personas. Y si suponemos que un barco de la época podía acoger a cien sujetos con sus pertenencias, nos encontramos con un tráfico naval de mil quinientos buques. Debió de haberse observado en las playas un prodigioso esfuerzo de construcción de navíos a fin de armar cascarones de corta vida útil pero capaces de cruzar a Tánger y regresar en un plazo de veinticuatro horas. Con cien embarcaciones, la travesía entera podría haberse realizado en quince días. O quizá dispusieran de menos bajeles y tardaran por tanto algo más —la carga y descarga de las naves debió de haber sido una pesadilla logística, y es probable que requiriera cuando menos un mes.

Cuando Bonifacio descubrió la verdad de la maquinación de Aecio y trató de anular toda la operación vándala ya era demasiado tarde. Si el desembarco se produjo en Tánger, que era el lugar más obvio al que dirigirse, los vándalos no habrían encontrado oposición alguna, ya que la región quedaba administrativamente fuera de la jurisdicción provincial de Bonifacio. El comandante local disponía del equivalente a una fuerza policial compuesta por unos cinco mil hombres, supuestamente encargados de supervisar los movimientos de los nómadas, así como de un «ejército» propiamente dicho de unos mil soldados, más o menos, todos ellos provistos de

instrucción y pertrechos adecuados^[16].

Y una vez en tierra firme, los vándalos comenzaron a marchar en dirección este.

LA ANTIGUA ÁFRICA ROMANA

Los nuevos inmigrantes se desplazaban a lo largo de una franja costera que recorre el litoral de lo que hoy es Libia y Trípoli, la región colonizada del África romana. Se encontraba muy urbanizada, ya que contaba con unas seiscientas ciudades que habían prosperado gracias a sus exportaciones de productos a Europa y se habían gastado el dinero en construir edificios y dar rienda suelta a un consumo ostentoso. En comarcas que hoy cuentan con muy escasa población se levantaban entonces pequeñas ciudades ricas y florecientes. En la actualidad hay en África más arcos de triunfo que en ninguna otra provincia romana, y se han descubierto más de doce teatros. Todas las urbes tenían buenas casas además de termas y jardines públicos^[17].

Con todo, en la época en que se presentaron los vándalos hacía ya tiempo que se habían desvanecido los años más boyantes de África. A medida que los ingresos del imperio fueron disminuyendo, y aumentando en cambio sus gastos militares, África pasó a convertirse en el granero supuestamente capaz de colmar el inmenso déficit fiscal de Roma. Hubo un tiempo en que el imperio resolvía sus problemas financieros mediante la conquista de nuevas tierras bárbaras y la apropiación de sus riquezas. Ahora en cambio, todo cuanto podía hacer era gravar con impuestos a sus propios ciudadanos. También en África comenzaban a escucharse las amargas quejas que en otro tiempo había recogido Salviano y cuya causa habían sido las guerrillas bagaudas de la Europa occidental. En las regiones marginales, las tierras dejaron de cultivarse y la miseria se extendió por el campo. Los ricos no pagaban impuestos y los que acababan de arruinarse abandonaban sus tierras o quedaban reducidos a la condición de siervos. Las cifras demográficas decrecieron en todo el imperio —por una parte debido a que la gente no podía permitirse fácilmente mantener una familia, y por otra probablemente también porque el vino endulzado con un concentrado «mosto» de frutas hervido en vasijas de plomo disminuía la fertilidad de los hombres—. Los campos seguían estando bien irrigados y las cosechas eran abundantes. Sin embargo, los ricos abandonaban las ciudades y se trasladaban a lujosas villas campestres: muchas poblaciones quedaron convertidas en zarrapastrosos mercados para los pobres, y los tratos se realizaban a la sombra de los grandes monumentos de épocas pasadas.

Desde luego, África no había sido siempre romana. La gran civilización de Cartago era fenicia, y su lengua, el cananeo. Para asumir el papel de potencia dominadora del mundo, Roma había tenido que pasar por encima del cadáver de Cartago, nación rival a la que no sólo conquistó, sino que borró del mapa todo cuanto

le fue posible. En el año 146 a. C., la ciudad de Cartago tenía unos setecientos mil habitantes. Cuando fue tomada, los soldados romanos dedicaron seis días a una orgía de matanzas, y por la noche prendían fuego a los edificios a fin de contar con luz para sus fechorías. Se dice que la carnicería se llevó las vidas de medio millón de almas, sin distinción de edad ni de sexo^[18]. Ni siquiera los más virulentos propagandistas contrarios a los bárbaros se atrevieron a atribuir jamás a ningún otro pueblo una conducta de tan implacable y desalmado salvajismo. El genocidio era una especialidad particularmente romana.

La Cartago romana, fundada 175 años después, se levantaba en un nuevo emplazamiento. Sin embargo, el espectro de la antigua Cartago seguía rondando por el norte de África. Los romanos utilizaban el adjetivo «púnica» para designar a aquella civilización. Se trata de una voz que procede del griego *phoinikos*, fenicio. En latín, «púnico» significaba «traicionero». La lengua y la religión púnicas lograron perdurar en el campo, y cuando llegaron los vándalos, Agustín, obispo de Hipona, aconsejaba a los demás miembros del clero que aprendiesen ese idioma a fin de poder comunicarse con sus fieles. En el siglo III, el futuro emperador Septimio Severo, que se había criado en Libia, hablaba perfectamente el púnico.

LOS CRISTIANOS DE ÁFRICA. EL CRECIMIENTO DEL DONATISMO

A principios del siglo V hubo un gran número de romanos africanos pobres que se convirtieron al cristianismo, pero la religión que abrazaban tenía poco en común con la que se practicaba en Ravena y Constantinopla. Antes al contrario: en realidad bebía directamente de las olvidadas tradiciones de la Cartago fenicia, la ciudad cananea que había sido enemiga de Roma. Baal, su antiguo dios, al que muchos rendían culto en el Saturno romano, había quedado ahora transfigurado y se insinuaba bajo las formas del Dios de la Biblia, el Dios Padre, y se le denominaba *senex*, el Anciano. Se trataba de una religión de estricta observancia. Si el núcleo de la vieja doctrina giraba en torno a los rituales y los sacrificios sangrientos, la nueva se centraba también en los ritos, la penitencia y el martirio^[19].

Al igual que los puritanos ingleses del siglo XVII, que imponían a sus hijos nombres como Teme-al-Señor y Alaba-a-Dios, los patronímicos de los católicos de Libia muestran que aquella sociedad consideraba que los cristianos debían aspirar a la santidad. El obispo de Cartago se llamaba Lo-que-Dios-Quiera^[*], su sucesor respondía al nombre de Gracias-a-Dios, y el obispo de Teluda era Está-con-Dios.

Sin embargo, había muchos que juzgaban que su ética no era lo suficientemente rigurosa. A medida que la miseria y la pobreza fueron aumentando, el cristianismo africano se transformó en una variante específica y encarnizadamente anticatólica

conocida con el nombre de donatismo, debido a que su inspirador se llamaba Donato. Sus adeptos creían, con pétrea convicción, que únicamente los puros de corazón podían desempeñar cargos en la Iglesia Verdadera. Se consideraba que toda sujeción de la Iglesia a la autoridad laica era negativa, y todo aquel que entrara en tratos con los emperadores estaba condenado, con independencia de cuál fuera su supuesto rango en la jerarquía de la Iglesia.

Esta corriente había surgido como consecuencia de la persecución que emprendió el emperador Diocleciano contra los cristianos a comienzos del siglo IV. Muchos clérigos trataron de evitar el martirio mediante la cesión de objetos eclesiásticos —aunque no siempre lo fueran—. La facción contraria a toda componenda jamás habría de perdonárselo. Al ser consagrado el nuevo obispo de Cartago, Cecilio, por uno de aquellos obispos «infractores», el clero que se oponía a ellos designó un obispo rival de su propia cuerda.

Cuando cesó la persecución y el cristianismo pasó a ser el culto del imperio, en tiempos de Constantino, se reconoció a Cecilio la condición de obispo de Cartago, y los clérigos que le seguían quedaron exentos del pago de impuestos y de cánones oficiales. Un concilio eclesiástico confirmó su nombramiento —como es natural, ya que no resulta probable que ningún cónclave de obispos decida alguna vez sostener que una falta moral implique la pérdida del episcopado—. Mientras tanto, Donato sustituyó al antiobispo de Cartago, perteneciente al grupo que rechazaba al clero que se codeaba con el poder político. Donato era un paladín numidio que gozaba de una enorme popularidad. Lo que se produjo a continuación fue, literalmente, una guerra.

Cecilio apeló al ejército. La Iglesia católica comenzó a martirizar a la Iglesia donatista —y de este modo el cristianismo africano floreció con la sangre de los mártires y el odio a Roma y al catolicismo—. La Iglesia donatista se hizo más fuerte y erigió iglesias propias, todas ellas enormes. Para el año 330 contaba ya con doscientos setenta obispos. Sus enemigos eran los administradores del imperio y la clase de los grandes terratenientes, de la que procedían dichos administradores.

Los donatistas empezaron a matar en masa a los católicos, y las bandas de guerrilleros donatistas comenzaron a liberar esclavos y a subvertir el orden social. Se les conocía con el nombre de *circumcelliones* —gentes que vivían en los alrededores de las *cellæ rusticanæ*, los sepulcros de los mártires ubicados en muchas de las iglesias que su secta poseía en Numidia y en las que se han encontrado habitaciones humanas y tiendas de alimentos—. Vestían los toscos hábitos que acostumbran a llevar los monjes (Agustín llamaba *sanctimoniales* a las mujeres de este clan), realizaban rituales propios y tenían un grito de guerra particular: *Deo laudes* («Alabado sea Dios»). Esta fórmula se apartaba deliberadamente de la de *Deo gratia*, «Gracias a Dios», que era común entre los católicos y que sugería una especie de arreglo contractual entre Dios y su grey.

Los donatistas eran unos revolucionarios fanáticos dispuestos a sufrir el martirio en las acciones terroristas que realizaban para atacar a los terratenientes y a los

prestamistas. A veces forzaban a los ricos a correr detrás de sus carruajes, guiados por sus esclavos. Y dado que creían que los mártires iban directos al cielo, se dice que desafiaban a cuantos encontraban a su paso y les pedían que les matasen, y también se afirma que solían arrojarse en masa de lo alto de los precipicios.

SAN AGUSTÍN

Uno de los cristianos más influyentes que África dio al mundo en esta época —o más bien que no dio, puesto que no salió de ella y vivió en la ciudad libia de Hippo Regius — fue el obispo de esa misma urbe, cuyo nombre en español es Hipona. San Agustín, según le conocen millones de cristianos, fue un ariete retórico antidonatista. Demostró, con lógica y autoridad, que el acto de quitarse la propia vida no era un martirio, sino un pecado. (Debió de haber sido extremadamente desalentador para todos los donatistas pensar que el hecho de haber logrado que un vendedor de pasta de pescado que casualmente se hubiera cruzado en su camino aceptara matarle no iba a permitirle acceder al reino de los cielos, sino a enviarle directamente al infierno).

Agustín también argumentó asimismo con gran energía que a Dios no le importaban las maldades en que hubieran podido incurrir sus sacerdotes —lo que significaba que éstos seguían siendo válidos para administrar los sacramentos—. Gracias a que no regateó esfuerzo alguno, y a que desarrolló con fervor inquebrantable la lógica de la persecución, la simple profesión de fe donatista se convirtió en un delito penal. Trescientos obispos, junto al clero que les auxiliaba, fueron desterrados. Sus congregaciones quedaron privadas de derechos ciudadanos, se impusieron multas de entre cuatro y noventa kilos de plata a todos aquellos que se sumaran al culto de un oficio donatista. Miles de africanos consideraban que Giserico era el hombre que les había salvado de Roma, y parece meridianamente claro que muchos de los ataques que sufrieron las iglesias católicas y que se atribuyeron a los vándalos fueron en realidad obra de grupos de romanos que, despojados de sus bienes, deseaban cobrarse así venganza.

La otra gran campaña que puso en marcha Agustín consistió en mejorar el destino de la humanidad, y para ello no dudó en recalcar que todos los seres humanos estaban abocados, desde su mismo nacimiento, a la condenación eterna (la idea de la condenación eterna era otro de los pilares de su teología). Esto se debía a que el acto de la concepción transmitía a los humanos el pecado de Adán y Eva. Este planteamiento se daba a conocer con el conciso rótulo de doctrina del pecado original. Lo único que podía salvar a los seres humanos era la gracia de Dios, y aun así únicamente en caso de que fuera administrada a través de los sacramentos de la Iglesia. Ése era el gran atractivo de la doctrina del pecado original: hacía que los sacerdotes resultasen indispensables.

El principal opositor de Agustín en lo relativo al pecado original fue un monje británico llamado Pelagio. Uno de los seguidores de Pelagio envió una escandalizada carta a Agustín:

Los niños, dice usted, cargan con el pecado de otros [...] explíqueme entonces quién envía a los inocentes al castigo. Usted responde, Dios [...]: Él persigue a los recién nacidos, Él entrega a los tiernos niños a las llamas eternas [...] se ha apartado usted a tal punto del sentimiento religioso, de lo que es norma de la civilización, se ha alejado en realidad tanto del sentido común, que ha llegado a pensar que su Dios es capaz de cometer un tipo de crímenes que difícilmente podría encontrarse entre las tribus bárbaras^[20].

San Agustín permaneció impasible. Su corresponsal tenía toda la razón.

El obispo había escrito una célebre plegaria: «Otorga lo que Tú mandes, y manda lo que Tú desees». En una época en que el imperio en su totalidad se hallaba inmerso en la confusión, sacudido por el desplome económico y la agitación política, en un momento en el que una enorme cantidad de refugiados bárbaros trataba de hallar, muy a menudo con la espada, algún lugar en el que poder vivir, este ruego equivalía a decir: «Aceptamos sin más nuestro destino; Dios decreta lo que ha de suceder y su Iglesia puede ofrecernos la gracia predeterminada que salvará nuestras torcidas almas». Pelagio quedó tan alarmado ante este planteamiento que se presentó en Roma para señalar que, si bien es cierto que el hombre tiene la responsabilidad moral de obedecer la ley de Dios, no lo es menos que debe poseer la capacidad de juicio necesaria para poder hacerlo. Dios, argumentaba, brinda a los creyentes un viento favorable, pero a éstos corresponde gobernar la nave con sus propios medios.

Agustín no estaba de acuerdo con esto. Contaba con el respaldo que le proporcionaba el poder político de la Iglesia católica, y muy pronto los pelagianos empezaron a recibir un trato tan áspero como el que ya sufrían los donatistas.

EL NUEVO REINO VÁNDALO DE ÁFRICA

Ésa era la situación en que se encontraba el civilizado mundo romano de África cuando llegaron los bárbaros vándalos guiados por el solícito Giserico. Al igual que los donatistas, Giserico odiaba a la Iglesia católica y todo cuanto le fuera favorable. Sin embargo, Giserico seguía a otro africano, contemporáneo de Donato. Giserico cultivaba la fe de los cristianos arrianos, y el propio Arrio había nacido en Libia.

Desde luego, la penetración de Giserico en África fue un paseo militar. Los vándalos no estaban allí para destruir, sino para asentarse, y como es obvio, los labriegos de la campiña, que se habían visto reducidos a la condición de siervos y

sometidos a unas aplastantes cargas fiscales, vieron en los vándalos a unos liberadores. Las fuerzas de Bonifacio, dramáticamente escasas, no presentaron una verdadera resistencia. Los vándalos asumieron el control de las grandes fincas y redujeron los impuestos de forma espectacular. El imperio perdió los suministros anuales de grano, que se elevaban a cerca de medio millón de toneladas de trigo, así como la mayor parte del aceite de oliva y una enorme porción de sus ingresos fiscales. A diferencia de todos los demás cabecillas bárbaros, Giserico no tenía la menor intención de permanecer en el seno del imperio.

Con el respaldo entusiasta de la mayoría de la población expulsó de sus iglesias a la cúpula católica y se apoderó de sus adminículos de oro y sus propiedades — siempre, claro está, que los cristianos de la zona, los donatistas, no se hubieran hecho antes con ellos—. Como era un hombre que creía firmemente en el cristianismo de viejo cuño aupó a los sacerdotes y los obispos arrianos. De este modo, en el transcurso de las décadas siguientes Giserico y su hijo enviaron al exilio a más de cinco mil hombres de iglesia^[21]. «Promover el vandalismo» en las iglesias vino a significar así la sustitución de una ortodoxia por otra, sujeta a mayores estrecheces y notablemente menos acaudalada.

El nuevo reino de Giserico no formaba parte de Roma, pero en muchos aspectos Roma era su modelo. Colocó a su propia gente en los puestos de responsabilidad, remplazando así a los terratenientes romanos (relevo que se efectuó a una escala que no se había visto en ningún lugar de Europa), pero prefirió establecer una autocracia de nobles a gobernar por medio de cualquier tipo de consejo tribal. Probablemente se trató de una medida necesaria, dado que los vándalos no constituían ya un grupo étnico homogéneo: durante el largo periplo que había realizado Giserico en el transcurso de su vida el grupo en el que viajaba había quedado transformado en una mezcla de suevos, visigodos, alanos, españoles y posiblemente otros muchos pueblos. No obstante, el recurso a los métodos y sistemas romanos llegó incluso a la utilización de monedas acuñadas con diseños inspirados en los empleados en Ravena, a la generalización del latín como lengua oficial (lo que de nuevo venía a reconocer posiblemente una situación que ya existía, dado que los vándalos y los alanos hablaban idiomas sin el menor parentesco y es muy probable que utilizaran el latín como *lingua franca*) y al empleo de ingenieros y arquitectos romanos.

Apoderarse del campo era una cosa, pero hacer lo mismo con las ciudades era ya asunto diferente. Los vándalos no contaban en ellas con la misma popularidad y no tenían modo alguno de romper las defensas urbanas. El conde de África, Bonifacio, se replegó a Hipona, que se había convertido en un refugio amurallado para los altos mandatarios de la Iglesia católica —una Iglesia dominada por Agustín.

Agustín y Giserico jamás conseguirían hacerse amigos. Giserico era arriano, es decir, un hereje, un instrumento del demonio. Agustín había consagrado su existencia a combatir la herejía con el empuje de un ideólogo. Giserico y su «horda vándala» no tenían forma alguna de penetrar en la ciudad amurallada. Se instalaron pues a las

afueras y esperaron, hasta que finalmente se aburrieron y, hambrientos, comenzaron a alejarse. Agustín mientras tanto se dedicó a escribir feroces diatribas contra los pelagianos y a confiar en que Dios rescatara la ciudad. Un trimestre después de iniciada esta situación, Agustín falleció, y pocos meses más tarde llegó de Constantinopla un contingente de refuerzo. Bonifacio salió resueltamente de la ciudad, se unió a sus rescatadores y fue rápidamente vencido por los vándalos. Regresó por mar a Ravena e Hipona se rindió. Se dijo que los vándalos habían incendiado la población, pero al parecer se las arreglaron para hacerlo sin deteriorar ninguno de los libros de la biblioteca. El legado de Agustín pudo salvarse y llegar así a la posteridad.

En el año 435, el imperio reconoció que Giserico era la autoridad que predominaba en la totalidad de Libia, salvo en Cartago. El pacto que así lo confirmaba se firmó en Hipona. No hubo nada drástico ni alarmante en la negociación: de hecho, Giserico ordenó específicamente que se liberara a Marciano, el prisionero de más elevado rango de cuantos se hallaban en su poder —un hombre que más adelante acabaría siendo él mismo emperador, con sede en Constantinopla—. Como era un político sagaz, Giserico hizo jurar a Marciano que jamás volvería a levantarse en armas contra los vándalos. Marciano hizo honor a su palabra. Procopio, el historiador griego del siglo VI, describe como sigue las transacciones de aquel acuerdo:

En aquella ocasión, Giserico [...] hizo gala de una previsión que merece ser recordada y gracias a la cual consolidó del modo más firme su fortuna [...]. Estableció un tratado con el emperador Valentiniano por el que Giserico se comprometía a pagarle anualmente un tributo por su dominio en Libia. Además entregó en prenda a uno de sus hijos, Hunerico, a fin de mostrar que estaba perfectamente dispuesto a atenerse a lo estipulado en el acuerdo. De este modo, Giserico no sólo se mostraba valiente en la batalla, sino capaz de preservar al máximo la victoria, y dado que la amistad entre ambos pueblos terminó creciendo notablemente, logró que su hijo Hunerico le fuera devuelto sano y salvo^[22].

UN LEGADO DE SANGRE

Los vándalos sencillamente no mostraban el aspecto que se supone debían de tener los bárbaros. Procopio decía que

desde el momento en que se adueñaron de Libia, los vándalos adoptaron la costumbre de solazarse en las termas —era algo que practicaban todos, y

todos los días—. Les encantaba disfrutar de la cocina, y comían abundantemente los mejores y más exquisitos manjares del mar y la tierra. Era muy común que llevaran joyas de oro y prendas de seda, y dedicaban su tiempo a pavonearse acicalados en los teatros, las carreras y otras agradables diversiones, aunque por encima de todo adoraban la caza. [El campo contaba aún con extensos bosques y se hallaba poblado por un número de animales bastante notable, entre los que destacaban los leones —¡seguramente los alanos utilizarían sus grandes perros de montería para perseguirlos!—]. Además, había entre ellos bailarines y mimos, así como artistas preparados para otro tipo de espectáculos musicales y representaciones dignas de verse. La mayor parte de ellos vivía en el campo, en zonas bien provistas de agua y de árboles para procurarse fresca sombra, y solían dar gran número de banquetes.

Procopio añade el detalle de que «los placeres sexuales de todo tipo gozan de gran predicamento entre ellos». Sin embargo ha de buscar a continuación algo criticable en su conducta —a fin de cuentas, no en vano se suponía que seguían siendo bárbaros.

La actitud de Giserico respecto a las prácticas sexuales poco ortodoxas parece haber sido más bien sañuda. Hay constancia de que mandó anular el matrimonio de su hijo y de que envió de regreso a la novia a la casa paterna con la nariz cortada y las orejas mutiladas. Es Jordanes (un historiador que trabajaba al servicio de los godos) quien nos refiere este episodio y lo presenta como un acto de crueldad personal, motivado únicamente por la sospecha de «que su esposa había intentado suministrarle un veneno^[23]». Sin embargo, este tipo de mutilación era una de las formas de castigo que se aplicaban corrientemente en los círculos más «civilizados» a los casos de mal comportamiento sexual^[24], lo que implica claramente que se había dado en considerar que la mujer de Hunerico era una zorra. Había muy pocas probabilidades de que el padre de la dama, rey de los visigodos, olvidara el ultraje. Y sus consecuencias habrían de ser devastadoras.

No hay duda de que los vándalos desaprobaban la moral romana, como tampoco la hay del apetito que despertaba la sangre en los romanos. La expresión más característica de los valores romanos se plasmaba en el anfiteatro, donde los hombres ricos y poderosos ofrecían, corriendo ellos mismos con todos los gastos, entretenimiento a la muchedumbre. El espectáculo se basaba en una matanza de animales, prisioneros y gladiadores. Este tipo de acontecimientos, peculiarmente romanos, venía celebrándose desde hacía cientos de años: en pleno siglo I Séneca ya había descrito, como a continuación se indica, la euforia que producía en las masas el espectáculo que se daba a mediodía en el Coliseo de Roma:

... no hay más que puros homicidios. Los combatientes nada tienen con qué cubrirse; expuesto a los golpes todo el cuerpo, nunca atacan en vano.

La mayoría prefiere esta competición a la de las parejas ordinarias y favoritas del público. ¿Por qué no la van a preferir? No hay casco ni escudo para esquivar la espada. ¿De qué sirve la protección? ¿De qué la habilidad? Todo ello no es sino un retraso para la muerte. Por la mañana los condenados son arrojados a los leones y los osos, al mediodía a los espectadores. Éstos ordenan a quienes han matado que se enfrenten con quienes les van a matar, y al vencedor lo reservan para la próxima matanza^[25]...



La muerte como diversión.

En el año 1834 se encontraron en Torre Nueva, cerca de Roma, cinco pavimentos de mosaico. Realizados en el siglo III d. C., constituyen un testimonio gráfico de los combates de gladiadores que sufragaba el propietario de la vivienda. En ellos pueden leerse los nombres de los hombres que intervinieron en la lucha y se les ve matarse unos a otros para entretener a la muchedumbre, además de a los invitados que admiraban tan costosa decoración.

Ésta era la característica más duradera de Roma: las formas de gobierno podían cambiar y desaparecer, podían instaurarse y derribarse religiones, pero el romanismo se mantenía, y mientras así fuese habría multitudes dispuestas a contemplar el espectáculo de la muerte en la arena. Agustín describe lo intensa que era la sed de sangre que así se generaba. Afirmaba haber conocido a un joven cartaginés que «se había visto atrapado en el torbellino de la relajada moral de Cartago, con su incesante rutina de entretenimientos fútiles, y le había absorbido a tal punto la afición a los juegos del anfiteatro que había terminado por perder el corazón y la cabeza». Al joven, sin embargo, le había influido una de sus alocuciones. «Con un gran esfuerzo de contención se liberó de la suciedad de la arena y jamás retornó a ella» —hasta que un día sus amigos le arrastraron, a pesar de sus protestas, a un espectáculo.

Encontraron un lugar en el que sentarse y Alipio cerró fuertemente los ojos decidido a no tener ningún contacto con las atrocidades. ¡Si al menos hubiera conseguido taponarse igualmente los oídos! Y es que en los momentos en que algún lance de la lucha arrancaba un gran alarido a la multitud no podía refrenar la curiosidad. Fuera lo que fuese lo que hubiera sucedido, estaba seguro de que habría de encontrarlo repulsivo y conservar el dominio de sí mismo. Así que abrió los ojos.

Al ver la sangre fue como si hubiera apurado una copa de pasión desenfrenada. En lugar de volver la cabeza asqueado miraba fijamente lo que estaba ocurriendo y apuraba frenéticamente aquel licor, sin darse cuenta de lo que hacía. Se deleitaba con la crueldad de la lucha y le embriagaba la fascinación del derramamiento de sangre. No era ya el mismo hombre que había sido arrastrado al anfiteatro, se había convertido en uno más entre el gentío.

Contempló y aplaudió, enardecido por la excitación, y cuando abandonó la arena lo hizo con una mente enferma que no habría de darle un momento de sosiego hasta que no retornara al mismo escenario^[26].

Aquellos espectáculos tenían un evidente objetivo pedagógico. Parte del propósito de la exhibición consistía en exponer la diferencia, por entonces ya obsoleta, entre la civilización y la barbarie. Los gladiadores vestían trajes tradicionales y aparecían disfrazados como monstruos de la mitología o bárbaros olvidados mucho tiempo atrás. Si se exhibía y daba muerte a los animales salvajes y a los criminales era para mostrar el modo en que Roma preservaba la seguridad del mundo. Sin embargo, aún más fundamental era el hecho de que aquellos fastos constituyeran el homenaje que rendía el imperio a las antiguas virtudes de la República romana. Los romanos creían que la contemplación de las matanzas era algo muy positivo. No sólo porque fuera un buen entretenimiento, sino porque resultaba igualmente bueno desde el punto de vista moral. Aquello hacía que los romanos fueran mejores.

En la actualidad tendemos a pensar que la compasión es una de las más nobles virtudes humanas —y que de hecho resulta posible valorar la calidad de una sociedad civilizada por el grado de compasión que muestra hacia los débiles, los pobres y los que sufren—. Medida en función de ese criterio, Roma no merecería en modo alguno que se la considerase civilizada, puesto que en ella se juzgaba que la compasión era un defecto anímico. El Dios de Agustín, que condenaba a los niños recién nacidos a la inmolación del fuego eterno del infierno con sutiles argumentos de jurista, era un auténtico romano. Séneca, severo guardián de la virtud republicana, decía en un ensayo dirigido a su pupilo y adepto Nerón que la piedad era una emoción «propia de la peor clase de personas: las ancianas y las mujeres necias^[27]».

Los gladiadores merecían que se les contemplara y admirara porque encaraban su

propia muerte sin estremecerse. Cicerón sostenía con jovialidad: «Si con ello dan satisfacción a sus amos, no tienen reparos en morir». Plinio consideraba que estaba contemplando «un espectáculo estimulante que demostraba la pasión del elogio y el deseo de victoria». Estos autores eran excelentes romanos. A diferencia de las ancianas y las mujeres necias, no sentían la menor compasión por las víctimas con cuyas muertes se entretenían y educaban.

La actividad cotidiana del anfiteatro era una exhibición del poder que Roma ejercía sobre la naturaleza y la vida humana. Comenzaba a primera hora de la mañana con los espectáculos de animales. De los pasadizos subterráneos surgían al escenario, movidos por la maquinaria existente al efecto, paisajes enteros que después se poblaban de fieras exóticas —leones, tigres, leopardos, cocodrilos, elefantes...—, y lo que se esperaba era que se despedazasen unas a otras. A la hora de comer sonaba el toque de la ejecución de prisioneros. Podían ser entregados a la voracidad de las bestias salvajes u obligados (modalidad que gozaba de gran popularidad) a matarse unos a otros. Dado que los prisioneros no tendían a hacer grandes alardes de virtud heroica al enfrentarse a su fin, las clases altas mostraban cierta propensión a decir que encontraban de gusto un tanto dudoso aquellas carnicerías, pero constituían una eficaz demostración del poder y la crueldad del Estado. A continuación venía la sangrienta objetividad de los gladiadores, quienes, con sus distintos atuendos, exhibían cómo había de morir un hombre. Ésa era la atracción principal, y los gladiadores famosos tenían seguidores como los de cualquier estrella deportiva del mundo actual.

Se solía decir que los cristianos habían detenido estas celebraciones. A fin de cuentas, se suponía que los cristianos eran capaces de mostrar compasión. Además, en los albores de su religión, los cristianos habían sido a su vez víctimas de los espectáculos del anfiteatro. Sin embargo, la triste verdad es que los cristianos de Roma, siendo como eran muy buenos romanos, organizaban por su propia cuenta combates de gladiadores. Hubo al menos un obispo de Roma (san Dámaso) que no dudó en contratar a gladiadores como guardia personal. Pese a que Honorio prohibiera explícitamente las luchas de gladiadores en el año 404, parece que seguían celebrándose siempre que los romanos desearan demostrar que sus valores tradicionales continuaban intactos.

Habrían de ser los bárbaros cristianos, esto es, los vándalos, quienes pusieran freno a los sangrientos deportes del África septentrional romana.

LA PÉRDIDA DEL CARÁCTER ROMANO DE LA CARTAGO IMPERIAL

Finalmente, en el año 439 los vándalos se apoderaron de Cartago. Giserico programó

deliberadamente su ataque para el 19 de octubre, fecha en que se celebraban los juegos consulares y en que la población —incluso el obispo católico— se reunía para contemplar los «entretenimientos» del anfiteatro. Los vándalos penetraron en la ciudad sin encontrar prácticamente oposición alguna, y abolieron los juegos para siempre.

Cartago era la ciudad más grande del imperio de Occidente después de Roma, y la mayor parte de cuanto sabemos de ella procede de la detallada descripción de los vicios de la urbe que nos ha dejado Salviano de Marsella^[28]. Según la crónica de Salviano, la población se pasaba el día sumida en el estupor de la bebida, llenándose el estómago y entregada a todas las combinaciones posibles de la fornicación. Señalaba el contraste con la rectitud de los vándalos, a quienes consideraba unas gentes mucho más formales.

Los historiadores han tendido a desacreditar el retablo que pinta Salviano por considerarlo producto de la enfebrecida imaginación de un moralista cristiano dedicado a fantasear acerca de las saturnales a las que no era invitado. Sin embargo, un equipo canadiense de arqueólogos que realizó excavaciones en Cartago en la década de 1970 descubrió la presencia de un enorme vertedero cerca del teatro, en el barrio de la ciudad dedicado a las diversiones. Así se pudo saber que justo antes de la conquista vándala la gente bebía una cantidad inusitadamente desmedida de vino de Gaza, célebre por su calidad y alta graduación. También tenían la costumbre de comer un gran número de ostras. Los arqueólogos sugirieron que esto venía a corroborar efectivamente la imagen que Salviano había transmitido de los cartagineses, a los que definía como a gentes inmersas en un continuo sopor étlico y dedicadas a los placeres de la comida, la bebida y el sexo —aunque admitieron que «no se [había] hallado prueba arqueológica alguna que pudiera señalar explícitamente la realidad de este último vicio^[29]»—. Una vez que los vándalos se hubieron hecho dueños de la situación, parece que las costumbres de la ciudad de Cartago se volvieron algo más sobrias, y a pesar de que los arqueólogos comprobaron que sus habitantes seguían importando vino de Gaza, las cantidades habían disminuido significativamente.

Lo cierto es que los vándalos apenas hostigaron a los católicos —desde luego nada que pudiera compararse al trato que los romanos dieron a los seguidores de esa confesión antes de que el imperio se convirtiera: hemos de recordar que en aquellos años las mujeres cristianas eran arrojadas a los leones en el anfiteatro de Cartago—. Y nada similar tampoco a la persecución que hubieron de sufrir los donatistas. De hecho, las peores quejas de los autores católicos se centran en la circunstancia de que se les prohibiera entonar sus himnos, incluso en los funerales.

Es verdad que de acuerdo con el obispo de Cartago, Quodvultdeus («Lo-que-Dios-quiera»), los vándalos causaron tantos muertos en la ciudad que no quedó nadie para poder enterrarlos, y que se llegó a esclavizar a mujeres con hijos, a degollar a embarazadas, a dejar abandonados a una muerte segura a niños de pecho

arrancados a sus nodrizas, y lo que es peor, a obligar a trabajar para ganarse el sustento a matronas que un día habían gobernado un hogar propio^[30]. Sin embargo, el obispo y su séquito eclesiástico sobrevivieron a la matanza sin un solo rasguño. Gracias a la enérgica campaña del obispo contra el arrianismo, los católicos fueron embarcados rumbo a Nápoles. Al final el obispo fue canonizado con el argumento de que había sido un milagro que el barco no zozobrara. Según parece, unos saqueadores quemaron a dos obispos, pero desde luego la política de Giserico no era ésa —de hecho se mostró resueltamente decidido a evitar el surgimiento de mártires católicos.

Antes solía decirse que los bárbaros habían destruido las ciudades del mundo romano y que suya había sido la culpa de que la Europa medieval fuera un continente rural salpicado por un escaso número de pequeñas poblaciones. Cartago constituía en este sentido el ejemplo clásico de aquella transformación: la ciudad había quedado abandonada en torno al siglo VIII, y la causa se debía supuestamente a la presencia de los incivilizados vándalos. Las excavaciones modernas han mostrado que todo esto son ideas simplemente descabelladas.

No hay duda de que Cartago quedó desierta en el siglo VIII, pero el declive se había iniciado ya en tiempos de los romanos, puesto que el desplome económico provocó que los más adinerados se retiraran a sus propiedades rústicas, lo que determinó la decadencia del tejido urbano^[31]. Contamos con un gran número de datos que señalan que durante el período de la presencia vándala se dejaron de utilizar los edificios públicos. En torno al año 450^[32] comenzaron a apreciarse signos de ruina en una basílica dedicada a la administración de justicia y situada en el centro de la ciudad, y en algún momento del siglo VI se procedió a la demolición de unas lujosas termas que presumiblemente debían de llevar ya algún tiempo en mal estado^[33]. Sin embargo, no se trataba de nada nuevo, puesto que la ciudad ya estaba cayéndose a pedazos cuando los bárbaros penetraron en ella. Los vándalos derribaron los espacios reservados a la representación de obras dramáticas, música y poesía (el teatro y el odeón), pero lo hicieron porque consideraban inmorales aquellos lugares. Posteriormente surgiría un nuevo edificio en el solar del antiguo teatro —lo que es prueba de renovación, no de asolamiento^[34]—. El circo siguió siendo un punto de reunión muy popular gracias a las competiciones de carros, que continuaron celebrándose sin grandes variaciones. Y está claro que la Cartago vándala contaba con una amplia clase institucional en el ámbito educativo: había escuelas de artes liberales, filosofía, idiomas y ética^[35] en las que romanos y bárbaros se sentaban codo con codo en rebosantes salas de conferencias^[36].

De hecho, resulta sorprendentemente difícil encontrar alguna prueba de la existencia de una vida no romanizada en el África vándala. Los vándalos adoptaron el modo de vida de las gentes que les rodeaban, hasta el punto de que en todo el continente sólo se han encontrado ocho tumbas en las que puedan identificarse sin lugar a dudas características germánicas^[37]. Los historiadores han señalado que los

poetas latinos que escribían en el reino vándalo constituían una minoría amenazada que sobrevivía a duras penas entre los bárbaros, pero no hay razón alguna para suponer que esos poetas no fueran en realidad vándalos —aparte de la decidida creencia, que contradicen todas las pruebas que dan fe de su estilo de vida, de que era imposible que los vándalos alcanzasen tal grado de refinamiento^[38].

En la actualidad existe el consenso de que «por lo que hace a la ciudad de Cartago, la ocupación vándala fue en buena medida un acontecimiento anodino, al menos en lo concerniente a la vida cotidiana de sus ciudadanos^[39]».

MARE BARBARICUM

Con la caída de Cartago los romanos no sólo perdieron África, en realidad se quedaron sin el Mediterráneo occidental. La totalidad del Mediterráneo, cada centímetro de su litoral así como la integridad de sus islas, había estado bajo dominio romano desde el año 133 a. C. Hispania se seguía considerando romana, pese a que ya no hubiera en ella ningún poder político romano. El tratado con Giserico había instalado en la mentalidad romana la ficción de que África seguía siendo suya. Sin embargo, ahora el pacto había perdido su vigencia y África no se encontraba ya en sus manos. Después de 572 años la geografía del mundo se desgarraba. Los romanos no podían seguir considerando suyo el «Mare Nostrum».

Gracias al celo copista de un monje de la Renania del 1200 aproximadamente, ha llegado hasta nosotros un mapa de las calzadas que recorrían el mundo romano en el siglo IV. La Tabula Peutingeriana, que así se la conoce, es una representación del mundo, apaisada y esquemáticamente superficial, veinte veces más larga que ancha, en la que se traza el perfil de una banda de tierra que se extiende desde Gibraltar hasta la bahía de Bengala. Se trata de la actualización de un mapa más antiguo, y en ella aparece Pompeya, que no llegó a reconstruirse tras quedar enterrada en la erupción del año 79 d. C. En la época en que se compuso originalmente el plano, los dominios de Roma abarcaban más del 90% del atlas.

El Mediterráneo ocupa un 80% de la carta y la recorre como lo haría un río —no constituye una barrera sino una vía de comunicación por derecho propio, ya que era la principal arteria del mundo romano—. El centro del mundo es Roma, inscrita en un círculo dorado en cuyo interior se encuentra un emperador que viste la toga púrpura y sujeta un orbe terrestre, un cetro y un escudo. Inmediatamente debajo de esta imagen se encuentra el puerto de Ostia, representado como un simple almacén semicircular rematado por un muelle y un faro —una bocana de mampostería abierta como unas fauces a la espera de la pitanza de Roma—. Y exactamente enfrente, al otro lado de este estrecho canal mediterráneo, se encuentra Cartago, el punto de producción de esas vituallas.

No obstante, ahora, el Mediterráneo había dejado de ser una vía de comunicación. Giserico, decidido a desbaratar, si podía, el poder que aún conservaba Roma, puso inmediatamente en marcha un plan para la construcción de embarcaciones. El mar estaba a punto de cambiar de bando y pasar a ponerse de parte de los bárbaros. Para los romanos quedaría convertido en algo tan peligroso como cualquier zona boscosa. Se cursaron permisos de urgencia a los comerciantes de Oriente a fin de conseguir que llegaran suministros a Roma. Se requirieron los servicios del ejército y la población civil recibió autorización para llevar armas debido al peligro de que «el enemigo» lanzara un súbito ataque por mar.

Roma tenía que devolver el golpe, así que comenzó a reunirse en Sicilia, con efectivos procedentes tanto del imperio de Oriente como del de Occidente, un enorme ejército y una inmensa flota comandados por cinco generales. Sin embargo, la flota no llegó a hacerse a la mar. Antes al contrario: en el año 442 Roma se vio obligada a firmar un nuevo y humillante tratado con Giserico por el que aceptaba que éste le entregara el grano de África a cambio de un pacto de no agresión que no sólo reconocía que el antiguo «enemigo» era ahora un «rey aliado y amigo», sino que concedía carta de naturaleza a la autoridad que ejercía al menos en una parte de Sicilia y sellaba el arreglo proclamando la promesa matrimonial entre Hunerico, el hijo de Giserico, y Eudocia, hija del emperador Valentiniano III.

La escuadra reunida en Sicilia en el año 440 era descomunal, ya que estaba integrada por mil cien navíos. Podía haber transportado a un ejército capaz de expulsar de Cartago a Giserico y a sus vándalos, con lo que el imperio romano de Occidente habría conseguido sobrevivir. ¿Por qué no llegó a levar anclas entonces?

Una vez más, la crónica de los vándalos se entrelaza con la de los hunos. Pero en esta ocasión los hunos iban a ser sus salvadores, ya que habían lanzado su primer ataque contra el imperio.

La venganza

Hay un nombre que representa el salvajismo bárbaro en estado puro y en su faceta más despiadada e irracional. O cuando menos evoca los tópicos del imaginario romano, recalentados durante el Renacimiento y constantemente refritos desde entonces.

ATILA EL HUNO

En el siglo XVI, Rafael pinta el cuadro del encuentro entre el papa y Atila a las afueras de Mantua (aunque en realidad el lienzo sitúa la entrevista a las puertas de Roma). En esta obra se muestra la confrontación que oponía a la Santa Madre Iglesia de Dios, defendida por los santos del cielo, con la viva imagen del anticristo, cuyos brutales seguidores aparecen envueltos en los vapores sulfurosos del propio infierno. Con todo, lo mejor será que conozcamos a ese hombre. Tenga a mano su crucifijo y una ristra de ajos. ¡Ah, sí, y un buen regalo! Un historiador griego de mediana edad llamado Prisco formó parte de una embajada enviada a presencia de Atila en el año 449 y nos ha dejado un relato muy completo de lo que allí sucedió^[1].

Para empezar, la reunión de Prisco con Atila no se produjo al aire libre ni bajo una tienda, sino en el amplio y bellamente trabajado palacio de madera del jefe huno. El soberano bárbaro se encontraba ausente y cuando regresó fue recibido por una procesión de doncellas que entonaban cánticos y caminaban bajo largos velos de lino, sostenidos en alto por unos ayudantes. A medida que avanzaba a lomos de su caballo, la esposa de su primer ministro salió de su vivienda portando refrescos sobre una bandeja de plata que se mantenía elevada de modo que Atila pudiese alcanzar las bebidas desde su montura.

Atila era un hombre carismático con un sentido de la política finamente aguzado. Sabía cómo presentarse ante los demás y cómo rodearse de una aureola de dignidad. Sobresalía en la promoción de sí mismo y en la elaboración de un mito personal, y no sólo se valió de aquella reunión para impresionar a los romanos, sino para mostrar a su propio pueblo que sabía dar una lección de humildad a los romanos.

Tras haber sido obligado a esperar durante varios días, el embajador fue invitado a un banquete cuyo comienzo había sido fijado a las tres en punto de la tarde. Se pidió a los invitados que brindaran a la salud de su anfitrión ante la puerta del palacio

y después se les introdujo en un gran salón con sillas a los lados y en el que Atila recibía a sus huéspedes recostado en un diván. Detrás de él se encontraba un estrado en el que se acomodaba su lecho, enmarcado entre cuatro pilares y velado tras unos cortinajes. Prisco describe a su hospedador y nos lo presenta como un hombre de corta estatura, tez morena, pecho ancho, cabeza grande, ojos pequeños y nariz aplastada. Su barba, poco poblada, aparecía sembrada de canas. Pese a que era imperioso no se mostraba proclive a la violencia. «Era sumamente juicioso en sus consejos, clemente con quienes le suplicaban perdón y leal con aquellos cuya amistad aceptaba».

El orden en el que tomaban asiento los invitados en el interior del palacio de Atila se ajustaba estrictamente a la precedencia y todo iba acompañado de un prolongado ritual en el que cada uno de los invitados levantaba su copa a la salud de Atila. Después se traían mesitas con comida, y se iniciaba así un rico festín servido en fuentes de plata y en copas de ese mismo metal, cuando no de oro. Atila, sin embargo, utilizaba únicamente un vaso y una escudilla de madera, y su comida era muy sencilla. Vestía ropas corrientes y no llevaba adorno alguno. El festejo terminaba con números juglarescos seguidos de la actuación de unos cómicos, y cuando el embajador decidió irse a la cama la celebración aún seguía en marcha.

Sería agradable poder decir que Atila es un personaje histórico notablemente incomprendido, que sus metas se han malinterpretado y que era en todos los sentidos una buena persona. A fin de cuentas, en Hungría y Turquía se le considera hoy un gran héroe, una especie de rey Arturo del pueblo huno, y es muy común ponerles a los niños húngaros el nombre de Atila. Una célebre novela romántica del año 1901 mezcla las crónicas de Prisco con los mitos húngaros y ofrece una imagen enormemente atractiva de un hombre al que se presenta como a un gran monarca carismático^[2].

Es indudable que había gente que prefería muy seriamente vivir entre los hunos a tener que hacerlo entre los romanos. En la corte de Atila, Prisco conoció a un griego, un comerciante que había sido capturado y que había emprendido una nueva y próspera vida entre los hunos. Aquel hombre le explicó que la existencia que ahora llevaba era mejor que la que habría tenido que seguir en el mundo romano, y las razones que adujo eran muy similares a las que había dado Salviano en relación con los bagaudos de Occidente. El dominio romano imponía una carga fiscal que deslomaba económicamente a quienes la sufrían y dirigía un sistema jurídico que favorecía a los ricos y perjudicaba a los pobres, mientras que los bárbaros dejaban que cada cual se ocupara de sus propios asuntos —al menos, con toda seguridad, en tiempos de paz.

Hay parte de verdad en lo anterior, especialmente teniendo en cuenta que Atila no tenía necesidad de gravar con impuestos a sus súbditos —ya que recibía el tributo de Constantinopla—. No obstante, la misión de este gran rey no consistía en hacer del mundo un lugar mejor para todo el género humano. Atila era tan despiadado como

cualquier romano, y ejercía un poder más arbitrario: Prisco señala que al menos los romanos no dejaban su vida y sus bienes al albur de los caprichos de sus gobernantes.

El mismo individuo que desde un determinado punto de vista presenta los rasgos de un gran rey muestra características de megalómano cuando se le contempla desde otro ángulo. Según Jordanes, que cita a Prisco, corría el rumor (presumiblemente puesto en circulación por el propio Atila) de que un pastor había seguido el rastro de sangre dejado por una novilla herida hasta dar con una espada enterrada que el vaquero se apresuró a poner en manos de Atila. Éste afirmó inmediatamente que se trataba de la Espada de Marte y que el hallazgo venía a significar que había sido designado para dominar el mundo^[3]. Y al igual que a cualquier otro conquistador del orbe, no le preocupaba en absoluto el sufrimiento y el horror que pudiera provocar su ascenso a esa posición.

LOS ESQUIVOS HUNOS

La embajada de Prisco se produjo unos ochenta años después de que los godos huyeran aterrorizados ante la irrupción de los hunos en la Dacia, y desde entonces hacía ya tiempo que los invasores se habían asentado. La idea renacentista de un tosco bárbaro pagano que se ve arrollado por el milagroso poder que se ejerce a través del papa es obviamente una fantasía. No obstante, se aproxima mucho más al modo en que se veían los acontecimientos en torno a la época en que éstos se produjeron que a la vigente imagen de los hunos, que los representa como una horda de salvajes jinetes asiáticos que cruza el imperio lanzada al galope, degüella a sus habitantes y reduce a escombros sus ciudades.

En los años en que los vándalos recorrían África los hunos vivían en casas de madera en la Dacia y en Panonia, dedicados al disfrute de los productos agrícolas que les proporcionaban unos campesinos convertidos ahora en sus vasallos. Los hunos mismos continúan siendo un pueblo esquivo, escurridizo a la mirada del estudioso de épocas posteriores. Al parecer habían adquirido características muy similares a las de los godos. En el territorio que ocuparon los hunos se han desenterrado miles de tumbas del siglo V, y prácticamente en ninguna de ellas han podido encontrarse datos que permitan señalar un origen huno. Si tomamos como base los enseres funerarios que acompañan a los cadáveres, la mayoría de ellos presentan un aspecto notablemente germánico^[4].

No sabemos casi nada acerca de los hunos —sus orígenes, e incluso su lengua siguen siendo un misterio—. No ha llegado hasta nosotros una sola palabra del idioma huno, aunque esto quizá pueda deberse al hecho de que no se tratara de una lengua peculiar suya. Es probable que hablaran turco —uno de los tíos de Atila respondía a un nombre posiblemente similar a Octar, y en turco *öktör* significa

«poderoso»—. Hay otros nombres que respaldan esta tesis: el padre de Atila era Mundiuco («perla»), una de sus esposas se llamaba Erecan («hermosa reina») y su hijo Ernac («héroe»)^[5]. También la palabra Atila podría ser turca —ya que es un diminutivo de *atta*, «padre», tanto en turco como en godo, aunque en realidad ése no fuera en absoluto su nombre, dado que únicamente se trataba de un modo de aludir a su persona—. El apelativo de «Padrecito» sobrevivió hasta el siglo xx, puesto que ésa era la forma convencional de referirse al zar de todas las Rusias. Por tanto, la voz *attila* pertenece a la lengua de sus vasallos, y la mayor parte de ellos no eran hunos. Atila y su hermano Bleda vivieron en una corte que hablaba el godo germano, y ambos comprendían el latín y el griego. Uno de los consejeros de Atila era romano, al igual que su secretario, mientras que otro de los hombres que le asesoraban había sido un destacado rebelde del alzamiento bagaudo de la Galia.

Los hunos constituían ahora una sociedad compleja en la que se habían integrado otros muchos pueblos. En las décadas de 420 y 430 el rey Rúas había entablado estrechas relaciones con el imperio, al que suministró mercenarios y con el que intercambió rehenes. Para convencerle de que era mejor comportarse como un pacífico vecino, Teodosio II, el emperador de Oriente, le concedió un pago anual de 158 kilos de oro. Por supuesto, se suponía que esta riqueza habría de terminar revirtiendo en el imperio, dado que los hunos se gastaban aquel dinero en la adquisición de objetos de lujo y armas —con lo que el gesto de Teodosio venía a asemejarse un tanto a la ayuda al desarrollo que conceden hoy los países ricos a los subdesarrollados—. Aquel estado de cosas tenía asimismo la ventaja, desde el punto de vista de Roma, de incorporar a los hunos a la economía de mercado.

Tras la muerte de Rúas, sus sobrinos Bleda y Atila ocuparon su lugar. La sucesión se produjo poco antes de que Constantinopla enviase a Sicilia un formidable número de hombres y barcos para el previsto ataque contra Giserico. Teodosio estaba intranquilo porque deseaba conservar la seguridad de su frontera, ahora desguarnecida tras el envío de efectivos, así que se avino al argumento de los dos hermanos y aceptó que un reino con dos cabezas debía recibir un subsidio doble. Ante la insistencia de los hunos, el contrato se formalizó a caballo, para desconcierto de los embajadores de Constantinopla. Pese a que ahora los hunos llevaban una vida más sedentaria basada en la agricultura, la existencia a lomos de sus monturas seguía constituyendo, en términos simbólicos, la esencia misma de la identidad huna.

Como parte del trato les habían sido entregados dos refugiados huidos de la férula de los hermanos —es evidente que los nuevos reyes se ponían nerviosos ante la posibilidad de que en el interior del imperio pudiera cuajar la conjura de cualquier disidente—. Como era de esperar, los fugitivos fueron empalados. En el año 337, y por razones obvias, el primer emperador cristiano había abolido el castigo de la crucifixión, de naturaleza comparable a la del empalamiento, y aunque los escarmientos romanos seguían procurando causar una humillante y prolongada agonía (ya que se mutilaba a los reos y se les vertía plomo derretido en la

garganta^[6]), esta iniciativa mostraba que los hunos tenían su propia manera de solucionar las cosas.

No obstante, una vez que se vio claro que los defensores de Constantinopla habían sido enviados lejos de la ciudad, los hermanos pensaron que indudablemente les resultaría muy sencillo aumentar la puja del pacto que acababan de sellar. No tardaron mucho en atravesar el Danubio al mando de un considerable ejército. Esta invasión hunica distaba mucho de ser la de un puñado de brutales jinetes de las estepas. En su contacto con el ancho mundo habían hecho acopio de un gran número de instrumentos y destrezas útiles, así que ahora disponían de un conjunto totalmente nuevo de ingenios y habilidades con los que guerrear. Los hunos contaban con ingenieros, y dichos ingenieros les habían construido máquinas de asedio y catapultas. Olvidémonos de las hordas aulladoras provistas de arcos y flechas: aquellos tipos se desplazaban con lentitud y prudencia, y poseían el suficiente poderío militar como para derribar una fortaleza. Devastaron un cierto número de fuertes, arrasaron poblaciones y pusieron cerco a Naiso (la actual Nis). Tomaron la ciudad valiéndose tanto de ingenios para lanzar proyectiles como de enormes arietes con punta de hierro, y se protegían gracias a unos cobertizos que les permitían una notable movilidad.

El imperio quedó aturdido. Por primera vez en la historia estaba sufriendo la invasión de un ejército bárbaro provisto de una eficazísima artillería pesada. La idea de continuar la guerra contra Giserico fue inmediatamente abandonada. Los peligros que acechaban a las puertas de Constantinopla eran demasiado grandes como para mantener la descomunal campaña de África. En el año 442 los hunos recibieron un subsidio aún mayor —en torno a cuatrocientos cincuenta kilos de oro al año—. Y en un nuevo tratado con Giserico, Roma le reconocía como aliado y asumía que dejaba de ser un enemigo, con lo que, humillada, volvía a tener acceso al trigo y el aceite de oliva africanos.

Sin embargo, tan pronto como el ejército de Constantinopla regresó de Sicilia, la audacia del emperador Teodosio II creció notablemente y el imperio dejó de pagar el subsidio. Fue en torno a esa época, es decir, hacia el año 445, cuando Atila descubrió que iba a tener que arreglárselas sin la ayuda de su hermano. Bleda murió. Nadie sabe cómo, pero todos señalan con el dedo a Atila.

EL NUEVO ORDEN DE ATILA

Ningún otro pueblo bárbaro resultaba tan ajeno a los romanos: un profundo temor recorre todo cuanto éstos han dejado escrito sobre los hunos. Aquel miedo era consecuencia del singular enfoque que Atila dio a sus relaciones con el imperio. Creó una especie de Telón de Acero en el Danubio, cerrando herméticamente el mundo

huno al ámbito romano.

Roma tenía métodos de relación muy arraigados con los pueblos bárbaros que se encontraban al otro lado de sus fronteras. El imperio permitía los desplazamientos y el comercio, pero no sólo vigilaba atentamente todo cuanto sucedía, sino que impulsaba la «romanización» mediante el pago de subsidios a los grupos bárbaros más importantes y el sostenimiento de políticas de reclutamiento de mercenarios e intercambio de rehenes que permitían que los hijos de los cabecillas bárbaros crecieran en el seno de la cultura romana y lograran apreciar de ese modo los beneficios de la «civilización».

Atila frenó todo aquello. Comprendió que si conseguía hacerse con el exclusivo control de los subsidios y aumentarlos en cantidad suficiente lograría tener en sus manos el dominio de su propia sociedad. Y si en vez de tolerar el libre comercio con el imperio comenzaba a controlar las transacciones y los movimientos de la frontera accedería a una posición de extraordinario poder.

Según parece, Atila aprendió de Rúas esa política basada en procurar el control exclusivo de los subsidios romanos. En efecto, Rúas se había negado a permitir que los romanos pagaran subsidios a nadie que él considerara vasallo suyo, y si los romanos no se avenían a esa situación amenazaba con anular los tratados que tenía establecidos con Roma^[7]. Además, Atila siguió el ejemplo de Rúas en lo tocante a la devolución de fugitivos e insistió al máximo en este punto, como solía hacer su tío: no consentía que ningún huno viviese en suelo romano. Dado que además abandonó una de las costumbres de Rúas y dejó de proporcionar mercenarios al imperio, parecía que Atila estaba decidido a levantar una especie de separación entre Roma y los bárbaros paganos.

Se trataba de una disociación que Atila quería, como es obvio, lo más tajante posible, así que ponía en lograrlo el máximo interés. Una de las exigencias que Atila obligó a aceptar a la embajada de Prisco fue la de que debía mantenerse libre de todo cultivo agrícola una faja de terreno de ciento sesenta kilómetros de ancho en la orilla meridional del Danubio. Hubo un tiempo en que eran los romanos quienes deseaban establecer fronteras. Ahora eran los bárbaros.

Los hunos habían tenido siempre un enorme número de gobernantes: los pueblos nómadas carecen de centralización porque eso crea problemas vinculados al excesivo crecimiento de las dimensiones del grupo. Sin embargo, ahora ya no eran nómadas y la posibilidad de contar con un único dirigente que predominara sobre todos los hunos se perfilaba como una realidad. Atila se percató de que el control exclusivo del oro romano —y en grandes cantidades— era la clave para acceder a esa posición, a condición, claro está, de que viniera acompañada de la supresión de la influencia romana. Él sería la fuente de riqueza, pero no dejaría que sus vasallos gastasen ninguna cantidad importante de aquel caudal en la adquisición de artículos romanos. Se levantó en Margus, a orillas del Danubio, cerca de donde se alza hoy Belgrado, en la actual Serbia, un único mercado para el comercio de productos romanos y hunos.

No se trataba exactamente de un mercado, ya que en la mayoría de los casos los hunos se limitaban a comprar grano y a vender productos animales. La excavación de los asentamientos situados en territorio huno muestra una extraordinaria escasez de materiales romanos y un predominio de mercancías de origen godo (a lo que hay que sumar la presencia de calderos hunos). Los arqueólogos sugieren que esto indica una actitud antirromana por parte de la propia gente, pero no parece que se les permitiera elegir con entera libertad en este asunto. Y más tarde, en el año 449, una vez que el mercado se había ya consolidado y que presumiblemente estaba empezando a gozar de una popularidad creciente, Atila ordenó desmantelarlo y trasladarlo a Naiso, lo que significaba emplazarlo doscientos cuarenta kilómetros río arriba —de hecho, puesto que mandaba hacerlo en una ciudad que él mismo había saqueado siete años antes, era evidente que no tenía intención de que prosperara.

Hay una prueba asombrosa de que los habitantes que no eran de origen huno se identificaban de hecho con los hunos y se mostraban más tajantes en cuanto a la negación de su condición romana. Comenzaron a vender las cabezas de sus hijos a fin de conseguir que se volvieran alargadas y puntiagudas, como hacían sus dominadores^[8]. Según parece, envolvían con especial cuidado las cabezas de las niñas —cabe suponer que para contribuir a que pudieran casarse con los miembros de la nueva clase gobernante.

Si la gente que se hallaba tras el Telón de Acero levantado por Atila no gastaba el dinero en artículos romanos ni se construía casas de estilo imperial (y no parece que se haya encontrado ninguna en esta zona), ¿en qué empleaba el oro que Atila distribuía? Es probable que en algunos tesoros, como el hallado en Szilágy-somlyó (Transilvania), se encierre la respuesta. Se trata de una sorprendente colección de joyas de la más alta calidad con la que se señala claramente la elevada posición social de quienes las poseyeron. Se cree que pertenecieron a un grupo godo. Otra fortuna desenterrada en el año 1979 en Panonia, en la actual Hungría (el tesoro de Pannonhalma), debió de haber sido necesariamente propiedad de un huno. Entre los objetos hallados figuran varios arreos decorados con piezas de oro y algunos ornamentos de espadas y arcos cuyo estilo es idéntico al de otros adornos encontrados en Renania y el mar de Azov^[9].

El hecho de que Atila tuviera la potestad de repartir oro implicaba que las clases más altas de su sociedad dependían de él para poder señalar su posición. De este modo, levantó un reino enorme, y su dominio sobre los godos se extendió desde el Caspio hasta el mar del Norte. Se han hallado vestigios hunos en una franja geográfica que va de Austria a Ucrania. Por primera vez, el imperio romano era presa de un reino bárbaro deseoso de sorberle la sustancia.

LOS HUNOS SANGRAN CONSTANTINOPLA

Atila tuvo que haber comprendido necesariamente desde un principio que Teodosio II era fácil de manejar. El emperador era «un hombre dócil y un excelente iluminador de manuscritos^[10]», así que Atila se propuso dejar sus arcas exangües. La primera prueba real de que realmente era capaz de hacerlo surgió con la atrevida decisión que llevó a Teodosio a suprimir el subsidio tan pronto hubieron regresado a sus dominios las tropas enviadas a Cartago y vio defendidos los muros de Constantinopla. ¡Y de menudas murallas estamos hablando! Era la mejor construcción defensiva del mundo, y apenas llevaba treinta años en pie. Aunque reconstruidas, aún hoy se mantienen sobre sus cimientos. Los atacantes tenían que atravesar primero un foso de dieciocho metros de ancho y nueve de profundidad dotado de un complejo sistema hidráulico que permitía inundarlo. En caso de que logran superar este obstáculo se encontrarían en un terreno plagado de celadas de dieciocho metros de anchura que terminaba en un muro de nueve metros de alto recorrido en su parte superior por un camino de ronda y salpicado de torres de guardia. Todo aquel que se las arreglase para escalar dicho mamparo desembocaría en otro foso de exterminio de trece metros de anchura cerrado a su vez por otro contrafuerte, de dieciocho metros de altura, igualmente rematado por un adarve y provisto de torretas cada cuarenta y cinco metros. Todo esto estaba construido con plena conciencia del poder destructivo de la artillería. No había máquina de asedio capaz de quebrar aquel parapeto: se necesitaba algo mucho más potente. Atila hubo de esperar a que el destino le revelara sus designios.

El 27 de enero del año 447 los antepechos de Constantinopla se derrumbaron. Los hados habían puesto un terremoto al servicio del cabecilla huno. Éste emprendió la marcha en dirección a la ciudad, cuya población se encontraba en un estado de frenética desesperación. Los seguidores de todos los equipos de carreras de carros del circo —lo que venía a equivaler al conjunto de los hinchas de los equipos de fútbol al completo— organizaron una partida de trabajadores para reconstruir el murallón a toda velocidad y se afanaron en él día y noche. ¡Y aquellos aficionados al deporte lo consiguieron! Cuando Atila se presentó en Constantinopla los baluartes se hallaban de nuevo en pie.

Lo que resulta irónico es que si se hubiera tratado de los antiguos hunos, los que cabalgaban al galope tendido y lanzaban una nube de flechas, habrían logrado cubrir los escasos ochocientos kilómetros que les separaban de su objetivo en cuestión de días y tomado fácilmente la ciudad. Pero aquellos tiempos se habían esfumado. El ejército de Atila era una enorme masa de hombres y maquinarias concebidas para asaltar ciudades, no para arrasar granjas, y avanzaba lenta e inexorablemente rumbo a Constantinopla a una velocidad media de poco más de nueve kilómetros al día.

Cuando por fin alcanzó su objetivo hizo puré al ejército que le había salido al paso, pero la ciudad de Constantinopla seguía siendo inconquistable. Por tanto, con la idea de dejar claro en la urbe que estaba dispuesto a todo, Atila empleó su ejército en asolar las poblaciones de los Balcanes.

En la época en que los godos habían devastado aquel territorio, esto es, unos setenta años antes, los ciudadanos se habían retirado a las ciudades que ahora se dedicaba a demoler Atila y habían vivido con relativa seguridad tras sus murallas. Sin embargo, los datos de una de las excavaciones realizadas en Nicópolis sobre el Yatro exponen con toda claridad la situación^[11]: los hunos redujeron a escombros las plazas fuertes que habían logrado superar con éxito el ataque de los godos. Al igual que otras muchas de la región, la propia ciudad de Nicópolis quedó totalmente destruida. Los hunos no se limitaron a saquear la ciudad y a asesinar a sus habitantes: tuvieron que emplearse a fondo para devastar el casco urbano de la población. La civilización urbana de corte romano que se extendía por la llanura del Danubio que nace al norte de la cordillera de los Balcanes había llegado a su fin. Y Constantinopla había quedado convenientemente impresionada.

Se atendieron las exigencias de Atila. Aparte del dinero que se le debía, quería que le fueran entregados, como siempre, los fugitivos, contar con un cordón sanitario a lo largo del Danubio —¡ah, y cómo no (la idea le acababa de cruzar la cabeza), pedía también una esposa romana de noble cuna para su secretario...! Lo habitual—. Se le entregaron juntos todos los pagos atrasados del subsidio que Teodosio se había comprometido a pagar —2720 kilos de oro—, y la cuota anual se incrementó, quedando fijada en 952 kilos del mismo metal. Las grandes casas aristocráticas se vieron obligadas a aflojar todo el oro y la plata que poseían, y los antes acaudalados se encontraron de pronto en situación de verdadero apuro. En algunos casos, la gente llegó al suicidio al verse incapaz de abonar la contribución que se le exigía. La Nueva Roma había sido saqueada y convertida en presa sin necesidad de resquebrajar siquiera sus muros.

La embajada en la que participaría Prisco dos años después tenía el cometido de poner fin a aquel acuerdo —pero de un modo que Prisco desconocía—. En la partida que le acompañaba viajaba también un asesino pagado por Crisapio, que no sólo era el chambelán de Teodosio, sino también el hombre que gestionaba los bienes de la casa imperial. Este Crisapio había encargado a su sicario que eliminara para siempre la amenaza de Atila a cambio de veintidós kilos de oro. Habría sido un negocio redondo, pero Atila estaba al corriente de toda la conjura y en vez de torturar y aniquilar al asesino a sueldo envió a Orestes, su secretario, a Constantinopla. Cuando éste se presentó ante el emperador y su chambelán lo hizo llevando alrededor del cuello la bolsa con los veintidós kilos de oro del mercenario.

Tras haber avergonzado a la corte imperial, Orestes dijo a Teodosio que al acceder a pagar tributo se había degradado «a la condición de esclavo». «Es por tanto justo —añadió— que muestres reverencia al hombre a quien la fortuna y el mérito han colocado por encima de ti, y que no trates, como un vil siervo, de conspirar clandestinamente contra tu amo». Atila exigía que el avasallado Teodosio le enviase otra embajada, esta vez compuesta por destacados dignatarios, los cuales debían escoltar a Crisapio y entregarle a Atila a fin de que fuese ejecutado.

El manso Teodosio, aturdido y avergonzado, se mostró de acuerdo. Atila había conseguido de Constantinopla lo que quería: no territorios, sino respeto. Y dinero. Prisco comprendió que lo que le motivaba era, principalmente, la voluntad de dominación: «Gobierna las islas del Océano [presumiblemente el Báltico], y ha obligado a los romanos, además de a la totalidad de Escitia, a pagar tributo [...] y para acrecentar aún más su imperio, ahora quiere atacar a los persas^[12]».

Pero entonces se le ocurrió una idea mejor.

ATILA SE ENFRENTA A OCCIDENTE

Cuando los excelentísimos y magníficos embajadores se presentaron como es debido ante Atila se humillaron, dejaron en ofrenda regalos fabulosos, además de al petrificado chambelán, y concertaron con toda la pompa requerida el matrimonio del secretario de Atila. Después Atila perdonó a todo el mundo, incluso a Crisapio. Fue un ejemplo de dulzura y parabienes. Cuando llegó el momento de la partida de los embajadores, cosa que debió de haber sucedido a finales de la primavera, no había ya cuestiones pendientes entre Atila y Constantinopla. El Telón de Acero se cerró con estrépito tras ellos: cabe suponer que se abrió de nuevo un año más tarde, en 451, fecha en la que llegaba la siguiente remesa del tributo.

A todo esto, Atila comenzó a preparar su gran sorpresa. Al principio de la campaña militar del año 451, irrumpió con gran estruendo en la Galia septentrional, separada unos mil doscientos kilómetros de su cuartel general, al frente de un ejército de inimaginables dimensiones. Hay quien afirma que marchaba junto a él medio millón de hunos^[13]. Otros autores indican que eran setecientos mil. Sea como fuere, sigue sin estar en modo alguno claro qué había podido suceder para que se realizara tal despliegue.

Atila debió de haber tardado cerca de dos meses en llevar hombres y caballos hasta el Rin^[14]. Ahora bien, las monturas militares necesitan hierba, igual que los tanques precisan de combustible, y en la Europa central no hay pasto en invierno. Tuvo que haber trasladado la totalidad de su ejército con gran secreto a finales del verano anterior, justo después de que los embajadores se marcharan. Una vez llegados al Rin, los hunos y los godos de Atila almacenaron forraje para que sus animales pudieran pasar el invierno y comenzaron a deforestar esa zona de Germania^[15] para construir una estructura que acabaría convirtiéndose en un pontón de embarcaciones con el que poder cruzar el río cuando se iniciara el deshielo y empezase a crecer hierba fresca. Es obvio que trataba de conseguir que el factor sorpresa tuviera el máximo impacto posible —la campaña que Atila había planeado perseguía provocar conmoción y pánico—. Y si había logrado ponerla en práctica había sido gracias a su Telón de Acero. ¿Cuánto tiempo llevaba maquinándola?

Desde luego parece probable que ya la tuviera en mente cuando se presentó ante él la embajada de Prisco en el año 499. A Prisco se le dijo que el siguiente objetivo del rey huno era Persia. Da la impresión de que le quisieron proporcionar deliberadamente una información errónea. Prisco no le dio crédito y preguntó cómo pensaban materializar su proyecto: le contestaron que los hunos conocían una ruta que rodeaba el mar Caspio.

¿Qué pretendía Atila? Utilizó pretextos extraordinariamente fluctuantes para tratar de justificar el ataque. Para empezar, sostuvo que exigía la mitad del imperio de Occidente como dote para su próxima esposa, que debía ser Honoria, la hermana del emperador de Occidente. Atila afirmaba que ella le había pedido que se casase con ella. ¡Honoria le había enviado incluso un anillo!

Ahora bien, por ridículo que parezca, es muy posible que fuera cierto. Honoria era una mujer bastante conflictiva. De hecho era una verdadera fuente de problemas. Había tenido un amorío en Ravena con su chambelán, y al descubrir que estaba embarazada trató de que su amante fuera proclamado emperador. Sin embargo, lo que sucedió fue que a él se le condenó a muerte y que a ella se le dijo que debía casarse con algún senador pelmazo con el que la joven rechazaba todo contacto. Su madre, Gala Placidia, la envió a Constantinopla, decidida a obligarla a llevar una vida de celibato bajo la supervisión de su prima Pulqueria. No era ésa precisamente la idea que Honoria tenía de la buena vida.

Debió de haberse figurado que Atila podría ser su caballero de brillante armadura, así que le envió clandestinamente una carta y un anillo. Cuando se supo lo que había hecho, fue enviada de vuelta a la corte de su hermano Valentiniano en Ravena.

Atila anunció que aceptaba la propuesta de Honoria y que la dote que quería era la Galia. Aquél era un pretexto tan bueno como otro cualquiera —y quizá mejor que el basado en el hecho de que hubiera un banquero romano que poseía varias bandejas de oro que, según Atila, le pertenecían a él, como rey de los hunos, por derecho de conquista—. ¿Y si el banquero tenía además armas de destrucción masiva? Visto lo visto con los pretextos para declarar guerras, los que aquí estamos debatiendo parecen más bien fruslerías si los comparamos con los que se utilizan en nuestra propia época. Parece como si Atila, dispuesto a avanzar ahora que Constantinopla se le sometía, hubiera decidido simplemente que Occidente era un objetivo más fácil de sojuzgar que Persia. Sin embargo, también pudiera haber ocurrido que el ataque que ahora lanzaba Atila hubiese sido financiado con anterioridad por algún otro personaje —es decir, que Atila hubiera sido de hecho contratado para invadir la Galia.



Asuntos familiares: Gala Placidia y sus hijos Valentiniano III y Honoria.

Gala Placidia (arriba, a la izquierda), hija del emperador Teodosio I, se hallaba en Roma cuando Alarico se apoderó de la ciudad. Partió en compañía de los visigodos —no sabemos si obligada o por voluntad propia— y se casó con Ataúlfo en el año 414 d. C. Tras la muerte de este último, contrajo matrimonio con Constancio. Al fallecer éste también, Gala Placidia huyó a Constantinopla con sus hijos, Valentiniano (arriba, en el centro) y Honoria (arriba, a la derecha). Su sobrino Teodosio II puso a Valentiniano en el trono de Occidente, y Gala Placidia pasó a convertirse en regente. En torno al año 449, Honoria se complicó la vida y terminó prácticamente recluida en Constantinopla, circunstancia que tuvo consecuencias muy divertidas, al menos desde el punto de vista de Atila el Huno.

La prueba se encuentra en unas cuantas líneas del resumen que ofrece Jordanes de una obra perdida de Casiodoro^[*]. El texto de Jordanes, escrito en torno al año 550 y titulado *Origen y gestas de los godos*, nos dice que al enterarse Giserico del «propósito de Atila de devastar todo el orbe, lo instiga para que declare la guerra a los visigodos, ofreciéndole a cambio regalos^[*]». Roma se había valido de los visigodos para atacar a los vándalos de Hispania; ¿estamos aquí ante la venganza del rey vándalo? Cuando Hunerico se casó con la hija de Valia hubo un breve período de concordia entre los vándalos y los visigodos, pero aquella amistad terminó al enviar Giserico de vuelta a la dama sin nariz ni orejas.

Sabiendo lo que sabemos del modo en que pensaba Atila, Giserico tuvo que haber presentado necesariamente los pagos que entregaba al rey huno como el tributo de un súbdito servil. Y de hecho se vería obligado a realizar obsequios muy importantes —ya que lo que Atila tenía en mente eran montañas de oro, no cestitas de baratijas—. ¿Estaba Giserico en situación de recaudar riquezas en tales cantidades? El norte de África era rico, pero también se ha sugerido que Giserico actuaba como intermediario de alguien mucho más opulento: el gobernante de Persia^[16]. En lugar de convertirse en su siguiente víctima, Persia había pasado a ser, a través de Giserico, el pagador de Atila.

Pese a que no haya pruebas concretas que permitan respaldar esta conjetura —y es una posibilidad que nunca se ha tomado excesivamente en serio—, la idea no es absurda. No hay duda de que a Persia le habría interesado lograr que el punto de mira de Atila dejara de señalar a Oriente; de hecho, ya había otros grupos nómadas hunos que estaban causando problemas muy serios en la región^[17]. ¿Podría haber actuado Giserico como mediador? Existían fuertes lazos comerciales entre Cartago y el

Mediterráneo oriental y no hay duda de que los mercaderes se desplazaban entre Persia y el territorio vándalo. De ser cierta esta teoría, y si Persia era la mano oculta que financiaba los pagos de Giserico a Atila, entonces la desintegración final del poderío romano en Europa fue en último término consecuencia del triunfo definitivo de la diplomacia persa.

Sin embargo, lo que Atila deseaba por encima de todo era dominar el mundo. Y cuando finalmente cruzó el Rin en marzo del año 451 esperaba que Roma cayera en sus manos, víctima de una conmoción. El plan que tenía se centraba enteramente en su abrumadora fuerza militar y en el factor sorpresa: no había forma de que el imperio pudiera reunir un ejército lo suficientemente grande para plantarle cara antes de que se hubiera apoderado de la totalidad de la Galia y tuviera Italia a su merced.

Y sin embargo, Roma logró organizar una fuerza militar capaz de responder al desafío. Un caso de verdadera mala suerte puso al descubierto el secreto de Atila. Mala suerte para él y peor aún para su esclavo de Constantinopla, Teodosio II. El 28 de julio del año 450, hallándose Atila de camino hacia Occidente, Teodosio, de cuarenta y ocho años de edad, se mató al caer de su caballo durante una cacería. Su hermana mayor, Pulqueria (la carcelera de Honoria), se hizo con el control de la corte. Se casó con Marciano —el hombre que había jurado ante Giserico no atacar nunca a los vándalos— y se las arregló para que fuese nombrado nuevo emperador. Inmediatamente después el matrimonio envió un embajador a Atila, cargado de valiosos presentes.

Aquello era totalmente inesperado. Se dijo al embajador que Atila no se dignaba recibirle y se le permitió regresar sin desenvolver sus obsequios. La conclusión debió de resultar obvia: no había nadie en casa. Atila se había ido. Pulqueria y Marciano decidieron que había llegado el momento de poner fin a la humillación. Cortaron los pagos que habían acordado enviar a Atila. Fue una jugada inteligente. De este modo se recuperaron las finanzas del imperio, y cuando Atila se enteró del cambio no se encontraba ya en situación de hacer nada —su ejército debía de estar construyendo barcos en Germania—. Sin embargo, lo más importante fue que el hombre más poderoso del imperio de Occidente debió de darse cuenta de lo que implicaba que Atila hubiera desaparecido.

Aquel hombre era Aecio, que había fraguado su reputación al presentarse al frente de un enorme ejército de hunos en el año 424. Era el general encargado de la defensa de Occidente, y tenía más poder que el mismísimo Valentiniano —se trataba de hecho de un nuevo Estilicón (lo que no le auguraba un buen futuro, pero no adelantemos acontecimientos)—. Se había aupado a su elevada posición gracias a la ayuda de los hunos. En una época en que su carrera hubo de superar un bache había buscado refugio junto al tío de Atila y el respaldo militar que éste le prestara había sido su salvación, ya que el ejército huno que regresó con él a Ravena en el año 433 fue la garantía de su designación como jefe de las fuerzas de Occidente. Aecio recompensó a los hunos reconociendo su asentamiento en Panonia en el año 437. Además, dos

años más tarde metió en cintura a los visigodos, siempre con la ayuda de sus aliados hunos. Conocía a Atila mejor que cualquier otro romano, le había cedido temporalmente a su secretario e incluso había enviado a su hijo a vivir a la corte del rey bárbaro. Por eso comprendió lo que significaba su desaparición y comenzó a negociar apresuradamente a fin de constituir una coalición de fuerzas con las que defender la Galia. Sabía incluso dónde y cuándo se produciría el ataque, porque se había extendido por Bélgica la noticia de la presencia de un enorme contingente de hunos listos para atacar y porque un obispo había partido hacia Roma en un intento de conseguir ayuda^[18].

En la primavera del año 451, el ejército huno irrumpió a sangre y fuego en la Galia. A principios de abril pusieron cerco a Metz y la arrasaron. Una vez más, no se trató de la carga relámpago de unos jinetes bestiales sino del pausado avance de un terrible ejército. Tanto la defensa de las ciudades como el relato de cuanto aconteció realmente en ellas quedó en manos de la Iglesia. Los obispos hicieron todo lo que pudieron para organizar algún tipo de resistencia, y los cronistas religiosos garabatearon a toda prisa unas crónicas de los hechos un tanto desquiciadas. Los aterrorizados monjes dijeron que los hunos eran un azote enviado por Dios para castigar a los malvados, y refirieron que se habían producido varios milagros y que gracias a ellos se habían salvado los dignos de Dios. Para ellos, la característica que definía la totalidad de la situación radicaba en el hecho de que los hunos fueran paganos: se trataba de una guerra celestial y la Tierra era su teatro de operaciones. Y como consecuencia del triunfo de este tipo de autoridad intelectual sucede que no tenemos de hecho la menor idea de adonde se dirigió Atila ni de qué pudo estar haciendo durante varias semanas.

Sin embargo, las fuerzas de Aecio se presentaron en el campo de batalla con relativa rapidez. El general del imperio se las había arreglado para reunir esta coalición contra los hunos y contaba con el apoyo de los ejércitos romanos de Italia y la Galia, además de con la cooperación de los burgundios y los visigodos. Atila no tuvo que dar caza a los visigodos: éstos vinieron a él. El ejército de Aecio se unió a su comandante en junio, a unos mil novecientos kilómetros de su patria chica, en la región de Orleans. Las tropas eran lo suficientemente numerosas como para rechazar a los hunos.

Atila no se esperaba esto, así que comenzó a replegarse en dirección a su palacio lo más rápido posible. Pero Aecio no iba a dejar que las cosas quedaran así. Se fue tras él y alcanzó al ejército huno (que evidentemente se desplazaba muy despacio) tras sólo ciento sesenta kilómetros de persecución. El punto exacto en el que se produjo el encuentro nunca ha podido ser establecido de forma concluyente, pero en algunas ocasiones las fuentes hablan de «los Campos Cataláunicos» (esto es, las tierras de la región de Châlons-sur-Marne). En cualquier caso, se trata de algún lugar situado en la zona de Troyes. Allí se libró una tremenda batalla, con gran pérdida de vidas —según la fuente más fiable, fallecieron ciento sesenta y cinco mil hombres,

aunque nadie recorrió el escenario para llevar la cuenta—. Era la primera batalla que perdía Atila.

PORTENTOS Y MILAGROS

Antes del choque, los chamanes de Atila, es decir, los sacerdotes que se ocupaban de transmitirle el signo de los vaticinios, examinaron las entrañas de unas cuantas ovejas y anunciaron que la contienda se saldaría con la muerte de uno de los jefes. A medida que las tornas empezaron a volverse contra él, la preocupación de Atila fue en aumento. Convencido de que le había llegado la hora, decidió amontonar las sillas de todas las monturas y hacerse con ellas una pira funeraria —una gran manera de procurar la salvación de los hombres que tiene uno a su cargo cuando se es un megalómano—. Al final, sus lugartenientes le convencieron de que la batalla no estaba siendo un desastre y, tras un momento de indecisión en que las fuerzas parecieron equilibrarse, Atila logró retirarse poco a poco y salir renqueando y con el rabo entre las piernas en dirección a Hungría. El capitán que falleció en la refriega fue Teodoro, el rey de los visigodos. Atila había conseguido al menos lo que Giserico le había pedido.

Al año siguiente, en 452, regresó, esta vez con intención de penetrar en la propia Italia. Y en esta ocasión Aecio no contaba con ninguna coalición capaz de detenerle. Parece que su llegada fue totalmente inesperada. Una vez en Aquileya, en el extremo norte del Adriático, el ejército de Atila sitió la ciudad. El rey huno estaba ya a punto de abandonar la empresa cuando observó que una cigüeña sacaba a sus polluelos del nido que había construido en una de las torres y los transportaba, uno por uno, fuera de la plaza asediada. Los augurios eran de suma importancia para el Padrecito: comprendió que la previsor ave se mudaba de casa antes de que la población quedase destruida. Decidió por tanto no abandonar el sitio, y muy poco tiempo después las defensas de Aquileya se vinieron abajo. El punto de nidificación de la zancuda se hallaba de hecho condenado, pero hoy los historiadores creen que Atila no causó demasiado daños, ni en esta ciudad ni en otras que conquistó a lo largo de esta campaña.

Las ciudades fueron cayendo una tras otra: Padua, Mantua, Vicenza, Verona, Brescia, Bérgamo..., hasta que al final Atila llegó a las puertas de Milán y se hizo también con ella. Aquél fue un momento de importante simbolismo: Milán era la ciudad en la que Constantino había declarado que el imperio se hacía cristiano. Había sido asimismo la sede episcopal de Ambrosio, un prelado que durante el siglo anterior había lanzado con gran éxito una dura campaña en favor de la erradicación del paganismo en Roma. Había sido una de las capitales del imperio de Occidente. Y ahora ocupaba su trono un pagano.

Fue justamente mientras se encontraba en Milán cuando se produjo un significativo incidente que muestra el carácter de la ambición de Atila. Tras haber contemplado un lienzo del palacio en el que se veía a los emperadores romanos sentados en sus correspondientes tronos de oro y con toda una serie de cadáveres a sus pies —que Atila creyó hunos vencidos—, ordenó que se enmendara el cuadro y fuera él quien apareciera en un sitial de oro y los emperadores romanos los tendidos en el suelo, no muertos, pero sí cobardemente atareados en vaciar sacos de oro ante su persona^[19]. Al menos a los ojos del erudito bizantino del siglo X que consigna la peripecia, y probablemente a juicio del propio Atila, el rey huno no deseaba la aniquilación del imperio, sino su sometimiento.

Valentiniano le había negado la mano de Honoria, pero las decisiones no dependían ya de la voluntad de Valentiniano. Según parece, el emperador se encontraba en Roma y asistía con un susto de muerte a todo cuanto estaba sucediendo —al menos según una fuente de esa misma época: la de Próspero de Aquitania^[20]—. Es evidente que en esta ocasión Aecio había sido incapaz de organizar un importante contingente militar^[21]. Por tanto, Valentiniano envió a un embajador a entrevistarse con Atila. El elegido fue León, el obispo de Roma.

León era un hombre de convicciones tan firmes como simples. Según parece también desconocía por completo el miedo, pues estaba convencido de que vivía bajo el amparo de la Trinidad y de que tenía el deber, como Santo Padre de la ciudad de san Pedro, de difundir la autoridad del imperio romano. Virgilio, en su *Eneida*, había explicado en detalle la noción que tenía Roma del lugar que le correspondía en el mundo: «Recuerda, romano: tu autoridad [*imperium*] gobierna las naciones». Eso había ocurrido en tiempos de Augusto, y durante cuatrocientos cincuenta años la función de los emperadores había consistido en ejercer ese poder. Ahora, sin embargo, se había producido un vacío y existía un nuevo tipo de autoridad que estaba listo para ocupar el trono: el obispo de Roma.

Éste se reunió con Atila a la orilla del río Mincio en Lombardía —en un lugar que, con toda probabilidad, como ha sugerido un historiador, se encontrara prácticamente en el campo visual de la villa de Virgilio^[22]—. La ocasión tenía todos los ingredientes de un encuentro mítico. Tanto el Santo Padre como el Padrecito estaban convencidos de haber sido elegidos para liderar el mundo. Era la reunión de dos inmensos egos. Y sin embargo, de forma casi mágica, lo que la fuerza no había podido lograr lo consiguió la diplomacia. Atila hizo dar media vuelta a su formidable ejército y se encaminó de regreso a Hungría.

Mil años después, el cuadro del encuentro, pintado por Rafael, mostraba al papa León I (en realidad el que figura en la obra es el entonces papa, León X) en actitud digna y sosegada, con la mano alzada en gesto de paz, mientras por encima de su cabeza los santos Pedro y Pablo blanden sendas espadas. Atila parece perplejo, y su ejército, en un arranque de terror, vuelve grupas y huye ante tan evidente manifestación de la cólera divina.

Pero ¿qué fue lo que ocurrió realmente? Desde luego, no un milagro. Lo cierto es que el papa no se había presentado sin respaldo: tal vez no se hallara flanqueado por dos santos, pero contaba con dos senadores —uno de ellos era el excónsul Avieno, posiblemente el hombre más rico de Roma, y el otro el antiguo prefecto de Italia, Trigetio, un diplomático que pocos años antes había negociado con Giserico. En efecto: allí estaban el ricachón, el pactista y la papal hoja de parra por si Atila resultaba ser supersticioso. Y como evidentemente lo era, pues eso que llevaban adelantado.

Jordanes deja claro que Atila aceptó retirarse, aunque «no sin antes proclamar ante todos su amenaza de causar aún mayores estragos en Italia si el emperador Valentiniano no le enviaba allí a su hermana Honoria, la hija de Placidia Augusta, con la parte de los bienes imperiales que le correspondían^[23]». Por tanto, queda claro que se había dicho a Atila que recibiría tal pago. En otras palabras, Valentiniano había encargado a León y a sus compañeros que realizaran una oferta de rendición total. Atila había conseguido tanto la esposa que había solicitado como la dote (en oro, no en tierras —pero él lo prefería así con mucho—), y obtenido asimismo el compromiso de que muy pronto se le enviarían ambos trofeos. Había logrado someter a Occidente. Carecía de todo propósito marchar ahora sobre Roma, en especial si, como creen algunos, tenía escasez de víveres y su ejército se hallaba diezmado por las enfermedades.

Atila se retiró una vez más a Hungría para planear la campaña del año siguiente. Mientras esperaba la llegada de Honoria, desposó a otra mujer, y, según se dice, se emborrachó en la noche de bodas, tuvo un derrame nasal y murió desangrado. Dado que una de las pocas cosas que sabemos de Atila (a través de Prisco) es que no acostumbraba a beber en exceso, hay motivos para dar crédito en esta ocasión a la teoría del asesinato^[24]. Tenía cincuenta años de edad. Nunca pudo salir al encuentro de Honoria, y nadie sabe lo que fue de ella.

CÓMO CONTRIBUYÓ ATILA A LA CREACIÓN DEL PAPADO

La victoria de Atila había sido inútil. El auténtico vencedor fue el hombre al que hoy conocemos con el nombre de papa León I: al volver difundió un relato que daba pie a una interpretación que concedía todo el protagonismo a la magia del cristianismo y probaba que la Iglesia había salvado a Roma de un saqueo que en realidad nunca llegó a constituir una amenaza real. Es preciso decir que la Iglesia pasaba así a convertirse en el verdadero poder de Roma, en el elemento que venía a sustituir a la autoridad militar. Fue en ese momento cuando el imperio romano perdió Roma. Y no a manos de Atila, sino del papa.

El obispo de Roma recibía de hecho el nombre de papa, pero se trataba de un

apelativo que se aplicaba asimismo a cerca de dos mil cargos de la Iglesia. La palabra era sencillamente *papa*, «padre». El obispo de Roma carecía de una denominación específica. Sin embargo, León creía que, dado que Roma era la ciudad de san Pedro, debía ocupar la jefatura de la Iglesia.

No todos los papas de la cristiandad estaban dispuestos a avenirse a aquel arreglo. León había mantenido una feroz disputa con el obispo de Arles, quien destituía y nombraba obispos a su antojo en la Galia —¡cómo si él fuera el encargado de gobernar la Iglesia, por Dios!

No obstante, León contaba con la ventaja de disponer del respaldo del emperador, Valentiniano, y en el año 445 (es decir, un año después de que Atila se convirtiera en el único jefe de los hunos) León arrancó al estadista una carta de contenido asombroso. El emperador reconocía formalmente la primacía del obispo de Roma sobre la totalidad de la Iglesia, basándose en el doble argumento de que era el depositario de las llaves de san Pedro y de que la dignidad de la urbe la hacía descollar por encima de todas las demás. Y más aún: también sostenía que las disposiciones del obispo tenían fuerza de ley y que toda oposición a lo que éstas dictaminasen sería considerada un acto de traición. Se añadía que el poder civil se ponía ahora al servicio del obispo de Roma: los gobernadores provinciales tenían el mandato forzoso de extraditar a todo aquel que se negara a responder a sus exhortaciones.

El obispo de Arles falleció y ascendió a los cielos a recibir su recompensa en el año 499. Con todo, León precisaba algo más convincente que una carta del emperador para dejar sentada su posición de nuevo amo del *imperium*. El hecho de reunirse con el mayor pagano de la Tierra podía ser exactamente lo que andaba buscando. Y así sucedió, en efecto.

Aun así, lo cierto es que no fue la sosegada presencia de León ni la mano de Dios lo que intervino para hacer que el rey gentil diera media vuelta. La verdad es que Atila nunca había tenido intención de quedarse.

LOS HUNOS SE DESVANECEN

Pese a ser feroz y efectiva a corto plazo, la maquinaria bélica de Atila carecía de soporte (como se dice en la jerga de la moderna distribución cinematográfica). Simplemente no tenía modo de atender a su propio sustento si se veía obligada a recorrer grandes distancias y a salvar dilatados períodos de tiempo.

El ejército romano debía buena parte de su éxito a su capacidad para permanecer largas temporadas en el campo de batalla. Podía asentar sus reales por espacios de tiempo superiores a los de cualquier otra fuerza militar, en parte debido a que se trataba de un ejército profesional integrado en su totalidad por asalariados, en parte

porque no dependía de reclutas temporales que se vieran en la necesidad de regresar a sus hogares para recoger las cosechas, y en parte también porque se sustentaba en un vasto servicio burocrático que proporcionaba apoyo logístico en forma de vituallas, pertrechos e inteligencia. Por el contrario, la «burocracia» de Atila constaba de un secretario (proporcionado por los romanos) y de un prisionero llamado Rusticio, que escribía con fluidez en latín y griego.

Atila no tenía objetivos estratégicos a largo plazo, aparte del de conquistar el mundo. No hacía planes para abastecerse de víveres y forraje. Sus ejércitos vivían de lo que les daba la tierra, lo que por supuesto aumentaba el horror de su llegada, pero les obligaba asimismo a avanzar constantemente. Su reino, por extraño y aterrador que resultase, era esencialmente parasitario, ya que se nutría del imperio. Aun en el caso de que Atila no hubiese fallecido, su dominio carecía de futuro, y tras su muerte se desvaneció, sin dejar nada tras de sí.

Atila el Huno no estuvo en modo alguno a punto de conquistar Roma, pese a que esa apropiación haya podido parecer en algún momento inminente. El auténtico perjuicio que causó radicó en el doble hecho de que obligó a los romanos a abandonar la reconquista del norte de África, por entonces en manos de los vándalos, y de que les indujo a pensar —lo que quizá fuese aun más grave— que la Iglesia podía salvarles de los peligros del mundo.

LOS VÁNDALOS IRRUMPEN EN ROMA

En el año 450 la hija del emperador había pedido a Atila que se casara con ella a fin de librarse de su destino, condenada a llevar una vida de aislamiento. Cinco años después, la esposa del emperador romano lanzaba un llamamiento al cabecilla vándalo Giserico, a quien solicitaba que la rescatara de Roma.

Los hechos son como sigue. La jefatura del imperio de Occidente llevaba un tiempo sumida en el caos. Aparte del papa León, no había nadie que tuviera la capacidad y la competencia necesarias para hacerse cargo de la situación. No se contaba con un verdadero ejército. La corte era una catástrofe. Según la crónica anecdótica de Juan de Antioquía, Valentiniano se había quedado prendado de la esposa de un senador llamado Máximo y la había atraído con engaños a su presencia. Valentiniano había ganado un anillo de Máximo en el juego de los dados y lo utilizó para dar apariencia auténtica a una falsa súplica en la que Máximo instaba a su esposa a reunirse en palacio con la emperatriz. Una vez allí, Valentiniano la violó^[25].

Máximo decidió matar a Valentiniano, pero no se atrevía a hacerlo en vida de Aecio, así que continuó actuando como buen amigo del emperador y le convenció de que el comandante estaba tramando despojarle del trono. El hijo de Aecio quedó comprometido en matrimonio con la hija de Valentiniano: Aecio se había pasado de

listo. Fue Valentiniano en persona quien asestó un golpe mortal con la espada a su más importante general, protector del emperador y único defensor competente de Roma. En palabras de un historiador contemporáneo de los acontecimientos: «Y con él cayó el imperio de Occidente, que desde entonces no logró ya recobrase».

Una vez Aecio fuera de circulación, Máximo organizó el asesinato de Valentiniano como paso previo para subir él mismo al trono y obligar a la viuda del emperador, Eudoxia, a casarse con él (ya que su esposa había muerto). Y ésa fue la razón de que Eudoxia enviara un llamamiento de rescate a Giserico y el motivo de que éste quedara convertido en un caballero salvador.

Giserico llegó a Roma procedente del norte de África al frente de una enorme flota y de un nutrido ejército —tenía la intención de conseguir riquezas para su propio imperio arriano, riquezas que pensaba arrebatar a la agonizante potencia católica—. Máximo, aterrorizado por el demonio bárbaro (que rondaba ya los sesenta y cinco años), trató de huir. Roma quedó así en manos de la plebe, que apresó al emperador, le apedreó y le hizo pedazos.

El papa León, sabedor de que a menudo las imitaciones resultan tan eficaces como las versiones originales, se enfrentó a Giserico con la misma escenografía que ya empleara en el caso de Atila. Según las crónicas cristianas, y teniendo en cuenta la validez que tienen, León arrancó a Giserico la promesa de que no se mataría ni torturaría a nadie para descubrir la ubicación de los tesoros escondidos. También obtuvo garantías de que no se destruiría ningún edificio. Este relato tiene toda la pinta de obedecer una vez más a los deseos de León, quien se arrogaba así el mérito de algo que de todos modos iba a suceder, con o sin su intervención: es poco probable que Giserico se aviniera a responder a las exigencias de un obispo católico, pero estaba tan decidido como siempre a no convertirse en creador de mártires católicos. Y además no ansiaba en modo alguno demoler edificios.

En cualquier caso, la ciudad en la que penetró ya estaba siendo desmantelada. La población de Roma había caído a cifras muy próximas a la cuarta parte de la demografía que había tenido en el siglo III. Las turbas cristianas habían atacado sistemáticamente los grandes templos, y ahora los habitantes se dedicaban a saquear los edificios imperiales, cuyas piedras utilizaban en la construcción de sus propios hogares. Por lo que sabemos, los vándalos no causaron daño alguno a ninguna edificación, ni laica ni religiosa, aparte de levantar parte de una techumbre que creyeron erróneamente de oro.

Giserico se instaló en el palacio imperial y ordenó a sus hombres que estibarán en las naves los tesoros del imperio. Entre los objetos que figuraban en el inventario se hallaban los caudales del Templo de Jerusalén, producto de la rapiña y la destrucción llevada a cabo por Vespasiano en el año 70 d. C. Resulta extraño que ninguno de los cronistas que narran este «saqueo de Roma» parezca en modo alguno interesado en señalar la circunstancia de que todo cuanto estaba siendo retirado había llegado de hecho a la ciudad como producto a su vez de otros pillajes. Y si los romanos

acostumbraban a destruir los lugares en los que obtenían su botín, los vándalos no demolieron ni uno solo de los edificios de Roma.

Transcurridos dos días, Giserico y sus hombres regresaron a Libia con sus trofeos, así como con Eudoxia y sus dos hijas, como se les había pedido. Resulta sorprendente el número de autores que tildan este hecho de «raptó». Una de las hijas llevaba tiempo prometida con el hijo de Giserico y ahora se había casado con él. Tras una breve estancia en Libia, Eudoxia y su otra hija (una mujer casada) partieron a reunirse con su familia de Constantinopla.

Y por lo que hace al imperio de Occidente, puede decirse que estaba prácticamente muerto. Prisco dice que después de que Giserico se apoderara de Roma, «hubo todavía otros emperadores en Occidente, pero pese a conocer bien sus nombres, no les mencionaré en ningún caso. Y es que se da la circunstancia de que todos ellos vivieron sólo un breve período de tiempo después de haber ocupado el cargo y, en consecuencia, no realizaron nada digno de mención...»^[26].

Al no tener dinero para pagar a sus legiones, Roma había perdido el control de Hispania, la Galia y Britania, y la ciudad misma se convirtió en escenario de una guerra civil a principios de la década de 470. La ruina de Roma fue causada de hecho por los propios romanos, que pasaron de utilizar las antiguas piedras y estatuas de su ciudad en la construcción de nuevas viviendas a emplearlas como proyectiles.

EL FIN DEL IMPERIO

Mientras tanto, Giserico se dedicaba a fundar una especie de nuevo Estado en Libia. Dispuso que su trono habría de ser hereditario (alterando así la tradición goda basada en elegir por aclamación a los dirigentes), sustituyó a los aristócratas tribales presentes en su administración por hombres de confianza escogidos por él, y reorganizó a sus guerreros integrándolos en un ejército debidamente constituido y compuesto por divisiones de mil soldados. Los vándalos eran ahora la mayor potencia del Mediterráneo y continuaron sus correrías y pillajes por Sicilia y la Italia continental. Giserico dio a aquellas incursiones tratamiento de cruzadas, ya que se presentaba como el cabecilla que acude en auxilio de las comunidades arrianas y según se dice creía que había de ser la voluntad divina la que eligiera a sus víctimas. En una ocasión dijo a su piloto que se hacía a la mar «simplemente para luchar contra aquellos que habían provocado la cólera de Dios^[27]». No se trataba de una ayuda necesariamente bienvenida^[28]. En el año 467, una facción llegó incluso con sus barcos hasta el sur de Grecia y la saqueó. Todo el imperio estaba quedando arruinado, no sólo por la pérdida de África y sus inmensas riquezas, sino por haber sido desposeída del propio Mediterráneo.

El nuevo emperador de Oriente, León I, decidió que debía ponerse fin a aquella

situación a cualquier precio. En el año 468 reunió una flota de mil cien buques de guerra y una fuerza de cien mil hombres, en lo que sin duda alguna fue la empresa militar más costosa del antiguo mundo. Era la primera vez que una única expedición presentaba unas dimensiones capaces de poner al imperio al borde de la bancarrota. En ella intervinieron tantas unidades militares —de todos los tipos— como logró costear el imperio, incluidas tropas de godos, de burgundios y de hunos.

Se libró una auténtica batalla naval en la que las dos flotas recurrieron en su encontronazo a los arqueros, a las bombas rellenas no sólo de materiales incendiarios sino de serpientes y escorpiones, y a los combates cuerpo a cuerpo. La victoria fue para la flota romana, que desembarcó en Libia. Llegó entonces el turno de las tropas terrestres, que chocaron violentamente —enfrentándose los espadachines montados vándalos y los moros a lomos de camello de uno de los bandos con las legiones auxiliadas por arqueros hunos del otro—. Una vez más la derrota cayó del lado de los vándalos, así que las tropas romanas marcharon en dirección a Cartago.

Giserico negoció una tregua con la armada romana, que esperaba anclada en las proximidades, y después lanzó brulotes^[*] contra la densa masa de navíos. En medio del caos, los buques de guerra de Giserico arremetieron contra los romanos y éstos huyeron —al igual que las fuerzas de tierra—. La expedición romana resultó ser un completo desastre.

Al final, el nuevo emperador de Oriente, Zenón, reconoció formalmente a Giserico como dominador del norte de África, las islas Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia. Giserico entregó a los prisioneros romanos (salvo a aquellos que habían sido comprados como esclavos, cuya devolución dependió de los acuerdos que fueron estableciendo por su cuenta los propietarios particulares), concedió libertad de culto a los católicos y dejó de realizar incursiones por el imperio.

En el año 476 se recibió un paquete en Constantinopla, procedente de Roma. En su interior se encontraban los atributos y las insignias imperiales^[*], junto con una carta en la que se decía que no resultaban ya necesarios, así que quizás el emperador de Oriente deseara conservarlos bajo su custodia. El bulto había sido enviado por un germano: Odoacro. Había depuesto sin violencia al último emperador romano de Occidente, un muchacho de trece años llamado Rómulo Augústulo (es decir, «joven Augusto»), y le había enviado a vivir al campo^[29]. Odoacro era un gobernante de nuevo tipo, puesto que no sólo era rey de Italia, sino arriano.

Al año siguiente falleció finalmente el anciano Giserico. Había tenido una carrera asombrosa. Entre su nacimiento en Hungría y su muerte en Cartago había asistido a una completa transformación del mundo. Vivió también hasta una edad muy avanzada, cumplidos casi los ochenta, en un mundo que, por lo demás, se hallaba dominado y controlado enteramente por hombres cuya longevidad apenas rozaba la mitad de sus años.

Epílogo

Al comienzo de este libro nos preguntamos qué aspecto habría tenido el mundo si, en vez de amamantar a Rómulo y Remo, la loba los hubiera devorado. ¿Cómo habría sido todo de no haber existido Roma? ¿Qué habría sucedido si únicamente hubiera habido bárbaros?

Tras la desaparición del último emperador romano de Occidente, vio la luz un imperio bárbaro que parece responder a esa interrogante. Los godos orientales, esto es, los ostrogodos, cuyos padres y abuelos habían participado en las correrías de Atila y sus hordas hunas, regresaron a Italia en el año 489 y esta vez se instalaron allí. Habían dejado de ser paganos, pero en tanto que godos conscientes de su condición rehusaron adherirse a la Iglesia Católica Romana. Eran arrianos, al igual que los vándalos y los visigodos, y a las órdenes de su rey Teodorico se pusieron a levantar una Roma de un tipo totalmente nuevo. En el lugar que había ocupado el antiguo imperio romano —católico, violento, intolerante y despiadado— surgiría una visión bárbara, más amable e incluyente.

Si Roma había tratado de lograr que todos sus ciudadanos fuesen «romanos» y pugnado por no reconocer a las naciones existentes en el seno del imperio, Teodorico creía posible construir un imperio de nacionalidades diferentes. Se propuso establecer una relación armónica entre los distintos reinos y pueblos de Occidente, recurriendo para ello a los matrimonios mixtos entre parientes de diversas casas reales y a la garantía de preservar los códigos jurídicos propios de cada nación. Su gobierno participó a un tiempo de los modos inherentes a la realeza goda y al patriciado romano, y rindió respetuoso homenaje a Constantinopla, pero él nunca llegó a autoproclamarse emperador.

Gobernó desde Ravena, donde se ocupaba personalmente de su huerta, reintrodujo en Italia los sistemas de cultivo, descuidados desde hacía tiempo, e importó expertos en la perforación de pozos y el drenaje de marismas. Se opuso a la superstición y a la inmoralidad, prohibió los teatros y los libros de magia, y promulgó edictos para brindar protección a los monumentos antiguos. Floreció así una nueva era de literatura latina, aunque sin suprimir el godo como lengua presente en la educación y el culto. Los dominios de Teodorico se extendieron desde Sicilia hasta el Danubio, y desde Belgrado hasta el Atlántico, e Italia disfrutó de treinta y tres años de bien ordenada paz. Europa no había conocido nada similar en siglos. Los alemanes corrientes aún le recuerdan como al mayor de sus gobernantes —aunque ni siquiera han conservado su nombre romano—. Le conocen como Dietrich, Dietrich de Beme.

¿Un nuevo futuro bárbaro? Ni soñarlo. El imperio de Occidente había dejado de existir, pero no los romanos, y naturalmente Teodorico adoptó una política de

completa tolerancia en relación con los católicos. Los romanos, que vivían con vehemencia sus creencias religiosas y su racismo antibárbaro, promovieron motines y rebeliones, hasta el punto de que el anciano Teodorico se vio finalmente obligado a adoptar medidas enérgicas contra el catolicismo y pasar a actuar de forma brutalmente represiva.

El catolicismo siempre ha salido robustecido de los ataques de que ha sido objeto. La agresiva campaña de Giserico contra los católicos ahondó la intolerancia católica y el pacto entre Atila y el papa León dejó sentada la mítica autoridad del pontífice como figura de relevancia superior a la de cualquier jefe del imperio. De hecho, entre uno y otro crearon el poder que habría de predominar a lo largo de los siglos venideros, el poder del papa-rey de Roma, que había heredado la autoridad, hecho suyas las túnicas de los emperadores romanos y adoptado el antiguo título pagano de sumo pontífice. La Iglesia fue la que en último término destruyó Roma, sustituyéndola por una forma de civilización propia.

El triunfo final del catolicismo sobre el arrianismo en la Europa occidental tiene su punto de arranque en los viejos enemigos de los vándalos, los francos: recordemos que estos últimos les habían causado graves daños la primera vez que cruzaron el Rin en el año 406. La andadura de los francos comenzó a principios del siglo III, momento en el que observamos la aparición de una confederación de tribus en la orilla germana del Rin, al norte de Maguncia. Los historiadores romanos mencionan por primera vez el nombre de los francos a raíz de una batalla que libraron contra ellos en torno al año 241 aproximadamente, fecha en la que algunos de estos francos habían cruzado el Rin para asentarse en la Galia belga. Es evidente que se atribuían una identidad no romana, y de ahí su nombre (que significa «pueblo libre»). Pese a que al final Roma pasó a considerarlos aliados, su romanización fue muy lenta, y nueve años antes de la muerte de Giserico aún conservaban su credo pagano, aunque posteriormente su rey, Clodoveo, se convirtiera al cristianismo.

Sin embargo, cuando abjuraron del paganismo no abrazaron el arrianismo. Hicieron suya la fe católica romana. Teodorico permitió que los obispos católicos permanecieran en sus puestos, y uno de ellos, el obispo Avito de Viena^[*], puso todo su empeño en convertir al pueblo germánico de los burgundios y en hacerles abandonar el arrianismo y profesar el catolicismo. No lo hizo mediante amenazas, sino con inteligencia y energía, actitud que ha llegado hasta nosotros gracias a una larga serie de cartas que él mismo envió al rey de los burgundios^[1]. Se trataba evidentemente de todo un personaje. Se conservan noventa y seis de esas cartas. Escribió también un largo poema, de calidad bastante notable, titulado *De spiritalis historiæ gestis*, en hexámetros clásicos, que contiene un resumen de la Biblia; se dice que Milton se valió de él al componer *El paraíso perdido*^[2].

El obispo convirtió a varios miembros de la familia real burgundia, entre ellos a la hija del rey Gundobaldo, Clotilde, que se casó con Clodoveo, el rey de los francos. Clotilde se encargó de convertir a su marido. En el año 496, al darse cuenta de que

estaba perdiendo una batalla, Clodoveo decidió poner a prueba a su dios por medio de un experimento. Elevó una plegaria al Dios cristiano en la que señalaba que los dioses paganos le habían abandonado. Casi de inmediato el enemigo dio súbitamente media vuelta y huyó, con lo que Clodoveo se convirtió en el acto^[3].

Dado que el Cristo católico era a todas luces un poderoso dios bélico, Clodoveo decidió sacarle todo el jugo posible. Tomó la decisión de conquistar la totalidad de la Galia, reduciendo para ello a ruinas el reino visigodo que se encontraba al sur, cuyos habitantes eran arrianos. Como es obvio, el Dios católico sería incapaz de soportar aquella situación. «Y entonces el rey Clodoveo dijo a su pueblo: “Me desazona grandemente que esos arrianos dominen una parte de la Galia. Vayamos a conquistarles, con la ayuda de Dios, y alcémonos con el predominio en esas tierras^[4]”». En el año 507, Clodoveo aplastó a los godos y fundó el reino católico de los francos, que perduraría hasta dar al mundo a un Carlomagno (que hizo llamar Sacro Imperio Romano a sus posesiones) y finalmente la nación francesa. Además, el Dios católico fue elevado a la categoría de dios europeo de la guerra, y si los francos conquistaron Jerusalén, adoptando para sí la denominación de cruzados, fue en último término en su nombre.

A la muerte de Teodorico, ocurrida en el año 526, el arrianismo había iniciado ya su declive. El imperio romano seguía vivo en Oriente, y con plena ferocidad y vigor, así que el reino vándalo de África sólo conseguiría sobrevivir a Giserico cincuenta y ocho años. En 533, el imperio de Oriente, revitalizado, lanzó una exitosa campaña bianual para expulsar a los vándalos y restaurar el predominio romano en el norte de África. Las cúpulas dirigentes del catolicismo y su papa cerraron filas con Bizancio, y de este modo el imperio de Oriente y la Iglesia católica lograron reconquistar Italia. Tras el prolongado período de paz de Teodorico, Italia hubo de sufrir treinta años de guerras y quedó reducida a la ruina más completa. El catolicismo había triunfado.

Y habría de ser la Iglesia católica la que narrara la historia. Antes que ella, los romanos ya habían falsificado la imagen del mundo sometido a ellos. Ahora era la Iglesia la que controlaba nuestra comprensión de las cosas mediante la conservación selectiva de unos textos, la destrucción de otros y la composición de obras nuevas. En el año 540 los restos de Teodorico desaparecieron de su mausoleo y se hicieron todos los esfuerzos posibles por erradicar su memoria. Los godos arrianos quedaron transformados en salvajes, los vándalos pasaron a ser bandas de destructores y Atila fue nombrado Azote de Dios.

Ésta es la última fase de la crónica de cómo perdimos nuestra historia y de cómo quedaron los progenitores de Europa transformados en salvajes de cuento infantil. Así fueron fabricados los bárbaros.

Bibliografía

Realmente, en la era de internet no tiene demasiado sentido proporcionar algo que guarde siquiera un remoto parecido con una lista exhaustiva de los libros impresos, en particular porque hay miles de títulos importantes. Los motores de búsqueda facilitan la elaboración de bibliografías actualizadas, y hoy la red permite no sólo acceder a una gran cantidad de material, sino indagar en él con toda comodidad — especialmente en el caso de las obras clásicas y en el de la información arqueológica más reciente—. Por supuesto, la principal dificultad de proporcionar direcciones URL es que quedan rápidamente desfasadas, así que lo cierto es que la mejor herramienta de investigación es Google o uno de sus competidores.

El problema más evidente estriba en que los recursos bibliográficos de mayor extensión giran en torno a un planteamiento que en los temas más interesantes se centra en el punto de vista romano. No obstante, existen algunos portales de internet que realmente merecen ser mencionados.

TEXTOS

www.perseus.tufts.edu

El Departamento de Estudios Clásicos de la Universidad de Tufts inició este proyecto con un portal sobre la Grecia Antigua. Ahora lo ha ampliado y ya incluye datos relativos a Roma: es el archivo electrónico de textos clásicos más extenso de cuantos pueden consultarse en internet: en el momento en que escribimos esto había 489 textos y 112 estudios de autor más recientes.

<http://classics.mit.edu>

Ésta es la sede del Archivo de Obras Clásicas de internet, otra estupenda biblioteca cuyo catálogo actual contiene unas cuatrocientas cuarenta obras de literatura clásica.

www.fordham.edu/halsall

La extensa colección de recursos electrónicos de Paul Halsall contiene elementos relacionados con cualquiera de los aspectos de la sociedad y la cultura antigua de Roma. Incluye datos que abarcan hasta finales del siglo II d. C.

<http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/>

El asombroso empeño de Bill Thayer, que más que escanear ha transcrito el constante flujo de textos griegos y latinos, a los que añade una serie de útiles comentarios, cuenta con nuestra admiración y nuestro más sincero agradecimiento.

www.tertulian.org/fathers

Esta dirección contiene varios textos relevantes, entre otros algunos de Ambrosio, Jerónimo, Salviano, Gildas, Juan de Nikiu, Julián el Apóstata y Zósimo.

www.iranica.com/

El proyecto de la Universidad de Columbia, organizado por el Centro de Estudios Iraníes, proporciona tanto textos electrónicos como encuadernados de una obra en curso, la *Encyclopedia Iranica*, que ofrece la información más completa de la historia persa que pueda encontrarse en inglés.

www.sasanika.com

Una página de la Universidad Estatal de California dedicada al estudio de todo lo relacionado con los sasánidas.

http://archnet.asu.edu/topical/Selected_Topics/Classical%20Archaeology/general.php

Éste es el punto de partida para la arqueología por internet. Ofrece vínculos con recursos bibliográficos que permiten obtener de forma relativamente fácil un conocimiento actualizado de cuanto está ocurriendo.

www.ccel.org

Esta página, dedicada a los clásicos cristianos, ofrece traducciones que incluyen *La ciudad de Dios* de Agustín y la *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano* de Gibbon, entre muchísimas otras obras.

www.stoa.org/sol

Un proyecto asombroso en el que están colaborando unos cien eruditos con la intención de colgar en la red la primera traducción al inglés de la *Suda*, una enciclopedia bizantina del siglo x.

www.livius.org/rome.html

Aquí encontraréis la colección del historiador holandés Jona Lendering, con artículos que remiten a hipervínculos relacionados con temas romanos.

<http://www.stoa.org/diotima/anthology/wlgr/>

Mary Lefkowitz y Maureen Fant han colocado aquí textos que ilustran el papel social que desempeñaban las mujeres en la Antigüedad.

REVISTAS

www.indiana.edu/~classics/research/journals.shtml

Una útil lista de revistas disponibles en internet, gestionada por la Universidad de Indiana.

<http://ccat.sas.upenn.edu/brmcr>

De las numerosas revistas electrónicas que existen en la actualidad, nos ha resultado de particular ayuda la *Bryn Mawr Classical Review*, que puede consultarse en la dirección que encabeza estas líneas. En ella se incluyen detalladas reseñas profesoriales de algunos libros —entre las que de vez en cuando se deslizan comentarios del tipo «Éste es un mal libro», lo que nos provoca escalofríos.

www.nottingham.ac.uk/classics/digressus

Digressus es, como dice la propia Universidad de Nottingham que lo patrocina, «el periódico del Mundo Clásico en internet», y se encuentra en la dirección que indicamos aquí arriba. Sin embargo, aunque se trata de una revista con evaluadores, hay que tener en cuenta las advertencias generales relacionadas con todos los artículos de internet —es poco probable que una revista erudita impresa afirmara versar sobre ¡«Arqueoología»! (Como es lógico, las faltas de ortografía son más determinantes en la red, ya que complican las búsquedas).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUSTÍN, *Confessions*, traducción de W. Watts, 2 volúmenes, Loeb, 1912. *Confesiones*, en *Obras Completas de San Agustín*, 41 volúmenes, vol. II, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- , *City of God*, 7 volúmenes, Loeb, 1957-1972. *La ciudad de Dios*, traducción de Santos Santamarta del Río y Miguel Fuertes Lanero, en *Obras Completas de San Agustín*, 41 volúmenes, vols. XVI-XVII, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- , *Arianism and Other Heresis*, traducción inglesa de E. Hill, *The Works of Saint Augustine: A Translation for the 21st Century*, parte 1, volumen 18, New City Press, 1999. *Escritos antiarrianos y otros herejes*, en *Obras Completas de San Agustín*, 41 volúmenes, vol. XXXVIII, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- AMBROSE, *De Fide*, traducción de H. Romestin, *Select Library of Nicene and Post Nicene Fathers*, segunda serie, vol. 10, Nueva York, 1896.
- AMIANO Marcelino, *Rerum Gestarum*, traducción inglesa de W. Hamilton, en *The Later Roman Empire: AD 354-378*, Penguin, 1986. [*Historia*, traducción de María Luisa Harto Trujillo, Madrid, Akal, 2002].
- ANDREAU, J., *Banking and Business in the Roman World*, Cambridge, 1999-
- APIANO, *The Civil Wars*, traducción inglesa de J. Cáster, Penguin, 1986. [*Guerras ibéricas*, traducción de Francisco Gómez Espelosín, Madrid, Alianza, 2006].
- AQUINO, T., *Summa Theologica*, traducción de la Colección de Clásicos Cristianos de

- los Padres de la Provincia Dominicana Inglesa, 1981.
- BABCOCK, M. A., *The Night Attila Died: Solving the Murder of Attila the Hun*, Berkeley, 2005.
- BERESFORD ELLIS, P., *A Brief History of the Celts*, Robinson, 2003.
- BLOCKLEY, R. C., *The History of Menander the Guardsman*, Cairns, 1985.
- , (comp.), *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire: Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus*, Cairns, 1981-1983.
- BREEZE, D. J., y DOBSON, B., *Hadrian's Wall*, Alien Lane, 1976.
- BROWN, P., *The World of Late Antiquity: From Marcus Aurelius to Muhammad*, Thames y Hudson, 1971.
- , *Augustine of Hippo: A Biography*, Faber, 2000.
- BROWNE, P. R. L., «Parthians and Sasanians», en Boyle, J. A. (comp.), *Persia: History and Heritage*, Instituto Británico de Estudios Persas, 1978.
- BROWNE, T., «Pseudoxia Epidémica», en Keynes, G., (comp.), *The Works of Sir Thomas Browne*, Faber, 1964.
- BROWNING, I., *Palmyra*, Chatto y Windus, 1979.
- BURY, J. B., *History of the Later Roman Empire*, Londres, 1923.
- BUTCHER, K., *Roman Syria and the Near East*, Museo Británico, 2003.
- CAREY, J., et al. (comps.), *Ildánach Ildírech: A Festschrift for Proinsias Mac Cana*, Estudios Celtas, 1999.
- CAUJET, B., *L'Or dans l'Antiquité, de la Mine a l'Objet*, Tolosa, 1999.
- CICERÓN, *De Re Publica*, traducción inglesa de C. W. Keyes, Heinemann, 1922. [*La república*, Madrid, Aguilar, 1979; *Sobre la República*, introducción, traducción y notas de Alvaro d'Ors, Barcelona, Círculo de Lectores, 2008].
- CLAUDIANO, *De Bello Gothico*, traducción inglesa de M. Platnauer, Heinemann, 1922.
- CLAUDIO Mamertino, *Panegyrici Latini: In Praise of Later Roman Emperors*, California, 1994.
- Codex Theodosianus*, traducción inglesa de O. J. Thatcher, *The Library of Original Sources: Volume IV - Early Mediaeval Age*, Hawaii, 2004.
- COLLINS, R., *Visigothic Spain 409-711*, Blackwell, 2004.
- CUNLIFFE, B., *The Ancient Celts*, Oxford, 1997.
- , *The Celts: A Very Short Introduction*, Oxford, 2003.

- , *Facing the Ocean - The Atlantic and its People*, Oxford, 2004.
- DARYAEE, T., «The Political History of Eran in the Sasanian Period», en www.sasanika.com (y próximamente aparecerá una *History of Sasanian Persia*, de I. B. Tauris).
- DEMÓSTENES, *Tercera filípica*, traducción inglesa de T. Leland, en *All the Orations of Demosthenes*, Londres, 1851.
- DIODORO DE SICILIA, *Library of History*, traducción inglesa de R. M. Geer, Loeb, 1947.
- DIÓN Casio, *Roman History*, traducción inglesa de E. Cary y H. B. Foster, 9 volúmenes, Loeb, 1914-1927.
- DRINKWATER, J., y ELTON, H. (comps.), *Fifth-century Gaul: A Crisis of Identity?*, Cambridge, 1992.
- DUBS, H. H., *A Roman City in Ancient China*, Sociedad China, 1957.
- DUNCAN-JONES, R., *Structure and Scale in the Roman Economy*, Cambridge, 1990.
- , *Money and Government in the Roman Empire*, Cambridge, 1994.
- Encyclopedia Iranica*, Routledge, 1982.
- ESTRABÓN, *Geography*, traducción inglesa de H. L. Jones, 8 volúmenes, Loeb, 1949.
- EUTROPIO, *Breviarium Ab Urbe Condita*, traducción inglesa de H. W. Bird, Liverpool, 1993.
- FERRANDO, *Vita Fulgentii*, Edición completa de Patrología, Serie Latina, 67, 1844.
- FILOSTORGIO, *Ecclesiastical History*, traducción inglesa de E. Walford, Londres, 1851.
- FINLEY, M. I., *Classical Slavery*, Frank Cass, 1987.
- FLORO, Lucio Anneo, *Epitome of Roman History*, Loeb, 1929.
- FRANK, T., *An Economic History of Rome*, Nueva York, 1962.
- FREEMAN, C., *The Closing of the Western Mind*, Heinemann, 1998.
- FREEMAN, P., *War, Women and Druids*, Texas, 2002.
- FRERE, S., *Britannia*, Routledge y Kegan Paul, 1973.
- FRYE, R. N., *The Heritage of Persia*, Cardinal, 1976.
- FUNARI, P. P. A., *Dressel 20 Inscriptions from Britain and the Consumption of Spanish Olive Oil*, BAR (Informes británicos de arqueología), 250, 1996.

- GERONCIO, *The Life of Melania the Younger*, traducción inglesa de E. A. Clark, Nueva York, 1984.
- GHIRSMAN, R., *Irán: Parthians and Sassanians*, traducción inglesa de S. Gilbert y J. Emmons, Thames y Hudson, 1962.
- GHIRSMAN, R., *et al.*, *Persia, the Immortal Kingdom*, Transorient, 1971.
- GIBBON, E., *Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, 1782. [*Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, 5 vols., Madrid, Turner, 1984; *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2001].
- GINNELL, L., *The Brehon Laws: A Legal Handbook*, Littleton, 1993.
- GÖBL, R., *Die Münzen der Sasaniden im Königlichen Münzkabinett*, La Haya, 1962.
- GORDON, C. D., *The Age of Attila: Fifth-Century Byzantium and the Barbarians*, Ann Arbor, 1960.
- GREGORIO DE TOURS, *History of the Franks*, traducción inglesa de E. Brehaut, Columbia, 1916.
- GRUEN, E. S., *The Hellenistic World and the Corning of Rome*, 2 volúmenes, California, 1984.
- GUTERBOCK, K., *Byzanz und Persien in ihren diplomatisch-völkerrechtlichen Beziehungen im Zeitalter Iustinians: Ein Beitrag zur Geschichte des Völkerrechts*, Berlín, 1906.
- HANSON, W. S., y HAYNES, I. P., *Roman Dacia: The Making of a Provincial Society*, *Journal of Roman Archaeology*, 2004.
- HEATHER, P., *The Goths*, Blackwell, 1996.
- , *Fall of the Roman Empire*, Macmillan, 2005. [*La caída del imperio romano*, traducción de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Barcelona, Crítica, 2006; Barcelona, Círculo de Lectores, 2008].
- HERODIANO, *History of the Empire*, traducción inglesa de E. G. Echols, California, 1961.
- HERODOTO, *The Persian Wars*, traducción inglesa de A. D. Godley, 4 volúmenes, Loeb, 1920-1925. [*Los nueve libros de la historia*, traducción y prólogo de María Rosa Lida, Barcelona, Lumen, 1981].
- HERÓN DE ALEJANDRÍA, «Autómata», *Greek Mathematical Works*, II, traducción inglesa de I. Thomas, Loeb, 1941.

- HERZFELD, E., *Zoroaster and His World*, II, Princeton, 1947.
- Historia Augusta*, traducción inglesa de D. Magie, 3 volúmenes, Loeb, 1921, 1924, 1932.
- HODGKIN, T., *The Barbarian Invasions of the Roman Empire*, 6 volúmenes, Sociedad Folio, 2001-2003.
- HORACIO, *Satires. Epistles. The Art of Poetry*, traducción inglesa de H. Rushton Fairclough, H., Loeb, 1926.
- HUMPHREY, J. H. (comp.), *Excavations at Carthage Conducted by the University of Michigan*, 7 volúmenes, Ann Arbor, 1976-1982.
- IRVING, C., *Crossroads of Civilisation*, Weidenfeld y Nicholson, 1979.
- ISAAC, B., *The Limits of Empire: The Roman Army in the East*, Oxford, 1990.
- JAMES, S., *The Atlantic Celts: Ancient People or Modern Invention?*, Museo Británico, 1999.
- JONES, A. H. M., *The Roman Economy*, Oxford, 1974.
—, *The Later Roman Empire, 284-602*, Blackwell, 1986.
- JONES, M. E., *The End of Roman Britain*, Cornell, 1996.
- JONES, S., *Archaeology of Ethnicity: Constructing Identities in the Past and Present*, Routledge, 1997.
- JORDANES, *The Origin and Deeds of the Goths*, traducción inglesa de C. C. Mierow, Princeton, 1915. [*Origen y gestas de los godos*, traducción de José María Sánchez Martín, Madrid, Cátedra, 2001].
- JOSEFO, *Jewish Antiquities*, 9 volúmenes, Loeb, 1930-1965.
- JUAN, obispo de Nikiu, *Chronicle*, traducción de R. H. Charles, Oxford, 1916.
- JULIANO, «The Caesars», *Julian: Orations 6-8*, traducción inglesa de W. C. Wright, Loeb, 1913.
- JULIO CÉSAR, *The Gallic War*, traducción inglesa de Edwards, H. J., Loeb, 1917.
Comentarios a la guerra de las Galias, traducción de José Joaquín Caerols Pérez, Madrid, Alianza, 2006.
- JUNGMAN, J. A., *The Early Liturgy to the Time of Gregory the Great*, Indiana, 1959.
- KIRWAN, C., *Augustine*, Routledge, 1989.
- KUHLMANN, K., *Enemies of Souls and Bodies: Vandal Rule and Urban Decline in Carthage, AD, 439-533*, Warhorse Simulations, 1998.

- KURKJIAN, Vahan M., *A History of Armenia*, Unión Benéfica General Armenia de Estados Unidos, 1958.
- LEWIS, M. J. T., *Temples in Roman Britain*, Cambridge, 1966.
- LIDO, I., *Powers or the Magistracies of the Roman State*, Sociedad Filosófica Estadounidense, 1983.
- LIVIO, Tito, *History of Rome*, 14 volúmenes, Loeb, 1919-1959.
- MACMULLEN, R., *Changes in the Roman Empire: Essays in the Ordinary*, Princeton, 1990.
- , *Romanization in the Time of Augustus*, Yale, 2000.
- MAN, J., *Attila*, Transworld, 2005.
- MARSDEN, E. W., *Greek and Roman Artillery; Historical Development*, Clarendon, 1969.
- MATHISEN, R. W. y SHANZER, D., *Society and Culture in Late Antique Gaul: Revisiting the Sources*, Ashgate, 2001.
- MERILLS, A. H. (comp.), *Vandals, Romans and Berbers*, Londres, 2004.
- MUSSET, L., *The Germanic Invasions*, Londres, 1975.
- NAMACIANO, Rutilio Claudio, *De reditu suo*, en *Minor Latin Poets II*, traducción inglesa de J. W. Duff y A. M. Duff, Loeb, 1934. [*El retorno*, introducción, traducción y notas de Alfonso García-Toraño Martínez, Madrid, Gredos, 2002].
- OLMSTED, G. S., *A Definitive Reconstructed Text of the Coligny Calendar*, Washington, 2001.
- ORIENTO, *Commonitorium*, traducción inglesa de D. M. Tobin, Universidad Católica de Estados Unidos, 1945.
- OROSIO, *Seven Books of History against the Pagans*, traducción inglesa de I. W. Raymond, Columbia, 1936.
- PIGGOTT, S., *Wagon, Chariot and Carriage: Symbol and Status in the History of Transport*, Thames & Hudson, 1992.
- PLATÓN, *Charmides*, traducción inglesa de W. R. M. Lamb, Loeb 1927. [*Cármides*, traducción de Emilio Lledó, Madrid, Gredos, 1990].
- PLINIO EL VIEJO, *Natural History*, traducción inglesa de H. Rackham, Loeb, 1942.
- PLUTARCO, *Virtues of Women*, traducción inglesa de F. R. Rabbit, Loeb, 1931.
- , *Lives*, traducción inglesa de J. Dryden, Random House, 2001. [*Vidas paralelas*,

14 volúmenes, Madrid, Espasa-Calpe].

- POHL, W., *Kingdoms of the Empire: The Integration of Barbarians in Late Antiquity*, Brill, 1997.
- POLIBIO, *Histories*, traducción inglesa de W. R. Paton, 6 volúmenes, Loeb, 1922-1927.
- POULTER, A. G., FALKNER, R. E, y SHEPHERD, J. D., *Nicopolis ad Istrum: A Roman to Early Byzantine City*, Leicester, 1999.
- PRICE, D. J. de Solla, «Gears from the Greeks: The Antikythera Mechanism - a Calendar Computer from ca. 80 BC» en *Transactions of the American Philosophical Society*, volumen 64, 7.^a parte, 1974.
- PROCOPIO DE CESAREA, *History of the Wars*, traducción inglesa de H. B. Dewing, Loeb, 1916. [*Historia de las guerras*, 2 volúmenes, Madrid, Gredos, s. f.]
- PRÓSPERO DE AQUITANIA, *Epitoma Chronicon*, edición de T. Mommsen, en *Chronica Minora Saec. IV, V, VI, VII*, volumen I, Berlín, 1961.
- , *Epigramma*, en *Sancti Properi Aquitani Opera Omnia*, Edición completa de Patrología, Serie Latina 51, pp. 497-532.
- RANKIN, D., *Celts and the Classical World*, Routledge, 1996.
- RAVEN, S., *Rome in Africa*, Routledge, 1993.
- RAWSON, B. (comp.), *The Family in Ancient Rome: New Perspectives*, Routledge, 1992.
- ROCHAS D'AIGLUN, E. A., *Poliocétique des Grecs*, París, 1872.
- , *La Science des Philosophes et l'Art des Thaumaturges dans l'Antiquité*, París, 1882.
- RUFINO DE AQUILEYA (Rufino Tiranio), *Church History*, traducción inglesa de P. R. Amidon, Oxford, 1997.
- RUSSO, L., *The Forgotten Revolution*, Springer, 2003.
- SALVIANO, *Of the Government of God*, traducción inglesa de E. M. Sanford, Octagon Books, 1966.
- SCHRAMM, E., *Die antiken Geschütze der Saalburg*, Berlín, 1918.
- SÉNECA, Lucio Anneo, *Minor Dialogues, Together with the Dialogue on Clemency*, traducción inglesa de A. Stewart, Bell, 1902. [*Sobre la clemencia*, Madrid, Tecnos, 1988].
- , *Dialogues and Letters*, traducción inglesa de C. D. N. Costa, Penguin, 1997. [*Epístolas morales a Lucilio*, traducción de Ismael Roca Meliá, Madrid, Gredos,

- 1986,1, 7, 3-4; Barcelona, Círculo de Lectores, 2008].
- SHANZER, D. y WOOD, I. (trads.), *Avitus of Vienne: Selected Letters and Prose*, Liverpool, 2002.
- SÓCRATES ESCOLÁSTICO, *Ecclesiastical History*, trad. inglesa de W. Bright, Wipf & Stock, 2003.
- SUETONIO, *The Twelve Caesars*, Penguin, 2003.
- TÁCITO, Agricola, traducción inglesa de A. J. Church y W. J. Brodribb, Macmillan, 1877.
- , *Germania*, traducción inglesa de A. J. Church y W. J. Brodribb, Macmillan, 1877.
- , *Annals*, traducción inglesa de A. J. Church y W. J. Brodribb, New English Library, 1966. [*Anales*, traducción de Crescente López de Juan, Madrid, Alianza, 1993; traducción de José Luis Moralejo, Barcelona, Círculo de Lectores, 1998].
- , *The Histories*, Penguin, 1995.
- TENNEY, E., *An Economic History of Rome*, Jonathan Cape, 1927.
- THOMAS, I., *Greek Mathematical Works*, II, Loeb, 1941.
- THOMPSON, E. A., *Romans and Barbarians: The Decline of the Roman Empire*, Wisconsin, 1982.
- , *The Huns*, Blackwell, 1996.
- THROCKMORTON, P. (comp.), *History from the Sea: Shipwrecks and Archaeology*, Mitchell Beazley, 1987.
- TODD, M., *Everyday Life of Barbarians*, Batsford, 1972.
- , *The Early Germans*, Blackwell, 2004.
- TOOMER, G. J., *Diocles on Burning Mirrors*, Springer, 1976.
- TUCÍDIDES, *History of the Peloponnesian War*, traducción inglesa de R. Warner, Penguin, 1970. [*Historia de la guerra del Peloponeso*, traducción de Luis M. Macía Aparicio, Madrid, Akal, 1989; traducción de Juan José Torres Esborrach, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997].
- VÉKONY, G., *Dacians-Romans-Romanians*, Matthias Corvinus, 2000.
- VELEYO PATÉRCULO, *Compendium of Roman History: Res Gestae Divi Augusti*, traducción inglesa de F. W. Shipley, Loeb, 1924.
- VÍCTOR DE TUNNUNNA, *Chronicon*, Corpus Christianorum, Serie Latina, 173a, Turnhout, 2001.
- VITRUVIO, *On Architecture*, traducción inglesa de F. Granger, 2 volúmenes, Loeb, 1931, 1934.

- WEBSTER, J. y COOPER, N. (comps.), *Roman Imperialism: Post-colonial Perspectives*, Leicester. 1996.
- WELLS, H. G., *The Outline of History*, Cassell, 1972. [*Esquema de la historia universal*, 3 volúmenes, traducción de Enrique Díez-Canedo y Ricardo Baeza, Buenos Aires, Ediciones Anaconda, 1952].
- WELLS, P. S., *The Barbarians Speak: How the Conquered Peoples Shaped Roman Europe*, Princeton, 1999.
- , *Beyond Celts, Germans and Scythians: Archaeology and Identity in Iron Age Europe*, Duckworth, 2001.
- , *The Battle that Stopped Rome*, W. W. Norton & Co., 2003.
- WHITTAKER, C. R., *Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study*, John Hopkins, 1994.
- WILKES, J. J., *The Illyrians*, Blackwell, 1992.
- ZONARAS, *Annales*, edición de T. Buettner-Wobst, 3 volúmenes, Bonn, 1841-1897.
- ZÓSIMO, *History*, traducción inglesa de R. T. Ridley, Canberra, 1982. [*Nueva historia*, traducción de José María Canday Morón, Madrid, Gredos, 1992].



TERRY JONES (Colwyn Bay, País de Gales, 1942). Nacido en 1942 en Colwyn Bay, al norte del País de Gales, Terry Jones es mundialmente conocido por ser uno de los integrantes de los míticos Monty Python, pero es también un licenciado en Inglés por la Universidad de Oxford que al margen de actuar, dirigir, escribir guiones y componer las canciones de los *shows* del grupo y de sus célebres películas (*La vida de Brian*, *Los caballeros de la mesa cuadrada...*) ha colaborado en documentales de tema histórico para la BBC. Escrito en colaboración con Alan Ereira —prestigioso autor de documentales que ya ha trabajado anteriormente con Jones en títulos como *The Crusades* y *Terry Jones' Medieval Lives*— *Roma y los bárbaros* constituye un esfuerzo de una seriedad incontestable por desmitificar la imagen que los romanos acuñaron de sí mismos, cediéndole la voz a sus desmoralizados rivales: los bárbaros. El resultado es un contraste tan fino que parece una broma.

Notas

[1] César, *Comentarios a la guerra de las Galias*, VI, 27 [traducción de José Joaquín Caerols Pérez, Madrid, Alianza, 2006]. <<

[2] Estrabón, *Geografía*, XIV, 4, 10. <<

[3] Plinio el Viejo, *Historia natural*, VIII, 3. <<

[4] Browne, T., «Pseudoxia Epidémica», I, 3, i. <<

[5] Livio, *Historia de Roma*, V, 35. <<

[6] *Ibíd.*, V, 36. <<

[7] Plutarco, *Vidas paralelas*, «Camilo»; Livio, *op. cit.*, VI, 1. <<

[8] Plutarco, *op. cit.* <<

[9] Livio, *op. cit.*, V, 48. <<

[1] James, S., *The Atlantic Celts*; Cunliffe, B., *The Celts*. <<

[2] Cunliffe, B., *Facing the Ocean*. <<

[3] *Ibíd.* <<

[4] Para un detallado examen de la idea que tenían de los celtas los romanos y los griegos, véase Rankin, D., *Celts and the Classical World*. <<

[5] Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica*, XXVI, 2-3. <<

[6] *Ibíd.* <<

[7] *Ibíd.*, XXVIII, 1-3. <<

[8] Estrabón, *op. cit.*, IV, 4, 5. <<

[9] *Ibíd.* <<

[10] *Ibíd.* <<

[11] *Ibíd.*, 5, 2. <<

[12] *Ibíd.*, 4, 2. <<

[13] *Ibíd.* <<

[14] Diodoro de Sicilia, *op. cit.*, V, 30. <<

[*] Hay en inglés un juego de palabras intraducible: «*offensive decor*» tiene aquí la doble intención de «ofensiva» en términos literales, puesto que servía para agredir al enemigo, y en sentido figurado, es decir, de decoración de insultante mal gusto, en alusión que trasciende los escudos para apuntar a determinadas tendencias digamos «de vanguardia». (N. de los T.) <<

[15] César, *op. cit.*, IV, 33. <<

[16] Biel, J. (comp.), *Der Keltenfürst von Hochdorf*, Stuttgart, 1985; Krause, D., *Hochdorf III*, Stuttgart, 1996. <<

[17] Piggott, S., *Wagon, Chariot and Carriage*, p. 27; Alinei, M., «The Celtic Origin of Lat. Rota and its Implications for the Prehistory of Europe», de próxima aparición en *Studi Celtici*. <<

[18] Profesor A. C. Clark, «The Reappearance of the Texts of the Classics», ponencia leída ante la Sociedad Bibliográfica el 21 de febrero de 1921. <<

[19] *Ibíd.* <<

[20] César, *op. cit.*, VI, 14, 4. <<

[*] Las leyes generales de Irlanda, no consignadas por escrito, al igual que el derecho consuetudinario inglés, recibieron el nombre de «*brehon laws*» hasta el siglo XIV, época en la que fueron abolidas por Eduardo III. (*N. de los T.*) <<

[21] Incluso en este caso adolecemos de una memoria selectiva: Polibio también señaló que los romanos eran «inconstantes y víctimas de anárquicos deseos, pasiones irracionales y violentos accesos de cólera», y que lo único que les mantenía a raya era el recurso oficial a la superstición, gracias a la cual el gobierno aducía contar con el respaldo de unos dioses que cernían sobre los transgresores la amenaza de «invisibles espantos y otras solemnidades semejantes» (*Historia general de Roma*, VI, 57). Sin embargo, hemos preferido no incluir esta información en la imagen que nos hacemos de Roma. <<

[22] Olmsted, G. S., *A Definitive Reconstructed Text of the Coligny Calendar*. <<

[23] Lewis, M. J. T., *Temples in Roman Britain*. <<

[24] Plinio, *op. cit.*, XVIII, 296. <<

[25] Reynolds, P. J., «Reconstruction of the Vallus - the Celtic Reaping Machine», *Bulletin of Experimental Archaeology*, 3, 1983. <<

[*] Traducimos así la voz inglesa *hill-forts*, que también remite, como se observará a renglón seguido, a la idea de plaza fortificada. Téngase asimismo en cuenta que, en algunos contextos, el sentido irá asociado al primer término de la expresión inglesa —*hill*, colina o monte—, que no aparece explícito en la palabra castellana «castro». (N. de los T.) <<

[1] Cauuet, B., *L'Or dans l'Antiquité*. <<

[2] Estrabón, *op. cit.*, IV, 5. <<

[3] Andreau, J., *Banking and Business in the Roman World*, p. 144. <<

[4] César, *op. cit.*, I, 3. <<

[5] *Ibíd.*, 28. <<

[6] El número de muertos figura en Plutarco, *Vidas paralelas*, «Julio César»: «... y habiéndosele opuesto por partes y para los diferentes encuentros hasta trescientas miríadas [tres millones] de enemigos, acabó con un millón en las acciones y cautivó otros tantos». [La traducción española es de A. Ranz Romanillos, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, XV]. La cifra que se ofrece no pretende ser exacta. Los historiadores mantienen un debate sobre las cifras demográficas de la Galia y el resto del imperio —las que aquí mencionamos son las que nos parecen más aproximadas.

<<

[7] César, *op. cit.*, I, 31, 4-5. <<

[8] *Ibíd.*, 29, 1-3. <<

[9] Suetonio, *Vida de los doce Césares*, «César», LIV. <<

[10] César, *op. cit.*, IV, 12, 3; 15, 3. <<

[11] Plutarco, *op. cit.*, «César», XXII. <<

[12] Dión Casio, *Historia romana*, LX, 19. <<

[13] César, *op. cit.*, VII, 66, 7. <<

[*] El actual Ozerain. (*N. de los T.*) <<

[*] César, *Comentarios a la guerra de las Galias*, VII, 72, 4. (N. de los T.) <<

[14] *Ibíd.*, 71, 3-4. <<

[*] Plutarco, *Vidas paralelas*, «Julio César», XXVII. Para la traducción española, véase la nota 6 del capítulo 2. (N. de los T.) <<

[*] Se trata de un célebre calabozo para condenados a muerte. En él estuvieron, cerca de un siglo después que Vercingetórix, san Pedro y san Pablo. Forma parte de la «Prisión Mamertina», situada bajo la actual iglesia de san José de Falegnami, en la Vía Marforio de Roma. Consta de dos cámaras, una encima de otra. El «Tuliano», que originalmente debió de ser una cisterna, es la ubicada en la parte baja. Salustio, contemporáneo de César, la describe en *La conjuración de Catilina*, IV, como un lugar «repugnante y terrible por [...] el abandono en el que se encontraba [...] la humedad [...] y los olores que despedía». (*N. de los T.*) <<

[1] Di3n Casio, *op. cit.*, LXII, 1. <<

[2] *Ibíd.*, LXXVII, 16. <<

[3] Ginnell, L., *The Brehon Laws*. <<

[4] Plutarco, *Virtues of Women*, XXII. [*Obras morales y de costumbres*, Madrid, Gredos, 1992-2004]. <<

[*] Un tipo de árbol rosáceo. (*N. de los T.*) <<

[5] Evans, D. E., «Onomaris: Name of Story and History?», en Carey, J. *et al.* (comps.), *Ildánach Ildírech*, pp. 27-37. <<

[6] Polibio, *Historia general de Roma*, II, 8. <<

[7] Plutarco, *op. cit.*, VI. <<

[8] Megaw, J. V. S., «The Vix Burial», *Antiquity*, 40, 1966, pp. 157-163. <<

[9] Keller, J., *Das keltische Fürstengrab von Reinheim I*, Museo central romano-germano, Maguncia, 1965. <<

[*] Valga decir, como anécdota, que la traducción inglesa dice que eran azules. (*N. de los T.*) <<

[10] Amiano Marcelino, *Historia*, 15. 12. 1, 2. [La traducción española es de María Luisa Harto Trujillo, Madrid, Akal, 2002]. <<

[11] Estrabón, *op. cit.*, IV, 5, 3. <<

[12] Fulford, M., «Callewa Atrebatum: An Interim Report on the Excavation of the Oppidum, 1980-1986», *Proceedings of the Prehistoric Society*, 53, 1987, pp. 271-279. <<

[13] Fulford, M., y Timby, J., *Late Iron Age and Roman Silchester: Excavations on the Site of the Forum-Basilica*, 1977,1980-1986, Britannia Monograph Series 15, Sociedad para la promoción de los estudios romanos, 2000. <<

[14] Tácito, *Anales*, XII, 37. [La traducción española es de Crescente López de Juan, Madrid, Alianza, 1993]. <<

[15] Di3n Casio, *op. cit.*, LXII, 2. <<

[*] Tácito, *Anales*, XIV, 31. Para la traducción española, véase la nota 14 del capítulo 3. (N. de los T.) <<

[16] Stead, I. M., «The Snettisham Treasure: Excavations in 1990», *Antiquity*, 65,1991, pp. 447-465. <<

[17] Di3n Casio, *id. loc.* <<

[18] Gregory, T., *Excavations at Thetford, 1980-1982, Fison Way*, volumen 1, Servicio museístico de Norfolk, 1991. <<

[19] Tácito, *op. cit.*, XIV, 31. <<

[20] Al morir Claudio en el año 54 d. C., su viuda no pudo ser nombrada tutora del adolescente Nerón, de ahí que se designara a Séneca para el cargo. <<

[21] Crook, J. A., «Feminine Inadequacy and the Senatusconsultum Velleianum», en Rawson, B. (comp.), *The Family in Ancient Rome*, pp. 83-92. <<

[22] Tácito, *id. loc.* <<

[23] *Ibíd.* <<

[24] César, *op. cit.*, VI, 13, 11-12. <<

[25] Tácito, *op. cit.*, XIV, 29. [En la Antigüedad se denominaba «isla de Mona» a la actual Anglesey. (N. de los T.) <<

[26] Suetonio, *op. cit.*, «Claudio», XXV. <<

[27] Diodoro de Sicilia, *op. cit.*, V. <<

[28] *Ibíd.* <<

[29] Tácito, *op. cit.*, XIV, 30. <<

[*] *Id. loc. (N. de los T.)* <<

[30] *Ibíd.*, XIV, 32. <<

[31] *Ibíd.*, 33. <<

[32] *Ibíd.* <<

[33] Di3n Casio, *op. cit.*, LXII, 3. <<

[34] Tácito, *op. cit.*, XIV, 37. <<

[35] *Ibíd.*, XIV, 29. <<

[36] Tácito, *Germania*, VI. <<

[37] «... estimulados por su general y animándose ellos mismos a no temer a aquel ejército femenino y fanático», Tácito, *Anales*, XIV, 30. <<

[38] Tácito, *Historias*, IV, 13-15. <<

[39] Webster, J., «At the End of the World: Druidic and Other Revitalization Movements in Post-conquest Gaul and Britain», *Britannia*, 30, 1999,1-20. <<

[*] Es decir, el Muro de Adriano, que separaba las tierras de los britanos de las de los pictos, esto es, grosso modo, Inglaterra de Escocia. (N. de los T.) <<

[40] Frere, S., *Britannia*, p. 160. <<

[41] Breeze, D. J., y Dobson, B., *Hadrian's Wall*. <<

[42] Funari, P. P. A., *Dressel 20 Inscriptions from Britain and the Consumption of Spanish Olive Oil*. <<

[43] Whittaker, C. R., *Frontiers of the Roman Empire*, p. 86. <<

[44] Hong, S., *et al.*, «Greenland Ice Evidence of Hemispheric Lead Pollution», *Science*, 265, 1994, p. 1841; Renberg, *et al.*, «Preindustrial Atmospheric Lead Contamination Detected in Swedish Lake Sediments», *Nature*, 368, 1994, p. 323; Shotyk, W., *et al.*, «History of Atmospheric Lead Pollution from a Peat Bog, Jura Mountains, Switzerland», *Science*, 281, 1998, p. 1635; Nriagu, J. O., «Tales Told in Lead», *Science*, 281, 1998, p. 1622. <<

[45] Tácito, *Agrícola*, 30. <<

[1] MacMullen, R., *Romanization in the Time of Augustus*. <<

[2] «La “romanización” [...] nos incita a pensar que la creación del imperio romano ha de constituir el centro de la investigación histórica, y nos anima a explicar los cambios y las oportunidades que se observan en las provincias en función de dicho proceso, no viendo la vida del imperio romano sino en los términos planteados por la dialéctica del colonizador y el colonizado», Crawley Quinn, J., «Roman Africa?», *Digressus*, suplemento I, 2003. <<

[3] Hingley, R., «The “Legacy” of Rome: The Rise, Decline and Fall of the Theory of Romanization», en Webster, J., y Cooper, N. (comps.), *Roman Imperialism*. <<

[4] César, *op. cit.*, VI, 17, 1-3. <<

[*] «El brillante», dios del sol y de la curación, también asociado con los caballos. La indicación es de José Joaquín Caerols, traductor de los *Comentarios a la guerra de las Galias*, *op. cit.* (N. de los T.) <<

[5] *Historia Augusta*, «Severo Alejandro», 60. Esta fuente no siempre resulta fiable (véase la nota 4 al capítulo 12), pero no obstante es significativa. <<

[6] *Ibíd.*, «Aureliano», 44. <<

[7] *Ibíd.*, «Caro», 14. <<

[8] Coskun, A., «Cover Names» and Nomenclature in Late Roman Gaul: The Evidence of the Bordelaise Poet Ausonius, puede encontrarse en: www.linacre.ox.ac.uk/Files/Pros/CNN.pdf; 2003 <<

[9] Tácito, *Agrícola*, 21. <<

[10] Brown, P., *The World of Late Antiquity*, p. 12. <<

[11] Eso es al menos lo que opinan la mayoría de los historiadores, aunque algunos disienten: véase Jones, A. H. M., *The Roman Economy*. <<

[*] Esta indicación de que algo ha sido «tomado con la mano» (*manu capiuntur*) remite al enunciado ritual de la apropiación romana (raíz original de la palabra *mancipium-ii*, cuyo significado es justamente ése: coger con la mano la cosa que se adquiere con acompañamiento de ciertas fórmulas solemnes). (*N. de los T.*) <<

[12] Justiniano, *Digesto*, cita tomada de Finley, M. I., *Classical Slavery*, p. 44.
[*Esclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona, Grijalbo, 198Z]. <<

[13] «La existencia de los esclavos no liberó al campesino dedicado a cultivar el campo permitiéndole participar en la política democrática, abrió la vía para que pudiese luchar y conquistar un imperio». Apiano, *The Civil Wars*, 1, 1. [*Guerras ibéricas*, traducción de Francisco Gómez Espelosín, Madrid, Alianza, 2006]. <<

[14] Duncan-Jones, R., *Structure and Scale in the Roman Economy*, p. 115. <<

[15] Bartlett, B., «How excessive Government Killed Rome», *Cato Journal*, 14, 2, 1994. <<

[16] Brown, R, *The World of Late Antiquity*, p. 25. <<

[17] Bartlett, B., *op. cit.* <<

[*] En realidad hablamos de una libra de oro, y por tanto, para ser exactos, de cuatrocientos cincuenta y tres gramos. (*N. de los T.*) <<

[*] Argumento económico difundido principalmente por el premio Nobel de Economía Friedrich A. Hayek (véase por ejemplo, entre otras, su obra titulada *Derecho, legislación y libertad. Una nueva formulación de los principios liberales de la justicia y de la economía política*, 3 volúmenes, traducción de Luis Reig Albiol, Madrid, Unión Editorial, 1985). El planteamiento sostiene que uno de los efectos beneficiosos de la diferencia de clases estriba en la popularización de los bienes de consumo que exigen costosas inversiones, pues si al principio su precio los pone únicamente al alcance de los ricos, con el tiempo, los ingresos de las empresas y la simplificación de los métodos de producción abaratan costes y permiten que las capas medias y bajas accedan a ellos. (N. de los T.) <<

[18] Salviano, *Of the Government of God*, V, 4. [Título original: *De Gubernatione Dei*]. <<

[19] Salviano, *op. cit.*, V, 6, traducido al inglés por Jones, M. E., en *The End of Roman Britain*. <<

[20] Claudio Mamertino, *Panegyrici Latini*, X, 4, 3. <<

[*] Saturno (el Cronos griego) era dios de la agricultura entre los romanos y, después de haber sido destronado por su hijo Júpiter, se instaló en el Lacio, donde hizo florecer la paz y la abundancia y enseñó a los hombres a cultivar la tierra. Su reinado fue considerado una Edad de Oro. *(N. de los T.)* <<

[21] *Código Teodosiano*, V, 17,1. <<

[22] Amiano Marcelino, *Historia*, *op. cit.*, 27. 8. 10. <<

[23] *Ibíd.*, 28, 2-3. <<

[24] Claudio Mamertino, *op. cit.*, XI, 3,4. <<

[25] Zósimo, *History*, 6. 5. [*Nueva historia*, traducción de José María Canday Morón, Madrid, Gredos, 1992.]. <<

[26] Geroncio, *The Life of Melania the Younger*. <<

[27] Tanto las implicaciones que se desprenden de este relato como la idea de que pueda considerarse una prueba capaz de prestar apoyo a la teoría de que Britania había roto sus vínculos con Roma se deben a una sugerencia realizada por el profesor Michael E. Jones. <<

[28] Salviano, *op. cit.*, V, 4. <<

[29] *Ibíd.*, V, 6. <<

[30] *Ibíd.*, V, 5. <<

[31] Van Dam, R., «The Pirenne Thesis and Fifth-century Gaul», en Drinkwater, J., y Elton, H., *Fifth-century Gaul*. <<

[1] Tácito, *Germania*, XXIV. <<

[2] Musset, L., *The Germanic Invasions*. <<

[3] Tácito, *Germania*, VII. <<

[4] César, *op. cit.*, IV, 2. [La traducción inglesa no habla de «sillas de monta» sino de «*horse armour*», es decir, «corazas equinas», razón que nos ha inducido a sustituir por esa expresión la segunda mención al arreo, lo que además de evitar la repetición facilita la comprensión de lo que se dice a renglón seguido. (*N. de los T.*)] <<

[5] Todd, M., *Everyday Life of Barbarians*, pp. 107-108. <<

[6] Tácito, *Germania*, X. <<

[*] En español, frámea, lanza de los germanos. (*N. de los T.*) <<

[7] *Ibíd.*, VI. <<

[8] Todd, M., *op. cit.*, p. 96. <<

[9] César, *op. cit.*, VI, 22, 3-4. <<

[10] Tácito, *Germania*, XXV. <<

[11] *Ibíd.*, XI. <<

[12] *Ibíd.* <<

[13] *Ibíd.*, VII. <<

[14] César, I, 31. <<

[15] *Ibíd.*, 5. <<

[16] *Ibíd.*, 33, 3-4. <<

[17] Tácito, *Germania*, V. <<

[18] Schnurbein, S., «Augustus in Germania and Historie New “Town” at Waldgirmes East of the Rhine», *Journal of Roman Archaeology*, 16, 2003, pp. 93-107. <<

[19] Veleyo Patérculo, *Compendium of Roman History*, II, 118. <<

[20] Tácito, *Anales*, II, 45. <<

[21] Veleyo Patérculo, II, 109. <<

[22] Tácito, *Anales*, II, 24. [El desastre al que se refiere Tácito es una tormenta que se abate sobre varias legiones a las que César había embarcado por el río Ems con intención de conducir las, a través del mar del Norte, hasta sus cuarteles de invierno. (N. de los T.)] <<

[23] Veleyo Patérculo, II, 118. <<

[24] *Ibíd.*, 117. <<

[*] Rey de Judea entre el 40 y el 4 a. C., padre de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea que juzgó a Jesucristo y le envió ante Pilatos. (*N. de los T.*) <<

[25] *Ibíd.* <<

[26] Di3n Casio, *op. cit.*, VIII, 56, 18. <<

[27] Floro, *Epitome of Roman History*, II, 88. <<

[28] Josefo, *Historia antigua de los judíos*, 10, 10. <<

[29] Veleyo Patérculo, *id. loc.* <<

[30] Tácito, *Anales*, I, 55. <<

[31] Veleyo Patérculo, II, 118-119. <<

[32] *Ibíd.*, 119-120. <<

[33] *Ibíd.* <<

[34] Todd, M., *The Early Germans*, pp. 50-51. <<

[35] Tácito, *Historias*, IV. <<

[36] Di3n Casio, *op. cit.*, LVI, 23. <<

[37] Suetonio, *op. cit.*, «Calígula», XXIV. <<

[38] Respecto al nombre de la esposa de Arminio, véase Estrabón, *op. cit.*, VII, 1,4. <<

[*] Tácito, *Anales*, I, 57. (N. de los T.) <<

[39] Tácito, *Anales*, I, 55. <<

[40] *Ibíd.*, 56. <<

[41] *Ibíd.*, 57. <<

[*] *Id. loc. (N. de los T.)* <<

[42] *Ibíd.*, 58. <<

[*] *Ibíd. (N. de los T.)* <<

[*] *Ibíd.*, 59. (*N. de los T.*) <<

[*] Las varas se empleaban para azotar y las segures —una especie de hacha grande— para degollar. Ambos son símbolos del poder de coerción de Roma. Juntas formaban las *fascēs* que llevaban los lictores, o escoltas personales de los magistrados. Referencia tomada, con modificaciones, de la que ofrece Crescente López de Juan, el traductor español de los *Anales*. (*N. de los T.*) <<

[43] *Ibíd.*, 59. [La traducción española difiere aquí sustancialmente de la inglesa, pues en ella no son «otros pueblos» los que se han liberado de Roma, *sino los propios queruscos*. Así reza el texto inglés: «Otros pueblos, desconocedores del dominio de Roma, no han conocido sus imposiciones ni sus castigos. Pero nosotros los hemos probado ¡y nos los hemos sacudido de encima!». El énfasis es nuestro. (*N. de los T.*)
<<

[44] *Ibíd.*, 61. <<

[45] *Ibíd.*, II, 9-10. <<

[46] Estrabón, *op. cit.*, VII, 1,4. <<

[47] Tácito, *Anales*, II, 44. <<

[48] Veleyo Patérculo, II, 108. <<

[49] Tácito, *Anales*, II, 44-45. <<

[50] *Ibíd.*, 63. <<

[51] *Ibíd.*, 88. <<

[52] *Ibíd.*, I, 9: «El mar Océano y largos ríos limitaban el imperio»; I, 11: «Todo ello lo había escrito Augusto de su puño y letra y había añadido el consejo de mantener el imperio dentro de aquellos límites». <<

[53] Suetonio, *op. cit.*, «Augusto», XXV. <<

[1] Juliano, «The Cæsars», XXVIII, 327. <<

[2] Eutropio, *Breviarum Ab Urbe Condita*, VIII, 6, 2. <<

[3] *Ibíd.* <<

[4] Hanson, W. S., y Haynes, I. P., *Roman Dacia*. <<

[5] Vékony, G., *Dacians-Romans-Romanians*, p. 50. <<

[6] Juan Lido, *Powers or the Magistracies of the Roman State*, II, 28. <<

[7] Estrabón, *op. cit.*, VII, 3, 11. <<

[8] Herodoto, *Los nueve libros de la historia*, traducción y prólogo de María Rosa Lida, Barcelona, Lumen, 1981,2 volúmenes, IV, 95. <<

[*] Lo mismo afirma Herodoto: véase la nota 8. (*N. de los T.*) <<

[*] Herodoto (*id. loc.*) dice que se trata de un «apostento subterráneo» que el mismo Salmoxis había labrado. Fue así como se convirtió en dios: una vez terminado el recinto, se encerró en él por espacio de tres años, y todos le dieron por muerto. Cuando al cuarto año apareció vivo, todos creyeron en su divinidad. (*N. de los T.*) <<

[9] Estrabón, *op. cit.*, VII, 3, 5. <<

[10] Platón, *Cármides*, 156e-157a. [Traducción de Emilio Lledó, Madrid, Gredos, 1990. (N. de los T.)] <<

[11] Vékony, *op. cit.*, p. 50. <<

[12] Di3n Casio, *op. cit.*, LXVII, 6. <<

[13] *Ibíd.*, LXVIII, 9. <<

[14] *Ibíd.*, LXVII, 6. <<

[15] Las exclamaciones pertenecen al original inglés. (*N. de los T.*) <<

[*] *Ibíd.*, 7. <<

[16] *Ibíd.*, 8. <<

[17] *Ibíd.*, 10. <<

[18] Amiano Marcelino, *op. cit.*, 24. 3. 9. [El Íster (o Yatro) es el nombre con el que se conoce el tramo medio del Danubio. (*N. de los T.*)] <<

[19] Dión Casio, *op. cit.*, LXVIII, 6. <<

[20] *Ibíd.* <<

[21] *Ibíd.* <<

[22] *Ibíd.*, 8. <<

[23] *Ibíd.*, 10. <<

[24] *Ibíd.*, 11. <<

[25] *Ibíd.*, 14. <<

[26] *Ibíd.* <<

[27] Había habido un canal antes de que los romanos se apoderaran de Egipto. Lo habían construido los bárbaros, en este caso egipcios y persas, pero Roma había dejado que lo obstruyeran los sedimentos. Todo lo que tuvieron que hacer los ingenieros de Trajano fue dragarlo y cambiarle el nombre: a partir de aquel momento pasó a llamarse el «río de Trajano». <<

[28] Whittaker, C. R., *Frontiers of the Roman Empire*, *op. cit.* <<

[1] Procopio de Cesárea, *Historia de las guerras*, 3. 2. 2. <<

[2] Filostorgio, *Ecclesiastical History*, II, 5. <<

[3] Amiano Marcelino, *op. cit.*, 31. 3. 8. <<

[*] Amiano Marcelino, *Historia*, 31.4. 5. [Para la traducción española, véase la nota 10 del capítulo 3.] (*N. de los T.*) <<

[4] *Ibíd.*, 31. 4. 6, en lo que probablemente sea una cita de Píndaro. <<

[5] *Ibíd.*, 31. 4. 5. <<

[6] *Ibíd.*, 31. 4. 4. [Aquí las traducciones inglesa y española discrepan sustancialmente. La primera no da a entender que se sumen las ayudas militares romanas a los contingentes godos, sino todo lo contrario: «It was hoped that the annual levy of soldiers from each province *could be suspended*», es decir, «Se esperaba poder *suspend* el reclutamiento anual de soldados de las provincias» y que el ahorro resultante llenara las arcas del Tesoro («and that the resulting savings would swell the coffers of the treasury»). Las cursivas son nuestras. (*N. de los T.*) <<

[7] *Ibíd.*, 31. 4. 10-11. <<

[8] *Ibíd.*, 31. 5. 10. <<

[9] *Ibíd.*, 31. 8. 9. <<

[10] *Ibíd.*, 31. 13. 4. <<

[11] *Ibíd.*, 31. 13. 6. <<

[12] Temistio, *Orationes*, «Oration 16», traducción de Moncur, D., y Heather, P., en *Translated Texts for Historians*, Liverpool, 1996. [*Discursos políticos*, traducción de Joaquín Ritoré Ponce, Madrid, Gredos, 2000]. <<

[13] Orosio, *Seven Books of History against the Pagans*, VII, 35. <<

[*] La etimología se ve más clara en el original: en germano, el nombre de Alarico se escribe «*Al-ric*», lo que viene a significar, como indica el autor inglés: «*All-king*». Véase antes lo que se dice a propósito del título real de Vercingetórix. (*N. de los T.*)

<<

[14] Zósimo, *Nueva historia*, 5.4. <<

[15] Orosio, *op. cit.*, VII, 37. <<

[16] Claudiano, *De Bello Gothico*, II, 129. La transcripción inglesa moderniza el texto original. <<

[17] *Ibíd.*, 139. <<

[18] Zósimo, *op. cit.*, 5. 37. <<

[19] *Ibíd.*, 45. <<

[20] *Ibíd.*, 47. <<

[21] *Ibíd.* <<

[22] *Ibíd.*, 48. <<

[23] *Ibíd.* <<

[24] *Ibíd.* <<

[25] *Ibíd.*, 53. <<

[26] *Ibíd.*, 54. <<

[27] *Ibíd.* <<

[28] Zósimo, *op. cit.*, 6. 8. <<

[29] *Ibíd.*, 9. <<

[30] *Ibíd.*, 10; Procopio, *op. cit.*, 3. 2. <<

[31] Zósimo, *op. cit.*, 6. 11. <<

[32] Carta a Demetriades, n.º 30, cita tomada de Brown, P., *Augustine of Hippo*, pp. 288-289. [*Cartas*, en *Obras Completas de San Agustín*, 41 volúmenes, VIII (1-123), XIa y XIb, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, s. f.] <<

[33] Orosio, *op. cit.*, VII, 39. <<

[34] *Ibíd.* <<

[35] Zósimo, *op. cit.*, 6. 10. <<

[36] Procopio, *op. cit.*, 3, 2. <<

[37] Orosio, *op. cit.*, VII, 37. <<

[38] Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios*, 2 vols., I, 1. [La traducción española es de Santos Santamarta del Río y Miguel Fuertes Lanero, en *Obras completas de San Agustín*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1988]. <<

[39] *Ibíd.*, I, 7. <<

[40] Orosio, *op. cit.*, VII, 43. <<

[1] Horacio, *Epístolas*, II, 1, 156. <<

[2] Throckmorton, P., «The Road to Gelidonya», en Throckmorton, P. (comp.), *History from the Sea*. <<

[3] Price, D. J. de Solla, «Analitic Ancient Greek Computer», *Scientific American*, junio de 1959, pp. 60-67. <<

[4] Price, D. J. de Solla, «Gears from the Greeks». <<

[5] La opinión general que sostiene que los romanos habían vuelto yermos los campos de Cartago al roturarlos con sal es incorrecta: no tenían suficiente sal. <<

[6] Diels, H., *Laterculi Alexandrini aus einem Papyrus ptolemäischer Zeit*, Abhandlungen der königlich-preussischen Akademie der Wissenschaften zu Berlin, philologische-historische Klasse (1904), II, 2-16, 7. 3-9. <<

[7] Vitruvio, *On Architecture*, VII, 14. <<

[8] Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, I, 3. [La traducción española es de Luis M. Macía Aparicio, Madrid, Akal, 1989]. <<

[9] Herodoto, *op. cit.*, V, 22. <<

[10] Trasímaco, *On Behalf of the Larisaeans* —¡es el único renglón del discurso que ha llegado hasta nosotros! <<

[11] Demóstenes, *Tercera filípica*, XXXI. <<

[12] Champion, C., «Romans as Barbaroi: Three Polybian Speeches and the Politics of Cultural Indeterminacy», *Classical Philology*, 95, 4, 2000, pp. 425-444. <<

[13] Plinio, *op. cit.*, XXIX, 14. <<

[14] *Ibíd.* <<

[15] Gruen, E. S., *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, capítulo 7. <<

[16] «Si los griegos hubieran conocido la pólvora, el electromagnetismo y la imprenta, nos veríamos obligados a reescribir la historia. Es un misterio que la inquisitiva mente griega no diese con estos hallazgos». Warner, C. D., «Thoughts Suggested by Mr Froude's "Progress"», *Scribner's Monthly*, 7, 3, enero de 1874. <<

[17] Plutarco, *Vidas paralelas*, «Marcelo». <<

[18] Schramm, E., *Die antiken Geschütze der Saalburg*. <<

[19] Marsden, E. W., *Greek and Roman Artillery*. <<

[20] Diodoro de Sicilia, *op. cit.*, XIV, 16, 8. <<

[21] *Ibíd.*, XX, 91-96. <<

[22] Soedel, W., y Foley, V., «Ancient Catapults», *Scientific American*, marzo de 1979, pp. 50-160. <<

[23] Rochas d'Aiglun, E. A., *Poliocertique des Grecs y La Science des Philosophes et l'Art des Thaumaturges dans l'Antiquité.* <<

[24] Middleton, W. E. K., «Archimedes, Kircher, Buffon and the burning mirrors», *ISIS*, 52, 1961, pp. 533-543. <<

[25] Según el experimento realizado por el conde de Buffon, autor de una enciclopedia titulada *Historia natural*. Con cuarenta espejos se prendió fuego a una plancha recubierta de creosota a una distancia de veinte metros, y con ciento veintiocho espejos se hizo arder instantáneamente un tablón de pino a cuarenta y cinco metros. En otra prueba, se derritieron dos kilos y setecientos gramos de estaño a seis metros. *Supplément a l’Hist. Naturelle*, I, pp. 399-483, edición en cuarto. <<

[26] Stavroulis, O. N., «Comments on: On Archimedes' Burning Glass», *Applied Optics*, 12, 10, A 15, 1973. <<

[27] Fue Ioannis Sakkas, animado por el profesor de historia Evangelhos Stamatis, quien llevó a cabo el experimento. Construyó doscientos espejos, los recubrió de bronce en vez de con azogue y los dispuso en hilera ayudado por sesenta hombres en el muelle de la base naval griega de Skamanga, cerca de Atenas (*The Times*, 11 de noviembre de 1973). Argumentó además que a Arquímedes le habría resultado más fácil hacerlo, ya que le habría favorecido la potencia del sol de verano (la prueba se efectuó en invierno) y la presencia de un enemigo más vulnerable al fuego (pues sus barcos eran de cedro y no de madera contrachapada). Simms, D. L., desacreditó el experimento en «Archimedes and Burning Mirrors», *Physics Education*, 10, 1975, pp. 517-521, pero se nos informa de que posteriormente el doctor Sakkas ha repetido el experimento en cinco ocasiones, con resultados positivos. <<

[28] Luciano se refiere evidentemente a un célebre relato: «... en el asedio a Siracusa, redujo a cenizas, con un singular ingenio, los navíos romanos», *Hippia*, capítulo 2.

<<

[29] Se dice que Arquímedes plantó fuego a los trirremes enemigos valiéndose de «pyreia», Galeno, *De Temperamentis*, I, III. El significado de «pyreia» es incierto. <<

[30] Zonaras, *Anales*, I, 9. <<

[31] Eustatio, *ad Iliad.* <<

[32] Di3n Casio, *op. cit.*, IX, 4. <<

[33] Rashed, R., *Les Catoptriciens Grecs, I: Les Miroirs Ardents*, Les Belles Lettres, 2000. <<

[34] Tzetzes, *Book of Histories*, Chiliades, 2, 118-128, en Thomas, I., *Greek Mathematical Works*. <<

[35] Zonaras, *op. cit.*, I, 11. <<

[36] Toomer, G. J., *Diocles on Burning Mirrors*. <<

[37] La más reciente manifestación de este estado de cosas se produjo en un programa de televisión (emitido por el Discovery Channel, en su espacio *Mythbusters*). En octubre del año 2005, en un día nublado cuya temperatura máxima no sobrepasó los veinte grados centígrados, se filmó un experimento en el que un conjunto de espejos logró prender fuego a un viejo barco de pesca construido en madera y situado a veintitrés metros de distancia, pero el fuego se apagó. En julio y agosto, Siracusa suele gozar de un cielo azul y las temperaturas reinantes superan los treinta grados. El jefe del equipo del MIT que intervenía en la prueba, el profesor David Wallace, dijo que el intento mostraba que técnicamente existía la posibilidad de construir un arma semejante, pero no que se hubiera utilizado (*San Francisco Chronicle*, 22 de octubre de 2005). <<

[38] Simms, *op. cit.* <<

[39] Ídem, «Archimedes' weapons of war and Leonardo», *The British Journal for the History of Science*, 21. 6, junio de 1988, pp. 195-210. <<

[40] Livio, *op. cit.*, XXV, 31. <<

[41] Cicerón, *De Re Publica*, I, 14, 21. [*La república*, traducción de Rafael Pérez Delgado, Madrid, Aguilar, 1979]. <<

[42] Plutarco, *Vidas paralelas*, «Julio César», *op. cit.* <<

[43] Apiano, *Historia romana*, 4, 9. <<

[44] Suetonio, *Vida de los doce Césares*, *op. cit.*, «Vespasiano», XVIII. <<

[45] Russo, L., *The Forgotten Revolution*, p. 133. <<

[46] Herón de Alejandría, «Autómata», I, 7, 340-342. <<

[1] Traducción de Oppenheim, A. L., en Pritchard, J. B., *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, Princeton, 1950. <<

[2] *Isaías*, 45,1. [La traducción española es de Jesús Moya en *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1976]. <<

[3] La mencionada imprecación de Persépolis recibe el nombre de inscripción de los *daiva* (demonios) porque en uno de sus párrafos dice «allí había un lugar en el que anteriormente se rendía culto a los demonios [*daiva*]. Después, por la gracia de Ahura Mazda, yo destruí aquel santuario demoníaco y proclamé: “¡No adoraréis a los demonios!”». Los historiadores se lo han pasado en grande tratando de averiguar sobre quién recayeron los perjuicios de aquella declaración. <<

[*] La Biblia la denomina Jarán. Véase por ejemplo Génesis, 12, 4. (*N. de los T.*) <<

[*] También se emplea en sentido figurado, para indicar todo golpe dañino o comentario punzante de último momento, ya sea de palabra o de hecho. (*N. de los T.*)

<<

[4] Plutarco, *op. cit.*, «Craso». <<

[5] *Ibíd.* <<

[6] *Ibíd.* <<

[7] Dión Casio, *op. cit.*, XL, 27. <<

[8] Plinio, *op. cit.*, VI, 47. <<

[9] «A la esposa se ha aficionado el soldado de Craso / Bárbaro indigno, ya encanecido / (¡Ay de la vida corrupta de la nación!) / A sueldo de enemigos que son también parientes», *The Odes and Carmen Saeculare of Horace*, III, 5, 5-8, traducción de J. Conington, Londres, 1882. <<

[10] Dubs, H. H., *A Roman City in Ancient China*. <<

[11] Faltan fuentes para el estudio de la época de los partos, pero se cree que la educación que se impartía en tiempos de la siguiente dinastía presentaba pocas diferencias significativas respecto de la vigente cuando dominaba la anterior. La información que sigue se basa en el artículo de A. Tafazzoli titulado «Education under The Parthian and Sassanian Dynasties» que se encuentra en la *Encyclopedia Iranica*. <<

[12] Gray, W. F. M., «Batteries B. C.», *The Laboratory*, 25, 4, 1956. <<

[13] Eggert, G., «The Enigma of the Battery of Baghdad», *Proceedings: 7th European Skeptics Conference*, pp. 42-46, GWUP, Rossdorf, 1995. <<

[*] Hay aquí una ironía, algo más obvia en inglés, ya que Sagitario (*the Archer*) es «el arquero», la perfecta representación del flechero parto a caballo, de ahí la «preferencia» de Casio. (*N. de los T.*) <<

[14] Di3n Casio, *op. cit.*, LXXVI, 9. <<

[15] Eurípides, *Las Bacantes*, coro final. <<

[1] Di3n Casio, *op. cit.*, LXXX, 13-16. <<

[2] Herodiano, *History of the Empire*, VI, 4, 4. <<

[3] Zonaras, *op. cit.*, XII. <<

[4] 'Onsor-al-Ma'âlî Kaykâvûs ben Eskandar, *Qâbûs-nâma*, edición de Gh.-H. Yûsofî, Teherán, 1345 S [1966], pp. 77, 89, 95, citado en Khaleqi-Motlaq, D., «Iranian Culture, Iranian Etiquette in the Sasanian Period», en *Encyclopedia Iranica*, de donde hemos extraído el material de este apartado. <<

[*] Más conocida como Elam. (*N. de los T.*) <<

[5] *Libro segundo de las crónicas*, 8, 4. [Traducción española de Marciano Villanueva en *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1976. La cita dice lo siguiente: «Al cabo de los veinte años que empleó Salomón en edificar la Casa de Yahveh y su propia casa [...] reedificó Tadmor en el desierto, y todas las ciudades de avituallamiento que construyó en Jamat...»]. <<

[6] *Historia Augusta, op. cit.*, «Vopiscus», 3. Este misterioso texto, cuyos orígenes se remontan, según la creencia actual, al siglo IV, contiene muchas afirmaciones falsas —lo que es una pena, ya que se trata de la principal fuente de información sobre Zenobia—. El admirable Bill Thayer, cuya página de internet en la Universidad de Chicago es una de las más valiosas pasarelas de acceso electrónico a los textos primitivos, sostiene lo siguiente: «Incluso este nido de mentiras encierra granos de verdad aquí y allá, y éste [de la educación de Zenobia] parece ser uno de ellos. Es posible que Zenobia fuera realmente descendiente de Cleopatra». <<

[7] *Ibíd.* <<

[8] Heather, P., *The Fall of the Roman Empire*, p. 62. [*La caída del imperio romano*, traducción de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Barcelona, Crítica, 2006]. <<

[1] En *La caída del imperio romano*, *op. cit.*, p. 417, Peter Heather ofrece una estimación sobre el particular que permite deducirlo así: afirma que las llanuras húngaras podían sostener a unos ciento cincuenta mil caballos y que cada combatiente huno venía a precisar unas diez cabezas. <<

[2] H. G. Wells, *The Outline of History*, XXVIII, 4. [*Esquema de la historia universal*, 3 volúmenes, traducción de Enrique Diez-Canedo y Ricardo Baeza, Buenos Aires, Ediciones Anaconda, 1952]. <<

[3] *The Times*, 30 de julio de 1900. <<

[4] «¡Y entonces los vándalos de nuestra isla / enemigos jurados de la prudencia y la ley, / redujeron a cenizas un rimero más noble / del que jamás vio romano alguno!»
<<

[5] Gregoire, H. B. (abate de Blois), *Convention Nationale. Instruction publique. Rapport sur les destructions opérées par le Vandalisme, et sur les moyens de le réprimer. Suivi du Décret de la Convention Nationale*, París, Imprimerie Nationale, 14 fructidor, año II [1793]. <<

[6] «... una especie de deslealtad de los hombres que, habiendo profesado la fe de Cristo, corrompen sus dogmas»; Tomás de Aquino, II-II, 11,1. <<

[1] Rutilio Claudio Namaciano, *De reditu suo*, II, 41 y ss. [*El retorno*, introducción, traducción y notas de Alfonso García-Toraño Martínez, Madrid, Gredos, 2002]. <<

[2] Livio, *op. cit.*, XX, I. <<

[3] Apiano, *Historia romana, op. cit.*, 56-61. Existe una obvia relación entre este relato y la piedra negra de la Kaaba que se encuentra en La Meca. La tradición afirma que el objeto cayó en forma de meteorito y en épocas preislámicas se le rendía culto, pues se lo consideraba asociado a una diosa provista de atributos similares a los de Hécate. <<

[4] *Historia Augusta, op. cit.*, «Aureliano», 20. La fiabilidad de esta fuente es más que cuestionable (¡que ya es decir!). Según parece, es posible que el texto fuera escrito con el propósito de «probar» la superioridad del paganismo respecto de la religión cristiana, lo que da pie a la introducción de una cierta cantidad de flagrante ficción. No obstante, no hay duda de que se recurría de vez en cuando a los *Libros Sibílinos*.

<<

[5] Gibbon, E., *The Decline and Fall of the Roman Empire*, IX, 2. [*Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, 5 vols., Madrid, Turner, 1984]. <<

[6] Jordanes, *Origen y gestas de los godos*, XXIV, 122 y 127-128. <<

[7] Herzfeld, E., *Zoroaster and His World*. <<

[8] «... es decir, habían deformado deliberadamente los cráneos como, según las descripciones, hacían los hunos»: comunicación personal con la doctora Jeannine Davis-Kimball, Centro para el Estudio de los Nómadas Eurasiáticos. <<

[9] Göbl, R., en *Die Münzen der Sasaniden im Königlichen Münzkabinett*, p. 5, muestra que el tratado de los «cincuenta años de paz» que se firmó en 562 y en el que se estipulaba que Bizancio se comprometía a entregar una cierta cantidad de oro como pago anual destinado a la defensa del Cáucaso se proponía consolidar la impermeabilidad de la frontera oriental frente a los hunos (véanse los fragmentos 11 y siguientes en Blockley, R. C., *The History of Menander the Guardsman*, así como lo que señala Guterbock, K., en *Byzanz and Persien in ihren diplomatisch-völkerrechtlichen Beziehungen im Zeitalter Iustinians*, pp. 76 y ss.). <<

[10] Citado en Publio Fabio Escipión (seud.), «Who Were the Huns and How Did They Make Such an Impact in Europe?», www.ancientworlds.net/ <<

[11] Heather, R, *La caída del imperio romano, op. cit.*, pp. 195 y ss. <<

[12] Blockley, R. C., (comp.), *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire*. <<

[*] Téngase en cuenta que la lengua inglesa del original contiene reminiscencias más obvias de esta justificación: el sabbat se traslada del *Saturday* al *Sun-day*, o día del Sol; la palabra española domingo procede de la expresión latina *dominicus dies*, que, como se sabe, significa «día del Señor». (N. de los T.) <<

[*] Deidad igualmente asociada a lo solar, pues era símbolo de la luz divina. (*N. de los T.*) <<

[13] Amiano Marcelino, *op. cit.*, 22, 5. <<

[14] Tomás de Aquino, 1a, 3c, 1c. <<

[15] Texto traducido por R. J. Deferrai con el título: *Saint Ambrose: Theological and Dogmatic Works*, colección Padres de la Iglesia, 44, Washington, d. C., 1963, prefacio. <<

[16] Di3n Casio, *op. cit.*, LI, 22. <<

[17] Gibbon, E., *op. cit.*, 3, 27, i. <<

[18] Gregorio de Nisa, *De Deitate Filii et Spiritus Sancti*, *Gregorii Nysseni Opera*, X, 2, Leyden. <<

[19] Guenther, O. (comp.), *Epistolæ Imperatores: Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinarum.*, 35, 1-2, Viena, 1895; Roberts, W. E., «Magnus Maximus: Portrait of a Usurper», tesina de diplomatura de la Universidad de Carolina del Sur, 1997, pp. 99-102. <<

[20] Teodoreto de Ciro, *Ecclesiasticæ Historiæ*, 5, 25, en *Patrologiæ Græcæ*, 82, edición de J. P. Migne, París, 1864. <<

[21] A partir de la época de Antonino Pío, es decir, del año 100 d. C. en adelante, aproximadamente, las efigies de los emperadores que figuran en las monedas llevan también un halo. <<

[22] Ambrosio, *De Fide*, II, 16. <<

[*] Nombre que daban los romanos al conjunto de templos y edificios dedicados al dios Serapis. (*N. de los T.*) <<

[23] Rufino de Aquileya, *Church History*, II, 23. <<

[24] Estas citas apócrifas coinciden por su tono con la única información biográfica de que disponemos, procedente de la enciclopedia bizantina, tomada a su vez de la *Vida de Isidoro*, escrita en torno al siglo VI por el filósofo griego Damascio. Este autor afirma lo siguiente: «Cada vez que alguien era nombrado gobernante de la ciudad, su primera preocupación era asistir a [las] disertaciones [de Hipacia], como solía suceder en Atenas. Pues pese a que en la realidad hubiera decaído, el nombre de la filosofía seguía pareciendo magnífico y admirable a quienes ejercían los más altos cargos de la comunidad». <<

[25] Sócrates Escolástico, *Historia Eclesiástica*, VII, 15. <<

[26] Juan, obispo de Nikiu, *Crónica*, 84, 87. <<

[1] Heather, P., *La caída del imperio romano*, op. cit., pp. 252-253. <<

[2] Gibbon, E., *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano, op. cit.*, III, 14.

<<

[*] *El retorno*, II, 41. Para la reseña bibliográfica, véase la nota 1 del capítulo 12. (*N. de los T.*) <<

[*] La ortografía inglesa del nombre de Giserico se ajusta probablemente más que la española al original godo, de ahí que muestre más claramente la relación etimológica con la palabra «César», ya que se escribe «Gaiser-ric», esto es, «Káiser-ric». (*N. de los T.*) <<

[3] *Oriente, Commonitorium*, II, 184. <<

[4] Próspero de Aquitania, *Epigramma*, 17. <<

[5] Juan de Mariana, *de Rebus Hispanicis*, I, p. 148, Hagæ Comitum, 1733, cita tomada de Gibbon, *op. cit.*, XXI, quien admite que el pasaje resulta «quizás exagerado» debido a que el cronista Idacio, coetáneo de los acontecimientos —y autor que inspira esta crónica—, deseaba lograr que la invasión se ajustara a las profecías apocalípticas de la Biblia. <<

[6] Collins, R., *Visigothic Spain*. <<

[7] Orosio, *op. cit.*, VII, 41. <<

[8] Salviano, *op. cit.*, V, 5. <<

[9] Jungman, J. A., *The Early Liturgy to the Time of Gregory the Great.* <<

[*] «Ridgeback» significa «cresta dorsal», por la característica franja de pelo hirsuto que recorre el espinazo del animal. Se trata de un perro oriundo del África sudoccidental (Rodesia es el actual Zimbabue), tan veloz y resistente que los rastreadores blancos sudafricanos del siglo XIX lo conocían como «el cazador de leones» —de hecho, el autor sugiere más adelante que también los antiguos pudieron haber descubierto esta misma aptitud cinegética—. El rottweiler recibe su nombre de la ciudad alemana de Rottweil, en la región alpina de Wurtemberg. La raza acompañaba a los antiguos romanos y les brindaba protección y ayuda en el pastoreo del ganado. Se les llamaba «perros carniceros» por su extraordinaria fiereza. (*N. de los T.*) <<

[10] Orosio, *op. cit.*, VII, 38. <<

[11] *Código teodosiano*, IX, 40, 24. <<

[12] Próspero de Aquitania, *Crónica*, 425. <<

[13] Procopio, *op. cit.*, III, 3. <<

[14] Salviano, *op. cit.*, VII, 7. <<

[15] Procopio, *op. cit.*, I, 5. <<

[16] Heather, *op. cit.*, pp. 344 y ss. <<

[17] Raven, S., *Rome in Africa*, capítulo 7. <<

[18] Las excavaciones de la Unesco, iniciadas en el año 1972, determinaron que la ciudad no quedó, como se pensaba, completamente arrasada. La devastación total no se produjo hasta que Augusto apisonó las ruinas para construir una ciudad nueva. <<

[19] Raven, *op. cit.*, p. 168. <<

[*] No se trata de connotaciones ni de significados implícitos, sino de denominaciones literales: el original hace referencia tanto a la traducción de nombres latinos como Quodvultdeus, que en inglés es *What-God-Wants*, como a nombres ingleses como *Fear-the-Lord*, *Praise-God*, *Thanks-to-God*, etcétera. (N. de los T.) <<

[20] Citado en Kirwan, C., *Augustine*, p. 134. <<

[21] Víctor de Tunnunna, *Chronicon*, s. f., 479; Ferrandus, *Vita Fulgentii*, XX, 40. <<

[22] Procopio, *op. cit.*, III. <<

[23] Jordanes, *op. cit.*, XXXVI, 184. [Hay aquí una confusión. No es Giserico directamente el que se venga de este modo, sino Hunerico, su hijo, quien se había casado con la hija de Teodoredo y era, según Jordanes, muy cruel «hasta con sus propios familiares».

Por otra parte, es poco probable que el rechazo se debiera a ningún intento de envenenamiento. Como apunta el traductor de la obra citada, J. M. Sánchez Martín, la causa debió de obedecer a motivos políticos, ya que dos años más tarde el emperador Valentiniano III firmaría un pacto de no agresión con Giserico en el que también se concertaba el casamiento de su hija Eudocia (de sólo cinco años de edad) con Hunerico. (*N. de los T.*) <<

[24] Tirnanic, G., «The Mutilated Nose: Rhinokopia as a Visual Mark of Sexual Offence», trabajo presentado en la Conferencia de Estudios Bizantinos (2003). Este tipo de actitudes siguen gozando de popularidad en una parte al menos del antiguo imperio bizantino: una encuesta realizada en el año 2005 en Diyarbakir (Turquía), reveló que el 21% de los opinantes consideraba que a las mujeres adúlteras debían cortárseles las orejas o la nariz (Noticiero de la BBC, 19 de octubre de 2005). <<

[25] Séneca, *Letters*, 7, 3-4. [*Epístolas morales a Lucilio*, traducción de Ismael Roca Meliá, Madrid, Gredos, 1986,1, 7, 3-4]. <<

[26] Agustín, *Confessions*, VI, 8. [*Confesiones*, en *Obras Completas de San Agustín*, 41 volúmenes, vol. II, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos]. <<

[27] Séneca, *On Clemency*. [*Sobre la clemencia*, Madrid, Tecnos, 1988]. <<

[28] Salviano, *op. cit.*, VII, 15 y ss. <<

[29] Neuru, L. L., «Salvian, Sin and Ceramics», *Byzantine Studies Conference Abstracts*, 7, 1981, pp. 39-40. <<

[30] Quodvultdeus, *De Tempore Barbárico*, traducción de Kallman R., tesina leída en la Universidad Católica de América, 1963. <<

[31] Jones, A. H. M., *The Later Roman Empire 284-602*, p. 758. <<

[32] Ennabli, L., «Results of the International Save Carthage Campaign: The Christian Monuments», *World Archaeology*, 18, 1986-1987, p. 304. <<

[33] Wells, C. M., y Wightman, E. M., «Canadian Excavations at Carthage, 1976 and 1978: The Theodosian Wall, Northern Sector», *Journal of Field Archaeology*, 7, 1980, 57-59. <<

[34] Clover, F. M., «Carthage and the Vandals», en Humphrey, J. H. (comp.), *Excavations at Carthage*, 7, 9. <<

[35] Salviano, *op. cit.*, VII, 16. <<

[36] Draconcio, *Præf. Romulea*, I, 12-15, en (*Euvres*, III, edición de J. Bouquet y E. Wolff, Les Belles Lettres, 1995. <<

[37] Merrills, A. H. (comp.), *Vandals, Romans and Berbers*, p. 12. <<

[38] George, J. W., «Vandal Poets in their Context», en Merrills, *op. cit.* <<

[39] Kuhlmann, K., *Enemies of Souls and Bodies*. <<

[1] Bury, J. B., *History of the Later Roman Empire*, pp. 279-288. <<

[2] Gárdonyi, G., *Slave of the Huns*, traducción inglesa de A. Feldmar, Dent, 1969. <<

[3] Jordanes, XXXV, 183. <<

[4] Heather, *op. cit.*, pp. 461-462. <<

[5] Man, J., *Attila*. <<

[6] MacMullen, R., «Judicial Savagery in the Roman Empire», en MacMullen, R., *Romanization in the Time of Augustus*, pp. 204-217. <<

[7] Hodgkin, T., *The Barbarian Invasions of the Roman Empire*, II, p. 25. <<

[8] Fóthi, E., «Anthropological Conclusions of the Study of Roman and Migration Periods», *Acta Biológica Szegediensis*, 44, 1-4, 2000, pp. 87-94. <<

[9] Tomka, P, «Der Hunnische Fürstenfund von Pannonhalma», *Acta Arcaeologica Academiae Scientiarum Hungaricæ*, 38, 1986. <<

[10] Hodgkin, *op. cit.*, p. 25. <<

[11] Poulter, A. G. <<

[12] Prisco, fragmento 11, 2, p. 277, cita tomada de Heather, *op. cit.*, p. 424. <<

[13] Jordanes, XXXV, 182. Se trata evidentemente de una tremenda exageración —los historiadores modernos, que tienen sus propios métodos para establecer un cálculo, piensan que quizás hubiera una décima parte de esa cantidad—. No obstante, la demasía de Jordanes muestra el espanto que debió de apoderarse de la gente. <<

[14] Agradecemos profundamente a Peter Heather que nos ayudara a estudiar la logística. <<

[15] Sidonio Apolinar, *Panegyric of Avitus*, pp. 325-326. <<

[*] El escrito de Casiodoro al que se alude es la *Historia Gótica*. (N. de los T.) <<

[*] Jordanes, *op. cit.*, XXXVI, 184. (*N. de los T.*) <<

[16] *Güldenpenning, A., Geschichte des oströmischen Reiches unter den Kaisern Arcadius und Theodosius II*, Halle, 1985, p. 340. <<

[17] Heather, *op. cit.*, p. 490. <<

[18] Gregorio de Tours, *Historia de los francos*, II, 5. <<

[19] Suda mu, 405, traducción de Whitehead, D. <<

[20] Próspero de Aquitania, *Crónica*, 452. <<

[21] Hay una fuente que ofrece un relato completamente diferente. Idacio, el obispo de Portugal que había afirmado que el hermano de Giserico había muerto por la intervención de un demonio tras cometer un acto sacrílego, escribió un *Cronicón* concebido para mostrar las intenciones que Dios iba manifestando a medida que el mundo se aproximaba al Apocalipsis. Este autor dice (Olymp. CCCVIII) que en la batalla de los Campos Cataláunicos murieron trescientos mil hombres (!) y que los hunos dejaron la Galia para internarse en Italia, donde se abatió sobre ellos una serie de castigos divinos, como la peste y la hambruna, hasta ser «aniquilados» por Aecio (Eus. MMCCCCLXI). No menciona en ningún momento a León ni señala que se produjera reunión alguna. Los escritores posteriores han utilizado esta circunstancia para afirmar que los hunos habían traído la peste (¿se declaró tal vez alguna epidemia?) y, en época más reciente, para adjudicar a Aecio cierto papel en el hecho de su repliegue, extremo que Próspero de Aquitania niega. Da la impresión de que Idacio se confunde. <<

[22] Hodgkin, *op. cit.*, capítulo 4. <<

[23] Jordanes, XLII, ZZ3. Próspero de Aquitania dice simplemente que Atila «quedó tan impresionado por la presencia del sumo sacerdote» que decidió regresar a sus cuarteles; véase Robinson, J. H., *Readings in European History*, Boston, 1905, p. 49; sin embargo, Próspero trabajaba como secretario al servicio del papa León. <<

[24] Babcock, M. A., *The Night Attila Died.* <<

[25] Juan de Antioquía, fragmento 200, 1, traducción de Gordon, C. D., *The Age of Attila*, p. 51. <<

[26] Prisco, *Bellum Vandalicum*, 7, 15-17, traducido al inglés en R. C. Blockley (comp.), *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire*, p. 69.

<<

[27] Procopio, *op. cit.*, 3.5. <<

[28] Mathisen, R. W., «Sigisvult the Patrician, Maximinus the Arian, and Political Stratagems in the Western Roman Empire c. 425-20», *Early Medieval Europe*, 8, 2, Julio, 1999, pp. 173-196. <<

[*] Es decir, naves cargadas de materias inflamables y proyectadas contra los barcos enemigos para incendiarlos (María Moliner). (*N. de los T.*) <<

[*] Se trataba, en concreto, de las vestiduras del emperador de Occidente, entre las que figuraban, por supuesto, la diadema y el manto. (*N. de los T.*) <<

[29] En realidad, el emperador había sido colocado en su puesto por los hombres de Atila. El padre de Rómulo era Orestes, el secretario de Atila. Al morir el rey huno, Orestes recuperó su identidad romana de origen, y en el año 475 fue nombrado general del ejército en Occidente, tras lo cual elevó a su hijo al trono del imperio. El padre de Odoacro era el lugarteniente de Atila, Edica. <<

[*] Como en otras ocasiones a lo largo de la obra, se trata de una ciudad francesa situada cerca de Lyon. (*N. de los T.*) <<

[1] Shanzer, D., «Bishops, Letters, Fast, Food, and Feast» en R. W. Mathisen y D. Shanzer, *Society and Culture in Late Antique Gaul*. <<

[2] Shanzer, D., y Wood, I., traductores, *Avitus of Vienne* <<

[3] Gregorio de Tours, *Historia de los francos*, *op. cit.*, II, 30. <<

[4] *Ibíd.*, p. 37. <<